

LUIS ZARAGOZA

Voces en las sombras

UNA HISTORIA
DE LAS RADIOS CLANDESTINAS



LUIS ZARAGOZA

Voces en las sombras

Una historia de las radios clandestinas

CÁTEDRA

Índice

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO. Qué es una radio clandestina

- Emisoras piratas
- Emisoras libres
- Emisoras clandestinas y emisiones clandestinas
- Emisiones de oposición
- Organización y encuadramiento
- Propaganda e información
- Vigilar y castigar
- Guerra de palabras
- En resumen...

CAPÍTULO 2. El nacimiento de un género

- Unos inciertos orígenes
- Los enemigos del Reich
- La Guerra Civil española
- Hacia la guerra global

CAPÍTULO 3. La Segunda Guerra Mundial: combate en las retaguardias

- Primero, Francia
- Luego, Inglaterra
- La intervención soviética
- Un relámpago en Varsovia
- La radio de los hombres lobo

CAPÍTULO 4. Contra Franco y Salazar

- Radio España Independiente: la decana
- Radio Euzkadi
- Las voces portuguesas

CAPÍTULO 5. Ondas ante el acero

- Corazones y mentes
- Grecia: la primera batalla
- Vientos del oeste: radio Free Europe y Radio Liberty
- Vientos del este

CAPÍTULO 6. Asia y África: la lucha por la independencia política

- Imperios en retirada
- La India: dos estrategias para un mismo objetivo

Israel: el nacimiento de una nación

Argelia: la guerra del transistor

CAPÍTULO 7. América Latina: la lucha por la independencia económica

Imperios en transformación

Colombia: el «bogotazo»

Guatemala: Radio Liberación o la estrategia del pánico

Cuba: Radio Rebelde

Cuba: la respuesta estadounidense

CAPÍTULO 8. Se incendian las junglas: guerras y radios en el sudeste asiático

China: objeto y sujeto

Vietnam: treinta años de armas y propaganda

Laos y Camboya: los daños colaterales

CAPÍTULO 9. África y Oriente Medio: la eclosión de las radios clandestinas

Nuevos actores, viejas aspiraciones

Blancos y negros en el África austral

Guerras e independencias en las colonias portuguesas

Mientras, en Canarias...

La causa palestina

CAPÍTULO 10. Los volcanes de América: nuevas (y renovadas) erupciones

Chile: la guerrilla radiofónica

Nicaragua: de la revolución a la guerra civil

El salvador: y el verbo se hizo radio

Cuba: se reanuda la batalla

CAPÍTULO 11. Terremotos tras el telón de acero

Un mundo aparte

Hungría, 1956: revolución y sangre

Checoslovaquia, 1968: el fin de una primavera

Polonia, 1981: las radios de Solidaridad

UN ETERNO EPÍLOGO. ¿EL CANTO DEL CISNE DE UN GÉNERO?

La realidad aparente

Botones de muestra

Conclusiones (siempre provisionales)

BIBLIOGRAFÍA

MATERIAL AUDIOVISUAL

CRÉDITOS

Ese deseo de que nuestra voz llegue a alguna parte es una necesidad característica de gentes apesadas que se aferran como a una tabla de salvación a la fe en la justicia del mundo, que están convencidas de que ser oído equivale a ser comprendido y, por lo tanto, a demostrar lo justo de su causa y a ganarla.

RYSZARD KAPUSCINSKI, *El Imperio*.

Introducción

La escena pertenece ya a nuestra memoria colectiva. En ella se ve a una persona, en la habitación más escondida de la casa, tapada la cabeza con una manta, la oreja pegada al altavoz de un aparato de radio que suena al volumen más bajo posible. Toda precaución es poca para evitar que cualquier murmullo escape a la calle. Porque lo que suena en esa radio, lo que se respira bajo esa manta, es libertad. Un reducto de libertad en un territorio que no la tiene. A partir de aquí, los rasgos y los contornos se desdibujan. Cada cual podrá completarlos añadiendo facciones al rostro, muebles a la habitación, paisajes a la casa, banderas a los territorios, longitudes de onda a la radio.

La fuerza icónica de esa escena es innegable, pero no abarca todas las formas en las que se han oído a lo largo del siglo xx las emisiones prohibidas o «desaconsejadas». Los testimonios de diferentes períodos y países nos dan múltiples ejemplos de escucha colectiva, en grupos de militantes políticos (sobre todo cuando los aparatos de radio eran un lujo, o cuando se debía discutir lo que se había oído para sacar conclusiones y obrar en consecuencia), en familia (como una forma de reforzar y ampliar la concienciación ideológica, aunque con las debidas advertencias a los más pequeños de mantener el secreto), en las comunidades rurales... Y no olvidemos que la generalización de los aparatos de transistores permitió un tipo de escucha individual más segura.

Tampoco nos cuenta la escena por sí misma —aunque dicen que una imagen vale más que mil palabras— qué han buscado los oyentes al sintonizar esas emisiones desde que aparecieron por primera vez. Algunos han tratado de buscar orientaciones ideológicas, consignas que poner en práctica para acabar con el estado de cosas existente. Otros, una información alternativa al discurso monocolor de la propaganda estatal, esas noticias ocultadas o deformadas por los Gobiernos. Muchos otros —y esta afirmación supone aventurarse en un terreno más íntimo y menos corroborable— han buscado también una suerte de complicidad, la sensación de saber que no estaban solos, que no estaban equivocados. También hay quien ha descrito la escucha de las transmisiones clandestinas como un deber, casi como un ritual, un gesto de compromiso, una forma de sentirse parte de una lucha. Acaso, en último término, los oyentes han buscado un aliento de esperanza frente a la resignación, una voz que les dijera que todo no estaba perdido y que las cosas podían cambiar, debían cambiar. Ese puede ser otro rasgo común de esa escena con la que abríamos esta introducción: escuchar una radio clandestina —un acto más o menos peligroso, según los casos, pero siempre sujeto a riesgos— demuestra siempre una actitud crítica, disconforme, que cuestiona la realidad en un tiempo difícil.

¿Y los que han emitido? ¿Qué han pretendido quienes han puesto en marcha una radio clandestina? ¿Conseguir el poder, la revolución, la independencia, la democracia...? ¿Hacerse presentes por encima de la censura y la desinformación? ¿Acercarse de forma virtual a un público al que no podían acceder de forma física? ¿Quiénes han conseguido sus objetivos y por qué? A hablar de ello nos dedicaremos en este libro.

Durante cerca de cien años, la radio siempre ha estado ahí, en nuestra vida cotidiana y en las situaciones más excepcionales, al servicio de los grupos más poderosos y de los más oprimidos. Ha reflejado la transformación de las sociedades, adaptando sus formas y sus contenidos al compás de los cambios. Ha sido testigo de los principales acontecimientos históricos, pero también protagonista de algunos de ellos. Y para buscar ejemplos no debemos remontarnos a los lejanos tiempos de la Guerra Civil española o de la Segunda Guerra Mundial (la guerra de la radio por excelencia). Los reporteros de RTL y de Radio Europe 1 transmitieron las noches calientes de mayo del 68, mientras los muros de París se cubrían de carteles en los que se ponía a la población en guardia frente a la manipulación de la información por parte de la radiotelevisión estatal francesa. El 11 de septiembre de 1973, la radio emitió las palabras de despedida de Salvador Allende, horas antes de que Chile se sumergiera en la dictadura pinochetista. El 25 de abril de 1974, una canción transmitida por radio —«Grândola, vila morena», de José Afonso— inició el desmoronamiento de la dictadura portuguesa, y la emisora que la programó —Rádio Renascença— vivió durante año y medio una de las páginas más apasionantes en la historia de la comunicación. La noche del 23 al 24 de febrero de 1981 es conocida en España como «la noche de los transistores», en homenaje al medio que mantuvo informados a los ciudadanos sobre la marcha del golpe de Estado, frente a una televisión única secuestrada durante algunas horas, además de algo anquilosada en sus procedimientos técnicos. El Tribunal Penal Internacional para Ruanda probó el papel fundamental de la RTL (la «Radio de las Mil Colinas») en la incitación al genocidio de los tutsis por parte de los hutus radicales entre abril y julio de 1994. Pero su importancia contrasta con la escasa atención que el medio ha recibido siempre en el campo académico (muy inferior, en cualquier caso, a la que le han prestado los oyentes).

La radio clandestina es una faceta apasionante —por lo arriesgado de su tarea, lo escurridizo de su estudio y la importancia de sus transmisiones en determinados momentos— de esa relación entre radio e historia. Desde que las primeras emisoras aparecieron en los años treinta del pasado siglo, no ha habido conflicto interior o internacional en el que no hayan estado presentes. El siglo XX, con sus guerras, sus revoluciones, sus dictaduras, sus movimientos de liberación..., puede reconstruirse siguiendo la estela, siempre un tanto difusa, de las emisiones clandestinas.

Algunas de ellas permanecieron en el aire de forma regular durante décadas, como Radio España Independiente, la decana en su especie; otras, en cambio, fueron gritos de angustia que apenas pudieron escucharse durante horas, como fue el caso de una emisora puesta en marcha por los estudiantes de la Universidad Politécnica de Atenas en noviembre de 1973, para protestar contra la dictadura de los coroneles, y que dejó de oírse cuando los carros de combate invadieron la Universidad. Algunas tuvieron una importancia crucial en el desarrollo de las luchas políticas y sociales, consiguiendo galvanizar las aspiraciones de los pueblos, como lo hizo La Voz de Argelia Combatiente durante la guerra contra los franceses; otras, en cambio, han tenido un valor que tan solo se puede considerar como testimonial. Algunas transmitían desde estudios fijos, con horarios y frecuencias definidos y un alcance capaz de cubrir todo el territorio al que se dirigían; otras eran equipos móviles que se desplazaban acompañando a los guerrilleros que las controlaban. Algunas estaban sostenidas por países «amigos», a los que interesaba desestabilizar un territorio o colocar en él a Gobiernos aliados; otras eran el fruto del trabajo más o menos improvisado y entusiasta de grupos y organizaciones sin ningún apoyo exterior.

Pero, con independencia de las circunstancias en las que esas emisiones nacieran y se

desarrollaran, el rastro de la radiodifusión clandestina se extiende desde hace más de ocho décadas por todo el mundo: desde la Guerra Civil española hasta la guerra de Irak, desde la Unión Soviética hasta la Alemania nazi, desde el conflicto árabe-israelí hasta el Chiapas zapatista, desde la República Árabe Saharaui Democrática hasta la Polonia de Solidaridad, desde la Francia colaboracionista hasta la Argelia colonizada, desde la Cuba de Batista hasta la Cuba de Castro, desde el Vietnam en guerra hasta el Ulster en rebeldía, desde la Sudáfrica del apartheid hasta la España de Franco.

La radio no derroca Gobiernos, ni libera países, ni gana guerras (aunque hay quienes presumieron de haber obtenido victorias desde ella, como el general Queipo de Llano durante la Guerra Civil española). Quiero dejar sobre la mesa esta afirmación que puede parecer demasiado obvia, por si alguien se lleva una impresión contraria al leer este ensayo en el que se hablará de la relación entre radio e historia. Unas potentes antenas y unos buenos micrófonos utilizados por oradores de prestigio y eficacia no sirven de nada si no hay unos oyentes receptivos a su mensaje y dispuestos a llevar a la práctica sus consignas. Como señaló Julian Hale: «En ninguna circunstancia la radio es una alternativa a los partidarios declarados en un conflicto, al auxilio exterior (o a la no intervención), a los cañones o a cualquier otra demostración de poderío instantáneo» (1979: 157).

No es una alternativa, pero sí puede ser un aliado esencial. Tampoco debemos caer en el defecto contrario y asignar a la radio un papel siempre gregario, secundario. En el contexto político y social, nacional e internacional adecuado, la radio ha sido un vehículo eficiente para difundir ideas y consignas de forma rápida y masiva, para canalizar los sentimientos y las necesidades de un pueblo hacia la consecución de determinados objetivos. Pensando en los movimientos de liberación africanos de la segunda mitad del siglo XX, el investigador Paul Sturges afirmó que la gestión de la información y la comunicación es el foco principal de la lucha, más que la guerra en su sentido militar. Es lo que permite el triunfo del débil frente al fuerte. Esa afirmación, así planteada, resulta radical y perturbadora. Pero la tesis de Sturges no es tan simple. La información, para él, engloba una amplia gama de actividades abiertas o encubiertas realizadas por las dos partes de un conflicto en tres ámbitos: los centros de toma de decisiones, la base de la población y los medios de comunicación. Actividades que incluyen, entre otras, el espionaje, las relaciones diplomáticas, la elaboración y difusión de propaganda, la educación política, la censura, las comunicaciones personales para la distribución de los mensajes más comprometidos, la supresión física de los adversarios ideológicos, etc. La radio sería una más de esas actividades¹. Podrían encontrarse ejemplos para corroborar y para desmentir esta teoría, y no es el momento de entrar a discutirla. Pero, partiendo de un planteamiento distinto al de Hale, llega a la misma conclusión: o la radio se enraíza en la sociedad a la que se dirige, o las emisiones más brillantes caerán en el vacío.

Huyamos, pues, del tecnocentrismo. Aún están frescas las huellas de una «Primavera Árabe» que algunos análisis presentan poco menos que como el producto de los blogs y de las redes sociales. La revolución rusa se hizo sin Internet; la revolución francesa, sin radio; las rebeliones populares medievales, sin prensa de masas. Toda tecnología es, al fin y al cabo, un instrumento para satisfacer las necesidades e impulsos más básicos del ser humano como ser social: el poder y la emancipación, el odio y la solidaridad, el trabajo y el ocio, la evasión y la movilización... También la de comunicación, que a su vez es esencial para que fragüen los cambios sociales:

«Porque las personas solo pueden desafiar a la dominación conectando entre sí, compartiendo la indignación, sintiendo la unión y construyendo proyectos alternativos para ellas y la sociedad en su conjunto» (Castells, 2012: 219).

Ahora bien, cada instrumento da a cada época unas características concretas, propicia unas formas determinadas de acción y de asociación. Hay quien afirma incluso que «cada medio de comunicación nuevo transforma la naturaleza del pensamiento humano» (Gleick, 2012), en el sentido de que modifica la forma de comprender nuestro entorno, de interactuar con él y, en consecuencia, de construir nuestra propia identidad. Otra cosa es que esa transformación sea previsible y controlable, como sugieren algunos análisis deterministas sobre la relación entre tecnología y sociedad. «Nuestras vidas cambian por las herramientas que utilizamos, pero también existe una interacción entre los útiles y las ideas de los hombres sobre cómo utilizarlos» (Williams [ed.], 1992: 88). El medio no es el mensaje, frente a lo que sostenía la tan repetida frase de McLuhan. Los análisis sobre el papel anestésico y desmovilizador de los medios comparten estantes en las bibliotecas con los que defienden su capacidad liberadora. Al fin y al cabo, «las personas a las que se destinan las innovaciones hacen con ellas y con los servicios lo que quieren, y no (o no solo) aquello para lo que se diseñaron» (De La Peña, 2003: 20).

He aquí una razón más de fondo que justifica este estudio. Si bien se mira, la radiodifusión clandestina no es sino una manifestación más de la lucha constante por la libertad de expresión y de información, la adaptación a una época concreta y a una tecnología determinada de ese afán del hombre por expresar lo que sabe y lo que piensa, escapando a los controles practicados —o pretendidos— de diversas formas por las autoridades. Si, como afirma Jacques Perriault (1991: 81), «las máquinas de comunicar» tienen como una de sus funciones básicas la de «corregir desequilibrios», sin duda la opresión de unos seres humanos por parte de otros es uno de los más profundos. No en vano, como podremos comprobar en los siguientes capítulos, las palabras más usadas para nombrar a las radios clandestinas son, con diferencia, «liberación», «libertad» y «libre».

Los medios de masas, y en general las tecnologías relacionadas con la comunicación, solo han sido libres —cuando lo han sido— durante su gestación y sus primeros balbuceos. En cuanto han intentado andar con autonomía, les han frenado las restricciones impuestas desde el Poder —en mayúsculas—, consciente de sus potencialidades y también de sus peligros.

Las limitaciones a la impresión y difusión de escritos impuestos por las autoridades espirituales y temporales datan de finales del siglo xv, cuando la imprenta apenas había empezado a extenderse por Europa, si bien es cierto que estaba haciéndolo con asombrosa rapidez. El argumento empleado era de tipo político-moral: había que proteger a la imprenta de sus propios abusos (Vázquez Montalbán, 1997: 52), lo que en realidad quería decir que había que proteger a los gobernantes del poder divulgador de la imprenta. Pero «la larga y aparentemente eterna batalla por la libertad para escribir, imprimir y distribuir nuestras propias ideas ha sido, en una sociedad tras otra, una cuestión clave en el desarrollo, tanto de la libre investigación intelectual como de la democracia política» (Williams [ed.], 1992: 191). Así que, mientras las restricciones a la libertad de prensa han estado vigentes, no han dejado de escribirse, copiarse y distribuirse obras clandestinas, impresas o manuscritas, informativas o literarias, para explicar lo que el poder en cada momento quería ocultar: las ideas religiosas distintas a las oficiales, las informaciones no vigiladas sobre las guerras entre países, las doctrinas del librepensamiento y la

Ilustración, la propaganda obrera... Por no hablar de que la censura impresa tuvo siempre una consecuencia indeseada para sus promotores: la de «despertar el interés por los títulos prohibidos, de los que de otra manera tal vez algunos lectores ni siquiera habrían oído hablar» (Briggs y Burke, 2002: 65).

Con la radio ocurrió otro tanto, y aun de forma más acentuada, porque aquel nuevo medio supuso un antes y un después —con perdón del tópico— en la percepción del entorno y en la forma de relación con él, un verdadero punto de ruptura que ni siquiera igualó la televisión, pues seguía un camino ya iniciado (perfeccionaba el procedimiento técnico al permitir la transmisión de imágenes en movimiento junto a los sonidos, pero en lo fundamental mantenía las consecuencias sociales de la recepción). Gracias a la imprenta, la circulación de las ideas a gran escala había dejado de estar «restringida al intercambio de palabras en contextos de interacción cara a cara» (Thompson, 1998: 15). Con el telégrafo se separaron de forma definitiva el mundo de la comunicación y el del transporte (De La Peña, 2003: 83), abriéndose así un insospechado camino para la difusión de informaciones a distancias y velocidades hasta entonces inimaginables. El teléfono permitiría sustituir los puntos y rayas del código morse por la voz humana. El fonógrafo y el gramófono preservaron por primera vez los sonidos, hasta entonces condenados a su extinción nada más vibrar en el aire (no hay un equivalente sonoro del retrato pictórico). El cinematógrafo dotó de movimiento a unas imágenes que la fotografía había fijado ya en instantes de tiempo. Pero la radio, como tecnología de comunicación, rompió a la vez una triple barrera: permitió la recepción directa, simultánea e intercultural de los mensajes a distancia, fueran estos discursos, noticias, anuncios o canciones.

Gracias a las ondas dispersadas en todas direcciones, un número indeterminado pero potencialmente inmenso de oyentes —sin importar su clase social, su nivel económico, su grado educativo— podían recibir al mismo tiempo en sus casas, en sus fábricas, en sus comercios... la palabra directa de los oradores más diversos y con los propósitos más variados: desde venderles un crecepelo hasta instarles a la huelga general revolucionaria. El timbre, el tono, el uso de los silencios y lo que en música se llama dinámica —la graduación de la intensidad del sonido— se convirtieron en elementos fundamentales para medir la capacidad de convicción. Se hizo posible una relación más cercana con los oyentes, lo que se ha llamado «intimidad a distancia» (Thompson, 1998: 284). Así lo entendió, por ejemplo, Franklin Roosevelt, el primer presidente estadounidense que utilizó la radio de forma sistemática para dirigirse a sus conciudadanos a través de sus «Fireside chats» (charlas junto al fuego). «A diferencia de muchos de los políticos contemporáneos, comprendió la diferencia entre lanzar un discurso a una multitud de devotos partidarios en un auditorio y hablar al público general en sus salas de estar» (Williams [ed.], 1992: 101).

Muy pronto, además, los micrófonos abandonaron los solitarios y fríos estudios de las emisoras. Cuando se transmitía en directo un mitin desde un teatro o un concierto desde un auditorio, los oyentes podían sentirse casi trasladados allí, experimentar emociones similares a las de quienes asistían físicamente al evento, a veces a cientos o miles de kilómetros de distancia. Mediante esta dualidad —asistir en tiempo real a eventos lejanos sin moverse de casa— se separaba, como nunca hasta entonces, el «ahora» del «aquí». Resultaba difícil de explicar y aun de entender, pero ocurría: el recital que daba en directo un tenor en París podían escucharlo a la vez un médico en Viena y un abogado en Madrid. Se creaba así no solo un nuevo sentido del

presente, sino un nuevo sentido de pertenencia a una comunidad integrada por gente que no se conocía, pero que era consciente de compartir las mismas experiencias al mismo tiempo.

Este verdadero cambio de paradigma en la percepción de la realidad por parte de los individuos y de las colectividades se produjo además sin apenas un período de adaptación. «Mientras que la progresión de la prensa escrita había sido bastante lenta para acompañar la evolución de los niveles de vida y de las necesidades culturales de sus lectores», la radio generó, «por la rapidez y la masividad de su intrusión en la vida de los individuos y de las familias, una real conmoción». De ahí el asombro y el sobrecogimiento, la «fascinación un poco ingenua» (Albert y Tudesq, 1982: 7 y 8) ante la radio en sus inicios —ante la televisión después—, su carácter cercano a lo mágico o sagrado, la confianza ciega ante lo que emitía aquel aparato, antes de que los primeros desengaños volvieran más escépticos a los oyentes².

Por ello, las autoridades de los diversos países redoblaron sus esfuerzos para controlar de múltiples formas aquel nuevo medio de comunicación. De hecho, en muchos casos la regulación fue anterior a su nacimiento social. En España, por ejemplo, la primera ley referida de forma expresa a la radiodifusión data de 1923 (Balsebre, 2001: 30), mientras que la radio no pudo considerarse un medio de masas hasta la Segunda República. Y, cuando esta llegó en 1931 y se abrieron las Cortes constituyentes, una de las primeras medidas del Gobierno provisional fue impedir la instalación de micrófonos en ellas para radiar las sesiones. En palabras de Manuel Azaña, «podría ser peligroso: gente en los cafés y en los círculos, oyendo los discursos, que en una sesión agitada o violenta pudiera ir sobre el Congreso» (Azaña, 2000: 165).

Las élites políticas e intelectuales temían la capacidad teórica del medio para provocar reacciones coordinadas de las masas a una escala nunca antes imaginada³. Unas masas que algunos análisis habían ascendido no hacía mucho tiempo a la categoría de objeto sociológico y de sujeto histórico, y cuyo comportamiento parecía impredecible e incontrolable. No olvidemos que esta es la época de los primeros estudios acerca de los efectos de los medios de comunicación sobre los receptores —las teorías de la bala o de la aguja hipodérmica—, que se definían como poderosos e inmediatos. Estudios que corresponden a un tiempo de transformación social, a un contexto político en el que los totalitarismos parecían ganar terreno en todo el mundo, y también a esa perplejidad inicial por las nuevas tecnologías de la que hablábamos antes.

Quienes nacimos con la televisión en casa —y no digamos los que han nacido con Internet— apenas podemos imaginar el impacto en todos los órdenes, desde las relaciones interpersonales a las internacionales, que supuso esta nueva forma de comunicar. Si el Poder fue consciente de sus peligros, también supo captar sus potencialidades. Pero también lo hicieron los grupos que trataban de subvertir el sistema. La batalla por la libertad de expresión encontraba otro campo donde librarse. En las democracias se ha ejercido y se sigue ejerciendo un control de los soportes, bien mediante un monopolio directo (una o varias redes de explotación estatal), bien mediante las concesiones de licencias y frecuencias de emisión (que restringen en la práctica la teórica libertad de instalación de empresas radiodifusoras privadas). En este caso, el argumento no es ya político-moral, sino técnico: lo limitado del espectro radioeléctrico impone una adecuada ordenación para evitar la saturación y las interferencias (Internet ha acabado con este problema). La lucha por la libertad de expresión contra la intervención directa e indirecta del Estado o contra la radio comercial basada en la lógica del mercado se realiza mediante las

llamadas radios libres.

En los países bajo dictaduras o democracias ficticias, el control de los soportes se ha complementado con el control de los contenidos: censura de la programación con sanciones para las emisoras que no la respeten, prohibición de escuchar radios extranjeras, interferencia de las que pueden resultar hostiles... Contra esta falta de libertad de expresión luchan las emisoras clandestinas.

En las páginas siguientes intentaré explicar qué caracteriza a una radio clandestina y cómo se la puede distinguir de otros tipos como las radios libres, las piratas o las de propaganda negra. Emplearé para ello diversos textos de apoyo y diferentes ejemplos, para que los conceptos sean más comprensibles y, sobre todo, para hacer más llevadero un tema que de otro modo podría ser demasiado espinoso. Después abordaré de forma más amplia los que creo que han sido hitos principales en la evolución de la radio clandestina a lo largo de estas ocho décadas, las emisiones que han destacado por su importancia como movilizadoras de masas, creadoras de conciencia, difusoras de información alternativa, innovadoras en la trayectoria del género, etc.

Por lo tanto, mi propósito no es realizar un inventario exhaustivo de las emisiones clandestinas en todo el mundo, sino más bien analizar su presencia y protagonismo en algunos de los hechos cruciales de nuestra historia más reciente. Lo contrario daría al ensayo una extensión titánica, y el afán de minuciosidad nanométrica haría más patente, como paradoja, la omisión o el olvido de alguna emisora. Aunque la mayoría de capítulos aluden a diferentes zonas del planeta, pretendo dar prioridad al desarrollo cronológico (la relación de las radios clandestinas con la evolución política, económica, social, cultural y tecnológica) frente a la perspectiva exclusivamente regional. Por eso, Cuba aparece en dos capítulos diferentes, pues las emisiones clandestinas en y hacia ese país tuvieron dos etapas separadas por una década de inactividad, y su resurgimiento no fue casual. Por eso también las emisiones clandestinas de los palestinos están separadas de las de los judíos de Israel, ya que se organizaron veinte años más tarde.

El primer epígrafe de cada capítulo intenta explicar por qué unos territorios tuvieron más protagonismo en una época que en otra, y pone en contexto los casos individuales que se tratan después. Veremos así cómo los años sesenta y los ochenta fueron más fértiles que los setenta para la radio clandestina. Encontraremos a países entrelazados como emisores y receptores (Sudáfrica, Zimbabue, Angola y Mozambique, por ejemplo), mientras otros en su entorno permanecían más tranquilos. Hablaremos de éxitos y de fracasos, de operaciones tan costosas como inútiles y de intuiciones geniales, de procedimientos similares que produjeron resultados distintos. He querido hacer un relato ante todo histórico, si exceptuamos el primer capítulo. Pero es inevitable hacer referencia a algunas cuestiones relacionadas con los debates y las teorías sobre la comunicación, en la medida en que influyeron también en la concepción de la radio clandestina. Las referencias serán puntuales y espero que no lastren demasiado la amenidad —si es que la consigo— ni la comprensión del texto.

Soy consciente de las dificultades de realizar un ensayo de estas características, y quiero exponerlas para terminar esta introducción. La primera procede del propio tema.

La radiodifusión clandestina, por su misma naturaleza, es extremadamente difícil de estudiar. Las emisoras clandestinas surgen generalmente desde las sombras más oscuras de los conflictos políticos. Frecuentemente están manejadas por grupos revolucionarios o agencias de inteligencia que no pueden —o no están dispuestos a— dejar constancia documental de sus actividades [...]. En consecuencia, gran parte de lo que se ha publicado acerca de la radiodifusión clandestina no es otra cosa que suposiciones fundamentadas (Soley y Nichols, 1987: VII).

Varía mucho el conocimiento que tenemos de las diferentes emisoras. Sobre algunas se han escrito libros monográficos —a veces varios—, mientras que la información sobre otras queda reducida a unas cuantas líneas. Ello se debe, en buena medida, a la desigual porción de intrahistoria que han desvelado sus responsables y trabajadores. Tenemos que recurrir a ellos para conocer el funcionamiento, los métodos de trabajo, el personal, la forma de financiación..., con la carga de subjetividad que ello conlleva. Pero, por fortuna, no son la única fuente. La presencia y el impacto de las radios clandestinas pueden rastrearse también —aunque hacerlo sea más arduo— en los periódicos, las revistas especializadas, los boletines de los llamados «servicios de escucha», los libros de historia especializada...

La segunda dificultad es de contextualización. Las emisoras clandestinas han surgido en los rincones más alejados no solo desde el punto de vista territorial, sino también político-social. Es cierto que estos puntos tan diversos pueden ser unidos por una serie de líneas que recorren la historia del siglo xx: el nazi-fascismo, el camino del «socialismo real» impulsado por Moscú, el llamado «mundo libre» vigilado por Estados Unidos, el enfrentamiento de bloques en la Guerra Fría, los movimientos de liberación colonial... y sus respectivos oponentes. Pero la concreción en cada país y en cada época de esas líneas supone la necesidad no solo de comprender las distintas realidades, sino de sintetizarlas. La enumeración de grupos políticos, nombres de presidentes, fechas significativas... es fundamental para entender la evolución de distintas emisoras clandestinas, y al mismo tiempo no puede ser una rémora para el desarrollo del ensayo. En estas circunstancias, la simplificación puede resultar injusta, pero es necesaria para evitar el tedio.

Una última dificultad, derivada de la anterior, procede de lo reciente de los acontecimientos. El historiador Eric Hobsbawm nos recuerda que «Nadie puede escribir acerca de la historia del siglo xx como escribiría sobre la de cualquier otro período, aunque solo sea porque nadie puede escribir sobre su propio período vital como puede (y debe) hacerlo sobre cualquier otro que conoce desde fuera» (Hobsbawm, 1995: 7). Las consecuencias de los hechos que marcaron el siglo xx siguen presentes hoy, y crean una valoración ideologizada o subjetiva de ellos que no se produce —o que se produce en menor medida— al hablar de épocas pasadas, respecto a las que tenemos mayor distancia no solo cronológica, sino también emocional.

Con estas dificultades, con estos objetivos, con estas líneas de interpretación, adentrémonos ya en las sombras para escuchar sus voces.

¹ Una aplicación de este modelo de información a la lucha de la SWAPO en Namibia se encuentra en Sturges *et al.* (2005).

² El arquetipo de ese engaño/desengaño y de ese aprendizaje del escepticismo es la famosa adaptación de la novela *La guerra de los mundos*, que realizó Orson Welles y que emitió la CBS el 30 de octubre de 1938, en la que se utilizaron técnicas de radio informativa para narrar una historia de ficción.

³ Thompson (1998: 155) habla de «acciones-respuesta concertadas», que define como «acciones colectivas de individuos localizados en contextos distantes».

CAPÍTULO PRIMERO

Qué es una radio clandestina

Acotemos, para empezar, nuestro objeto de estudio, que dirían los académicos. O sea, concretemos de qué vamos a hablar en las páginas siguientes. Podríamos comenzar con una definición de manual. Clandestinas son las emisiones que tienen una finalidad política y que llevan a cabo organizaciones prohibidas y perseguidas en un determinado territorio. Organizaciones que, por lo tanto, se ven obligadas a actuar en la clandestinidad dentro y/o fuera de ese territorio hacia el que dirigen las emisiones.

Pero, si la cosa fuera tan fácil, este capítulo ocuparía un párrafo. El problema, como en tantas otras cosas, está en las precisiones, en los matices, en las excepciones a la regla... Por eso, cada autor que se ha adentrado en este terreno ha intentado su propia definición⁴. Todas se mueven en la misma órbita. Unas incluyen aspectos que otras descartan. En todas ellas encontramos puntos comunes, pero también contradicciones. La mía intentaré justificarla en las páginas siguientes. Acaso lo mejor sea detallar los rasgos que nos permiten identificar este género de emisiones y distinguirlo de otros con los que puede confundirse. Las definiciones globalizadoras no sirven de nada si no se entienden.

Piratas, libres, clandestinas... No son términos sinónimos, aunque así hayan llegado a usarse —y aún hoy se confundan, a veces— entre el público y los medios de comunicación. En principio —si bien lo matizaremos más adelante en el caso de la radio clandestina—, solo comparten un rasgo: la ilegalidad, carecer de una autorización administrativa o licencia de emisión. Pero responden a motivaciones, intereses y contextos distintos. Lo más fácil será, en consecuencia, empezar por aclarar qué no es una radio clandestina.

EMISORAS PIRATAS

Son emisoras ilegales que desarrollan una actividad comercial y que, por tanto, sus promotores crean con ánimo de lucro. Suelen responder, con variantes, a la fórmula de publicidad más música y buscan atraer a un sector generacional o social concreto. Nada distinto de las radiofórmulas más convencionales, aunque algunas emisoras piratas se dirijan a comunidades minoritarias que no encuentran acomodo en las grandes cadenas (los inmigrantes latinoamericanos en España, por ejemplo).

Tanto las emisoras legales comerciales como las radios libres ven en las piratas una competencia desleal, por distintos motivos. Las primeras, porque las piratas se benefician del sistema económico y radiofónico dominante sin asumir sus costes, aunque sea solo el de pasar por la ventanilla administrativa para solicitar su autorización y pagar sus impuestos, y además dejan menos pastel publicitario para las emisoras que sí cuentan con licencia. Las segundas, porque las piratas invaden sin escrúpulos el espectro radioeléctrico tan solo para afianzar la

cultura dominante, sin ofrecer a los oyentes alternativas reales en las formas y en los contenidos.

Según algunas fuentes, la primera radio «pirata» de la que se tiene noticia es la RKXR, que transmitió en mayo de 1933 desde el Ciudad de Panamá, un casino flotante frente a las costas de California. Emitía música popular y anuncios, al parecer con gran éxito. Pero su potente señal interfería a las emisoras legales del área de Los Ángeles. En agosto de ese mismo año, las autoridades estadounidenses capturaron el barco, lo remolcaron hasta el puerto de esa ciudad y la radio desapareció del aire (Bathgate, 2014).

Emisoras comerciales sin licencia han aparecido en cualquier parte del mundo donde ha existido un mercado de consumo en el que obtener sus beneficios. Es su único requisito, con independencia del sistema político o el régimen radiofónico vigentes. Y, sin embargo, sería injusto con la historia de la radio atribuir a las emisoras piratas solo el estatus de parásitas que puede desprenderse de su valoración actual. Sirvieron, por ejemplo, para revolucionar la radio europea.

A finales de los años cincuenta, en la mayoría del continente, el medio era un monopolio estatal (España, con su régimen mixto de emisoras públicas, pseudopúblicas y privadas era una excepción). Su programación estaba pensada para un público en general adulto. Era una radio «seria», en la que la publicidad estaba controlada, si es que tenía cabida, porque su financiación procedía de los presupuestos nacionales o del canon por tenencia de receptores. Al otro lado del Atlántico, las cosas habían sido distintas desde el principio. La radio se expandió gracias a miles de estaciones locales, asociadas en cadenas y sustentadas por la publicidad. Ese modelo de radio sirvió en los años cincuenta como plataforma para una auténtica revolución social. Con la música como una de sus señas de identidad, nació «una cultura específicamente juvenil muy potente» que «indicaba un profundo cambio en la relación existente entre las distintas generaciones» (Hobsbawm, 1995: 325-326). Promotores discográficos, empresarios radiofónicos y anunciantes, muchos llegados desde Estados Unidos, se dieron cuenta de que Europa era en buena medida una «terra incognita». Había un incipiente mercado juvenil de consumo por conquistar; había una música que los adolescentes conocían por distintos canales (el cine, por ejemplo) y que demandaban, pero que recibían con cuentagotas; había una forma de hacer y decir las cosas que apenas se identificaba con las emisoras existentes; había, pues, grandes posibilidades de exportar un modelo de radio «a la americana», basado en música pop-rock, con un estilo desenfadado por parte de los «disc-jockeys», y financiado gracias a la publicidad de artículos que pudieran interesar a esos oyentes jóvenes.

Para burlar las restricciones comerciales y musicales de los monopolios nacionales habían nacido desde los años treinta algunas emisoras instaladas en países con una legislación más laxa en materia de radiodifusión. Radio Luxemburgo y Radio Andorra son tal vez los dos ejemplos más notables. Pero estas emisoras eran legales. Había otra forma más arriesgada, pero más rápida, de acceder a la radio: instalar los transmisores y los estudios fuera de cualquier jurisdicción estatal. Así que los barcos anclados en aguas internacionales se convirtieron en la primera opción. De ahí que a estas emisoras se las empezara a llamar «piratas». Para hacer honor a su denominación, en algunos mástiles llegó a enarbolarse la clásica bandera negra con la calavera y las dos tibias cruzadas bajo ella. Pero lo normal era que esos barcos, comprados o alquilados, tuvieran una «bandera de conveniencia» no europea. También se ubicaron estas emisoras en otras plataformas o islas artificiales situadas en aguas extraterritoriales. Pequeñas

lanchas se encargaban de renovar los discos, las cuñas, los alimentos, el combustible o los tripulantes desafiando a los guardacostas y al mal tiempo.

Las primeras estaciones piratas europeas nacieron en 1958 en Suecia y Dinamarca (Montes y Sierra, 2009a: 44). Pero el gran objetivo —que a la postre sería el gran triunfo de este modelo de radio— estaba en Inglaterra, donde además empezaba a producirse una explosión de creatividad musical que conquistaría el mundo, y que contrastaba con la cicatería de la BBC a la hora de programar pop. Nombres míticos como Radio Caroline, Radio London o Radio City transformaron las ondas. La realidad pronto superó las expectativas. Los jóvenes conectaron de nuevo con un medio al que estaban dando la espalda, porque descubrieron unas «alegres emisoras capaces de cubrir su tiempo de ocio mejor que los aburridos programas oficiales» (Montes y Sierra, 2009a: 47), y los ingresos por publicidad comenzaron a llenar las cajas fuertes, lo que sin duda algo compensaba los inconvenientes de la vida a bordo.

Darían para otro volumen las historias que generaron aquellas pioneras: la guerra de interferencias con las emisoras oficiales, pero también entre las piratas, las maniobras a veces turbias para dejar fuera de combate a la competencia, y el andamiaje legal nacional e internacional que acabó con ellas a finales de los años sesenta, aunque de forma parcial y temporal. Lo que interesa destacar aquí es que, tras la irrupción de las piratas, nada fue igual en la radio europea. Mientras los Gobiernos intentaban suprimirlas, las redes monopolísticas nacionales copiaban su estilo para atraer a su público. Se crearon o adaptaron canales específicos dirigidos a esa audiencia joven y se abrieron además las primeras emisoras locales para estar más cerca de sus oyentes. Los locutores comenzaron a adoptar un lenguaje más desenfadado y un estilo más íntimo. Pero los actores del mercado, una vez descubierto el éxito de la fórmula, no querían quedarse al margen y se movilizaron para lograr reformas legislativas. Finalmente, a mediados de los años setenta se rompieron los monopolios radiofónicos en Inglaterra, Italia, Francia... Pero la entrada del sector privado en la concesión de licencias no acabó con las emisoras ilegales comerciales. Las piratas, en sentido estricto, fueron desapareciendo, pero el concepto saltó a tierra y ahí permanece, firme, desde entonces.

EMISORAS LIBRES

También presionaron para la ruptura de los monopolios en Europa, aunque por motivos por completo distintos, las primeras radios libres. En realidad, es solo uno de sus adjetivos. Se las conoce también como «alternativas», «comunitarias», «populares», «asociativas», «de servicio»... Como explicó José Ignacio López Vigil: «Todas estas denominaciones fueron y son adecuadas, porque bajo diferentes acentos aparece el mismo compromiso de poner las ondas de radio al servicio de la gente, el desafío de democratizar la palabra para democratizar la sociedad». López Vigil defendía el calificativo de «radio ciudadana», como «concepto inclusivo de edades, géneros, nacionalidades...» (López Vigil, 2004: 9 y 10). Ahora bien, una radio comunitaria, o asociativa, puede ser legal o ilegal, dependiendo de su voluntad y de la regulación de cada país. Por eso, preferimos restringir el término de «radio libre» solo a las emisoras ilegales, porque así se las conoció cuando nacieron.

Si tuviéramos que hacer una definición paralela a las de los modelos que ya hemos señalado,

diríamos que las radios libres son emisoras ilegales con una finalidad política o social, que ponen en marcha grupos u organizaciones no perseguidos en los territorios a los que las emisoras se dirigen. Así pues, el contexto las separa nítidamente de las radios clandestinas, pese a que en ciertos aspectos estén mucho más cerca de ellas que las piratas. Las emisoras son ilegales, pero los grupos que están detrás de ellas no lo son y, por tanto, no se ven obligados a actuar en la clandestinidad ni en el exilio. Tal fue el caso, por ejemplo, de las emisoras que a finales de los años setenta —cuando el movimiento eclosionó en Europa— pusieron en marcha el sindicato CGT o el Partido Socialista en Francia, para hacerse oír al margen del monopolio radiofónico estatal (Soley y Nichols, 1987: 112). Si los Gobiernos persiguen a las radios libres, si las intentan clausurar, no es por el contenido de sus emisiones, por muy político que sea, sino por una cuestión de forma, por no tener autorización para emitir. Ello significa que, en lo que a las radios libres se refiere, los Gobiernos castigan las emisiones, pero no a quienes las escuchan.

Tienen el propósito de ser alternativas a las emisoras comerciales y estatales en sus contenidos (tanto en los temas como en los enfoques), en su público objetivo (en muchos casos pretenden llegar no a una audiencia general, sino a sectores específicos que buscan contenidos específicos), en su gestión (no vertical, sino horizontal, incluso asamblearia), en su financiación (contribuciones voluntarias o «micropublicidad» frente a los presupuestos públicos o a los anuncios de las grandes empresas) y en la participación de los oyentes en todos los ámbitos anteriores (buscando, en definitiva, acabar con la separación tradicional entre emisor y receptor). En consecuencia, siempre surgen de una carencia. Las crean partidos políticos, sindicatos o movimientos sociales que no ven reflejados sus puntos de vista con la suficiente amplitud o imparcialidad en los medios de comunicación. O asociaciones que buscan establecer una radio de proximidad, «dar una voz a los que no la tienen, a los grupos marginados y las comunidades alejadas de los grandes centros urbanos, donde la población es demasiado pequeña para atraer a la radio comercial y a la radio estatal de gran escala» (Girard [ed.], 2002: II). O grupos de personas que, simplemente, no encuentran en la radio la programación que les apetecería escuchar.

Por lo tanto, sus motivaciones son diversas. Miguel Aguilera las agrupa en tres categorías, aunque es difícil encontrarlas puras en el dial: revolucionarias, sectoriales y epicúreas (Aguilera, 1985: 66-67). Las primeras perseguirían, «principalmente, la transformación radical de la sociedad a la que se dirigen». Un ejemplo paradigmático fue Radio Alice, la más famosa de las radios libres que nacieron en Italia a mediados de los años setenta, y que se presentaba como una emisora «éticamente intransigente», «contrainformativa» y «poético-libertaria»⁵. Con su discurso rompedor, siempre vitalista, a ratos ideológico y a ratos absurdo y delirante, que iba del maoísmo al dadaísmo, Radio Alice renovó radicalmente la forma de entender la radio en Italia. Para apuntalar aún más el mito, la policía la clausuró el 12 de marzo de 1977, con una irrupción en directo en el estudio.

Las emisoras sectoriales, según la caracterización de Aguilera, estarían «comprometidas, prioritariamente, con algún sector social en lucha», como «los ecologistas, las feministas, los homosexuales, los movimientos vecinales, los marginados...». A esta categoría pertenece otra de las más famosas e influyentes, la francesa Radio Verte Fessenheim, nacida en Alsacia en 1977, como protesta por la puesta en marcha en la región de la central nuclear de Fessenheim.

Por último, las epicúreas serían «aquellas que emiten por el simple placer de emitir que

experimentan quienes las operan». Su máximo exponente en España sería la más famosa radio libre madrileña, «Radio la voz de la experiencia, cadena del water», un caso tan singular, que se situaba al margen del movimiento organizado de radios libres.

Algunas de estas emisoras son ilegales por principios, por ideología. Rechazan el control del espectro radioeléctrico por parte de los gobiernos y proclaman el derecho a la libertad de expresión como anterior y superior a cualquier legislación. Por lo tanto, se niegan a pasar por la concesión de un Estado que, por lo demás, no se limita a administrar un recurso —al fin y al cabo limitado— como el de las frecuencias, garantizando un reparto equitativo, sino que por lo general otorga las licencias atendiendo a afinidades políticas o a prebendas económicas.

Otras, en cambio, son ilegales por necesidad. Desde luego, lo fueron las que luchaban contra los monopolios radiofónicos en Europa, porque sentían que sus valores e ideas no recibían en ellos una atención y un tratamiento adecuados. Y lo son, a su pesar, las que emiten sin licencia en tantos países del mundo, porque no está regulada la reserva de frecuencias para el llamado «tercer sector»: una radio de carácter social y cultural, de base, de intermediación, como alternativa a las emisoras privadas comerciales y a las públicas.

Debemos mencionar por último algunos modelos difíciles de catalogar (híbridos, podríamos llamarlos). Por ejemplo, las emisoras que en la Unión Soviética y sus países satélites transmitían una mezcla de procacidades y música rock. Un informe contabilizó unas tres mil solo en 1981. Consideradas piratas en algunos estudios, por sus contenidos y el público al que se dirigían podrían incluirse en esa categoría, pero les faltaba el componente comercial, dado el sistema económico vigente en esos países. Y, aunque su finalidad no fuera explícitamente política, dada la consideración del rock en los países socialistas, la emisión de esa música era en sí misma una forma de protesta (Soley y Nichols, 1987: 5).

EMISORAS CLANDESTINAS Y EMISIONES CLANDESTINAS

Por lo que llevamos visto, no todas las emisoras ilegales pueden definirse como clandestinas. Hay emisoras que tienen una finalidad política y que diseminan propaganda incómoda u hostil hacia un régimen determinado, pero tampoco ese criterio nos vale por sí solo. De hecho, como afirma Julian Hale (1979: 15), «la función especial de la radio es penetrar incluso donde no la quieren». Pensemos, por ejemplo, en el programa para España de la radiodifusión francesa (lo que aquí se conocía como «Radio París»). En él trabajaron durante el franquismo distintos exiliados. Sobre todo a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, los programas eran ciertamente contrarios a la dictadura, y la diplomacia española protestó por ello de forma verbal y escrita a través de los escasos canales que entonces tenía abiertos. «Radio París» molestaba, pero no era una emisión clandestina, sino de Estado. Era la portavoz y la imagen hacia España de un país, no de un grupo político. Lo que contaba en última instancia no eran las opiniones de los exiliados, sino la evolución de la política exterior francesa. Por eso, cuando a España se le empezaron a abrir las puertas de los organismos internacionales, el tono de los programas se relajó, aunque los mismos antifranquistas siguieran trabajando en ellos. Además, aunque la mirada a nuestro país estaba muy presente (no en vano la emisión estaba concebida para que se escuchara en España), las referencias pasaban siempre por el tamiz francés (un

homenaje a Machado en Colliure, una conferencia de Tierno Galván en París, las repercusiones de las huelgas de Asturias en la prensa francesa...).

Muchas de esas emisoras molestas u hostiles, por serlo, han debido oírse de forma clandestina a lo largo de la historia, con todas las precauciones plasmadas en la escena con la que abríamos la introducción. Pero ese factor tampoco es válido por sí mismo. La BBC, por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando emitía desde sus estudios con ese indicativo, no dejaba de ser una emisora oficial, estatal, por mucho que el Gobierno nazi la interfiriera o prohibiera su escucha por ser una radio enemiga (sí, sería la escucha clandestina de una emisión no clandestina, aunque a primera vista parezca paradójico). Como veremos después, tampoco es lo más relevante si las transmisiones se realizan desde un lugar secreto o claramente identificado.

El criterio básico que hemos establecido para definir una emisión como clandestina es el carácter de los grupos que la ponen en marcha y la dirigen. Grupos políticos perseguidos, como decíamos páginas atrás, que deben actuar en la clandestinidad y/o en el exilio. Planteadas así las cosas, se abre un abanico de posibilidades mayor del que en principio pudiera parecer, porque los grupos perseguidos han desarrollado las más variadas estrategias, en función de sus capacidades, sus apoyos y sus recursos, para hacer oír su voz en los territorios en los que quieren provocar cambios políticos y en los que no pueden expresarse a cara descubierta.

1. Emisoras clandestinas autónomas, dedicadas por completo a esta labor. En los capítulos siguientes encontraremos múltiples ejemplos. Son emisoras que suelen ocultar su lugar de emplazamiento, bien para no ser localizadas (en caso de que emitan desde dentro del territorio al que se dirigen), bien para sostener una ficción de cercanía con los oyentes y con los acontecimientos (en caso de que emitan desde fuera). Las emisoras clandestinas autónomas situadas dentro de los territorios en conflicto no suelen permanecer mucho tiempo en el aire si no cuentan con un lugar más o menos seguro para transmitir. Esto solo se consigue en el caso de las guerrillas que logran establecer zonas «liberadas» que escapan al control de los Gobiernos. Radio Rebelde (Cuba) o Radio Venceremos (El Salvador) son dos ejemplos paradigmáticos. Cuando esto no ocurre —porque las guerrillas son débiles o porque los grupos de oposición tienen un carácter político y no paramilitar—, las emisoras deben trasladarse con frecuencia si quieren tener alguna posibilidad de sobrevivir, porque gracias a los sistemas de triangulación la policía o el ejército pueden localizar fácilmente los transmisores y destruirlos o confiscarlos. Es lo que ocurrió en varias ocasiones con los equipos de Radio Solidaridad que aparecieron en distintas ciudades de Polonia.

La existencia de una emisora clandestina por un período prolongado en una zona «liberada» es la amenaza más seria para los Gobiernos, porque demuestra que no dominan por completo su país, apuntala la imagen de los rebeldes como una fuerza viable de oposición y puede animar a muchos a incorporarse a sus filas. Por eso, la mayoría de radios clandestinas autónomas han dicho que emitían desde territorios «liberados», aunque no lo hicieran. Por la misma razón, los Gobiernos, cuando saben que las emisoras clandestinas transmiten desde dentro de sus fronteras, tratan de acabar con ellas por todos los medios, temiendo más su significado simbólico que su contenido (Soley y Nichols, 1987: 310-311).

Las que emiten desde fuera del territorio al que se dirigen tampoco suelen funcionar durante mucho tiempo sin una organización bien disciplinada y, sobre todo, sin el apoyo económico, político y técnico de algún país. Así ocurrió con Radio España Independiente, que pudo

mantenerse tantos años en antena gracias a la solidaridad de la Unión Soviética y de Rumania. Trabajar desde el exterior ofrece mucha más tranquilidad y seguridad en las condiciones adecuadas, por supuesto; pero, sin un continuo contacto y una coordinación eficaz entre el exilio y el interior, las emisoras —y las organizaciones que las promueven— acabarán teniendo una visión distorsionada de su país, serán incapaces de adaptar sus mensajes a la realidad y de provocar cualquier cambio. Además, depender de recursos ajenos puede presentar problemas, iguales a los del siguiente tipo de emisiones clandestinas.

2. Cesión de tiempos o frecuencias de emisión, por parte de países «amigos», muchas veces desde sus servicios exteriores de radio. Podría pensarse que estas emisiones no deberían ser consideradas clandestinas. Nosotros creemos que sí. Para explicar por qué, pensemos en Radio Freedom.

Era la voz del Congreso Nacional Africano (CNA), la voz de la mayoría negra oprimida por el régimen del «apartheid» en Sudáfrica. Comenzó a emitir en 1963, como una emisora clandestina instalada en el propio país, en concreto en Johannesburgo. Pero poco después, la policía sudafricana localizó el transmisor y se incautó de él. Seis años más tarde, Radio Freedom volvió al aire, pero esta vez como un programa de quince minutos desde la frecuencia del servicio exterior de Radio Tanzania. Las emisoras internacionales de Zambia, Angola, Madagascar o Etiopía cedieron también tiempo de emisión al CNA. El comienzo era igual, más allá del país desde el que se transmitiesen: un sonido de ametralladoras y una voz que decía «This is Radio Freedom, the voice of the African National Congress». Desde ese momento, por las ondas no hablaba ya el Gobierno de Zambia, o el de Angola, o el de Etiopía, sino un partido político de un país distinto. El propósito de los programas era el mismo, e idéntico al de la primitiva emisora que transmitió en 1963. El CNA seleccionaba el personal que trabajaba en ellos y los contenidos respondían a las mismas directrices. Por supuesto, el Gobierno de Sudáfrica trataba de impedir la escucha de Radio Freedom con la misma violencia. Había variado la plataforma, pero las demás características se mantenían⁶.

Por eso incluimos también dentro de las emisiones clandestinas estos programas específicos, dirigidos a audiencias o territorios concretos, elaborados por grupos perseguidos en otros países y transmitidos por emisoras claramente identificadas (en muchos casos oficiales) como fruto de la solidaridad.

Disponer de tiempos cedidos por otros países otorga indudables ventajas a los grupos revolucionarios: transmisores que suelen ser más potentes que los de las emisoras clandestinas autónomas, mejor cobertura política (que pueden no tener si deciden instalar una emisora por su cuenta en otro país), seguridad para sus trabajadores (frente a las emisoras clandestinas que emiten desde el territorio al que se dirigen, hostigadas constantemente por las dictaduras) y una infraestructura técnica que pueden aprovechar y que no tienen que mantener. La contrapartida es que los tiempos de emisión pueden verse alterados o incluso eliminados en cualquier momento por un cambio en la diplomacia o en la línea política de los Gobiernos «amigos». Ahí están, por ejemplo, las múltiples vicisitudes que sufrió La Voz de Palestina en los diferentes países que la acogieron entre 1965 y 1993.

3. Compra de tiempos de emisión en radios comerciales. Donde no ha llegado la solidaridad, lo ha hecho el dinero. Es la estrategia seguida, por ejemplo, por los exiliados cubanos en Estados Unidos. Desde 1959 han emitido en ese país algunas emisoras clandestinas, casi siempre

iniciativas individuales. Pero, especialmente desde mediados de los años ochenta, las organizaciones del exilio han optado en su mayoría por comprar tiempos de emisión a estaciones comerciales de onda corta, como la WRMI, con sede en Miami, o la WHRI, ubicada en Indiana. Así, los exiliados se han asegurado poder llegar a Cuba con unas transmisiones de carácter regular (mientras duren los fondos) y con una cobertura legal, ya que el Gobierno norteamericano ha perseguido las emisoras clandestinas ubicadas en su territorio por violar las leyes de telecomunicaciones nacionales⁷.

4. Instalación de emisoras legales propias en el exterior. Es una situación, de hecho, muy poco frecuente, pero se ha dado. Las organizaciones políticas que sufren la represión en sus territorios han conseguido a veces instalar en el extranjero emisoras legales. Tal vez el caso más destacado fue el de Radio Noticias del Continente, que instaló en Costa Rica en 1979 el Movimiento Peronista Montonero, de Argentina. Fue un canal de contrainformación por onda corta que desde un principio tuvo altos vuelos, ya que no solo se dirigía a Argentina, sino que se proponía apoyar los procesos revolucionarios en Centroamérica y denunciar las violaciones de los derechos humanos por parte de las dictaduras militares del continente. Las presiones argentinas, respaldadas por los Gobiernos de Guatemala y El Salvador, y por los partidarios de Anastasio Somoza (el depuesto presidente de Nicaragua), llevaron a Costa Rica a decretar su cierre a comienzos de 1981⁸.

5. Secuestro temporal de emisoras legales. Donde no han llegado la solidaridad ni el dinero, lo ha hecho la violencia. Es una táctica practicada por distintos grupos guerrilleros, político-militares, terroristas...: ocupar por la fuerza y de forma temporal una emisora legal para difundir sus comunicados⁹. El riesgo de estas iniciativas es evidente: en cuanto reciban la primera alerta, las fuerzas de seguridad tratarán de capturar a los asaltantes. Por eso, la ocupación debe hacerse el tiempo justo para lanzar sus consignas y siempre entraña riesgos elevados. Pero, a cambio, esta táctica suele tener un gran impacto, porque los oyentes de las emisoras legales se ven sorprendidos por voces y mensajes que no esperan. No los buscan expresamente, como hacen los de las emisiones clandestinas, sino que les llegan mientras escuchan un informativo, un partido de fútbol o un programa musical. Así que alcanzan a personas que de otro modo seguramente no los escucharían. Los asaltantes, antes de retirarse, suelen dejar tras ellos bombas —en la gran mayoría de los casos falsas— para impedir que alguien entre a parar la grabación antes de que termine. Estas acciones pueden desarrollarse sobre todo en zonas donde, como Centroamérica, transmiten gran cantidad de estaciones comerciales de carácter local, que viven de la publicidad y están destinadas al entretenimiento de la población.

6. Interferencia de emisoras legales. Es otro modo, más técnico, de difundir por sorpresa mensajes «subversivos». Un sistema practicado por organizaciones que actúan dentro del territorio al que se dirigen, y que a la vez desarrollan tácticas de guerrilla urbana u otras formas de movilización ilegal. Se trata de situar un transmisor en la misma longitud de onda que la radio que se quiere interferir. Desde él se lanzan las proclamas y comunicados, que llegan a los oyentes también de forma inesperada, como en la táctica anterior. Estos equipos suelen ser pequeños, para facilitar su traslado. Por lo tanto, el alcance de estas emisiones clandestinas es limitado, apenas unas manzanas alrededor del transmisor, y en cualquier caso muy inferior al radio de recepción de la emisora que se interfiere. Un manual de los Montoneros de Argentina, a

finales de los años setenta, daba una explicación muy gráfica de este sistema: la señal que se quería interferir era como una potente lámpara situada en el centro de un estadio lleno de espectadores, mientras que el transmisor de interferencia era como una linterna con la luz del mismo color; solo en unas condiciones óptimas se podría conseguir que un sector de los espectadores recibiera la luz de esa linterna con más fuerza que la de la lámpara (MPM, 1979?: 2-3). Además, las emisiones suelen durar apenas unos minutos para evitar que los equipos sean localizados. Lo prioritario en esta táctica, al fin y al cabo, es el impacto emocional de la propia transmisión, la hazaña de guerrilla psicológica, más que la adhesión racional a los mensajes. Fue el sistema que utilizó el sindicato Solidaridad en Polonia tras la imposición de la ley marcial en diciembre de 1981, el movimiento de los Montoneros en Argentina en la segunda mitad de los años setenta, o el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile en los años ochenta.

Todas estas son distintas plataformas para un mismo objetivo: dar voz a grupos silenciados. Por eso creemos más adecuado hablar de emisiones que de emisoras clandestinas. De ellas, las más importantes a lo largo de la historia han sido las que han mantenido una cierta regularidad o continuidad, al menos en los meses decisivos de cualquier conflicto. Pero en todas pueden encontrarse motivaciones similares y líneas parecidas de discurso.

EMISIONES DE OPOSICIÓN

Las emisiones clandestinas son frutas de temporada. Siempre nacen en circunstancias excepcionales (la ocupación de un territorio por fuerzas extranjeras, la instauración de una dictadura, la opresión de una minoría política o social, etc.). De ahí la finalidad esencialmente política a la que aludíamos. Son portavoces de ideas cuya difusión se ha prohibido, o de grupos que han debido pasar a la clandestinidad o al exilio. En consecuencia, se sitúan en contra —o, al menos, al margen— de la legalidad vigente en el territorio al que se dirigen, y sus autoridades tratan de anularlas precisamente para mantener esa legalidad. Radio España Independiente, por poner un ejemplo, podría no haber nacido nunca durante la dictadura franquista, pero nunca podría haber nacido en otras circunstancias, ya que era una emisora de combate del Partido Comunista de España para acabar con esa dictadura. En este sentido, tienen la misma raíz que esas canciones testimoniales, surgidas de un tiempo y un espacio concretos, que tal vez no pasarán a la historia de la música, pero que componen la música de la historia.

Las emisoras comerciales —legales o piratas— tienen como fin último el lucro de sus propietarios, más allá de que acudan a paradigmas como la libertad de información o el pluralismo para justificar su existencia. Por lo tanto, aspiran a prolongarse en el tiempo mientras la legislación económica y la publicidad les permitan seguir obteniendo beneficios. Sobreviven en democracias o en dictaduras adaptando sus contenidos. Lo mismo le ocurre, por lo general, a las emisoras oficiales, como portavoces de los Estados. Las emisiones clandestinas, en cambio, solo se explican mientras duren las circunstancias políticas que llevaron a su aparición.

De ahí que otra característica fundamental sea su temporalidad. Por su carácter instrumental, nacen ya destinadas a desaparecer, y cuanto antes, aunque no se sepa cuándo ocurrirá. Por ello, Ramón Mendezona, director de Radio España Independiente durante 26 años, pudo afirmar: «Más de una vez habíamos comentado entre nosotros: “la democracia nos matará”. Y así

sucedió, aunque todavía no fuese la democracia cien por cien» (Mendezona, 1995: 379). Es evidente que una emisión clandestina puede terminar por múltiples causas: crisis en el grupo político que la puso en marcha, falta de fondos para prolongarla, captura y destrucción por parte del Gobierno contra el que se lucha si emite desde dentro del país, fin de la solidaridad del Estado que la acoge si emite desde fuera... Pero, en la mejor de las hipótesis, y aunque parezca paradójico, cuanto menos tiempo esté una emisión clandestina en el aire, significará que antes se habrá conseguido el propósito que se buscaba. Volviendo a Radio España Independiente, los 36 años que emitió fueron a la vez un triunfo —porque mostraron la capacidad de resistencia y combatividad de los comunistas— y un fracaso —porque el franquismo no cayó de la forma en que preveía el PCE, ni fruto de las movilizaciones que la emisora impulsaba.

Ahora bien, una vez alcanzado ese objetivo, el destino de las emisiones clandestinas depende de las nuevas circunstancias políticas: no es lo mismo que un régimen colapse y se desmorone, o que simplemente se transforme. Depende también de cuál sea en esa nueva situación la relevancia de los grupos que las pusieron en marcha, y de si esos grupos deciden mantenerlas de alguna forma o no. Lo más habitual es que, simplemente, desaparezcan, cumplida su misión, como le ocurrió a Radio España Independiente o a Rádio Portugal Livre, entre muchos otros casos. Pero pueden reconvertirse en emisoras legales, como hizo Radio Venceremos tras los acuerdos de paz de 1992 en El Salvador (esta reconversión a menudo implica un cambio de formatos y de estilo). O pueden pasar a ser emisoras oficiales o pseudo-oficiales cuando los grupos que las pusieron en marcha obtienen una posición preeminente —o única— en el nuevo régimen. Así ocurrió en Israel en 1948, en Cuba en 1959, en Guinea-Bisáu en 1974, en Laos y Vietnam en 1975 o en Nicaragua en 1979, entre otros casos.

También debido a su finalidad política, las emisiones clandestinas se dirigen a unos destinatarios concretos. Transmiten hacia un territorio específico, en el que se pretenden lograr los cambios. Sin embargo, sería un error entender aquí clandestino como sinónimo de minoritario. Otras actividades de las organizaciones ilegales deben realizarse con la máxima discreción, implicar a las personas imprescindibles que conocerán solo la información estrictamente necesaria para desarrollar sus tareas. Se trata, como es lógico, de preservar la estructura de las organizaciones, establecer cortafuegos para impedir que una infiltración policial o una caída de miembros tengan consecuencias desastrosas en cascada. Pero las emisiones clandestinas buscan, por su propia naturaleza, convertirse en emisiones de masas, llegar a la mayor cantidad posible de población. Desde el punto de vista de las organizaciones que las dirigen, cuantos más oyentes tenga una emisión clandestina, mayor será su éxito por dos motivos: primero, porque significará que cada vez más gente ha dejado de tener miedo a escucharlas pese a los riesgos y a las prohibiciones (un síntoma de que se está perdiendo el miedo ante la opresión); segundo, porque habrá más posibilidades de que esa gente se comprometa a luchar, a seguir determinadas consignas, para provocar cambios. Por eso, desde las emisiones clandestinas se hacen constantes llamamientos a la colaboración en difundir sus contenidos, similares a este que lanzaba la emisora La Voz de la Libertad desde Panamá en 1989, meses antes de que cayera el Gobierno de Manuel Antonio Noriega: «Le solicitamos que trate de grabar esta transmisión, sáquele copias y distribúyala entre sus amistades. Pero, sobre todo, levante el teléfono, llame a sus conocidos y avíseles dónde nos encontró en el dial»¹⁰.

Las emisiones clandestinas se dirigen a distintos tipos de audiencias nacionales: a los

militantes de sus organizaciones para coordinar sus actividades o para orientarles políticamente, a la población general para implicarla en la lucha, a los miembros del ejército para animarles a cambiar de bando... Pero muchas desarrollan un discurso paralelo, dirigido a otro tipo de oyentes: los que las captan en cualquier lugar del mundo donde llegue su frecuencia. De ese público global se busca otra reacción: la solidaridad, la presión internacional que aumentará el acoso a las dictaduras, contribuirá a extender la «verdad» de lo que pasa más allá de la manipulación oficial, y ayudará a los que luchan. Muchas emisiones clandestinas han ganado credibilidad cuando sus mensajes han sido redifundidos por las agencias de noticias y los medios de comunicación de otros países, que las utilizan como fuente informativa, en especial cuando no hay otras formas de obtener noticias sobre lo que ocurre en un territorio determinado. Como afirmó Julian Hale (1979: 22), «hasta la estación clandestina más pequeña puede llegar a una audiencia mundial si su mensaje es considerado bastante importante».

ORGANIZACIÓN Y ENCUADRAMIENTO

Las organizaciones que consiguen mantener una emisión clandestina tienen una ventaja importante desde un punto de vista cualitativo, sobre todo en situaciones de «competencia», donde varios grupos políticos se disputan la primacía en la oposición a un régimen. Las publicaciones clandestinas tienen una influencia siempre limitada. Suelen ser muy irregulares en su tirada y en su periodicidad, y normalmente solo llegan —cuando lo hacen— a los militantes previamente comprometidos. Además, la posesión de una octavilla o un periódico clandestino es una prueba física inculpativa de una labor considerada sediciosa por el poder, y en muchos casos castigada con penas severas. Por eso, el reparto masivo o indiscriminado de este material es peligroso. Las emisiones clandestinas, en cambio, suelen establecer citas regulares con sus oyentes. Pero lo más importante es que, potencialmente al menos, llegan no solo a los militantes, sino a todo el que tenga un aparato de radio capaz de captarlas.

Esa comunicación directa e inmediata con los estratos más diversos de la población — salvando las interferencias, de las que hablaremos después— da un poder de penetración social que no se consigue por otros medios, no solo a la hora de publicitar las acciones y los puntos de vista de los grupos que las dirigen, sino también a la hora de reclutar nuevos miembros para el combate. «Hay un fusil para cada quien —se podía oír en Radio Venceremos en 1984—. Milicias y ejército revolucionario, garantía de la victoria. En cualquiera de los dos hay un lugar para vos. Incorporate»¹¹.

Pero, si la radio puede ser fundamental en esa labor de encuadramiento, resulta determinante para la estructuración de las propias organizaciones clandestinas. En los grupos que solo pueden recurrir a la comunicación escrita, las informaciones e instrucciones fluyen como si se tratase de un sistema nervioso: hay un centro director que las envía y recibe a través de conductos claramente jerárquicos. Por tanto, es necesaria la existencia previa de esos nervios, la presencia física de militantes ya encuadrados para que el grupo pueda actuar en una zona determinada. Si la comunicación se interrumpe, si el sistema nervioso falla (tras una desarticulación de la policía, por ejemplo), hay miembros e incluso estructuras completas del grupo que quedan aislados, sin posibilidad de acciones coordinadas hasta que los contactos se restablezcan.

Cuando se dispone de emisiones clandestinas, en cambio, la voz de un grupo de oposición puede estar presente incluso en los momentos más duros, de más caídas, de más represión. En este sentido, la existencia misma de las emisoras, más allá de lo que digan o de cómo lo digan, es ya un primer éxito, porque prueba que esa oposición perseguida no ha sido derrotada. La radio se convierte así en un elemento identitario del grupo: transmito, luego existo. Un elemento que es a la vez un medio de comunicación para las masas y para las élites. A través de la radio, sus dirigentes pueden enviar mensajes tanto al conjunto de sus militantes, como a los responsables territoriales o sectoriales (en este caso, con las correspondientes claves), y ello de forma rápida y a la vez segura (aunque parezca paradójico). Pueden dirigirse a la vez a los exiliados dispersos por distintos países y a los que permanecen en su tierra. Y también se lanzan consignas generales de movilización que puede poner en práctica cualquiera que esté de acuerdo con ellas, aunque no pertenezca a la organización clandestina. De hecho, las radios suelen animar a hacerlo, porque para eso emiten, entre otras cosas, para tener el mayor impacto posible. Así que, cuando hay una emisión clandestina, pueden formarse células autónomas, orientadas solo por ella, que después podrían entrar en contacto físico con el resto de la organización. Como se ve, es el proceso contrario.

Ahora bien, esa indudable ventaja —que existe— no es medible en términos cuantitativos. Es imposible calcular con fiabilidad la audiencia de una emisión clandestina por su misma naturaleza. «Los informes sobre la escucha son poco frecuentes porque [...] transmiten de forma habitual hacia países con Gobiernos represores, que prohíben la escucha de las emisoras. Admitir que se escuchan estaciones clandestinas en estos países es admitir que se comete un crimen» (Soley y Nichols, 1987: 21). Si los oyentes no pueden reconocer abiertamente que lo son, está claro que en estos casos no sirven los métodos más utilizados para investigar la audiencia de las emisoras. Así que se da la paradoja de que, cuando más verosímil es la escucha de las emisiones clandestinas por la situación política de un territorio, más difícil es comprobar si se produce o no. Para suplir esta carencia se ha recurrido a métodos indirectos (las referencias a la emisora en los informes de los regímenes contra los que luchan, la correspondencia cuando hay algún canal abierto para recibirla...). Datos que, o bien solo están disponibles con el paso de los años, o bien dan lugar a conclusiones que no se pueden confirmar.

Sin embargo, la labor propagandística de las emisiones clandestinas no solo consiste en promocionar a los grupos que las sostienen, sino también —y de forma consustancial con su actividad— a ellas mismas. Todas, sin excepción, se atribuyen una audiencia multitudinaria y al mismo tiempo creciente. Todas afirman que son escuchadas en los lugares más recónditos, seguidas fielmente por los sectores más variados. Es cierto que algunas emisoras han tenido esa audiencia masiva a la que aspiraban (como ha demostrado después el desarrollo de los acontecimientos) y se han convertido en un nexo insustituible entre las luchas de los pueblos y sus inspiradores; en otros casos, en cambio, su existencia ha sido meramente testimonial. Las emisiones que se han prolongado durante bastantes años han tenido altibajos en su seguimiento. Pero el discurso de las emisiones clandestinas sobre su impacto se ha mantenido invariable, con el mismo grado de autocomplacencia, más allá de las circunstancias reales (económicas, sociales, tecnológicas, culturales...) de cada territorio en cada momento.

Un ejemplo de nuestro país ilustra la precaución que hay que tener a la hora de separar el grano de la paja. En 1946, refiriéndose al impacto de Radio España Independiente, *Mundo*

Obrero (órgano de prensa del PCE) afirmaba: «La noticia de que existía la emisora, sus campos de onda y las horas de sus emisiones, corrieron de boca en boca y se hicieron rápidamente populares entre nuestro pueblo, y hoy las escuchan diariamente millares y millares de españoles»¹². Pero parece difícil pensar que tales índices de audiencia se pudieran conseguir en la España de la posguerra, marcada por una represión sistemática y multiforme de los sectores que habían perdido la Guerra Civil. Una España en la que el grueso de la población convivía a diario con el miedo, cuando no con el apoyo a la dictadura, y en la que se desvanecía la esperanza de los grupos más comprometidos respecto a que la Segunda Guerra Mundial provocara un cambio de régimen en nuestro país. Una España, además, que sufría un espectacular retroceso económico, en la que las restricciones eléctricas eran constantes, en la que incluso muchas emisoras oficiales se vieron obligadas a trabajar en condiciones muy precarias y a no poder producir una programación continua a lo largo del día, y en la que el precio de los aparatos receptores pasó a ser desorbitante en relación con el poder adquisitivo medio de los españoles. Una España en la que, por estas y otras razones, la radio sufrió «una considerable regresión como medio de comunicación, convirtiéndose de nuevo en el instrumento para las élites que caracterizó su explotación comercial en los años 20» (Balsebre, 2002: 56).

Al inflar el grado de su impacto, las emisiones clandestinas buscan lograr fines distintos y complementarios: en primer lugar, reforzar la moral de los oyentes, informándoles de que hay muchos como ellos y, de hecho, cada vez más (así, aunque una persona escuche la emisora en solitario, podrá imaginar a muchas otras realizando el mismo acto de resistencia al mismo tiempo en todo el país, hasta crear una auténtica comunidad disidente, tal vez subterránea y fragmentada, pero real); en segundo lugar, tratar de desmoralizar al enemigo presentando una fuerza imponente de personas dispuestas a desafiar sus prohibiciones escuchando las emisiones clandestinas y, llegado el caso, a seguir sus consignas hasta entablar la batalla definitiva; y en tercer lugar (especialmente importante en momentos de crisis, cuando está en juego la propia supervivencia de las emisiones), convencer a los responsables de los grupos o de los Estados que las sostienen de que deben continuar, de que son útiles y necesarias.

Una segunda derivada de esa autopropaganda —obvia, siguiendo la lógica de quienes la llevan a cabo— es que, si las emisiones son cada vez más escuchadas, las consignas que se difunden serán cada vez más seguidas. Admitir lo contrario obligaría a una reflexión sobre los propios métodos de trabajo, sobre la eficacia de los propios mensajes y sobre el desfavorable contexto para la lucha, que los grupos de oposición muchas veces no están en condiciones de hacer, o al menos no en público. Si las radios clandestinas no son prudentes en esa identificación entre oyentes y seguidores, la realidad puede desmentirlas con facilidad, así que esa lógica puede volverse muy peligrosa para ellas. Y, sin embargo, el fracaso de un llamamiento a la movilización no debe presuponer tampoco una baja audiencia. Es obvio. No todos los que escuchan esas emisoras se identifican ideológicamente con ellas (algunos solo lo hacen para oír voces distintas a las oficiales, como veremos). Y, entre los partidarios, no todos están dispuestos a jugarse su propio futuro para conseguir un mejor futuro colectivo. Seguir cualquier consigna entraña siempre un grado de implicación, de compromiso y de riesgo mayor que la escucha. El miedo es una de las pocas cosas libres en una dictadura.

Como afirma Gerry L. Dexter, las radios clandestinas

no emiten para entretener. Sus razones son serias —[...] convencer a los oyentes de que aquellos que apoya la emisora tienen razón, y el gobierno no la tiene y debería ser sustituido. Y son usadas también como instrumento de desinformación y para reforzar la moral de los guerrilleros (Gerry L. Dexter, cit. en Gómez Fernández, 2002: 351).

De aquí se deduce, en primer lugar, que a los emisores clandestinos les importa mucho más el contenido que la forma. Deben difundir sus mensajes a veces en muy poco tiempo y en condiciones muy difíciles. Además, esperan que sus oyentes les busquen precisamente por esos mensajes, y no por otras cosas. De ahí que muchas emisiones clandestinas tiendan a prescindir de lo «superfluo». Un ejemplo curioso es la música: los responsables de algunas radios clandestinas la han despreciado al considerar que restaba tiempo para contenidos realmente importantes; otros, en cambio, la han utilizado ampliamente por su capacidad para movilizar y para ayudar a fijar los mensajes en las personas. No hay estadísticas que lo corroboren, pero las emisiones clandestinas más exitosas han sido las que, entre otras cosas, han utilizado distintos recursos y formatos radiofónicos —en la medida de sus posibilidades, a menudo precarias—, ofreciendo así una programación atractiva a sus posibles oyentes.

Pero la afirmación de Dexter nos lleva a otra conclusión. En estas emisiones el componente propagandístico predomina claramente sobre el informativo, cuando este existe. Son emisiones de combate, dirigidas por grupos que asumen la iniciativa, los costes y los riesgos de ponerlas en marcha. De ahí que transmitan sus puntos de vista sobre la realidad y que difundan sus tácticas y sus consignas.

Por lo que llevamos dicho hasta aquí, de todas las emisiones clandestinas parece desprenderse un cierto discurso triunfalista. Se podría decir, incluso, que su objetivo último es proporcionar a una audiencia invisible y anhelante la esperanza en la inmediata caída del régimen de opresión al que se oponen, la esperanza en la inminente llegada de la libertad. Y para proporcionar esa esperanza, deben evitar el desaliento ante cada expectativa frustrada, el desánimo ante cada año infructuoso; deben presentar cada pequeña conquista como el paso definitivo hacia la victoria final. Se podría aplicar a muchos oyentes de las radios clandestinas lo que escribió aquel francés que durante la Segunda Guerra Mundial trataba de sintonizar la BBC, en medio de las interferencias aplicadas por el Gobierno de Vichy: «La BBC también disfraza la realidad, sin ninguna duda, pero lo que dice se asemeja tanto a lo que yo espero que me lo trago verazmente, como una droga bienhechora» (Collin, 1983: 198-199).

La contrapartida lógica de este discurso está en la denuncia de quienes se oponen por diferentes razones a esa victoria anunciada. Se denuncia, desde luego, a los responsables de torturas, fusilamientos, deportaciones, arbitrariedades..., desde las máximas autoridades estatales hasta sus delegados en los pueblos más pequeños. Pero también se denuncia a otros grupos de oposición, a los que se llega a calificar de oportunistas, de equivocados o de traidores al pueblo. Pero su principal valor (y al mismo tiempo su principal riesgo, cuando hay un error en la información facilitada) es el desenmascarar a los provocadores y a los confidentes de la policía infiltrados en las organizaciones que sostienen las emisiones clandestinas. Es una forma rápida de advertir a los responsables y militantes de base para que estén alerta. Los mensajes suelen ser

muy similares a este transmitido desde La Voz de Canarias Libre en 1977:

Es conveniente que todos los vecinos [...] conozcan a este traidor y alcahuete, y que todos los habitantes de nuestra patria lo señalen con el dedo; que todo el mundo le niegue la palabra a este traidor y colaborador de la policía colonial [...]. Todo nuestro pueblo debe fijar bien su nombre para que pague las consecuencias de su acción [...]. Más le valiera [...] no haber nacido, ya que esta mancha le perseguirá durante toda su corta vida y todos cuantos le han conocido se avergonzarán de él. En la República Guanche, en una Canarias Libre e Independiente personajes de tan baja calaña y estofa no tendrán lugar nunca, así es que ya puede irse buscando un lugar en su España querida [...] ya que en nuestra tierra jamás volverá a dormir en paz (Zaragoza Fernández, 2010: 644).

Las denuncias de la represión, de la provocación y de la traición son exponentes de un estilo agresivo que ha caracterizado a muchas de estas emisiones. Es otro rasgo que se deriva, en buena lógica, de su naturaleza y de sus circunstancias. En la radio clandestina no hay mucho espacio para el gris. El suyo es un estilo sin matices, incluso estridente, donde los bandos están claramente delimitados. Es cierto que esa forma de trabajar se dio sobre todo en la etapa inicial del medio, cuando la propaganda política a través de la radio era más elemental, más rudimentaria; con el paso del tiempo, se ha hecho más sutil y las emisiones clandestinas han ido relajando el tono. También es habitual encontrar un estilo irónico, que a la larga se ha demostrado no solo como un excelente medio de captación de audiencia, sino como una eficaz arma de combate ideológico, pues ridiculizar al adversario suele ser el primer paso para dejar de temerlo.

Pero, pese al predominio del componente propagandístico, de agitación, de orientación doctrinal..., todas las emisoras clandestinas afirman cumplir una función de información alternativa. Frente a la censura, a la manipulación, a la ocultación y a la mentira oficiales, aseguran enarbolar la bandera de la verdad. Es el «principio fundamental de la propaganda popular», como lo definió el Che Guevara, al que se atribuye la creación de Radio Rebelde en Cuba en 1958. «Es preferible decir la verdad, pequeña en cuanto a dimensiones efectistas, que una gran mentira cargada de oropel» (Martínez Vítores, 1978: 307). Treinta años después, un dirigente de las guerrillas salvadoreñas afirmaba que se debía «evitar toda forma de adoctrinamiento que simplifica la verdad en puras consignas o que la esconde o manipula [...]». Siempre es más revolucionario el camino de la verdad compartida, enseñada, descubierta participativamente» (López Vigil, 1994: 544).

Sería pueril, sin embargo, por lo que llevamos dicho hasta aquí, pensar en las emisiones clandestinas como entes puros, carentes de intereses y preocupadas solo por ofrecer al pueblo un periodismo de manual. No podemos caer en el error de contraponer a la mentira de las dictaduras la verdad de las oposiciones. Muchas veces, las emisoras clandestinas han falseado a propósito las informaciones, o sus interpretaciones, para apuntalar ese discurso triunfalista del que hablábamos, para dar una impresión de fuerza mucho mayor que la real. Las radios guerrilleras han difundido información engañosa para despistar al ejército enemigo y obtener una ventaja táctica: que el Gobierno envíe tropas a combatir a los rebeldes en las zonas donde dicen estar operando, y queden así peor defendidos los territorios donde la guerrilla realmente desea actuar.

En otras ocasiones, incluso cuando las emisoras quieren mostrarse realmente como medios de información «objetiva», la tarea les resulta muy difícil: en unos casos, por la ausencia de noticias reales que consigan llegar a través del silencio, el miedo y la censura; en otros casos, porque las noticias que llegan proceden en su mayoría de militantes que no son testigos, sino protagonistas

de los hechos (los impulsores de las luchas, las víctimas de la represión)¹³. Deberá valorarse en cada circunstancia si las inexactitudes, exageraciones o falsedades son el fruto de decisiones intencionadas de manipular, o si son la consecuencia de factores no controlables pese a la buena fe de los redactores.

Ahora bien, estas cautelas no invalidan lo fundamental. También por su propia naturaleza, las emisiones clandestinas son canales de información alternativa a la oficial, que burlan los controles ejercidos en los regímenes de opresión sobre los medios legales. Son la voz de los que no pueden expresarse a cara descubierta. Ofrecen visiones de la realidad que, aunque sean unívocas, contrastan con la visión monocolor de la propaganda oficial. Permiten difundir experiencias de un indudable valor testimonial. Y, lo que es más importante, sus noticias llenan silencios, ayudan a cubrir los vacíos informativos y por eso en muchos casos las escuchan personas que no se identifican ideológicamente con ellas. La información puede llegar envuelta en papel de regalo, impregnada de voluntarismo, pero no por ello deja de ser útil y buscada.

Esta propaganda, basada en las noticias, no puede menospreciarse —escribió Benjamin Welles refiriéndose a Radio España Independiente—. Los americanos y los europeos occidentales no pueden imaginarse, acostumbrados a una propaganda diaria en periódicos, libros, radio, televisión, películas, revistas, lo que es vivir en un país donde cada noticia es examinada y censurada; un país donde la verdad va de boca en boca y solo circula a través de rumores. ¿Es un milagro que incluso los españoles no comunistas escuchen a REI, aunque solo sea para oír una vez al menos, una crítica contra el régimen? (Benjamin Welles, cit. en Zaragoza Fernández, 2008: 401).

En los documentos internos —no en la propaganda hacia amigos y enemigos— de muchas emisoras se repite el deseo de saber todo lo que pasa en todas partes, si fuera posible. Son constantes las peticiones de colaboración hacia las estructuras de los grupos clandestinos, las quejas cuando no llega toda la información que gustaría, incluso la frustración de los responsables de las emisoras al no poder ofrecer espacios de más actualidad, variedad y calidad. «No nos prestáis ninguna ayuda, ni individual ni colectiva, y aquí nos vemos y nos deseamos para hacer las cosas poniendo la mejor voluntad, sin tener la satisfacción de que nos digáis si está bien o mal», protestaba el director de Radio Euzkadi meses después de iniciar sus transmisiones (Rodríguez y Arrieta, 1998: 135). Por otra parte, cuando las radios emiten desde el extranjero, intentan por todos los medios que la distancia geográfica no se traduzca en distancia temporal. Sus responsables saben que la reputación de las emisoras se gana no solo al difundir hechos veraces y desconocidos, sino al difundirlos cuanto antes.

No son pocos los casos en los que las informaciones dadas por las radios clandestinas y desmentidas de manera furibunda por las propagandas oficiales han sido confirmadas por investigaciones posteriores, realizadas por historiadores o por fuentes neutrales. Por otra parte, el hecho de que haya voces críticas, atentas a cualquier desmán de las dictaduras o de los países ocupantes de un territorio, puede tener efectos disuasorios en las autoridades y contribuir a frenar algunos excesos o, en último término, a hacerlos públicos. Es una de las razones que llevan a los Gobiernos a tratar de anular las emisiones clandestinas de las más diversas formas.

VIGILAR Y CASTIGAR

El poder trata de preservarse a sí mismo. Cuanto más autoritario es, más medios emplea para conseguirlo. Las emisiones clandestinas, como brechas abiertas en el control de las

comunicaciones, son un peligro. Por eso, las autoridades han recurrido a distintos procedimientos, de forma aislada o combinados entre sí, para anularlas o, al menos, minimizar sus efectos sobre sus oyentes potenciales.

En el caso de las emisoras autónomas, sobre todo las situadas dentro de los territorios, se ha buscado ante todo localizar y destruir los transmisores. Cuando las emisiones han estado apoyadas por otros países, su cese se ha intentado por la vía diplomática, bien de Estado a Estado, bien a través de organismos internacionales. Pero, en paralelo, siempre se ha dictado alguna medida para tratar de dificultar, impedir o castigar su escucha. Estas medidas no solo han afectado a las emisiones clandestinas, sino también a otras consideradas incómodas por los Gobiernos. Se pueden resumir en las siguientes:

1. Establecimiento de un sistema de interferencias oficiales provocadas («jamming») para perturbar las señales. Es el procedimiento más utilizado a lo largo de la historia, a pesar de que es técnicamente complicado y económicamente costoso, por lo que los Gobiernos que lo han puesto en marcha han llegado a invertir grandes cantidades de dinero en establecer redes de equipos. Se dice, por ejemplo, que los regímenes comunistas gastaban más dinero en interferir Radio Free Europe y Radio Liberty que el que las dos emisoras gastaban en transmitir (Johnson y Parta [eds.], 2010: 346).

El procedimiento es sencillo: difundir ruidos en la misma frecuencia de la emisora que se quiere anular. «El radioyente encontrará junto con la emisión que busca, superponiéndose a ella, una emisión de ruidos que hará ininteligible el mensaje que se trata de captar, además de convertir en intolerablemente molesta la escucha» (Núñez Mayo, 1980: 388). Esos ruidos pueden ser muy variados: imitación de la «estática» (el sonido de rotura producido por una interferencia eléctrica), repetición de un mismo mensaje en código morse o de una sucesión de notas musicales, ruidos de motores, emisión de programas de radio oficiales en la misma frecuencia de las emisiones que se quieren interferir, etc.

Al parecer, el primer país que logró una interferencia eficaz de las emisiones «hostiles» fue Austria en 1934, cuando el Gobierno Dollfus consiguió interceptar las transmisiones de propaganda nazis dirigidas desde Alemania para favorecer la incorporación del país al III Reich (Hale, 1979: 173-174). Durante la Guerra Fría, la Unión Soviética interfirió las emisiones de estaciones como Radio Liberty, La Voz de América o el servicio ruso de la BBC. Francia interfirió la señal de La Voz de Argelia Combatiente a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta. La República Popular China interfiere Radio China Libre (Taiwán) y Cuba Radio Martí (Miami). El franquismo interfirió las señales de diversas emisoras, entre ellas la de Radio España Independiente.

Los resultados de este procedimiento son siempre parciales. Las interferencias solo son realmente efectivas en un radio de unos kilómetros en torno a los transmisores (que suelen emplazarse en las principales ciudades o en zonas conflictivas), mientras que la emisora que se quiere neutralizar suele tener un alcance mucho mayor, sobre todo cuando transmite en onda corta¹⁴, así que muchas zonas quedan inevitablemente al descubierto. Además, la interferencia es una confesión de debilidad ideológica del régimen que la practica, y otorga cierto prestigio a las emisoras interferidas, porque es una prueba de que hacen daño. Solo hay que usar la lógica:

Si de verdad, como dicen ellos, somos un foco minoritario al que nadie hace caso en Canarias, ¡pues que dejen la escucha libre de nuestras emisiones! —afirmaba en 1977 La Voz de Canarias Libre—; pero por el contrario, el podrido

Gobierno colonial español no solo nos pone interferencias, sino que en el propio territorio metropolitano lo hace para que el pueblo español no nos escuche, ¡pues a lo mejor ante el peso de nuestros argumentos, nos daba la razón! (Zaragoza Fernández, 2010: 647).

Hay quien sostiene que las interferencias atraen oyentes por «la mística de la fruta prohibida» (Walsh, 2011). Puede que exista esa curiosidad, pero es esporádica. A la larga, la dificultad de la escucha sin duda resta oyentes potenciales a las emisoras clandestinas y eficacia a su mensaje: un objetivo básico de todas, como vimos, es sumar cada vez más militantes para su causa, pero son precisamente los ya comprometidos los más inasequibles al desaliento, los más dispuestos a soportar con paciencia los ruidos y a andar reajustando continuamente el dial para tratar de entender algo. A esos militantes —y distintos testimonios lo corroboran— muchas veces les basta con saber que la emisora de «los suyos» está ahí, tras el muro de ruidos, con independencia de lo que diga. Un oyente de Radio Freedom en Sudáfrica, por ejemplo, contaba que la interferencia del Gobierno solía llegar cuando ya había sonado la sintonía que abría las emisiones. «Eso era suficiente para decirnos que debíamos continuar la lucha», recordaba (Lekgoathi, 2010: 143). Y la misma sensación describía Frantz Fanon respecto de la música que los franceses dejaban libre de interferencias al final de las emisiones de *La Voix de l'Algérie Libre et Combattante* (Bassets [ed.], 1981: 88).

Las emisoras interferidas han ideado distintos sistemas para superar estos obstáculos. El más común ha sido la repetición de las noticias, comentarios o mensajes importantes varias veces durante la misma emisión o incluso en diferentes días (frente al ruido, la redundancia). Otro de los más frecuentes, cuando existen los medios para ello, es aumentar la potencia de emisión, pero este sistema puede producir auténticas guerras de vatios si los Gobiernos a su vez responden instalando nuevos y más potentes equipos de interferencias. Algunas radios optan por desviar ligeramente la frecuencia de emisión para dejar a un lado los ruidos, lo que garantiza minutos de tranquilidad, hasta que los encargados de la interferencia se dan cuenta del cambio y reajustan sus aparatos. Otras provocan una verdadera saturación de señales, enviando sus programas por muchas frecuencias a la vez hacia un mismo objetivo con la esperanza de que alguna de ellas pueda quedar sin interferir (Radio Free Europe llegó a emitir por veinticinco frecuencias simultáneas en algunos momentos hacia las ciudades principales) (Puddington, 2000: 217). Y otras emiten su señal en distintas frecuencias sin previo aviso (las «ondas volantes» a las que recurría Radio España Independiente como sistema de redifusión de sus programas, por ejemplo). Con este sistema se despista a los encargados de la interferencia, pero también a los oyentes, que solo podrán encontrar las emisiones de forma casual.

2. Registro de la posesión de aparatos de radio y confiscación de los receptores pertenecientes a personas consideradas sospechosas, o los de toda la población, según los casos. Este procedimiento es más común de lo que pueda parecer. En enero de 1939, cuando la Guerra Civil española estaba llegando a su fin, una orden del Gobierno de la República estableció la incautación de los aparatos de radio de la población barcelonesa, que debían entregarse en las delegaciones de policía para su precintado (Balsebre, 2001: 474). Durante la invasión guerrillera del Valle de Arán (octubre de 1944), el Gobierno de Franco confiscó aparatos de radio en la zona pirenaica para que la gente no pudiera escuchar las emisiones de Radio Toulouse o de Radio España Independiente (Arasa, 2004: 330). En la Unión Soviética se requisaron los aparatos de radio —y las piezas de los mismos— tras la invasión nazi de 1941, dejándose tan solo como

instrumento de propaganda radiofónica los sistemas de recepción por cable (que explicamos unos párrafos más abajo). «Por cada válvula que te encontraran (gracias a una denuncia) te echaban diez años», escribió Alexandr Solzhenitsyn (2005: 108). La requisita de aparatos de radio fue habitual en la marcha hacia el oeste del Ejército Rojo. Así, por ejemplo, lo hicieron cuando los soviéticos entraron en Bucarest, en agosto de 1944 (Sebastian, 2004: 699 y 701).

3. Fabricación y venta de aparatos de radio capaces de captar tan solo una gama de frecuencia limitada controlada por el Estado. En la Alemania nazi, el Gobierno impulsó la producción masiva del «receptor del pueblo» (*Volksempfänger*), un aparato de bajo costo que solo podía captar las emisoras nacionales. Los dirigentes nazis afirmaron que serviría para extender la cultura a través de la radio a todas las clases sociales (de ahí su precio), pero en realidad estaba pensado para someter a la audiencia a la programación planificada por el Ministerio de Propaganda y para cercenar cualquier otra ideología y cultura distintas a la oficial. Similares fueron los modelos Radio Rurale y Radio Balilla distribuidos en la Italia fascista. El régimen de «apartheid» en Sudáfrica alentó la fabricación y venta de receptores capaces de captar únicamente la frecuencia modulada, para impedir que los habitantes del país, tanto negros como blancos, pudieran sintonizar las emisiones de Radio Freedom, que se realizaban en onda corta. Durante la Guerra de Vietnam, Estados Unidos introdujo en Vietnam del Norte y en las zonas de Vietnam del Sur dominadas por los comunistas receptores preparados para captar solo emisiones norteamericanas y survietnamitas (Collin, 1983: 50; Cipriani *et al.*, 2014: 50; Pizarroso, 1993: 341).

4. Sustitución de la recepción aérea (mediante una antena) por la alámbrica. Consiste en instalar redes de altavoces conectadas por cable en todo tipo de lugares públicos (cafés, fábricas, oficinas...), en las calles y plazas más importantes e incluso en los bloques de viviendas. Es lo que hoy conocemos como «hilo musical». Con este procedimiento, el oyente no capta las señales que quiere escuchar, sino que recibe una programación previamente planificada que le llega sin pedirla. Existe un debate entre quienes afirman que este sistema aparentemente tan férreo de control de la información resulta ineficaz (pues, al no poder escoger la programación, esta pierde interés para la audiencia y se convierte en un ruido de fondo al que no se presta atención) y quienes por el contrario afirman que, aunque la audiencia no atienda de forma consciente a los mensajes, a la larga las consignas y los valores transmitidos son interiorizados a fuerza de repetirse, con lo que la manipulación de grandes masas resulta más fácil si se emplean las técnicas adecuadas de persuasión.

Nuevamente fueron los nazis quienes llevaron este sistema a sus cotas de mayor perfección. Pero la Unión Soviética empleaba este método desde mediados de los años veinte, con el argumento de que permitía extender la radio a todo el territorio soviético de una forma más rápida y barata. De hecho, los receptores de ondas solo superaron a los receptores por cable en este país en 1963 (Hale, 1979: 165-166). Los franceses instalaron altavoces en las calles en sus territorios del África ecuatorial para difundir las emisiones de la metrópoli, lo que se conoció como «Radio-Acera» (Perriault, 1991: 57). El sistema se emplearía también en la China Popular o Sudáfrica.

5. Prohibición expresa de la escucha de determinadas emisoras. Seguramente es, junto al «jamming», el procedimiento más extendido para tratar de anular las voces molestas. Se ha establecido en los sistemas dictatoriales más férreos, pero también en regímenes democráticos en

circunstancias excepcionales como en tiempo de guerra. Es, además, el más fácil de aplicar. No hacen falta costosas instalaciones (aparatos de interferencia o transmisión por cable), ni se implica a las industrias (fabricación de receptores especiales), ni conlleva una excesiva carga administrativa (registro e incautación de aparatos). Basta con una disposición legal para que entre en vigor.

El incumplimiento de esta prohibición ha sido castigado de diversas formas según los países y épocas. Ya en 1924, en la Unión Soviética se prohibió «registrar y difundir las transmisiones de radiodifusoras extranjeras, incluyendo las estaciones públicas» (Hale, 1979: 168). En 1960, los soviéticos llegarían a calificar la escucha de radios extranjeras como «crimen ideológico» (Mattelart, 2003: 242). Durante la Guerra Civil española, en la zona republicana, el Decreto para la Represión del Espionaje (14 de febrero de 1937) prohibió la captación de las emisoras sublevadas, estableciendo que la difusión de la información escuchada en ellas era una actividad de espionaje, castigada con la pena de muerte (Balsebre, 2001: 473). En Alemania, durante la Segunda Guerra Mundial, se consideró un delito castigado con pena de prisión o sentencia de muerte, según su gravedad (Hale, 1979: 168). Muchos Gobiernos de Europa del Este, especialmente en los años cincuenta, consideraban un delito comentar con otros las emisiones extranjeras hostiles.

GUERRA DE PALABRAS

Hay otro procedimiento que los regímenes no democráticos han empleado para minimizar los efectos de las emisiones clandestinas sobre sus oyentes potenciales: la contrapropaganda. Es un mecanismo que se retroalimenta: las emisiones clandestinas intentan contrarrestar las mentiras y silencios de la propaganda oficial, pero, a su vez, las emisiones controladas por los Gobiernos tratan de hacer frente a la propaganda y a las informaciones de las radios clandestinas.

Una buena labor de contrapropaganda requiere, como paso previo, unos buenos servicios de escucha. Se trata de transcribir y clasificar las emisiones para detectar sus temas habituales, sus campañas, sus acusaciones... Así, por una parte, los Gobiernos obtienen un amplio conocimiento de las organizaciones que se oponen a ellos y están prevenidos ante sus movilizaciones. Por otra, pueden planificar con mejores elementos de juicio las estrategias para desacreditar a las emisoras clandestinas y desactivar la posible influencia de su discurso en los oyentes. A veces se opta por ridiculizarlas en conjunto, por difundir afirmaciones genéricas sobre su falta de rigor, sobre sus contradicciones y falsedades. Otras veces se rebaten informaciones concretas, recurriendo a argumentos más racionales que emocionales.

Esta tarea es más fácil cuando las emisiones clandestinas tienen una clara intención de manipular, o cuando incurren en exageraciones o errores voluntarios. Son armas que proporcionan al enemigo. Por la misma razón, cuanto más prestigio tiene una emisión clandestina, cuanta más credibilidad ha alcanzado dentro y fuera del territorio al que se dirige, más énfasis ponen las autoridades en su contrapropaganda y a la vez más esfuerzos realizan para anularla. Esta actitud no es contradictoria, aunque lo parezca (se intenta desacreditarla hasta que se consiga acabar con ella o hacerla inaudible), pero en el fondo toda acción de contrapropaganda, por muy efectiva que sea, supone de por sí para quien la realiza un doble

fracaso: por un lado, significa reconocer que las emisiones clandestinas existen y se escuchan (de otro modo no se perdería el tiempo intentando desprestigiarlas); por otro lado, implica admitir que las medidas para acabar con ellas (interferencias, prohibición de su escucha...) no son eficaces.

Además, desde el punto de vista de las autoridades de un régimen, la contrapropaganda consigue dos efectos indeseados. Por un lado, hablar de una radio clandestina, aunque sea mal, es una forma de hacerle publicidad, de descubrirla a sectores que no la conocían. Así que, cuanto más virulenta y frecuente es la contrapropaganda, más personas pueden sentirse tentadas de escuchar, siquiera sea por mera curiosidad, esas emisiones que tanto molestan a sus Gobiernos. Por otro lado, polemizar con una organización clandestina a través de sus emisiones supone en cierto modo darle carta de legitimidad, aceptarla como oponente, confesar su existencia y su importancia. El ahínco a la hora de desacreditar una emisión clandestina, de impedir su escucha o de acabar con ella puede percibirse por los habitantes de un territorio como una prueba de firmeza de sus autoridades, pero también como una expresión de impotencia.

La sofisticación en esta guerra de palabras llega cuando los gobiernos recurren a lo que se ha dado en llamar «radiodifusión negra» («black broadcasting»). Los especialistas en propaganda generalmente la dividen en tres tipos: blanca, gris y negra. Esta distinción no alude a la veracidad del contenido: toda propaganda, para ser eficaz, debe apoyarse en hechos reales o con apariencia de ser reales, ya que cualquier exageración lleva a la desconfianza de la audiencia y al descrédito de la fuente. Los colores indican el grado hasta el que se desvela la identidad del autor (Newcourt-Nowodorski, 2006: 20-21). En la propaganda blanca, el emisor se presenta de forma abierta como portavoz de una institución u organización. La propaganda gris es anónima o al menos confusa, para que sea la audiencia la que adivine su origen (con ella se intenta influir en un sector de la población que *a priori* podría rechazar la propaganda blanca). El objetivo de la propaganda negra es engañar deliberadamente a esa audiencia. Consiste

en falsificar una fuente de propaganda y sus mensajes como si estos fuesen del adversario. Con ello se actúa sobre la audiencia del adversario, tanto entre sus partidarios [...], como sobre nuestros propios partidarios si estos son susceptibles de ser persuadidos por la propaganda contraria (Pizarroso, 1993: 36).

Las radios negras pretenden ser algo distinto de lo que son. Falsean deliberadamente la identidad de quienes las dirigen. Los objetivos reales que persiguen son los contrarios de los que se declaran en antena. Nacen para luchar contra las dictaduras o contra las organizaciones subversivas, dependiendo de qué Gobiernos y con qué objetivos las pongan en marcha. Pero siempre es una lucha fraudulenta. Tratan de minar su apoyo popular, introducir la confusión en sus filas, desmoralizar a sus seguidores..., sin que esa labor pueda atribuirse a la contrapropaganda gubernamental. Por eso, nadie reconoce su paternidad mientras emiten. En algunos casos aparecen como una facción disidente que se opone a la línea política mayoritaria de un régimen o de un partido. En otros se presentan como portavoces de grupos organizados que en realidad no existen. En otros se intenta suplantar a la emisora clandestina que es portavoz de los grupos de oposición. Fue lo que hizo, por ejemplo, la CIA en Vietnam, cuando creó una emisora negra que decía ser Radio Liberación, la radio clandestina del Frente de Liberación Nacional. La emisora de la CIA transmitía desinformación para confundir a la gente que creía por error escuchar la radio real del FLN, y reducir así el apoyo a los comunistas en Vietnam del

Sur. Las emisoras negras que se disfrazan de clandestinas suelen emitir en frecuencias muy próximas a las originales, o incluso en las mismas cuando las radios clandestinas no están en el aire (Soley y Nichols, 1987: 10).

En estas radios, los contenidos «auténticos» (es decir, asimilables a los grupos u organizaciones a los que las emisoras dicen representar) se combinan con informaciones falsas, con consignas que animan a cometer actos suicidas o imprudentes, con mensajes radicales no admisibles para buena parte de la población, etc. Debe adaptarse cada emisión a su público potencial. Cuanto más hábilmente se combinen estos elementos, más éxito tendrán las emisoras negras en su labor de confusión y división. Por ejemplo, ha sido frecuente grabar las sintonías de las emisoras adversarias, e incluso noticias leídas por los verdaderos locutores, para intercalar a partir de ellas comentarios engañosos. Estas tácticas han obtenido a veces éxitos notables, cuando los servicios de inteligencia de los Gobiernos no solo han engañado en el territorio al que dirigían sus emisiones negras, sino que los medios de otros países han redifundido sus mensajes tomándolas por clandestinas (Soley y Nichols, 1987: 2-3).

La edad de oro de la propaganda negra tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial. Los dos bandos crearon emisoras que simulaban proceder del enemigo. En los primeros años, la iniciativa la llevaron los nazis, pero a partir de 1943 Inglaterra creó simulaciones cada vez más perfectas. Después de 1945, esta estrategia siguió practicándose durante la Guerra Fría. Lo hizo la CIA en el sudeste asiático, o la KGB para dirigirse a la República Popular China tras su ruptura con la URSS. Y es probable que continúe en cualquier conflicto futuro, mientras la radio tenga algún tipo de influencia, porque es un vehículo idóneo para la propaganda negra por su misma naturaleza: una voz que se difunde por el éter es siempre difícil de identificar y, por tanto, fácil de falsificar, a poco que se pongan los medios y la inteligencia adecuados.

Digamos, por último, que hay una frontera —aunque a veces pueda parecer difusa— entre las radios clandestinas y las operaciones encubiertas de guerra psicológica montadas por los Gobiernos. Como ya hemos indicado, los movimientos subversivos han recibido con frecuencia apoyo directo o indirecto de otros países en los más diversos terrenos: económico, técnico, armamentístico, y también radiofónico. A esos países se les ha acusado con la misma frecuencia de potenciar organizaciones clandestinas —en ocasiones de crearlas casi de la nada— para desestabilizar regímenes solo en defensa de sus propios intereses territoriales, financieros o ideológicos. Ahora bien, en el ámbito de la radio, una cosa es apoyar con medios o con dinero las emisiones clandestinas de un movimiento ya existente, y otra es planificar desde un centro de inteligencia gubernamental la actividad completa de una emisora (objetivos, contenidos, personal...) para desestabilizar un territorio. Hay un ejemplo muy claro de esta diferencia que se dio durante la Segunda Guerra Mundial. Los nazis proporcionaron un transmisor al IRA, que luchaba desde hacía décadas por la independencia completa de Irlanda: que el llamado Estado Libre, existente desde 1921, dejara de ser un dominio bajo el rey británico, y que la futura república incluyera también a Irlanda del Norte (que había querido seguir formando parte de Gran Bretaña). Era un apoyo técnico para que pudiera realizar su propaganda un grupo ya creado, que tenía una estructura paramilitar y cierto respaldo popular. Pero los nazis cometieron el error de pensar que existían por entonces análogos sentimientos nacionalistas en Escocia y Gales. Por ello crearon en 1940 dos emisoras: Radio Caledonia y Welsh Freedom Station. Eran emisoras lanzadas desde Alemania con la colaboración de algunos fascistas ingleses, pero detrás

de ellas no había una organización que pudiera estructurar las emisiones, darles un contenido ideológico y enraizarlas en una audiencia. La eficacia de ambas emisoras fue nula y, al darse cuenta de ello, los nazis las eliminaron al poco tiempo (Newcourt-Nowodorski, 2006: 67-68; Soley y Nichols, 1987: 36-37).

EN RESUMEN...

Recapitulemos. Podemos encontrar una serie de elementos por los que se define cualquier emisión clandestina: oposición a los regímenes que restringen o suprimen las libertades fundamentales, simbolizadas en la libertad de expresión; carácter prioritariamente político; concepción temporal de su labor; destinatarios específicos; mayor atención al contenido que a la forma; predominio del componente propagandístico; canal de información alternativo al oficial; instrumento de estructuración y encuadramiento para las organizaciones clandestinas; discurso triunfalista; estilo con frecuencia agresivo; consideración de sus contenidos como subversivos por parte de las autoridades; adopción de medidas para combatirlas (destrucción de los transmisores, interferencias, prohibición de su escucha...) y en paralelo adopción de medidas de contrapropaganda. Desde aquí, podremos comprender mejor la evolución del género a lo largo de las últimas ocho décadas y situarnos con precaución y a la vez con interés ante su importancia y sus resultados.

[4](#) Entre ellas, la que podemos encontrar en Núñez Mayo (1980: 262); o en Hale (1979: 136-137); las que dieron autores como Larry Magne, Carol Feil o Mathias Kropf en los *World Radio TV Handbook* de 1976, 1977 y 1993, citadas por Gómez Fernández (2002: 348); o la de Soley y Nichols (1987: 10).

[5](http://www.radioalice.org) Presentación de <http://www.radioalice.org>.

[6](#) Nos ocupamos de Radio Freedom en el capítulo 9.

[7](#) Ampliamos el tema de las emisiones clandestinas realizadas por el exilio cubano en el capítulo 10.

[8](#) La historia de Radio Noticias del Continente se reconstruyó en el documental *El otro lado del cerco* realizado por Javier Armando Zaffora y mención especial en la Bienal de Radio México 2008. También hay referencias a ella en Vinelli (2002: 57).

[9](#) Esta táctica la practicaron algunos grupos terroristas durante la Transición española para la difusión de sus comunicados. Podemos citar los ejemplos del secuestro por parte de los GRAPO del centro emisor de Radio Madrid (Cadena SER) en Pozuelo de Alarcón, el 18 de julio de 1977; el secuestro de Radio San Sebastián (Cadena SER) por parte de ETA el 30 de octubre de 1978; o el secuestro de Radio Popular de Las Palmas de Gran Canaria (Cadena COPE), por parte del MPAIAC, el 18 de febrero de 1979.

[10](#) Audio escuchado en el programa de la serie «Historias de radio» dedicado a La Voz de la Libertad.

[11](http://radiografias.com.uy) Audio obtenido en <http://radiografias.com.uy>.

[12](#) *Mundo Obrero*, Toulouse, 9 de marzo de 1946, núm. 4, pág. 3.

[13](#) Un estudio amplio de este tema en el caso de Radio España Independiente se encuentra en Zaragoza Fernández (2008: 311-322).

[14](#) Es el mismo problema con el que se encuentran las organizaciones clandestinas cuando interfieren emisoras legales para difundir sus mensajes.

CAPÍTULO 2

El nacimiento de un género

UNOS INCIERTOS ORÍGENES

La radio clandestina debió de nacer a finales de los años veinte o comienzos de los treinta. El «de» tiene su importancia. Si el estudio de este género es escurridizo por su propia naturaleza, más aún lo es rastrear sus primeros testimonios. La referencia más antigua que hemos encontrado procede de 1931. Según recogió el *New York Times*, los responsables de las telecomunicaciones en Checoslovaquia pidieron ayuda a la policía para localizar una «secreta emisora de radio comunista» que había evitado su detección y su captura moviéndose de un lugar a otro. La estación transmitía para los simpatizantes comunistas en checo, alemán y húngaro y podía oírse en todo el país (Soley y Nichols, 1987: 3). Pero pudo no haber sido la primera. Lo cierto, en cualquier caso, es que para esa época ya estaba desarrollado el contexto tanto político como radiofónico, en el que pudieron nacer.

Las previsiones de libertad y paz para el futuro con las que los vencedores quisieron dar un sentido *a posteriori* a la Primera Guerra Mundial hacían aguas por todas partes. Las democracias parlamentarias, liberales burguesas retrocedían en el mundo. La Unión Soviética, aunque ya había acuñado la doctrina del socialismo en un solo país, trataba de exportar al mundo la revolución —al menos en el terreno de la propaganda— en su versión leninista, mientras en el interior del país las libertades quedaban anuladas. Las insatisfacciones italianas y las promesas de grandeza y modernidad habían llevado al poder al fascismo. En Alemania, la república de Weimar caía poco a poco en manos de quienes querían destruirla. En Japón, el militarismo se hacía cada vez más presente hasta condicionar toda la vida de la nación. Estos tres países, al tiempo que suprimían las libertades fundamentales en el interior, ponían en marcha una política expansionista claramente manifestada, en la que la propaganda se convertiría en la avanzadilla de las tropas. En América triunfaba una particular forma de autoritarismo: el populismo. Al mismo tiempo, en muchas colonias europeas de África y Asia comenzaban a desarrollarse movimientos autonomistas o independentistas, duramente reprimidos al principio por las metrópolis.

Había, pues, razones más que sobradas para que en distintos lugares del mundo quisieran hacerse oír las organizaciones ilegalizadas y perseguidas por los regímenes autoritarios, por las dictaduras totalitarias o por los países opresores. Pero, tan importante como eso, existía la perspectiva de impacto suficiente como para que esas organizaciones pensarán en difundir sus mensajes no solo por medios impresos, como hasta entonces.

En los años veinte, la radiodifusión dejó de ser una curiosidad científica propia de investigadores teóricos e inventores individuales para empezar a ser una actividad profesional, que en muy pocos años atrajo a multitudes en los países más avanzados. Como señaló Raymond Williams:

Pronto la gama completa de relaciones de comunicación preexistentes [...] se vieron enfrentadas al desafío de este

nuevo conjunto de relaciones: el receptor doméstico en relación directa con un centro o unos centros de radiodifusión regular; la inclusión de varias funciones hasta entonces separadas —noticias, opinión, música y teatro— dentro de una misma tecnología (Williams [ed.], 1992: 203-204).

Se impuso así un modelo de medio de comunicación que en líneas generales sigue vigente hoy. Para ello debieron darse dos transformaciones importantes respecto a la prehistoria de la radio (Perriault, 1991: 134-136)¹⁵.

A fines de la Primera Guerra Mundial, quienes se acercaban a la radio solían fabricarse sus propios aparatos. Eran apasionados por un medio emergente en aquella etapa de revolución tecnológica sin precedentes, que utilizaban al hablar términos «raros», que leían publicaciones especializadas y a los que la prensa parodiaba con frecuencia. Pero, además, la mayoría de quienes experimentaban con lo que entonces se llamaba telefonía sin hilos o radiotelefonía eran a la vez receptores y emisores. Exploraban el alcance y las posibilidades del nuevo medio realizando sus propias adaptaciones y pruebas y difundiendo toda clase de contenidos, desde boletines meteorológicos hasta referencias horarias o primitivos conciertos. En los años veinte, ambos aspectos cambiaron.

Por un lado, se inició la industrialización a gran escala de la fabricación de aparatos receptores. Así se lograba una calidad de escucha estándar y cada vez mejor, a medida que se iban instalando componentes que ya no se vendían de forma aislada o que resultaban más difíciles de encontrar y más caros para quienes quisieran construir sus radios de forma artesanal. Pero, sobre todo, se acercaba el medio a quienes no poseían conocimientos técnicos suficientes, ya que los aparatos buscaban la mayor facilidad de manejo. Solo hacía falta el dinero —cada vez menos— necesario para comprarlos. Nacía así un nuevo mercado. Muchas tiendas o fábricas de material radioeléctrico están tras las primeras emisoras profesionales: creaban ofertas de contenido con las que atraer a los clientes. «Según los países, la libertad de acción fue completa o, por el contrario, la intervención del Estado se manifestó bajo distintas formas» (Albert y Tudesq, 1982: 22). Mientras se perfeccionaban las instalaciones técnicas de los estudios, se diseñaban las primeras programaciones regulares que los oyentes podían conocer con antelación, porque se anunciaban en las propias emisoras y en los medios impresos. Se generalizaron así en muy poco tiempo los primeros hábitos y ritos de escucha.

Por otro lado, distintos acuerdos nacionales e internacionales segregaron los diferentes usos de la radio mediante el reparto de frecuencias y licencias. Quedaron así en teoría libres de interferencias las estaciones de radiodifusión gestionadas por empresas o instituciones, públicas o privadas, que transmitían contenidos destinados a informar, formar y entretener a una audiencia anónima. Los receptores particulares que a la vez eran emisores fueron definidos como «radioaficionados», en un mundo separado, con sus propias reglas y limitaciones.

Frente a la utopía de Bertolt Brecht, que proponía «no solamente hacer oír al radioescucha, sino también hacerle hablar, y no aislarle, sino [...] constituir a los radioyentes en abastecedores» (Bassets [ed.], 1981: 57), la curiosa combinación de las fuerzas del mercado y de la regulación estatal impuso un modelo asimétrico, en esencia unidireccional, en el que las oportunidades de intervención de los oyentes en los contenidos eran limitadas. Por supuesto, podían aceptar, matizar o rechazar los mensajes que les llegaban de acuerdo con sus contextos de recepción y sus experiencias previas. Podían —en el mejor de los casos— elegir entre los contenidos que se les ofrecían, pero no influir en ellos salvo de forma indirecta o en espacios tasados. «Esta

contradicción entre los potenciales democráticos de la tecnología y las condiciones económicas y sociales específicas que determinan su aplicación ha sido muy importante a lo largo del siglo xx» (Williams [ed.], 1992: 195).

Ese modelo de radio se extendió con rapidez. Los receptores llegaban a las casas y a los lugares públicos —no debemos olvidar la importancia que la escucha colectiva tuvo en estos primeros años—, y su capacidad de influencia era cada vez mayor. En estas condiciones de desarrollo tecnológico y de aceptación social, resultó inevitable que las señales, las voces, los mensajes llegaran a los receptores no solo desde los centros dominantes (políticos o empresariales), sino desde los grupos marginados o perseguidos.

LOS ENEMIGOS DEL REICH

Otra de las primeras emisoras de las que ha quedado constancia salió al aire en diciembre de 1932 en Alemania. En las últimas semanas de vida de la ya tambaleante república de Weimar fue prohibida temporalmente la prensa comunista mediante un decreto de emergencia. Entonces pudo oírse en Berlín una emisora clandestina puesta en marcha por trabajadores que se habían formado como técnicos de radio en la FRBD (Federación Radiofónica Libre de Alemania, vinculada ideológicamente con el Partido Comunista Alemán). Sus transmisiones se iniciaban con la frase «¡Aquí la emisora roja en el Berlín rojo!».

El amordazamiento de nuestra prensa, la puesta fuera de servicio de nuestra rotativa y la prohibición de nuestras asambleas nos han obligado a procurarnos audiencia por este método [...]. Ningún amordazamiento de la prensa, ninguna prohibición de hablar, ningún cierre de emisoras nos puede hacer desistir de radiar regularmente, en el momento oportuno, nuestra opinión en los altavoces de los radioyentes trabajadores [...]. Especialmente agradecidos estamos a la Policía política. El mundo reiría si supiese cómo nos han ayudado sus esbirros a transportar nuestros aparatos. No es tan fácil neutralizar una emisora clandestina, atraparla como en una cinta engomada. Así pues: ¡Vía libre a nuestra emisora roja! (Bassets [ed.], 1981: 43).

El 30 de enero del año siguiente, el presidente de la república nombró canciller a Adolf Hitler. Apenas dos meses después, el Parlamento alemán surgido de unas nuevas elecciones le otorgó plenos poderes, en principio por un período limitado. En la práctica, una mayoría (por entonces aún frágil) del pueblo a través de sus representantes daba vía libre al sueño del Reich de los mil años. Sus resultados dentro y fuera de Alemania son de sobra conocidos. Frente a la inhibición o a la impotencia de los demás grupos, los nazis se mostraron osados, exhibiendo sin disimulo desde el primer momento un terror cada vez más organizado y una propaganda cada vez más hábil en la que la radio desempeñó un papel clave. No en vano, para el ministro Joseph Goebbels, era «el principal instrumento de propaganda en la sociedad moderna» (Shirer, 2011: 247). Desde antes de llegar al poder, los nazis estaban convencidos de que el medio, bien empleado, permitiría formar una «voluntad nacional unificada» gracias, en buena medida, a la posibilidad de que el carismático Führer se hiciera presente al mismo tiempo en todos los altavoces del país (Williams [ed.], 1992: 109). Eso sí, la radio fue solo uno de los instrumentos de los que dispuso el Ministerio de Propaganda a partir de 1933.

Bajo el control de Goebbels estaba [...] no solo los medios de comunicación, sino la organización de los locutores y las reuniones del Partido, más el turismo, la literatura, las artes en general, el cine y el entretenimiento para las tropas (Hale, 1979: 24).

Los grupos políticos que habían debido pasar a la clandestinidad o al exilio siguieron tratando de hacer llegar su voz a los alemanes. Pero, curiosamente, la primera emisora antihitleriana de la que se tiene noticia estuvo inspirada no por los socialistas o los comunistas, sino por un antiguo camarada del Führer: Otto Strasser. Había pertenecido al ala izquierda del partido nazi, el NSDAP, en la que también se situó durante un tiempo el propio Goebbels. Consideraba a Hitler demasiado moderado en el ámbito económico y social.

Desgraciadamente para él, había tomado en serio no solo la palabra «socialista», sino también la palabra «trabajadores» que figuraban en la denominación oficial del partido [...]. Había apoyado ciertas huelgas organizadas por los sindicatos socialistas y había pedido que el partido se manifestara a favor de la nacionalización de las industrias (Shirer, 2011: 147).

Se le expulsó del NSDAP en 1930 y junto a otros nazis disconformes fundó el partido conocido como Frente Negro (Schwarze Front). Pero, cuando Hitler fue nombrado canciller, las cosas se pusieron difíciles para él (más lo serían para su hermano Gregor, asesinado junto con los restos del ala izquierda del NSDAP durante la llamada «noche de los cuchillos largos», en 1934).

Así que en 1933, Otto marchó al exilio, a Praga. Allí encontró a otro miembro del Frente Negro, Rudolf Formis, un pionero de la radio alemana que había sido ingeniero jefe de Radio Stuttgart. Tras una serie de «deficiencias técnicas» ocurridas durante la transmisión de los discursos del ya canciller Hitler, Formis fue destituido de su puesto y acusado de sabotaje, pero consiguió escapar. En Praga, Formis propuso a Strasser montar una radio para contrarrestar la propaganda nazi. Se la situó en un hotel de Zahori, cerca de la frontera con Alemania. La emisora transmitió tres veces al día durante una hora desde septiembre de 1934. Formis era el único locutor, ya que Strasser se encontraba en Praga. Para entonces, los servicios secretos nazis habían comenzado a actuar «discretamente» en los países vecinos para desestabilizarlos o para eliminar a personajes incómodos. La Policía Secreta del Estado (GESTAPO) localizó el emplazamiento de la emisora y montó una operación para acallarla en colaboración con el Servicio de Seguridad (SD) de las SS. Una operación clandestina para acabar con una radio clandestina. Un patrón que se repetiría en distintos países en adelante.

En principio, la idea era secuestrar a Formis y llevarlo a Alemania vivo. Tres agentes estuvieron implicados en la operación. Según uno de ellos, Alfred Naujocks, algo salió mal y Formis resultó muerto. Era el 23 de enero de 1935. Los asesinos huyeron a Alemania. El «accidente» causó cierto revuelo en la prensa de Checoslovaquia. La policía de ese país consiguió reconstruir las identidades de los agentes y los métodos que habían empleado para ganarse la confianza de Formis y ejecutarlo. Informaron a Alemania, pero las autoridades nazis contestaron que «todas las investigaciones habían sido infructuosas». Antes de irse, los agentes nazis habían hecho detonar un explosivo en la habitación de Formis, creyendo que así destruirían la emisora. Pero allí solo estaba el micrófono. El transmisor, oculto en otra habitación del hotel, se había salvado, pero, sin su único locutor, aquella radio antinazi calló para siempre. Confiscado por la policía checa, hoy el emisor está depositado en el Museo Nacional Técnico, en Praga (Grzesinski, 1939: 263; Browder, 1996: 202, y Reed, 1942: 179-188).

El 10 de enero de 1937, el Partido Comunista de Alemania (KPD) puso en marcha una radio clandestina llamada Deutscher Freiheitssender (la Emisora de la Libertad Alemana). Para entonces, los comunistas alemanes, y la Komintern en su conjunto, habían tenido tiempo de arrepentirse de haber minusvalorado el peligro del fascismo en ascenso, en todas sus variantes.

La emisora decía transmitir desde dentro de Alemania, moviéndose de una ciudad a otra para burlar a la policía política. Incluso se permitía afirmaciones audaces como esta: «Si esta emisora fuera localizada y nosotros capturados, se han tomado todas las disposiciones para transmitir desde otro lugar» (Soley y Nichols, 1987: 26). Los nazis pensaban que lo hacía desde la Unión Soviética. También se la situaba en Luxemburgo o en Bélgica. En realidad, transmitía desde la España republicana, desde Pozuelo del Rey, cerca de Madrid, gracias a la ayuda del PCE. Nació así la primera emisora clandestina alemana antifascista (la de Strasser, que decía encarnar el auténtico nacionalsocialismo, no puede incluirse en esta categoría). Por las mismas fechas empezó a oírse otra emisión diaria llamada Radio Milano, dirigida por el Partido Comunista de Italia y que se difundía desde el mismo transmisor (Pizarroso, 1993: 387). En plena Guerra Civil española, las emisoras eran una forma más de luchar contra los regímenes italiano y alemán que apoyaban abiertamente a los sublevados.

«Ni un céntimo, ni un hombre para Franco», clamaba la Deutscher Freiheitssender. «Abajo la peste parda del antisemitismo que asuela a Alemania» (Collin, 1983: 58). Se denunciaban los planes expansionistas de Hitler. Se incidía en la crueldad de los soldados nazis que actuaban en España. Por supuesto, había mensajes para los trabajadores alemanes, explotados y engañados por los nazis: «En vuestro corazón, continuáis siendo enemigos de la dictadura parda. Debéis dejar de esperar. Es hora de que empecéis a ocupar vuestro lugar en la lucha contra la dictadura parda» (Soley y Nichols, 1987: 27). Aunque dirigida por los comunistas, la emisora se presentaba como portavoz del Frente Popular Alemán, que en París había agrupado a diversas tendencias antifascistas. Esto le permitió difundir textos de importantes alemanes, en su mayoría exiliados, como Bertolt Brecht, Thomas Mann o Albert Einstein.

Su frecuencia (29,8 metros) se situaba al lado de la onda corta oficial alemana, con dos propósitos. El primero, captar oyentes que, tratando de sintonizar la radio de Berlín, pudieran encontrarse por azar con la Deutscher Freiheitssender. El segundo, dificultar las interferencias provocadas por los nazis, que deberían tener mucho cuidado si no querían anular su propia emisora.

La Deutscher Freiheitssender transmitió por última vez el 5 de marzo de 1939 (Scheer, 1991). La fecha no es baladí. Esa noche se constituyó en Madrid un llamado Consejo Nacional de Defensa, integrado por socialistas, anarquistas, republicanos y militares. La junta denunciaba la ilegitimidad del Gobierno y se proponía llegar con Franco a una «paz honrosa», al precio de sacrificar a los comunistas. Era un golpe de Estado dentro de la España republicana. Aunque hubo alguna resistencia, sobre todo en Madrid, desde el 5 de marzo el PCE bastante tuvo con tratar de salvarse a sí mismo, así que las emisiones para Alemania e Italia se suspendieron.

Pueden citarse aún otros intentos iniciales de resistencia a los nazis desde la radio, como el que protagonizó el escritor y político Ernst Niekisch, cuya ideología definía como nacional-bolchevismo. La peculiaridad de esta emisora es que transmitía realmente desde dentro de Alemania. Estaba instalada en un camión que se movía por el país huyendo de la GESTAPO. Al cabo de unos pocos meses, Niekisch fue detenido junto con otros colaboradores, acusado de traición y condenado a trabajos forzados (Soley y Nichols, 1987: 27-28).

Sin embargo, hay que aclarar que las primeras emisoras consideradas como clandestinas no eran en muchos casos otra cosa que voces en el aire, con un horario fijo de emisión —cuando lo había—, pero sin la estructura de programación ni los medios técnicos que ya exhibían por

entonces la mayoría de radios públicas y comerciales. Muchas de esas pioneras clandestinas estaban operadas por radioaficionados que transmitían en frecuencias de radioaficionados, o que modificaban sus aparatos para entrar en las reservadas a la radiodifusión. En cualquier caso, más allá de su importancia testimonial, puede decirse que en general su repercusión entre el gran público fue mínima. Para que adquirieran mayor potencia e impacto habría que esperar a la cobertura de los grandes países. Y eso ocurriría cuando llegara la Segunda Guerra Mundial.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Una lucha entre fascismo y democracia. Una cruzada contra el comunismo. Una guerra de independencia (de los rusos o de los alemanes, según quién juzgase). Campo de pruebas para la Segunda Guerra Mundial. Todo eso y más se ha dicho de nuestra Guerra Civil. Un golpe de Estado fallido contra un Gobierno legítimo que resistió 32 meses gracias a un sector del ejército y al apoyo popular, con una creciente influencia de la Unión Soviética, ante la abierta intervención de Italia y Alemania a favor de los sublevados y ante la inacción de las democracias occidentales.

Parece haber un amplio acuerdo en considerar la Guerra Civil española como «la primera guerra por radio» (Faus, 2007: 431), de la que los contendientes en la Segunda Guerra Mundial sacarían algunas lecciones sobre el uso del medio para animar a los partidarios, ganar a los indecisos y desmoralizar a los adversarios. Pero este carácter de precedente —con todos los matices que se le podrían poner en un acercamiento más exhaustivo a la realidad de nuestra radio en aquella época y a la historia de la propaganda política— no puede extenderse en ningún caso al ámbito de las emisoras clandestinas. Las hubo en los dos bandos, pero la inmensa mayoría de ellas pertenecían a radioaficionados y «estaban ligadas a tareas de espionaje más que a tareas de propaganda, ya que no eran adecuadas para la radiodifusión» (Garitaonandía, 1988: 174). No obstante, su impacto —sin duda mayor entre las autoridades de ambas zonas que entre los oyentes— se puede rastrear en la prensa y en la legislación de la época.

Las transmisiones clandestinas llevadas a cabo en los primeros días de la guerra por los republicanos que quedaron en la zona sublevada llegaron a suscitar los comentarios de uno de los más influyentes oradores radiofónicos de la contienda, el general Gonzalo Queipo de Llano. En su charla del martes 21 de julio de 1936, difundida —como todas— por Unión Radio de Sevilla, Queipo señalaba:

También algunas radios clandestinas, que no tardarán mucho en ser descubiertas, lanzan noticias semejantes sobre la situación de Sevilla, con el fin de entorpecer la marcha de la verdad y, sin duda, para infundir ánimos al Gobierno rojo y a los idiotas que le sirven. Sepan todos aquellos que incurrir en la falta o delito de difundir noticias falsas, que, en cuanto sean habidos, se les aplicará inexorablemente la ley marcial (Gibson, 1986: 147).

No parece que surtieran mucho efecto las amenazas del general, ya que en su charla del 28 de agosto encontramos esta nueva referencia, más violenta aún que la anterior:

Sé que existe en Sevilla una emisora clandestina que ayer, a las 14,55, comunicaba que yo me había fugado. Y he de advertir al poseedor de esa estación que como le descubra le aplicaré inexorablemente el bando del estado de guerra, como hice con el que en la Ciudad Jardín se dedicaba a la misma actividad. El que avisa no engaña (Gibson, 1986, 430).

Pero la actividad radiofónica clandestina de los partidarios de la sublevación en la zona

republicana fue también inmediata. El 21 de julio de 1936 desde Madrid el Gobierno de la República advertía:

Nuevamente se repite que solo las noticias radiadas por este micrófono, instalado en Gobernación, son las dignas de crédito, pues los rebeldes se valen de estaciones clandestinas, que en absoluto deben ser rechazadas. A los propietarios de las mismas, pues todas ellas son propiedad de particular, se los someterá inmediatamente a la ley (Garitaonandía, 1988: 473).

Para intentar controlar el caos de transmisiones, el Ministerio de Comunicaciones dictó el 11 de agosto una orden que declaraba caducadas todas las concesiones de emisoras de radioaficionados. En los dos días siguientes a la publicación de la orden, sus poseedores deberían entregarlas «en calidad de depósito [...] en las oficinas telegráficas de las localidades respectivas [...]. Al término del indicado plazo se considerará como clandestina toda estación que no haya sido entregada y su poseedor quedará incurso en la Ley de Orden Público» (Faus, 2007: 453). Y en octubre se tipificó como «adhesión a la rebelión militar», entre otras cosas, «la mera tenencia de estaciones de radio sin autorización» (Cervera, 1998: 281).

Sin embargo, no todos los radioaficionados entregaron sus equipos ni los materiales para confeccionarlos. Los diarios de la zona republicana daban cuenta de vez en cuando del hallazgo e incautación de diversas estaciones clandestinas propiedad de afectos a los sublevados. Las que no se pudieron localizar siguieron transmitiendo, con los riesgos fáciles de imaginar. Pero reiteramos que su eco entre el gran público debió de ser mínimo, dadas sus características y su escaso alcance. Esas emisoras realizaban labores de más o menos importancia dependiendo de las zonas y los momentos, pero casi siempre auxiliares. Servían de enlace de comunicaciones entre diferentes ciudades o regimientos, redistribución de órdenes y de propaganda, redifusión de la señal de otras emisoras comerciales y militares para que tuvieran un mayor radio de escucha, transmisión de datos en clave al otro lado de las líneas, recepción de instrucciones...¹⁶. De hecho, muchas de ellas emitían tanto «en fonía» como «en grafía», prueba de que su objetivo primordial no era el oyente de radio convencional. No obstante, algunas de ellas se dedicaban también a difundir falsas noticias e intentaban sembrar la alarma entre los republicanos.

Algo mayor debió de ser el impacto de una emisora clandestina, de carácter rabiosamente anticlerical, llamada Radio Hostia. La emisora fue clausurada en 1937, por orden del ministro de la Gobernación, Julián Zugazagoitia, tras repetidas protestas del ministro nacionalista vasco Manuel de Irujo. Al parecer las fuerzas de seguridad republicanas tardaron bastante tiempo en localizar sus instalaciones, a pesar de que la emisora transmitía desde el propio edificio del Ministerio de la Gobernación. Según Juan Simeón Vidarte, a la sazón subsecretario de dicho ministerio, los creadores de Radio Hostia «tenían permiso del anterior ministro [el socialista Ángel Galarza], quien les había facilitado la llave de la habitación y la emisora» (J. Simeón Vidarte, cit. en Garitaonandía, 1988: 239).

Pero la operación de radio clandestina más audaz —y tal vez menos conocida— de toda la guerra la llevó a cabo la quinta columna en Madrid. Radio Nacional de España se había inaugurado en Salamanca el 19 de enero de 1937 como voz oficial de la zona sublevada. Casi al mismo tiempo, algunos agentes de Franco plantearon la posibilidad de crear una emisión clandestina de RNE en Madrid. Una radio de los sublevados que emitiría desde el mismo corazón de la capital de la república, es más, por el mismo transmisor de Unión Radio Madrid, la emisora comercial que el Gobierno republicano utilizó como portavoz desde el inicio de la

rebelión militar, porque era la más potente del país, y que en ese momento administraba un comité obrero.

En la operación intervino quien sería después uno de los grandes maestros de la radio española: Antonio Calderón. «El plan era impensable por completo, pero funcionaba por el caos y el vacío de poder», afirmó años después (Faus, 2007: 465). A tan arriesgada iniciativa le favoreció el hecho de que, para salvaguardar Unión Radio de posibles bombardeos enemigos, los estudios y el transmisor se hallaban en locales distintos. Así pues, no tenían más que instalar una emisora de radioaficionado en los sótanos del edificio donde estaba el transmisor y conectarla. Para ello contaron con la colaboración de un técnico de Unión Radio afecto a los sublevados. Utilizaron un procedimiento inventado años atrás por el francés Leon Deloy, que permitía transmitir dos señales por la misma antena: la oficial de Unión Radio y la de la RNE clandestina. Muchas de las informaciones que transmitirían se las facilitaba otro agente de la quinta columna en Madrid, por entonces capitán, y que cuarenta años después, ya como general, desempeñaría un papel clave en la transición a la democracia desde el Ministerio de Defensa: Manuel Gutiérrez Mellado.

Transmitieron desde marzo de 1937. Al principio lo hicieron en radiotelegrafía, difundiendo datos para conocimiento de los rebeldes a mucha mayor distancia gracias a la potencia de Unión Radio y asegurando de esa forma una perfecta comunicación entre la quinta columna madrileña y el Cuartel General del Generalísimo. Pero el tiempo pasaba sin ser descubiertos, así que se atrevieron a introducir música y palabra hasta crear una auténtica emisión, distinta y complementaria de la RNE en Salamanca (Faus, 2007: 466). El éxito fue completo. La emisora siguió funcionando durante dos años sin ser localizada, hasta que el 28 de marzo de 1939, rotos los últimos frentes de la España republicana, las tropas de Franco entraron en Madrid, cuatro días antes de que terminara la guerra. A los restos del extinto Frente Popular les esperaba la muerte, la cárcel, el exilio y una clandestinidad que se reflejaría también en las ondas.

HACIA LA GUERRA GLOBAL

En mayo de 1933, el consejo de la Unión Internacional de Radiodifusión aprobó una resolución en la que se afirmaba que «la difusión sistemática de programas o comunicaciones especialmente dirigidas a los oyentes de otros países» constituía «un acto inadmisibles desde el punto de vista de las buenas relaciones internacionales», además de «un uso inadecuado de la radiodifusión», por lo que se apelaba a todos los miembros del organismo para «evitar tales transmisiones». En marzo de 1936, tras un amplio debate, la Sociedad de Naciones aprobó la Convención sobre el Uso de la Radio para la Causa de la Paz, que proscribía las transmisiones de propaganda radiofónica destinadas a «incitar a la población de cualquier territorio a actos incompatibles con el orden interno o con la seguridad» (Pronay y Taylor, 1984: 361). Para entonces, hacía tiempo que Alemania se había retirado de la Sociedad de Naciones y se preparaba sin disimulo para hacer saltar por los aires el precario equilibrio de entreguerras, pero los organismos internacionales seguían desarrollando sus pactos entre caballeros como si nada pasase, creando una legalidad que era cada vez más un trampantojo. Algunos observadores contemporáneos ya señalaban que, al contrario de lo que sugerían tan nobles declaraciones y

llamamientos, la realidad era que la carrera de los transmisores por alcanzar cada vez mayor poder de propagación, la guerra verbal en el éter y la reglamentación y manipulación de los oyentes nacionales eran parte de una preparación para una guerra general. De hecho, la convención de 1936 la firmaron veintiocho delegaciones, pero dos años después solo la ratificaron nueve.

En esa preparación, Alemania llevó la delantera. La grandeza del Reich exigía que el Pueblo y el Estado se purgaran de sus enemigos internos, de los traidores, de los que lo debilitaban y lo consumían desde dentro o de los que actuaban como caballos de Troya de las potencias extranjeras. Pero no era suficiente. Había que reunir a todos los arios bajo una misma bandera, lo cual significaba rescatar a las minorías germanas de los países vecinos que las oprimían. Y había que conquistar el tan ansiado *lebensraum*, el espacio vital, los territorios en los que «la nueva Alemania» se expandiría para satisfacer el ritmo de crecimiento de su población y de su producción. Para todos esos propósitos, la propaganda iba a revelarse como un aliado eficaz de la fuerza. Ambas crearían las condiciones y las excusas necesarias en cada caso para que Hitler pudiera presentarse —o tratar de hacerlo— ante su pueblo y ante el mundo no como un agresor, sino como alguien que intervenía para ayudar a unos o para defenderse de otros.

El papel de barrera que desempeña la artillería en la preparación del ataque de la infantería será asumido en el futuro por la propaganda revolucionaria —había escrito el Führer en *Mein Kampf*—. Se trata de destrozarse psicológicamente al enemigo antes de que los ejércitos empiecen a entrar en acción (Mattelart, 2003: 127).

La primera tarea fue la anexión de Austria, en marzo de 1938. No es que los grupos políticos tuvieran mucha capacidad de acción en los últimos años de la Austria independiente (no había elecciones libres desde 1933), pero tras la desaparición del país y su incorporación como provincia a Alemania las cosas empeoraron aún más, al tiempo que descendía el nivel de vida de la población. Surgió entonces una emisora clandestina llamada Oesterreichischer Freiheitssender (Emisora de la Libertad Austríaca), para estimular la desafección de sus conciudadanos hacia el régimen nazi. «Queremos comer como el gordo Goering», se decía, y los lemas aparecían también escritos por las paredes de Viena. Se leían los «versos militantes» de la «Canción para ser susurrada», un himno clandestino que se podía encontrar también en panfletos camuflados como anuncios de productos. Se apelaba a los antiguos soldados y oficiales austríacos, ahora integrados en el ejército alemán, para que se amotinaran en caso de guerra. «Esta no es una guerra austríaca. Los austríacos no luchan dentro de un uniforme extranjero ni por una causa extranjera», se afirmaba. No solo influirían aquellas emisiones clandestinas, seguro, pero lo cierto es que algunas tropas llegaron a amotinarse en Viena o Innsbruck, y que seis mil soldados desertaron a Yugoslavia (Soley y Nichols, 1987: 28). En un recorrido literario por el Danubio, publicado en 1939, Emil Lengyel constataba que la emisora era popular entre los trabajadores de la capital austríaca (Lengyel, 1939: 126).

A diferencia de la emisora alemana con parecido nombre, la austríaca sí emitía desde dentro del Reich. El transmisor se escondía en un camión destinado al transporte de alimentos, propiedad de una empresa de lácteos. El vehículo se conducía hasta remotas áreas de Austria para emitir desde allí con menos peligro de que lo encontraran. Pero el 19 de mayo de 1938, mientras estaba en el aire, agentes de la GESTAPO localizaron el origen de la señal mediante el sistema de triangulación. Finalmente, hallaron el transmisor bajo cajas de huevos y mantequilla.

Pero, mientras lo buscaban, las tres personas que manejaban la emisora clandestina trataron de escapar. A una le dispararon, pero las otras dos lo consiguieron y huyeron a Checoslovaquia, donde pusieron en marcha otra radio clandestina antinazi, que emitía tres veces al día desde otro transmisor móvil (Soley y Nichols, 1987: 28).

Sin embargo, a Checoslovaquia le quedaba poco para perder su independencia. Primero se le arrebataron los Sudetes, la región de mayoría alemana, en septiembre de 1938, en un acuerdo firmado en Múnich entre Francia, Inglaterra, Italia y Alemania. No estuvo la Unión Soviética en aquella mesa de negociaciones, pero, lo que era aún más escandaloso, tampoco el país cuya suerte se decidía. En aquel pacto culminó la inútil política de apaciguamiento que impulsaba sobre todo el primer ministro inglés, Neville Chamberlain, para tratar de evitar una guerra consintiendo que Hitler tomase lo que reclamaba, con la esperanza de que en algún momento se saciaría su sed de poder.

Pero en los días más graves de la crisis de Múnich, mientras Inglaterra se mostraba oficialmente sumisa y su Gobierno instaba a la BBC a tener en cuenta la «extrema sensibilidad de Hitler y Mussolini respecto a los programas y a la presentación de las noticias». Chamberlain autorizó lo que puede considerarse como la irrupción de su país en el mundo de las transmisiones clandestinas (Pronay y Taylor, 1984: 360). Para efectuarla se obtuvo la colaboración de Radio Luxemburgo, que poseía uno de los transmisores más potentes de Europa¹⁷. Se trataba de contrarrestar la «completa ignorancia» en la que vivían los alemanes «sobre el verdadero estado de los acontecimientos» en aquellos días cruciales, y «en particular sobre la actitud de Gran Bretaña y Francia». A ella contribuían, como hemos visto, el control de los medios de comunicación y la omnipresencia del «receptor del pueblo» fabricado por los nazis (los ingleses estimaban que, de los nueve millones de aparatos de radio que había en Alemania, más de ocho millones eran Volksempfänger). Esos receptores solo podían recibir radios locales. Por eso, la emisora de Luxemburgo, a solo unos kilómetros de la frontera alemana, tenía un emplazamiento envidiable. Podía redifundir en alemán discursos y mensajes que de otro modo apenas hubieran podido conocerse en el Reich. Y ello como si la iniciativa de su emisión fuera luxemburguesa, sin que se supiese la implicación del Gobierno inglés.

Urgía comenzar, así que en la tarde del 26 de septiembre hubo rápidas conversaciones telefónicas entre Londres y París. El objetivo era la complicidad del Gobierno francés y el acuerdo de los accionistas propietarios de la emisora. En unas horas, todo estuvo listo. A las ocho de aquella tarde, mediante un enlace directo con Londres, Radio Luxemburgo emitió una declaración de Chamberlain. Aquella noche se tradujeron al alemán mensajes del presidente estadounidense Franklin Roosevelt, del primer ministro francés Édouard Daladier, del presidente checoslovaco Benes y del propio Chamberlain. Esos textos se grabaron en discos y un avión privado de la empresa propietaria de la emisora los llevó de Londres a Luxemburgo. Se emitieron a intervalos durante todo el día. Otros vuelos llevarían nuevos discos con discursos traducidos y grabados en los días siguientes, a medida que evolucionaba la crisis. Cuando en la mañana del 30 de septiembre se conoció la firma del acuerdo de Múnich, se dieron instrucciones para que cesaran aquellas emisiones en alemán (Pronay y Taylor, 1984: 358-360).

La operación, vista en perspectiva, parece de lo más inocente. Al fin y al cabo, solo se transmitieron discursos oficiales. No hubo guiones específicamente preparados, con apelaciones directas al pueblo alemán. No se dio voz a ningún movimiento de oposición ni se fomentó la

disidencia entre los nazis. Aun así, era la primera vez que los británicos desarrollaban una labor de propaganda encubierta pensada para que se captara en Alemania. Era un acto «no amistoso» hacia otro Gobierno en medio de unas negociaciones al más alto nivel. Se iniciaba así un cambio en la percepción de Inglaterra sobre la importancia y el empleo de la radiodifusión, y en particular de la clandestina y de la de propaganda negra.

Ese cambio acabaría de fraguar en la Segunda Guerra Mundial, que resultó inevitable, como pronosticaban las mentes más lúcidas de la época. Al desmembramiento de Checoslovaquia le siguió la división. En marzo de 1939, las tropas nazis ocuparon Bohemia y Moravia, que transformaron en protectorado, y otorgaron la independencia a Eslovaquia bajo un Gobierno títere. El siguiente objetivo, con la ciudad de Danzig como excusa, fue Polonia. Gran Bretaña y Francia, esta vez, no tuvieron más remedio —con ese ánimo se entró en la contienda— que hacer frente a sus compromisos. Así se inició, el 3 de septiembre de 1939, la que entre otras cosas fue la guerra de la radio por excelencia.

¹⁵ Al explicar estas transformaciones me refiero a la radiodifusión como medio de comunicación de masas, no a la radio como tecnología para la comunicación en general, pues en su nacimiento y desarrollo fueron importantes también las contribuciones y los usos militares, por ejemplo, que para esta explicación no se tienen en cuenta.

¹⁶ Esta labor de las estaciones de radioaficionados vinculadas a tareas de espionaje se explica, para el caso de la quinta columna madrileña, en Cervera (1998).

¹⁷ Radio Luxemburgo era una emisora comercial con capital sobre todo francés y belga. Aprovechando la estratégica situación de Luxemburgo en Europa Occidental, sus promotores instalaron un potente transmisor con el que podrían emitir en diferentes idiomas y obtener beneficios de los anunciantes de los territorios a los que llegaba su señal. Para 1938, el Gobierno francés tenía desde hacía tiempo un control efectivo, aunque indirecto y secreto, sobre la emisora. Por su parte, el Gobierno inglés, tras años de estéril lucha contra la emisora por violar en la práctica el monopolio de la BBC, había comprendido su potencial propagandístico y publicitario. La actividad de Radio Luxemburgo relacionada con Inglaterra la controlaba desde 1936 una empresa vinculada al Partido Conservador, entonces en el poder.

CAPÍTULO 3

La Segunda Guerra Mundial: combate en las retaguardias

En 1939 se estimaba que unos doscientos cincuenta millones de personas oían la radio en el mundo (Grzesinski, 1939: 325), fundamentalmente en Europa y América del Norte. Sobre ellas iba a caer en los seis años siguientes una lluvia constante de palabras, en muchos casos antes, durante y después de recibir una lluvia de fuego.

No fue la primera guerra global. Ese dudoso honor le corresponde a la de 1914-1918, «un conflicto que no solo se desarrolló a escala del mundo, sino también, y sobre todo, un conflicto en el que la guerra política, la guerra económica y la guerra ideológica llegaron a ser tan decisivas como las operaciones en el terreno de las armas» (Mattelart, 2003: 91). En 1939, *mutatis mutandis*, reaparecieron los mismos contendientes en los mismos bandos. De ahí que algunos historiadores hablen de ambos conflictos como de dos fases de una gran guerra¹⁸. Pero el horror humano y el refinamiento técnico fueron incomparablemente mayores en 1939. Procedimientos y estrategias que apenas despuntaban en 1914, estaban maduros un cuarto de siglo después. Se utilizaron como nunca antes todos los medios disponibles al servicio de un mismo fin. Los Gobiernos y los Estados Mayores de los contendientes tuvieron como objetivo a la población civil, tanto como a los soldados.

El aire llevó el combate a las retaguardias. Las líneas del frente significaban cada vez menos. Los aviones podían atravesarlas para impactar en los cuerpos. Las ondas; para impactar en las mentes. La televisión se hallaba solo en fase experimental en los países más desarrollados y todos los ensayos se suspendieron de inmediato. La radio era, pues, el único medio capaz de cruzar las fronteras —lo seguiría siendo durante décadas, de hecho— para levantar la moral de los partidarios y aniquilar la de los adversarios. La Segunda Guerra Mundial confirmó lo que se había anticipado ya en Etiopía y España: la radio no era solo un medio para la información y el entretenimiento, sino que tenía un valor militar y estratégico. En mayor o menor medida, de forma más o menos camuflada, todos los países protagonistas de aquella guerra emitieron propaganda en las lenguas de los enemigos al tiempo que trataban de interferir las emisiones procedentes de ellos.

Hay muchas maneras de ganar una guerra. El enemigo puede ser masacrado, literalmente bombardeado y aniquilado. Puede hacerse morir de hambre o sumisión. O incluso se le puede persuadir a través de métodos atractivos para cesar en la lucha. Ningún poder beligerante ignora, prudentemente, estos métodos: la fuerza militar, la estrangulación económica o la persuasión psicológica.

Son frases escritas en la revista *Public Opinion Quarterly*, de Estados Unidos, en 1943 (Vidal-Beneyto [ed.], 1979: 71). En ellas se da importancia por igual a todos los factores. Pero, influidos por las teorías de los efectos poderosos de los medios, en esta época hubo sociólogos, políticos y también militares que llegaron a creer que en el futuro el factor decisivo de cualquier conflicto sería lo que en Gran Bretaña se llamaba «guerra política» y en Estados Unidos «guerra psicológica». Llegaría un día —pensaban— en que «en lugar de usar armas, la corrupción de la

razón y el oscurecimiento del intelecto humano, y la desintegración de la vida moral y espiritual de una nación se llevaría a cabo mediante la influencia de la voluntad de otros» (Newcourt-Nowodorski, 2006: 19). Las experiencias acumuladas se pondrían desde 1945 al servicio de la Guerra Fría. Para entonces, los más avisados ya habían podido comprobar que, si la propaganda tenía su utilidad, también tenía sus límites, aunque algunos éxitos notables impidieron darse cuenta de ello a muchos otros.

PRIMERO, FRANCIA

El Ministerio de Goebbels estaba preparado. Muchos alemanes asumieron tras la Primera Guerra Mundial el tópico de que no fueron derrotados en buena lid en el campo de batalla, sino por factores más tenebrosos: los traidores internos (la «puñalada por la espalda»), pero también la propaganda del enemigo. «Contenidos malos en unos pobres papeles pobremente impresos han hecho que nuestro brazo claudique», se pudo leer en el boletín de un regimiento aun antes de acabar la contienda (Mattelart, 2003: 92). Los nacionalistas y militaristas alemanes no estaban dispuestos a que algo así volviera a repetirse. Ahora llevarían ellos la iniciativa en todos los terrenos. Mientras el Estado Mayor con Hitler a la cabeza preparaba la conquista de Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, la maquinaria propagandística concentraba todas sus municiones en el enemigo histórico hacia el que había un ansia infinita de revancha: Francia.

Entre septiembre de 1939 y mayo de 1940, pese a que la guerra estaba oficialmente declarada, la vida en Francia seguía un curso hasta cierto punto normal. Por supuesto, la situación imponía algunas precauciones: en la radio, por ejemplo, se estableció la censura informativa y las alertas aéreas obligaban a veces a suspender algunas emisiones. Pero a pesar de ello se vivía un ambiente de relativa tranquilidad, de despreocupación. El entusiasmo con el que los franceses habían ido al combate en 1914 estaba muy lejos. No tenían prisa por luchar con nadie. Confiaban además en una línea de defensa (la Maginot) que a la postre resultaría inútil. Por otra parte, en los años anteriores la política y la sociedad habían sufrido distintas convulsiones y un proceso creciente de polarización. Sobre ese pueblo pretendió influir la propaganda nazi en dos direcciones: transformar la apatía en derrotismo y exacerbar las divisiones previas.

En la radio, esta labor se hizo de dos formas. Había emisiones en francés desde Stuttgart que se presentaban abiertamente como alemanas. Pero más importantes fueron dos radios negras, dependientes del organismo que coordinaría durante la guerra este género de emisiones nazis: el Büro Concordia. Lo puso en marcha Goebbels el 30 de octubre de 1939. El ministro mantenía reuniones diarias con el director del organismo, Erich Hetzler, para darle instrucciones minuciosas sobre el enfoque que en cada momento debía adoptar cada emisora. Su objetivo era crear radios sectoriales (de nacionalistas, de pacifistas, de católicos, de socialistas...) en cada país para socavar el prestigio de sus autoridades y provocar el malestar social. De esa forma esperaba que la retaguardia, dividida y desmoralizada, no apoyaría (o no al menos con la suficiente vehemencia) el esfuerzo bélico contra Alemania. Las dos radios dirigidas a Francia estaban en servicio a finales de 1939. El 3 de enero de 1940, Goebbels escribió en su diario que los franceses se estaban llevando «un buen dolor de cabeza» tratando de localizarlas (Newcourt-Nowodorski, 2006: 47-48 y 51-52).

Una de ellas fue La Voix de la Paix (La Voz de la Paz). Decía emitir desde el interior de Francia en nombre de patriotas que buscaban un mejor porvenir para su país. La radio criticaba a la industria armamentística gala, tildándola de incompetente. Afirmaba (apoyándose en datos de fuentes presuntamente fiables) que las defensas francesas se desintegrarían en la eventualidad de una invasión (Soley y Nichols, 1987: 34-35).

Pero mucho más peligrosa fue la llamada Radio Humanité, que se presentaba como portavoz del Partido Comunista Francés (PCF). Para afianzar esta idea aprovechaba el hecho de que el periódico del partido se llama precisamente *L'Humanité*. Durante años hubo controversias sobre si se la puede considerar una radio negra o si, de hecho, fue en realidad una radio clandestina comunista con apoyo de Alemania. Había razones para desconfiar. Los nazis y los soviéticos habían firmado un pacto de no agresión en agosto de 1939. Cuando comenzó la guerra, los comunistas franceses llamaron a los trabajadores a no participar en una lucha provocada por los rapaces intereses del capitalismo y el imperialismo. Una lucha que, por lo tanto, el pueblo tenía perdida fuera cual fuera el vencedor. Lo que había que hacer, en su lugar, era aprovechar la coyuntura para acelerar la descomposición del Estado burgués francés y el advenimiento de la revolución socialista. Desde ese momento, el PCF, con toda su potencia, fue visto por el Gobierno como la quinta columna, el agente interior al servicio de la Alemania nazi, así que se le declaró ilegal el 26 de septiembre.

Radio Humanité fue un producto del Büro Concordia en el que el Partido Comunista Francés no tuvo nada que ver de forma oficial. Sí parece que desde principios de junio, en la última fase de la operación, trabajaron en el equipo dos comunistas, uno de ellos sacado de un campo de concentración (Newcourt-Nowodorski, 2006: 60). En cualquier caso, el argumentario de las emisiones se parecía demasiado al de las ediciones clandestinas de *L'Humanité* que los comunistas editaban en Francia. Moscú y Berlín marchaban al compás en esa época.

Como el PCF estaba en la clandestinidad, Radio Humanité simulaba ser una emisora móvil que se desplazaba por Francia dependiendo de los acontecimientos. Alguna vez interrumpió sus transmisiones con la excusa de que debía ocultarse. Emitía cinco veces al día. El material se grababa en discos de cera de grandes dimensiones para poder redifundirse. Instaba a los franceses a abandonar sus lugares de trabajo y paralizar la producción, a manifestarse a favor de la paz, a desertar de los cuarteles, a dejar de pagar impuestos... Pretendía que una Francia comunista, con el apoyo de sus hermanos soviéticos, nunca sería invadida por Hitler. También atacaba a los nazis cuando era necesario. «Cinco pequeños estados han sido presa de la brutalidad de Hitler, en particular Bélgica y Holanda, cobardemente agredidas —se decía el 10 de mayo—. Es preciso, pues, derribarlo, pero al mismo tiempo vencer en Francia e Inglaterra al imperialismo capitalista». Especialmente venenosos fueron los ataques contra las «doscientas familias» más ricas del país, pero también contra el Gobierno (al entonces presidente, Paul Reynaud, se le llamaba «limpiabotas del capitalismo») (Hombourguer, 1987: 129-133).

Un signo de que Radio Humanité no era clandestina, sino negra, fueron los supuestos mensajes en clave que la emisora dirigía a inexistentes células comunistas de regiones o localidades concretas. «El grupo Mar Negro se reunirá esta noche, a las 11:30 horas, en el punto 17 y no en el punto 14», señalaba un mensaje dirigido a Valenciennes el 11 de mayo. «Para la región de Lille, San Quintín, Reims y Metz son válidas a partir de este día las instrucciones del cuaderno rojo» (Hombourguer, 1987: 130). Esos mensajes reforzaban en la población francesa la

idea del PCF como quinta columna, pero también sembraban el desconcierto entre los comunistas crédulos, que se sentían frustrados al no entender las presuntas órdenes que se les daban.

Las dos emisoras fueron tal vez las más eficaces del Büro Concordia. Sus mensajes estaban bien contruidos, se adaptaban al público al que decían representar, y lograron engañar no solo al Gobierno francés, sino a la inteligencia británica y a los alemanes que no estaban al tanto de su origen. Todos los identificaron como verdaderas emisoras clandestinas francesas y no como operaciones de propaganda negra. Pero hubo otro factor que también contribuyó a esa eficacia: la política informativa del Gobierno francés. La censura y los mensajes optimistas, incluso cuando llegaron los primeros reveses en mayo de 1940, hicieron a la gente desconfiar de sus propios medios de comunicación. Luego, en el momento decisivo, las emisoras de Francia se llenaron de noticias sobre las actividades y las dimensiones de la quinta columna que aumentaron aún más la histeria colectiva (Newcourt-Nowodorski, 2006: 49, 51 y 61).

Frente a la ofensiva nazi, es tradicional acusar al Gobierno francés de torpeza y debilidad en su propaganda. Pero algunas iniciativas hubo, entre ellas el patrocinio de una radio clandestina, poco conocida, dirigida precisamente contra esa alianza nazi-soviética. Apareció en el invierno de 1939. Recuperaba el nombre de Deutscher Freiheitssender, utilizado como vimos por el Partido Comunista de Alemania (KPD) durante nuestra Guerra Civil. Esta era también comunista, pero heterodoxa, a la vez antinazi y antistalinista. En ella estuvo implicado un viejo especialista en «agitprop»: Willi Münzenberg. Desde los años veinte se le consideraba un brillante activista al servicio del Partido Comunista de Alemania y de la Komintern. Vivió en París de forma intermitente desde 1933, ya que viajó por toda Europa Occidental impulsando iniciativas antifascistas. Pero hacia 1936 cayó en desgracia para las autoridades soviéticas. Fue uno de tantos revolucionarios entregados a una causa que acabaría devorándolos. Desoyó el llamamiento para que viajara a Moscú, sospechando que allí se le iba a «purgar». Expulsado del KPD, pasó a militar en la oposición comunista. Fue en estos últimos años de su vida cuando escribió guiones para la nueva Deutscher Freiheitssender (Stenton, 2000: 5). La influencia de esa nueva emisora fue muy limitada y, además, la experiencia duró pocos meses. En junio de 1940, durante el caótico éxodo que siguió a la invasión de Francia por los nazis, Münzenberg desapareció. Lo encontraron ahorcado en un árbol meses después. Siempre se sospechó que fue ejecutado por agentes de la policía secreta soviética. El director de la Deutscher Freiheitssender, Richard Crossman, se retiró a Inglaterra en mayo de 1940 y trabajó para la propaganda radiofónica de ese país.

Con el inicio de la invasión de Francia a través de Bélgica y Holanda, y no de la línea Maginot como esperaban los franceses, llegó la hora para el Büro Concordia de poner toda la carne en el asador. Los soldados franceses e ingleses, sorprendidos y desbordados por la potencia alemana, se rendían en masa. Mientras, unos once millones de civiles (el veinticinco por ciento de la población) atascaban las carreteras tratando de huir hacia ninguna parte y los políticos eran incapaces de reaccionar. La Voix de la Paix avivaba el sentimiento de pánico al comunicar que las tropas alemanas estaban avanzando más rápido de lo que el Gobierno quería admitir (Soley y Nichols, 1987: 35). Y Radio Humanité añadía: «Las noticias que provienen del frente son peores de hora en hora. La idea de que nuestro pobre país, Francia, se encontrará bajo las botas de las hordas nazis es espantosa» (Hombourguer, 1987: 134).

A los oyentes se les advirtió de que los alemanes se apoderaban de los depósitos bancarios a medida que ocupaban los pueblos. La respuesta fueron las colas ante las sucursales, pero no en la medida que Goebbels esperaba. Se les dijo que el Gobierno estaba entregando moneda falsa a los refugiados de las regiones evacuadas. Se anunció también una epidemia de cólera en París. Se intentó provocar el resentimiento contra los ingleses, aprovechando cualquier ocasión para lanzar lemas como «Los británicos lucharán hasta el último francés». A los soldados franceses se les predisponía en contra de sus mandos y se les invitaba a confraternizar con los soldados alemanes. «Son hombres como nosotros, [...] ignoran que su causa es igualmente la vuestra. No sois los soldados de Reynaud, de Weigand y de Churchill, sino los de la revolución mundial» (Hombourguer, 1987: 133).

El 10 de junio, el Gobierno abandonó París y la declaró ciudad abierta. Radio Humanité exhortó a la huida masiva de la población.

¡Escapad mientras podáis! Los capitalistas ocupan los trenes y ustedes, despreciados e infelices, son abandonados en los andenes de las estaciones, impotentes ante la cobardía indecente de los ricos. Agarrad a vuestros hijos y huid porque París está perdida. Pronto, como Varsovia, se convertirá en un montón de ruinas humeantes. ¡Salvaos! (Newcourt-Nowodorski, 2006: 62).

La capital de Francia cayó sin lucha cuatro días después. A la debacle francesa no le quedaba más que un último acto. Lo protagonizó el 17 de junio el mariscal Philippe Pétain, recién nombrado presidente del Gobierno. Desde Burdeos anunció por radio que había propuesto a los alemanes un armisticio que evitara la derrota total. Ese armisticio se firmó el 22 de junio, en el mismo lugar y en el mismo vagón de tren en el que se había rubricado la derrota alemana en 1918. La revancha estaba cumplida. Dos tercios de Francia los ocuparía Alemania directamente. El resto del país, con capital en Vichy, lo administraría un gobierno colaboracionista dirigido por el propio Pétain.

El acuerdo entró en vigor el 25 de junio. El día anterior, Radio Humanité realizó su última transmisión.

Todo el pueblo francés está con nosotros. En el lugar del mundo burgués que se derrumba, construiremos un mundo socialista. Un poco de tiempo más, y el telón caerá sobre el último acto de la comedia capitalista. ¡Abajo los últimos restos del capitalismo! ¡Viva la Francia socialista! (Hombourguer, 1987: 136).

Goebbels agradeció el excelente trabajo de su personal en los meses anteriores. La conquista de Francia había sido un engranaje perfecto en el que se habían complementado la buena propaganda abierta y encubierta, la potencia militar propia y la debilidad del adversario en los ámbitos social y moral. Pero el ministro nazi, eufórico, cayó en el error que repetirían otras potencias en los años siguientes: atribuir de forma casi mágica y en exclusiva a la propaganda, y en particular a la radio, el mérito de una victoria. De ahí su extrañeza cuando los mismos métodos fracasaron en su siguiente gran objetivo: Inglaterra.

LUEGO, INGLATERRA

El hecho resultaba paradójico. Alemania, como hemos visto, había atribuido su derrota de 1918 en muy buena medida a la guerra sucia de la propaganda aliada. Y, sin embargo, Gran Bretaña parecía poco dispuesta a recurrir de nuevo a ella cuando volvió a llegar la hora de los

combates. Las precarias y descoordinadas estructuras de sus servicios de información contrastaban con la todopoderosa maquinaria nazi.

La propaganda de Goebbels es una corriente continua de gas venenoso —afirmaba un libro sobre la Alemania de Hitler publicado en Nueva York en 1939—. Las democracias [...] escuchan en silencio el veneno filtrándose a través del éter y desdeñan llevar la guerra de la radio al propio campo enemigo. Vacilan en emplear sus instalaciones de radio contra el régimen y en transmitir su mensaje al pueblo alemán (Grzesinski, 1939: 26).

Era como si las autoridades británicas se avergonzaran de unos métodos que consideraban incompatibles con la democracia (Stenton, 2000: 3-4 y 114).

La realidad no era exactamente así. Ya vimos que, durante la crisis de Múnich en 1938, el Gobierno de Chamberlain había llevado a cabo transmisiones para Alemania a través de Radio Luxemburgo. En enero de 1939 se creó un departamento de propaganda clandestina hacia los países enemigos (Newcourt-Nowodorski, 2006: 96). Pero tanto la configuración de los organismos responsables como la delimitación de sus funciones no se concretaron hasta el verano de 1941. Un primer paso se dio en julio de 1940, cuando se creó el Ejecutivo de Operaciones Especiales (SOE, en sus siglas inglesas), que dependía del Ministerio de Guerra Económica, y una de cuyas ramas, la SO1, tenía encomendada la tarea de la propaganda clandestina (Stenton, 2000: 17-19). Sin embargo, un año después, el ministro de Información, Brendan Bracken, afirmaba que al menos ocho departamentos tenían algún tipo de competencia sobre la propaganda hacia el extranjero, con la consiguiente pérdida de tiempo y energía. La situación la resumió una tira cómica de la época en la que se veía a un alemán y a un inglés junto al siguiente texto: «La peor causa del mundo y la mejor propaganda, y la mejor causa del mundo y la peor propaganda» (Newcourt-Nowodorski, 2006: 103).

Hubo que esperar a agosto de 1941 para la creación del Ejecutivo de Guerra Política (PWE, en sus siglas inglesas), el departamento secreto que centralizó la producción y diseminación de propaganda blanca y negra para dañar la moral del enemigo y sostener la de los países ocupados. Los equipos dedicados a la propaganda negra trabajaban de forma separada, con rigurosas medidas de seguridad y sin contacto con el personal —mucho mayor— dedicado a la propaganda blanca (Newcourt-Nowodorski, 2006: 104). El PWE estaba en principio bajo la dirección conjunta de los ministerios de Exteriores, Guerra Económica e Información, aunque fue este quien acabó tomando las riendas en la práctica (Stenton, 2000: 32). Su personal lo integraban antiguos miembros del SO1, del Ministerio de Información y de la BBC. La prolongación de la guerra —el hecho de que Gran Bretaña no capitulase ante los bombardeos masivos y el hecho de que Hitler aplazase primero y descartase después la invasión del país— fue lo que permitió a esos organismos desarrollar todas sus potencialidades.

En definitiva, los nazis habían aprendido más y estaban mejor preparados al empezar la guerra. Y, sin embargo, Goebbels pudo comprobar pronto que las técnicas tan eficaces en el caso de Francia se estrellaban contra un muro. Averiguar por qué ocurría llegó a obsesionarle. En Inglaterra, una vez comprendida la necesidad de combinar las operaciones abiertas con las encubiertas, pasó al contraataque con mucho más éxito. En 1944, aún con la guerra en marcha, un estudio publicado en Londres sobre la propaganda radiofónica alemana podía concluir:

La experiencia de la Segunda Guerra Mundial está destruyendo gradualmente el mito de la propaganda que surgió como resultado de la Primera. La creencia en los oscuros poderes de la propaganda está siendo sustituida por una mejor comprensión de sus limitaciones y funciones, que varían con el orden y la situación de la sociedad (Hale, 1979: 21).

Las emisiones secretas más antiguas de Alemania hacia Gran Bretaña datan de febrero de 1940. Como vimos en el caso francés, en realidad no eran emisoras clandestinas, sino de propaganda negra. Decían ser portavoces de grupos que no existían, para dividir a la sociedad británica, sembrar la animadversión hacia su Gobierno (sobre todo hacia Churchill desde que fue nombrado primer ministro en mayo de 1940) y, de paso, inocular sutilmente en los oyentes la idea de que la victoria nazi era inevitable. Esos esfuerzos se redoblaron desde junio. Rendida Francia, Inglaterra era el siguiente objetivo en el mapa de Hitler. Las emisiones radiofónicas debían colaborar con los bombardeos de la Luftwaffe para obligar al país a capitular y, si eso no funcionaba, para preparar las condiciones de la invasión. «Deberán utilizar todos los medios imaginables para asegurarse que los primeros golpes contra Gran Bretaña caen sobre un terreno psicológicamente bien preparado», escribió Goebbels en julio. Y más adelante añadió:

La tarea concreta de las emisoras secretas es suscitar la alarma y el miedo entre la población de Gran Bretaña. Pero puesto que la propaganda alemana que hay detrás de esta campaña no debe quedar al descubierto, deberá camuflar sus verdaderas intenciones mediante apólogos morales y buenos consejos (Newcourt-Nowodorski, 2006: 66).

Para evitar que se descubriera su origen alemán, las emisiones deberían, en la medida de lo posible, empezar con ataques a los nazis. Luego podrían invitar a la población a acaparar alimentos y retirar el dinero de los bancos para invertirlo en joyas u otros bienes de valor seguro, o describir con detalle la situación de ciudades como Varsovia, o dar minuciosas instrucciones sobre cómo actuar ante los bombardeos aéreos (Newcourt-Nowodorski, 2006: 66-67).

La primera que empezó a emitir fue la New British Broadcasting Station (NBBS). El nombre, obviamente, pretendía que se la confundiera con la BBC. De hecho, a diferencia de otras radios negras alemanas, presentaba las «noticias» sin muchos comentarios, aunque la mayoría de ellas eran falsas. Por ejemplo, el 14 de agosto informó de que paracaidistas alemanes con uniformes militares ingleses y ropas de civil habían aterrizado en Inglaterra (Soley y Nichols, 1987: 37). El objetivo, como en las emisiones hacia Francia, era agitar el fantasma de la quinta columna para desencadenar la sospecha generalizada. Según un informe secreto nazi, la NBBS respondía a las siguientes claves: «Tendencia nacionalista; propaganda subversiva a favor del Imperio británico cuyo blanco son las improvisaciones temerarias de Churchill; tono pacifista latente. Las emisiones son diarias y duran hora y media» (Newcourt-Nowodorski, 2006: 67).

Desde junio se unieron Radio Caledonia y Welsh Freedom Station, para levantar los sentimientos nacionalistas de Escocia y Gales, como explicamos en el capítulo 1. Con destino a la población británica en general aparecieron Worker's Challenge y Christian Peace Movement. Worker's Challenge estuvo en el aire hasta julio de 1942. Emitía cada día durante quince minutos desde un transmisor móvil de onda media situado primero en la zona del Rin en Alemania y después en los Países Bajos. Difundía propaganda revolucionaria obrera y subversiva anticapitalista dirigida a los trabajadores más radicales. Su esquema era el mismo que el de la francesa Radio Humanité.

Los trabajadores de Inglaterra no quieren luchar contra sus hermanos trabajadores de Alemania —se dijo en una emisión de julio de 1940—. Y si los alemanes tienen un sistema nazi, es asunto suyo, no nuestro. Por hacer la paz no vamos a tener un sistema nazi aquí. Vamos a tener un Estado de trabajadores, dirigido por y para los trabajadores. Conocemos condenadamente bien la razón por la que Churchill quiere que la guerra continúe. Tiene miedo de que, si no lo echan los alemanes, lo echemos nosotros (Soley y Nichols, 1987: 36).

En cuanto a la Christian Peace Movement, funcionó hasta abril de 1942. Decía ser portavoz

de una inexistente organización llamada Movimiento Británico por la Paz. También transmitía quince minutos cada día, y defendía que los auténticos cristianos deberían negarse a participar en el esfuerzo bélico y, de este modo, obligar al Gobierno a firmar la paz (Newcourt-Nowodorski, 2006: 68).

Ninguna de ellas consiguió grandes audiencias y quienes las sintonizaban no las tomaban en serio. Los alemanes no conocían el verdadero estado de ánimo de la población británica por no tener suficientes fuentes de información. Los ataques contra Churchill, por ejemplo, caían en saco roto. A diferencia de lo que había ocurrido en Francia, la población británica confiaba en su Gobierno, en su sistema político, y en sus medios de comunicación con la BBC como estandarte. Además, las emisoras negras tampoco tenían suficiente personal como para diferenciar bien su tono y su estilo en función del público al que se dirigiera. Goebbels pudo contar con William Joyce, el conocido como «Lord Haw Haw», que realizaba emisiones abiertas hacia Inglaterra, pero que también colaboraba en la propaganda negra. En ella, Joyce solo escribía los guiones, porque su inconfundible voz nasal habría dado al traste con toda la operación nazi si hubiera aparecido en alguna de las emisoras que presuntamente transmitían desde dentro de Gran Bretaña. Al parecer, «Lord Haw Haw» era un guionista prolífico, pero el material que sale de la misma pluma siempre acaba pareciéndose. Para reducir esa escasez de personal, se reclutó a locutores y escritores entre los prisioneros de guerra, a los que se ofrecían incentivos materiales para colaborar de forma voluntaria: se les trasladaba a Berlín, se les pagaba un salario, se les daban comodidades en una casa y se les permitía llevar ropas civiles. Se presentaron ocho voluntarios, pero ninguno tenía experiencia de radio profesional. Su escritura era tosca y su locución poco natural. Solo dos trabajaron durante la guerra (Soley y Nichols, 1987: 38).

La respuesta inglesa se desarrolló primero de forma abierta. La BBC había crecido mucho en los años anteriores, y lo haría mucho más durante la guerra: entre 1939 y 1945 pasó de veintitrés transmisores a ciento treinta y ocho, y de unas cuatro mil personas a más de once mil. Estaba dividida en tres ramas: el Home Service (servicio nacional), el Empire Service (creado en 1932 para dirigirse en inglés al resto del mundo) y el servicio en lenguas extranjeras (inaugurado en 1938, y que para 1943 transmitía en cuarenta y siete idiomas) (Street y Matelski, 1997: 85). Primero hubo que adaptar esta estructura a las necesidades de la guerra. Seguía siendo en teoría una corporación independiente del Gobierno, pero tuvo que atenerse a reglas de censura y directrices, sobre todo en lo relativo a la seguridad nacional. Nunca se dio el emplazamiento de las tropas, de los miembros del Gobierno y de la Familia Real. Y se prohibieron las emisiones meteorológicas, porque podrían revelar condiciones favorables para los bombardeos (Bathgate, 2014). Se estableció además que la «información» para consumo doméstico, de los dominios y de las colonias debía separarse de la «propaganda» para los países extranjeros, ya fueran aliados, enemigos, ocupados o neutrales (Stenton, 2000: 29). De todos modos, la BBC se labró en estos años su fama de objetividad (no ocultar las malas noticias ni exagerar las buenas), que en general ha conseguido mantener desde entonces en todo el mundo, incluso entre los países con los que Gran Bretaña ha entrado en conflicto.

Sobre este esquema de funcionamiento hubo que insertar los tiempos de emisión asignados a los distintos Gobiernos u organismos de unidad nacional de los países ocupados por los nazis que se habían refugiado en Londres. La decisión de concederlos no fue fácil. Implicaría emitir por las frecuencias de la BBC programas que no estaban sujetos a su estructura, ni elaborados por sus

equipos de lenguas extranjeras, sino sometidos a la autoridad de los Gobiernos en el exilio. Por un lado, para el esfuerzo de guerra era vital que los pueblos ocupados mantuvieran una moral de resistencia, que incluso hostigaran a los nazis y a los colaboracionistas locales. Y era vital que esas emisiones les llegaran como procedentes de sus propios compatriotas, que oyeran las voces de sus líderes, que no sintieran los programas como extranjeros. Churchill era de esa opinión. «Ellos deben saber más sobre sus países que nosotros, y nos interesa darles las mejores oportunidades posibles de mantenerse vivos en circunstancias cada vez más difíciles», explicó en una nota al entonces ministro de Información (Stenton, 2000: 53). Pero, por otro lado, si esos tiempos de emisión se empleaban de forma incorrecta, podrían dañar el prestigio de toda la radio británica y, en el peor de los casos, provocar tensiones entre los distintos aliados.

Porque no todo era trigo limpio entre quienes luchaban contra los nazis. Londres se presentaba a esas alturas —antes de que Estados Unidos entrase en la guerra— como la capital de la libertad y de la democracia. Pero entre los vencidos por Alemania había tanto sistemas constitucionales parlamentarios, como regímenes autoritarios y represivos de derechas. Había Gobiernos que gozaban de un gran apoyo popular, pero otros tenían una fuerte oposición. En los casos más extremos —Grecia y Yugoslavia—, la resistencia se dividió en guerrillas que luchaban entre sí con tanta ferocidad como contra los nazis, y Gran Bretaña tuvo que decidir a quién ayudaba. Luego estaba la Unión Soviética, claro, los odiados bolcheviques totalitarios de ayer que se convertían en aliados indispensables desde que también fueron agredidos por Alemania en junio de 1941, pero esos aún no habían sido vencidos y tenían su propio sistema de transmisiones abiertas y encubiertas, como veremos en el siguiente apartado.

Al final se buscó una solución de compromiso. Los equipos serían independientes, pero responderían a unas directrices generales dictadas por el mando aliado. No se harían llamamientos insensatos a acciones que no respondieran a una estrategia global, por ejemplo. De todos modos, hasta el final de la guerra hubo tensiones entre los miembros del servicio de lenguas extranjeras de la BBC, los expertos del PWE y los exiliados políticos.

El equipo más famoso fue el francés, aunque no fue el primero en formarse. Radio Polskie emitía desde abril de 1940, primero como un espacio semanal que luego pasó a ser de quince minutos diarios. El 6 de junio, el Gobierno holandés pidió «tiempo libre» en la BBC al Ministerio de Información. La respuesta fue afirmativa y Radio Orange comenzó a emitir durante quince minutos al día. No se firmó un contrato político con condiciones, no se arrancaron promesas. El «tiempo libre» lo sería con todas las consecuencias. Las emisiones se abrieron con un discurso de la reina Wilhelmina que comprometía al Gobierno con la resistencia y con la victoria final. Pero luego se supo que el primer ministro en el exilio censuraba los guiones para suprimir el material que pudiera molestar a los alemanes. Muchos en Holanda llegaron a criticar que el programa de Radio Orange tuviera un tono más suave que las emisiones de la BBC en holandés (Stenton, 2000: 50-51 y 55).

Las emisiones para Francia comenzaron el 14 de julio de 1940. Terminarían el 31 de agosto de 1944, una semana después de que París fuera liberado. En principio se llamaron «Ici la France» («Aquí Francia») y, desde el 6 de septiembre, «Les français parlent aux français» («Los franceses hablan a los franceses»). Gran Bretaña no deseaba que se despertara entre su población una actitud antifrancesa tras la capitulación del mariscal Pétain. Por eso se promocionó la Francia Libre que representaba el general De Gaulle, que no era muy conocido ni siquiera entre los

franceses cuando el 18 de junio de 1940 habló por primera vez en la BBC. Como vimos en el apartado anterior, el día 17 Pétain había pedido por radio a los alemanes negociar las condiciones de un armisticio. De Gaulle, en su discurso, llamaba a los franceses a resistir el dominio nazi y a seguirle en la lucha que el encabezaría. Era un mensaje de esperanza en el que decía que se había perdido una batalla, pero no la guerra. Un mensaje cuyo impacto, como el de los días siguientes, debió de ser escaso, porque aún pocos franceses sintonizaban por costumbre la BBC.

Con el tiempo, en cambio, y sobre todo a medida que la resistencia se iba organizando y creciendo, la escucha de las emisiones de Londres se volvió indispensable para buena parte de la población. Algunos estudios les atribuyen el haber transformado «a una minoría de civiles insegura y ambivalente en un visible y activo grupo de resistentes implicados tanto en manifestaciones como en acciones militares». Según el líder de la resistencia Georges Bidault, «cuando todas las lenguas estaban amordazadas, ayudaron a los franceses a superar y vencer las mentiras del enemigo. Como una brújula para el navegante, las ondas fueron para ellos la guía y la seguridad que, en lo más álgido de la tempestad, les salvaron de la desesperación» (Street y Matelski, 1997: 97). Conscientes de su repercusión, los nazis y los colaboracionistas acentuaron la vigilancia y los castigos por la escucha. Una octavilla era muy explícita:

Oyente de la radio inglesa: considera este papel como una primera advertencia. Deliberadamente o no, al escuchar y promover esa propaganda, fruto de la alianza judeocomunista, cometes un crimen contra tu patria. Sin perjuicio de las sanciones legales a las que te expones, debes saber que es decisión francesa que ceses en tus acciones criminales. Intenta comprender en qué consiste tu deber. Si no, lamentándolo mucho, no vacilaremos en imponértelo (Street y Matelski, 1997: 91).

De Gaulle confió las emisiones de la Francia Libre a Maurice Schumann, joven periodista de la agencia de noticias Havas. Hay dos aspectos que se recuerdan sobre todo de esas emisiones. Uno, la polémica que a diario se entablaba con las emisiones francesas del Reich o de la Francia colaboracionista. «Radio Paris ment, Radio Paris ment, Radio Paris est allemand» («Radio París miente, Radio París miente, Radio París es alemana»), se oía frecuentemente, con música de «La Cucaracha». El otro aspecto más recordado son los «mensajes personales» emitidos desde el verano de 1941. Eran frases en clave, aparentemente inocuas o sin sentido, con las que se informaba a la resistencia sobre el lanzamiento de víveres o de armas, o se daban instrucciones para realizar o abortar operaciones de sabotaje. El sistema se diseñó para reducir el tráfico de radiocomunicaciones entre Francia y Londres, y para que a los agentes nazis o de Vichy les fuera más difícil detectar la presencia de la resistencia clandestina (Street y Matelski, 1997: 90). Estos mensajes se transmitieron por otros servicios extranjeros, pero se asocian sobre todo a Francia por la importancia que tuvieron en los días previos al desembarco de Normandía.

A las acciones abiertas de Gran Bretaña contra Alemania se añadieron pronto las emisiones encubiertas, que no pueden considerarse operaciones clandestinas, sino de propaganda negra. Sus fines se describían así en un documento de la época:

El fin de la guerra política negra contra Alemania es reducir a este país a un estado en el que ya no pueda combatir. El objetivo de nuestra propaganda subversiva es hacer creer que son alemanes los que se dirigen a alemanes aparentemente desde Alemania, al contrario de la propaganda de la BBC y de las octavillas de la RAF, en las que Gran Bretaña se dirige a Alemania desde fuera (Newcourt-Nowodorski, 2006: 104).

Entre las primeras, aparecidas en 1940, destacaron Das Wahre Deutschland (La Verdadera Alemania), a cargo de antiguos diputados derechistas del Reichstag, y Sender der Europaischen

Revolution (Radio de la Revolución Europea), dirigida por un grupo de marxistas alemanes. Si pensamos en esta emisora y en la Worker's Challenge que transmitía desde Alemania en la misma época, nos encontramos con una curiosa ironía: dos emisoras capitalistas defendían la revolución de los trabajadores en la tierra del enemigo, mientras la Unión Soviética permanecía en silencio. En cualquier caso, estas dos emisoras inglesas no intentaban influir en la población alemana que aún apoyaba de forma entusiasta a Hitler, sino animar a quienes ya lo rechazaban (Newcourt-Nowodorski, 2006: 116-118).

El punto de inflexión en las operaciones de propaganda negra se produjo con la creación del PWE y, sobre todo, con la aparición en escena de Sefton Delmer. Había nacido y estudiado en Berlín, por lo que tenía un perfecto conocimiento del idioma alemán. Fue corresponsal del *Daily Express* en Berlín entre 1928 y 1933, así que vivió en primera persona el ascenso del nazismo, conoció a muchos de sus líderes y aprendió su psicología.

La primera radio exitosa creada por Delmer fue la Gustav Siegfried Eins, que salió al aire el 23 de mayo de 1941. Emitía en onda corta con destino, sobre todo, a los militares. Aparecía como la voz de un oficial de la Wehrmacht, identificado como «Der chef», que se dirigía a sus compañeros. En palabras de Delmer, su objetivo era

propalar noticias inquietantes y perjudiciales entre los alemanes que los muevan a desconfiar de su Gobierno y a desobedecerlo, no tanto por nobles motivos políticos, sino por las normales debilidades humanas (por las que, sin embargo, estaremos encantados de proporcionar una noble excusa política).

La emisora no trataba de ganar alemanes para la causa aliada, sino de dividirlos para debilitar así su maquinaria de guerra. Utilizaba un discurso nacionalista, pero criticaba a los nazis que no servían a la patria, sino a sus propios bolsillos y estómagos: corrupción, sobornos, mercado negro, destinos cómodos lejos del frente... Así pretendía minar la confianza y el respeto del alemán común hacia sus dirigentes, y agudizar las divisiones entre el ejército y el partido, que aumentaron cuando las victorias iniciales empezaron a ser un recuerdo. Por otra parte, la emisora no se dirigía a un público general, sino a una audiencia presuntamente selecta y secreta, para que los oyentes se sintieran atraídos por el misterio de escuchar furtivamente las transmisiones de una organización militar clandestina (se daban de vez en cuando instrucciones codificadas hacia otras emisoras numeradas del dos al dieciocho, que nunca existieron). La intención de Delmer era que la gente actuase como él quería, pero sin incitarles a ello abiertamente. Por ejemplo, se denunciaba la corrupción, pero al mismo tiempo se explicaba con detalle cómo los corruptos se saltaban las normas sin apenas riesgos (Newcourt-Nowodorski, 2006: 118-123).

Para apoyarse en hechos auténticos y en la mentalidad de los oficiales alemanes, Delmer consiguió acceder a gran cantidad de información, desde cartas y diarios de los combatientes muertos hasta las grabaciones hechas a prisioneros de guerra. Algunas evidencias sugieren que tres de cada cuatro alemanes creyeron en un principio que Gustav Siegfried Eins emitía desde un transmisor móvil en Alemania. Pero su credibilidad fue bajando porque, cuanto más tiempo pasaba, más difícil era sostener la ficción de que seguía emitiendo sin ser detectada por las autoridades. Así que Delmer la silenció en octubre de 1943, simulando una captura por los nazis en directo (Soley y Nichols, 1987: 46-47).

Desde ocho meses antes, en concreto desde el 5 de febrero de 1943, emitía otra creación de Delmer: la Deutscher Kurzwellensender Atlantik (emisora de onda corta alemana atlántica).

Quería captar en especial a los miembros de la marina alemana y de los U-boats, donde los informes de inteligencia sugerían que había altos niveles de descontento. Además, socavar la moral de los submarinos enemigos era esencial para aliviar el bloqueo marítimo impuesto por Alemania a Gran Bretaña. Tenía dos novedades respecto a la Gustav Siegfried Eins. Por una parte, imitaba a las emisoras del ejército alemán destinadas al entretenimiento de los soldados en los territorios ocupados. Estas emisoras no estaban bajo la autoridad de Goebbels y podían permitirse ciertas licencias (por ejemplo, transmitir canciones censuradas en las demás radios). Por otra, a Delmer se le permitió hacer programas en directo —que hasta entonces se habían prohibido por razones logísticas y de seguridad—, lo que dio a las emisiones un estilo mucho más vivo. El jazz estadounidense, muchas veces regrabado por orquestas alemanas y con letras en alemán, era uno de los puntos fuertes de su programación, ya que era difícil oírlo incluso en las radios del ejército. Se transmitían también cotilleos sobre los marinos de los U-boats, noticias que alternaban los hechos verídicos con otros falsos pero plausibles, y programas que sutilmente invitaban al sabotaje. La emisora desarrolló una técnica que Estados Unidos utilizaría en la fase final de la guerra para Radio 1212, una de las pocas emisoras que pusieron en marcha con algún éxito (en el último apartado de este capítulo nos referimos a ella). Se trataba de proporcionar informes «de primera mano» sobre el daño de las bombas aliadas a las ciudades alemanas (Soley y Nichols, 1987: 47-48).

En octubre de 1943 se inició una nueva emisora con el nombre de Soldatensender Calais. Para ella, Delmer pudo disponer de «Aspidistra», un transmisor de onda media de seiscientos kilovatios, que el PWE importó de Estados Unidos, donde se le había considerado demasiado potente como para que le concedieran una licencia de emisión. «Aspidistra» era una especie de batería antiaérea, con su potencia podía ahogar cualquier señal enemiga e imponer la suya (Newcourt-Nowodorski, 2006: 136). Emitía la misma programación que la Atlantik. Pero al transmitir en onda media y no en onda corta, como hasta entonces, podía oírse en los receptores alemanes más baratos. Ambas emisoras supuestamente militares decían transmitir desde territorio del Reich, y su equipo estaba formado solo por alemanes, sin interferencia de los ingleses. Fueron hábiles en el arte del engaño, ya que en Estados Unidos y en la prensa de los países neutrales se las caracterizó como genuinas emisoras clandestinas. Y, lo más importante, también lo pensó al menos el cincuenta por ciento de los alemanes según algunas investigaciones (Soley y Nichols, 1987: 46 y 48-50). Un informe secreto de un regimiento alemán calificaba a la Soldatensender Calais de «gravemente peligrosa, pues las mentes incultas no la reconocen como enemiga» (Newcourt-Nowodorski, 2006: 294). En las últimas semanas de la guerra, las emisoras se convirtieron en radios tácticas, al servicio de objetivos concretos del Comando Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada, revelando así su auténtica procedencia.

En total hubo nueve emisoras secretas británicas hacia Alemania, pero ninguna obtuvo tanta resonancia como las tres que hemos citado. También las hubo con destino a Rumania, Bulgaria o Italia. De ellas, dos dieron que hablar en los últimos años de la guerra. Radio Livorno emitió poco tiempo, pero logró la rendición de la armada italiana. Fue en septiembre de 1943. Mussolini había sido destituido el 25 de julio por el Gran Consejo Fascista. Se había nombrado nuevo jefe de Gobierno al mariscal Pietro Badoglio, con la misión de negociar un armisticio con los aliados que ya habían desembarcado en Italia. En este ambiente, Radio Livorno simulaba ser una emisora de la resistencia que transmitía desde el camarote de un buque de guerra italiano.

Advertía a los demás oficiales de que estuvieran en guardia contra los alemanes que intentarían abordar y capturar los barcos. Luego aseguró que estaba negociando con los aliados «la “liberación” de la Armada Italiana de los alemanes». El 10 de septiembre ordenó a los buques que se reunieran en Malta. Y lo hicieron, y allí se rindieron al almirante Cunningham y al general Eisenhower. El locutor de la emisora creía que su voz y su expresividad habían logrado el milagro de que la flota italiana se rindiera de forma pacífica. Según se supo después, los oficiales navales italianos estaban acatando unas órdenes que sabían que procedían del Almirantazgo británico, no de ningún movimiento de resistencia. Así que la emisora fracasó en el engaño, pero consiguió su objetivo (Soley y Nichols, 1987: 32).

Tras su destitución, Mussolini fue detenido. Pero, en una operación espectacular, paracaidistas alemanes lo rescataron en septiembre y lo llevaron al norte, a una zona que la Wehrmacht había ocupado tras la rendición oficial de Italia para contener el avance aliado. Mussolini creó entonces la Repubblica Sociale Italiana con capital oficial en Roma y real en Saló. Era un Estado títere de los nazis sin autonomía. Goebbels puso a su disposición una emisora de onda corta que transmitía desde Múnich en dos frecuencias en períodos de media hora. Cada uno de ellos se dividía en tres fragmentos separados por música marcial o fascista. Esta estructura permitió a los británicos ensayar una nueva técnica de radio negra: la suplantación. Desde su propia frecuencia, al lado de la frecuencia real, retransmitían el primer y el tercer fragmento de la programación original de Múnich, pero sustituían el segundo con sus propios comentarios. Así, los simpatizantes del Duce que buscaran su emisora podrían fácilmente confundir la verdadera con la falsa. Se usó como locutores a dos prisioneros italianos que habían trabajado para la radio de ese país antes de la guerra. Durante su corta vida, la falsa radio de la república fascista de Saló informó de planes del Gobierno para devaluar la lira (lo que produjo un pánico monetario), y se insultó de forma intencionada al Papa Pío XII para que los fascistas se ganaran la antipatía de los italianos católicos. Los problemas que creó la falsificación fueron tan grandes, que se suspendieron las emisiones de onda corta desde Múnich (Soley y Nichols, 1987: 33).

Si la radio británica contribuyó mucho o poco a minar la moral de los nazis y sus aliados y a levantar la de los pueblos ocupados es tema de discusión. Pero la cronología indica que los mayores éxitos propagandísticos nazis coincidieron con sus éxitos militares y lo mismo en el caso de los aliados. Esto es lógico para el caso de la propaganda alemana, que siempre buscó efectos a plazo corto y, por tanto, dependía intensamente del éxito militar. «Era un arma de guerra que podía funcionar con eficacia solo cuando el público estuviera físicamente cautivado» (Hale, 1979: 28). En la eficiencia de la propaganda británica influyó, desde luego, la tardanza en su organización, pero la evolución de la guerra también ayudó. Tras las primeras derrotas de la Wehrmacht, cuando hubo perspectivas de un vuelco en el desarrollo de la lucha, y cuando empezaron los grandes bombardeos sobre las ciudades alemanas, tanto los soldados y civiles del Reich como los pueblos ocupados buscaron y encontraron unas emisoras que respondían a su estado de ánimo.

El servicio más recordado que la BBC prestó a la guerra se produjo el 5 de junio de 1944. Desde algunos días antes, por la emisión de la Francia Libre, se había transmitido el código de alerta: el primer verso, mal citado, del poema «Chanson d’automne», del poeta del siglo XIX Paul Verlaine. «Les sanglots longs des violons d’automne» (en vez de «de l’automne»). Significaba

que la invasión, el desembarco aliado, estaba próxima. Después de una gran ansiedad, el mensaje de confirmación llegó poco antes de las nueve y media de la noche del 5 de junio. Era el segundo verso, también mal citado, del mismo poema: «Bercent [por blessent] mon coeur d'une langueur monotone». El desembarco era inminente y la resistencia debía pasar a la acción en las áreas designadas para facilitar la tarea de las tropas que llegarían por el Canal de la Mancha. Entre los otros mensajes transmitidos, dos contenían instrucciones muy concretas: «Il fait chaud á Suez» («Hace calor en Suez») era la clave para los sabotajes ferroviarios; «Les dés sont jetés» («Se han lanzado los dados»), para los sabotajes eléctricos y telefónicos (Street y Matelski, 1997: 85 y 95). Con el desembarco de Normandía comenzó la última fase de la guerra. Era la apertura del segundo frente europeo que Stalin, en Moscú, había estado reclamando desde que su país fue agredido por Alemania el 22 de junio de 1941.

LA INTERVENCIÓN SOVIÉTICA

Alemania puso en marcha contra la URSS una operación de desestabilización a través de la radio mucho antes que contra cualquier otra gran potencia. Era lógico. Se trataba de luchar contra el bolchevismo, el enemigo por antonomasia, la bestia negra. Consistió en una emisora de propaganda negra que decía representar a una inexistente Liga de los Liberadores. Sus emisiones intermitentes, durante 1938, consistieron en ataques virulentos al régimen comunista. «Al pueblo entero se le ha conducido al hambre y a la miseria», clamaba el 30 de diciembre de aquel año. «¡Abajo Stalin y los jercas rojos!». El programa terminaba con «La Internacional». Los soviéticos interfirieron la emisora, aunque cabe suponer que su impacto fue mínimo, entre otras cosas dado el predominio por entonces de los receptores por cable (Soley y Nichols, 1987: 40).

De pronto, todo pareció volverse del revés. Stalin movió primero en el juego de tensiones a tres bandas que mantenían las democracias occidentales, Alemania y la URSS. Francia e Inglaterra lo habían dejado fuera en Múnich, en septiembre de 1938, con la esperanza de que Hitler dirigiera sus armas hacia el este. Pues bien, él les ganaría por la mano. El 23 de agosto de 1939 se firmó el pacto de no agresión nazi-soviético. Los viejos antagonistas se entendían. Se quitaban la máscara, dijeron las democracias occidentales. La Unión Soviética definió la lucha que estalló días después como una guerra rapazmente imperialista por un nuevo reparto del mundo en la que los proletarios de ambos bandos tenían el deber moral de no participar. Ya llegaría su momento, cuando los países capitalistas se hubieran desgastado entre ellos. Con aquel pacto, ambos dictadores ganaron: Hitler no debería preocuparse de su espalda cuando atacara en Occidente, y Stalin podría ganar tiempo para reconstruir su ejército (maltrecho con las recientes purgas de oficiales) y su economía. Pero la URSS no se limitó a esperar. El anexo secreto del pacto establecía un reparto de influencias en la Europa del Este que no solo supuso la partición de Polonia, sino que dejó a los soviéticos las manos libres en Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania.

Fueron dos años de colaboración (sincera por parte de Moscú, según algunos analistas) en distintos órdenes, entre ellos el de la propaganda, en la que ambos aliados se trataban con guante de seda. Y, de pronto, todo dio un nuevo vuelco cuando el 22 de junio de 1941 (con meses de retraso respecto a sus planes iniciales) Hitler puso en marcha la «Operación Barbarroja».

Entonces se reanudaron las emisiones de propaganda negra. La primera en salir al aire fue la emisora de la guardia vieja de Lenin, que transmitía una hora diaria y decía representar a los verdaderos revolucionarios comunistas a cuyos líderes había masacrado Stalin en los últimos años. También pusieron en marcha un programa complementario, de cuarenta minutos diarios, con un fuerte carácter anticomunista y nacionalista, llamado «Por Rusia». Se dirigía a sectores como los campesinos a los que se había forzado a entrar en las colectividades a comienzos de los años treinta (un discurso que se esperaba que tuviera aceptación sobre todo en Ucrania), o a las minorías soviéticas que se resistían a la rusificación, como las del Cáucaso (Soley y Nichols, 1987: 39-40).

De esta forma, los nazis trataban de atraer a todos los descontentos del régimen de Stalin, por la izquierda o por la derecha. Tras la invasión de la URSS, lograron la colaboración de elementos aislados y de minorías nacionales concretas, que los veían como liberadores. Pero no fue gracias a la radio. Y no solo por la escasez de aparatos a la que ya nos hemos referido, sino porque aquellas emisiones no eran la tribuna de ningún grupo organizado. Aun aceptando que dieran en el blanco al describir los sentimientos, lo cierto era que no había cómo encauzarlos.

Por eso, la respuesta de la Internacional Comunista fue mucho más eficaz. Comenzó a prepararse al día siguiente de la invasión, en una reunión a la que asistieron no solo los miembros de su Comité Ejecutivo, sino los colaboradores políticos. Desde la sutil interpretación estalinista de la historia, bastaba la entrada de la URSS en la contienda para que esta se transformase, de la noche a la mañana, en la guerra de todos los proletarios, de todos los pueblos, al haber sido atacada la «patria espiritual de los trabajadores del mundo, baluarte de la paz y del progreso», como repetía la propaganda soviética. Los dos años anteriores se convertían en una broma de mal gusto o en una pesadilla de la que los comunistas por fin despertaban.

En aquella reunión extraordinaria y urgente del 23 de junio de 1941, el secretario general de la Komintern, el búlgaro Georgi Dimitrov, planteó que se debía redefinir el papel de la organización en la nueva coyuntura. La función de coordinación entre los partidos comunistas — en teoría su actividad primordial— resultaba imposible por la guerra y la ocupación de tantos territorios. Pero los proletarios de todo el mundo debían contribuir —ahora sí— con todas sus fuerzas a la victoria sobre Hitler. Así que la opción más viable sería reforzar la labor de propaganda, y el medio más eficaz para hacerlo era la radio. Dimitrov propuso entonces crear diferentes emisoras dirigidas a países ocupados por los nazis o sometidos a Gobiernos colaboracionistas, en los que los comunistas eran clandestinos. Y también deberían serlo aquellas radios: emisiones impulsadas y coordinadas por la Komintern, pero que se presentarían como propias de cada país. Las elaborarían dirigentes comunistas que se hallasen en Moscú, pero no se presentarían como portavoces de esos partidos, sino de todos los que quisieran luchar por la libertad y la independencia de cada país. La Unión Soviética dio luz verde a esta propuesta el 6 de julio (Dimitrov, 2003: 170 y 174).

La Komintern trabajó contra reloj para preparar la infraestructura necesaria (salas de redacción, estudios, transmisores...). Dentro de la adaptación a las condiciones de guerra, distintos empleados que trabajaban en otros departamentos de la organización pasaron a ocuparse de la propaganda radiofónica. El 22 de julio de 1941, exactamente un mes después del comienzo de la invasión nazi de la Unión Soviética, salió al aire por primera vez el programa dirigido a España. Había nacido Radio España Independiente. Por las mismas fechas comenzaron a emitir

el Deutsche Volkssender (hacia Alemania), Radio Milano-Libertà (dirigida a Italia), Radio România Libera (para Rumania), Radio Finlandia Libre, Radio Hristo Botev (con destino a Bulgaria), Radio Tadeusz Kosciuszko (dirigida a Polonia), Radio Lajos Kossuth (para Hungría) o Radio Yugoslavia Libre.

Estos nombres reflejaban la intención de enmascarar la procedencia comunista de los programas, dándoles un carácter más patriótico acorde con los nuevos tiempos: Botev, Kosciuszko y Kossuth tenían en común el ser considerados héroes nacionales de sus países, al haber luchado por su independencia. Por la misma razón, los dirigentes comunistas que se hallaban en Moscú escribían comentarios para las emisoras clandestinas, pero bajo seudónimo, y nunca se ponían ante el micrófono.

Para coordinar las emisiones se nombró a Palmiro Togliatti, miembro de la dirección permanente de la Komintern y líder del comunismo italiano, quien leía también comentarios en Radio Moscú con el seudónimo de «Mario Correnti». Pero en los momentos cruciales era el propio Dimitrov quien, tras reunirse con los máximos responsables de información soviéticos, transmitía a los jefes de las diferentes redacciones los cambios que se iban produciendo en el desarrollo de la guerra y cómo deberían reflejarse en las líneas editoriales (Dimitrov, 2003: 206, 223-224, 228, 255-256). Había elementos comunes indudables. La Komintern defendería hasta el final de la guerra la estrategia de las uniones nacionales, una versión ampliada de los frentes populares de la década anterior, pues en ellas no solo se incluiría a comunistas, socialistas y otros partidos obreros y burgueses de izquierda, sino a cualquier tendencia política y a cualquier categoría social con tal de que ayudase a combatir a la tiranía fascista en todas sus formas. La lucha de clases o la dictadura del proletariado deberían aparcarse, por el momento, en aras de ese discurso nacional unitario y de un programa mínimo de objetivos (reconstrucción de los territorios, consolidación democrática, etc.). Se proporcionaban también textos para su emisión con instrucciones sobre cómo sabotear las fábricas de guerra, cómo descarrilar trenes, cómo imprimir hojas por medio de la arcilla o de la gelatina..., para activar y estructurar las guerrillas más o menos aisladas que pudieran existir.

Pero, a partir de este material y de estas indicaciones comunes, cada equipo desarrollaba las emisiones como mejor podía y sabía, en función de la capacidad de sus redactores y de la situación de cada país. Si en Radio Milano-Libertà se apelaba a Garibaldi y a Mazzini, en Radio España Independiente se rescataban los nombres de «El Empecinado» o de Daoiz y Belarde (Romitelli, 2012: 43, y Zaragoza Fernández, 2008: 53). Eran emisiones de orientación, de propaganda, mucho más que de información (las fuentes eran escasas porque las comunicaciones eran difíciles debido a la guerra y a la clandestinidad). El objetivo esencial era transmitir mensajes de cada Comité Central, análisis sobre el desarrollo de los acontecimientos, consejos básicos sobre cómo organizar la resistencia activa o pasiva, mensajes cifrados para los grupos clandestinos ficticios o reales del interior, textos cortos para ser impresos o pintados en las paredes, explicaciones genéricas sobre el sentido de la guerra, comentarios a los artículos de la prensa del país al que se dirigían o a los discursos de sus gobernantes..., y, solo cuando se podían obtener, noticias.

En general mantenían la ficción de que emitían desde dentro de los territorios para los que hablaban. Pero estaban en Moscú, en un Moscú bombardeado a diario por los nazis, con frecuentes cortes eléctricos y restricciones nocturnas que obligaban a trabajar a la luz de candiles

de aceite. Transmitían desde estudios instalados en sótanos, con el temor de que el sonido de las bombas —que ellos escuchaban— se colara por los micrófonos. La capital soviética llegó a estar a la vista de los blindados alemanes, así que al «Estado Mayor de la revolución mundial» (como se llamaba a la Komintern) se le evacuó, junto a todo el aparato del Gobierno soviético. Fue en octubre de 1941. El destino, Ufá, capital de la república autónoma de Bashkiria, al pie de los Urales, donde en invierno los termómetros podían descender a los cuarenta grados bajo cero. Lejos, cada vez más lejos de los oyentes.

Por eso, los comunistas implicados en esa tarea la aceptaron con disciplina, aunque no todos con igual convicción. Al austríaco Ernst Fischer se le encargaron las emisiones para Alemania. En sus memorias confesó que le parecía «absurdo» el planteamiento de trabajar como si el Deutsche Volkssender fuera una emisora ilegal enclavada en Alemania. Los comentarios en Radio Moscú, al menos, podían sonar más auténticos al no enmascarar la ubicación ni la fuente de la emisora. Pero la radio clandestina le parecía

tiempo y trabajo perdidos. Quizás no tuviese razón —añadió con cierto sarcasmo—; si bien no éramos oídos, aprendíamos, sin embargo, a convertir escuetas informaciones en productos pensados y cargados de fantasía, aprendíamos a argumentar polifacéticamente. Togliatti era un público atento y severo. «¡Demasiada agitación, muy pocos consejos organizativos!», criticaba a veces. Pero, ¿cómo íbamos a organizar desde Ufá el trabajo ilegal en Alemania? (Fischer, 1976: 466).

Allí permanecieron hasta abril de 1943, cuando retornaron a Moscú. La capital soviética estaba ya suficientemente segura, a más de cien kilómetros del frente. Tras meses de estabilizaciones, de ataques y retrocesos, la URSS se preparaba para afrontar la ofensiva final contra el Reich. Días después, *Pravda* publicó la noticia de que la Komintern se había disuelto. La explicación oficial fue que los partidos comunistas habían alcanzado la madurez necesaria para poder volar solos. Los más críticos dieron una explicación inversa: su sumisión a Moscú era tal, que el PCUS podía controlarlos directamente. Fue, en cualquier caso, una concesión hacia los aliados occidentales. En una reunión restringida del Comité Ejecutivo de la Komintern el 19 de mayo se acordó que algunas funciones de la organización (entre ellas las radios clandestinas) debían mantenerse «de una forma u otra». El 31 de mayo se decidió transferir la propiedad de los recursos necesarios para su funcionamiento a las delegaciones exteriores de los respectivos partidos comunistas.

Pero esta decisión no implicó la autonomía total de las diferentes redacciones, al contrario de lo que cabría suponer. El 12 de junio, en una reunión de los máximos dirigentes de la Unión Soviética encabezada por el propio Stalin, se aprobó la creación de un Departamento de Información Internacional (OMI, en sus siglas rusas), dentro del Comité Central del PCUS, que se encargaría, entre otras cosas, de dirigir las emisiones radiofónicas nacionales clandestinas. Así, mientras oficialmente existía una comisión encargada de liquidar la Komintern, en la práctica algunas de las funciones más importantes pasaba a asumirlas directamente el Partido Comunista soviético y Dimitrov se convertía en el subordinado de un subordinado de Stalin. Las radios trabajarían a partir de entonces bajo la cobertura del denominado Instituto Científico 205, dedicado oficialmente a la investigación radiofónica y rebautizado después como Instituto 100 (Dimitrov, 2003: 274, 277, 279-280 y 284).

A lo largo de 1944, las distintas emisoras fueron desapareciendo. Radio Milano-Libertà, por ejemplo, lo hizo ya en enero (Mussolini, como vimos, había sido derribado por los suyos en julio

del año anterior e Italia había firmado el armisticio en septiembre, aunque la situación estaba aún lejos de ser clara). Los países iban siendo liberados por los aliados. La imbatible Alemania se replegaba. Pronto se combatiría en su suelo. Con la presión del Ejército Rojo, los partidos comunistas se acabarían imponiendo en la Europa del Este. De los programas creados por la infraestructura de la Komintern en guerra solo sobreviviría, transformada en emisora autónoma con cada vez más horas de emisión, Radio España Independiente.

UN RELÁMPAGO EN VARSOVIA

Había dos emisoras que decían transmitir desde dentro de Polonia, aunque lo hacían desde Moscú y Londres. Una era la Tadeusz Kosciuszko, comunista, de la que ya hemos hablado. Otra se llamaba Swit (amanecer, en polaco) y estaba a cargo del PWE británico. Funcionaba desde el otoño de 1942. Se presentaba como la «emisora oficial del movimiento de resistencia polaco». Según una nota del PWE, fingía ser una radio móvil «situada en algún lugar cerca de Varsovia» que pretendía promover la resistencia contra la ocupación alemana, mantener la moral del pueblo polaco y disuadir de cualquier acción individual que dañara la resistencia y provocara las inútiles represalias nazis. Los textos los escribía la sección polaca del PWE, con los británicos como censores y guías. Para dar la impresión de que en efecto transmitía desde Polonia, se ideó un sistema de enlaces radiotelegráficos y telefónicos que permitía a la Swit entrar en polémica con un periódico vespertino publicado solo unas horas antes.

La emisora Kosciuszko apoyaba a los partisanos comunistas polacos. La Swit podía atacarlos, pero no a la URSS (que era un aliado británico). La Kosciuszko acusaba a la Swit de ser «una emisora de Hitler» (Newcourt-Nowodorski, 2006: 259-264). Estas diferencias eran señales de otras más profundas. Había dos concepciones sobre Polonia que emergieron cuando empezó a delinearse el posible futuro de Europa tras la guerra. Dos concepciones, dos intereses, que chocaron dramáticamente en agosto de 1944, cuando comenzó la acción clandestina más grande y heroica de la Segunda Guerra Mundial: el levantamiento de Varsovia.

Una ciudad, bajo la dirección del llamado Ejército Patriótico polaco, intentó liberarse por sí misma de la dominación nazi. Aquella insurrección tuvo su propia emisora: Radio Blyskawica (relámpago en polaco). Es una de las pocas emisoras propiamente clandestinas de la Segunda Guerra Mundial, porque esta sí transmitía desde el epicentro mismo de la insurrección. El nombre aludía a un destructor que justo antes de la guerra abandonó Polonia por orden de su Gobierno y desde entonces formó parte de la marina aliada.

El levantamiento no fue un acto improvisado, ni mucho menos. Polonia no se resignó a su suerte en septiembre de 1939. La nación, en un punto geoestratégico de primer orden, había sido víctima secular de sus grandes potencias vecinas. Tres particiones a finales del siglo XVIII la habían reducido a la nada. Recuperada su unidad e independencia tras la Primera Guerra Mundial, muchos polacos no estaban dispuestos a que su país dejara de nuevo de existir a manos del pacto secreto firmado entre Alemania y la URSS. Aun antes de la capitulación oficial, se empezaron a construir las estructuras de un auténtico Estado clandestino. Una de las primeras fue la Oficina de Información y Propaganda. También se creó una organización militar que desde febrero de 1942 recibió el nombre de Ejército Patriótico. Era una rama de las fuerzas militares

polacas destinada a combatir al enemigo mediante métodos clandestinos propios de un país ocupado, subordinada legalmente al Gobierno polaco que se hallaba exiliado en Londres. Fue el mayor movimiento de resistencia en toda Europa, aunque no corrió la misma fortuna que los de Francia, Italia o Yugoslavia.

El transmisor de Radio Blyskavica estaba listo en 1943. Lo construyó Anthony Zebik, un joven radiotelegrafista del ejército polaco que en septiembre de 1939 recibió la orden de volar el equipo instalado en la oficina de correos de su ciudad, Czestochowa, para que no cayera en manos alemanas. En lugar de ello, Zebik decidió quitarle al equipo los elementos más importantes para la transmisión y guardarlos en su casa. En la primavera de 1943, ya como integrante del Ejército Patriótico, se le encargó construir una radio clandestina. Las primeras pruebas se realizaron con éxito a finales de agosto. Solo faltaba trasladar el transmisor a Varsovia en el momento oportuno¹⁹.

Ese momento pareció llegar en el verano de 1944. Todavía los alemanes podían ser brutales hasta el extremo, pero empezaban a flaquear. El 6 de junio, los aliados occidentales desembarcaron en Normandía, y el Ejército Rojo avanzaba imparable desde el este. Desde junio, Radio Tadeusz Kosciuszko animaba casi cada día a la sublevación general de la población.

¡Pueblo de la capital! ¡A las armas! —clamaba el 30 de julio—. ¡Golpead a los alemanes! Obstruid sus planes de volar los edificios públicos. Ayudad al Ejército Rojo a cruzar el Vístula. Enviadle información. Mostradle el camino. Que el millón de habitantes de Varsovia se convierta en un millón de soldados que expulsen a los invasores alemanes y conquisten la libertad (Davies, 2005: 214-215).

Con un ejército organizado, una amplia red de apoyos civiles asegurada y unas tropas «amigas» cada vez más cerca, la resistencia polaca creyó llegado el momento de pasar a la acción a gran escala.

El levantamiento comenzó a las cinco de la tarde del 1 de agosto. Pero Radio Blyskavica no pudo empezar a emitir de inmediato. Bajo la ocupación alemana no fue fácil reunir en un solo lugar los equipos necesarios que en los meses anteriores se habían ido almacenando en distintos escondites diseminados por la ciudad. Además, algunos componentes estaban en mal estado debido a la humedad y hubo que repararlos o sustituirlos. Así que el primer relámpago no se oyó hasta el día 8 de agosto.

El espíritu de Varsovia es maravilloso. Grandes son las mujeres de Varsovia. Están por todas partes, en primera línea junto a los soldados o como enfermeras o mensajeras. Incluso los niños están animados de este maravilloso espíritu de fortaleza. Un saludo a todas las personas amantes de la libertad en el mundo, a los soldados polacos que luchan en Italia y Francia, a los aviadores y marineros polacos²⁰.

Para identificar la emisora se eligió «La Varsoviana», una canción compuesta en 1831 y uno de los símbolos musicales de la independencia de Polonia. Los programas incluían informes de los combates en Varsovia, llamadas de ayuda, comunicados del ejército interior o canciones y poemas patrióticos. Aun en medio de la batalla, también había espacio para que sonara Chopin. Los realizaban algunos exempleados de la radio polaca y miembros de la Oficina de Información y Propaganda de la resistencia.

Los alemanes trataron constantemente de localizar la emisora, que cambió cuatro veces de emplazamiento a medida que se desarrollaban los combates: comenzó en el edificio de una caja de ahorros, y después se desplazó a una cafetería, a la antigua embajada soviética y a una

biblioteca pública. En una ocasión, un proyectil de tonelada y media cayó en el edificio donde estaba el transmisor. Atravesó seis plantas y aterrizó en el sótano sin explotar²¹.

El objetivo de Radio Blyskavica era no solo sostener la moral de la capital y mostrar la unión entre civiles y soldados, sino informar al mundo de lo que ocurría. Se debía dejar bien claro que los insurrectos de Varsovia no eran bandas de criminales, como exclamaba la propaganda alemana, sino los integrantes de un verdadero ejército. Por eso había también emisiones en inglés. Su señal llegó a captarse en Nueva York. Estaban a cargo del británico John Ward (un aviador de la RAF que tras una serie de peripecias novelescas se había incorporado a la resistencia) y el polaco Jan Nowak (al que veremos reaparecer brevemente en el capítulo 5). Había también un programa subversivo dirigido a los soldados de la Wehrmacht. Y se realizaron transmisiones esporádicas en francés. La más famosa de ellas, el 24 de agosto, felicitaba a París por haberse liberado de la opresión nazi.

¡Camaradas de armas! En esta ocasión, cuando París, la capital de la Libertad y el corazón de la civilización europea, se ha liberado de sus cadenas [...] nosotros, los soldados del Ejército Patriótico polaco, que llevamos luchando en Varsovia ya tres semanas, os enviamos nuestras felicitaciones más sinceras.

El mensaje lo leyó el más inesperado de los locutores: un contrabandista de diamantes belga que había quedado atrapado en Varsovia en el momento del levantamiento. Según todos los informes, leyó aquellas líneas con una pasión digna de un actor profesional (Davies, 2005: 378).

Los insurrectos llegaron a controlar la mitad de los distritos de Varsovia, pero había más combatientes que armas y los nazis estaban mejor equipados. La lucha de Varsovia no podía sostenerse sin la ayuda exterior. Y, de nuevo, como había ocurrido tantas veces (la última en 1939), la geopolítica jugaría en su contra. Stalin tenía sus propios planes respecto a Polonia. Al Gobierno exiliado en Londres, que era la única autoridad reconocida de la resistencia, opuso el Comité Polaco de Liberación Nacional, creado en julio de 1944. El conocido como Comité de Lublin (porque se trasladó a esa ciudad precisamente el 1 de agosto) era un Gobierno títere que llegaba a lomos de un ejército liberador/conquistador. El líder de la URSS quería conservar parte del territorio polaco tras la guerra y que el resto del país estuviera bajo su órbita. Así que no le interesaba la Polonia independiente y nacionalista que representaba el Ejército Patriótico. De hecho, algunas de sus unidades fueron desarmadas y sus oficiales detenidos por las tropas soviéticas en la segunda quincena de julio, a medida que avanzaban por el territorio polaco.

La emisora Kosciuszko se mostró entusiasmada con el levantamiento en los primeros días. «El Ejército Popular se ha levantado en armas en Varsovia. Sangre alemana corre por las calles [...]. La guarnición alemana se ve amenazada desde el frente y desde la retaguardia» (Davies, 2005: 336). Pero pronto la propaganda emanada de Moscú cambió el tono. Un comunicado autorizado difundido por la agencia TASS el 13 de agosto aclaró las cosas:

La prensa y la radio del gobierno en el exilio polaco han dado a entender que los insurgentes estaban en contacto con el mando soviético y que este les ha negado una ayuda adecuada [...]. TASS cuenta con información de que los polacos de Londres no hicieron ningún intento de informar al mando soviético de sus intenciones a tiempo para coordinar sus acciones en Varsovia. En consecuencia, toda la responsabilidad por los acontecimientos de Varsovia caerá exclusivamente sobre los círculos de emigrados polacos en Londres (Davies, 2005: 395-396).

Stalin señalaba a la dirección política del exilio en Londres y a los jefes militares del Ejército Patriótico en Varsovia como unos insensatos, cuando no una «banda de criminales», que se

habían lanzado a una loca aventura prematura y suicida. Llegó incluso a difundirse la idea de que los comandantes del Ejército Patriótico estaban traicionando la sublevación y se disponían a entenderse con los alemanes. Para sembrar aún más confusión en este aspecto, los nazis pusieron en marcha una operación de propaganda negra, que incluía emisiones falsas de Radio Blyskavica en sus mismas frecuencias. En ellas venía a decirse que, si los nazis eran malos, los bolcheviques serían mucho peores, y se afirmaba que el mayor error del Ejército Patriótico era haber confiado en la URSS (Davies, 2005: 522).

La ayuda no llegaría, pues, de los soviéticos, que se quedaron a las puertas de Varsovia observando cómo los nazis aplastaban la insurrección. Para enviar ayuda aérea, Gran Bretaña y Estados Unidos necesitaban la autorización soviética si querían evitar mayores complicaciones (una autorización que se les negó). Aun así, Churchill era partidario de forzar las cosas para hacer honor a sus compromisos con el Gobierno exiliado en Londres. Quería recordar a Stalin, por ejemplo, que Radio Moscú y la emisora Kosciuszko habían animado a los varsovianos a rebelarse. Pero Roosevelt no quería enemistarse con Stalin, que hasta la apertura del segundo frente había llevado el peso de la guerra en Europa. La consecuencia fue que los supuestos aliados de Polonia la dejaron sola y que cada día que continuaban los combates hacía más embarazosa su inhibición.

La lucha de pistolas y granadas caseras polacas frente a tanques y bombarderos alemanes se prolongó más allá de lo imaginable, calle por calle y casa por casa, día y noche. Poco a poco se reducía la porción de la ciudad en poder de la resistencia. El hambre y las enfermedades hacían estragos. La gente se hacinaba en las alcantarillas buscando un lugar seguro. Radio Blyskavica hablaba ya sobre todo de los terribles sufrimientos de la población, de la bestialidad alemana y de la devastación de la ciudad.

Perdida toda esperanza, tras sesenta y tres días de lucha, el Ejército Patriótico se rindió el 2 de octubre. Habían muerto unas doscientas mil personas. El día 3, el Consejo de Ministros clandestino hizo pública su declaración final.

No hemos recibido apoyo eficaz [...]. Nuestra sublevación concluye cuando nuestro ejército en el extranjero está contribuyendo a liberar Francia, Bélgica y Holanda. No vamos a emitir un juicio sobre esta tragedia, pero que el dios de la justicia pronuncie su veredicto sobre la injusticia terrible que ha caído sobre la nación polaca y castigue a los culpables.

Radio Blyskavica siguió trabajando hasta el 4 de octubre. Ese día emitió su último mensaje, de diez minutos. «Seguimos siendo soldados y ciudadanos de la Polonia independiente y creemos en la victoria final de nuestra justa causa, como creemos en nuestro amado país». Después se destruyó el transmisor a golpes de almádena (Davies, 2005: 528).

Los nazis habían vencido a corto plazo y la URSS a medio y largo. Es significativo que en noviembre de 1944 se clausurara la emisora Swit, que ya durante el levantamiento había dejado de salir al aire muchos días cuando la situación no estaba muy clara y sus responsables no sabían muy bien cómo responder a los acontecimientos (Newcourt-Nowodorski, 2006: 264). En el futuro solo contaría el Comité de Lublin, mientras las relaciones entre el Gobierno exiliado en Londres y Gran Bretaña se enfriaban día a día. En Polonia no hubo un monumento oficial a la resistencia hasta que cayó el comunismo. Pero la memoria del levantamiento siguió viva como símbolo de un país independiente.

LA RADIO DE LOS HOMBRES LOBO

En septiembre de 1944, los aliados llegaron a la frontera alemana en el frente occidental. En octubre lo hicieron los soviéticos en el este. El 21 de ese mes se conquistó Aquisgrán, la primera ciudad de importancia en el territorio del III Reich. Por primera vez desde que estalló la guerra se combatía en Alemania. Era la última fase de la contienda global.

Fue solo entonces, en aquellos últimos meses del conflicto en los que las tropas aliadas pisaban el suelo del Reich mientras desde el aire llovía fuego sobre las ciudades alemanas; en aquellos meses en los que Hitler planeaba operaciones de contención desesperadas mientras aún confiaba en el milagro del arma secreta que revirtiera la situación; en aquellos meses en los que se llamaba a los últimos reemplazos de las Juventudes Hitlerianas a una defensa numantina de las principales ciudades, y en los que el Führer decretaba una política de destrucción total para que los cobardes que no habían sabido defender a su patria no pudieran vivir en ella (una orden que por fortuna no se cumplió); en aquellos meses en los que la población alemana atisbaba con horror cómo avanzaban con espíritu de venganza aquellos eslavos «subhumanos» a los que se había querido esclavizar; en aquellos meses en los que algunos jefes nazis abogaban por resistir hasta el último hombre mientras otros agitaban el peligro bolchevique para negociar una paz por separado con los occidentales... Fue entonces, solo entonces, cuando surgieron planes para crear en Alemania un movimiento clandestino.

Fue el llamado movimiento Werewolf²², cuyo nacimiento puede fecharse el 19 de noviembre de 1944, cuando Hans Adolf Prützmann fue nombrado coordinador de sus operaciones a nivel nacional. Dependía del Reichführer-SS, Heinrich Himmler. Sus raíces se encontraban en la mística nacionalista alemana. El nombre se extrajo de una novela de Hermann Löns publicada en 1914, que estuvo entre las más leídas por los nazis. El libro, llamado *Wehrwolf*, se basaba en una semimítica guerrilla campesina que había actuado durante la guerra de los Treinta Años en el siglo XVII.

La concepción que los jefes nazis querían dar a su movimiento guerrillero era más moderna. Se trataba, curiosamente, de aprovechar en su propio beneficio las experiencias que habían sufrido en los países ocupados. Casos como el de Francia y aún de forma más clara el de Yugoslavia mostraban que en una población aparentemente derrotada podía germinar un movimiento de resistencia y crecer hasta convertirse en una insurrección abierta. ¿Por qué no podía ocurrir lo mismo en Alemania, y con más motivos? Había que impedir a toda costa una segunda humillación, un segundo Versalles. No se trataba ya de luchar por el régimen nacionalsocialista, sino por la independencia de la patria frente al dominio extranjero. La idea era formar unidades guerrilleras que actuarían en las zonas ya controladas por los aliados para crear inestabilidad social y devastación económica, obligarles a distraer tropas de los frentes y ralentizar así su avance, levantar la moral de los alemanes patriotas e infundir el miedo o el desánimo en los enemigos, y permitir a Alemania ganar tiempo hasta conseguir una paz «aceptable» o hasta que se produjera la «inevitable» ruptura entre los aliados occidentales y la URSS.

En ese plan era fundamental, desde luego, contar con las personas adecuadas para realizar las acciones paramilitares, pero también sería crucial la propaganda como vehículo movilizador. No en vano, el ministro Joseph Goebbels fue uno de los defensores más entusiastas del movimiento

Werewolf. Y, también como resultado lógico de las experiencias anteriores, dentro de esa propaganda la radio debería tener el papel principal. Una radio propia del movimiento, con sus propias instalaciones, que si fuera necesario podría ser desautorizada por el Gobierno alemán, ya que se suponía que era una voz independiente que operaba tras las líneas enemigas.

La iniciativa fue ineficaz porque llegó tarde, porque estuvo mal planteada, porque los objetivos y el discurso nunca estuvieron del todo claros, porque el encargado de coordinar las operaciones a nivel nacional no era tal vez el hombre más apropiado, y porque hubo interferencias y omisiones en los distintos departamentos y niveles de la maquinaria nazi implicados en su realización. Pero alarmó a los servicios de inteligencia aliados cuando la conocieron, porque no sabían hasta qué punto la gente estaría dispuesta a participar en ella (el respaldo entusiasta de tantos no podía haberse evaporado tan pronto).

Pese a Stalingrado, pese a Normandía, pese a los reveses que acumulaban las antes imbatibles tropas alemanas, la derrota ni siquiera se planteó como hipótesis hasta el otoño de 1944. Una estructura clandestina no se improvisa. El entrenamiento en tácticas guerrilleras no es igual que el militar convencional. Pero los nazis no tenían ni tiempo ni personas para formar esas unidades. No se podían obtener del frente, pues bastante tenía el ejército con tratar de taponar las vías de agua que se le abrían en las zonas de combate, y tampoco se podía esperar mucho de una población civil exhausta que a esas alturas solo deseaba la paz. Y muchos oficiales que deberían haber sido sus instructores no estaban muy dispuestos a participar en esa aventura. El movimiento Werewolf no alcanzó su máximo despliegue (y no fue muy espectacular) hasta abril de 1945, cuando la guerra estaba casi perdida.

Radio Werewolf debería haber contribuido a popularizar el movimiento, pero no lo hizo. Empezó a emitir desde unas dependencias fuera de Berlín el 1 de abril de 1945, cuando la propia concepción de las guerrillas estaba empezando a cambiar: ante una derrota inevitable e inminente, no se trataba ya de contener el avance aliado, sino de crear estructuras que sobrevivieran al régimen nazi. Así las cosas, ante la extrema dificultad de organizar alguna coordinación estable y eficiente, Radio Werewolf insistía en que cada persona estaba sola a la hora de elegir cómo acosar a las fuerzas enemigas. «Cada individuo es su propio juez y el único responsable de sus propios actos», se afirmaba (Biddiscombe, 2008: 28).

La emisora contrastaba abiertamente con las radios oficiales del Reich. Mientras estas tenían una orientación popular, la de Radio Werewolf era claramente elitista. «El movimiento Werewolf —decía una emisión del 7 de abril— representa a una minoría. Solo lo mejor de nuestro pueblo pertenece a él. Vale mucho más la pena y promete mucho más luchar con cien hombres y mujeres decididos, que contar con mil miembros [nominales]» (Biddiscombe, 2008: 55). En ocasiones señalaba a los ocupantes como objetivos: «Tan solo con la lucha continuada podemos demostrarle al enemigo que su intento de tenernos dominados durante años con un ejército de ocupación no tiene ningún sentido. Con la lucha continuada conseguiremos que para las tropas de ocupación enemigas la vida sea un infierno» (Biddiscombe, 2008: 29). En otras se ponía el foco en los alemanes colaboracionistas como merecedores de los mayores castigos y represalias: «El odio es nuestra plegaria y la venganza nuestro grito de guerra. Maldición al extranjero que tortura y oprime a nuestro pueblo, pero tres veces maldición a los traidores de nuestro propio pueblo que los ayudan» (Biddiscombe, 2008: 49). La radio iba incluso más allá, acusando de cobardía a ciertos dirigentes locales del partido nazi que abandonaban las zonas de

peligro. «Por muy grandes que sean las dificultades de transporte, ellos siempre consiguen un par de ruedas para trasladar sus maletas», se afirmó el 16 de abril (Biddiscombe, 2008: 56).

Radio Werewolf informaba de las atrocidades de los aliados para excitar el rencor y el afán de resistencia alemanes. También aireaba las acciones heroicas y exitosas (muchas de ellas ficticias o exageradas) de los werewolves para que sirvieran de ejemplo. Goebbels fue el primero en reconocer, aunque en privado, que Radio Werewolf no emitía realmente noticias, sino las noticias como deberían ser (Hurley, 2013: 17). Así, el 4 de abril la emisora propuso que los oyentes «pusieran barreras y tendieran trampas en las carreteras, quitaran las señales con los nombres de los lugares y con indicaciones viarias, o las cambiaran, y retiraran las indicaciones de campos minados». Al día siguiente se transmitió la historia, probablemente apócrifa, de unos werewolves que habían retirado las señales de un cruce de carreteras cerca de Giessen y, cuando unos soldados norteamericanos les pidieron ayuda para orientarse, les dirigieron hacia un campo sembrado de minas por los propios guerrilleros (Biddiscombe, 2008: 103). Se animaba al asesinato, pero también a crear el caos económico para hacer la vida imposible a los ocupantes.

El combatiente Werewolf detecta la ubicación de los arsenales, depósitos de gasolina, despensas de alimentos y otros materiales del enemigo. Siempre que surge una oportunidad (y tales oportunidades deben propiciarse por cualquier método posible) han de destruirse los depósitos y almacenes enemigos (Biddiscombe, 2008: 101).

Pero la radio no pudo hacer popular una causa que ya no lo era. A esas alturas infundía más inquietud que esperanza la promesa de que no habría paz ni orden hasta que el último ocupante abandonase Alemania. Además, paradójicamente, la propaganda nazi había predispuesto a la población contra la guerra de guerrillas al presentar durante años a los partisanos como criminales. En aquellos días de sálvese quien pueda, algunos miembros prominentes del régimen nazi consideraron ridículas las emisiones de Radio Werewolf, cuando no contraproducentes. El propio Hans Adolf Prützmann las veía como una intromisión de Goebbels en el funcionamiento de su organización. En una conversación con el gauliter de Hamburgo Karl Kaufmann, Prützmann admitió que la actividad de la emisora era «equivocada, peligrosa y estúpida, y que a causa de esto había graves disensiones entre él y el ministro de Propaganda». Según Prützmann, la campaña de propaganda en su conjunto proyectaba una mala luz sobre el Werewolf y avergonzaba al movimiento (Hurley, 2013: 17).

También hacía tiempo que habían decaído los radios del Büro Concordia, las operaciones de propaganda negra que ya no significaban nada a punto de terminar la guerra. La NBBS emitió hasta finales de marzo. El 7 de abril, Goebbels dio órdenes de mantener «fuera de las manos aliadas» a William Joyce, el británico que tan importante había sido en la propaganda blanca y negra nazi hacia su país. Joyce consiguió evitar su captura durante unas semanas, pero finalmente fue detenido, transferido a Gran Bretaña, y allí juzgado, condenado y ahorcado por traición a comienzos de 1946. El Büro Concordia fue desplazándose para huir de los aliados hasta que, cuando era imposible seguir escapando, su director quemó los papeles y las grabaciones de las que disponía (Soley y Nichols, 1987: 42).

Las que sí resultaban eficaces eran las últimas radios tácticas de los aliados. La mejor conocida de esta época final de la guerra fue Radio 1212, una de las pocas emisoras de este tipo puestas en marcha por Estados Unidos, aunque con métodos aprendidos directamente de Gran Bretaña. Aseguraba emitir desde Alemania, manejada por habitantes leales de la zona del Rhin.

En realidad transmitía desde Luxemburgo. Su personal se dividía en dos grupos: profesionales de radio y especialistas en inteligencia. Se oía entre las dos y las seis y media de la madrugada. En teoría, buscaba promover la causa de la guerra alemana, y al tiempo ofrecer noticias que no estaban disponibles en las emisoras oficiales del Reich. En la práctica era una operación de guerra psicológica para desmoralizar a las tropas y sembrar la desconfianza en sus jefes, de modo que no hubiera obstáculos en los últimos avances.

Especialmente brillante fue su labor al relatar los informes sobre las incursiones aéreas aliadas en las ciudades alemanas, que los mandos nazis querían mantener en secreto para evitar el derrotismo. Se preparaban usando una técnica desarrollada por los británicos: fotos aéreas de reconocimiento de las ciudades bombardeadas se cotejaban con callejeros para determinar dónde se habían infligido los daños; después, los directorios telefónicos, los recortes de periódicos o las cartas y libretas de los prisioneros de guerra servían para averiguar qué personas con nombres, apellidos y ocupaciones vivían en esas calles. Con todo ese material se elaboraban informes «de primera mano», con «testigos oculares» de los destrozos que a los soldados de esas ciudades les podrían resultar familiares. El silencio oficial alemán trabajaba a favor de Radio 1212, porque los informes de los bombardeos se podían preparar y transmitir varios días después de que ocurrieran, pero era fundamental que fueran precisos para garantizar la credibilidad de la emisora.

Los domingos por la noche se transmitían los resultados de los partidos de fútbol. Esta era una exclusiva de Radio 1212 porque la radio alemana no los daba hasta que se publicaban los periódicos del lunes. Una de las emisiones finales de Radio 1212 se usó para desviar una caravana de camiones del ejército alemán tras las líneas aliadas. Los estadounidenses la capturaron sin tener que verse envueltos en una gran batalla (Soley y Nichols, 1987: 42-45).

El 23 de abril de 1945, las tropas soviéticas localizaron y tomaron las instalaciones de Radio Werewolf en su avance hacia Berlín. El 1 de mayo, la radio oficial del Reich anunció la muerte de Hitler y leyó su último mensaje a los alemanes. En él designaba al almirante Karl Doenitz como su sucesor. Para entonces, los principales líderes nazis estaban muertos, habían caído en desgracia o trataban de esconderse. Fue Doenitz, pues, quien asumió la tarea de liquidar la etapa más siniestra de la historia de su país. En la madrugada del 6 de mayo, una nota de Doenitz transmitida por la radio ordenó que cesase «cualquier actividad guerrillera clandestina» en los territorios occidentales ocupados por el enemigo. Fue el fin oficial del movimiento Werewolf.

No obstante, si todo el entusiasmo de la población de los años anteriores hacia Hitler y los suyos no fue sincero, tampoco lo fue toda la desnazificación de los meses que siguieron al fin de la guerra. Hubo personas que no se resignaron a la derrota y que continuaron resistiéndose por su cuenta a la ocupación. Por ejemplo, en julio de 1945, un informe de inteligencia estadounidense advertía de que una emisora Werewolf todavía operaba en las cercanías de Arlberg e Innstruck, en Austria (Hurley, 2013: 22). Una radio artesanal, creada por un simpatizante nazi técnico en telecomunicaciones o simplemente aficionado a la radio. Una radio personal, con un transmisor y un micrófono, como tantas que se oyeron en los primeros años de este género. Esas unidades Werewolf dispersas y descoordinadas que sobrevivieron tras la guerra fueron eliminadas gracias a una agresiva campaña de contrainsurgencia de los ocupantes, que duró hasta bien entrado 1946.

En septiembre de 1945 se rindió Japón. La guerra global terminaba, pero la paz estaba lejos. Otros problemas, algunos nuevos y algunos heredados de épocas pasadas, reclamarían la

atención del mundo a partir de entonces y provocarían el surgimiento de multitud de radios clandestinas.

18 Eric Hobsbawm, en su *Historia del siglo XX*, por ejemplo, agrupa esos treinta y un años en «la era de las catástrofes».

19 Datos extraídos de www.mojeopinie.pl.

20 Datos extraídos de www.polskieradio.pl.

21 Datos extraídos de www.polskieradio.pl.

22 Algunas fuentes lo mencionan como Werwolf.

CAPÍTULO 4

Contra Franco y Salazar

Resabios autoritarios en un entorno democrático. Reductos de no libertad en el «mundo libre por obra y gracia de la geopolítica. Residuos de la Segunda Guerra Mundial reciclados por la Guerra Fría. Las dictaduras de Franco en España y de Salazar en Portugal fueron —junto a la de los coroneles en Grecia, durante unos años— la excepción a la regla en Europa Occidental. Respecto al Eje habían sido simpatizantes, pero no militantes. Su neutralidad durante la guerra fue sospechosa —mucho más la española—, pero pudieron exhibirla al volverse las tornas. Repintaron a tiempo sus fachadas para disimular su pasado, y los gobiernos que tenían algo que decir prefirieron olvidar o mirar para otro lado. El anticomunismo pasaba a contar más que el profascismo. La misma historia que se repetiría desde entonces tantas veces en Asia, África y América.

Esta caracterización es solo válida si nos quedamos en la superficie. Las dos dictaduras se beneficiaron de un contexto internacional favorable y mantuvieron unas relaciones estrechas durante toda su existencia, pero entre ambas hubo diferencias notables. La personalidad del militar Franco tenía poco que ver con la del profesor de derecho administrativo Salazar. La represión en España fue más dura que en Portugal en términos cualitativos y cuantitativos. El «Estado novo» portugués llegó tras un golpe militar, pero mantuvo la apariencia formal en muchos aspectos de las instituciones de la república anterior; la «nueva España» se impuso a sangre y fuego en una guerra civil y mantuvo siempre la dialéctica de vencedores y vencidos. Además, en España se dio una concentración del poder personal en manos de Franco, que retuvo junto a la Jefatura del Estado la Presidencia del Gobierno hasta dos años antes de su muerte; Salazar, en cambio, ni siquiera fue presidente de la república (para cubrir ese cargo había elecciones periódicas con un pluralismo restringido), sino que mantuvo siempre el cargo de primer ministro (no necesitaba «potestas», porque se le reconocía «auctoritas»). El franquismo se apoyaba en una coalición conservadora (las «familias políticas») en la que Franco era el árbitro y que utilizaba con el objetivo prioritario de mantenerse en el poder, más que de institucionalizar la dictadura; Salazar dotó a su régimen de un corpus ideológico mucho más preciso (conservador, católico, corporativista, nacionalista, autoritario y, por lo tanto, antiliberal y antiparlamentario, además de anticomunista, por supuesto).

Estas diferencias no salvan a Salazar, desde luego. Su régimen reprimió las libertades básicas y en él hubo presos políticos, policía secreta, censura de prensa..., como en España. Además, mientras nuestro país perdió sus colonias africanas casi sin resistencia, Portugal se empeñó en mantenerlas a toda costa a través de una larga guerra que a la postre sería un factor decisivo para el fin del salazarismo.

La cooperación entre las dos dictaduras ibéricas fue más estrecha que entre las oposiciones a ellas, más allá de las teóricas solidaridades internacionales. En cualquier caso, la historia, la movilización política, el desarrollo económico o la configuración social eran distintos en uno y

otro país. Por eso, en Portugal las radios clandestinas aparecieron veinte años después que en España, pese a que su dictadura era más antigua.

RADIO ESPAÑA INDEPENDIENTE: LA DECANA

Es posible que en el recuerdo colectivo del país Radio España Independiente haya quedado y así siga, como un grito antifranquista, exagerado tal vez, triunfalista casi siempre, panfletario sin duda, pero que durante muchos años fue para los vencidos una voz de esperanza, una voz que decía que todo no se había perdido y que, con lucha y sacrificio, podía encontrarse una salida. Fue, en definitiva, un grito de resistencia (Bassets [ed.], 1981: 118).

Estas palabras de Marcel Plans —que fuera uno de sus redactores— resumen la importancia y el significado de una emisora que, por lo demás, sigue siendo hoy la decana de las clandestinas. Nadie le ha arrebatado el récord de treinta y seis años de emisiones regulares (salvo circunstancias excepcionales que obligaron a interrumpirlas siempre por poco tiempo). Treinta y seis años que dieron para mucho esfuerzo, no pocas esperanzas, algunos episodios oscuros y unas cuantas enormes proezas.

Radio España Independiente Estación Pirenaica (o «Radio Pirenaica», o «La Pirenaica», o «La Pire», como se la conocía popularmente) fue la voz más destacada —la única, con sus características— de la oposición antifranquista. Además, la dirigía el Partido Comunista de España, la fuerza con diferencia más activa en la lucha contra la dictadura, y cuyos postulados definían por aproximación o por negación a las demás fuerzas del antifranquismo. Ni los socialistas, ni los republicanos, ni los anarquistas, ni los comunistas disidentes pudieron, supieron o quisieron disponer de plataformas similares desde las cuales explicar su visión de la realidad y lanzar sus consignas. Por eso, «Radio Pirenaica» se convirtió en el órgano de información y propaganda más importante no solo del PCE, sino de la resistencia al régimen de Franco.

Por si no bastaran estas características que la hacen única tanto en el terreno de la comunicación clandestina mundial como en el de la lucha política antifranquista, Radio España Independiente es además una de las emisoras mejor estudiadas. Tras su regreso a España, los trabajadores de «La Pirenaica» siguieron manteniendo viva su memoria y desvelaron muchos de sus secretos. Pero aún más importante es que el Archivo Histórico del PCE conserva los guiones de todas las emisiones desde el 1 de enero de 1951 hasta el final, además de miles de cartas y otros materiales complementarios de valor incalculable que han permitido ir desbrozando a la emisora de los mitos y silencios que la rodearon durante toda su existencia²³.

«La Pirenaica» nunca estuvo en los Pirineos, ni en Praga, donde también se la situó con frecuencia. La emisora nació en Moscú, como vimos en el capítulo anterior, el 22 de julio de 1941, en el contexto de las emisiones clandestinas que puso en marcha la Komintern cuando Alemania atacó a la Unión Soviética. Hasta 1944, corrió la suerte de todas ellas (incluido el temporal viaje a los Urales del que también hablamos). Luego se fue quedando sola, a medida que el Ejército Rojo hacía retroceder a los nazis.

Su primera directora fue Dolores Ibárruri, la mítica «Pasionaria», y al parecer a ella se le ocurrió añadir el subtítulo «Estación Pirenaica» al nombre de «Radio España Independiente». Un acierto, sin duda, porque podía dar a los oyentes la falsa impresión de que transmitía a las mismas puertas de España. De hecho, durante unos años la emisora y otros medios del PCE

sostuvieron explícitamente la ficción de que sus equipos se movían por la cordillera, «entre sus montañas inaccesibles», para evitar la persecución policial (Zaragoza Fernández, 2008: 31). Tal vez, la evocación de los Pirineos podía dar también a los redactores la ilusión de una mayor cercanía con el país. Unos redactores que tenían que vivir una doble condición: la de clandestinos en el exilio. Ni en los países donde se instaló la emisora podían hablar de su labor, dado el secreto de la operación. Así que debían guardar las precauciones propias de la clandestinidad, sin tener siquiera la compensación de trabajar sobre el terreno, en el propio país. Y, precisamente debido a esa clandestinidad, no podían integrarse plenamente en los países de acogida, como hizo la mayoría de los exiliados. Solo cuando a comienzos de los años sesenta llegaron a «La Pirenaica» nuevos redactores, que acababan de salir de España y que tenían una mentalidad distinta, comenzó a relajarse —siempre con límites— la vida casi claustrofóbica que se había llevado hasta entonces.

La primera década fue la más difícil, por todo. Aún sangraban demasiado las heridas de la Guerra Civil y la posguerra iba a añadir otras nuevas. España era un país arrasado, con penurias económicas incluso para buena parte de quienes se consideraban vencedores, y en el que el franquismo ejercía contra los vencidos una represión sistemática y multiforme cuya principal víctima era el PCE. Un país notablemente aislado del exterior, por la voluntad autárquica del régimen, por la dificultad de las comunicaciones durante la guerra mundial, y después por el rechazo de las democracias occidentales (que se empezaría a atenuar bien pronto). Un país en el que el Partido Comunista —ya lo hemos dicho— era el que trataba con más ahínco de reconstruirse y reimplantarse, pero sus dirigentes principales no estaban en el interior, sino divididos en diferentes núcleos, sobre todo en Francia, Hispanoamérica y la URSS. Un partido que además vivió en esos años luchas internas de poder y purgas ideológicas y personales, mientras sus continuos virajes tácticos y estratégicos y el contexto internacional lo aislaban de las demás fuerzas de oposición al franquismo. Un contexto internacional marcado por la guerra mundial y los intensos primeros años de la Guerra Fría, con los celos y paranoias que provocó a ambos lados del telón de acero.

No era el clima más apto para unas emisiones sosegadas y explicativas. Eran tiempos de un estilo maniqueo, de buenos y malos sin sombras —los que la dirección del Partido «aconsejada» por Moscú consideraba que lo eran en cada momento—, un estilo panfletario con un lenguaje intransigente en el que apenas había algo que no fueran proclamas, llamamientos a la movilización y comentarios o informes políticos similares a este de 1951:

La experiencia enseña que el enemigo pone especial empeño en penetrar en el interior del Partido Comunista, porque ve en él la vanguardia aguerrida e incorruptible de las masas oprimidas, y quiere destruirlo [...]. No se dan cuenta que la sana sensibilidad popular llega a perdonar en ocasiones los errores o las debilidades, pero no perdona jamás a los renegados ni a los traidores (Zaragoza Fernández, 2008: 92).

A reforzar ese estilo y ese lenguaje contribuía además que el criterio para seleccionar a los redactores fuera exclusivamente político: eran personas de confianza entre los exiliados en la Unión Soviética, aunque Enrique Castro y Julio Mateu (los directores que siguieron a «Pasionaria») y parte de la redacción se vieron afectados por esas luchas y purgas. También el hecho de que las noticias llegaban a Moscú con cuentagotas, presumiblemente deformadas en muchos casos, y en buena parte eran imaginadas más que sabidas, por lo que no solo había que exprimir las al máximo, sino especular con ellas (si se decía que había habido una protesta en

Valencia contra la subida de los precios, por ejemplo, ¿por qué no iba a haber ocurrido lo mismo en la siempre combativa Oviedo?). De esta época le viene a «Radio Pirenaica» la fama de exagerada, de tendenciosa, de demagógica que nunca logró desterrar por completo, aunque en honor a la emisora hay que decir que un debate similar sobre su objetividad no se planteó nunca respecto de los medios controlados por el franquismo.

Por si fuera poco, el sueño de la inminente caída de la dictadura era más fuerte que nunca en los años posteriores a la guerra mundial, y desde la radio había que hacer todo lo posible para acelerarla. En esa caída serían decisivos —se pensaba entonces— los grupos de guerrilleros que siguieron luchando después de 1939 y a los que el PCE contribuyó en buena medida a estructurar y mantener, hasta que a finales de los años cuarenta se impuso su desmovilización.

El movimiento guerrillero no solo no desfallece, sino que se desarrolla y consolida a pesar de los repetidos y concentrados esfuerzos del gobierno franquista para destruirlo —se decía aún en 1949—. Llegará el día de pasar a la ofensiva en toda la línea. Y entonces no serán solo un puñado de héroes, sino masas de miles y cientos de miles los que participarán en la lucha abierta para asestar los golpes decisivos a la odiosa tiranía franquista (Zaragoza Fernández, 2008: 111).

Prototípica de aquella forma de hacer radio fue la campaña «Recordad estos nombres», que se emitió a mediados de los años cuarenta. Gracias a las escasas informaciones que conseguían salir de España, la emisora pudo confeccionar listas con nombres de dirigentes falangistas, confidentes, torturadores... Esas listas, junto con la enumeración de los distintos «crímenes» cometidos, se transmitían periódicamente. Tras ella, un golpe de gong introducía la sentencia final, a modo de tribunal popular: «Recordad estos nombres. Ni olvido de los crímenes, ni perdón para los criminales. El pueblo hará justicia» (Zaragoza Fernández, 2008: 108-109).

A principios de los años cincuenta, poco a poco, las cosas comenzaron a cambiar en la emisora. Para ello fue crucial, sin duda, la llegada como director de Ramón Mendezona. Lo sería durante veintiséis años, desde 1951 hasta el cierre en 1977. Su perfil seguía siendo político, un hombre fiel a la estrategia del PCE, que creía siempre justa. Compartió, pues, hasta el final el triunfalismo que tanto se reprochó a los análisis del partido sobre la realidad española, que siempre presentaban a un franquismo en descomposición y a un antifranquismo cada vez más fuerte y unido. Pero Mendezona tenía experiencia profesional (doce años en Radio Moscú cuando se incorporó a «La Pirenaica») y cualidades como director que lo hacían especialmente apto para ese puesto. Quienes trabajaron con él le reconocieron una energía inagotable, eficiencia en la organización y un talante dialogante que imprimió a la redacción un funcionamiento democrático. Además —y esto sería determinante en los cambios que vendrían— se proponía lograr la mayor cercanía posible a España pese a la distancia. Quería saber qué se decía, qué se pensaba, qué se leía, qué se escuchaba..., y que eso se reflejara en el sonido de la emisora. Le preocupaba que el lenguaje en el exilio se hubiera anquilosado y su sueño era que los oyentes de «Radio Pirenaica» no notaran diferencias —formales, se entiende— con las emisoras del interior.

A Mendezona lo acompañó un equipo de personas, que nunca pasaron de doce y que a lo largo de los años fueron teniendo orígenes y experiencias vitales muy diversos. Según la descripción de Marcel Plans, ese equipo de redactores, locutores y auxiliares

lo hacían prácticamente todo: redactar programas, traducir las noticias de las agencias extranjeras, montar y leer los programas, seleccionar la música adecuada, dirigir la grabación, mantener al día y en orden el archivo, clasificar y contestar las cartas que se recibían... Y junto a todo eso procurar vivir de la forma más discreta posible, pasar

desapercibidos, evitar neurosis y claustrofobias (Bassets [ed.], 1981: 123).

En enero de 1955, justo antes de que empezaran a consolidarse y a percibirse las grandes transformaciones de la radio, «La Pirenaica» abandonó Moscú y se trasladó a Bucarest. Los soviéticos decidieron el cambio. De hecho, su propósito inicial fue que dejara de emitir. A mediados de los años cincuenta, en los inicios de la distensión posestalinista, la URSS realizó algunos gestos simbólicos hacia la España de Franco: el principal, no vetar su entrada en la ONU, pero también permitir la vuelta de algunos «niños de la guerra» o liberar a los presos españoles en los gulags. Ante la petición del PCE, decidieron no cerrar «La Pirenaica», prometieron seguir prestando ayuda técnica (sobre todo la de proporcionar e instalar los transmisores que se iban necesitando), pero la enviaron fuera de su territorio. Una precaución extraña, por cuanto oficialmente no se sabía que emitía desde allí y España y la URSS no mantendrían relaciones diplomáticas hasta 1977. Pero, la geoestrategia...

¿Por qué a Bucarest? Las razones —nunca explicadas por escrito— estuvieron sin duda relacionadas con la situación del bloque socialista. En Rumania había una colonia de exiliados españoles lo suficientemente pequeña como para que nadie hiciera preguntas inapropiadas sobre el trabajo de aquel grupo que llegaba. Además, allí se editó hasta 1956 la revista de la Kominform (el organismo coordinador que en 1947 sustituyó a la extinta Komintern y del que el PCE no formaba parte). Una publicación que, llegado el caso, podría haber servido de tapadera a los redactores de Radio España Independiente y que, como curiosidad, tenía uno de los títulos más largos y menos periodísticos de la historia: *Por una paz duradera, por una democracia popular*. Su situación social era relativamente estable en comparación con otros países del bloque. Pero, sobre todo, los comunistas rumanos en el poder se lo debían todo a los soviéticos, seguramente más que el resto de la Europa del Este (fueron siempre el partido comunista más pequeño y débil), de modo que podrían hacer el esfuerzo de solidaridad internacionalista que les pedían desde Moscú. Y lo hicieron, hasta el final, con generosidad, porque aquel pequeño país no estaba entre los más desarrollados del bloque socialista y los equipos de «Radio Pirenaica» (llegaron a ser cuatro transmisores de veinticinco, treinta, cincuenta y cien kilovatios) consumían la energía equivalente a la de una ciudad de doscientos cincuenta mil habitantes (Hale, 1979: 243). Y a esos gastos había que sumar los de personal.

El año 1956 fue una fecha simbólica en España y en el PCE. En febrero, la universidad de Madrid vio nacer a la protesta a una generación que no había vivido la Guerra Civil, pero sí sus consecuencias. En ese antifranquismo incipiente se mezclaban, además, hijos de vencedores y vencidos. La agitación universitaria, en la que militantes del PCE desempeñaron papeles fundamentales, obligó a una crisis de gobierno (primera prueba práctica de que a Franco se le podía torcer la mano, en condiciones favorables). Al año siguiente, una crisis de mayor calado daría entrada en el Gobierno a la «tercera fuerza», el Opus Dei. Sus «tecnócratas» elaboraron un plan de estabilización económica que Franco aprobó a regañadientes en 1959 y que supuso abandonar el sueño autárquico. Comenzaba un desarrollo económico cimentado sobre tres pilares: el turismo, la emigración interior y exterior, y la liberalización de las inversiones extranjeras. Un desarrollo no solo diferido respecto a nuestro entorno, sino descompensado, con grandes contrastes sectoriales y territoriales, pero que mejoró el nivel de vida de buena parte de la población, aunque la civilización del consumismo llegara a lomos del pluriempleo. Los

impulsores del «milagro español» pensaban que la prosperidad consolidaría el consenso en torno a la dictadura (a la que para entonces ya se le habían abierto las puertas de los principales organismos políticos y económicos internacionales), y traería definitivamente la paz social y la indiferencia política. Se equivocaron.

También en 1956, y también en febrero, en Moscú, en el XX Congreso del PCUS, Krushev denunció los crímenes de Stalin y el culto a la personalidad y puso al movimiento comunista en el camino de la coexistencia pacífica con el bloque capitalista y de las fórmulas específicas de cada país para alcanzar el socialismo. Ese verano, espoleado por los nuevos vientos que soplaban desde el Kremlin, el PCE adoptó su política de «reconciliación nacional», que establecía como objetivo no ya la restitución de la legalidad republicana, sino la llegada de una democracia que enterrara los viejos odios y permitiera construir un futuro colectivo. Esa política había comenzado ya a esbozarse tras la admisión de España en la ONU el 14 de diciembre de 1955, sin que la URSS ejerciera su derecho a veto, porque entre los 16 países que ingresaron ese día había también cuatro democracias populares. El núcleo mayoritario del Buró Político del PCE, con «Pasionaria» al frente, difundió una declaración a través de «Radio Pirenaica» en la que se lamentaba la decisión de la ONU, al tiempo que se trataba de dejar intacto el prestigio soviético, y seguía llamándose a formar un «Frente Nacional Republicano y Democrático». Pero el núcleo del Buró que residía en París, con Santiago Carrillo al frente, desoyó a la emisora y a los demás dirigentes y redactó su propio análisis de la situación en un artículo para *Nuestra Bandera*, la revista teórica del Partido. Frente al tono negativo de la declaración de Bucarest, se destilaba en ese texto una confianza mucho mayor en el futuro y se llamaba a una convergencia mucho más amplia de fuerzas para acabar con la dictadura. Una visión que acabó triunfando. La adopción de esa nueva política supuso también el ascenso de una nueva generación a la dirección del PCE, los llamados «jóvenes» encabezados por Carrillo, que llegó a la Secretaría General en 1959.

Desde que la nueva táctica se hizo oficial en el verano de 1956 hasta 1977 no habría más virajes. Era un intento serio por salir del aislamiento, por abrirse a la realidad circundante, que seguramente no convencería —así sucedió— a los grupos históricos, pero que podría conectar bien con la oposición que nacía dentro de España y con los antifranquistas sin significación política concreta. Sobre todo cada vez que, por contraste, la dictadura se quitaba su máscara liberalizadora y mostraba su verdadera naturaleza represiva, como ocurrió en 1962-1963 con la detención, proceso y fusilamiento del dirigente comunista Julián Grimau por delitos presuntamente cometidos durante la Guerra Civil, es decir, casi un cuarto de siglo atrás.

Julián Grimau muerto es una bandera de lucha —afirmó Dolores Ibárruri el 20 de abril de 1963, la mañana misma del fusilamiento, en uno de los discursos más bellos leídos por ella en «La Pirenaica»—. Está entre nosotros. Vive y vivirá en las nuevas generaciones que avanzan ya por el camino del comunismo, por el camino de la victoria [...]. Habéis matado a Julián Grimau, pero no podéis arrancar la aurora al día. Y esa aurora, que alumbra ya sobre los días de nuestra patria, ¡es nuestra!, es de los demócratas españoles y no vuestra²⁴.

El partido intentó provocar la caída del régimen en dos movilizaciones globales, que pretendían despertar e involucrar a los más diversos sectores sociales, y en las que Radio España Independiente se implicó de lleno: la Jornada de Reconciliación Nacional, en 1958, y la Huelga Nacional Pacífica, en 1959. Gigantescos esfuerzos organizativos y propagandísticos que concluyeron en rotundos fracasos, porque partían de un análisis erróneo sobre la realidad del país y sobre la unidad con otros grupos de la oposición. Pero el PCE promovió, estimuló y acompañó

movilizaciones parciales exitosas, como el boicot a los transportes en Madrid los días 7 y 8 de febrero de 1957, en la primera acción a cuya preparación contribuyó REI de una manera directa, según reconoció después Ramón Mendezona (Zaragoza Fernández, 2008: 166). O las huelgas que estallaron en la primavera de 1962 sobre todo en Asturias y el País Vasco (mucho más importantes por su extensión y sus consecuencias, y en las que REI fue un elemento clave de agitación, pero también de información).

La causa principal de que estos productores mineros continúen en su intransigente actitud de prolongar el conflicto — afirmaba un informe policial sobre la situación de Asturias el 7 de mayo de 1962— es debido a la perniciosa campaña de incitación y continuación a la huelga que viene efectuando diariamente la Radio Pirenaica, cuyas emisiones son escuchadas indudablemente por la mayoría de los vecinos de la cuenca minera (Zaragoza Fernández, 2008: 182).

El PCE estuvo de forma directa o indirecta tras las múltiples formas de oposición (comisiones obreras, sindicatos estudiantiles, asociaciones de vecinos, colegios profesionales...) que surgieron desde comienzos de los años sesenta.

«La Pirenaica» acusó estos cambios y en buena parte supo responder a ellos. De hecho, podemos decir que en 1956 comenzó su época dorada, hasta el punto de que cinco años después el norteamericano Arthur Whitaker, en un libro con el significativo título de *España y la defensa de Occidente*, caracterizó a Radio España Independiente como «la más potente de todas las emisoras antifranquistas, que se dice que tiene más oyentes españoles que cualquier otra emisora, española o extranjera», y reconoció que estaba causando a Franco «un problema real» (Whitaker, 1961: 185 y 378). Por un lado, «Radio Pirenaica» se esforzó más que nunca por ser no solo la voz del PCE, sino la del antifranquismo, cubriendo el hueco que las demás organizaciones de oposición no habían llenado. Un esfuerzo que tuvo siempre sus limitaciones, claro, porque nunca dejó de ser una emisora de partido. Pero no solo recurría ya a textos comunistas, sino cada vez más a publicaciones de otras fuerzas políticas que de una u otra forma compartían los postulados unitarios del PCE.

Desde finales de los años cincuenta llegaron a la emisora redactores recién salidos de España, con una mentalidad joven y una visión distinta sobre la situación del país que equilibraba la lejanía no solo geográfica, sino también temporal, en la que podían vivir los más veteranos. Uno de esos relevos jóvenes fue, aunque por poco tiempo, Jordi Solé Tura, quien años después como diputado comunista sería uno de los padres de la Constitución de 1978. Su incorporación refrescó el ambiente de trabajo y contribuyó a renovar el estilo de la radio. Aparecieron en antena las voces femeninas (hasta entonces había redactoras, pero quizá no se las consideraba suficientemente enérgicas para transmitir los contenidos que se suponían propios de una radio clandestina). Se crearon boletines informativos, que en la última etapa de «Radio Pirenaica» llegarían a ser horarios. Se renovó la música, hasta entonces empleada de forma pobre, y se le dio una creciente importancia coincidiendo con el nacimiento y auge de los cantautores.

La programación se diversificó no solo para atraer a los distintos sectores de la población española, sino de algún modo para contraprogramar las emisiones autorizadas por la dictadura. Así, las «novelas por radio» ponían en antena de forma seriada clásicos y contemporáneos de la literatura social. «España fuera de España» se dirigía a los emigrantes, buscando su solidaridad en las luchas antifranquistas y su conciencia para defender sus derechos como trabajadores. Las «charlas femeninas» eran el contrapunto de los consultorios sentimentales, morales y de belleza tan en boga en la España de entonces. Aparecieron emisiones dirigidas a Cataluña, a Galicia, al

País Vasco, a los campesinos, a los jóvenes... Incluso había un espacio semanal de deportes.

Uno de los programas más recordados y que más impacto causó —una de las proezas de las que hablábamos al comienzo de este epígrafe— fue «Antena de Burgos», que los estudiosos del género han definido como un caso «probablemente único en la historia de la radiodifusión clandestina» (Soley y Nichols, 1987: 149). Durante tres temporadas, de octubre de 1963 a julio de 1966, Radio España Independiente emitió cada semana un espacio cuyo guión elaboraban los comunistas encarcelados en el penal de Burgos, donde se concentraba el mayor número de presos políticos y donde, por lo tanto, se extremaba la vigilancia en las comunicaciones con el exterior. Los funcionarios nunca consiguieron —aunque lo intentaron a conciencia— saber cómo en aquellas condiciones conseguían salir con regularidad unos textos en los que se denunciaban sus excesos y sus arbitrariedades, se explicaban las luchas de los presos por conseguir mejores condiciones de vida, se realizaban campañas de solidaridad y a favor de la amnistía, y se rendía homenaje a quienes llevaban lustros encerrados.

Franco les condenó a muerte. ¿Su delito? Defender la libertad. Les fue conmutada la pena. Pero continuaron cumpliendo condena. Al conmutado, en la concepción franquista, [...] se le deja que vaya muriéndose en la cárcel [...]. Cada caso, un drama. Y una acusación contra la dictadura [...]. Son hombres que están en nuestro corazón y no cejaremos hasta conseguir su libertad. Es una deuda que España tiene contraída con ellos (Zaragoza Fernández, 2008: 208).

Eran textos escritos en tiras de papel biblia aprovechadas por ambas caras, con letra microscópica gracias a una lupa y a una plumilla especial, que los presos escribían durante horas por la noche en sus celdas, siempre en tensión ante cualquier visita sorpresa de los funcionarios que obligara a recoger en segundos el material. Luego, esos textos salían a la calle sobre todo gracias al taller de artesanía de la cárcel, donde se fabricaban objetos con destino al exterior en los que se podían ocultar con ingenio²⁵.

Esta variedad en la programación fue posible entre otras cosas porque también a finales de los años cincuenta acabó la escasez informativa en la que «Radio Pirenaica» había vivido. En 1956 se consiguió establecer una ligazón orgánica entre la emisora y la estructura de propaganda del PCE —que, aunque parezca mentira, hasta entonces habían funcionado como entes independientes—, con la creación de una comisión *ad hoc* en la dirección del Partido. Gracias a los camaradas rumanos, la emisora pudo disponer de forma extraoficial de los teletipos de hasta ocho agencias informativas, incluidas la soviética TASS (la más fiable durante mucho tiempo para los redactores, por razones obvias) y la española EFE. Un fantasmal Instituto de Periodismo de Bucarest permitió suscribirse a periódicos y revistas editados en España. Cada vez más se utilizarían como material de trabajo y para las emisiones esos artículos de una prensa crítica que, nadando entre multas, expedientes e incluso cierres, nació en el país sobre todo tras la «liberalización» de la Ley de Prensa de 1966. Durante casi diez años funcionó en Madrid una llamada «redacción interior», en la que colaboraron algunos de los más importantes escritores del realismo social: Armando López Salinas, Antonio Ferres, Andrés Sorel, Alfonso Grosso... En esos años, el PCE volvía a atraer a los intelectuales más comprometidos, y muchos de ellos escribieron crónicas con destino a «La Pirenaica» (bajo seudónimo, se entiende, porque bastantes problemas tenían ya para tratar de publicar en España unas obras con críticas sociopolíticas más o menos explícitas a la dictadura). En 1967 se instaló en París una redacción permanente de enlace con Bucarest, con conexión mediante télex gracias a las facilidades de la agencia TASS, que a diario servía a la emisora textos de publicaciones españolas e internacionales disponibles

en la capital francesa, informes territoriales o sectoriales del Partido, artículos de prensa clandestina, etc. Todo este esfuerzo permitió disponer de cada vez más elementos de análisis sobre la realidad de España y enraizar mejor la radio en la vida cotidiana del país. Además, se fue acortando el lapso de tiempo entre los acontecimientos y su difusión por la emisora.

Por ello, el componente informativo estuvo cada vez más presente en las emisiones de Radio España Independiente, aunque el componente propagandístico nunca dejó de estarlo y aunque la emisora no logró desprenderse por completo de la fama de exagerada de la primera época. Lo cierto es que, sobre todo en sus años dorados, «La Pirenaica» pudo llenar, en algunos casos con gran eficacia, los silencios de los medios controlados por el franquismo, y no solo en lo relativo a huelgas obreras o a manifestaciones estudiantiles, sino a catástrofes como la rotura de la presa de Ribadelago (Zamora) en 1959, o el accidente aéreo con amenaza radiactiva en Palomares (Almería) en 1966. En esos casos, la comparación de los hechos históricos con las noticias difundidas deja en muy buen lugar a la emisora.

Un elemento decisivo para ese acercamiento a la realidad española —y otra proeza— fueron las cartas de «La Pirenaica». Toda emisora necesita la interacción con sus oyentes. Radio España Independiente, también. Se habían empezado ya a recibir cartas desde España a través de los «puentes», los canales clandestinos establecidos por el PCE. A ellos solo podían acceder los militantes, como es lógico, y con todas las precauciones. Pero lo que «La Pirenaica» necesitaba —lo que Mendezona quería— era ante todo recibir cartas de oyentes no encuadrados aún en el Partido, o de corrientes ideológicas distintas, incluso anticomunistas, pero que quisieran hacer llegar sus noticias y sus comentarios, porque ese sería un termómetro mucho más real para medir la eficacia y la aceptación de la emisora. Ahora bien, ¿cómo podía recibir cartas una radio clandestina sin desvelar el lugar desde el que emitía? A finales de los años cincuenta se resolvió también este problema.

Algunos «partidos hermanos» accedieron a recibir en la sede de sus publicaciones esa correspondencia, que después entregarían a los enlaces del PCE para que la enviaran a Bucarest. «La Pirenaica» pudo así facilitar en sus emisiones algunas direcciones «de paja»: la de *L'Humanité*, en París; la de la *Revista Internacional*, en Praga, o la de *L'Unità*, en Roma. De esta forma, cualquiera podía escribir. Claro que, si los oyentes escuchaban y anotaban esas direcciones, también lo hacía la policía franquista. Por eso, la emisora recomendaba que los «corresponsales» (como se les llamaba) emplearan seudónimos, que no echaran las cartas en los buzones de los lugares donde vivían, y que no dieran datos demasiado explícitos que permitieran identificarles. La emigración facilitó el contacto entre los oyentes y «Radio Pirenaica», ya que muchos enviaban cartas a sus familiares en el extranjero para que ellos las enviaran después a las direcciones que facilitaba la emisora con mayor seguridad.

Mil doscientas cartas llegaron a recibirse algunos meses. Pongamos contexto a la cifra. Mil doscientas cartas, buena parte de ellas enviadas desde una España sin libertad a la emisora clandestina de un partido que para la dictadura encarnaba todos los males de la Patria. Mil doscientas cartas escritas en un solo mes, muchas veces con una caligrafía y una ortografía pésimas, por gente que quería contar cosas, expresar cosas. Unas quince mil se conservan en el Archivo Histórico del PCE. Aun aceptando que sean todas las que llegaron, es fácil imaginar que no fueron todas las que se enviaron. Sin duda, muchas fueron interceptadas por la policía, y otras muchas se perdieron al estar mal escrita la dirección de destino.

Las cartas que se conservan son de obreros, de campesinos, de estudiantes, pero también de intelectuales, de jubilados, de amas de casa, de comerciantes, de profesionales liberales... Cartas que hablan de la emisora (de su calidad de recepción, de su estilo, de su programación, de sus locutores...), que alaban su labor (en muchas se la llama «radio verdad»), que elogian al PCE y a sus dirigentes (hay también críticas furibundas, pero la mayoría se identifica con la línea política del Partido), que aportan donativos económicos para causas concretas o para el fondo del PCE. Cartas que, sobre todo, constituyen un testimonio sociológico de primer orden, porque permiten hacer una radiografía de la España antifranquista (el reverso de esa imagen que hacia adentro y hacia fuera quería transmitir la propaganda de la dictadura). Cartas que denuncian las condiciones de vida de los obreros y campesinos, que informan de las primeras movilizaciones masivas en fábricas y en minas, que identifican a los opresores y a los chivatos (muchas veces con nombres y apellidos), que documentan el fenómeno de la emigración interior y exterior para escapar del hambre y de la represión (con el contraste frecuente entre las esperanzas y las realidades), que expresan la solidaridad con los represaliados en España y con otros pueblos del mundo, que critican la mala calidad de la vivienda, de la educación, de la sanidad, de la cultura (Balsebre y Fontova, 2014: 10-16)...

Esas cartas permitieron que REI pudiera acceder a las noticias cotidianas, a los sucesos de los pueblos más pequeños, a esas informaciones que no daban las agencias de noticias ni las otras emisoras internacionales que transmitían hacia España. Dieron a las emisiones un tono rico, humano, aunque la mayoría de ellas venían también impregnadas de un voluntarismo imposible de aislar. «El correo de la Pirenaica», donde se les daba acuse de recibo, se convirtió en uno de los espacios más populares de la emisora, y su presentadora, «Pilar Aragón» (seudónimo de Josefina López) en una de las locutoras más queridas.

El apogeo de esas cartas se produjo entre 1962 y 1964. Era lógico. Las huelgas sobre todo en Asturias y el País Vasco, y el caso Grimau catalizaron el descontento y la necesidad de hablar de los reprimidos en los «Veinticinco años de paz» que pregonaba la dictadura. «Ay, qué bien. Ay, qué bien. Mi vecino la escucha y yo también», decía el estribillo de la canción que se le compuso por su vigésimo aniversario (Zaragoza Fernández, 2008: 290). Y la frase en esta época se acercó más que nunca a la realidad. Durante muchos años había sido difícil encontrar a ese pueblo poco menos que en insurrección permanente contra el régimen del que hablaba la emisora. Pero desde finales de los cincuenta la protesta se hizo visible y adoptó múltiples formas, de modo que mucha gente sintió la necesidad de buscar canales alternativos a la información oficial.

Por eso, precisamente, el franquismo intensificó en esta época su acción contra «La Pirenaica». El 1 de septiembre de 1941 se había creado el Servicio de Interferencia Radiada, mediante un decreto «personal y reservado» firmado por el entonces subsecretario de la Presidencia, almirante Luis Carrero Blanco. Un reglamento mucho más amplio lo reorganizó el 9 de julio de 1962 (un año muy significativo, como hemos visto en páginas anteriores)²⁶. En la primera mitad de los años sesenta se destinaron al menos veinte millones de pesetas a nuevos equipos permanentes y móviles con los que hacer más tupida la red de ruidos. «La Pirenaica» respondió a la interferencia por las múltiples vías que vimos en el capítulo 1: incrementando la potencia de emisión gracias a la Unión Soviética, variando levemente la longitud de onda para tratar de burlar a los encargados de interferirla, poniendo en marcha las ondas volantes... Al mismo tiempo, el franquismo perfeccionaba en el Ministerio de Información y Turismo el

servicio de escucha (con la subsiguiente elaboración de resúmenes y dosieres temáticos para la contrapropaganda). La llamada Oficina de Enlace, que tenía esta misión, se creó también en 1962.

Luego llegó el momento del reflujo. La historia de «Radio Pirenaica» no es —al contrario que la de otras emisoras clandestinas y las organizaciones que están tras ellas— la del ascenso hasta el triunfo final. En sus primeros años, Radio España Independiente había sido el instrumento de información y orientación para unos dirigentes del PCE dispersos y desconectados entre sí. Después se convirtió en el vehículo privilegiado de organización y movilización para los militantes que quedaban descolgados y para los simpatizantes que deseaban incorporarse a la lucha y no sabían cómo tomar contacto con el Partido. En su época dorada, la audiencia creció rápidamente porque su influencia se extendió más allá de los comunistas, en unos años en los que parecían avecinarse cambios definitivos. Pero, desde finales de la década de los sesenta, «La Pirenaica» pareció dejar de ser tan necesaria, justo cuando se había conseguido engrasar toda la maquinaria y el trabajo se podía desarrollar en condiciones óptimas. Disminuyeron las cartas y es de suponer que la audiencia. A medida que se acercaba el fin del franquismo, los dirigentes, los militantes y las masas, comprometidas o no, pudieron acceder a canales de información más plurales y más inmediatos.

Aunque parezca paradójico, «La Pirenaica» perdió importancia, en primer lugar, por la mayor ramificación del PCE, presente de forma directa o indirecta en los sectores más diversos de la sociedad española. Ya no hacía tanta falta escuchar una radio de onda corta porque el Partido estaba más cerca. La represión podía bastar para contener de forma momentánea, pero no para detener las protestas y los flujos de información. La emigración y el turismo, que tanto favorecieron al régimen en lo económico, contribuyeron a abrir la mentalidad y las perspectivas de buena parte de la sociedad española. La emigración interior que despobló los campos concentró a muchos obreros (objetivo preferente de la emisora) en grandes cinturones industriales en los que los contactos personales eran mucho más fáciles y la escucha de «La Pirenaica» bastante más difícil debido a las interferencias. Había también, como decíamos más arriba, unas publicaciones críticas (sobre todo revistas), aunque por su tirada podemos considerarlas sobre todo formadoras de opinión para las élites intelectuales y políticas (en esos años se habló del «parlamento de papel» para referirse a los debates políticos que, aun con restricciones, se daban en esas publicaciones a falta de un verdadero parlamento), de modo que cierta prensa editada legalmente en España se citaba en «La Pirenaica» como un elemento informativo más. Y hay que tener en cuenta un último aspecto no menor, aunque menos mencionado: en una sociedad en la que la radio ya no era la reina de los comedores, se iban imponiendo receptores más pequeños y baratos que en general no permitían sintonizar la onda corta.

Junto al descenso de la audiencia, otros síntomas permiten hablar de cierta decadencia o precariedad en estos últimos años de «La Pirenaica». Algunos redactores veteranos volvieron a España. Los reemplazos en Bucarest duraban cada vez menos tiempo. Los espacios clásicos, que tanto éxito habían dado a la emisora, desaparecían o se integraban en grandes bloques contenedores. Y eso que siguió ampliándose el horario de emisión, hasta llegar a ser de doce horas diarias tras la muerte de Franco (de siete a nueve de la mañana, de una a tres de la tarde y de cinco de la tarde a una de la madrugada), para tratar de informar al minuto sobre los

cambiantes acontecimientos.

En 1975, la fuerza del PCE era indiscutible. Seguía siendo el grupo más activo, mejor organizado e implantado en el país. Contaba con una potente penetración sindical a través de Comisiones Obreras. Gracias a la Junta Democrática había hecho al fin realidad el sueño de una plataforma de oposición unitaria, aunque partidos históricos como el PSOE prefirieron no participar e impulsaron una alternativa. Además, comenzaban a acercarse a él sectores de la Iglesia y del Ejército, pilares básicos de la dictadura. Y, por si fuera poco, en política exterior el PCE encabezaba una tendencia (que en Moscú se tildó de «revisionista») para hacer compatible el comunismo con la democracia de tipo occidental. Era el «eurocomunismo», secundado con entusiasmo por sus homólogos italianos y con más reticencias por los franceses, y cuyos postulados básicos eran dos: los comunistas se comprometían a emplear solo la vía electoral para llegar al poder, y a abandonarlo de forma pacífica si después eran derrotados en las urnas. Ese nuevo camino supuso un creciente distanciamiento respecto de la Unión Soviética, iniciado ya en 1968 tras la invasión militar que puso un dramático fin a la «primavera de Praga». Un camino y un distanciamiento que servían, de paso, para empezar a superar una contradicción que el franquismo había explotado constantemente en su propaganda, y que también se podía aplicar a «La Pirenaica»: ¿cómo era posible —decían desde la dictadura— que la emisora comunista hablara de libertad para España desde un país en el que no había libertad?

Sí, la fuerza del PCE en 1975 era evidente en el imaginario colectivo y en las acciones prácticas contra la dictadura, y Carrillo adquiría cada vez más fama internacional. Pero Franco murió en la cama el 20 de noviembre y Juan Carlos de Borbón fue proclamado rey dos días después. Las protestas en las calles y en las fábricas, intensas durante el primer semestre de 1976, pusieron de manifiesto el inmovilismo del primer Gobierno de la monarquía (continuación directa del último Gobierno del franquismo). Pero cuando Adolfo Suárez llegó a la presidencia en julio de 1976, decidido a caminar hacia la democracia, fue él quien marcó el ritmo. La oposición pudo impedir la continuidad del régimen, pero no derribarlo. Las libertades llegarían no por la soñada ruptura, sino por transformación de las estructuras y, en esas circunstancias, el PCE —que se veía como la vanguardia del levantamiento popular— tuvo ante todo que negociar su legalización antes de las primeras elecciones generales. Finalmente lo consiguió, casi en el último momento, el 9 de abril de 1977. Las elecciones tuvieron lugar el 15 de junio y, con ellas, para sorpresa de muchos, la hegemonía de la izquierda pasó al PSOE, aunque, dicho sea de paso, algunos analistas subrayaron entonces que los candidatos comunistas recibieron gran número de votos en áreas rurales en las que no hicieron una campaña efectiva, de lo que infirieron que probablemente las emisiones de «Radio Pirenaica» habían tenido una influencia decisiva en esos votantes (Soley y Nichols, 1987: 21).

El 13 de julio se abrieron las que serían Cortes constituyentes. Al día siguiente, Radio España Independiente emitió por última vez. El PCE, como dijo Ramón Mendezona en su editorial «A manera de despedida», renunciaba al instrumento que tan vital le había sido para «atenerse al juego democrático en igualdad de condiciones con los demás partidos». Cancelaba así el «último vestigio de una clandestinidad que nunca hemos deseado». La emisora había cumplido «su misión». Durante treinta y seis años había sido un canal de orientación, de encuadramiento, de organización, de denuncia, de información alternativa, de movilización... Pero, sobre todo, había llevado «una luz de esperanza a la patria atormentada».

Así hemos sido —decía Mendezona—. Con nuestras limitaciones, con nuestros defectos, pero con un entusiasmo que ha resistido la prueba del tiempo [...]. A la natural tristeza que causa el abandonar una labor entrañada y entrañable se une la alegría de ver a nuestro pueblo reconquistar la libertad. Si nuestra labor ha servido en algo para acercar este objetivo, damos por bien empleado todo el esfuerzo realizado²⁷.

RADIO EUZKADI

Lo intentaron todos los que tenían algo que decir en contra del franquismo, con más o menos insistencia, con más o menos entusiasmo. Para la historia de las emisiones clandestinas que nunca fueron quedadas, por ejemplo, las peticiones de ayuda financiera y técnica formuladas por el PSOE a la Internacional Socialista y por la UGT a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, sobre todo a finales de los años cincuenta.

Los españoles, que no se interesan por lo que pueda decir la BBC, La Voz de América o la Radiodifusión francesa, están condenados a escuchar la radio franquista y, por oposición, la radio comunista —escribía en 1959 el entonces secretario general del PSOE, Rodolfo Llopis—. Poco importa que quienes la oyen por vez primera, se rían de las inepticias que les sirve; poco a poco, a fuerza de oírlas, se van habituando [...] y no teniendo otra propaganda antifranquista que la comunista, acaban intoxicándose. He aquí un gran peligro que los países democráticos no han tomado todavía en serio [...]. Los veteranos de las luchas políticas, no se intoxicarán seguramente; en cambio, las nuevas generaciones, sin suficiente formación todavía, abandonadas a su propia suerte, sí pueden intoxicarse²⁸.

Algunos «éxitos» fueron tan efímeros, o se recibían con una calidad tan deficiente, que en realidad no tuvieron repercusión en la sociedad española. Así, por ejemplo, la emisión que durante unos meses, a finales de 1957, Radio Belgrado concedió al Gobierno republicano en el exilio. A la Yugoslavia de Tito miraron en esa época desde los comunistas disidentes hasta los anarquistas, pasando por organizaciones de la nueva izquierda como el Frente de Liberación Popular. Hay noticias también de dos emisoras autónomas que los anarquistas pusieron en marcha en Francia, una en 1948 y otra en 1976, que duraron poco y se oyeron con dificultades.

Más curiosas aún fueron algunas iniciativas individuales. La mejor conocida es Radio Claridad. La puso en marcha Alberto Bayo, un militar que tras la derrota republicana de 1939 se exilió primero en México y después en Cuba. Allí actuó como instructor militar del Movimiento 26 de Julio, de Fidel Castro. La victoria revolucionaria en Cuba en 1959, a partir de solo un puñado de guerrilleros, convenció a Bayo de que algo similar podía ocurrir en España. Entendió además que la propaganda sería fundamental para que maduraran las condiciones de la revolución. Así que puso en marcha Radio Claridad, a imitación de Radio Rebelde, que tan importante había sido en la popularización de los «barbudos» de la Sierra Maestra.

Según algunas fuentes transmitía desde Cuba, y según otras desde Venezuela. Lo hacía en nombre de la Unión de Combatientes Españoles, que el propio Bayo fundó en La Habana. Debió de comenzar a emitir poco después del triunfo de Castro y los suyos, porque en marzo de 1959 Bayo envió desde ella un ultimátum a Franco: o dejaba el poder antes del 14 de abril, o se produciría una invasión guerrillera cuyo resultado sería la completa liberación de España. El resultado de la amenaza es conocido. En septiembre del mismo año, Radio Claridad anunció que pronto transmitiría 24 horas al día. Al poco tiempo desapareció para siempre (Soley y Nichols, 1987: 156-157). La iniciativa solo atrajo a un conglomerado heterogéneo de grupos sin apenas miembros ni influencia real. El componente militar, las Fuerzas Armadas de Liberación, de las que Bayo se autoproclamaba comandante supremo, solo estaban en su cabeza. Y, en caso de

haber existido, ¿cómo se las podría coordinar desde una radio situada a miles de kilómetros de España? A la Unión de Combatientes Españoles se la consideró desmantelada en febrero de 1960, deshecha entre acusaciones de provocación e infiltración policial (Hernández Sánchez, 2005: 314-316).

La única alternativa con cierta consistencia a «Radio Pirenaica», dentro del antifranquismo, fue Radio Euzkadi. Su influencia fue menor, primero porque se dirigía a una audiencia más limitada y localizada en el País Vasco, y segundo porque su señal fue más débil y sus emisiones más irregulares (con abundantes cambios de frecuencias y horarios y con períodos prolongados de silencio que, junto a las interferencias de la dictadura, disuadieron a muchos de escucharla). Frente a la potencia de Radio España Independiente, frente a los medios proporcionados por la Unión Soviética (directamente o a través de Rumania), la existencia de Radio Euzkadi fue sobre todo el fruto del empeño y la audacia de unas cuantas personas. Un medio en condiciones siempre precarias, que sin embargo logró emitir durante veinte años, en dos etapas con características muy diferentes: la primera en el País Vasco francés (1946-1954) y la segunda en Venezuela (1965-1977).

Radio Euzkadi, en su primer período, fue portavoz del Gobierno vasco en el exilio, un elemento más de una estrategia que buscaba el restablecimiento de la legalidad republicana y la restitución de la autonomía vasca. Formalmente, pues, no fue un órgano del Partido Nacionalista Vasco (PNV), aunque su posición era hegemónica en el Gobierno. La idea surgió de Joseba Rezóla, que había sido secretario de Defensa en el primer Gobierno vasco en 1936, y que en el exilio llegaría a ser vicelehendakari. A mediados de 1946, el Gobierno vasco solicitó al francés que le cediera tiempo de emisión en alguna radio oficial, o que le permitiera instalar una emisora clandestina. No se logró una autorización expresa, pero sí el consentimiento tácito para esta segunda opción. El material necesario para poner en marcha la radio llegó a Francia desde Estados Unidos en octubre. Gran ironía: la resistencia vasca consiguió transportarlo como si fuera un envío diplomático para la embajada de España en París (Rodríguez y Arrieta, 1998: 85).

La inauguración se produjo el 21 de diciembre de 1946.

¡Ya estamos aquí! Somos la voz de la democracia más vieja del mundo. La voz de la patria vasca que, amordazada hasta hoy, lanza a todos los vientos en este día su vibrante *irrintzi* de rebeldía [...]. En la tenebrosa noche franquista, será como un destello del alborar ya inminente de la libertad. Y para el tirano y sus tristes servidores, el restallar del látigo de la justicia, también próxima, en el rostro de los culpables (Rodríguez y Arrieta, 1998: 93-94).

La información y la contrainformación, la denuncia y el aliento moral estuvieron presentes desde el principio. También el fomento de la cultura vasca y en particular del euskera, aunque conseguir colaboraciones en este idioma costó en ocasiones bastante. Un último objetivo, signo de los tiempos, fue «la lucha contra el totalitarismo comunista» (Rodríguez y Arrieta, 1998: 95). Las emisiones duraban media hora. Como decíamos, cambiaron a menudo de horario y frecuencia por distintas razones, aunque siempre se intentó que hubiera al menos un bloque matinal, uno de sobremesa y uno nocturno.

La emisora se instaló en casa de un sacerdote nacionalista amigo de Rezóla, en el pueblo de Mouguerre, cerca de Bayona. Con él se fueron a vivir dos locutores (para las emisiones en castellano y en euskera). Los programas se elaboraban inicialmente en San Juan de Luz. Uno de los redactores los trasladaba cada día hasta Bayona, donde uno de los locutores los recogía y los llevaba en bicicleta hasta Mouguerre. El director, Joseba Rezóla, no vivía en ninguno de los dos

pueblos, sino en Mantauban. Desde allí organizaba el trabajo y controlaba la información que llegaba a la emisora (Rodríguez y Arrieta, 1998: 91-93).

Las interferencias franquistas comenzaron en marzo de 1947, es decir, cuando Radio Euzkadi apenas era conocida. «Siendo el órgano de la Resistencia Vasca, nos hubiéramos sentido profundamente humillados ante la indiferencia del dictador», afirmó entonces Radio Euzkadi (Rodríguez y Arrieta, 1998: 102). La emisora respondió interfiriendo algunas radios del País Vasco, sobre todo Radio San Sebastián, con motivo de acontecimientos o conmemoraciones importantes: la festividad del 15 de agosto, por ejemplo, o el llamado día de la patria vasca (*aberri eguna*).

Desde su nacimiento, Radio Euzkadi tuvo que hacer frente a tres problemas igualmente acuciantes. El primero fue la escasez de informaciones, sobre todo procedentes del País Vasco. Eran pocas las colaboraciones, menos aún las que llegaban de forma regular, y no todo lo que se recibía era aceptable para Rezóla. Así que Radio Euzkadi debía basarse en buena medida en las publicaciones oficiales del exilio y las clandestinas del interior, con el consiguiente retraso de las noticias. Unas publicaciones que, a su vez, servían para difundir la existencia de la emisora: «Oír Radio Euzkadi es un acto de Resistencia; difundir sus horarios y divulgar sus comentarios e informaciones es Resistencia activa. ¡Vasco: en el taller, en la fábrica, en la oficina: difunde la voz de los vascos que luchan por la Libertad!» (Rodríguez y Arrieta, 1998: 169).

El segundo problema fue el económico. Los ocho años de vida en Francia están llenos de cartas de Rezóla al lehendakari Agirre explicándole la situación, a veces desesperada, en la que vivían los trabajadores de la emisora. «Algunos han tenido que pedir dinero prestado y temen que estas demoras no se recuperen y tengan que estar todos los meses acudiendo a la benevolencia de sus amistades y acreedores», escribía en 1949 (Rodríguez y Arrieta, 1998: 134). Pero el Gobierno vasco iba disponiendo de cada vez menos fondos a medida que pasaba el tiempo y se desvanecía la esperanza de la caída del franquismo. Esos problemas financieros obligaron a reubicar Radio Euzkadi a finales de 1949. Los equipos de Mouguerre y San Juan de Luz se instalaron en un solo edificio, en Ciboure. Con este motivo, la emisora debió salir del aire durante casi tres meses.

Ese traslado se efectuó también por una cuestión de seguridad, relacionada con el tercer problema que sufrió Radio Euzkadi y que a la postre motivó su cierre: el diplomático. La emisora intentó ocultar su emplazamiento, sobre todo a los posibles agentes de Franco. Podría pensarse que con ello se quería evitar cualquier atentado o acción de sabotaje. Pero la verdadera razón es que, al descubrir que emitía desde Francia, la dictadura podría iniciar una ofensiva diplomática para conseguir su cierre. Así ocurrió. Pronto empezaron las sospechas sobre las extrañas actividades que se realizaban en casa del sacerdote de Mouguerre. El franquismo estuvo seguro de que desde allí transmitía Radio Euzkadi en 1948. De julio de ese año son las primeras protestas ante el Ministerio de Exteriores francés y ante la delegación de Francia en España (oficialmente no había embajador). El traslado a Ciboure al año siguiente despistó a la dictadura, pero solo temporalmente.

Radio Euzkadi transmitía sin licencia, como hemos dicho. Su futuro dependía, pues, de la buena voluntad de las autoridades francesas. La coyuntura fue la más favorable en los primeros años: Franco vivía su época de mayor aislamiento internacional y Francia su etapa de mayor beligerancia contra el régimen. Los republicanos españoles habían desempeñado un importante

papel en la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, y los sentimientos antifascistas estaban a flor de piel en buena parte de la población de un amplio espectro político. Tras el fusilamiento del maqui comunista Cristino García, considerado un héroe de la resistencia gala, Francia cerró su frontera con España el 1 de febrero de 1946. La volvió a abrir el 1 de marzo de 1948. La Guerra Fría y los intereses económicos iban mudando poco a poco la percepción de algunos políticos franceses. Unos empezaban a ver a Franco como un baluarte anticomunista. Otros comenzaban a preguntarse si Francia no estaba tirando piedras contra su propio tejado al renunciar a su productivo comercio con España en aras de una causa que cada vez parecía menos factible (la oposición a la dictadura no se ponía de acuerdo y Gran Bretaña y Estados Unidos se inclinaban cada vez más a respetar el *statu quo*). Otros, por último, veían necesario el entendimiento para dar una solución consensuada al movimiento independentista marroquí, cuyo protectorado compartían ambos países.

La dictadura aprovechó el nuevo clima. Quería hacer de Radio Euzkadi un elemento de negociación para una completa normalización de relaciones con Francia. Al principio, las reclamaciones de Madrid cayeron en el vacío. Pero desde 1951, cuando se produjo el intercambio oficial de embajadores, y aún más tras los acuerdos económicos y militares entre España y Estados Unidos, se impuso el pragmatismo en el Gobierno. En 1954, Francia propuso un trueque: ellos cerrarían Radio Euzkadi si España se comprometía a silenciar las proclamas antifrancesas emitidas desde Radio Tetuán. Y España aceptó. El entonces primer ministro, el socialista Pierre Mendes-France, encargó a su ministro del Interior, François Mitterrand, que procediera a suprimir Radio Euzkadi. En agosto de ese año, 1954, terminó la primera época de la emisora vasca.

Los protagonistas de la segunda etapa pertenecieron a una generación más joven. Fueron hijos de vascos exiliados en Venezuela, que pertenecían a EGI, las juventudes del PNV, y que pese a la distancia mantenían vivo un sentimiento identitario, de pertenencia a una comunidad, a través del Centro Vasco de Caracas. A ellos les comentó Joseba Rezóla la idea de resucitar allí Radio Euzkadi, que se presentaría como continuación de la francesa, pero que en la práctica no sería ya un órgano de gobierno, sino de partido. La tarea sería mucho más complicada. Por un lado, hacían falta unos equipos potentes para poder salvar con garantías los ocho mil kilómetros que les separaban del País Vasco. Por otro, todo el trabajo debía realizarse de nuevo sin poder recurrir a un apoyo oficial del país anfitrión (todo lo más, con la complicidad de algún funcionario venezolano que intentara detener cualquier iniciativa española si se descubría la ubicación de la emisora).

La idea se formuló por primera vez en 1960, pero pasaron cinco años hasta que todo estuvo a punto. Se compraron dos transmisores dobles de segunda mano («Pedro» y «Pablo», como los bautizaron en clave los promotores de la emisora). Se buscó un terreno a cincuenta kilómetros de Caracas, en plena selva tropical, cuyo propietario lo cedió gratuitamente para el proyecto. Se contrató a una persona encargada de custodiar el terreno y de poner en funcionamiento la emisora a las horas establecidas. Se construyeron la vivienda para esta persona, las casetas para los transmisores, una cerca... Los programas se grababan en Caracas, en habitaciones de apartamentos, y luego las cintas se llevaban a la planta transmisora (un viaje de aproximadamente una hora). El equipo encargado de elaborarlos llegó a estar compuesto por veintiséis personas, una cifra engañosa, pues no se dedicaban a la radio a tiempo completo, sino

que debían compatibilizar esa labor con sus trabajos remunerados. Uno de los directores de esta nueva Radio Euzkadi, entre 1969 y 1975, fue un joven que sería después conocido como diputado en el Congreso: Iñaki Anasagasti. Para desviar la atención, se hizo correr el rumor de que la emisora estaba instalada en un fiordo noruego o en un barco. Por eso, a la emisora se la bautizó en clave como «la txalupa».

La primera emisión regular se produjo el 20 de julio de 1965, aunque la inauguración oficial se realizó el 15 de septiembre. «Hemen Euzkadi Irratia, Eusko Erresistentziko Gudarien Deia. Aquí Radio Euzkadi, la Voz de la Resistencia Vasca». Los programas se grababan tres veces a la semana (lunes, miércoles y viernes), pero las emisiones eran diarias. Así que en cada sesión de grabación se realizaban dos programas (el del domingo se repetía el lunes). Eran espacios de media hora que se difundían varias veces al día. Este sistema (tal vez el único compatible con la dedicación a tiempo parcial de los colaboradores) aseguraba la presencia constante de Radio Euzkadi en las ondas, pero le restaba actualidad.

Los problemas diplomáticos no fueron tan importantes en esta segunda etapa, aunque siempre había que guardar precauciones, esta vez no solo para ocultar el emplazamiento a los agentes franquistas, sino también a otros grupos del exilio, singularmente ETA. Pero se repitieron la falta crónica de fondos y la escasez de información. Los miembros de EGI en Caracas, además de hacer funcionar la emisora en el terreno técnico y de redacción, debían encargarse de recaudar fondos para mantenerla. No obstante, es probable que la emisora recibiera algún apoyo de Estados Unidos a cambio de los «servicios» prestados por la resistencia vasca en Sudamérica (Rodríguez y Arrieta, 1998: 324-325).

En cuanto a la información, hubo algunos logros notables, como el Aberri Eguna de 1966, cuando esa misma noche se informó de lo que había ocurrido en Vitoria: con las noticias recibidas por teléfono y telégrafo (en mensajes en código, para abreviar) se realizó un guión que se grabó con urgencia y se llevó a tiempo al transmisor. Pero, al igual que en la etapa francesa, las colaboraciones y las noticias procedentes del País Vasco eran pocas y llegaban con retraso, ya que primero tenían que pasar por París para asegurar el secreto del emplazamiento. El telégrafo y el teléfono solo podían emplearse en situaciones realmente excepcionales, por su precio. Costaba mantener la ficción de que la emisora se hallaba en Europa sin noticias variadas y actuales. Un oyente se quejaba en 1969 de que las noticias que se daban eran generalmente «fiambres» (Rodríguez y Arrieta, 1998: 275). Se intentó crear una red de corresponsales en diferentes ciudades para que enviaran sus textos directamente a Venezuela, pero sin éxito. La combinación de escasez y retraso resultaba fatal en el momento en que en España se aceleraban los cambios, se intensificaban las movilizaciones y finalmente se producía la transición a la democracia. Pero, según los investigadores José Antonio Rodríguez y Leyre Arrieta, aunque el epicentro de las luchas estuviera en el interior y no en el exilio, Radio Euzkadi seguía siendo necesaria «para ayudar a mantener viva la llama de la legitimidad de los derechos y libertades del País y de su reivindicación de autogobierno, y el referente histórico de un proyecto nacionalista democrático frente a la alternativa de ETA» (Rodríguez y Arrieta, 1998: 12).

Radio Euzkadi no esperó tanto como «Radio Pirenaica» para dejar de emitir. El 30 de abril de 1977, con el PNV actuando en la legalidad, con la ikurriña como bandera autorizada, el equipo de Venezuela puso el punto final a la aventura. «Radio Euzkadi, la Voz de la Resistencia Vasca, se retira del aire con todos los honores en alto y esgrimiendo el estandarte del lema

«EUSKOTARREN ABERRIA EUSKADI DA. EUSKADI ES LA PATRIA DE LOS VASCOS» (Rodríguez y Arrieta, 1998: 330).

LAS VOCES PORTUGUESAS

La neutralidad de Salazar en la Segunda Guerra Mundial fue más sincera y estable que la de Franco. Además, la evolución política portuguesa nunca tuvo el componente simbólico de la Guerra Civil española. Por eso, la URSS no creó para Portugal una emisora clandestina de las que nacieron en 1941.

Durante nuestra Guerra Civil, exiliados portugueses habían realizado emisiones hacia su país desde Barcelona y Madrid, como respuesta a los mensajes de apoyo a Franco que transmitían a diario las radios de Portugal (Pasetti [ed.], 2013). Pero hubo que esperar hasta los años sesenta para que volvieran a oírse las voces clandestinas contra el salazarismo. Esa ausencia puede explicarla al menos en parte el hecho de que Portugal tuviera una sociedad civil relativamente poco organizada y un número bajo de receptores de radio.

Las emisiones clandestinas reaparecieron a comienzos de los años sesenta impulsadas por varios factores. Primero, el terremoto político provocado por Humberto Delgado, «el general sin miedo», que en 1958 con el respaldo de parte de la oposición estuvo a punto de ganar las elecciones a la Presidencia de la República frente al candidato oficial del régimen (según algunas fuentes las ganó, de hecho, y solo se evitó su elección con un fraude masivo). Segundo, las acciones prácticas y de propaganda que en esos años realizaron nuevos movimientos políticos o político-militares de izquierda, como el Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación, uno de los escasos ejemplos de cooperación entre las oposiciones española y portuguesa. Tercero, el inicio de las guerras contra los movimientos de liberación primero en Angola, en 1961, y después en Guinea-Bisáu y Mozambique. Y cuarto, el liderazgo político de Álvaro Cunhal, fugado de una cárcel salazarista en 1960, y que al año siguiente se convirtió en el secretario general del Partido Comunista Portugués. Cunhal, que marcaría el rumbo de su formación política durante décadas, se propuso rescatar al PCP de lo que consideraba «desvío de derechas» de los años anteriores, manteniéndolo al tiempo al margen de «peligrosas aventuras» izquierdistas, e imbricarlo más en los movimientos sociales que despertaban.

No es casual que la ascensión de Cunhal coincida con la puesta en marcha de Rádio Portugal Livre. De hecho, puede decirse que la emisora no fue tanto la portavoz del PCP como de Cunhal. Mientras residió en Moscú, el secretario general del PCP controlaba la orientación política de la emisora mediante conversaciones telefónicas regulares y cartas. Cuando se instaló en París, se comunicaba solo por cartas enviadas por correo ordinario con algunas claves muy poco crípticas para disimular su contenido (por ejemplo, en lugar de mencionar a la radio, hablaba de «vuestra revista»). Las informaciones llegadas de Portugal eran centralizadas por Cunhal, que las seleccionaba y filtraba para remitirlas luego a la redacción (Madeira, 2011: 708).

Los contactos con los soviéticos se realizaron desde el verano de 1961. Y Moscú decidió que la emisora se instalaría en Bucarest, que al fin y al cabo ya acogía a Radio España Independiente. Podrían verlo como una cuestión de cercanía geográfica de ambos países ibéricos, o simplemente de sinergia en el empleo de los recursos²⁹. Pero, en vez de la solidaridad y confraternización que

cabría esperar, las referencias mutuas entre ambas radios, y entre ambos partidos comunistas, son insignificantes. Había una falta de sintonía, primero, por las malas relaciones personales entre los dos secretarios generales comunistas, Álvaro Cunhal y Santiago Carrillo, y después por una visión política distinta acentuada tras el fin de la «Primavera de Praga». En 1968, Carrillo inició el camino hacia el eurocomunismo, mientras Cunhal situó a su partido entre los prosoviéticos a ultranza. Además, mientras el PCE abandonó la estrategia guerrillera a comienzos de los años cincuenta, el PCP impulsó a finales de los sesenta la creación de la Acção Revolucionária Armada para luchar por medio del sabotaje contra la dictadura y sus guerras coloniales.

Rádio Portugal Livre empezó a emitir el 12 de marzo de 1962, con el indicativo de «Habla Rádio Portugal Livre. Aquí Rádio Portugal Livre, emisora portuguesa al servicio del pueblo, de la democracia y de la independencia nacional». «Rádio Portugal Livre será la voz de millares de patriotas que en las fábricas y en los campos, en las universidades y en los grandes centros, luchan para derribar al Gobierno de Salazar y conquistar la libertad y la democracia», se dijo en la primera emisión³⁰. La prensa comunista habló de un impacto inmediato en la opinión pública portuguesa. «La noticia se divulgó más que deprisa y en poco tiempo el entusiasmo corrió de norte a sur», escribió la publicación *Avante!* en abril³¹. Pero *O militante*, el órgano del partido, recordaba ocho años después a los suyos la necesidad de escuchar las emisiones sin excusas.

La justificación más usada por los que no oyen con regularidad la radio es la falta de tiempo o «ya sé lo que van a decir». La falta de tiempo traduce una falta de interés y una evidente subestimación del papel de la radio del partido. Los que dicen «ya sé lo que van a decir» manifiestan una actitud de autosuficiencia para con nuestra radio. Estas actitudes son incorrectas, debiendo hacerse un esfuerzo para eliminarlas dentro del partido³².

Comparando las dos emisoras comunistas ibéricas, se observan muchos contenidos comunes (información sobre movilizaciones sociales e incitación a realizarlas, orientaciones ideológicas, campañas por la libertad de los presos políticos, mensajes de solidaridad hacia y desde otros pueblos en lucha...). Pero Rádio Portugal Livre fue inferior a «Radio Pirenaica» en varios ámbitos. No solo en duración (doce años frente a treinta y seis). También tuvo menos personal: pocos trabajaron al mismo tiempo en «La Pirenaica», pero el equipo de Rádio Portugal Livre lo compusieron como máximo ocho personas, en las mismas condiciones de clandestinidad que los españoles. Y emitía muchas menos horas al día: desde 1964, cuatro períodos de treinta minutos, uno por la mañana y tres por la tarde-noche, más una emisión especial de mediodía los domingos, también de treinta minutos, dedicada a los campesinos. Sobre todo, la radio portuguesa tuvo menos vuelos. Se la concibió en buena parte como un altavoz para difundir los documentos del partido. Se leían íntegramente *O militante* y *Avante!* Además, el sistema de recepción de noticias hacía que la información sobre el interior de Portugal llegara con mucho retraso, lo que contrasta con la obsesión de Ramón Mendezona por recibir informaciones de España lo más pronto posible. Por último, Rádio Portugal Livre fue, ante todo y sobre todo, portavoz del PCP, teniendo muy poca cabida en sus emisiones incluso los colectivos unitarios en los que el partido se integró. Claro que para eso había otra emisora: Rádio Voz da Liberdade.

En diciembre de 1962, en Roma, buena parte de los viejos y nuevos movimientos del antisalazarismo, entre ellos el PCP, crearon una organización llamada Frente Patriótica de Libertação Nacional (FPLN). En aquella reunión, Álvaro Cunhal dijo que Rádio Portugal Livre pertenecía al PCP, pero que estaba dispuesto a conceder un tiempo de emisión a los movimientos

unitarios (Madeira, 2011: 488). Unos meses después, la sede de la nueva organización se estableció en Argel. El Gobierno del país recién independizado les dio todas las facilidades para instalarse, incluida una emisión radiofónica que comenzó el 28 de septiembre de 1963. Rádio Voz da Liberdade no era una emisora autónoma, sino un programa que se transmitía desde la radio oficial argelina primero los sábados, y después también los lunes y miércoles³³. Como otros programas transmitidos desde Argelia, Rádio Voz da Liberdade tenía la ventaja de que no solo se captaba en onda corta, sino también en onda media, facilitando la escucha de los portugueses a través de aparatos más baratos. Uno de los locutores más recordados de aquella emisión, y uno de los principales dirigentes del FPLN, fue el poeta Manuel Alegre, que definió el programa como «un grito en la noche contra la censura y contra el miedo»³⁴.

Los gobernantes argelinos soñaban con una comunidad de países africanos independientes y socialistas. Junto a la Cuba también recién nacida a la revolución, Argelia se estaba convirtiendo en el ejemplo para todos los movimientos del mundo que buscaban transformaciones sociales radicales siguiendo la llamada vía tercermundista. Desde su independencia ayudó de distintas formas a los movimientos de liberación que surgían por todo el continente, entre ellas cediendo tiempos de emisión en la radio. El FPLN era una organización de la metrópoli, pero defendía al tiempo la democracia en Portugal y la independencia de las colonias africanas. Por eso, para Argelia resultaba un portavoz útil que podría hablar al pueblo portugués sobre el sinsentido de prolongar las guerras coloniales, y hacerlo desde el propio pueblo portugués, y no desde los movimientos de liberación cuya voz podría haber sido rechazada debido a las tensiones de las luchas. Rádio Portugal Livre dedicó importantes espacios a respaldar la independencia de las colonias portuguesas. Pero Rádio Voz da Liberdade ponía un énfasis mucho mayor en este tema. Los líderes independentistas, Agostinho Neto, Amílcar Cabral o Eduardo Mondlane, con residencia temporal o permanente en Argelia, pasaron más de una vez por sus micrófonos.

Las relaciones entre las dos emisiones clandestinas no siempre fueron cordiales en los primeros meses. El FPLN tenía una composición plural y, por tanto, la orientación de su propaganda dependía mucho de quién la controlase en la práctica. Rádio Voz da Liberdade llamaba a realizar pequeñas acciones de sabotaje y divulgaba dónde residían los dirigentes del régimen y los agentes de la policía política portuguesa (la PIDE). El PCP asociaba estas acciones con puro y simple terrorismo. Por eso, según los comunistas, no podían transmitirse como posiciones oficiales del FPLN lo que en realidad eran planteamientos de personas con largos años de exilio y sin ligazón con las masas portuguesas. «La impaciencia y la fatiga física de ciertos políticos no contagiará al movimiento democrático portugués», se afirmaba desde Rádio Portugal Livre a comienzos de 1965 (Madeira, 2011: 542).

El líder inicial del FPLN fue el general Humberto Delgado. No era aceptado con entusiasmo por algunos componentes de la organización, dado su carácter polémico e imprevisible (el PCP le había llamado en 1958 «el general de la Coca-Cola») (Soley y Nichols, 1987: 160). Pero era quien más apoyos podía concitar. En 1963 se hallaba exiliado en Brasil. Había conseguido que algunos de sus partidarios en ese país realizaran emisiones hacia Portugal, aunque utilizaban aparatos de radioaficionado que, en consecuencia, solo tenían una repercusión limitada (Pasetti [ed.], 2013). Delgado se trasladó a Argel, pero al cabo de unos meses rompió con el FPLN, al que no consideraba suficientemente volcado en la acción directa contra la dictadura, y junto a los miembros más radicales de la coalición formó su propia organización. Esta ruptura provocó su

expulsión de Argelia. Meses después, en febrero de 1965, el general desapareció. Corrieron rumores de que había sido secuestrado o asesinado por la PIDE, pero entre los miembros del FPLN la noticia se tomó inicialmente con cautela. El PCP, desde Rádio Portugal Livre, el 15 de abril, llegó a hablar de un posible montaje del general para «procurar recuperar el prestigio perdido con maniobras de este tipo, jugar abusivamente con sentimientos de solidaridad antifascista y de fraternidad humana, mantener una publicidad con aureola de mártir, estando vivo y libre» (Madeira, 2011: 544). Pero a los pocos días emergió la realidad: Delgado había sido asesinado por agentes de la dictadura salazarista en la localidad de Villanueva del Fresno, en Badajoz.

En septiembre de 1970, los elementos más radicales del FPLN tomaron el control de la dirección de Argel. A través de Rádio Voz da Liberdade anunciaron que la organización rompía con el Partido Comunista Portugués y pasaba a apoyar a las Brigadas Revolucionárias, un grupo de tipo guevarista. Denunciaron la «parálisis» a la que había conducido la política de los comunistas y llamaron a una campaña de violencia revolucionaria contra la dictadura (Soley y Nichols, 1987: 161). La respuesta airada del PCP, que había dominado el FPLN en los cinco años anteriores, llegó unos días después a través de Rádio Portugal Livre. Calificaron la decisión como un «golpe de aventureros» que no pretendían servir a la lucha del pueblo portugués, sino «servirse de ella para sus ambiciones personales». Aseguraron que era, además, una «maniobra de división y distracción objetivamente provocadora» y una «tentativa de apropiación indebida de la sigla FPLN y de sus medios de trabajo»³⁵. Desde ese momento, ambos grupos se atacarían a través de sus dos emisoras.

En 1968, una grave enfermedad incapacitó a Salazar para las tareas de gobierno (moriría en 1970). Lo sustituyó el profesor Marcelo Caetano (también al frente del Gobierno, no del Estado).

No hay que hacerse ilusiones —advertía Rádio Portugal Livre por aquellos días—. Los fascistas no entregarán el poder por libre voluntad. Solo el pueblo portugués, solo las masas populares, solo la acción unida y organizada de los demócratas portugueses, solo el desencadenamiento de un gran y poderoso movimiento nacional por la libertad podrá desalojar a los fascistas del Gobierno e instaurar en Portugal un régimen democrático³⁶.

Pero, a diferencia de lo que ocurrió en España, el salazarismo sí sobrevivió a Salazar durante unos años. La crisis interna podía ser cada vez más aguda y las protestas sociales cada vez más importantes, pero el «Estado Novo» aguantaba cuatro décadas después de instaurarse. La dictadura no se derrumbó por esa acción enérgica y decidida de las masas que preveía la emisora comunista, sino por el golpe de Estado que el 25 de abril de 1974 dieron unos militares jóvenes (los «capitanes de abril») con unos objetivos democráticos y anticolonialistas. Rádio Portugal Livre saludó la acción del Movimiento das Forças Armadas como el estadio final de la crisis del régimen. «Se abren reales perspectivas para que en el corto plazo sea liquidada la dictadura fascista, se ponga fin a la guerra colonial y se instaure en Portugal un régimen democrático»³⁷.

Los líderes exiliados regresaron de inmediato al país. Pero la normalidad democrática aún estaba lejos. Pasaron dos años de agitación política, económica, social y militar, en los que unos querían avanzar hacia la revolución socialista y otros retroceder hacia el régimen salazarista. Las radios clandestinas, sin embargo, no esperaron hasta la institucionalización de 1976 para dejar de emitir.

No se sabe a ciencia cierta cuándo lo hizo Rádio Voz da Liberdade. Algunas investigaciones

dicen que fue después del 25 de abril. Otras afirman que lo hizo ya en 1973, cuando lo que quedaba del FPLN desapareció y se creó el Partido Revolucionário do Proletariado. Incluso hay quien señala que a finales de ese año ese grupo puso en marcha una radio clandestina desde dentro de Portugal con el nombre de A Voz da Revolução (Soley y Nichols, 1987: 162). En cualquier caso, aquella organización que nació como unitaria hacía tiempo que había dejado de serlo, y por tanto ya no era útil a las autoridades argelinas.

Rádio Portugal Livre, «consciente de haber cumplido en lo esencial una honrosa misión», suspendió sus emisiones el 26 de octubre de 1974, recién clausurado el VII congreso del PCP. Los comunistas consideraron que con el partido trabajando a cara descubierta en las calles no tenía sentido mantener la emisora clandestina. Al hacer balance de su labor, sus trabajadores decían sentirse satisfechos: «Rádio Portugal Livre fue la voz que rompió la mordaza de la censura y las barreras de la represión [...]. Trabajó sin descanso para la creación de las condiciones que permitieron el derrumbamiento del fascismo y el establecimiento de las libertades democráticas». La última transmisión terminaba con un deseo de futuro:

Que nunca más en Portugal la lucha por la libertad tenga que volver a ser clandestina. Que nunca más la voz del pueblo portugués sea sofocada por la opresión de las fuerzas fascistas y reaccionarias. Que puedan de aquí en adelante y para siempre en Portugal actuar libremente y a la luz del día los que ponen su esfuerzo al servicio del pueblo, de la democracia y de la independencia nacional³⁸.

²³ Mi tesis doctoral, que dio lugar al libro *Radio Pirenaica, la voz de la esperanza antifranquista*, publicado por Marcial Pons en 2008, fue la primera monografía global y extensa de la emisora redactada por alguien que no estuvo implicado directamente en ella. La mayoría de afirmaciones y conclusiones que contiene este epígrafe provienen de ese estudio. Sin embargo, para evitar la imagen de arrogancia o inmodestia que podría resultar del exceso de autocitas, solo me referiré a mi libro cuando entrecomille material relacionado con la emisora que aparezca en él.

²⁴ Audio del discurso disponible en el Archivo Histórico del PCE.

²⁵ Una descripción más detallada de los procedimientos para escribir y sacar de la cárcel esos textos se encuentra en Zaragoza Fernández (2008: 202-203).

²⁶ Una explicación detallada de cómo operaba este servicio de interferencia se encuentra en Zaragoza Fernández (2008: 369-371).

²⁷ Esta última emisión se conserva grabada en el Archivo Histórico del PCE.

²⁸ «Nota confidencial para la comisión encargada de los asuntos de España en la Internacional Socialista», archivo de la Fundación Largo Caballero, fondo Benito Alonso Gómez, signatura 000111-103.

²⁹ Diversos estudios, entre ellos el de Soley y Nichols (1987: 159), afirman que las dos emisoras compartían transmisores e incluso instalaciones, pero no he encontrado referencias de ello en el archivo del PCE sobre Radio España Independiente.

³⁰ Grabación incluida en la casete *Fala Rádio Portugal Livre*.

³¹ Consultada en www.pcp.pt.

³² Consultado en www.pcp.pt.

³³ Un folleto con el horario de emisiones, sin fecha, puede consultarse en <http://casacomum.org>.

³⁴ En un artículo consultado en www.pcp.pt.

³⁵ El documento con la respuesta del PCP puede consultarse en <http://casacomum.org>.

[36](#) Grabación incluida en la casete *Fala Rádio Portugal Livre*.

[37](#) Grabación incluida en la casete *Fala Rádio Portugal Livre*.

[38](#) Grabación incluida en la casete *Fala Rádio Portugal Livre*.

CAPÍTULO 5

Ondas ante el acero

CORAZONES Y MENTES

Poco después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética se han lanzado a una batalla ideológica en gran escala en la que el arma ha sido la propaganda; el campo de batalla, los canales internacionales de comunicación; y el precio, las lealtades y obediencias de los hombres y de las mujeres a lo largo y ancho del mundo — escribió en 1951 el soviólogo Alex Inkeles—. Sin duda alguna, el aspecto más importante de este combate es su efecto sobre las mentes de la gente, y las implicaciones de tales efectos en la estabilidad nacional y la paz internacional (Mattelart, 2003: 142-143).

Es habitual leer que la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética fue, ante todo, una guerra ideológica, una guerra diplomática y propagandística para mostrar la superioridad de un sistema sobre otro, a la que la radio sirvió con entusiasmo. Desde que a finales de los años cuarenta la URSS estuvo también en disposición de fabricar armas nucleares y, por tanto, se hizo real la posibilidad de la destrucción completa del planeta en cuanto se alcanzara un punto de no retorno, hubo un consenso tácito entre las dos superpotencias para derivar la confrontación del terreno militar al psicológico. El mundo se llenó de mensajes que incidían en la libertad —si procedían de Estados Unidos— o en la paz —si lo hacían desde la URSS—, que la actuación de ambos países no tenía por qué corroborar en la práctica.

En realidad, esta caracterización de la Guerra Fría, tan repetida, es válida en esencia para Europa. El continente era el escenario donde más de cerca y durante más kilómetros se miraban las dos superpotencias vencedoras en 1945. Era el famoso «telón de acero» al que aludió Churchill. La Unión Soviética había visto cómo se establecía en torno a ella un «cordón sanitario» para aislarla cuando apenas empezaba a nacer, tras la Primera Guerra Mundial. Ahora era ese mismo país el que reclamaba una zona para su expansión y su seguridad. Mientras duró la Guerra Fría, Estados Unidos respetó en la práctica —más allá de la retórica liberacionista— esa esfera de influencia, como se comprobó en las distintas convulsiones que sacudieron el bloque socialista. Pero, ante una Europa en buena parte destruida tras la Segunda Guerra Mundial, Washington asumió el papel de frenar cualquier veleidad expansionista de la URSS, sobre todo en el sur del continente, un área vital desde el punto de vista geoestratégico y donde el credo comunista tenía más partidarios.

Así, en la Europa del Este, las frágiles democracias burguesas surgidas tras la guerra fueron reemplazadas por «democracias populares» bajo control comunista. Desde Moscú, Stalin desencadenó un proceso de purgas a gran escala entre los «partidos hermanos» recién llegados al poder, para asegurarse la fidelidad de lo que empezó a conocerse como «países satélites» y cercenar cualquier pretensión de que desarrollaran políticas nacionales autónomas (solo fracasó en Yugoslavia). En la Europa Occidental, los partidos comunistas (algunos tan importantes como el de Italia o el de Francia) salían por fuerza o de grado de los Gobiernos de unidad nacional constituidos tras la guerra. Algunos eran ilegalizados o se creaban cortafuegos para impedir que

pudieran tener algún poder real. Sin llegar a los niveles de paranoia que se vivieron en Estados Unidos, el ambiente anticomunista marginaba a artistas, científicos, filósofos o profesores. Pero el miedo al contagio revolucionario, combinado con la ayuda económica estadounidense y con un amplio y raro consenso entre las fuerzas socialdemócratas y conservadoras, llevó a Europa Occidental a una pronta época de prosperidad (con matices según países, desde luego, pero inimaginable en 1945) y a la creación de un nuevo modelo de desarrollo social: el «Estado del bienestar».

Hubo tensiones militares, tiras y aflojas a finales de los años cuarenta para medir las fuerzas propias y las contrarias. Ahí están el bloqueo de Berlín por Stalin durante meses o la sangrienta guerra civil en Grecia. Pero, desde que se alcanzó un precario equilibrio basado en la amenaza de la destrucción mutua asegurada en el mismo centro de la «civilización», la guerra en Europa fue ante todo de palabras e imágenes. Distintas serían las cosas en África, en Asia y en América, en ese tercer mundo que luchaba por su independencia política o económica. Los numerosos conflictos calientes que tendrían lugar durante toda la Guerra Fría serían el campo de pruebas para dar salida a la industria armamentística de las dos superpotencias y para medir su capacidad de influencia real, mediante el apoyo político, económico, diplomático o militar de forma directa o indirecta a grupos con más o menos arraigo en cada territorio. A esa historia llegaremos después. No obstante, en esos continentes tampoco se descuidó, ni mucho menos, la batalla por los corazones y las mentes de los hombres.

Fue, pues, una batalla internacional y, por lo tanto, la radio sería un vehículo privilegiado para ella, pues durante décadas fue el único medio capaz de atravesar fronteras, aunque tuviera que saltar por encima de las interferencias. Los sociólogos de los medios de comunicación, los psicólogos, los políticos y los militares que habían trabajado durante la Segunda Guerra Mundial en el terreno de la guerra psicológica pusieron sus conocimientos al servicio de los nuevos retos en la nueva coyuntura. Pero la lucha no estuvo solo en el ámbito de la esencia —en los contenidos que se transmitían—, sino también en el de la apariencia —en la percepción que se proyectaba de la propia potencia y de la del adversario. Por un lado, al igual que hubo una acumulación armamentística, la hubo también de transmisores, de frecuencias, de horas de emisión. En una comisión del Senado estadounidense, el responsable de La Voz de América desveló que emitían para África ciento treinta horas a la semana en cuatro lenguas (inglés, francés, árabe y swahili), mientras que Radio Moscú transmitía doscientas treinta y cinco en quince idiomas. Ahora bien, preguntado sobre la eficiencia de semejante arsenal de ondas soviético, el responsable de La Voz de América reconoció que era bastante limitada porque en muchos países se consideraba sus emisiones demasiado propagandísticas, tan estridentes que, según los datos disponibles, solo las escuchaban los miembros de los partidos comunistas o sus simpatizantes (Mattelart, 2003: 172).

Por otro lado, fue habitual, en los informes públicos y en los internos de ambos bandos, atribuir al otro mucha mayor perfidia y agresividad, lo que a su vez valía a los servicios de inteligencia y contrainteligencia para justificar sus propias acciones. En otra comisión del Senado norteamericano se afirmó que las actividades del Este equivalían a seis veces las de Occidente, y la desproporción sería aún mayor si se contabilizaran las operaciones clandestinas (Mattelart, 2003: 172). Para Estados Unidos y sus aliados, la amenaza estaba en los partidos comunistas y en otros movimientos en teoría apolíticos, que no eran sino correas de distribución de las

instrucciones dictadas en el Kremlin. Para la URSS y sus aliados, la amenaza estaba en las grandes empresas transnacionales, sobre todo las de información y entretenimiento, que en teoría eran privadas, pero que compartían intereses, objetivos y financiación con los Gobiernos para inculcar de forma sutil determinados valores «nocivos».

De ahí que uno de los debates más prolongados de toda la Guerra Fría fue el que enfrentó la tesis del libre flujo de la información, defendida por Estados Unidos, con la de la soberanía nacional, sostenida por la Unión Soviética. Los teóricos del bloque comunista afirmaban que las transmisiones internacionales sin permiso del Estado receptor eran una interferencia ilegal en los asuntos internos de los países. Como explicó uno de ellos: «La libertad absoluta para informar a otros países sin respetar sus deseos compromete su libertad. Para ser coherentes, los defensores de la libertad absoluta tendrían que reconocer que otros países sean libres para admitir esa información o para rechazarla» (Marks, 1983: 47). Una tesis falaz en la práctica, porque solo quería evitar las ideas y las informaciones incómodas para los dirigentes comunistas en el poder, pero al mismo tiempo no les impedía llevar a cabo ellos mismos una masiva propaganda internacional desde sus emisoras oficiales o apoyando a partidos «hermanos» en todo el mundo. Pero la creencia en el libre flujo también se demostró falaz cuando democracias como Francia o Inglaterra interfirieron, por ejemplo, las emisiones de El Cairo en sus colonias. Más motivos tenían para quejarse de ese libre flujo los países del Tercer Mundo en busca de su propio camino, cuyas voces más débiles quedaban ahogadas por las de los dos grandes. De ello hablaremos algo más en el capítulo 9. De momento, centrémonos en las repercusiones de la batalla por los «corazones y mentes» en Europa.

GRECIA: LA PRIMERA BATALLA

El fin de la guerra global en Europa no supuso la paz total. Antes de que la Guerra Fría se impusiera como concepto y como escenario de las relaciones internacionales hubo que liquidar algunos conflictos que habían quedado inconclusos en 1945. El más sangrante de ellos fue el de Grecia: una guerra de liberación, de independencia nacional tras la ocupación del país por Alemania en 1941, que se transformó en una guerra civil.

El Partido Comunista Griego (KKE) controlaba la organización más importante de la lucha contra los nazis, el Ejército Nacional de Liberación Popular (ELAS). Pero existía también una guerrilla de ideología conservadora agrupada en torno al rey Jorge II, entonces en el exilio. De modo que, ya durante el dominio nazi, hubo enfrentamientos entre las distintas organizaciones por la supremacía dentro de la resistencia, en lo que los historiadores coinciden en señalar como la primera fase de la guerra civil.

La retirada alemana en 1944 dejó un vacío que los comunistas griegos quisieron llenar. Eran los más fuertes y los que tenían más apoyo popular. Pero en octubre, Churchill y Stalin llegaron a un peculiar reparto de influencias por porcentajes en los Balcanes, en el que Grecia caía del lado británico. Un acuerdo que Londres trató de imponer de inmediato para facilitar la vuelta del rey, lo que implicaba debilitar la potencia comunista. Durante unas semanas pareció posible la pacificación del país, con un Gobierno de unidad nacional en el que participó también el KKE. Pero el 1 de diciembre, el general Scobie, que mandaba las fuerzas británicas en Grecia, ordenó

la desmovilización del ELAS para el día 10. Los ministros comunistas dimitieron por considerarla apresurada. El 3 de diciembre, el ejército británico abrió fuego contra una manifestación convocada por el KKE, matando a 28 civiles. Comenzó entonces la segunda fase de la guerra civil. El ELAS combatió a los británicos, reforzados por paramilitares conservadores que en muchos casos habían simpatizado —cuando no colaborado— anteriormente con el fascismo. Y todo ello ante la pasividad soviética.

En medio de esta lucha se oyó por primera vez Radio Grecia Libre (Eleytheri Ellada).

El pueblo griego sostiene de nuevo la lucha contra la tiranía —se dijo en la primera emisión—. Tras tanta hambre y destrucción, tras expulsar al salvaje intruso, creíamos que al fin florecería de nuevo una era pacífica y democrática. Pero ha empezado una nueva dramática batalla de los fascistas de este país, de los criminales de guerra y de las fuerzas británicas contra el pueblo (Soley y Nichols, 1987: 54).

La emisora acusó a los británicos de emplear abiertamente los métodos nazis para instalar un Gobierno fascista en Grecia. A finales de diciembre, Inglaterra lanzó una ofensiva por tierra y aire contra las posiciones del ELAS en Atenas. Radio Grecia Libre habló de «ataques asesinos contra el pueblo» (Soley y Nichols, 1987: 55). Finalmente se firmó una paz precaria el 12 de febrero de 1945. Radio Grecia Libre salió del aire.

Pero, lejos de ir hacia la normalidad, el clima político y social griego se enrareció cada vez más en los meses siguientes. El ELAS formalmente se desmovilizó y entregó sus armas, pero varios miles de militantes mantuvieron una pequeña guerrilla en el norte del país. El Gobierno apoyado por Londres garantizaba en teoría la libertad de expresión y asociación, pero muchos antiguos miembros del ELAS fueron detenidos, torturados y confinados en campos de concentración. Mientras, la extrema derecha alcanzaba posiciones en el ejército, la policía y la administración de justicia, como en ningún otro país de la Europa recién liberada, hasta el punto de que algunos historiadores hablan de un verdadero «terror blanco». En estas circunstancias, cada vez más antiguos partisanos retornaron a la guerrilla.

La tercera fase, la más sangrienta, de la guerra civil se inició en febrero de 1946. El KKE decidió boicotear las elecciones nacionales convocadas por el Gobierno para marzo. Meses después, las guerrillas poco a poco reconstituidas se transformaron en el Ejército Democrático de Grecia (DSE), mientras un plebiscito también boicoteado por el KKE refrendaba la vuelta de la monarquía. La Unión Soviética seguía pasiva, pero comenzaron a llegar pequeñas cantidades de armas desde Albania y Yugoslavia, donde los comunistas habían visto premiados con el poder sus esfuerzos en la resistencia contra el Eje. Esos países también sirvieron como refugios para los combatientes. Albania, además, proporcionó la infraestructura para que reapareciera Radio Grecia Libre.

Empezó a transmitir en julio de 1947 y desempeñó un papel importante en la guerra civil, como órgano de información y orientación para las dispersas fuerzas. Al poco tiempo de iniciar sus emisiones, anunció una nueva fase insurreccional: los ataques por sorpresa y las bases en el campo propios de las guerrillas quedaban atrás. Ahora se intentaría controlar grandes ciudades y no se rehuiría la confrontación directa con las tropas gubernamentales. También se comunicó al país y al mundo, el 24 de diciembre de 1947, la constitución de un «gobierno libre y democrático», el nacimiento de una república en la que se garantizaba completa igualdad al hombre y la mujer y se prohibía toda discriminación por razón de raza, religión, nacionalidad u opinión.

Las esperanzas que tuvieran los comunistas de triunfar en Grecia se desvanecieron por dos acontecimientos internacionales. El primero, la intervención de Estados Unidos, ante la imposibilidad británica de seguir sosteniendo militarmente al rey griego. Fue en el contexto de esa guerra civil cuando en marzo de 1947 el presidente Truman enunció la doctrina que pasaría a la historia con su apellido: su país apoyaría a los pueblos libres que resistieran los intentos de opresión por minorías armadas o por presiones exteriores (así se justificaba la intervención militar, directa o encubierta, ante la amenaza comunista). Grecia fue el primer campo de pruebas para una política que se extendería bien pronto a todo el mundo. Estados Unidos proporcionó armamento, transportes y consejeros.

Frente al fortalecimiento de las tropas gubernamentales, el DSE se dividió por otro acontecimiento exterior: la crisis entre Yugoslavia y la Unión Soviética. Stalin denunció a Tito como un traidor, renegado y agente del imperialismo. Yugoslavia fue expulsada de la Kominform. Los comunistas griegos se vieron entonces ante un problema de conciencia: las decisiones de la URSS no se cuestionaban, pero era Yugoslavia quien más apoyaba su lucha en la práctica. De hecho, por aquellos meses los equipos de Radio Grecia Libre habían dejado Albania y se habían instalado cerca de Belgrado (Shrader, 1999: 177). Los jefes del KKE y del DSE tomaron partido por uno u otro bando. Ganaron los prosoviéticos. Desde ese momento, Tito empezó a reducir su apoyo al DSE, y no solo por una cuestión ideológica (cuesta ayudar a quien te rechaza), sino ante todo material: sus antiguos países hermanos le habían cerrado las puertas, así que Yugoslavia para sobrevivir tenía que volcar todo su esfuerzo económico en sí misma o reclamar la ayuda occidental (en ambos casos, los comunistas griegos quedaban fuera de cualquier plan).

A comienzos de 1949, Radio Grecia Libre abandonó Yugoslavia y se trasladó a Bucarest. A partir de entonces se dedicó tanto a apoyar la lucha del DSE como a denigrar a Tito y a los suyos. El 6 de julio de 1949, afirmó que Yugoslavia permitía a los monarca-fascistas griegos maniobrar en su territorio para atacar a las guerrillas en las montañas. Tito se convertía en un «repugnante y artero enemigo» que había apuñalado al DSE por la espalda. Cuatro días después de estas acusaciones, Yugoslavia cerró la frontera con Grecia. Tito justificó su decisión, entre otras cosas, «por las falsas noticias transmitidas por el Ejército Democrático Griego» (Shrader, 1999: 185).

Un desastre militar ese verano terminó de precipitar las cosas. El 16 de octubre de 1949, Radio Grecia Libre anunció lo que era una derrota, por mucho que la emisora tratara de enmascararla:

El Gobierno griego provisional cesa sus hostilidades para evitar la destrucción total de Grecia. El Ejército Democrático no ha abandonado las armas, pero ha suspendido sus operaciones por el momento. Esto no debería interpretarse como que los griegos renuncian a la lucha por los derechos del pueblo. Los imperialistas anglo-americanos y sus agentes monarca-fascistas se equivocarían si asumieran que la lucha terminó y que el Ejército Democrático dejó de existir (Shrader, 1999: 240-241).

La guerra civil había terminado, pero sus consecuencias desastrosas siguieron presentes en Grecia, tanto en lo material como, sobre todo, en lo moral. Decenas de miles de muertos y desplazados, destrucción de comunicaciones y transportes, la casi completa aniquilación del partido comunista griego y la preponderancia de la extrema derecha reforzada ante el peligro comunista. La última batalla de la Segunda Guerra Mundial —o la primera de la Guerra Fría—

dejó en Grecia una sociedad polarizada.

La derrota del KKE no silenció Radio Grecia Libre, que continuó transmitiendo desde Rumania. No en vano, el partido siguió fuera de la ley tras la guerra civil, aunque intentó participar en el sistema a través de plataformas instrumentales. Para los comunistas en Grecia, aquellas emisiones que llegaban del extranjero simbolizaban la esperanza en una alternativa posible; para sus detractores, la amenaza de revivir amargos momentos.

Los precios son el doble que el año pasado, el paro es mayor y las ruinas más extensas —decía la emisora en agosto de 1950—. [...] En vez de pan y carne, importamos pistolas, tanques y aviones. Si el Ejército Democrático hubiera ganado, las cosas habrían sido diferentes. Grecia habría estado en el camino de la prosperidad como Albania, Bulgaria, Rumania y todas las democracias populares donde hoy el pueblo no conoce el hambre [...]. Por eso la lucha debe continuar hasta la victoria final (Stavrianos, 1952: 228-229).

La emisora siguió atacando a Tito hasta que Kruschev se reconcilió con él en 1955. Solo ese gesto cambió las opiniones.

En 1956, Radio Grecia Libre salió del aire. Reapareció dos años después desde Leipzig (Alemania Democrática), identificada como I Foni Tis Alitheias (La Voz de la Verdad). Compartía transmisores con Bizim Radyo (Nuestra Radio), dirigida por el Partido Comunista Turco, aunque las relaciones entre ambos países fueron cada vez más tirantes desde la independencia de Chipre en 1960, ya que griegos y turcos se disputaban la influencia sobre la estratégica isla.

La frágil democracia griega, en la que no estaban todos, colapsó el 21 de abril de 1967 cuando se impuso una junta militar encabezada por tres coroneles, que tomaron el poder con la excusa de una inminente nueva guerra civil. El golpe dio paso a una dictadura de ultraderecha singularmente feroz en la tortura de sus oponentes reales o ficticios. Ese diciembre, el rey Constantino intentó un contragolpe que le costó el exilio, aunque formalmente seguía siendo el jefe del Estado. La junta acabó con esa situación extraña en 1973, cuando consiguió que los griegos aprobaran en referéndum la proclamación de la república.

Entre los focos de oposición a la dictadura más recordados está el Instituto Politécnico de Atenas, sobre todo por los acontecimientos que tuvieron lugar en noviembre de 1973. El 14, los estudiantes dejaron de ir a clase y decidieron encerrarse en el edificio. Las reivindicaciones universitarias se mezclaban con la exigencia de democracia. La vacilación inicial de la junta permitió que se fueran congregando en el Politécnico estudiantes procedentes de otras facultades y obreros descontentos con el régimen militar. Pero la revuelta tenía que conocerse en toda la ciudad, en todo el país si era posible. Así que alumnos de un colegio técnico fabricaron en cuestión de horas un transmisor, mientras se elegía a los improvisados locutores que lanzarían al aire las consignas de «pan, educación, libertad» y «abajo la junta». «Nuestra radio fue la primera voz libre en seis años —recordó uno de ellos cuatro décadas después—. No teníamos armas, pero la radio era el grito de todos, y cada palabra era un disparo contra la dictadura». El 16 de noviembre, miles de personas se manifestaban en las calles de Atenas. La contemporización había terminado. Los coroneles enviaron al ejército a sofocar la revuelta. El primer tanque arrolló la puerta principal del edificio en la madrugada del 17. La radio animaba a la resistencia de los estudiantes y a la desobediencia de los soldados, pero aquellas voces pronto enmudecieron. La entrada del ejército, la desbandada posterior y la acción de francotiradores en los edificios contiguos al Politécnico provocaron decenas de muertos³⁹.

Los militares pretendieron hacer olvidar la crisis económica y social del país con un objetivo nacional exterior: la «gnosis», la unión con Chipre. Algo similar a lo que haría en 1982 la junta argentina respecto a las Malvinas, y con el mismo resultado. Grecia promovió un golpe de Estado para situar en el poder a hombres favorables a la unión, pero Turquía intervino y ocupó el tercio norte de la isla en defensa de los intereses de su comunidad, creando una república solo reconocida por ese país.

La dictadura de los coroneles se derrumbó tras el fracaso en Chipre. La vuelta de la democracia supuso, por fin, la legalización del KKE. El 14 de enero de 1975, La Voz de la Verdad dejó de emitir (Soley y Nichols, 1987: 81). Pero la ley de amnistía que permitió el regreso de los exiliados durante la guerra civil de los años cuarenta no se promulgó hasta 1982.

VIENTOS DEL OESTE: RADIO FREE EUROPE Y RADIO LIBERTY

Meses después de que los comunistas alcanzaran el poder absoluto en Checoslovaquia, en 1948, se pudo captar en onda corta una emisora que se identificaba como La Voz de Eslovaquia Libre y Democrática. Su transmisor fue confiscado a las pocas semanas. En 1949 apareció La Voz de la República Eslovaca, dirigida por el Comité de Liberación Eslovaco, que tenía su sede en Nueva York. Desapareció al poco tiempo y reapareció, aunque también brevemente, en 1950 (Soley y Nichols, 1987: 1 y 61). Ese mismo año salió al aire la Emisora de la Legión Blanca. La organización que la dirigía operó desde Austria y Eslovaquia sobre todo entre 1950 y 1955. Hacía hincapié en la preparación psicológica de la población, «la herramienta más efectiva en la desintegración del régimen desde dentro». Sus programas llamaban a crear en el pueblo un sentimiento de camaradería y de ayuda mutua para defender sus derechos en aquella época de terror comunista. Animaban también a ciertas formas de resistencia pasiva. Sus promotores aspiraban a crear en Eslovaquia una red clandestina de informadores al servicio del espionaje norteamericano, pero algunos grupos comenzaron a actuar bajo el nombre de Legión Blanca como si fueran unidades partisanas. La policía checoslovaca pudo desarticularlos y presentar a la Legión Blanca en su conjunto como una organización terrorista paramilitar instigada por su emisora desde el extranjero (Varinski, 2012).

Radio Rusia Libre transmitió entre 1950 y 1974 desde Corea del Sur, Taiwán y Alemania Occidental. Era el órgano de la Unión del Trabajo Popular (NTS, en sus siglas rusas), asociación vinculada habitualmente a la introducción clandestina de Biblias en la Unión Soviética. Hasta su cierre, el transmisor alemán se empleó también para propaganda religiosa en ruso y en los idiomas bálticos a cargo de una organización paralela llamada Radio Omega (Hale, 1979: 142-143).

Son ejemplos de una actividad radiofónica clandestina realizada por organizaciones concretas del exilio o de la resistencia interior. Ejemplos de una actividad destinada a contrarrestar el control total de la información aplicado primero en la Unión Soviética y exportado después a la Europa del Este. Ni siquiera se había constituido formalmente la URSS cuando en junio de 1922 los bolcheviques restauraron el Glavlit, la única institución del régimen zarista cuyo nombre y funciones se rescataron para servir a la dictadura del proletariado. A este organismo le correspondía

prohibir cuantos periódicos, revistas, películas, libros, dibujos, emisiones radiofónicas, exposiciones, correspondencia, etc., infringieran las normas establecidas (agitación y propaganda contra las autoridades soviéticas y la dictadura del proletariado, revelación de secretos de Estado, pornografía, incitación al fanatismo religioso y étnico, etc.) (Mattelart, 2003: 113).

Como señaló el historiador Raymond Williams:

La Rusia de Stalin tenía la preocupación paranoica de que la gente no fuera expuesta a cualquier desviación [...]. En la radio, no se emitía ninguna noticia hasta después de haber aparecido el *Pravda*, para asegurarse de que los locutores seguían la línea correcta. En el caso de sucesos importantes que ocurrían a mala hora, podía haber un retraso de 36 horas en mencionarlo y, desde luego, lo que se decía era muy estereotipado (Williams [ed.], 1992: 110).

Así las cosas, otro historiador, el ruso Roy Medvedev, podía afirmar:

Los Estados Unidos cuentan con varios partidos políticos y un gran número de organizaciones y de grupos religiosos. Su propaganda no es más que una parte del flujo general de información. En la Unión Soviética, la información no es más que una parte de las campañas de propaganda del partido (Mattelart, 2003: 174).

Una diferencia que ejemplificaba con más crudeza el comunista austríaco Ernst Fischer, en el comentario cínico que le hizo un funcionario del partido:

Cuando uno me habla de libertad de opinión sé inmediatamente que ha caído en las garras de la ideología burguesa. En el mundo capitalista me pronuncio, naturalmente, por la libertad de opinión, pues ese mundo es malo y necesita, por tanto, la crítica. En el mundo socialista, por el contrario, ya que es un mundo bueno, la libertad de opinión favorece solo a la contrarrevolución (Fischer, 1976: 23).

Pero emisoras como las que hemos citado más arriba transmitieron siempre de forma esporádica y nunca tuvieron una repercusión significativa. La batalla radiofónica de la Guerra Fría desde Occidente está representada sobre todo por dos emisoras muy peculiares: Radio Europa Libre (RFE, en sus siglas inglesas), que transmitía hacia los países de Europa del Este, y Radio Libertad (RL), con destino a la Unión Soviética. No en vano fueron las dos emisoras occidentales más interferidas por las autoridades de Europa oriental y las más escuchadas por sus poblaciones, aunque tampoco resulta sencillo calcular su audiencia y su influencia en la evolución político-social de esos países. Mientras algunos trabajos concluyen que su impacto es «difícil de investigar y tal vez imposible de probar» (Street y Matelski, 1997: XXII), otros son mucho más optimistas, atribuyen a Radio Liberty «una enorme audiencia» y llegan a definir a Radio Free Europe como «la emisora internacional de orientación política más influyente en la historia» (Puddington, 2000: IX). Las últimas investigaciones, comparando documentos desclasificados de los regímenes comunistas y encuestas realizadas a partir de 1989, estiman que aproximadamente un tercio de la población adulta soviética y la mitad de la de Europa del Este escuchaban estas emisiones occidentales, que influyeron de manera notable en la formación de opiniones y actitudes durante las crisis políticas (Johnson y Parta [eds.], 2010: 345). Más allá de las cifras, históricos disidentes como Lech Walesa en Polonia, Vaclav Havel en Checoslovaquia, Aleksandr Solzhenitsyn o Andrei Sajarov en la Unión Soviética, reconocieron su importancia.

Es difícil definir el estatus de ambas. Lo más genérico, y tal vez lo más fácil, sería explicar que fueron dos productos de la Guerra Fría que, reinventados, sobrevivieron a las circunstancias en las que nacieron. Durante sus primeros veinte años de existencia —los más asimilables a una radio clandestina— fueron operaciones encubiertas de la CIA, que oficialmente se financiaban con las contribuciones voluntarias de los estadounidenses amantes de la libertad en el mundo. La propia Agencia, en un informe secreto de 1969, las definía como «los proyectos de acción

encubierta más viejos, más extensos, más costosos y probablemente más exitosos dirigidos a la Unión Soviética y a Europa del Este» (Cummings, 2009). Sin embargo, pese a este engaño, pese a esta máscara, no se las puede calificar como emisoras de propaganda negra. Sus objetivos reales coincidían con los declarados: «provocar la desaparición pacífica del sistema comunista y la liberación de lo que se conocía como países satélites» (Puddington, 2000: IX). En los años setenta, descubierta la implicación del Gobierno norteamericano, su financiación y su control pasaron al Congreso de Estados Unidos y años después sus estructuras administrativas se unieron en una sola entidad: RFE/RL. Pero, pese al carácter oficial que adquirieron entonces, tampoco se las puede considerar unos servicios de radio internacional al uso. A diferencia de La Voz de América, RFE y RL no eran portavoces del Gobierno, no se encargaban de «vender América» al resto del mundo, sino que pretendían aportar un servicio nacional sustitutorio para los países hacia los que transmitían, socavando así el monopolio estatal de los medios de comunicación en los regímenes comunistas.

La idea desde el principio fue hacer algo que los medios dentro del Imperio no podían hacer —explicó Kevin Klose, director de Radio Liberty en los años noventa—: el esfuerzo por dar información exacta sobre cómo iban las cosas en los propios países. No tanto cómo iban las cosas en Occidente y qué hacía la OTAN, sino qué pasaba en Rusia y en el resto del Imperio (Street y Matelski, 1997: 118).

Las dos emisoras eran, pues, canales de información alternativa, denunciaban la represión en la URSS y Europa del Este, promovían valores de democracia y libertad en oposición a la propaganda comunista, incluso se atribuye a RFE un papel movilizador de las masas en algunos episodios —ciertamente no los más heroicos de su trayectoria, a tenor de las consecuencias. Todas estas características son propias de una radio clandestina, como vimos. Pero, aunque la sección de cada idioma tenía su propia orientación específica, las directrices generales emanaban del centro de mando de ambas en Estados Unidos. En ellas trabajaba además un gran número de exiliados, pero no representaban a una organización o un grupo concreto. Para los más críticos, en sus programas se reflejaban solo los puntos de vista de los estadounidenses y exiliados más conservadores, aunque en plena caza de brujas, en los años cincuenta, la ultraderecha llegó a acusar a algunos exiliados trabajadores de RFE de criptocomunistas.

Por lo tanto, en rigor tampoco cumplen todos los rasgos principales de las emisoras clandestinas. Admitiendo su carácter peculiar y su clasificación casi imposible, creo necesario dar siquiera unas pinceladas sobre su origen, sus objetivos, su organización y su evolución sobre todo en sus primeras dos décadas de vida, las que podríamos llamar de semiclandestinidad o de clandestinidad ficticia.

Aunque las raíces de los proyectos se remontan a 1947, la historia comenzó oficialmente en mayo de 1949, cuando el Comité Nacional para una Europa Libre se registró como una organización privada, sin ánimo de lucro, bajo las leyes del Estado de Nueva York. Un grupo de ciudadanos conscientes, con puestos destacados en la política, la economía, el ejército o la cultura de Estados Unidos, preocupados por la suerte de los países que habían caído bajo la órbita soviética, se proponían hacer los esfuerzos necesarios para devolverles al mundo libre. Entre sus objetivos iniciales se situaba la creación de emisiones radiofónicas que llevaran un mensaje claro: no os olvidamos, estamos con vosotros. Se trataba de mantener la moral y animar a la resistencia, como durante la ocupación nazi. Así además se daría un trabajo útil a los prominentes exiliados de Europa del Este que se habían refugiado en Estados Unidos.

En el Comité participaron algunos de los principales estrategas norteamericanos de la Guerra Fría, como el general Lucious Clay (comandante en el sector estadounidense de Berlín cuando Stalin bloqueó la ciudad en 1948), el general Eisenhower (héroe de la Segunda Guerra Mundial y muy pronto presidente de Estados Unidos) o Allen Dulles (director de la CIA desde 1953), pero también el presidente de la Federación Americana del Trabajo o el propietario del *Reader's Digest*. Aunque nunca se le identificó en público con el comité, el padre del proyecto fue George F. Kennan, autor de la teoría de la contención que defendió Truman ante el Congreso en 1947, y que definió la «guerra política» como «La aplicación lógica de la doctrina de Clausewitz en tiempo de paz». Fue Kennan quien impulsó en 1948 la Oficina de Proyectos Especiales dentro de la CIA, cuyo responsable solo respondería ante el director de la Agencia. Debido a las «maliciosas actividades encubiertas de la URSS, sus países satélites y los grupos comunistas para desacreditar y derrotar los propósitos de Estados Unidos y de otras potencias occidentales», el Gobierno estadounidense decidía complementar sus acciones exteriores abiertas con otras encubiertas para hostigar a los regímenes hostiles y apoyar a los amigos mediante la propaganda, la subversión, el sabotaje, la guerra económica... Acciones organizadas de tal forma que, ante cualquier incidente, no se pudiera responsabilizar de ellas al Gobierno (Cummings, 2009). En este contexto, la radio podría ayudar a crear complicaciones dentro del bloque socialista y, cuanto más preocupada estuviera la Unión Soviética por asegurar la estabilidad de sus fronteras, menos interés tendría en extender su influencia a otras áreas. C. D. Jackson, presidente del Comité en 1951, afirmó con claridad que el objetivo de RFE era «crear condiciones de caos» en los países a los que alcanzaran las emisiones (Puddington, 2000: 15).

El precedente de Radio Free Europe fue la llamada Radio In the American Sector (RIAS), instalada en Berlín. Inaugurada en 1946, tras la división oficial de Alemania pasó a transmitir noticias, comentarios y programas culturales que no se encontraban en los censurados medios de la zona comunista. Por eso, Radio Free Europe no dirigió nunca programas hacia la Alemania del Este, ya que la RIAS cubría ese territorio. La gran diferencia entre ambas era que a RIAS la sostuvo siempre de forma abierta primero el Gobierno norteamericano, a través de la Agencia Estadounidense de Información (USIA, en inglés), y luego Alemania.

Las emisiones de RFE empezaron el 4 de julio (fecha demasiado simbólica) de 1950. Diez días después se introdujo una parrilla diaria de programación. Desde entonces hasta el final habría espacios de dos tipos: de carácter general (como «la otra cara de la moneda», que refutaba la propaganda comunista) y dirigidos a audiencias específicas (obreros, jóvenes, mujeres, campesinos, creyentes religiosos...). Pero aquellos primeros programas se grababan en Nueva York. Luego, esas cintas eran transportadas a Alemania, donde se difundían a través de un viejo transmisor de onda corta de 7,5 kilovatios instalado en un camión. Así que la audiencia solo se extendía unos kilómetros alrededor de Holzkirchen, cerca de Frankfurt, donde estaba situado, y esos escasos oyentes recibían información no actualizada. En unos meses, sin embargo, la mayoría de estos problemas iniciales quedaron solucionados. Se adquirieron varios transmisores entre los más modernos y potentes de la época, no solo en onda corta, sino también en onda media, y se emplazaron en distintos lugares de la Alemania Occidental. Los estudios y las oficinas se establecieron en Múnich. Se contrató a varios escritores y editores exiliados de gran prestigio. La inauguración de RFE en esas nuevas condiciones se produjo el 1 de mayo (fecha también simbólica) de 1951.

El primer servicio que se puso en marcha fue el dirigido a Checoslovaquia. No fue una casualidad, ni mucho menos. Aunque era tradicionalmente uno de los países con una afiliación más numerosa al partido comunista, Checoslovaquia tuvo hasta la Segunda Guerra Mundial los lazos más estrechos con Occidente. En el período de entreguerras había logrado mantener una tradición democrática liberal y fue el último país de Europa del Este en el que se implantó el sistema comunista. Por eso se la consideraba una región vulnerable a la influencia de la radio.

Se pueden decir muchas cosas a favor de los antiguos tiranos comparados con los de nuestros días —afirmó en la primera emisión el jefe de la sección checoslovaca de RFE—. Los antiguos tiranos eran, al menos, más sinceros. No les preocupaban sus víctimas tras haberlas aplastado. El tirano de nuestros días hace dos cosas a la vez: tortura a la nación y le ordena sonreír (Puddington, 2000: 3).

En los meses siguientes, hasta mayo de 1952, se fueron incorporando las secciones para Hungría, Polonia, Bulgaria y Rumania. Se puso en marcha también una emisión para Albania, pero se suspendió en 1953 por la dificultad de contratar personal nativo y por el mínimo impacto que se le suponía, debido a los pocos receptores de onda corta que había en el país (Puddington, 2000: 38).

En los años cincuenta, RFE llevó a cabo dos gigantescas campañas publicitarias paralelas a las emisiones, una con destino a Europa del Este y otra dirigida a Estados Unidos. La primera tenía como objetivo reforzar los mensajes de la emisora mediante la propaganda escrita. El lanzamiento de octavillas en territorio hostil desde el aire no era una novedad. Sí lo fue la magnitud de la operación y, sobre todo, el método empleado. Entre agosto de 1951 y noviembre de 1956, unos trescientos millones de panfletos, periódicos, pegatinas o libros prohibidos fueron transportados por encima del telón de acero en más de trescientos cincuenta mil globos aerostáticos. Hubo tres bases principales de lanzamiento en Alemania, y mantener cada una costó al año medio millón de dólares. Un equipo de meteorólogos informaba sobre las mejores condiciones para los lanzamientos según la dirección y la velocidad del viento. Se emplearon sistemas para soltar las cargas a intervalos mientras los globos se mantuvieran en el aire, y así extender su radio de acción.

Un nuevo viento sopla. Una nueva esperanza despierta. Los amigos de la libertad en otras tierras han hallado una nueva manera de llegar hasta vosotros —se decía en los primeros panfletos lanzados a Checoslovaquia—. No hay mazmorra tan profunda como para ocultar la verdad, ni muro tan alto como para detener el mensaje de libertad. La tiranía no puede controlar los vientos, no puede esclavizar vuestros corazones. La libertad se alzarán de nuevo (Cumplings, 2009).

Tres fueron los objetivos principales: Checoslovaquia, Hungría y Polonia. Testimonios recogidos después por la emisora indican que, en general, la gente apreciaba el gesto de que los globos llegaran, pero no prestaba mucha atención a su contenido y no estaba muy dispuesta a seguir sus instrucciones sobre las distintas formas de resistencia pasiva. Sin embargo, la reacción comunista fue violenta. Había órdenes estrictas de entregar a la policía los folletos que se encontraran. El Gobierno checoslovaco llegó a utilizar cazas para derribar los globos y en febrero de 1956 acusó a Washington ante la ONU porque un avión se había estrellado al chocar con uno de ellos. Demandó una indemnización, que Estados Unidos rechazó alegando que el avión volaba en malas condiciones climáticas y con equipos defectuosos. Además, esa violación flagrante de los espacios aéreos de varios países la llevaba a cabo, a todos los efectos, un comité de ciudadanos particulares y no el Gobierno de Estados Unidos (Puddington, 2000: 61-72).

La campaña dirigida al público estadounidense fue la Cruzada por la Libertad. Su primer acto

fue la consagración de la Campana de la Libertad, en el Berlín Occidental, el 24 de octubre de 1950, cuando RFE apenas había echado a andar. Era la réplica de uno de los símbolos más universales de la independencia americana. Había llegado a Berlín tras realizar una triunfal gira por Estados Unidos. Su repique podía oírse en el sector soviético de la ciudad, a unos dieciséis kilómetros de su emplazamiento. Desde entonces, el sonido de una solemne campana abriría las emisiones de Radio Free Europe.

Documentales cinematográficos, discos promocionales, carteles, lanzamiento de globos, por supuesto anuncios en prensa, radio y televisión... Por todos esos medios se realizó una gigantesca campaña de solidaridad que apoyaron algunos de los medios estadounidenses más importantes, y en la que participaron de forma activa personalidades más o menos conocidas entonces, como el actor de Hollywood Ronald Reagan. La misión oficial de la Cruzada era publicitar la existencia de Radio Free Europe y recaudar fondos para mantenerla, tanto entre los modestos ciudadanos como entre las grandes corporaciones. «Radio Free Europe no es una agencia gubernamental. Está sostenida íntegramente por ciudadanos privados a través de la Cruzada por la Libertad», afirmaba C. D. Jackson en un disco promocional de 1951. Y el jefe de la sección checoslovaca añadía: «Gracias a la voluntad y a las contribuciones de dieciséis millones de americanos que se han unido a la Cruzada de la Libertad se ha construido esta emisora»⁴⁰. De hecho, esas contribuciones supusieron el diecinueve por ciento del presupuesto de RFE en los años cincuenta (Puddington, 2000: 24). Una cifra importante, pero claramente insuficiente para justificar las afirmaciones anteriores. La Cruzada terminó en 1960, cuando sus funciones las asumió una fundación privada llamada Fondo Radio Europa Libre.

En realidad, la Cruzada tenía dos objetivos que sus promotores nunca reconocieron en público: el primero, mantener viva en el pueblo norteamericano una actitud vigilante y beligerante, una alerta continua frente a un gran enemigo que estaba ahí, al acecho, dispuesto a minar el estilo de vida y los valores de Estados Unidos; el segundo, enmascarar el verdadero origen de su financiación. A propósito, esa ficción escondía una paradoja: entre los fundadores de RFE había preeminentes republicanos que defendían las bondades del capitalismo con la menor injerencia posible del Estado, pero era ese Estado y no el mercado libre el que financiaba la emisora en su mayor parte. Y lo mismo pasaría con Radio Liberty.

RL comenzó a funcionar poco tiempo después de que lo hiciera Radio Free Europe. Al principio se llamó Radio Liberation from Bolshevism, en 1956 acortó su nombre a Radio Liberation y en 1959 se le dio su denominación definitiva de Radio Liberty. El organismo que le daría cobertura, el Comité Americano para la Libertad de los Pueblos de la URSS, se fundó en enero de 1951. Sus emisiones comenzaron el 1 de marzo de 1953. Semanas antes de salir al aire, los trabajadores habían pensado en una apertura dramática, emocional, para las emisiones. Con el tictac de un reloj en segundo plano, una voz sepulcral anunciaría en ruso la edad exacta de Stalin, con años, meses y días. Tras una pausa, siempre con el tictac de fondo, declamaría: «El tiempo de Stalin llega a su fin». Al parecer, la idea se desechó cuando alguien dijo que, siendo georgiano, probablemente Stalin viviría cien años y la emisora haría el ridículo anunciando durante décadas su final inminente. La historia tiene a veces extrañas ironías: el mismo día que comenzaron las emisiones, Stalin sufrió un derrame cerebral que lo llevaría a la muerte cuatro días después (Johnson y Parta [eds.], 2010: 17). Pero parece difícil que a Stalin le llegara alguna noticia de aquella nueva emisora que le pudiera preocupar. Salía al aire desde dos transmisores

de diez kilovatios, así que al parecer los únicos oyentes potenciales de aquella primera emisión fueron las tropas soviéticas desplazadas a Alemania y Austria. Eso sí, diez minutos después de inaugurarse, Radio Liberty empezó a ser interferida por la URSS (Cummings, 2009).

Las bases y los promotores de Radio Liberty fueron los mismos que los de Radio Free Europe. Pero, pese a dirigirse al corazón de «el Imperio del Mal», Radio Liberty fue la hermana menor de las dos emisoras patrocinadas por la CIA, tanto en presupuesto, como en publicidad, en personal y en audiencia. Esto último pudo deberse a dos factores: primero, como apuntamos en el capítulo 1, la recepción por cable predominó en la URSS hasta mediados los años sesenta; segundo, mientras Radio Free Europe tenía como objetivo la población general de Europa del Este, Radio Liberty ponía el foco más en las élites y en la «intelligentsia» urbana de la URSS (Johnson y Parta [eds.], 2010: 347). Pero en la URSS había distintas minorías étnicas, más o menos relegadas dentro del sistema soviético, a las que la radio también pretendía llegar con emisiones en sus lenguas nativas (se llegó a emitir en diecisiete distintas).

Había además un problema secundario en Radio Free Europe, pero crítico en Radio Liberty: la distancia. Moscú, Kiev o Leningrado estaban más lejos de Múnich que Praga, Varsovia o Budapest, y no hablemos de la parte asiática de la URSS. Hacía falta, pues, construir de forma inmediata transmisores más potentes en Alemania, pero también buscar otras ubicaciones para superar con más facilidad las interferencias, y además alcanzar a toda la vasta superficie soviética. RFE tuvo cubiertas sus necesidades en este ámbito desde muy poco tiempo después de empezar a emitir. A los transmisores en Alemania se unieron otros instalados en el pueblo de Glória de Ribatejo, en Portugal, gracias a un acuerdo con la dictadura de Salazar. RL lo tuvo más difícil. El primer transmisor complementario se consiguió en 1955 por un acuerdo con el Gobierno de Taiwán que duraría hasta 1973. Pero se requerían unos equipos más potentes, situados en un entorno más apropiado.

Ahí entró en juego la España de Franco. Los técnicos de Radio Liberty descubrieron un lugar perfecto en el que emplazar un complejo de antenas y de instalaciones auxiliares para redifundir sus programas. Se encontraba en Playa de Pals, en Girona, en la Costa Brava. Una zona con pocos árboles, lejos de cualquier área habitada, a la distancia correcta de la Unión Soviética, y sobre todo frente al mar, que reflejaría las ondas aumentando considerablemente su propagación. Howland Sargeant, antes de ser presidente de Radio Liberty, había sido embajador de Estados Unidos ante la UNESCO y promovido la entrada de nuestro país en ese organismo. Después, los acuerdos económicos y militares firmados en 1953 entre España y Estados Unidos habían dado a Franco su mayor respaldo internacional desde que terminó la Segunda Guerra Mundial. Sargeant viajó a España en 1955 y le pidió a Franco que le devolviese el favor. En 1958, el Gobierno español compró los terrenos y se firmó el primer contrato de arrendamiento con RL. El 23 de marzo de 1959 se puso en marcha el nuevo transmisor. En los años sesenta se añadieron cinco más (Puddington, 2000: 219-222). El complejo de Pals, uno de los más potentes de onda corta del mundo, funcionó hasta mayo de 2001. Así que la paradoja de «La Pirenaica» que señalábamos en el capítulo anterior se producía también en sentido inverso: la dictadura de Franco acogía a una radio que transmitía un mensaje de libertad hacia la URSS. Quienes trabajaron en Radio Liberty reconocen que en sus emisiones siempre fueron muy sensibles con lo que se decía sobre España para no chocar con el Gobierno⁴¹.

La intención inicial de los promotores de RFE y de RL fue «poner en el aire las voces de esos

líderes exiliados, dirigidas a sus propios pueblos allá en Europa, en sus propias lenguas, en sus tonos familiares», como explicó un responsable de Radio Free Europe en 1949 (Cummings, 2009). De hecho, intentaron unirles en consejos nacionales de resistencia para dar más fuerza a sus actuaciones, similares a los que habían tenido su sede en Londres durante la Segunda Guerra Mundial. Pero no pudieron. El personal de la CIA se quejaba de que los líderes del exilio reproducían a pequeña escala la política partidista de sus países antes del comunismo, con las mismas polémicas y divisiones. Unos grupos acusaban a otros de tratar de impedirles un adecuado acceso a las ondas. Algunos políticos empleaban los micrófonos de RFE para atacar a sus adversarios en el exilio tanto como a los comunistas.

Peor aún fue la situación en Radio Liberty. Hay que tener en cuenta que, a comienzos de los años cincuenta, el exilio en Europa del Este provocado por los regímenes comunistas apenas comenzaba, pero había personas que ya llevaban más de treinta años fuera de la URSS. A la generación exiliada tras la revolución se sumó la de quienes dejaron su país tras la guerra mundial, no siempre con los mismos puntos de vista. A las diferencias políticas entre exiliados marxistas y no marxistas se añadían las rivalidades e incluso hostilidades entre las distintas nacionalidades que convivían en la Unión Soviética. Miembros de la emisora reconocen que a los consejeros norteamericanos les llevó tiempo contener a los emigrados más intransigentes y vengativos, sobre todo en las emisiones para Asia Central y Transcaucasia, cuyas lenguas eran más difíciles de controlar por falta de traductores adecuados (Johnson y Parta [eds.], 2010: 18).

No será la última vez que aparezca este problema en las emisoras patrocinadas por la CIA. Así que se dio a los exiliados más notables un papel secundario en la elaboración y difusión de las emisiones, y se contrató a periodistas e intelectuales no comunistas (o excomunistas) para que actuaran como editores y comentaristas, junto a un equipo de estadounidenses contratados como asesores políticos y radiofónicos, ya que entre los exiliados pocos habían trabajado antes en el medio.

En teoría, los objetivos estaban claros, pero el enfoque de las emisiones no siempre fue homogéneo. Una disonancia favorecida por la relativa autonomía diaria de cada sección y por la distinta procedencia de los exiliados que trabajaban en Múnich. Algunos veían RFE como un vehículo privilegiado para mantener vivos en Europa del Este los valores de libertad, democracia, pluralismo y tolerancia, algo que solo se conseguiría dando cabida a las opiniones y a los colaboradores del más amplio espectro político posible, con excepción de los comunistas y de los nazis. Otros, en cambio, creían que tenía «sobre todo una misión política y de combate» contra el comunismo (Puddington, 2000: 4): mostrar por todos los medios la superioridad de la vida en Occidente, y al tiempo sembrar entre los agentes de Moscú la desconfianza, el descrédito y el desaliento, y airear los desacuerdos y las contradicciones del sistema y de sus jerarquías.

Para ello, Radio Free Europe contó con elementos tan valiosos como las revelaciones del teniente coronel Józef Swiatlo, uno de los oficiales de más alto rango de la policía secreta polaca. Irónicamente, Swiatlo había sido el responsable de atajar cualquier desviación ideológica entre los funcionarios del Partido. Por lo tanto, conocía los detalles más íntimos de los líderes comunistas polacos (asuntos financieros, amantes, relaciones con los agentes soviéticos...). Al parecer, las revelaciones de Swiatlo, transmitidas una y otra vez a finales de 1954 y comienzos de 1955, repercutieron no solo en Polonia, sino en toda Europa del Este. Hay quien considera estos programas como «el ejemplo más impresionante de radiodifusión efectiva y de impacto

duradero en un satélite del sistema comunista», por cuanto influyó directamente en la evolución política de ese país (Johnson y Parta [eds.], 2010: 11).

Entre los espacios que más audiencia tuvieron durante los primeros años, según los informes internos, estaban los que denunciaban con nombres y apellidos a los espías, chivatos o responsables de cualquier abuso.

Ningún traidor, nadie que ayude a los rusos debería creer que sus actos permanecerán ignorados —se decía en una de las primeras emisiones para Hungría—. ¿No te da vergüenza, Vilmos Vizi, usar la ventaja de tu posición en el partido no solo para explotar físicamente a las trabajadoras y para torturar sus mentes, sino para reclamar también sus cuerpos con la intención de satisfacer tus sucios instintos? ¿A cuántas jóvenes has denunciado, Vilmos Vizi, como reaccionarias y enemigas de la democracia popular y del partido solo porque tuvieron el coraje suficiente para rechazar tus sugerencias inmorales y deshonestas? [...]. Eres peor que una bestia, Vilmos Vizi [...]. Los molinos de Dios muelen lentos, pero seguros [...]. Los húngaros libres te miran con los ojos abiertos y no olvidarán.

Al parecer, una trabajadora de aquella fábrica escribió a la emisora para agradecer aquella denuncia que puso fin, siquiera de forma temporal, a la conducta de Vizi (Puddington, 2000: 49).

Al tiempo que lanzaba Radio Free Europe y Radio Liberty, la CIA ponía en marcha emisoras negras dirigidas a Rusia, Ucrania, Bulgaria, Rumania y Albania. Todas transmitían desde un país que para entonces ya se consideraba seguro: Grecia. En la primavera de 1950, el Gobierno griego permitió a la CIA instalar un centro de comunicaciones cerca de Atenas para la guerra psicológica hacia los países que quedaban tras el telón de acero⁴². Llegó a haber emisoras en nueve lenguas, totalmente controladas por la CIA.

La dirigida a Bulgaria se llamó Radio Gorianin (en homenaje a los «hombres del bosque» que se opusieron con las armas en la mano a la soviétización del país tras la guerra mundial). Tenía el subtítulo de «La voz de la resistencia búlgara» y, según un memorándum de la CIA de 1950, su objetivo era «hacer crecer el descontento y la resistencia en la masa del pueblo». El primer transmisor era similar al primitivo de RFE: un equipo móvil de quinientos vatios a bordo de un camión. La diferencia era que el búlgaro podía emitir de forma simultánea en dos frecuencias distintas para burlar las interferencias. Los programas se iniciaron el 1 de abril de 1951. Duraban treinta minutos. Pronto la Seguridad del Estado búlgara intentó localizar el transmisor. Un informe del 5 de mayo afirmaba que podría estar «en algún lugar del país, cerca de la frontera griega, o en un barco en aguas del Mediterráneo». La CIA contribuía a hacer creer que en efecto la emisora transmitía desde dentro de Bulgaria interrumpiendo de vez en cuando las emisiones o alterando su potencia. A comienzos de 1952, la CIA admitía en un informe la considerable dificultad de mantener la voz radiofónica de un movimiento de resistencia, ante la incapacidad de realizar frecuentes contactos con las redes de resistencia dentro de Bulgaria. Pero indicaba que se había tenido éxito en despertar el rencor del pueblo hacia sus dirigentes y en prepararlo psicológicamente para cooperar con las fuerzas de la resistencia ante la eventualidad de una guerra o una revolución. En 1953, los transmisores móviles se sustituyeron por instalaciones fijas. La radio, con la población campesina como objetivo esencial, continuó emitiendo hasta 1962.

La suerte de la emisora dirigida a Rumania fue muy similar. Se concibió como una radio que simularía emitir desde dentro del país de forma clandestina. Para septiembre de 1951, la CIA había seleccionado al personal que se encargaría de realizarlas en Grecia, pero las emisiones no empezaron hasta 1954. La emisora se llamó «Futuro de Rumania: voz de la resistencia nacional».

El lenguaje era muy violento, con lemas antisoviéticos y una orientación nacionalista rumana. Sus frecuencias variaban de vez en cuando para sorprender a los encargados de la interferencia. La CIA la clausuró en octubre de 1959.

Ese mismo mes cesaron también las emisiones dirigidas a Ucrania y Rusia. La radio ucraniana se concibió en abril de 1953. Se pensaba que en esa región la gente sería receptiva a unas emisiones negras que explotaran el nacionalismo y el antisovietismo. Un documento de la Agencia precisaba que la nueva emisora se dedicaría a

estimular e intensificar el descontento y la desafección hacia el régimen soviético y proporcionar a las audiencias esperanza en la liberación [...]. Estas emisiones estimularán la conciencia nacional entre los grupos minoritarios a los que se dirige, y les urgirá a mantener el orgullo por la individualidad de sus distintas culturas nacionales. Al mismo tiempo, las emisiones propuestas animarán a la resistencia pasiva, advirtiendo contra levantamientos prematuros, pero urgiendo a organizar la resistencia pasiva, que puede transformarse en algo más activo cuando las condiciones lo permitan.

Pero la primera emisión de Novaya Ukraina no se realizó hasta el 25 de septiembre de 1955. La CIA tuvo muchas dificultades para encontrar a los profesionales adecuados. Los programas se escribían y grababan en Nueva York en cintas que luego se enviaban a Atenas. La CIA nunca estuvo satisfecha del todo por el tono y la forma de estas emisiones, que como hemos dicho cesaron en octubre de 1959, durante las reuniones en Camp David entre Eisenhower y Kruschev.

También hubo una emisora negra dirigida a Rusia. Empezó a emitir probablemente en 1954 (la fecha exacta no se conoce). Se llamaba Nasha Rossiya («Nuestra Rusia»). Como en el caso de Ucrania, muchos programas se grababan en cinta en Estados Unidos y se enviaban a Atenas, aunque algunos se preparaban también allí. Duraban treinta minutos. Sorprendentemente, hacia 1957 las interferencias a esta emisora parecieron ser menos estrictas. A veces empezaban entre cinco y veinte minutos después de que el programa comenzase, a veces desaparecían antes de que la emisión terminase. En 1958, un informe de la CIA señalaba que apenas había información sobre cómo se oían y se comprendían los programas. Las emisiones se interrumpieron en octubre de 1959, en principio por un período de cuatro semanas, para que la CIA analizara su contenido. Pero nunca se reanudaron.

Y a todo ello hay que añadir que la CIA financiaba de forma encubierta las emisiones que los exiliados de la URSS y Europa del Este realizaban desde varios países. Unas emisiones en las que Radio Nacional de España desempeñó un papel fundamental. La Agencia se planteó la posibilidad de emplear la emisora pública española ya en 1949, en la época de mayor aislamiento a Franco. Sin embargo, no es objeto de estas páginas estudiar en detalle esa colaboración entre el Gobierno español y la CIA en el ámbito de la propaganda radiofónica, que fue amplia y eficaz al menos en la década de los cincuenta.

En principio pudiera parecer ilógica esta dispersión de recursos. ¿Por qué no concentrarlos todos en Radio Free Europe y Radio Liberty? Es cierto que las dos emisoras acababan de echar a andar. Y no se sabía hasta qué punto podrían ser eficaces para los propósitos que se buscaban. Pero la decisión se explica también por una interpretación errónea del momento. Era la época en que se pensaba que una propaganda que golpease duro podía ser un arma efectiva contra un poder totalitario. Por ejemplo, los exiliados que trabajaban en Radio Free Europe y Radio Liberty pensaban que estarían en ella uno o dos años a lo sumo, antes de que el conjunto del sistema comunista se derrumbase fruto de sus propias contradicciones, de la resistencia de los pueblos y de la presión occidental. Y todas las técnicas de guerra psicológica eran no solo válidas, sino

necesarias para lograrlo cuanto antes. También opinaban así los promotores de las emisoras en Estados Unidos.

No hay duda de que ahora RFE es la guía reconocida de la oposición no comunista en gran parte de Europa Central y que puede forzar cambios en los gobiernos y en las políticas de Checoslovaquia y de Hungría —escribió uno de esos promotores, A. A. Berle, en 1954—. La pregunta ahora es cómo se puede usar mejor ese poder (Puddington, 2000: 60).

Ese estilo agresivo se hizo notar con fuerza durante los acontecimientos de Hungría en 1956, a los que nos referimos con detalle en el capítulo 11. Se acusó entonces a RFE de haber lanzado a los húngaros a las calles contra el régimen comunista y de haberles conducido a una masacre con la falsa promesa de la inminente ayuda occidental. Hubo, en efecto, algunos llamamientos explícitos y muchas más insinuaciones y sobrentendidos que pudieron dar esa impresión. Las personas implicadas en aquellas emisiones trataron de defenderse, rechazaron las acusaciones por falsas o exageradas, o justificaron su actuación como un componente más de la actitud del Gobierno norteamericano respecto a Europa del Este. Pero ambos argumentos no fueron aceptados por casi nadie.

La propaganda comunista, por supuesto, aprovechó la ocasión para culpar a RFE de todos los males de Hungría, tratando de hacer creer que la rebelión en el país no tenía causas internas. Pero en sectores importantes de la opinión pública europea y estadounidense quedó también la sensación de que, durante unos días cruciales, RFE mantuvo una actitud provocativa e irresponsable que propició muchos malentendidos y muchos sacrificios inútiles. El embajador estadounidense ante Naciones Unidas, Henry Cabot Lodge, le dijo al presidente Eisenhower: «En la ONU existe el sentimiento de que durante diez años hemos estado excitando a los húngaros a través de nuestra Radio Europa libre y, ahora que tienen problemas, les damos la espalda» (Békés *et al.*, 2002: 406).

En la propia radio quedó un poso de mala conciencia. Debió ser así cuando los acontecimientos de octubre de 1956 supusieron un punto de inflexión en la forma y en el contenido de la emisora. Además, en la misma RFE tenían el contraejemplo de lo que había ocurrido en Hungría: la prudencia con la que la sección polaca enfocó las revueltas que sacudieron el país por aquellos mismos días, dando prioridad a la información y evitando cualquier declaración que incendiara aún más los ánimos. Claro que el jefe de la sección polaca, Jan Nowak, ya había escarmentado en cabeza propia: había participado en el levantamiento de Varsovia en agosto de 1944 y recordaba bien las nefastas consecuencias de un estímulo verbal sin un respaldo material (Johnson y Parta [eds.], 2010: 15).

Las lecciones de aquellos hechos las aprendió no solo la sección húngara, sino RFE y RL en su conjunto, y aun el Gobierno de Estados Unidos, pero los cambios afectaron sobre todo a Radio Europa Libre. Las emisiones, que hasta entonces se habían llamado La Voz de Checoslovaquia/Polonia/Hungría/Bulgaria/Rumania Libre, pasaron a identificarse en las ondas como «servicio checoslovaco/polaco/húngaro/búlgaro/rumano de Radio Europa Libre». Fue una decisión del Departamento de Estado, para asegurarse de que nunca más la emisora sería vista como representante de la oposición política o canal de la opinión exiliada. Por otra parte, los órganos directivos de la emisora se trasladaron de Nueva York a Múnich, y se cribó el personal exiliado para rejuvenecerlo y profesionalizarlo en la medida de lo posible. A partir de entonces, RFE y RL moderaron su tono e hicieron más hincapié en las noticias que en la agitación directa.

Un cambio que, por lo demás, correspondía a las nuevas condiciones internacionales en las que se abría paso la tesis de la coexistencia pacífica entre los bloques. Poco a poco fue instalándose la idea de que «el derrocamiento del comunismo sería un cambio lento y progresivo durante décadas, más que el colapso rápido y total que se había pronosticado, al menos por parte de algunos, en 1951» (Puddington, 2000: 5). En las siguientes convulsiones del bloque socialista (Checoslovaquia en 1968, Polonia en 1980 y las revoluciones de 1989), las dos emisoras tendrían una actitud más prudente.

Los años sesenta fueron los de la lucha por recuperar la confianza perdida mediante programas creíbles, responsables y relevantes para sus audiencias. A las noticias y los análisis se unían series temáticas más generales que explicaban, por ejemplo, cómo eran las instituciones parlamentarias en una democracia. Además, los responsables de las emisoras comprendieron que, para ser aceptadas como canales de referencia en el bloque comunista, también debían exponer los aspectos negativos de la vida en Occidente y, en particular, de Estados Unidos, lo que las diferenciaría de La Voz de América (Johnson y Parta [eds.], 2010: 348). Se puso también un mayor énfasis en la experiencia de integración europea, como contrapunto a la unidad impuesta por el Pacto de Varsovia. Los espacios culturales adquirieron nuevo relieve. Se leyeron completos o extractados textos literarios prohibidos, tanto los que lograban editarse en Occidente como los que se publicaban de forma manual y clandestina en el bloque comunista (los «samizdat»). Los dos mayores ejemplos fueron *Doctor Zhivago*, de Boris Pasternak, y *Archipiélago Gulag*, de Aleksandr Solzhenitsyn. La música prohibida (y no solo la de los exiliados, sino la occidental) desempeñó también un papel importante en las emisiones, en especial el jazz y el rock, considerados por las autoridades del Este como exponentes de la «degeneración capitalista».

Ahora bien, para conseguir esa credibilidad, para poder contar a los ciudadanos de la URSS y de Europa del Este lo que les interesaba y lo que se les ocultaba, se necesitaba un extenso sistema de recopilación de materiales. Cualquier fuente servía: la escucha de las radios comunistas, las publicaciones oficiales para leer entre líneas, la prensa clandestina, las entrevistas en profundidad con quienes viajaban a Europa del Este o con quienes huían de ella... Había que saber cómo era la vida en las granjas colectivas, si los campesinos retenían el grano, qué música se oía, qué libros se leían, si había huelgas, cómo actuaban las policías políticas, el papel de los consejeros soviéticos, los precios en el mercado negro, las divisiones internas en los partidos comunistas, la situación de los clubs deportivos, etc. (Puddington, 2000: 39). Se montaron algunas oficinas auxiliares para recoger toda esa información en Hamburgo, Estocolmo, Estambul, las capitales occidentales más importantes... Se destinó un apartado de correos en Múnich, el 52-20, para que los oyentes escribieran. Y, por supuesto, había un flujo de información continuo entre las emisoras y el Gobierno norteamericano, en especial la CIA. El archivo de RFE/RL, acumulado y clasificado durante décadas, ha llegado a ser una fuente indispensable para el estudio del comunismo en Europa del Este.

La primera reacción sería de un Gobierno comunista ante las emisoras fue una protesta oficial de Checoslovaquia en 1951. Denunciaba las emisiones de RFE como una intromisión en los asuntos internos del país (Puddington, 2000: 47). Desde el principio, la contrapropaganda comunista señaló la implicación de la CIA (que Estados Unidos negó con vehemencia mientras pudo), y la acusó de ser la base para operaciones encubiertas de espionaje y desinformación (algo

que no parece estar tan claro). Lo que sí hizo RFE, sobre todo en los primeros años, fue animar al acaparamiento de las cosechas, al absentismo laboral, al sabotaje de las industrias y a las fugas masivas hacia Occidente que, cuando tenían éxito, eran ampliamente publicitadas para que sirvieran de ejemplo (Puddington, 2000: 51-52 y 58). Los embajadores estadounidenses en los países del Este recibían las constantes quejas diplomáticas de los Gobiernos. Los regímenes comunistas dedicaron considerables recursos para contrarrestar estas emisiones. Organizaron la interferencia radiofónica a escala masiva, infiltraron espías en el personal de las emisoras, trataron de interceptar la información que llegaba desde sus países hasta Múnich, tomaron represalias contra los oyentes, llegaron a condenar a muerte en ausencia a algunos redactores, y por supuesto realizaron una labor de contrapropaganda que establecía, según los países y épocas, confrontaciones directas con RFE y RL o aludía a sus contenidos sin mencionarlas. Durante años, la actitud de los regímenes comunistas «proporcionó más evidencias sobre la eficacia de las emisiones, que cualquier otra fuente de información» (Johnson y Parta [eds.], 2010: 9 y 346).

Las relaciones con la CIA no variaron durante veinte años. Miembros de la Agencia controlaban la seguridad, la contabilidad o la ingeniería de las emisoras, y suyas eran las decisiones últimas sobre los enfoques generales y sobre cualquier conflicto que se plantease. Pero los trabajadores coinciden en que raras veces interferían en los contenidos diarios de los programas. En realidad, no hacía falta. El filtro estaba antes, como por otra parte habían comprobado también los estrategas de las radios clandestinas comunistas: si nombras a los jefes de cada sección, si eliges a redactores ideológicamente de confianza, no tendrás que supervisar cada guión, porque habrá confluencia de intereses y objetivos. Existía lo que podríamos llamar una línea editorial, que se concretaba en directrices o guías de diferentes tipos: diarias (con sugerencias sobre los elementos que convenía subrayar al comentar las principales noticias), temáticas, territoriales... Pero en su confección intervenían sobre todo los editores exiliados de cada sección y los asesores políticos norteamericanos. Solo en muy pocos casos, la CIA o el Departamento de Estado las elaboraban. Este sistema tuvo su apogeo en los años cincuenta, la época más combativa de ambas emisoras. Poco a poco se fue dejando la iniciativa al criterio de los diferentes editores y, hacia finales de los años setenta, las directrices habían caído prácticamente en desuso (Puddington, 2000: 314).

Aun así, la CIA intervino siempre que lo consideró necesario. Uno de los casos más claros ocurrió en 1962. El premio Nobel de Física Linus Pauling grabó un mensaje para Radio Liberty en el que deploraba la decisión de Estados Unidos de reanudar las pruebas nucleares y pedía un desarme total y universal. Seis meses antes, Pauling había condenado en la misma emisora la reanudación unilateral de las pruebas por parte de Kruschchev. Con ese mensaje no hubo problemas, pero la CIA exigió que la declaración de Pauling crítica con la decisión de Estados Unidos no se emitiera sin contraponer las opiniones favorables de otros científicos. Al final se transmitió un programa de media hora con los distintos puntos de vista sobre el tema (Johnson y Parta [eds.], 2010: 21).

La cobertura creada para ambas emisoras empezó a desmoronarse en 1967, cuando la revista *Ramparts* publicó un artículo sobre cómo la CIA financiaba de forma encubierta a organizaciones que se presentaban como no gubernamentales. Fue un *shock* no solo para buena parte del público norteamericano, sino para muchos trabajadores de ambas radios, que habían creído la ficción de las contribuciones voluntarias. Ya para entonces, además, el descrédito de la

CIA era importante debido a algunos excesos de sus operaciones encubiertas y a algunos sonados fracasos en el exterior (en los siguientes capítulos nos encontraremos con varios). El debate sobre el futuro de ambas emisoras se hizo entonces público. Algunos políticos estadounidenses (con el senador William Fulbright a la cabeza) defendían su cierre, al considerarlas un producto anacrónico en la nueva fase de distensión entre el este y el oeste, que además suponía una intromisión en los asuntos internos de otros países. Otros, en cambio, abogaban por reformular su funcionamiento, pero manteniéndolas vivas porque seguían siendo necesarias para unos pueblos que no podían acceder a una información libre. Las comunidades de exiliados europeos en Estados Unidos presionaron en esta última dirección. En 1970, al exponer por qué debían continuar ambas emisoras, los responsables de la CIA explicaron, entre otras cosas, que durante los últimos veinte años se habían invertido en ellas cuatrocientos millones de dólares (Cummings, 2009).

La decisión final, como dijimos al principio, fue doble. Por un lado, refundir en una las dos entidades completamente separadas que hasta entonces habían sido Radio Free Europe y Radio Liberty. Desde su creación, ambas habían tenido su sede en Múnich, pero en distintos edificios, con su propio personal administrativo, con sus propios servicios de investigación. Solo compartían los transmisores en Alemania. La nueva entidad, RFE/RL, adquiriría su forma jurídica definitiva en 1976, como una corporación privada sin ánimo de lucro.

Por otro lado, se decidió que RFE/RL estaría controlada y financiada por el Congreso de Estados Unidos (no por el Gobierno), a través de una Comisión para las Transmisiones Internacionales (BIB, en sus siglas inglesas) creada en 1973. Con esta reglamentación, el estatus de ambas emisoras quedó por fin claro. En los años siguientes, ya sin tapaderas, seguirían llenando los huecos y corrigiendo los errores de los medios controlados por los regímenes comunistas. Se reconoce como crucial, por ejemplo, la aportación de Radio Liberty en acontecimientos como el desastre nuclear de Chernobyl en 1986 (ante el silencio total de las autoridades durante los dos primeros días), o el golpe de Estado que intentó derrocar a Mijail Gorbachov en agosto de 1991 y que a la postre precipitó la desaparición de la Unión Soviética.

El final de la Guerra Fría abrió un nuevo debate sobre el papel de RFE/RL. En la nueva Alemania, unificada en 1990, no se veía con buenos ojos el mantenimiento de instituciones que recordaban al pasado. Así que en 1995 los cuarteles generales se trasladaron a Praga, donde el Gobierno de Checoslovaquia les dio acomodo. Y allí siguen, con emisiones que miran tanto a Europa como a Asia Central, aunque desde mediados de los años noventa las supervisa la misma entidad que a The Voice of America. Las diferencias formales que durante tanto tiempo se resaltaron para justificar la existencia de RFE y RL han desaparecido.

VIENTOS DEL ESTE

La Unión Soviética comprendió desde su misma creación la importancia de la radio, ese «periódico sin papel y sin fronteras», según la célebre definición de Lenin (Hale, 1979: 40). En primer lugar, ofrecía la mejor oportunidad de transformar la conciencia de las masas del propio país, en su inmensa mayoría analfabetas y dispersas en una vasta superficie. En segundo lugar, permitía a los bolcheviques proyectar hacia el exterior una imagen ideal del socialismo en

construcción, y así mantener viva la llama de la revolución en los países más alejados frente al capitalismo decadente. Por último, la vanguardia del Partido Comunista de la URSS podía establecer una «línea directa» simultánea con los revolucionarios de los demás partidos comunistas del mundo, dando la impresión de una presencia continuada y sin filtros, y asegurando la comunicación sin ambigüedades de la «línea correcta de interpretación de la realidad» (Davis, 2009: 354).

Es necesario que nuestra aldea iletrada o semiiletrada, antes aún de dominar la lectura y la escritura como debiera, sea capaz de acceder a la cultura a través de la radio, que es el medio más democrático para transmitir información y conocimiento —afirmaba Trotski en 1926—. Es necesario que por medio de la radio el campesino pueda sentirse ciudadano de nuestra Unión, ciudadano del mundo entero [...]. Es necesario que el día en que los trabajadores de Europa se apoderen de las estaciones de radio, [...] no solo los trabajadores de nuestras ciudades y nuestras industrias, sino también los campesinos de nuestras aldeas más apartadas, puedan responder a la llamada de los obreros europeos: «¿Nos oís?». «Os oímos, hermanos, ¡y os ayudaremos!» (Mattelart y Siegelau [eds.], 1983: 257-259).

Tras la Segunda Guerra Mundial, la URSS, desde su territorio o desde los llamados «países satélites» del bloque socialista, difundió distintas emisiones clandestinas hacia zonas del mundo sometidas a regímenes dictatoriales. Varias han salido ya en estas páginas y otras lo harán en los próximos capítulos. Entre ellas, Radio España Independiente, Rádio Portugal Livre, I Foni tis Alitheias (para Grecia), Bizim Radyo (hacia Turquía), Radio Correo de Irán, Voz Nacional de Irán, o Radio Ba Yi (hacia la China Popular). Pero también hubo radios que transmitieron desde el este hacia democracias europeas.

Esas emisoras, para Moscú, fueron ejemplos de solidaridad internacionalista, de ayuda fraternal a partidos comunistas perseguidos o que no tenían un acceso adecuado a los medios de comunicación oficiales. Para Estados Unidos, tenían una cara oculta, bastante más siniestra: formaban parte de un conjunto de estrategias, coordinadas por el KGB con la colaboración de los demás servicios de inteligencia de la Europa del Este, para afianzar la influencia comunista y debilitar la imagen y el prestigio del «mundo libre». Esa conclusión se apoyaba en buena medida en los miembros de los servicios de inteligencia que desertaron a Occidente.

El departamento de operaciones especiales de la CIA tenía, en cierto sentido, su contrapunto en el llamado Departamento D del KGB, especializado en lo que los soviéticos llamaban «dezinformatsiya» (desinformación). En los años setenta cambió su nombre a Departamento A, como abreviatura de un nuevo término: «aktivnyye meropriyatiya» (medidas activas). Poco después, el departamento se transformó en servicio y se puso bajo la dirección de un general de la KGB. Estos cambios mostraban la creciente importancia y la mayor amplitud de esas actividades. En ellas, según una descripción de la contrainteligencia estadounidense publicada en 1985, la KGB combinaba las propagandas blanca, gris y negra.

Dentro de las actividades consideradas grises se encontrarían las emisoras clandestinas, además de otras como el apoyo a organismos internacionales de inspiración comunista (Consejo Mundial de la Paz, Federación Sindical Mundial, Federación Mundial de la Juventud Democrática...). Curiosamente, no incluía las emisoras en las actividades negras, las «genuinamente clandestinas», llamadas así porque para ser eficaces no debía notarse que los comunistas estaban detrás de ellas: situar agentes en puestos de influencia, esparcir rumores inventados, embaucar a políticos y periodistas, fabricar y difundir documentos falsos... Según esa descripción, al KGB le interesaba más tratar de colocar una campaña de desinformación en un

medio no comunista, porque de ese modo podía llegar a un público desprevenido, que recibiría los mensajes sin ningún prejuicio a favor o en contra (Kux, 1985: 19-23). Las emisoras clandestinas de las que hablamos, sin embargo, se presentaban como portavoces de los partidos comunistas y, en consecuencia, la eficacia de sus mensajes estaba condicionada. Por eso tenían una utilidad solo relativa para las operaciones encubiertas.

De todas formas, no debemos olvidar que el tema de los espías, de los servicios de inteligencia, fue uno de tantos que estuvieron presentes durante la Guerra Fría como guerra de propaganda. Cada superpotencia acusaba a la otra constantemente de ser especialista en el juego sucio. Algunas supuestas campañas de desinformación de las que se acusó a la Unión Soviética se demostraron basadas en hechos reales cuando se desclasificaron documentos de la CIA. En cuanto a los archivos del KGB, su acceso a los investigadores ha sido más restringido y más tardío, pero sin duda se irán encontrando en ellos algunas sorpresas interesantes.

Más allá de su objetivo último, el hecho es que las emisiones desde el este hacia las democracias europeas tuvieron como destino tres países de importancia crucial tanto en lo simbólico como en lo geoestratégico: Alemania, Francia e Italia. En realidad, solo podrían considerarse clandestinas las emisiones dirigidas al primero de ellos.

La cuestión alemana fue el principal punto de discordia entre occidentales y soviéticos, el lugar de Europa en el que bien pronto chocaron directamente los antiguos aliados, que se habían repartido el país en zonas de ocupación al acabar la guerra mundial. La URSS defendió en los primeros años la creación de un país unificado y neutral. Lo que ocurrió, en cambio, tras una pretendida convivencia cada vez más difícil entre los ocupantes, fue la creación en 1949 de dos Estados con sistemas políticos, económicos, sociales y de alianzas militares irreconciliables. Ese proceso tuvo un primer momento de máxima tensión cuando los soviéticos bloquearon durante once meses Berlín Occidental (la ciudad, aunque administrada en parte por británicos, estadounidenses y franceses, se encontraba decenas de kilómetros dentro de la zona de la URSS), y de algún modo culminó con la construcción del Muro de Berlín en 1961.

Tras años prohibido por los nazis, el Partido Comunista Alemán (KPD) estaba legalizado de nuevo. Pero en el ambiente que hemos descrito, algunos influyentes círculos políticos, militares y judiciales de la Alemania Occidental empezaron a verlo como una amenaza. Para ellos, el KPD no era una formación política más, con derecho a expresar sus propias opiniones, sino el caballo de Troya mediante el cual la URSS podría colarse en las otras zonas de ocupación. En 1946, en la zona soviética, el KPD y los socialdemócratas del SPD habían formado el Partido Socialista Unificado de Alemania (SED), un modelo que se repetiría en las demás democracias populares. La voz del SED, con posición hegemónica en la Alemania del Este, sonaba igual que la del KPD en el oeste cuando reclamaba la unificación del país o criticaba su remilitarización. Así que a este se le empezó a restringir el margen de maniobra. EL KPD afirmaba que el anticomunismo era la gran coartada para la ascensión de los conservadores más duros e incluso la rehabilitación de muchos exnazis. Pero sus argumentos no sirvieron de nada. Tras un proceso de cinco años, y en una decisión política y jurídicamente controvertida, el Tribunal Constitucional de la República Federal Alemana declaró ilegal al KPD el 17 de agosto de 1956.

Al día siguiente empezó a emitir Deutscher Freiheitssender 904. El nombre evocaba las luchas pasadas (nos lo encontramos por tercera vez). El número eran los kilohercios en los que transmitía, en onda media. Decía operar desde Alemania Occidental, pero en realidad lo hacía

desde el este, en concreto desde cerca de Magdeburgo. De hecho, la frecuencia en la que emitía estaba oficialmente asignada a Radio Volga, una emisora en ruso que transmitía para los soldados del Ejército Rojo de servicio en Alemania del Este.

Deutscher Freiheitssender 904 tenía un formato de estilo occidental. Por eso fue al parecer muy popular entre los alemanes del oeste, aunque tal vez la escuchaban también para oír unas misteriosas frases, sin sentido aparente, que la emisora difundía de vez en cuando, intercaladas en su oferta musical, y que según algunas especulaciones eran mensajes en código para las células del KPD ilegal: «El gato está dando vueltas alrededor de la luna», o «Llamando a todos los molinos».

Otra emisora especializada que transmitió hacia la Alemania Occidental fue la Deutscher Soldatensender 935. Empezó a funcionar en septiembre de 1960, desde otra de las frecuencias asignadas a Radio Volga. Su público objetivo, como indica su nombre, eran las Fuerzas Armadas de la República Federal Alemana. Ambas desaparecieron a comienzos de los años setenta, durante la época de la llamada Ostpolitik (el acercamiento de la Alemania Occidental a la Europa del Este). Deutscher Freiheitssender 904 dejó de emitir el 10 de octubre de 1971, cuando se permitió actuar abiertamente a un nuevo partido comunista fundado en 1968 y denominado DKP. La otra emisora se clausuró un año después (Boyd, 1983: 238).

Distinto fue el caso de Francia e Italia. El partido comunista no se prohibió en esos países, pero la URSS consideró necesario proporcionarles emisoras propias. Y no fue por casualidad. Ambos eran los partidos comunistas más importantes de Europa Occidental, los que tenían mayor penetración social y capacidad de movilización política. Cuando en 1947 se creó la Kominform (el organismo coordinador que en ciertos aspectos reemplazó a la Komintern), los partidos comunistas francés e italiano fueron los únicos miembros que no pertenecían a países dominados por la URSS. La importancia estratégica de ambos para Moscú era, pues, indiscutible, y por eso mismo suponían una amenaza desde el punto de vista de Estados Unidos. Para el Departamento de Estado norteamericano, Francia e Italia eran los países en los que a finales de los años cuarenta había más posibilidades de que los comunistas tomaran el poder por la vía revolucionaria, como estaba ocurriendo en Europa del Este.

En 1947, ambos debieron abandonar los Gobiernos de concentración en los que participaban desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces se impuso una suerte de cordón sanitario parlamentario para que no volvieran a tener cuotas de poder estatal. También se les sometió al ostracismo en la radio y en la televisión, que en Francia e Italia eran monopolio del Estado, como vimos, aunque más bien podrían considerarse instituciones al servicio del Gobierno. En Francia, por ejemplo, en 1960, ante la pregunta de un senador comunista, el entonces ministro de Información declaró: «Si el Partido Comunista estuviera en el poder, ¿daría la palabra a sus oponentes?» (De Bussierre *et al.*, 1999: 61). En los informativos podían escucharse sus opiniones resumidas, pero se evitaba el sonido de sus voces.

En Italia, el clima anticomunista tuvo consecuencias más devastadoras, sobre todo desde 1950, cuando unas ordenanzas dictadas por el Ministerio del Interior permitieron a las autoridades locales prohibir las marchas, manifestaciones o concentraciones que a su juicio pudieran dar lugar a actos de violencia o de intolerancia política (Cipriani *et al.*, 2014: 121). Los comunistas italianos sentían que sus esfuerzos en la resistencia eran recompensados ahora con una ingratitud total, mientras los antiguos fascistas iban recuperando sus posiciones en terrenos

esenciales, como la policía.

Pero, si la situación de los comunistas franceses e italianos era similar, no lo fue la trayectoria de las emisoras que Moscú puso a su disposición. Ambas emitían desde Praga y tenían nombres bastante parecidos: Oggi in Italia y Ce Soir en France. Sin embargo, la francesa emitió solo durante unos meses y apenas hay información de ella.

Mejor documentada está la vida de Oggi in Italia. Empezó a emitir el 28 de diciembre de 1950. Salía al aire todas las tardes, de ocho y media a nueve. Su señal de onda media podía cubrir todo el país. El personal se reclutó entre los miembros del Partido Comunista Italiano que habían emigrado a Praga huyendo de las persecuciones laborales o judiciales. Por ejemplo, el primer director, Francesco Moranino, fue acusado de haber hecho fusilar en 1944 (es decir, aún durante la guerra) a siete partisanos acusados de ser espías. Solo en 1965 recibiría el indulto del presidente de la República y se reconocería que esos fusilamientos fueron un acto de guerra y no un delito común (Cipriani *et al.*, 2014: 15). Los redactores debían llevar una vida de clandestinidad en el exilio, similar a la que hemos visto en el caso de «Radio Pirenaica», por ejemplo. En las emisiones tenían que utilizar seudónimos, entre otras cosas porque se les podía acusar de «actividad antiitaliana en el extranjero», un delito penado con hasta cinco años de cárcel (Cipriani *et al.*, 2014: 19).

Para 1954, las emisiones habían aumentado hasta totalizar siete: tres en onda corta (en horarios de mañana, mediodía y tarde) y cuatro en onda media (todas en horario de tarde-noche) (Cipriani *et al.*, 2014: 124). La única fuente de información por entonces era *L'Unità*, el periódico del partido. Todos los días, a las cuatro de la tarde, llegaban desde Roma por teléfono las noticias que eran mecanografiadas y después emitidas. Pese a este carácter artesanal y poco radiofónico, al parecer tuvo una amplia audiencia, entre otras cosas por el alto índice de analfabetismo y la dificultad de distribuir el periódico comunista, sobre todo en las zonas rurales. Después, la emisión se hizo más informativa (gracias a los checoslovacos, los redactores tuvieron acceso a las principales agencias informativas) y su línea editorial más abierta (recogiendo los debates en la izquierda italiana). En los méritos de la emisora está, por ejemplo, el haber dado en 1953 los resultados de las elecciones antes que la RAI. Al parecer, la emisora oficial italiana retrasó su difusión durante horas porque no favorecían a la Democracia Cristiana (Cipriani *et al.*, 2014: 20).

Cuando el Gobierno democristiano supo que las emisiones se realizaban desde Praga, presionó a Checoslovaquia para que la clausurase, pero no lo consiguió. El fin le llegó cuando quisieron los soviéticos, en última instancia. Durante la llamada «Primavera de Praga», el Partido Comunista Italiano apoyó las reformas del Partido Comunista de Checoslovaquia. Oggi in Italia rechazó de forma resuelta la invasión de los cinco países «amigos» que en agosto de 1968 acabó con aquella experiencia. Fue algo que no perdonaron las nuevas autoridades checoslovacas, sumisas a Moscú. No podían permitirse en su territorio una radio hostil, aunque esa radio hablase en italiano. Los últimos años de Oggi in Italia fueron cada vez más difíciles, con una autonomía cada vez más limitada, hasta que los checoslovacos decidieron cerrarla en 1971, cuando el PCI se negó a firmar una declaración internacional que exaltaba la política de la «normalización» (que no era sino la abolición de las reformas anteriores en Checoslovaquia). De todas formas, faltaba poco para que una sentencia del Tribunal Constitucional italiano acabara de hecho con el monopolio de la RAI, iniciando una nueva etapa en la historia de la comunicación en Italia.

[39](#) Reportaje elaborado por la agencia EFE y publicado en noviembre de 2013 en distintos periódicos, entre ellos *ABC* o *El Correo*, con el título «40 años después, la revuelta estudiantil sigue viva en las calles de Grecia».

[40](#) *Crusade for freedom disc*, preparado para la campaña de 1951, escuchado en hoorferl.stanford.edu.

[41](#) Eugene Sossin en el documental *To Russia with love*.

[42](#) Los datos referidos a las emisoras de propaganda negra de la CIA en los años cincuenta se han extraído del blog coldwarradios.blogspot.com.

CAPÍTULO 6

Asia y África: la lucha por la independencia política

IMPERIOS EN RETIRADA

La Segunda Guerra Mundial aceleró un proceso que algunas metrópolis veían como inevitable ya antes de 1939, y que otras no quisieron admitir hasta que les obligaron a ello. Las luchas de emancipación en Asia y África se habían ido transformando durante décadas, desde las manifestaciones de resistencia espontánea hasta los movimientos nacionalistas organizados con capacidad de ejercer presión política y/o militar para conseguir sus objetivos. La fase de desarrollo de esos movimientos en 1945 variaba notablemente entre unos territorios y otros en función de factores como el modelo de administración colonial aplicado, el grado de integración política de las élites nativas, la situación económica, la diversidad étnica o lingüística de la población... Pero se podían detectar algunos elementos comunes.

El primero de ellos fue el surgimiento desde comienzos del siglo xx de unas élites locales intelectuales (muchos de cuyos miembros se educaron en Occidente), conscientes del atraso político y de la explotación económica de sus pueblos. Entre esas élites se articularon algunos proyectos de modernización social que, paradójicamente, solo fueron efectivos cuando lograron movilizar a unas masas mucho más apegadas a los ideales y a las costumbres tradicionales que al progreso en el sentido occidental. La Primera Guerra Mundial fue el primer gran aldabonazo global en la conciencia de las colonias: por un lado, muchos soldados nativos sirvieron en frentes muy lejanos a sus pueblos y volvieron —cuando lo hicieron— con una experiencia transformada de la realidad; por otro, la derrota de Alemania y Turquía conllevó el hundimiento de sus imperios, cuyas posesiones se repartieron sobre todo británicos y franceses, mostrando a los colonizados que las estructuras en las que vivían no eran inmutables.

La Gran Depresión en los años treinta trastocó unas economías dependientes, en unos mercados más y más interconectados, y provocó agitaciones sociales en ocasiones violentas. La respuesta de las autoridades coloniales a las reclamaciones de los nativos osciló entre la pura represión y los intentos de compromisos parciales, pero en general fueron siempre un paso por detrás: se mostraron dispuestas a realizar concesiones y reformas de tipo autonomista cuando el sentimiento de los colonizados ya se había vuelto independentista. Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, las viejas potencias parecieron ser vencidas por nuevos regímenes que, como mínimo de forma verbal, apoyaban algunos de esos movimientos nacionalistas. El prestigio de Gran Bretaña, Francia y Holanda quedó así dañado de forma irreversible. Y, aunque finalmente volvieron a triunfar, salieron de la guerra demasiado débiles como para recuperar su posición anterior. Esto lo comprendieron algunas metrópolis antes que otras.

Gran Bretaña se dio cuenta de que la descolonización pacífica y «voluntaria» era la mejor forma de mantener su influencia en sus antiguos dominios y protectorados. La experiencia en la India le había enseñado que «cuando surgía un movimiento nacionalista importante, la renuncia

al poder formal era la única forma de seguir disfrutando las ventajas del imperio» (Hobsbawm, 1995: 221-222). El proceso de transformación de ese imperio en la Commonwealth, aunque con vacilaciones y resistencias, fue bastante exitoso. Francia realizó un proceso de descolonización más tardío que el británico, menos coherente, más ligado a la evolución política de la metrópoli y con una influencia final más difusa sobre los nuevos países independientes. Allá donde hubo más resistencia de las metrópolis a la descolonización, o donde no se produjo en la forma y al ritmo que deseaban los movimientos más activos, estallaron revueltas violentas y prolongadas. Ocurrió en Malasia y Kenia, dependientes de Gran Bretaña. Pero fueron más importantes en las colonias francesas de Indochina y Argelia.

La guerra de guerrillas, por supuesto, no se inventó a mediados del siglo xx, pero las llamadas guerras de liberación, guerras populares o guerras revolucionarias, implicaban mucho más que una táctica militar, pues las acciones de este tipo se combinaban con las políticas, las económicas o las psicológicas. Además, para ser efectivas, estas guerras requerían el apoyo masivo de la población local en los campos y en las ciudades y su movilización activa para complementar las acciones de los guerrilleros. «En la guerra moderna, ninguna frontera material separa los dos bandos —escribió un coronel francés en 1961—. El límite entre amigos y enemigos pasa por el seno mismo de la nación, de un mismo pueblo, a veces de una misma familia [...]. El control de las masas es el arma maestra de esta guerra». Necesitaban también construirse una buena imagen —a la vez de respetabilidad y de eficacia— en la opinión pública internacional, y contrarrestar el discurso del adversario en la propia colonia, en la metrópoli y en el resto del mundo. Los ejércitos de las grandes potencias tuvieron que adaptar sus métodos a esta guerra no convencional, en la que llegaron a ver un combatiente —y, por tanto, un peligro— dentro de cada nativo (Mattelart, 2003: 155 y 158).

¿Cómo influyó la radio en la difusión del anticolonialismo? Atendiendo al número de receptores, podría pensarse que poco. A comienzos de 1936 se estimaba que había 56,7 millones de aparatos en el mundo, pero de ellos 27,5 estaban en Europa y 22,9 en Estados Unidos. El medio estaba más desarrollado en el imperio británico, pero sobre todo en los llamados «dominios» (colonias con población de mayoría blanca, como Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y la región de Rodesia, correspondiente a los actuales Zambia y Zimbabue). Pero a mediados de los años treinta se habían inaugurado ya potentes emisoras en El Cairo, Jerusalén y Nueva Delhi. En el imperio francés, la radio se extendía más lentamente, salvo en Argelia (Albert y Tudesq, 1982: 60-61).

Pero más importante era cómo se concebía esa radio. Nada más ilustrativo que el primer mensaje de Navidad del rey Jorge V de Inglaterra transmitido por el Empire Service, las emisiones de onda corta inauguradas en 1932. Dijo que se dirigía a los «hombres y mujeres, tan aislados por la nieve, el desierto o el mar, que solo pueden alcanzarles las voces que llegan desde el aire» (Bathgate, 2014). Era, pues, una radio de europeos para europeos, la voz de la metrópoli para los colonos que estaban lejos de su tierra. Las emisoras instaladas en las colonias redifundían directamente las emisiones públicas de París o Londres, o realizaban sus propios programas siguiendo los mismos esquemas. Así, la radio, medio de masas en Europa y Estados Unidos, era un medio de élites en África y Asia. En esa concepción tan distinta influía, por un lado, la economía: los precios de los aparatos eran prohibitivos para la mayoría de la población nativa. Pero también había un prejuicio psicológico según el cual la radio, instrumento de

«civilización», debía difundir la cultura de los «civilizadores». El desinterés de buena parte de los nativos por el medio se interpretó, desde este punto de vista, como apatía ante cualquier novedad o falta de capacidad natural para entender los mensajes. No podían asimilar los primeros responsables de las emisoras que su programación no resultaba atractiva a los africanos y asiáticos porque, sencillamente, les era ajena, no reflejaba su realidad ni sus aspiraciones, ni sus valores, ni tan siquiera su lengua.

Las cosas comenzaron a cambiar a mediados de los años treinta. La política mediterránea expansionista de Mussolini le llevó a tratar de debilitar la influencia de Inglaterra y Francia en el norte de África y Oriente Medio⁴³. Y para ello utilizó la radio como arma de propaganda. En 1934, Radio Bari empezó a transmitir en onda corta desde Italia, proclamando a diario en árabe el apoyo fascista a los emergentes movimientos nacionalistas en Egipto, Palestina, Siria o Líbano, y su promoción de una identidad panárabe y panislámica (Scales, 2010: 385). La compra de aparatos de radio en la zona aumentó de forma exponencial: en Argelia, por ejemplo, había doscientos veinticinco aparatos en manos nativas en 1934, dos mil en julio de 1937 y casi tres mil en marzo de 1938 (Scales, 2010: 394 y 406). Las metrópolis tuvieron que reestructurar sus servicios ante una guerra de ondas previa a la guerra de armas, que las democracias estaban perdiendo: Francia introdujo más emisiones en árabe en la radio argelina en 1937, y el árabe fue la primera lengua extranjera que empleó la BBC desde enero de 1938. Algunos líderes nacionalistas empezaron a pensar en Alemania, Italia y Japón como aliados potenciales para sus objetivos. Pero en vísperas de la Segunda Guerra Mundial surgieron también las primeras emisoras clandestinas autónomas, en concreto en Oriente Medio.

Después de 1945, el desarrollo de la radio en África y Asia siguió siendo desigual, pero en general se observa que, al menos en el terreno de los números, las independencias sentaron bien a las radios. En 1944 había ciento setenta y tres emisoras en toda Asia y cuarenta y tres en África. En 1961, habían pasado a mil doscientas y cuatrocientas, respectivamente. Egipto fue uno de los casos más claros de crecimiento: en 1949 tenía seis emisoras (una de ellas de onda corta) y doscientos treinta y ocho mil receptores; en 1961 había pasado a veintiocho emisoras (trece de ellas de onda corta) y un millón setecientos cincuenta mil receptores (Albert y Tudesq, 1982: 73 y 89). La radio, ahora convertida en instrumento de construcción de una identidad nacional en los procesos de independencia más o menos pacíficos, despertaba un interés creciente en las poblaciones de África y Asia.

En el mundo de los nacientes movimientos guerrilleros, la radio llegó a ser ampliamente aceptada como la compañía inseparable de la revolución. Para mediados de los años sesenta, y ciertamente en las décadas siguientes, fue evidente para todos los que quisieran ser revolucionarios que el liderazgo de un movimiento viable, en particular un movimiento viable en el exilio, necesitaba transmitir por radio para influir en sus apoyos, aventajar a sus rivales, y comunicar con el pueblo al que aseguraban liderar, incluso aunque la pretendida audiencia no actuara necesariamente de acuerdo con lo que oía por las ondas (Davis, 2009: 353).

Es cierto que, todavía en 1960, veintidós Estados o regiones de África y nueve de Asia tenían menos de diez aparatos de radio por cada mil habitantes. En la Indochina francesa, por ejemplo, solo había dos radios por cada mil personas (Albert y Tudesq, 1982: 89-90). Pero estos datos no tienen en cuenta la enorme importancia de la escucha colectiva tanto por razones económicas como por las tradiciones de oralidad comunitaria de muchas sociedades. En esa escucha colectiva —y este es un fenómeno que habrá que tener muy presente cuando hablemos de Asia y

África—, las emisiones no solo se escuchan, sino que se comentan, se debaten. Por eso, ya en los años treinta las autoridades coloniales francesas la consideraron un fenómeno mucho más peligroso que la escucha privada en casa (Scales, 2010: 395).

En este capítulo veremos tres episodios de las luchas por la independencia en los que la radio clandestina fue relevante en algún aspecto. La India ofrece un claro ejemplo de cómo algunos líderes nacionalistas trataron de servirse de los países del Eje para sus propios propósitos, sin que ello significara necesariamente compartir su ideología. En Palestina, las emisoras clandestinas de varios grupos judíos ayudaron a crear un clima favorable a la retirada de Gran Bretaña, lo que desembocó en el nacimiento de Israel en 1948. Este «parece ser el primer caso de uso con éxito de las emisiones clandestinas para ayudar a alcanzar un objetivo: la creación de un nuevo Estado» (Boyd, 1999: 113). Este episodio tendrá su contraparte en las radios clandestinas en defensa de la causa palestina, que veremos en el capítulo 9. En cuanto a la radio en la guerra de independencia argelina, formó parte de un proceso más complejo de transformación social y de concienciación política de la población nativa. Un proceso que fue posible con una rapidez inédita, gracias a un nuevo invento cuyo uso se generalizó en muy poco tiempo: la radio de transistores.

LA INDIA: DOS ESTRATEGIAS PARA UN MISMO OBJETIVO

El Partido del Congreso, fundado en 1885, era una organización de masas cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. El más recordado de sus líderes es sin duda Mohandas Gandhi, representante de un nacionalismo a la vez populista y progresista, que desde comienzos de los años veinte impulsó algunas espectaculares movilizaciones sociales basadas en su filosofía de no cooperación no violenta o resistencia civil pasiva. Una política que lo llevó a veces a la cárcel y a veces a la mesa de negociaciones.

Pero la autoridad de Gandhi en el movimiento nacionalista indio, e incluso en el propio Partido del Congreso, no fue indiscutida, ni mucho menos. Algunos le reprochaban su intento de integración de las comunidades hindú y musulmana en una misma lucha y en un mismo país. De hecho, sería un fanático hindú quien lo asesinaría el 30 de enero de 1948. Tras unas tensiones iniciales, Gandhi consiguió el apoyo de otro líder histórico, Pandit Jawaharlal Nehru, admirador de la Unión Soviética y que soñaba para su país una forma autóctona de socialismo. Tras el asesinato de Gandhi, Nehru se convertiría en la figura dominante en la India y en uno de los impulsores del movimiento de los no alineados. No fue posible mantener en el partido a otro de sus líderes, Shubas Chandra Bose, que se oponía a la estrategia pacifista de Gandhi y pensaba que solo una acción violenta podría obligar a los británicos a abandonar el territorio.

Cuando al estallar la Segunda Guerra Mundial el Partido del Congreso decidió no obstaculizar por el momento el esfuerzo bélico de Gran Bretaña, Bose decidió seguir su propio camino. Fue arrestado por los británicos bajo la acusación de sedición en 1940, pero consiguió escapar en 1941 y viajó a Alemania con identidad falsa. La actitud de Bose era ambivalente. Según algunos biógrafos, no admiraba a Hitler ni al nazismo, pero estaba dispuesto a poner en práctica ese viejo proverbio, tan aplicado en todos los tiempos a la geoestrategia, de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». El apoyo alemán a la independencia india serviría para debilitar más aún a Gran

Bretaña, y por eso Bose esperaba obtener en Berlín un altavoz y una plataforma para articular su movimiento y difundir sus ideas. Y lo consiguió. Reclutó entre los indios emigrados a Berlín varios colaboradores que, entre otras tareas, trabajarían en la emisora de radio que los nazis pusieron a su disposición.

El 7 de enero de 1942 comenzó a transmitir Azad Hind Radio (Radio India Libre). Sus programas se transmitían desde Huizen, en Holanda. Eran doscientos treinta minutos diarios en inglés, hindi y otras seis lenguas habladas en la India. La emisora tuvo el privilegio de que sus guiones no fueran revisados por los nazis antes de emitirse. Para hacer más atractivos los programas, y ante la falta de material propio, se grababa la música que emitía la BBC para la India y luego se reutilizaba. En los meses siguientes se añadirían dos emisoras dependientes también en última instancia de Bose: National Congress Radio (para dar la impresión de que el Partido del Congreso compartía sus puntos de vista) y Azad Muslim Radio (que apelaba a los nacionalistas musulmanes) (Gordon, 1990: 454-455).

Pero, para entonces, los acontecimientos internacionales hicieron que Bose volviera su mirada a Oriente. Tras el bombardeo por sorpresa a Pearl Harbor, los japoneses iniciaron una campaña de conquistas que casi hacía palidecer la blitzkrieg alemana. El imperio británico en Asia se deshacía. Pronto Bose empezó a considerar que en Japón estaría la ayuda efectiva que necesitaba para llevar a cabo sus planes. Alemania le había proporcionado medios de propaganda, pero no militares, entre otras cosas porque la gigantesca operación Barbarroja sobre la URSS estaba atascada desde finales de 1941.

Tras la caída de Singapur, el 15 de febrero de 1942, Bose decidió —previa consulta con los alemanes— hacer pública su presencia en Berlín y habló por primera vez a través de Azad Hind Radio.

El imperialismo británico ha sido en la historia moderna el enemigo más diabólico de la libertad y el obstáculo más formidable para el progreso —afirmó Bose, desde la capital del nazismo—. Los opresores británicos se han empeñado en crear divisiones en el pueblo indio [...]. Durante esta lucha, cooperaremos de corazón con los que nos ayuden a derrotar al enemigo común. La hora de la salvación de la India está al alcance de la mano.

También mandó Bose en aquella emisión un mensaje para sus excompañeros:

El mundo oye de vez en cuando voces que llegan de la India, declarando hablar en nombre del Partido del Congreso o del pueblo indio. Pero son voces que llegan a través de los canales de la propaganda británica y nadie debería cometer el error de considerarlas como representantes de la India Libre (Gordon, 1990: 461-462).

Entretanto, la situación se había vuelto inestable en la India. Gandhi había convencido a los líderes del Partido del Congreso de realizar una nueva campaña de desobediencia. Fue el movimiento «Quit India» («fuera de la India»). Para ello, Gandhi hubo de explicar a algunos fervientes antifascistas, como Nehru, que esta acción no suponía ayudar al Eje ni siquiera de forma indirecta. Ellos tenían que seguir sus propios objetivos. Gandhi no quería que se emplearan medios violentos contra el personal del raj, pero tampoco estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de presionar sobre un imperio en situación difícil. Se tomó la resolución de que el movimiento se iniciaría el 9 de agosto con una marcha en Bombay.

Entre los colaboradores más cercanos de Gandhi se planteó la idea de popularizar la desobediencia por un nuevo medio: una emisora clandestina propia. Se llamó Congress Radio (no confundir con la de Bose) y salió al aire el 27 de agosto. Ofrecía mensajes de los líderes del

Partido, noticias sobre el desarrollo del movimiento y música nacionalista. Emitía por onda corta «desde algún lugar de la India», según su indicativo. En realidad, lo hacía desde Bombay. Sus impulsores cambiaban con frecuencia de casa para no ser detectados por la policía británica. Pero solo lo consiguieron durante tres meses. El 13 de noviembre de 1942, la policía localizó y confiscó el transmisor y arrestó también a quienes la hacían funcionar. Entre ellos destacaba la figura de Usha Mehta, que con veintidós años ya era una veterana luchadora por la libertad de la India y seguidora de las tesis de Gandhi. Tras la captura del transmisor, Mehta fue condenada a cuatro años de prisión. Esta emisora demuestra la importancia de la mujer, incorporada también a la lucha por la independencia aun en una sociedad tan jerarquizada como la india.

No se sabe hasta qué punto la idea de crear esta radio clandestina tuvo que ver con el éxito de las emisiones de Bose. En cualquier caso, Bose sí intentó aprovecharse del prestigio de Gandhi para identificar las agitaciones en la India con su propio proyecto. En sus transmisiones radiofónicas dijo en ocasiones que las ideas de ambos eran las mismas, algo que Gandhi rechazaba radicalmente.

Se equivoca. «Libertad a cualquier precio» tiene una connotación notablemente diferente para mí de la que tiene para él —aseguró en una ocasión—. «A cualquier precio» no existe en mi diccionario. No incluye por ejemplo traer a extranjeros para ayudarnos a ganar nuestra libertad. No tengo duda de que eso significaría cambiar una forma de esclavitud por otra posiblemente mucho peor (Gordon, 1990: 479).

El viaje soñado por Bose a Japón se produjo a comienzos de 1943. Para no despertar sospechas, dejó grabadas intervenciones para Azad Hind Radio. En junio, tras entrevistarse con el emperador Hirohito, dio una rueda de prensa y habló por primera vez por la NHK, la emisora oficial de Tokio. Desde allí continuó alentando a levantarse contra el dominio británico. Pero quería ir más lejos. En octubre formó lo que definió como «Gobierno provisional de la India libre», y constituyó un «ejército nacional indio» con cincuenta y cinco mil prisioneros de guerra indios. En marzo de 1944, junto al ejército japonés, intentó una invasión desde Birmania, que fracasó. Fue el final del sueño, aunque al parecer Bose siguió hablando desde Tokio durante toda la guerra. Oficialmente murió el 18 de agosto de 1945, al estrellarse en Taiwán el avión que lo conducía a Tokio, pero su cuerpo no apareció.

Los británicos se retiraron del subcontinente indio en 1947, antes de que resultara evidente que ya no podían controlarlo, y lo hicieron sin oponer la menor resistencia (Hobsbawm, 1995: 222). Pero la independencia produjo traumas. En los años anteriores se había realizado una política de divisiones religiosas entre hindúes y musulmanes con el fin de debilitar el movimiento nacionalista. Las diferencias llegaron a ser irreconciliables, así que Gran Bretaña optó por la partición del territorio: la India, con mayoría hindú, y Pakistán (nombre creado por unos estudiantes en Londres en los años treinta), de mayoría musulmana. Aquella división provocó millones de desplazados entre ambos territorios y desde entonces ha estado sujeta a tensiones constantes, convertidas a veces en guerras abiertas. A su vez, el territorio pakistaní presentaba diferencias acusadas entre el oeste y el este, que decidió independizarse en 1971 con el nombre de Bangladesh, lo que dio lugar también a una nueva guerra.

El mismo año de 1947, Gran Bretaña decidía abandonar otro territorio, esta vez un mandato heredado de las ruinas del imperio otomano tras la Primera Guerra Mundial. También aquí se estableció una división por razones tanto étnicas como religiosas. Pero esta no se respetó desde el primer momento. Hablamos de Palestina.

A mediados de los años ochenta, Lawrence C. Soley y John S. Nichols observaban que Oriente Medio era la región con una actividad más amplia de estaciones clandestinas. Aproximadamente el cuarenta por ciento de las emisoras clandestinas identificadas hasta el momento transmitían en o hacia esa zona. Como no podía ser de otra forma, esta actividad se relaciona directamente con la inestabilidad crónica de la región (Soley y Nichols, 1987: 51-52). El llamado «conflicto árabeisraelí», foco principal de las tensiones en Oriente Medio, tenía raíces previas a 1945, aunque solo se manifestó con toda su crudeza tras la Segunda Guerra Mundial.

Gran Bretaña tenía un problema en Palestina, y lo sabía. Un problema heredado cuando la Sociedad de Naciones la hizo potencia mandataria de ese territorio tras el hundimiento del imperio otomano. Desde finales del siglo XIX, el sionismo había dotado de una concreción política y de un plan de acción al sueño milenarista del fin de la diáspora. En una época en la que estaba en boga el principio de «un pueblo, un Estado», quería construir también una patria para los judíos. Una patria en la que además estuvieran libres de las incomprendimientos, de las suspicacias, de las restricciones, cuando no de los pogromos que sufrían periódicamente en zonas como Rusia o Europa Central. ¿Y dónde podrían asentarse mejor que en la «tierra prometida»? Así que se empezó a estimular, y a producir, una emigración cada vez más acelerada hacia Palestina. Se calcula que, entre 1922 y 1942, el porcentaje de judíos ascendió del diez al treinta y uno por ciento, y que en 1939 los terrenos vendidos por los árabes a colonos judíos suponían la cuarta parte de la superficie cultivable de la región (Procacci, 2001: 128).

Desde la conocida como «declaración Balfour» de 1917, Gran Bretaña se había pronunciado a favor de ese Estado para los judíos. El problema era que en Palestina vivía otro pueblo, el árabe, también desde hacía siglos. La presión demográfica, la lucha por los recursos naturales y los viejos prejuicios antisemitas acabaron dinamitando la convivencia. En 1936, los británicos reprimieron con gran dureza una revuelta árabe, pero tres años después impusieron restricciones al número de judíos que podían instalarse en Palestina y a la extensión de tierras que podían comprar. Esa actitud despertó la cólera de los hebreos más nacionalistas. Atrapados entre dos fuegos, los británicos sabían que la única solución razonable para ellos era retirarse de Palestina, aunque intentando hacerlo de forma honrosa y dejando la situación lo más calmada posible. Así estaban las cosas cuando estalló la Segunda Guerra Mundial.

Las emisiones de radio clandestinas en Palestina las llevaron a cabo tres organizaciones paramilitares judías. Los árabes no necesitaban recurrir a ellas. Tenían, por un lado, a las radios estatales de los países vecinos (Siria, Líbano y Egipto, sobre todo) que defendían su causa. Estaban, además, las emisiones de Radio Bari, desde Italia, de las que hablábamos al comienzo del capítulo. La Palestine Broadcasting Station, creada en 1936 por la autoridad del mandato británico, emitía en inglés, árabe y hebreo, pero no recogía los puntos de vista sionistas. La ideología y las aspiraciones de las tres organizaciones paramilitares judías eran distintas, como veremos enseguida, pero sus emisoras clandestinas tenían cinco objetivos comunes: difundir información a las comunidades judías dispersas en Palestina; conseguir respaldo y reclutar activistas para cada organización entre esas comunidades; proporcionar instrucciones políticas o militares específicas a los ya combatientes, que de otro modo habrían tenido que recurrir a canales de comunicación más lentos y menos fiables; contribuir a la salida cuanto antes de los

británicos para crear un Estado judío independiente; y solicitar fondos y ayuda militar al exterior. Todas emitían en onda corta, una banda

ideal para las operaciones clandestinas en Palestina, porque con una potencia relativamente baja de salida se podía alcanzar una amplia área. Además, los transmisores de onda corta no necesitaban las grandes antenas e instalaciones que requerían los de onda media, haciéndolos así portables y relativamente fáciles de ocultar (Boyd, 1999: 104-105).

La organización más importante en la Palestina de la preguerra era la Haganá (defensa, en hebreo). Representaba a un sionismo laico y socialista que impulsaba los asentamientos comunales o Kibutzim. Nació precisamente para protegerlos de los ataques árabes en 1920. La Haganá representó la ideología dominante en la vida política y económica judía no solo durante el mandato británico, sino hasta tres décadas después de la creación de Israel. Sus líderes la veían como el embrión del ejército del futuro Estado. Esta organización llegaría a tener el más extenso y mejor organizado servicio de radio clandestina en el Israel previo a la independencia.

Pero el primer grupo en realizar transmisiones de este género fue uno de signo distinto: el Irgún (primera palabra de Irgun Zvai Leumi, Organización Militar Nacional). Fundado en 1931, representaba a un sionismo conservador que veía la lucha a la vez como nacional y religiosa. Uno de sus líderes fue Menachem Begin, quien como primer ministro firmaría en 1979 los acuerdos de Camp David que traerían una paz duradera entre Israel y Egipto. Pero a finales de los años treinta, Begin no admitía componendas ni compromisos. El Irgún consideraba necesaria la violencia para obligar a los británicos a abandonar Palestina, y para imponerse a una población árabe mayoritaria y hostil. Su respaldo entre la población judía era ínfimo y su fuerza militar incomparablemente menor que la de Gran Bretaña. Por eso recurrió a la propaganda como medio para ayudar a crear una identidad. En 1939 comenzó a emitir Kol Zion Halochemet (La Voz de Sion Combatiente).

Pocos meses después, en el invierno de 1940, salió al aire Kol Yisrael (La Voz de Israel) desde Tel Aviv, como portavoz de la Haganá. Sin embargo, algunos líderes de esta organización protestaron, porque creían que ese nombre debería reservarse para la radio oficial israelí tras la creación del futuro Estado independiente. Así que la emisora se rebautizó como Radio Haganá (nombre con el que se conocen en general las distintas emisoras que la organización patrocinó en los años siguientes).

Entonces la guerra mundial llegó a Oriente Medio. Tanto la Haganá como el Irgún decidieron suspender sus acciones para apoyar la causa de los aliados contra los nazis (que hacían del antisemitismo una de sus banderas y no solo con palabras). Sus emisiones callaron. Pero no todos estuvieron de acuerdo. Del Irgún se escindieron los que pensaban que la lucha por la independencia no admitía dilaciones, y que la liberación de Palestina debía ser la prioridad del sionismo sin tener en cuenta ninguna otra consideración. Formaron una organización conocida como Lechi, acrónimo de Lochamei Herut Yisrael (Luchadores por la Libertad de Israel). Su primer líder fue el poeta Abraham Stern, y por eso también se les conoció como Grupo Stern. Su razonamiento era el mismo que el de Bose en la India: cuanto más débil fuera el imperio británico, más fácil sería expulsarlo de Palestina. Pero aquí no era tan fácil aplicar lo de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Parecería absurdo pensar que los judíos hubieran intentado un entendimiento con los alemanes similar al de Bose, pero lo hicieron. A través de Damasco (dependiente en ese momento de la Francia colaboracionista), miembros del Lechi

trataron de obtener de los nazis ayuda para liberar Palestina. Uno de ellos, Ytzak Shamir, llegaría décadas después a ser primer ministro de Israel (Hobsbawm, 1995: 176).

Más fácil era la complicidad entre los nazis y los árabes, porque coincidían en dos cosas fundamentales: el odio hacia los ingleses y hacia los judíos. El entendimiento entre ambos grupos llevó a la creación de Radio Arabia Libre, la emisora más extensa de las administradas por el Büro Concordia. Los servicios de escucha gubernamentales, incluido el de la neutral Turquía, aceptaron erróneamente que la emisora tenía un genuino origen árabe. Esto prueba que la operación estuvo bien concebida porque, de hecho, sí contó con la colaboración de muchos árabes que apoyaban a los nazis por ideología o por táctica (Soley y Nichols, 1987: 38-39).

El Lechi dio desde el principio una gran importancia a la radio clandestina. El propio Stern participaba en sus emisiones leyendo sus textos. Los británicos lo mataron en 1942 en un apartamento de Tel Aviv. La emisora del Lechi se llamó en un principio Voz de Sion Combatiente (como la del Irgún), pero luego cambió su nombre a Kol Hamachteret Ha'ivrit (Voz de la Resistencia Hebrea). Sus instalaciones consistían en realidad en un micrófono y un transmisor. No se podía emitir música grabada. Por eso, como indicativo de la emisora, un locutor silbaba un fragmento de un himno compuesto por el propio Stern. Lo mismo tenía que hacer —aunque con un fragmento de música diferente— la radio del Irgún, que reanudó sus emisiones en 1944, cuando la guerra global ya se decantaba a favor de los aliados (Boyd, 1999: 108).

En 1945 llegó el final de la guerra y con él el horror de los campos de exterminio, la realidad de la «solución final» que los nazis habían pensado para «el problema judío». Cientos de miles de supervivientes deseaban escapar de una Europa en ruinas y del antisemitismo latente, reconstruir sus vidas y sus familias en un lugar seguro. Pero Gran Bretaña continuaba con su política restrictiva. La Haganá se concentró en facilitar la inmigración ilegal de personas y en sabotear las instalaciones y las redes de comunicación de los británicos. Radio Haganá reanudó sus emisiones con un tono a veces incendiario. «¡Escuchad la Voz de Israel! Esta no es una emisora terrorista. Esta es la emisora de la resistencia hebrea —decía en octubre de 1945—. Nunca más los judíos serán expulsados de su tierra. Nuestra paciencia se ha acabado. Ningún poder en el mundo romperá nuestra determinación» (Boyd, 1999: 105). Pero sus miembros tenían un cierto sentido de Estado que les hacía no querer traspasar algunos límites ni en sus acciones ni en sus emisiones. No les ocurría lo mismo a los otros dos grupos.

El Irgún redobló su campaña de atentados, sabotajes, incursiones en bases militares para robar armas..., y también sus esfuerzos propagandísticos. Su objetivo prioritario era hacer imposible la vida a los británicos. Cuanto peor fuera su situación, cuantas más bajas tuvieran, más presionaría la opinión pública en Londres para una retirada inmediata de Palestina. En su intento de desprestigio, La Voz de Sion Combatiente llegaba a comparar a los británicos con los nazis. El acto más brutal lo realizó el Irgún el 22 de julio de 1946 en Tel Aviv: la voladura de parte del hotel King David, sede del mandato británico, con el resultado de casi un centenar de muertos. Esta acción provocó las previsibles represalias de las autoridades, que beneficiaban a la estrategia del Irgún.

En paralelo, el Irgún intentaba convencer a la comunidad judía de que era el único grupo que luchaba realmente por la liberación de Palestina. Los ataques a la Haganá eran frecuentes para minar su posición, mientras a la vez intentaba recuperar el terreno que entre los nacionalistas

religiosos había ganado el Lechi por haber sido el único grupo activo durante la guerra. La competencia propagandística entre las distintas organizaciones fruto de sus desacuerdos sobre tácticas políticas y militares continuó hasta la víspera misma de la creación de Israel. No solo los británicos, sino muchos líderes moderados de la comunidad judía, consideraban al Irgún y al Lechi como simples grupos terroristas cuyas campañas podrían perjudicar más que beneficiar a la causa de la liberación de Palestina. Por ejemplo, cuando ambas organizaciones participaron en la masacre de unos cien niños y mujeres en el suburbio árabe de Deir Yassin, en Jerusalén, el 9 de abril de 1948, la radio de la Haganá calificó el hecho de «salvaje y bárbaro» (Soley y Nichols, 1987: 62-63).

La intensificación de la lucha armada provocó que algunos importantes oficiales de Gran Bretaña hicieran comentarios antisemitas que fueron ampliamente explotados por la maquinaria propagandística del Irgún. Por ejemplo, tras la explosión en el hotel King David, el general Baker, comandante en jefe de las fuerzas de policía de Tel Aviv, pidió a sus hombres «castigar a los judíos de la forma que más disgusta a esta raza: en sus bolsillos». La Voz de Sion Combatiente lo acusó de haber dicho a algunos funcionarios «qué pena no haber hecho con los judíos en Palestina lo que se hizo con ellos en Europa. Entonces podría dejar este jodido país y volver a Inglaterra». Estos comentarios dieron al Irgún munición para su propaganda (Zadka, 1996: 110-111).

En este aspecto, el Irgún cultivó con acierto la imagen del mártir. A sus combatientes se les instruyó para que, si eran capturados, transformaran sus juicios en procesos políticos. La organización se encargaba de promover una campaña ante cada ejecución. A Dov Gruner, el más famoso y controvertido de sus activistas, se dirigió La Voz de Sion Combatiente la noche antes de que lo ahorcaran en 1947.

Todos quieren tu vida. Churchill, que por el maldito «prestigio» británico está dispuesto a sacrificar a millones de personas, y el Gobierno socialista británico que quiere ver tu sangre derramada. Todo este Imperio, todos estos ministros, comisarios y tropas se han levantado contra ti (Zadka, 1996: 112).

Hay pruebas de que la entereza mostrada por los combatientes del Irgún cuando iban a ser ahorcados o fusilados produjo la admiración de muchos judíos. Pero la organización no logró convencer a la mayoría de los judíos de Palestina de que su estrategia era la correcta.

El Lechi no había dejado de actuar. Aunque siempre fue el grupo minoritario, en 1946 su emisora dio que hablar en Palestina. Los británicos la confiscaron y arrestaron a sus locutores, entre ellos Geula Cohen. Condenada a prisión (la pena dictada por los británicos para quien fuera detenido transmitiendo ilegalmente), Geula logró escapar y continuó sus emisiones hasta la independencia, convirtiéndose en una heroína en el movimiento de resistencia judío. Yitzhak Shamir la acompañó en alguna de esas emisiones, en las que lo emocional prevalecía sobre cualquier otra cosa.

Una y otra vez hemos sufrido el insulto y la injuria. Una y otra vez se ha derramado nuestra sangre. ¿Dónde están ahora los que nos insultaban? ¿Dónde están los que vertían nuestra sangre? Pero el pueblo de Israel perdura, sosteniendo su glorioso pasado. Ninguna guerra es más sagrada que la nuestra, para nadie es más justa. La tierra de nuestros padres, la tierra del Reino de Israel espera nuestra redención (Boyd, 1999: 109).

Los últimos meses del mandato británico fueron el preámbulo de los conflictos que no han cesado desde entonces. El sentimiento de que tras el Holocausto los judíos merecían

definitivamente una compensación, y el pragmatismo ante la realidad de una llegada masiva que se producía pese a los intentos de impedirla, apuntaban a una única solución viable: la partición de Palestina. Fue la que apoyó la ONU. Pero los judíos más integristas la rechazaban, reclamando toda la tierra de Israel. También estaban en contra no solo los palestinos, sino los Estados independientes o semiindependientes que en 1945 habían constituido la Liga Árabe (Egipto, Jordania, Siria, Líbano, Irak, Arabia Saudí y Yemen). Cuando los británicos se fueran, habría guerra.

La Haganá lo sabía y se preparó para ella. Al tiempo, como era el grupo mejor organizado y financiado, a medida que se acercaba la salida británica se multiplicaron las emisoras clandestinas. A la de Tel Aviv —la más antigua de la Haganá—, se añadió otra en Jerusalén, con el nombre de Kol Hamagen Ha'ivri (Voz del Defensor Judío), que emitía no solo en hebreo, sino también en inglés y en árabe. En los meses anteriores a la independencia aparecieron otras con nombres como Voz del Negev, Emisora de la Luna, Voz de Galilea, Emisora de los Judíos Libres o Voz de Haganá (esta última en Haifa). No hay constancia de que alguna de ellas fuera descubierta por los británicos. Esto se debió a que los transmisores se trasladaban con frecuencia de un lugar a otro, y a unas estrictas medidas de seguridad y coordinación. Por ejemplo, durante un período en el que los británicos decretaron un toque de queda de todo el día en Tel Aviv, los boletines de noticias se pasaban de los redactores a los locutores ocultos en naranjas semivaciadas, que se lanzaban a la calle cuando se levantaba brevemente el toque de queda para que los residentes pudieran buscar comida (Boyd, 1999: 106). Las emisiones se realizaban muchas veces en edificios en obras que no tenían electricidad, para que a los británicos no se les ocurriera localizarlos allí. La corriente se llevaba mediante cables tendidos entre numerosos complejos de apartamentos. Para camuflarlos, los líderes de la Haganá pedían a las mujeres de los edificios que tendieran su ropa en ellos (Soley y Nichols, 1987: 305).

Israel proclamó su independencia el 14 de mayo de 1948. El líder de la Haganá, David Ben-Gurion, se convirtió en primer ministro. Ese mismo día empezó a transmitir Kol Yisrael, como emisora oficial, tal como la Haganá había previsto. Pero hubo un último resto de radios clandestinas judías que duró cuatro meses más, hasta el 18 de septiembre: Kol Hacherut (La Voz de la Libertad). Era un retoño de La Voz de Sion Combatiente, puesta en marcha por un sector del Irgún que no estaba de acuerdo con el predominio abrumador de la Haganá en el nuevo Estado. En su última emisión, Kol Hacherut acusaba al Gobierno de Israel de haber adoptado las leyes británicas en materia de censura informativa. Después, como despedida, afirmó:

Gracias por la victoria, por la unidad de nuestra tierra, y la libertad del hombre y del ciudadano. La emisora Kol Hacherut suspende sus transmisiones, pero la voz de la libertad nunca será silenciada. Los que vivieron y murieron para que la libertad reine aquí, son sus garantes (Boyd, 1999: 111).

Finalmente, la independencia significó la guerra. Pero los árabes no echaron al mar a los judíos que, al contrario, incluso ganaron territorios a las fronteras de la partición. En el verano de 1949 pareció haberse alcanzado una paz, si bien siempre frágil, tras los distintos acuerdos a los que Israel llegó. Los palestinos quedaban reducidos a dos zonas: la Franja de Gaza, que administraría Egipto, y Cisjordania, que administraría Jordania.

Bastaron pocos años para que un hecho removiera las aguas de Oriente Medio: la revolución egipcia protagonizada por militares jóvenes, los llamados «oficiales libres», que en julio de 1952

depusieron al rey Faruk y proclamaron la república. Entre ellos sobresalió un hombre que en 1954 llegaría a la presidencia de Egipto: Gamal Abdel Nasser. Esta revolución dio origen a una emisora que se cuenta entre los fenómenos radiofónicos más poderosos (en cantidad de vatios) e influyentes del siglo xx: Sawt al-Arab (La Voz de los Árabes). Comenzó en 1953, menos de un año después de que los oficiales llegaran al poder. Pero Nasser aumentó de forma acelerada su potencia y sus frecuencias. Soñaba con liderar un mundo árabe unido y progresista, y veía en la radio una herramienta perfecta para dirigirse a las grandes masas iletradas y dispersas. A ese sueño de liderazgo contribuía además la posición geoestratégica de Egipto, a caballo entre África y Asia.

La Voz de los Árabes fue el primer gran polo de difusión en el Tercer Mundo del panarabismo y el antiimperialismo. Aunque también transmitía en onda corta, su fuerte señal de onda media cubría todo Oriente Medio, por lo que sus oyentes podían recibirla con un aparato de radio barato. En 1960 totalizaba 1,3 millones de vatios de potencia, más del doble que cuatro años antes (Boyd, 1975: 651). Sawt al-Arab cedió tiempos de emisión a distintos movimientos de liberación no solo del Magreb, sino del África subsahariana, por lo que volveremos a encontrarnos con ella en las páginas siguientes. Pero también intentó —y en algunos casos consiguió— intervenir en los asuntos internos de países de Oriente Medio ya independientes, pero con regímenes «reaccionarios» en opinión de Nasser. A finales de los años cincuenta eran constantes sus ataques contra los reyes de Irak, Jordania y Arabia Saudí.

En julio de 1958, una revolución militar nacionalista similar a la egipcia derrocó al rey Faisal de Irak, al que Egipto veía como un títere de Occidente. Los cuerpos del rey y de su primer ministro Nuri as-Said fueron arrastrados por las calles de Bagdad. Unos días después, el director de La Voz de los Árabes recibió un sobre con un trozo de un dedo de as-Said. Se le enviaba como muestra de aprecio por el apoyo que la radio egipcia había dado a la revolución (Boyd, 1975: 646 y 650). Las emisiones hacia Irak desaparecieron, pero se reanudaron cuando quedó claro que los nuevos gobernantes del país no actuarían al dictado egipcio. Nasser quería que Irak se incorporara a la República Árabe Unida, que Egipto y Siria habían formado en 1958. Cuando el presidente iraquí se negó, Sawt al-Arab lo llamó «lacayo de los comunistas e imperialistas», entre otros ataques aún más venenosos que los que se habían lanzado contra el anterior rey (Soley y Nichols, 1987: 67-68).

Atendiendo a los informes de la época, los efectos de aquellas transmisiones fueron formidables. «La radio egipcia orienta en gran parte la acción de la oposición en los países árabes —escribía el periodista Édouard Sablier en 1957—, ya se trate de manifestaciones iraquíes, de incidentes fronterizos en Aden o de la actividad de los fellagas (partisanos) argelinos» (De Bussierre *et al.*, 1999: 110). En 1956, un estudio de la CIA llegó a hablar de efectos entre los oyentes similares a los de la hipnosis, por el estilo de árabe que se utilizaba, con apelaciones mucho más dirigidas a la emoción que a la lógica (Boyd, 1975: 646). Desde luego, su impacto fue incomparablemente superior al de las emisoras clandestinas o de propaganda negra que pusieron en marcha los países rivales de la zona o los viejos imperios (Francia e Inglaterra) para debilitar a Nasser o para oponerse a la creación de la República Árabe Unida. Emisoras como La Voz de la Verdad, La Voz de la Justicia, La Voz de los Hombres Libres, La Voz de la Reforma o La Voz de Egipto Libre (Soley y Nichols, 1987: 72-73).

La política egipcia chocó con los occidentales en el Canal de Suez. Esta crisis simbolizó el fin

de la intervención directa de las antiguas potencias coloniales en Oriente Medio. Gran Bretaña y Francia habían abandonado formalmente los países de la zona, pero conservaban la gestión directa de algunos de los principales recursos (el petróleo, por ejemplo) e instalaciones (entre ellas el Canal de Suez). Cuando Nasser nacionalizó la compañía del Canal, en julio de 1956, los dos países en connivencia con Israel decidieron dar un escarmiento al líder nacionalista. Los judíos abrirían las hostilidades en el Sinaí, Gran Bretaña y Francia darían un ultimátum a Egipto e Israel para conminarles a que retiraran sus tropas y, al rechazarlo Egipto (como suponían que haría como país agredido) podrían intervenir militarmente y volver a controlar el Canal. La operación tuvo que pararse apenas iniciada. El único beneficiado fue Israel. Estados Unidos presionó en público y en privado para detenerla. La URSS, inmersa en la crisis de Hungría de la que hablamos con detalle en el capítulo 11, se inhibió hasta cierto punto. Fue un fracaso para británicos y franceses en el terreno militar, diplomático y, también, en el radiofónico.

Gran Bretaña había creado una emisora en lengua árabe con sede primero en Palestina y luego en Chipre llamada Sharq al-Adna. Oficialmente la controlaba una empresa privada que se financiaba mediante publicidad, pero había rumores de una cierta conexión con los servicios de información británicos. Su objetivo era ofrecer una programación de entretenimiento, principalmente musical, y difundir una imagen positiva de Gran Bretaña. En suma, era la antítesis de La Voz de los Árabes. Cuando estalló la crisis de Suez, Gran Bretaña utilizó Sharq al-Adna de una forma torpe, vacilante e inadecuada.

Justo en el momento en que para ser más eficaz una operación de propaganda clandestina necesitaba la mayor discreción, Gran Bretaña desveló su control de Sharq al-Adna. La emisora, de hecho, cambió su nombre a The Voice of Britain y empezó a transmitir una furibunda campaña contra Nasser, del tipo «Gran Bretaña ama al pueblo egipcio, pero Nasser es un hombre malvado». Al mismo tiempo, los británicos bombardearon los transmisores de Sawt al-Arab cerca de El Cairo. Las antenas y las torres fueron tocadas, pero los daños a los equipos no fueron grandes y pronto los ingenieros lograron poner en marcha de nuevo las emisiones. El director y la mayoría de los colaboradores árabes de The Voice of Britain dimitieron en masa cuando comprobaron el cambio de orientación de la emisora. Como apenas tenía gente para desarrollar una programación completa, Gran Bretaña optó por redifundir las emisiones de la BBC durante algunas horas al día en la misma frecuencia de The Voice of Britain. Así quedó también dañado, de rebote, el prestigio de la radio oficial británica, hasta entonces muy valorada por los árabes por su imparcialidad. Y eso que los responsables del servicio árabe de la BBC se negaron a participar en cualquier campaña propagandística, como harían los del servicio para América del Sur durante la guerra de las Malvinas en 1982. En definitiva, Gran Bretaña, en una coyuntura decisiva, no supo aprovechar ni los conocimientos sobre Oriente Medio que habían acumulado sus diplomáticos durante décadas, ni la experiencia de la propaganda clandestina y negra adquirida durante la Segunda Guerra Mundial⁴⁴.

Oriente Medio seguiría siendo en las décadas siguientes escenario de tensiones políticas y de emisiones radiofónicas clandestinas. Pero en diciembre de 1956 el foco del mundo se dirigía a otro punto del Mediterráneo: Argelia.

Hablar de la radio clandestina durante la guerra de independencia de Argelia es ante todo hablar de Franz Fanon. Y no porque fuera el organizador, responsable o locutor principal de alguna emisión del Frente de Liberación Nacional (FLN). Ese psiquiatra, nacido en Martinica, que llegó a Argelia cuando estaba a punto de estallar la que sería insurrección definitiva contra el dominio francés, fue el primer teórico que puso de relieve el potencial de la radio clandestina no solo para acompañar una lucha, sino para transformar la relación de un pueblo con la realidad y con la propia radio. Las teorías de Fanon sobre la liberación anticolonial tuvieron una influencia notable en los movimientos conocidos como tercermundistas que vieron precisamente en Argelia el ejemplo a seguir. Creía que la lucha armada contra el colonialismo alteraba por sí misma las normas económicas, sociales y políticas de los pueblos, incluso aunque los líderes de esa lucha no expresaran una ideología coherente más allá del nacionalismo. Para Fanon, pues, la guerra de liberación engendraba una revolución paralela en la que no hacía falta el papel dirigente de un partido de vanguardia al estilo leninista.

Fanon, que llegó a ser uno de los principales dirigentes ideológicos del FLN, aplicaba en su análisis una visión dialéctica de las luchas de liberación que estudios posteriores han criticado por ser demasiado maniquea. El clásico esquema de lucha de clases entre burguesía y proletariado se convertía para él en la lucha entre una sociedad dominante (en la que incluía no solo a los representantes del poder colonial, sino a las «burguesías evolucionadas» autóctonas) y una sociedad dominada. En el terreno radiofónico, en Argelia, esa dicotomía la marcarían Radio Argel («reedición o eco de la radiodifusión nacional francesa instalada en París [...], expresión, ante todo, de la sociedad colonial y sus valores») y las emisiones del Frente de Liberación Nacional (que llevaban «a toda Argelia el grandioso mensaje de la revolución») (Bassets [ed.], 1981: 72-73 y 83).

Según el relato de Fanon, a veces de tintes épicos, hasta 1954 los nativos argelinos se habían desinteresado totalmente de la radio. Las emisiones imperiales francesas perpetraban una violencia psicológica sobre una población postrada. Eran a la vez un instrumento de resistencia de los colonos «contra la influencia corrosiva de una sociedad indígena inmóvil» y un medio de «presión cultural sobre la sociedad dominada». Los argelinos rechazaban la posesión de aparatos de radio porque, sencillamente, no servía para satisfacer ninguna necesidad vital. Para ellos era una «técnica del ocupante», señal de europeización, de vulnerabilidad (Bassets [ed.], 1981: 75). La creación del Frente de Liberación Nacional, y sobre todo el comienzo de las emisiones de La Voix de l'Algérie Libre et Combattante en 1956, transformó por completo esa situación.

El argelino, que descifra en el rostro del ocupante la agonía del colonialismo, siente la necesidad imperiosa y vital de ponerse al corriente [...]. A la verdad del opresor, antes rechazada como mentira absoluta, se opone otra verdad propia. La mentira del ocupante cobra ahora un nuevo significado, ya que hoy es una mentira en peligro, a la defensiva (Bassets [ed.], 1981: 77-78).

La tecnología hasta entonces emblema de la opresión colonial se convertía en instrumento de liberación. «La posesión de un aparato de radio equivale a una solemne declaración de guerra», escribió Fanon (Bassets [ed.], 1981: 92). Buscar las emisiones del FLN a través de la estática o de las interferencias provocadas por los franceses era en sí mismo un acto de compromiso, e implantaba en los oyentes la sensación de participar en una nación argelina que vivía, que luchaba.

Además, la escucha, realizada en muchas ocasiones de forma colectiva, contribuyó a romper

muchos de los límites y comportamientos tradicionales de la jerárquica sociedad de los argelinos musulmanes. Al mismo tiempo, la revolución se adueñó de la propia lengua francesa, la lengua del ocupante, para emplearla como vehículo de unidad. Bastaba con alterar los mensajes para alterar los sentidos de los símbolos. Lo mismo ocurrió con otros aspectos básicos de la vida cotidiana, como el papel de la mujer o el uso del velo, por poner dos ejemplos. El conflicto entre unas élites modernizadoras y unas masas tradicionales del que hablábamos al principio del capítulo caía en Argelia del lado de las primeras.

Fanon murió de leucemia en Washington en 1961, con treinta y seis años, tan solo unos meses antes de que Argelia consiguiera su independencia. No pudo ver, por lo tanto, el rumbo posterior del país ni comprobar que algunas de esas transformaciones fueron solo temporales y se disolvieron tras la independencia a medida que la población regresaba a sus formas de vida tradicionales. Por otra parte, las fuerzas en el escenario argelino no fueron siempre tan claras (a un lado los colonizadores y al otro los colonizados, sin matices), ni la transformación de la población fue tan repentina ni tan ligada al surgimiento del FLN. La historia es más compleja aunque, en honor a Fanon, el de Argelia es en efecto uno de los casos en los que la radio clandestina estuvo más unida al desarrollo de los hechos y más presente en el día a día de la lucha.

Francia se había ido a regañadientes de Siria en 1946 (que recibió como mandato de la Sociedad de Naciones tras el hundimiento del imperio otomano), había tenido que abandonar Indochina en 1954 (tras recibir una derrota humillante a manos del Viet Minh), había negociado la independencia de Túnez y Marruecos en 1956 (que administraba en régimen de protectorado), pero Argelia era otra cosa. Argelia era equiparada a una provincia en la estructura del imperio francés. Su administración dependía del Ministerio del Interior, y no del de Colonias. Radio Argel estaba integrada en la Radiotelevisión Francesa (RTF), y no en la SORAPON (la sociedad creada para administrar las emisoras de las colonias en 1956). El territorio, conquistado desde el primer tercio del siglo XIX, era un símbolo para el nacionalismo galo. No se olvidaba, tampoco, que el norte de África fue sostén de la Francia Libre del general De Gaulle y que Radio Argel, por su potencia, fue junto a Radio Brazzaville su principal portavoz (excepción hecha de la BBC, claro). Muchos políticos y aún más militares la sentían, en definitiva, como parte integrante del país. Por eso, durante muchos años en París se habló de revuelta, de rebelión, de terrorismo..., pero no de guerra (De Bussierre *et al.*, 1999: 10).

Pero el tratamiento legal y los vínculos emocionales que pudieran existir en la metrópoli no se correspondían con la situación social. Argelia era un territorio en el que las oportunidades y las dificultades se repartían de forma claramente desigual entre unos administradores coloniales llegados de Francia, unos colonos que llevaban generaciones asentados en Argelia (los «pieds-noirs» «pies negros», como se les empezó a conocer en los años cincuenta), unas élites locales asimiladas y occidentalizadas, y la gran mayoría de los nativos. Los salarios más bajos, el alto nivel de desempleo y el bajo nivel de escolaridad, la minusvaloración cultural, las pobres condiciones higiénicas y la violencia larvada o explícita en que vivían muchas comunidades fueron generando crecientes sentimientos de agravio y resistencia, que acabaron insertados en la gran corriente de los movimientos anticoloniales. Solo faltaban los hombres, las ideologías y las estructuras que los canalizaran.

Antes de la Segunda Guerra Mundial se habían creado ya algunos grupos, si bien aún con

poco respaldo popular, que divergían en sus objetivos últimos y en su orientación política y religiosa. A aumentar los sentimientos nacionalistas contribuyeron, como vimos, las emisiones en árabe de Italia y Alemania, que en los años treinta expusieron por primera vez a los argelinos a las culturas árabes de Oriente Medio. Por lo tanto, al contrario de lo que creía Fanon, la radio antes de 1954 no fue solo un instrumento opresivo de la dominación colonial (Scales, 2010: 415). Pero, como apuntábamos al hablar de Palestina, las ondas decisivas llegarían de El Cairo.

El 1 de noviembre de 1954, La Voz de los Árabes anunció lo que sería el comienzo de la guerra de independencia.

¡Argelia ha iniciado hoy una lucha grandiosa por la libertad y el Islam! Hoy, [...] Argelia ha comenzado a vivir una vida digna. Hoy, una poderosa élite de muchachos libres argelinos ha desencadenado la insurrección de la libertad argelina contra el imperialismo francés tiránico en África del Norte (De Bussierre *et al.*, 1999: 109).

En este primer comunicado no se citaba expresamente al Front de Libération Nationale, una entidad político-militar que se había dado a conocer unas horas antes en Argelia con una primera campaña de treinta atentados que dejaron siete muertos y una docena de heridos. Nació de la unión de diferentes organizaciones nacionalistas para llevar a cabo una lucha más eficaz contra el colonialismo. Una guerra nacional, popular, revolucionaria, dirigida por un órgano central en teoría compacto, aunque las diferencias entre los grupos que dieron origen al FLN no siempre estuvieron en un plano secundario.

Desde el principio, las emisiones de Egipto desempeñaron un papel decisivo en la lucha de independencia argelina y en la publicidad internacional del FLN. Fue la primera radio de un país «amigo» que se hizo eco de sus objetivos y de sus acciones. A partir de 1955, las informaciones de la revolución se difundieron cada tarde en un espacio de quince minutos dirigido a los franceses en francés. También se emitía «La voz del FLN se dirige a vosotros desde El Cairo»: un comentario político diario difundido en árabe. Cuando el FLN creó el Gobierno Provisional de la República Argelina (GPRA) en 1958, el programa cambió su nombre para convertirse en La Voz de la República Argelina.

A medida que nuevos países de la zona accedieron a la independencia o fueron gobernados por regímenes nacionalistas, el FLN contó con más altavoces. Hasta dieciséis emisoras distintas apoyaron su causa en el apogeo de la guerra, con emisiones de nombres variados, pero en los que siempre aparecían las palabras Sawt al-Djazaïr (Voz de Argelia). Desde Túnez se emitió a partir de 1956 un programa de una hora tres veces por semana. Desde Damasco, un programa diario que dejó de difundirse en 1961, cuando Siria se separó de Egipto (con el que en 1958 había constituido la República Árabe Unida). Desde Trípoli se difundían tres emisiones semanales y otras tres distintas desde Bengasi. Cuando Irak vivió su propia revolución en 1958, Bagdad cedió tiempo de emisión al FLN.

Pero la solidaridad es también, en cierto modo, una forma de dependencia, como comprobaron amargamente los palestinos unos años después. Por eso, los responsables del FLN trataron de poseer su emisora propia. La decisión se aprobó en octubre de 1956. Un miembro de la Delegación Exterior del FLN hizo las gestiones para adquirir los equipos en Estados Unidos. El 16 de diciembre de ese mismo año, desde un camión móvil en la zona del Rif marroquí, salió al aire Sawt al-Djazaïr al-Hourra al-Moukafiha o La Voix de l'Algérie Libre et Combattante (La Voz de Argelia Libre y Combatiente). «Aquí la radio de la Argelia libre y combatiente, la voz del

Frente de Liberación se dirige a vosotros desde el corazón de Argelia», fue su primer mensaje. Emitía en onda corta dos horas al día: una en árabe, media en kabylia y media en francés. Informaba de los ataques nacionalistas a las líneas de comunicación, las emboscadas mortales contra los soldados franceses, los incendios de las cosechas, la destrucción de mercancías... Difundía cantos patrióticos, sermones religiosos, comentarios militares y políticos sobre el desarrollo de la guerra... Durante los primeros meses fue un símbolo, sobre todo, porque su alcance no podía competir con las instalaciones de los vecinos países árabes. Pero fue un símbolo que preocupó desde muy pronto a los franceses, que trataron de localizar el lugar desde el que transmitía. La aviación colonial bombardeó dos veces la zona, aunque sin éxito: la primera en abril de 1957, veinte minutos después de que acabaran los programas; la segunda en julio, en plena transmisión. Dos años después, el 12 de julio de 1959, se inauguraron unos estudios y unos transmisores fijos en Nador, Marruecos. A esa nueva Voz de Argelia Combatiente se trasladó desde Túnez Aissa Messaoudi, el locutor más recordado de todas las emisiones independentistas argelinas, hasta el punto de que se le llegó a definir como «la mitad de la revolución»⁴⁵.

Si creemos a Fanon, la aparición en el éter de *La Voix de l'Algérie Libre et Combattante* provocó una «verdadera sacudida».

En menos de veinte días se agota la existencia de radiorreceptores. En los zocos aparece el comercio de radiorreceptores usados. Los argelinos, aprendices de los especialistas europeos en radio, abren pequeños talleres [...]. La falta de energía eléctrica en regiones inmensas de Argelia plantea al consumidor una serie de problemas. Así, a partir de 1956, las radios de pilas son las más solicitadas [...], y en pocas semanas se venden a los argelinos varios miles de aparatos (Bassets [ed.], 1981: 83-84).

Sin duda, ese proceso existió, pero al parecer fue más gradual. Se estima que el público musulmán oyente de radio aumentó una media del treinta por ciento entre 1955 y 1961 (De Bussierre *et al.*, 1999: 35).

Fanon afirma que, tras unos meses de vacilación, las autoridades francesas dictaron las primeras medidas legales para mitigar el impacto de esas emisiones. En realidad, su preocupación por las transmisiones de apoyo a los «rebeldes» comenzaron con la guerra misma en 1954. En algunos aspectos revivieron y perfeccionaron iniciativas de veinte años atrás. En los años treinta, los administradores coloniales hicieron un listado de quiénes poseían aparatos de radio en Argelia (Scales, 2010: 394). Ahora fueron más lejos. Los comerciantes estaban obligados a llevar un registro de quién compraba las radios, y en agosto de 1955 se restringió la venta de pilas.

Se impuso también un riguroso control de la información: una ley de poderes especiales permitió en marzo de 1956 la instauración de la censura, para que los periodistas hablaran de «bandidos» y no de «nacionalistas» cuando se refirieran al FLN (De Bussierre *et al.*, 1999: 30). Radio Argel aumentó sus emisiones en árabe y en kabylia para tratar de atraer a unas comunidades a las que había marginado de la antena hasta entonces. Al mismo tiempo comenzó una intensa campaña de interferencias radiofónicas a las diferentes emisiones de Sawt al-Djazair. Ya se habían practicado contra emisiones como Radio Bari a finales de los años treinta (Scales, 2010: 416), pero ahora el ejército francés disponía de más y mejores equipos. Como respuesta, según explicó Frantz Fanon, se daba muchas veces un curioso trabajo de reinterpretación de las informaciones fragmentarias que lograban atravesar los ruidos.

Con frecuencia, únicamente una persona, con el oído pegado al aparato, tenía la suerte excepcional de escuchar la Voz.

Los otros argelinos presentes en la sala recibían el eco de esta voz a través del susurro del intérprete privilegiado que, apenas finalizaba la transmisión, se veía literalmente asediado [...]. Los asistentes pedían información sobre tal o cual batalla que había comentado la prensa francesa en las últimas 24 horas y el intérprete, apenado y sintiéndose culpable, confesaba que la Voz no la había mencionado. Sin embargo, después de un intercambio de opiniones y de común acuerdo, los asistentes decidían que la Voz se había referido expresamente a esos hechos, pero que el intérprete no había comprendido la información. Comenzaba entonces un verdadero trabajo de elaboración. Todo el mundo colaboraba y las batallas de ayer y anteayer se reconstruían según el deseo profundo y la creencia indestructible del grupo [...]. Poco clara y cubierta por un ruido incesante, obligada a cambiar de onda dos o tres veces durante una misma emisión, [...] esta Palabra, aunque a veces inaudible, alimenta la fe del ciudadano en la Revolución (Bassets [ed.], 1981: 86-87).

Por último, el Gobierno francés recurrió a la propaganda negra. El ejército puso en marcha emisiones que simulaban ser Sawt al-Djazair para desacreditar el movimiento y confundir a sus seguidores, o que decían representar a otros pseudomovimientos nacionalistas para sembrar la división entre los independentistas (De Bussierre *et al.*, 1999: 34 y 39). Los intentos de bombardeo a la radio clandestina móvil del FLN —algo que no podían hacer aunque quisieran con las emisoras oficiales de los países árabes— serían la última prueba de que la metrópoli y los colonos sentían esas transmisiones como una amenaza.

La radio pudo alcanzar una importancia insospechada —hasta convertirse en un factor de primer orden en el desarrollo de la guerra— gracias a un nuevo tipo de aparatos: los de transistores. Estos semiconductores los habían inventado tres investigadores de los laboratorios Bell en 1947. En comparación con las válvulas anteriores, los transistores permitían construir equipos mucho más pequeños, más ligeros, más baratos y que, además, necesitaban mucho menos voltaje para funcionar. La escucha de la radio se hacía así más portátil y más democrática. Los primeros aparatos se comercializaron en 1954 (Bathgate, 2014).

En Argelia, los transistores (el nombre pasó enseguida del semiconductor al aparato) se generalizaron en un tiempo récord.

Los hombres se reunían siempre por la tarde alrededor de la radio —recordó la novelista Malika Mokeddem, nativa del sur de Argelia—. La «Voz de Argelia» les llegaba de nuevo desde El Cairo. ¿Quién podrá jamás olvidar esta voz, verdadera deflagración radiofónica? La gente [...] ahorra para poder comprarse un transistor. Su llegada constituía una revolución [...]. Presidía las albardas de los camellos de los nómadas, o abría la marcha de las caravanas en las manos de los guías. Su impacto era considerable (De Bussierre *et al.*, 1999: 111).

El transistor rompió los aislamientos geográficos y favoreció la construcción de una identidad colectiva en comunidades que hasta ese momento habían tenido un contacto limitado con el conjunto de la realidad del mundo y de su propio país. Desde entonces fue un aliado de los movimientos revolucionarios y de liberación del Tercer Mundo, al tiempo que un vehículo de modernización (Briggs y Burke, 2002: 255). Del salto cualitativo fueron conscientes tanto las autoridades coloniales, que establecieron su venta solo con autorización previa, como los dirigentes del FLN, que estimularon su compra y los introdujeron de contrabando (De Bussierre *et al.*, 1999: 30).

Cuanto más tiempo pasaba, más se enquistaba la situación. Al terror de las bombas del FLN se sumaba el de la represión del ejército, que incluyó el uso sistemático de la tortura. Los militares más intransigentes, que no aceptaban la independencia de Argelia ni como hipótesis, estaban cada vez más irritados. Argel se convirtió en un centro golpista. Esos militares triunfaron cuando en mayo de 1958 constituyeron un Comité de Salvación Nacional y exigieron la vuelta al poder del general De Gaulle para evitar una guerra civil. Durante tres semanas, Radio Argel se convirtió en «una verdadera radio insurreccional», transmitiendo los comunicados del Comité y

las manifestaciones en las calles de apoyo a una Argelia francesa en las que, presuntamente, confraternizaban musulmanes y colonos (De Bussierre *et al.*, 1999: 19-21). El viejo general fue llamado a formar Gobierno. Nació así la Quinta República francesa. Pero, para decepción de los militares de Argel, De Gaulle anunció la apertura de negociaciones con el FLN y que el pueblo argelino decidiría en referéndum su futuro. El 8 de enero de 1961, siete de cada diez votos, en la metrópoli y en Argelia, se pronunciaron por la autodeterminación.

La fase final de la guerra fue la más sangrienta. El FLN incrementó su violencia para acelerar un final ya previsible (provocó más de cien muertos algunas semanas). Y apareció otra de signo contrario, a cargo de un grupo paramilitar ultraderechista llamado Organisation Armée Secrète (OAS), integrado por algunos miembros del ejército, «pieds-noirs» y europeos residentes en Argelia. Desde comienzos de 1960, este grupo realizó sus propias emisiones clandestinas en las que llamaba a luchar por una Argelia francesa y criticaba con dureza a los «traidores» de París. En ellas estuvieron implicados algunos técnicos de Radio Argel. Las emisiones de la OAS comenzaban con el himno «Chant des Africains» y se anunciaban como «Radio France, la Voix de l'Algérie Française» («Radio Francia, voz de la Argelia francesa»).

Normalmente, las emisiones clandestinas de la OAS se realizaban a la hora de los diarios hablados de Radio Argel y en su misma frecuencia o en alguna muy próxima, dando así a entender que era esta organización la que representaba a la verdadera Francia.

La OAS representa la misión tradicional del Ejército francés, que es la defensa de la unidad territorial, y ordena a los argelinos unirse a sus filas. La resistencia francesa en el territorio nacional restituye el servicio militar obligatorio y la movilización en todos los departamentos de Argelia. Esta movilización se efectuará progresivamente y será comunicada por los responsables a través de los medios de información. La OAS tiene el propósito de reclutar a cien mil hombres, cien mil combatientes. El ejército secreto no es una facción o un partido, no es una minoría, es un pueblo que estará entero en pie, armado, disciplinado, animado de una determinación indestructible. Valor, confianza, la victoria es cierta. ¡Viva el ejército secreto! ¡Viva la Argelia francesa!⁴⁶.

Para hacer más audible su señal, a veces la OAS sabotó el transmisor de Radio Argel o el cable que lo comunicaba con los estudios.

La última carta de los militares intransigentes era un nuevo golpe de Estado. El 22 de abril de 1961, al mando de cuatro generales en la reserva, se apoderaron de los estudios de la radio oficial (que hicieron emitir precisamente con el indicativo de Radio France), exigieron la renuncia de De Gaulle y llamaron a los soldados a desobedecer al Gobierno. Soñaban con triunfar, como en 1958. Para ello confiaban en el corte de comunicaciones entre Argelia y la metrópoli. Pero no contaban con los transistores. A ellos se debió, según los historiadores, el fracaso del «putsch de los generales», como se le conoció. En la tarde del 23 de abril, De Gaulle habló por radio y televisión. Radio Monte-Carlo, con capital mayoritario del Estado francés, que se oía perfectamente en Argelia, repitió el discurso cada cuarto de hora. Y los soldados lo escucharon en sus cuarteles, y los colonos en sus casas. Conocieron las reacciones de repulsa en la metrópoli, y constataron el aislamiento de los golpistas.

Los militares olvidaron que [la radio] era ante todo la cámara de resonancia de una sociedad, reflejo de una opinión más que una máquina de convencer [...], olvidaron sobre todo que, para convencer, como escribió Mao, el revolucionario debe estar en el pueblo como el pez en el agua (De Bussierre *et al.*, 1999: 40).

De nada valió ya que la OAS redoblara sus acciones terroristas y sus emisiones clandestinas a finales de 1961 y comienzos de 1962. Las negociaciones entre el Gobierno francés y el GPRA

avanzaron hasta que se firmaron los acuerdos de Évian, que incluían el alto el fuego desde el 19 de marzo de 1962. Un nuevo referéndum los ratificó tanto en Francia como en Argelia. Para los «pieds-noirs» llegaba el momento del éxodo, el fin de una vida; para la mayoría árabe-musulmana, la hora del triunfo, del desquite..., pero también de nuevas luchas por el poder, porque el origen heterogéneo del FLN prefiguraba nuevos problemas tras la independencia. Esta llegó el 3 de julio de 1962. Desde entonces, Argelia no solo se convertiría en ejemplo para muchos movimientos de la nueva izquierda mundial, sino que mantendría una política activa de apoyo a la descolonización, a la unidad africana y a los regímenes de orientación socialista. Una política que se concretaría, entre otros, en el terreno radiofónico.

⁴³ La expresión geográfica correcta para referirnos a esta zona desde España sería Cercano Oriente u Oriente Próximo. Sin embargo, en los medios de comunicación y en los libros de historia de nuestro país se ha impuesto la denominación estadounidense de Oriente Medio, y por lo tanto es la que utilizaremos aquí.

⁴⁴ La historia de Sharq al-Adna / The Voice of Britain se explica en Boyd (2003).

⁴⁵ Datos extraídos de www.memoria.dz.

⁴⁶ Emisión del 9 de octubre de 1961 consultada en www.ina.fr.

CAPÍTULO 7

América Latina: la lucha por la independencia económica

IMPERIOS EN TRANSFORMACIÓN

La independencia política era necesaria, pero no suficiente. Lo comprobaban y afirmaban a diario los teóricos y activistas más comprometidos de América Latina. Una bandera, unas líneas en un mapa, una constitución, incluso un asiento en la recién creada ONU no garantizaban la efectiva soberanía sobre un territorio. El imperialismo no se iba con las tropas coloniales. Solo cambiaba de forma.

Por un lado, estaban las compañías extranjeras que controlaban los recursos naturales, las infraestructuras y las comunicaciones de los diferentes países, a la vez que explotaban a masas de obreros y campesinos convertidos en mano de obra barata. Aunque a varias empresas en distintos sectores se le podría aplicar esta caracterización (la ITT o la Standard Oil serían solo dos ejemplos), el símbolo de la dominación económica desde comienzos del siglo xx en el continente fue la United Fruit Company (UFCO). Dedicada al cultivo y a la comercialización de frutas tropicales, sobre todo de bananas, sus tentáculos corporativos alcanzaban a tantos sectores de la economía regional, que se la conocía como «el pulpo». Era un auténtico Estado dentro de cada Estado. La trama de intereses en torno a ella, su fuerza económica y su influencia política en la zona parecían hacerla intocable. «La alianza entre la United Fruit y el gobierno estadounidense duró medio siglo y engendró algunas de las emisoras clandestinas más importantes en la historia de la región» (Soley y Nichols, 1987: 218).

Luego —decían los teóricos y activistas más comprometidos— había otra forma de dominación más sutil, pero igualmente eficaz: el imperialismo cultural. De él se habló con fuerza en los años setenta, en unos debates en los que América Latina tuvo mucho que decir (ampliaremos el tema en el capítulo 9), aunque sus efectos se hicieron evidentes sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial, como denunciarían los impulsores de esa tesis. Y, cuando las nuevas formas de imperialismo no eran suficientes, siempre quedaba la posibilidad del retorno a las tradiciones clásicas, a la intervención militar directa (eso sí, puntual y justificada por razones de orden superior).

Para esos teóricos y activistas, el país que practicaba todas las formas de imperialismo, el responsable de la opresión y la injusticia generalizadas en Latinoamérica era Estados Unidos, el mismo país que —paradójicamente— simbolizaba el sueño de la libertad y la democracia para la Europa del Este subyugada por el totalitarismo stalinista. Desde finales del siglo xix, la actuación estadounidense hacia el resto del continente estuvo inextricablemente unida a los intereses de sus compañías transnacionales. Latinoamérica se veía como el gran proveedor de materias primas y el gran mercado para sus productos industriales. A comienzos del siglo xx, el presidente Taft anunció que la protección del comercio norteamericano era una de las misiones de su Gobierno («la diplomacia del dólar»). Las intervenciones militares fueron frecuentes en Centroamérica

durante el primer tercio de siglo. Con Franklin Roosevelt en la Casa Blanca desde 1933 se sustituyó la política del «gran garrote» («big stick») por las relaciones de «buena vecindad» basadas en la confianza mutua. Aún más, debido a los alineamientos de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos parecía alentar la instauración de sistemas democráticos que reclamaban con más o menos fuerza sectores obreros, campesinos, estudiantiles e intelectuales en los diferentes países. Pero el encanto se rompió con la psicosis de la Guerra Fría y el giro conservador del demócrata Harry Truman, sucesor de Roosevelt.

Desde ese momento, cualquier intento de alterar el *statu quo*, de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, de transformar las estructuras agrarias, de regenerar unas instituciones corruptas, de mitigar las profundas desigualdades y de acabar con el subdesarrollo, era calificado por Washington como un plan de subversión comunista. No importaba si los promotores de los cambios seguían en efecto las directrices de Moscú o si eran solo nacionalistas de izquierdas que querían hacer más social y moderno el capitalismo sin cuestionar sus bases. La defensa de los intereses económicos norteamericanos encontraba una justificación ideológica. Había que vigilar el «patio trasero» para que no se propagara la epidemia. Y en esa coyuntura era mejor apostar por regímenes a la vez fuertes —en sus fronteras— y manejables —desde fuera—, ya conocidos, en vez de permitir experimentos que pudieran escaparse de las manos. El cóctel de actuaciones expeditivas y aspiraciones insatisfechas resultó explosivo. Se fueron acumulando ejemplos que radicalizaron cada vez más la región, a medida que se cerraban las puertas de la reforma pacífica.

En este capítulo nos centraremos en tres de ellos: Colombia, Guatemala y Cuba. Además de su significación histórica, ofrecen hitos interesantes en el ámbito de la radio clandestina. Asistiremos a los últimos coletazos de un modelo, el primario, de radioaficionados solitarios y espontáneos que transmiten sus mensajes con la sola ayuda de un micrófono. Y veremos nacer dos emisoras prototípicas, cuyas características se exportarían en los años siguientes a diferentes territorios y contextos: una para propagar la revolución y otra para acabar con ella.

COLOMBIA: EL «BOGOTAZO»

«Nosotros no decimos que el hombre debe ser un esclavo de la economía. Decimos que la economía debe estar al servicio del hombre». Con frases como esta, más humanistas que comunistas, Jorge Eliécer Gaitán se convirtió en el político más popular (en el más estricto sentido de la palabra) de Colombia a mediados de los años cuarenta. El tono de sus discursos, por los documentos sonoros que de él se conservan, nos puede resultar hoy anticuado, incluso algo histriónico, pero su oratoria y sus mensajes despertaron un entusiasmo sin precedentes entre los obreros y los campesinos. Fue un representante cualificado del populismo, esa forma de hacer y de pensar tan difícil de definir y tan fácil de identificar, presente en América Latina desde los años treinta y que en la década siguiente alcanzó nuevos vuelos. Una doctrina —como sus hermanas en el continente— nacionalista, antiimperialista, alejada tanto del comunismo como del seguidismo respecto a Estados Unidos, defensora de un estado intervencionista que haría posibles la justicia social y la independencia económica en un marco realmente democrático, y basada en la movilización de las masas en torno a su líder carismático.

Gaitán era un dirigente del Partido Liberal, que se repartía el poder en el país con el Partido

Conservador. Pero su personalidad estaba originando un creciente movimiento que trascendía a los dos grupos. Con su lema «A la carga» propugnaba una lucha contra el régimen oligárquico y prometía una esperanza a los sectores oprimidos e ignorados. Para incrementar sus bases de apoyo se valió, entre otras cosas, de la radio como ningún político de Colombia lo había hecho hasta entonces. Gracias a ella llegaban a todo el país los discursos que pronunciaba en el Teatro Municipal de Bogotá. Las manifestaciones que convocaba eran cada vez más multitudinarias. Su liderazgo no solo político, sino moral, se reforzaba cada día al denunciar las malas condiciones de vida de los trabajadores y la creciente represión ejercida por el Gobierno del conservador Mariano Ospina Pérez. Nombrado jefe único del liberalismo —aunque con la oposición de los sectores más moderados del partido—, Gaitán parecía el candidato favorito para ganar las siguientes elecciones presidenciales, que iniciarían una nueva época en la historia de Colombia. Pero poco después de la una de la tarde del 9 de abril de 1948, fue asesinado a la salida de su oficina.

«Si avanzo, seguidme. Si me detengo, empujadme. Si os traiciono, matadme. Si muero, vengadme», había dicho Gaitán. Y fue lo que ocurrió. El asesino, Juan Roa Sierra, fue perseguido y linchado por la multitud. Pero no bastaba. Los gaitanistas vieron tras el crimen la mano de los conservadores, a los que despectivamente se llamaba «godos». Pero —pensaban— si con aquella muerte querían frenar las transformaciones sociales en Colombia, se encontrarían con todo lo contrario. Había llegado la hora de la revolución. Un ejemplo clásico de efecto bumerán. Sin embargo, sus instigadores no estaban preparados para ella. Solo reaccionaban de forma visceral ante unas circunstancias que les habían sorprendido.

La noticia de la muerte de Gaitán se difundió pocos minutos después por las emisoras de Bogotá cercanas al lugar del crimen. Bastaron algunos minutos más para que la ciudad pasara de la normalidad al caos. Durante tres días, la capital colombiana vivió una ola de violencia que cambió para siempre la historia del país. Y, tanto los testigos como los protagonistas de aquellos hechos (ya fueran agitadores o víctimas), atribuyen a la radio un papel esencial por su capacidad para inflamar los ánimos y lanzar al pueblo a la calle (Guzmán, 2012: 66).

La gente asaltaba tiendas, sobre todo ferreterías, para hacerse con cualquier arma: machetes, palas, cuchillos... La policía que se sumó al levantamiento proporcionó algunas armas de fuego. Los periódicos y las sedes de los conservadores o de los liberales contrarios a Gaitán, así como algunos edificios gubernamentales y eclesiásticos, fueron destruidos. También se saqueó el Congreso, donde se hallaba reunida la IX Conferencia Panamericana. Se quemaron tranvías y automóviles.

Varios estudiantes, policías e intelectuales ocuparon casi sin resistencia la Radiodifusora Nacional de Colombia y desde ella incitaron a la rebelión popular. Trataban de encauzar hacia la toma del poder los sentimientos de rabia e ira del pueblo por la pérdida de su líder. Aprovechaban la cobertura de la radio para impartir órdenes a las ciudades distantes del norte y del sur, y para asegurar a los escépticos que la revolución triunfaba a una velocidad meteórica. Llamaban al pueblo a armarse, y al mismo tiempo a evitar el pillaje.

Pueblo liberal de Colombia: el Gobierno conservador ha caído, el doctor Gaitán empieza a ser vengado. Aló aló, fuerzas revolucionarias izquierdistas de Colombia; aló aló, fuerzas revolucionarias izquierdistas de Colombia; aló aló, fuerzas revolucionarias izquierdistas de Colombia: la revolución acaba de triunfar en Cali y en Medellín [...]. Todos los demócratas de Colombia se han apoderado del control de la república. ¡Viva la revolución popular izquierdista

colombiana!⁴⁷.

Era cierto solo en parte. Una multitud se había encaminado hacia el palacio presidencial, pero fue detenida por el ejército. Sin embargo, desde el epicentro de Bogotá y gracias a la radio, el clima de revolución se extendió en ondas a todo el país. En algunas ciudades se depuso a las autoridades, se armó al pueblo, se formaron juntas revolucionarias, hubo allanamientos y expropiaciones...

El periodista Rómulo Guzmán, seguidor incondicional de Gaitán, presentaba el diario hablado «Últimas noticias», que se transmitía por distintos radios de Bogotá. En una emisión extraordinaria que duró varias horas, este diario se convirtió también en un órgano de consignas. Muchos le atribuyeron en su momento haber sido quien más caldeó los ánimos de la población bogotana apenas supo del asesinato. Una recién improvisada Junta Central Revolucionaria de Gobierno convirtió al programa en el «único órgano de difusión del movimiento revolucionario liberal».

No es cierto que el ejército esté con el Gobierno conservador —afirmaba Guzmán—. Podemos informar que, a pesar de la orden dada desde palacio para que la motorización del ejército abaleara y masacrara al pueblo liberal de Bogotá, el ejército se rebeló y está de parte de la revolución. En este momento, Bogotá está en llamas y en poder del pueblo liberal, del ejército liberal y de la policía liberal⁴⁸.

El Gobierno recuperó la Radio Nacional hacia las ocho de la tarde, pero para entonces habían surgido decenas de emisoras clandestinas en el país que proclamaban el triunfo revolucionario y al mismo tiempo llamaban a continuar los combates.

Si la sangre de Gaitán no llegara a ser el precio de nuestro triunfo, entonces sería el baldón de nuestra esclavitud —decía la «estación número uno» transmitiendo «en un lugar de Colombia que a nadie le importa»—. Seríamos tan abajados ante la conciencia viril de los hombres, que para ser libres necesitaríamos que viniera otra nación a liberarnos [...]. ¿Qué diría nuestra prensa después de la derrota? ¿Qué dirían nuestras emisoras después de la derrota? ¿Qué dirían nuestras mujeres después de la derrota? No podríamos decir nada. El fuste, la horca y las cárceles serían nuestras oficinas, nuestros gabinetes, nuestras estancias y nuestros talleres⁴⁹.

Una primera peculiaridad de estas emisoras es que muchas eran transmisores de radioaficionados modificados para emitir en las frecuencias de las radios comerciales. Por eso pudieron aparecer tan rápido con su mezcla de informaciones falsas o confusas, mensajes de dolor, y llamadas a la venganza y a la insurrección.

A los liberales se les hace saber que en la actualidad no existe en Colombia ninguna dirección nacional liberal, como mentirosamente informa la Radio Nacional [después de haberla recuperado el Gobierno], sino la Junta Nacional Revolucionaria, la cual en ningún momento ha ordenado la terminación de nuestra lucha (Guzmán, 2012: anexos, pág. 8).

La segunda peculiaridad deriva de la anterior. Como los radioaficionados son a la vez emisores y receptores, las radios clandestinas que surgieron por todo el país se buscaron, se coordinaron y se enlazaron en una red que multiplicaba la difusión de los comunicados. «Bueno, díganos entonces a qué hora exacta mañana va usted a principiar a trabajar», preguntaba alguien, como si la revolución se hiciera en horario de oficina. «Toda la noche, hasta mañana, aquí estamos trabajando incansablemente de día y de noche», le contestaban⁵⁰. Fue un ejercicio de encadenamiento a gran escala que implicó también a emisoras de Venezuela o Ecuador, algunas de ellas también clandestinas.

Lo escuchamos muy bien desde Maracaibo. Vamos a transmitirles un boletín para que ustedes estén listos, para que

nos retransmitan [...]. Aquí está su estación número cien con las últimas noticias, aquí la estación número cien con las últimas noticias. Enseguida vamos a transmitir un boletín, un boletín de última hora, la estación número dos, la número once y la diez (Guzmán, 2012: anexos, pág. 19).

El presidente Ospina llegó a decretar el corte de electricidad en Bogotá para hacerlas callar. El apagón afectó a los hospitales y a las centralitas telefónicas aumentando aún más la confusión. Algunas emisoras se silenciaron, pero estaban las del resto del país, y en la propia capital muchas siguieron emitiendo toda la noche porque tenían generadores propios o porque eran estaciones móviles instaladas en camiones.

Revolucionarios, no desmayéis, estad listos, dormid vestidos y con el arma entre las piernas —clamaba «La voz del pueblo», una de las más destacadas en aquellas horas «al servicio de la revolución liberal colombiana»—. No hay más piedad para el vencido que no esperar del vencedor ninguna [...]. Por la existencia de nuestros seres queridos, por el bienestar humano, por la defensa de los derechos que el liberalismo dio al trabajador, continuad la lucha [...]. Todo liberal debe ser un soldado disciplinado y obedecer las órdenes que se les impartan sin ninguna discusión [...]. Nada de vacilaciones, nada de nervios, nada de derrotismo. Defendamos nuestros derechos, nuestras conquistas, nuestras mismas vidas. No demos un paso atrás. Pueblo liberal, a la carga⁵¹.

Tanta insistencia indicaba que las cosas no iban nada bien para aquella revolución espontánea. Al amanecer el 10 de abril, el Gobierno había vuelto a tomar las riendas de la situación. Como resultado de horas de violencia, buena parte de Bogotá se hallaba en ruinas. Las calles del centro estaban llenas de cadáveres y escombros. La cifra exacta de muertos en aquellos días nunca se supo (los cálculos oscilan entre los quinientos y los tres mil). Casi todos los almacenes y las tiendas de licor habían sido saqueados. Para desvirtuar el carácter de la revuelta, a alguien se le había ocurrido abrir las puertas de las cárceles y sacar a los presos comunes. Cualquier intento de revolución quedó pronto sepultado bajo un alud de pillaje.

Aunque había quienes seguían llamando a la coordinación de las acciones para que tuvieran efecto, la insurrección se hallaba disgregada. Entretanto, los liberales moderados, los que habían sido contrarios a Gaitán, pactaron con los conservadores un Gobierno de unidad nacional que restableciera la tranquilidad. Invocando también —paradójicamente— la memoria del líder asesinado, llamaron al pueblo a una acción de duelo enérgica, pero con respeto al orden y a la ley. Desde ambos partidos se lanzó la misma explicación oficial sobre lo que había ocurrido: el dolor de las masas fue explotado por «forajidos sin escrúpulos», en palabras del futuro presidente del país, Guillermo León Valencia.

La conjura internacional del comunismo desgarró el propio corazón de Colombia y la cubrió de vergüenza y de ignominia [...]. Las fuerzas del mal en una batalla de treinta y seis horas destruyeron 130 años de historia nacional y nos colocaron en un nivel más bajo aún que el de los países bárbaros⁵².

La Conferencia Panamericana rompió el 12 de abril el elocuente silencio que había mantenido hasta entonces y, por boca del general estadounidense Georges Marshall, atribuyó también la responsabilidad al comunismo. Al fin y al cabo, hacía apenas dos meses, los comunistas habían tomado el poder en Checoslovaquia tras una serie de huelgas y manifestaciones. Los maniqueísmos de la recién iniciada Guerra Fría llegaban también a Hispanoamérica y ahogaban el espacio de las opciones propias de cada país.

Fuera de Bogotá, en algunas ciudades la revolución se prolongó aún unos días más. Las radios clandestinas siguieron operando y proclamando el triunfo hasta que fue evidente que nada se había transformado y todo estaba perdido. «La revolución está en marcha, la revolución sigue

adelante —afirmaba una de ellas desde Fusagasugá el 13 de abril—. Aló aló, liberales: en pie, despiertos»⁵³. Pero estos últimos focos del incendio acabaron también por ser reprimidos.

Con el fin de aquella revolución no llegó la normalidad, sino el tiempo de la represión aún más acentuada y de la resistencia. La historia de Colombia no volvería a ser igual. Aunque se consolidaría en los años sesenta, en el «bogotazo» está la base de la actividad guerrillera a gran escala que cuestionaría el sistema político en su conjunto.

GUATEMALA: RADIO LIBERACIÓN O LA ESTRATEGIA DEL PÁNICO

Jacobo Árbenz sí tuvo la oportunidad de cambiar las cosas en su país..., pero por poco tiempo. Cuatro años después de ganar unas elecciones, dimitió al perder los apoyos necesarios para mantenerse en el poder. No fueron las urnas ni las armas las que lo obligaron a irse, sino una múltiple estrategia de desestabilización que puso en marcha sobre todo la CIA y a la que el propio Gobierno de Árbenz colaboró sin quererlo, a veces por torpeza y a veces por ingenuidad.

Lo ocurrido en Guatemala en 1954 situó a la CIA en el punto más alto de su prestigio y «confirmó la creencia de muchos en la administración Eisenhower de que las operaciones encubiertas serían un sustituto seguro y barato de la fuerza armada para resistir los avances del comunismo en el Tercer Mundo» (Cullather, 1999: 7). «Increíble —les dijo el presidente estadounidense a los responsables de la CIA cuando les convocó a la Casa Blanca para felicitarles por su trabajo—. Han evitado una cabeza de playa soviética en nuestro hemisferio» (Soley y Nichols, 1987: 225). Los análisis de inteligencia no solo se quedaban en los papeles; tenían una traducción práctica innegable. La CIA ya había probado su eficacia en 1953, cuando ayudó a Gran Bretaña a derrocar en Irán al primer ministro Mossadeq, que había nacionalizado la industria del petróleo. Pero la implicación en Guatemala tuvo una dimensión desconocida hasta entonces. Entre otras cosas, supuso el primer uso a gran escala de la radio clandestina por parte de la CIA para una misión concreta. Claro que en Guatemala los intereses de Estados Unidos eran también mucho más amplios.

Guatemala era el país de América donde el dominio de la United Fruit Company sobre los distintos aspectos de la vida nacional era más extenso y más evidente. Poseía más de doscientas mil hectáreas de tierras, pero cultivaba solo el quince por ciento de ellas (las demás las había comprado para evitar la competencia) (Walsh, 2011). Empleaba a unos cuarenta mil trabajadores, y controlaba el ferrocarril, la electricidad, el telégrafo y el único puerto del país. Sus ejecutivos determinaban los precios, los impuestos y el trato a los trabajadores sin interferencia del Gobierno. A diferencia de otros países del continente, desde su independencia Guatemala había estado gobernado por dictaduras militares o por oligarquías estrechamente relacionadas con la propiedad de la tierra. No había habido un proceso democrático constitucional con las mínimas garantías. Las cosas comenzaron a cambiar en 1944, cuando una revolución cívico-militar derrocó a la dictadura y llamó a elecciones libres. El Gobierno de Juan José Arévalo inició las primeras transformaciones sociales, que supusieron los primeros roces con Estados Unidos, hasta el punto de que el embajador Richard Patterson fue expulsado por interferir en los asuntos internos guatemaltecos.

Arévalo fue el primer presidente guatemalteco del siglo xx que completó su mandato legal.

Le sucedió Jacobo Árbenz, un militar retirado, que ganó las elecciones de 1950 con un programa en el que se proponía profundizar los cambios, avanzar hacia una democracia social.

No pretendemos ser nosotros los que concretamente construyamos una Guatemala industrial en seis años —dijo Árbenz en su primer discurso a la nación—. Lo que pretendemos es abrir el camino, afirmar los cimientos de nuestro futuro desarrollo económico, empujar al país por el camino del capitalismo⁵⁴.

Sus afirmaciones y sus propósitos no eran los de un marxista. No pertenecía al Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), la organización comunista del país, que por lo demás era minoritaria en el Parlamento (cuatro diputados de sesenta y uno) y no tenía ni el apoyo popular ni los recursos suficientes para organizar una revolución (cuatro mil miembros entre tres millones de habitantes). Árbenz no incluyó a ningún miembro del PGT en su Gobierno. Solo unos pocos ocuparon cargos de segundo nivel, aunque altamente significativos y visibles para los oficiales de Estados Unidos (agricultura, seguridad social o prensa) (Cullather, 1999: 21-22). La palabra «comunista», que ya se había empleado contra Arévalo, se utilizaría más y más desde Washington contra Árbenz.

La piedra de toque de las tensiones entre ambos países fue la reforma agraria, con la que Árbenz pretendió expropiar mediante compensaciones las tierras incultas para repartirlas entre los campesinos. El código del trabajo aprobado por Arévalo había modificado ya las relaciones entre los jornaleros y la United Fruit Company. Pero la reforma agraria afectaba al núcleo de su modelo de negocio.

Los intereses de «la frutera» tenían anclajes firmes en el Gobierno de Eisenhower que tomó posesión en enero de 1953. El jefe de la CIA, Allen Dulles, perteneció a la junta directiva. Su hermano, John Foster Dulles, secretario de Estado, fue abogado en el bufete que asesoraba a la empresa. Los dos canales —el de las acciones encubiertas y el de las relaciones diplomáticas— se implicaron de lleno para apoyar a la UFCO. Algunos sostienen, sin embargo, que no fueron los intereses económicos, sino la paranoia anticomunista de la época, los que dictaron la política estadounidense hacia Guatemala. Pero los resultados fueron los mismos. Para el verano de 1953, los sectores más intervencionistas de la administración Eisenhower y de la CIA pensaban que los comunistas utilizaban el plan de reforma agraria para ganar control sobre las políticas de Guatemala, que su fuerza crecía mientras la oposición se desintegraba y que, si no se revertía la tendencia, era solo cuestión de tiempo que el país cayera bajo la órbita soviética, lo que representaba una indudable amenaza para la seguridad nacional estadounidense.

Se lanzó una campaña destinada a convencer al mundo de que el Gobierno de Árbenz era procomunista y de que Guatemala suponía un peligro para la zona. Pero con eso no bastaba. Había además que desestabilizar el país para conseguir colocar a un Gobierno más favorable. Esa sería la tarea, prioritariamente, de la guerra psicológica. Fue la operación Success (éxito, en inglés), un nombre que indica la extraordinaria confianza de la CIA en sus posibilidades. Como ha escrito Nick Cullather, que ha estudiado los documentos de la Agencia sobre ese acontecimiento,

pese a la falta de información fiable sobre los políticos y la sociedad de Guatemala, los planificadores estaban seguros de que los guatemaltecos responderían a las estrategias probadas en Europa, el Oriente Próximo y Asia. Lo que hizo la nueva operación realmente interesante fue que las tácticas de acción encubierta se aplicarían a una escala más amplia, durante un período de tiempo más largo y para conseguir objetivos más ambiciosos que nunca hasta entonces (Cullather, 1999: 38).

La UFCO ofreció toda la ayuda que fuera necesaria. El centro de mando se estableció en la base aérea de Opa-Locka, a las afueras de Miami.

La Pbsuccess (como se la denominó en clave) incluyó entre otras cosas la creación de una emisora de radio. Era esta una novedad. La CIA estaba detrás de Radio Free Europe y Radio Liberty, como vimos, que apenas habían empezado a andar. Pero esas experiencias no servían. En esta operación, la emisora que se crease no estaría a cargo de exiliados —con sus divisiones y sus políticas de cortos vuelos, como se estaba demostrando en Europa—, ni de periodistas profesionales, sino de los especialistas en inteligencia. Sobre todo, no buscaría proporcionar información «objetiva» a un país con censura de prensa, como en Europa del Este y la URSS, porque ese no era el caso de Guatemala. La emisora se crearía para difundir rumores, estimular tensiones, provocar miedos, hasta obtener un clima hostil a Árbenz que llevara a su derrocamiento desde dentro o que, llegado el caso, justificara la intervención militar de Estados Unidos para devolver la tranquilidad al país. Trataría de alcanzar a la gran masa de la población, atemorizar a los más comprometidos y animar a la acción a la mayoría neutral o apática. Pero, por encima de todo, tendría como blanco al ejército, el único sector organizado con capacidad real de influencia en el país, frente a una sociedad civil aún en buena medida desestructurada. Conseguir la actuación militar contra Árbenz, o al menos lograr su pasividad, daría muchas posibilidades de triunfo a la campaña de desestabilización. La emisora se llamaría Radio Liberación. Para dirigirla se designó a David Atlee Phillips, que había sido actor y editor de periódicos en Chile.

Satisfechos de su trabajo, los implicados en la Pbsuccess revelaron los secretos de su «éxito». En sus memorias, David Atlee Philips dio una versión de los hechos según la cual, gracias a Radio Liberación, Guatemala pasó de la paz al caos en solo seis semanas. Los estudios posteriores han matizado este relato. El ambiente en el país se enrareció mucho, pero no tanto como dice Philips. Ese enrarecimiento, de hecho, había empezado ya antes de que Radio Liberación transmitiese. A finales de abril, la propaganda inicial de la Pbsuccess tuvo sus primeros efectos en el Gobierno de Árbenz, que impuso algunas restricciones a las libertades de expresión y reunión. Por último, si los contenidos de Radio Liberación fueron importantes para su impacto, también ayudaron mucho algunas casualidades y ciertas decisiones del Gobierno de Árbenz.

En 1954 había en Guatemala algo más de setenta mil receptores (uno por cada cuarenta habitantes, aproximadamente), y la mayoría de ellos se concentraba en la capital y sus alrededores, en las casas y oficinas de las clases profesionales ricas. Pese a estas cifras, un analista de la Agencia observó que, aunque los guatemaltecos «no estaban habituados» a la radio, «probablemente la consideraban una fuente de autoridad, y tal vez darían amplia circulación a los rumores interesantes a través del boca a boca» que contuvieran las emisiones (Cullather, 1999: 41). Radio Liberación transmitiría en onda corta para alcanzar la capital desde fuera del país, pero este hecho no suponía un problema, porque al parecer la mayoría de receptores de Guatemala incluían esta banda.

En paralelo a la campaña psicológica, hubo que dar forma al Movimiento Libertador Guatemalteco en nombre del cual hablaría Radio Liberación, y que realizaría las acciones militares cuando se alcanzara el clima adecuado. Para encabezarlo se eligió al coronel Carlos Castillo Armas, que ya se había sublevado sin éxito contra el Gobierno en 1950 y que, tras ser

condenado a muerte, se había fugado de la cárcel. La CIA no tenía muy buena opinión de los casi quinientos hombres, no solo guatemaltecos, sino nicaragüenses u hondureños, que formaban parte de ese ejército. Un responsable de la Pbsuccess lo consideraba «extremadamente pequeño y mal entrenado». Llegó a haber también dudas sobre la idoneidad de Castillo Armas para el mando (Cullather, 1999: 72).

Radio Liberación salió al aire el 1 de mayo de 1954. Ese día era festivo en Guatemala, los comercios estaban cerrados y las radios mudas. Pero los oyentes podían recibir emisoras de otros países próximos. Días antes se había anunciado en los periódicos del país la inauguración de una radio comercial mexicana, con la actuación en directo de artistas como Cantinflas o María Félix. Pero los oyentes que sintonizaron la frecuencia escucharon algo distinto. «Atención, Guatemala. Atención, guatemaltecos —decía una voz, con el himno nacional de fondo—. Radio Liberación, la emisora clandestina del gran Movimiento Libertador Guatemalteco, en el aire». La nueva emisora mezclaba música popular, humor grosero y propaganda antigubernamental. Exhortaba a los guatemaltecos a resistir al comunismo y al régimen de Árbenz, y a apoyar a las fuerzas de Castillo Armas. «Un soldado de la libertad vale más que mil esclavos del comunismo. Si crees en Dios, si crees en tu patria, si amas tu libertad, lucha contra el comunismo» (CIA, 1997: 18).

Los locutores —dos hombres y una mujer— habían sido reclutados en Guatemala y entrenados en Florida. La emisora decía emitir «desde algún lugar secreto de la República de Guatemala». La CIA, en sus documentos desclasificados, ha tachado el nombre del lugar desde el que realmente lo hacía. Philips, en sus memorias, dijo que se trataba de un terreno que la UFCO tenía en Honduras, cerca de la frontera guatemalteca. Durante las primeras semanas, los programas se grababan en Miami y las cintas se enviaban por avión vía Pan American Airways hasta el lugar donde estaba el transmisor móvil. Semanas después, a medida que los acontecimientos se precipitaban, los locutores se trasladaron a Honduras para transmitir en directo. Uno de ellos, al reflexionar sobre la ubicación falsa que se anunciaba en las emisiones, se mostró cínico: «Si tenemos que mentir otra vez, debemos estar seguros de que es una mentira más grande y de que el riesgo merece la pena» (Soley y Nichols, 1987: 222).

Dos semanas después del lanzamiento de Radio Liberación, una primera casualidad vino a ayudar a su difusión. La emisora TGW, controlada por el Estado, tenía previsto dejar de emitir durante tres semanas para revisar los transmisores e instalar unas nuevas antenas. Y los planes no se alteraron. Así que durante ese tiempo Radio Liberación no tuvo una voz en las ondas que contrarrestara sus mensajes (Cullather, 1999: 77). Al principio, la señal de la emisora era débil y apenas se oía en la capital de Guatemala. A mediados de mayo se añadieron nuevos transmisores para potenciarla, situados en Nicaragua y la República Dominicana. Se instaló otro de reserva en la isla de Swan, frente a la costa de Honduras, que era una base de comunicaciones de la United Fruit (Soley y Nichols, 1987: 222).

Las emisiones tenían un fuerte carácter religioso: «Los católicos guatemaltecos rechazamos ahora y siempre la nefasta doctrina del dolor, la doctrina de la miseria, la doctrina de la esclavitud, la doctrina de la prostitución, la doctrina del ateísmo, y en resumen, rechazamos la doctrina comunista» (CIA, 1997: 22). Recordaban a los soldados su deber de proteger al país de las ideologías extranjeras, presentaban a Árbenz como un instrumento del Kremlin e incidían en el continuo alineamiento de Guatemala al lado de Moscú, advertían a las mujeres de que alejaran a sus maridos de los mítines del partido y de los sindicatos comunistas, y amenazaban a los

oficiales del Gobierno con represalias:

El pueblo guatemalteco se levantará, y empuñando la espada de la justicia los arrojará del poder [...]. Ellos, los vendidos a Moscú, los traidores a la democracia, los liberticidas y verdugos, tendrán que rendirse a esa hermosa realidad. Guatemala será liberada con la sangre de sus hijos, y dignificada con el amor de su pueblo (CIA, 1997: 21).

Su contenido era muy emocional, con música efectista y lemas concisos y contundentes que se repetían con frecuencia:

Acusamos a Jacobo Árbenz y su camarilla de traidores de haber vendido la Patria a sus amos de la Unión Soviética. Les acusamos de haber profanado la memoria de nuestros muertos, de haber corrompido el medio político y social, de haber entregado el ejército a la voracidad de los rojos, de haber subvertido los valores espirituales y nacionales del pueblo, de haber manchado con sangre nuestra bandera y de haber mancillado nuestros símbolos patrios. Los acusamos, en nombre del pueblo entero de Guatemala, de haber coartado nuestros derechos, conculcado nuestras aspiraciones y violado nuestros más caros y puros ideales de redención. ¡Los acusamos de alta traición!⁵⁵.

Aquella campaña tuvo incluso sus propias canciones, interpretadas por un grupo llamado Los Trinqueteros: «Ojo por ojo, diente por diente, / Jacobo Árbenz, vas a pagar. / Cuando te boten de presidente, / el mero diablo te va a llevar. / Como cobarde mataste a hierro. / También a hierro debes morir. / Van a matarte, tal como un perro, / y el mero día ya va a venir» (CIA, 1997: 31).

En la guerra psicológica, Radio Liberación siempre fue un paso por delante. El Gobierno de Árbenz estuvo a la defensiva, desbordado por unos acontecimientos que se le escapaban de las manos. Esa situación le llevó a cometer errores notables. El 13 de mayo, por ejemplo, Radio Liberación estaba emitiendo su programa cuando sonaron unos disparos seguidos de unas voces alarmadas. Luego vino el silencio. Era un montaje, un guión más de la campaña, pero el Gobierno de Árbenz cayó en la trampa. Al día siguiente, su portavoz anunció que la radio clandestina había sido desmantelada, su transmisor confiscado y sus trabajadores detenidos. Cuando esa noche la emisora de la CIA volvió a emitir, su prestigio aumentó tanto como el ridículo del Gobierno (Walsh, 2011).

Por las mismas fechas, la CIA descubrió que Guatemala había comprado armas a través de intermediarios a Checoslovaquia. Árbenz quiso que el ejército estuviera mejor preparado ante una posible invasión del país. La Agencia no logró interceptar, hundir o desviar el barco a tiempo. Pero el Gobierno estadounidense desató una campaña según la cual las armas checoslovacas probaban la complicidad de Árbenz en un plan soviético para la conquista comunista de América. Radio Liberación, por su parte, afirmó también que las armas eran para organizar unas milicias proletarias que acabarían reemplazando al ejército regular. Los militares empezaron a ponerse nerviosos (Walsh, 2011).

A comienzos de junio, otra campaña de Radio Liberación consiguió neutralizar a la fuerza aérea de Guatemala. Un hecho real les dio de nuevo la oportunidad: la desertión del coronel retirado Rodolfo Mendoza, el 4 de junio. Los locutores de Radio Liberación intentaron persuadirle de que emitiera un llamamiento a los aviadores para que otros siguieran su ejemplo y se unieran a los rebeldes. El piloto se negó, aduciendo que en Guatemala estaba toda su familia y temía por su seguridad. Entonces, esa noche, lo invitaron a tomar unos tragos. Cuando estaba bastante borracho, le preguntaron qué les diría a sus amigos de la fuerza aérea si pudieran oírle. El desertor, al parecer con sorprendente elocuencia, improvisó un discurso que, por supuesto, se estaba grabando sin que él lo supiese. El mensaje se transmitió de inmediato por Radio Liberación (Soley y Nichols, 1987: 223). Temiendo nuevas desertiones, Árbenz ordenó que los

aviones de la fuerza aérea se mantuvieran en tierra. Eso fue justo cuando los del Movimiento Libertador comenzaban a hacer incursiones en Guatemala. Los cielos eran suyos.

El Gobierno ordenó un apagón general nocturno para dificultar la orientación de los aviones enemigos. Radio Liberación pidió que la gente pusiera velas encendidas en sus ventanas y patios para iluminar las ciudades. La policía guatemalteca declaró entonces que cualquiera al que se sorprendiera con velas encendidas sería ejecutado por ayudar a los rebeldes. Esa noche, las ciudades permanecieron a oscuras. Pero al día siguiente Radio Liberación elogió la labor de todos los que habían puesto sus velas. Según la emisora, gracias a la labor de los «buenos patriotas», los aviones del Movimiento Libertador sabían bien dónde bombardear: las zonas que no estuvieran iluminadas identificarían las instalaciones militares. Al parecer, el pueblo creyó la mentira. Las velas ardieron como nunca antes esa noche, incluso en algunos cuarteles (Walsh, 2011). La anécdota muestra hasta qué punto habían crecido a esas alturas la influencia de Radio Liberación y, sobre todo, el miedo.

Las presiones internacionales sobre Guatemala aumentaban día a día. También la temperatura social. El 8 de junio, Árbenz suspendió las libertades civiles. La policía arrestó a 480 personas en las dos primeras semanas de junio, encarcelándolas en bases militares. Muchas fueron torturadas. Con la suspensión de garantías, el Gobierno de Árbenz podía censurar la prensa y radios de la oposición. Al mismo tiempo, los transmisores de Radio Liberación interferían la radio estatal guatemalteca. A falta de informaciones, los rumores iban en aumento. La población estaba convencida de que la invasión se produciría de un momento a otro.

Finalmente comenzó el 18 de junio. Castillo Armas y sus hombres penetraron por diferentes puntos desde Honduras y el Salvador, para dar la impresión de un mayor número de soldados y para minimizar el riesgo de caer en un solo encuentro con el ejército guatemalteco. Diez saboteadores se adelantaron para volar los puentes y romper las comunicaciones. Radio Liberación, con muchas más horas de emisión, propagaba falsos informes para dar la sensación de una fuerza aplastante y respaldada por un número creciente de campesinos (se habló de columnas rebeldes que se disponían a converger sobre la capital).

Guatemala está en vísperas trascendentales, cuando sus cadenas forjadas en los yunques comunistas se fundan para convertirse en campanas [...]. Guatemala ha sido secuestrada en los sótanos de la vergüenza y el delito, y nosotros estamos prestos a pagar el rescate con la sangre de nuestras venas, para verla libre y honrada. Y cada minuto más es, guatemaltecos, un minuto menos, un minuto más hacia la libertad y hacia la paz, un minuto menos de esclavitud y explotación. Las horas de los rufianes están contadas. Sobre sus cabezas vuelan ya los buitres famélicos, tienen miedo, tiemblan, y será el pueblo íntegro el juez de los sicarios (CIA, 1997: 9).

La realidad era que tres días después de entrar en Guatemala, dos de los grupos habían sido derrotados por completo. En vez de producirse una revuelta popular contra Árbenz, los campesinos ocupaban más tierras de la United Fruit. La CIA pidió apoyo aéreo al Gobierno estadounidense, que se lo concedió, aunque los aviones volaron sin identificación y provocaron daños de escasa importancia.

Justo en el momento en que la Pbsuccess parecía imposible de salvar, el Gobierno de Árbenz colapsó. Fue el 27 de junio. Días antes había consultado con los principales oficiales del ejército la posibilidad de entregar armas al pueblo. Se negaron en redondo. En vez de eso, sugirieron a Árbenz que debía marcharse para evitar una intervención militar directa de Estados Unidos. Es difícil establecer qué importancia tuvieron las emisiones de Radio Liberación dirigidas a los

militares para que arraigara ese estado de ánimo, pero el hecho fue que los oficiales, muchos de ellos artífices de la revolución de 1944, claudicaron en el momento decisivo diez años después. En última instancia, fue la falta de apoyo del ejército la que lo llevó a dimitir. La invasión de las tropas de Castillo Armas estaba siendo repelida. No había un movimiento de oposición articulado que representara una amenaza. Estados Unidos habría tenido que intervenir, en efecto, para lograr sus propósitos en Guatemala, si la resistencia de Árbenz se hubiera prolongado. Pero el presidente decidió que había que impedir a toda costa un inútil derramamiento de sangre. Así que esa noche compareció ante el micrófono de la radio oficial.

Han tomado de pretexto al comunismo —dijo—. La verdad hay que buscarla en los intereses financieros de la compañía frutera y en los de los otros monopolios norteamericanos que han invertido grandes cantidades en América Latina, temiendo que el ejemplo de Guatemala se propague a los hermanos países latinoamericanos [...]. No me han acorralado los argumentos del enemigo, sino los medios materiales con que cuenta para la destrucción de Guatemala⁵⁶.

En los once días posteriores a la dimisión de Árbenz, cinco juntas ocuparon el palacio presidencial, cada una más proclive a las demandas americanas que la anterior, hasta que finalmente se llamó a Castillo Armas para que asumiera la presidencia. El 2 de julio, el nuevo hombre fuerte del país habló por Radio Liberación. «Espero de todos vosotros la valiosa ayuda para encarrilar nuestro movimiento por los senderos de la justicia, la equidad y el bienestar general para la ciudadanía honrada del país —manifestó—. Dios y la historia pagarán vuestra cooperación». La emisora había cumplido su misión. Podía despedirse con orgullo.

Nos retiramos del aire hoy, y esta vez definitivamente, pero al hacerlo mantendremos en secreto la localización de nuestra estación, que quedará como símbolo de lucha en las entrañas de la patria, enmudecida ante el bienestar de Guatemala, pero siempre lista a hacer oír su voz cuando el pueblo lo demande⁵⁷.

Tras la caída de Árbenz, agentes de la CIA inspeccionaron documentos para encontrar las pruebas del complot soviético en Guatemala, sin hallar nada concluyente (Cullather, 1999: 107). Eisenhower felicitó a los responsables de la Agencia por un éxito que se había logrado solo con una baja por parte de las tropas de Castillo Armas. La admiración se compartía más allá de Estados Unidos. Un diplomático británico le dijo más tarde a Philips: «Los soldados no tuvieron nada que ver. La guerra la ganó esa emisora de radio» (Walsh, 2011). La Pbsuccess se convirtió en el modelo a seguir para futuras operaciones por parte de la CIA, y Radio Liberación en el prototipo de emisora al servicio de la contrarrevolución. No obstante, el mayor riesgo de extraer lecciones de la historia es que tales lecciones se demuestran a menudo ilusorias o simplemente equivocadas cuando se aplican a circunstancias nuevas y diferentes. Así lo comprobaría la CIA al trabajar en Cuba solo siete años después. En cuanto a Guatemala..., tal vez ningún testimonio ilustre la evolución del país desde entonces mejor que lo que escribió en 1982 un funcionario del Departamento de Estado: «Lo que daríamos por tener ahora un Árbenz. Vamos a tener que inventar uno, pero todos los candidatos están muertos» (Cullather, 1999: 105).

CUBA: RADIO REBELDE

En los combates más duros de la Sierra Maestra, a mediados de 1958, Fidel Castro señaló tres puntos que había que defender a cualquier precio y que, llegado el caso, había que evitar que

cayesen en manos del enemigo: la fábrica de armas, el hospital y Radio Rebelde⁵⁸. Este dato muestra la importancia que llegó a tener aquella emisora clandestina en la lucha para derribar al dictador Fulgencio Batista.

El relato oficial cuenta que la idea se le ocurrió al Che Guevara en diciembre de 1957. Una radio que diera mayor visibilidad (audibilidad, habría que decir) al Movimiento Revolucionario 26 de Julio y al Ejército Rebelde, que ya había conseguido consolidar una zona «liberada» en la Sierra Maestra, en el este de Cuba. El comandante argentino discutió su idea con Fidel Castro, que estuvo de acuerdo en montar la emisora, pese a que los guerrilleros andaban escasos de armas, medicamentos y otros suministros básicos. Comenzaron de inmediato las gestiones a través de los dirigentes del Movimiento en el llano para adquirir y trasladar a la sierra los elementos necesarios y, con la ayuda de un técnico de radio simpatizante de la causa revolucionaria, el 24 de febrero de 1958 se oyó por primera vez el indicativo «Aquí... Radio Rebelde»⁵⁹.

El relato oficial tal vez sea exacto. De hecho, Ernesto Guevara dio una «extraordinaria importancia» a la radio en su libro *La guerra de guerrillas*, publicado en 1960 como síntesis de sus experiencias y de sus opiniones sobre el reciente triunfo de la revolución en Cuba. Una obra que sería la base teórica y el manual de lectura obligada para los movimientos foquistas en el Tercer Mundo. Guevara concebía la guerrilla como un grupo revolucionario de élite (el foco) cuyas acciones inspirarían a las masas, que pasarían así de ser relativamente pasivas a tener un papel activo en la oposición a las dictaduras. La radio —siempre instalada en una zona «liberada»— sería el vehículo privilegiado de propaganda no solo para difundir la actividad de las guerrillas, sino para dirigir a la oposición en las áreas no controladas, para establecer el liderazgo sobre la población civil, por muy alejada que estuviese. Por la importancia de la obra del Che, y por la importancia objetiva que Radio Rebelde había tenido como vehículo de información y de propaganda, la emisora cubana se convirtió en el modelo para los revolucionarios de Iberoamérica.

La propaganda que será más efectiva, [...] la que se hará sentir más libremente en todo el ámbito nacional y la que llegará a la razón y a los sentimientos del pueblo, es la oral por radio —escribió Guevara—. [...] En los momentos en que la fiebre bélica está más o menos palpitante en cada uno de los miembros de una región o de un país, la palabra inspiradora, inflamada, aumenta esa misma fiebre y la impone en cada uno de los futuros combatientes. Explica, enseña, enardece, determina en amigos y enemigos sus posiciones futuras [...]. En radio se deben dar, sobre todo, noticias vivas, de combates, encuentros de todo tipo, asesinatos cometidos por la represión y, además, orientaciones doctrinales, enseñanzas prácticas a la población civil, y de vez en cuando discursos de los jefes de la revolución (Martínez Vítores, 1978: 307).

Sí, el relato oficial sobre la creación de Radio Rebelde tal vez sea exacto, pero es al mismo tiempo un homenaje al «guerrillero heroico». Porque el relato oficial no tiene en cuenta dos cosas: ni la radio clandestina era en 1957 un fenómeno desconocido en Cuba, ni Fidel Castro un novato en el arte de la propaganda. «Sin propaganda no hay movimiento de masas, y sin movimiento de masas no hay revolución posible», había escrito Castro desde la cárcel en 1954. Unas palabras que ya entonces había llevado a la práctica.

Cuba fue uno de los países de América donde la radio tuvo un desarrollo más precoz y se extendió de forma más rápida. Una radio caracterizada desde sus inicios por un enfoque comercial, dada su cercanía con Estados Unidos (no solo geográfica, sino económica y política). En Cuba apareció también una de las primeras emisiones clandestinas de las que hay constancia.

Fue en 1933, durante las protestas contra el régimen del dictador Gerardo Machado. En un ambiente de huelgas y disturbios, el 9 de junio salió al aire una emisora impulsada por un grupo de estudiantes revolucionarios, que llamaba al ejército a la rebelión. La policía allanó una casa cerca de Matanzas unos días después y confiscó el transmisor clandestino junto a una gran cantidad de armas, pero otras emisoras clandestinas la reemplazaron bien pronto (Soley y Nichols, 1987: 164).

El 7 de agosto, por la tarde, una multitud se concentró en el Capitolio de La Habana para celebrar que Machado había dimitido. Era una noticia falsa, difundida al parecer por una emisora clandestina. La policía dispersó la concentración, matando a veinte personas e hiriendo a más de cien. Al día siguiente, el corresponsal del *New York Times* en Cuba apuntaba que la emisión y el rumor podrían haber sido un plan de Machado para llevar a sus enemigos a campo abierto, ante una huelga general que había vaciado las calles de La Habana. El hecho mismo de que se especulara sobre quién fue el responsable de esa transmisión clandestina prueba que ya entonces había una conciencia clara sobre el papel de la radio como instrumento de movilización (Bronfman, 2012: 44-45). Machado cayó días después, pero no llegó la estabilidad a Cuba. De inmediato se produjeron complots militares en los que estuvo implicado un sargento llamado Fulgencio Batista.

Una década después de estos hechos, pareció que la ola democratizadora en Latinoamérica llegaba también a Cuba. Pero fue un espejismo. En 1952, en un nuevo golpe de Estado, Fulgencio Batista depuso al presidente electo, Carlos Prío Socarrás. Un sector de la izquierda empezó a plantearse que, si la democracia había sucumbido ante las armas, debería volver también gracias a las armas. Entre quienes así pensaban estaba un abogado joven llamado Fidel Castro. Pertenecía al Partido Ortodoxo, un grupo nacionalista de izquierdas que hacía de la lucha contra la corrupción una de sus señas de identidad. Castro se dio a conocer organizando manifestaciones contra Batista. Al parecer, su grupo dispuso de un pequeño transmisor clandestino —aunque su impacto fue nulo— desde el que se difundían los discursos que Castro pronunciaba en los actos de protesta (Soley y Nichols, 1987: 166).

Junto con unos ciento sesenta ortodoxos, el 26 de julio de 1953, Castro asaltó el cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, en lo que debería ser el comienzo de la insurrección. Tras apoderarse de él, el siguiente objetivo sería tomar las emisoras de radio de la ciudad y desde ellas arengar al pueblo para que se levantara contra Batista. Pero no hubo oportunidad. El asalto al Moncada fue uno de esos estrepitosos fracasos militares que se convierten en gigantescas victorias propagandísticas. Con sus dotes de orador admitidas por simpatizantes y adversarios, hizo de su proceso un juicio político al régimen, en la mejor tradición revolucionaria. En consecuencia, Castro ya era popular cuando tras salir de la cárcel en mayo de 1955 se exilió en México para fundar el Movimiento 26 de Julio (M-26-7). Allí coincidió con un médico argentino que estaba recorriendo Latinoamérica y que había vivido en Guatemala la caída de Jacobo Árbenz: Ernesto Guevara. Junto a varias decenas de hombres, ambos empezaron a preparar un desembarco para liberar Cuba. El cierre de las vías parlamentarias, el quiebre de experiencias democráticas como la guatemalteca, la mística de los mambises que combatieron por la independencia en el siglo XIX, la lucha que había estallado en Argelia pocos meses antes, la actuación de la Legión del Caribe (un conjunto de políticos latinoamericanos conjurados para combatir a las dictaduras del continente)... Todos estos factores les llevaban a la apuesta por la

vía guerrillera.

Navegaron en el *Granma* (nombre de un periódico oficial de la Cuba posrevolucionaria) y desembarcaron el 2 de diciembre de 1956. Eran ochenta y dos. Menos de veinte consiguieron escapar a los enfrentamientos de los primeros días con las tropas de Batista, que los esperaban. La victoria de 1959 se inició, pues, con otro fracaso militar. Solo dos meses después, una entrevista en el *New York Times* dio a Castro y los suyos la primera gran publicidad. Los guerrilleros estaban diezmados, pero resistían. La torpe política informativa de Batista, que había dado por muerto a Castro, incrementó aún más el interés por conocer por dónde andaban los «barbudos» y qué hacían. Pero durante buena parte de 1957, el poder real de los guerrilleros fue muy limitado, hasta que pudieron consolidar una posición en la Sierra Maestra y conseguir los primeros apoyos de los campesinos. Apoyos que se irían incrementando ante una represión de la dictadura cada vez más brutal, que acabó viendo simpatizantes de la guerrilla por todas partes.

Pero Castro y su grupo no eran los únicos que trataban de derribar a la dictadura. Por ejemplo, el 13 de marzo de 1957, el Directorio Revolucionario (un grupo clandestino de estudiantes que propugnaba la revolución por la vía armada) asaltó el Palacio Presidencial para matar a Batista. Otro comando, al mismo tiempo, tomó las instalaciones de Radio Reloj (una de las emisoras más importantes del país) e interrumpió la emisión. El presidente del Directorio, José Antonio Echeverría, leyó un comunicado en el que se anunciaba que Batista había sido ajusticiado y se llamaba al pueblo a echarse a la calle y tomar las armas. Solo se oyó el comienzo de la alocución: sin saberlo, Echeverría provocó el corte de la señal con su lectura entusiasta, ya que el transmisor estaba preparado para desconectarse automáticamente ante los ruidos demasiado altos. El asalto al Palacio fue repelido y quien murió minutos después fue Echeverría en un enfrentamiento con la policía tras abandonar la emisora (Bronfman, 2012: 39-40).

Otras organizaciones recurrieron a la radio clandestina para difundir sus mensajes, noticias censuradas por la dictadura y consignas de movilización. Fueron emisoras de vida breve, de transmisiones esporádicas y de repercusión limitada, pero denotaban una creciente agitación política. Algunas las pusieron en marcha partidarios del Movimiento 26 de Julio, como la que funcionó en Camagüey a cargo de Jorge Enrique Mendoza, que luego sería editor del *Granma*, o la identificada como Radio Libertad que emitía desde Bayamo. Otras pertenecían a seguidores de otros grupos antibatistianos cuyos intereses podían congeniarse con los del M-26-7. Y otras se oponían a la vez a Batista y a Castro, como una que se identificaba como La Voz de la Libertad (Soley y Nichols, 1987: 167-169 y 174). Así pues, a finales de 1957, cuando según el relato oficial el Che Guevara tuvo la idea de crear Radio Rebelde, la radio clandestina era una realidad para buena parte de los oyentes cubanos.

El indicativo de «Aquí Radio Rebelde» sonó por primera vez, como decíamos, el 24 de febrero de 1958, sobre las notas del Himno Invasor. El Ejército Rebelde tenía la fuerza militar y el apoyo social para dar cobertura a la emisora. La antena se colgó entre dos árboles para camuflarla ante las incursiones aéreas de la dictadura. El estudio se emplazó en una sala de una casa, en el alto de una loma. La planta eléctrica se escondió en el tronco de un árbol. La primera emisión duró veinte minutos.

Radio Rebelde [...] surge al espacio hoy para contribuir, sin prisa pero sin tregua, a la orientación necesaria y útil del pueblo en esta hora decisiva que vive la patria cubana —explicó su director, Luis Orlando Rodríguez—, [...] para dar a conocer a todo el pueblo de Cuba la intención verdadera de esta lucha armada, y para fomentar y proclamar la virtud

donde quiera que se la encuentre, y para juntar y amar y vivir en la pasión de la verdad, como dijera Martí⁶⁰.

Los trabajadores no eran guerrilleros, simplemente. Rodríguez había sido editor de *La Calle*, un periódico de La Habana cerrado años atrás por publicar los polémicos artículos de Fidel Castro. Los locutores, Orestes Varela y Ricardo Martínez Vítores, habían trabajado en Radio Mambí, una emisora comercial que a menudo había servido de foro para la oposición a Batista.

El transmisor tenía entonces baja potencia y la frecuencia no era la más adecuada. El Che recordaría después que los únicos oyentes de aquel día fueron un campesino cuyo bohío estaba en una loma frente al transmisor, y Fidel Castro, que estaba de visita en el campamento. El propio Castro diría años más tarde que le costó mucho trabajo sintonizarla a trescientos metros de distancia⁶¹. Pero pese a este fiasco inicial, gracias a Radio Rebelde la hasta entonces aislada guerrilla pudo hablar directamente al pueblo de Cuba sin la intermediación de la estructura clandestina urbana del M-26-7 o de otros grupos de oposición. Esa emisora, en solo unos meses, llegaría a tener más oyentes que cualquier otra radio de Cuba (Dubois, 1959: 212).

La primera confirmación de que Radio Rebelde se oía llegó desde el extranjero. Y no pasó mucho tiempo, una vez ajustadas las condiciones de transmisión. Los exiliados cubanos en Venezuela captaron una de sus primeras emisiones y decidieron amplificar en lo posible su impacto en el continente. Surgió así un puesto transmisor que adoptó el nombre de Indio Azul, y que fue el primero en integrar junto a Radio Rebelde lo que se conocería como «Cadena de la Libertad» (Martínez Vítores, 1978: 148). Además, se pusieron en contacto con Radio Rumbos y Radio Continente, de Venezuela, con Radio Caracol, de Colombia, y con La Voz de Quito, de Ecuador, y consiguieron que redifundieran el programa de la Sierra Maestra. Una docena de emisoras comerciales de Centroamérica y el Caribe llegarían a retransmitir los programas de Radio Rebelde en directo o grabados. Este sistema de redifusiones no solo ampliaba el impacto de la radio clandestina en el continente, sino también en la propia Cuba. La frecuencia de onda corta en la que transmitía se captaba mejor fuera que dentro de la isla. Además, desde el extranjero se podían recibir las emisiones sin las interferencias que practicaba la dictadura. Los programas redifundidos llegaban a Cuba con una señal limpia por múltiples frecuencias y a distintas horas, haciendo más difícil la labor de bloqueo.

La emisora transmitió desde entonces discursos, informes de batallas, poemas, mensajes personales, noticias sobre las atrocidades de la dictadura, manifiestos... y música. Porque aquella guerra revolucionaria tuvo su propia banda sonora a cargo, sobre todo, del Quinteto Rebelde, creado en torno a la radio. Los guerrilleros conocían el papel tradicional de la música para fijar en la memoria de la gente los mensajes y los acontecimientos. El Quinteto Rebelde ensalzaba el valor y el carisma de los comandantes («Fidel Castro es para Cuba / alma, vida y corazón, / porque en él está fundado / el progreso 'e la nación»); explicaba los objetivos de la revolución; alentaba a los combatientes («A las tropas del Gobierno / batiremos sin cesar, / y más tarde o más temprano / les habremos de ganar»); narraba los acontecimientos más destacados de la lucha; y dibujaba el futuro prometedor que llegaría tras la derrota de Batista («Concluirán la injusticia / y el dolor de mi Cuba, / concluirán los tormentos / que les ha hecho pasar»)⁶². La experiencia la imitaría en los años ochenta Radio Venceremos en El Salvador, con los Torogoces de Morazán.

La oposición intentó forzar la caída de Batista mediante una huelga general revolucionaria,

señalada para el 9 de abril. En los días anteriores, varias emisoras clandestinas además de Radio Rebelde difundieron la convocatoria y las distintas formas de participación. Se aconsejaba a los oyentes tener a mano provisiones para varios días, abandonar los centros de trabajo y no volver a ellos hasta que la tiranía fuera derrocada, escuchar las directrices del M-26-7 por sus emisoras de onda larga y corta, no subir a autobuses conducidos por policías o esquirolas... (Dubois, 1959: 243). Radio FON, la voz del Frente Obrero Nacional (la organización laboral del Movimiento 26 de Julio), pedía a los potenciales huelguistas que paralizaran las comunicaciones telegráficas y telefónicas. Estaba también Radio Cuba Libre, que emitía desde Venezuela, convertida en el mayor centro de los exiliados antibatistianos. Se ocuparon además temporalmente algunas emisoras comerciales (Soley y Nichols, 1987: 172-173).

Aquella huelga tenía también una lectura en clave interna: el liderazgo de Castro aún no era indiscutido en el M-26-7, así que los sectores urbanos esperaban que una insurrección de masas en las ciudades restara protagonismo a la estrategia guerrillera del «comandante». La represión policial, la censura informativa, la falta de preparación y la desunión entre los convocantes hicieron del 9 de abril un serio revés para la oposición. Un periodista marxista extranjero, simpatizante de la revolución en Cuba, recordó a los rebeldes que «las huelgas no pueden hacerse a la ligera simplemente convocando a la gente desde la radio» (Quirk, 1995: 176). Pero Fidel Castro aprovechó la coyuntura para afianzar su control sobre el M-26-7. Fracasados los del llano, le tocaba el turno a la lucha armada.

Entre sus primeras medidas estuvo trasladar Radio Rebelde a su campamento en La Plata — hasta entonces había estado en el del Che Guevara en La Mesa— y cambiar a su director, llamando al periodista Carlos Franqui, que se encontraba exiliado en Florida. De Miami se enviaron también nuevos equipos para aumentar la potencia de emisión y se extendieron las horas de programación. El 14 de abril, Castro habló por primera vez a través de la emisora. Explicó las razones del fracaso de la huelga y las tareas de los revolucionarios a partir de ese momento. Las dotes de orador de Castro, ya demostradas con anterioridad, serían uno de los principales atractivos de Radio Rebelde. En el terreno organizativo, la estructura del M-26-7 en el llano quedaría definitivamente supeditada a las necesidades de la guerrilla.

Batista creía que tenía la victoria al alcance de la mano. Desarticulado el movimiento en el llano, solo quedaba aplastar al grupo de guerrilleros de la Sierra Maestra. Contra ellos desató el 6 de mayo lo que llamó ofensiva «cerco y aniquilamiento». Las tropas de Batista llegaron a estar a solo unos kilómetros de la Comandancia General de la guerrilla. Fue en ese momento cuando Castro dio la orden de volar Radio Rebelde si caía el frente y de transformar las columnas en guerrillas errantes si finalmente sus fuerzas eran copadas. Las tropas de Batista tenían también a la emisora como un objetivo central, por su importancia estratégica. Se la intentó destruir con intensos bombardeos, pero sin éxito. En paralelo, el régimen de Batista intensificó las interferencias y recurrió a otra técnica habitual: la propaganda negra. Una emisora empezó a transmitir en la frecuencia de Radio Rebelde, imitándola para confundir (Dubois, 1959: 242).

Por número de soldados y por potencia de fuego, parecía imposible que los guerrilleros resistieran. Pero lo hicieron. Contaban con tres ventajas: el terreno (unas montañas aptas para la guerra de guerrillas y para la lucha defensiva), la moral (unos soldados que luchaban por algo en lo que creían, lo que resultaba más decisivo cada día que pasaba frente a la desmoralización creciente de las tropas de Batista) y la capacidad estratégica de sus líderes (tanto en la

conducción de la lucha como en el tratamiento a los soldados enemigos). Y, frente a la propaganda oficial del Gobierno, Radio Rebelde era una prueba diaria de que la guerrilla seguía combatiendo. En agosto, Batista ordenó la retirada. Fidel Castro se puso ante el micrófono de Radio Rebelde para dar un informe detallado sobre la batalla que acababa de librarse. Un informe tan detallado, de hecho, que tuvo que dividirlo para radiarlo en dos partes, el 20 y el 21 de agosto.

La emisora se escuchaba ya de forma masiva en Cuba. A medida que los éxitos militares acompañaban a la habilidad propagandística, el Movimiento 26 de Julio se convertía en la fuerza claramente predominante dentro de la oposición a Batista. Era el único que plantaba cara de forma eficaz y constante a la dictadura, el que atraía mayor atención nacional e internacional, el que tenía el medio de difusión más potente... El único, en definitiva, que parecía suponer una alternativa real. Otras fuerzas políticas podían tener visiones distintas sobre el futuro de Cuba, pero en aquel momento la imagen de la libertad para buena parte de la población cubana era la de Fidel Castro. Y, más que la imagen, la voz, una voz que se iba haciendo mítica. A medida que Castro emergía como ese foco militar y político de la oposición, más y más gente escuchaba su emisora. Recíprocamente, la creciente popularidad de Radio Rebelde asentaba el estatus de Castro como líder de la revolución (Soley y Nichols, 1987: 174).

La audiencia se correspondía con el prestigio. Radio Rebelde era una emisora parcial, de uno de los contendientes en la lucha. Pero los testimonios de la época afirman que para muchos cubanos resultaba más creíble que los medios de comunicación oficiales. Por esa razón, cada vez más emisoras comerciales de América Latina difundían sus programas.

Radio Rebelde ajusta sus noticias a la más estricta verdad —decía el lema de la emisora—. Nuestras bajas no las ocultamos porque son bajas gloriosas. Las bajas del enemigo no las exageramos porque con mentiras no se defiende la causa de la libertad, ni se destruyen las fuerzas enemigas. Y porque, además, los hombres que caen frente a nosotros son también cubanos a quienes un régimen tiránico y odioso está sacrificando en aras de una imposible y vergonzosa causa (Martínez Vítores, 1978: 335).

Aumentó la compra de receptores con onda corta. La policía de La Habana ordenó a los comerciantes de radios que informaran del nombre de todos los que compraran una (Quirk, 1995: 183-184).

Llegó entonces el momento del contraataque. Fidel Castro quiso probar a expandir la actividad de las guerrillas más allá de la Sierra Maestra, ampliar los territorios bajo control del Ejército Rebelde. Había que aprovechar la coyuntura, no dejar que las tropas de Batista se repusieran de la derrota. La orden se hizo pública —tal vez un desafío— por Radio Rebelde el 25 de agosto. El Che Guevara y Camilo Cienfuegos serían los encargados de los nuevos movimientos de tropas. Su objetivo era dividir la isla en dos y preparar el ataque a la estratégica ciudad de Santa Clara, llave del camino a La Habana. Los hermanos Castro seguirían en el oriente de la isla para preparar el ataque a Santiago de Cuba.

Y con las columnas en marcha también se expandió Radio Rebelde. Castro dio orden de que allí donde fuera posible se estableciera un transmisor de radio. La Cadena de la Libertad llegó a tener treinta y tres emisoras clandestinas en Cuba y cuatro en el extranjero: dos en Venezuela, una en México y otra en Miami. El investigador Lawrence C. Soley la definió como «la operación de radio clandestina más sofisticada del hemisferio occidental» (Soley y Nichols, 1987: 163). Eran emisoras no solo del Movimiento 26 de Julio, sino de otras organizaciones que

actuaban en la región central de Cuba y con las que el M-26-7 coordinó sus acciones, aunque tras algún tira y afloja. Radio Rebelde emitía por entonces cuatro horas diarias, con una calidad y diversidad de programación inimaginable cuando salió al aire solo unos meses atrás.

Las nuevas emisoras no solo ampliaban la cobertura de la señal de Radio Rebelde, sino que permitían conocer el desarrollo de la guerra en las distintas regiones de Cuba, y eran el principal canal de comunicaciones entre los distintos frentes y la Comandancia General. Ahora bien, Radio Rebelde como medio de comunicación de masas siguió funcionando de forma bastante centralizada. Las emisoras de las columnas solían transmitir las noticias a la Sierra Maestra mediante comunicaciones internas punto a punto para que allí el equipo las reelaborara y las pusiera en antena, pero pocas veces esas emisoras salían al aire directamente.

En diciembre, en vísperas ya de la victoria, Radio Rebelde participó en una ingeniosa campaña de concienciación popular, que burló la censura de la dictadura. Agentes de propaganda de la clandestinidad urbana colocaron anuncios en los periódicos y revistas más importantes de La Habana preguntando simplemente «¿Qué es 03C?». Parecía la campaña de anticipación para el lanzamiento de un producto comercial, y así se lo hicieron creer los agentes de propaganda a los editores de la prensa y a los censores del Gobierno. Para ello, crearon fotos de una falsa loción para el cabello cuyo supuesto eslogan sería «Cero caspa, cero canas, cero calvicie». Sin embargo, cuando la expectación ya estaba creada, Radio Rebelde anunció que la campaña tenía un significado bien distinto: no pretendía animar al consumo sino, precisamente, a todo lo contrario. Las Navidades se acercaban, pero no había nada que celebrar cuando la Patria estaba de luto por la guerra. Así que 03C significaba «Cero cine, cero compras, cero cabaret». Era la consigna de la dignidad, de la vergüenza. Los locutores de Radio Rebelde, cuya audiencia ya era masiva, difundieron a dos voces unas décimas para popularizar la consigna, que también aparecieron impresas en octavillas. La que incitaba a no ir al cine decía: «Cuando en torpe indiferencia / dices que estás aburrido, / otro cubano ha caído / cumpliendo con su conciencia. No niegues tú la existencia / de la lucha en tu vivir. / Ya te podrás divertir, / pero hoy la sangre conmina. / Cuando el tirano asesina, / ¿a qué cine vas a ir?». Y las otras eran del mismo tenor: «Cuando por placer mundano / vas una noche de fiesta, / en nuestra gloriosa gesta / está muriendo un cubano...» (Martínez Vítores, 1978: 362-363).

Radio Rebelde desempeñó su papel más decisivo en la última fase de la lucha. Desde finales de noviembre, el transmisor empezó a desplazarse junto con las tropas de los hermanos Castro. Fueron días de emisiones continuadas ante unos acontecimientos vertiginosos. Las tropas de Guevara entraron en Sancti Spiritus en Nochebuena, y el 28 iniciaron el ataque a Santa Clara. Cada ciudad con radio que caía en poder de los guerrilleros era un altavoz más para Radio Rebelde, que iba sumando frecuencias. El clima general era de victoria para los revolucionarios. Las tropas de la dictadura se rendían en masa. El 29, Castro ordenó instalar Radio Rebelde en Palma Soriano, a las puertas de Santiago de Cuba.

Y con el año nuevo, Batista huyó. Las noticias fueron confusas durante horas. Con el apoyo de Estados Unidos, algunos miembros moderados de la dictadura constituyeron un Gobierno militar para adelantarse a los revolucionarios. La opinión pública en Cuba podía aceptar esta acción como una solución responsable a los problemas del país. Si la maniobra salía bien, el triunfo se le podía escapar a los revolucionarios cuando ya lo acariciaban con las yemas de los dedos. Todo dependía de la audacia de cada una de las partes en esos minutos decisivos.

Poco después de las nueve de la mañana de aquel 1 de enero, Castro pronunció ante el micrófono de Radio Rebelde uno de sus discursos más recordados, para advertir de que el golpe blando era una mascarada lampedusiana. Tras indicar a sus tropas que debían proseguir sus operaciones militares hasta nueva orden, y pedir al pueblo que solo atendiera las instrucciones emanadas de la Comandancia General revolucionaria, Castro clamó:

Golpe militar de espaldas al pueblo y a la Revolución, ¡no!, porque solo serviría para prolongar la guerra. Golpe de Estado para que Batista y los grandes culpables escapen, ¡no!, porque solo serviría para prolongar la guerra [...]. Escamotearle al pueblo la victoria, ¡no!, porque solo serviría para prolongar la guerra hasta que el pueblo obtenga la victoria total⁶³.

Por último, Castro llamó al pueblo a movilizarse para rechazar el golpe. Y esta vez, la huelga general fue un éxito y con ella el triunfo de la revolución. Desde el punto de vista de Guevara, la teoría del foco se mostraba en toda su potencia: las masas, inspiradas por el ejército guerrillero, complementaban su acción y se convertían en un actor decisivo del éxito. Mientras Fidel Castro entraba en Santiago de Cuba, las avanzadillas de las tropas revolucionarias lo hacían en La Habana y ocupaban los centros del poder. Castro llegó a la capital el 8 de enero. Según escribió un cronista, su recibimiento fue apoteósico.

Era reverenciado, idolatrado y admirado. Allá donde fuera lo seguían multitudes. Hombres, mujeres y niños rogaban poder vislumbrarlo. Querían verlo, tocarlo. Había emergido de repente desde el territorio de la guerrilla en la Sierra Maestra, donde la única oportunidad que tenía de hablar al público era a través de un micrófono de Radio Rebelde escondido en una cueva, a las plazas y edificios públicos de las ciudades. Había adquirido una audiencia tanto nacional como internacional, y ambas estaban atentas con impaciencia a cada una de sus palabras (Dubois, 1959: 365-366).

Los revolucionarios se incautaron de las propiedades del dictador en fuga. Entre ellas, la cadena CNC (Circuito Nacional Cubano), en cuya sede de La Habana se instaló Radio Rebelde el 12 de enero. Muy pronto empezaron los juicios contra los miembros más sanguinarios de la policía y el ejército de Batista, y las confiscaciones de tierras y empresas a quienes colaboraron con la dictadura. Muy pronto comenzaron las dudas, los rechazos, la hostilidad de quienes no compartían el nuevo rumbo del país. Muy pronto empezó a hablarse —en sordina— de antiguos revolucionarios que caían en el lado de la traición, de la contrarrevolución, por el hecho de no estar de acuerdo con el Gobierno. Muy pronto, la radiodifusión clandestina iba a cambiar de bando.

CUBA: LA RESPUESTA ESTADOUNIDENSE

Los revolucionarios no esperaron para actuar cuando llegaron al poder. Guatemala les había enseñado dos cosas: la primera, hasta dónde podía llegar Estados Unidos para defender los intereses de sus empresas y para alejar el fantasma del comunismo; la segunda, «la importancia de golpear decisivamente a los opositores antes de que pudieran recabar apoyos del exterior» (Cullather, 1999: 113). «Al que asome la cabeza, duro con él, Fidel», cantaba ya en 1960 Carlos Puebla, portavoz musical de la revolución, y añadía: «Quien piense seguir aquí, / conspirando a todo tren, / que recuerde por su bien / que el paredón sigue ahí». La revista *Time* informó de que, en sus primeros cien días, Castro ejecutó a casi quinientas personas (Walsh, 2011).

El problema con el que se encontraban Fidel Castro y los suyos para sostener su análisis de la

realidad era que entre esos opositores no solo se incluían los antiguos partidarios de Batista y los perjudicados por las medidas económicas revolucionarias. Pronto se sumaron los miembros de otros grupos que habían competido con el Movimiento 26 de Julio por derribar la dictadura, y los del propio M-26-7 que defendían una transformación más lenta y moderada de las estructuras y en consecuencia desaprobaban el rumbo del Gobierno cada vez más inclinado hacia el comunismo. Esa oposición dispersa pronto entró en contacto con Estados Unidos para pedir ayuda. Washington la alentó y la financió porque convenía a sus intereses políticos y económicos, pero no se la inventó, pese a que la propaganda castrista ha hablado siempre de una oposición «made in USA». Otra cosa es plantearnos la importancia real de esa oposición autóctona, su apoyo popular o sus posibilidades prácticas de acción.

Tras su intento fallido de controlar la situación ante la huida de Batista, Washington reconoció al Gobierno revolucionario. Para la izquierda cubana, Estados Unidos había impedido un desarrollo real de la isla desde su independencia de España, pues la había convertido en una combinación de casino y cabaret a gran escala, además de en una proveedora de materias primas económicamente dependiente. Batista, desde este punto de vista, había sido el último títere encargado de asegurar ese *statu quo*. Por eso Washington nunca había protestado ante la represión y las violaciones de la dictadura a los derechos humanos. En octubre de 1958, desde Radio Rebelde, Fidel Castro había realizado una declaración que los hechos corroborarían.

Bueno es advertir que Cuba es un país libre y soberano; deseamos mantener con los Estados Unidos las mejores relaciones de amistad. No queremos que entre Cuba y los Estados Unidos surja nunca un conflicto que no se pueda resolver dentro de la Razón y el Decoro de los Pueblos. Pero, si el Departamento de Estado americano [...] incurre en el error injustificable de llevar a su país a un acto de agresión contra nuestra soberanía, la sabremos defender dignamente (Dubois, 1959: 324).

El 17 de mayo de 1959, el Gobierno de Cuba promulgó una ley de reforma agraria que expropiaba grandes extensiones de tierra de propietarios cubanos y estadounidenses. Entre estos, y de forma muy destacada, se encontraba de nuevo la United Fruit Company. La ley no solo pretendía mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los arrendatarios y jornaleros del campo, sino consolidar el apoyo interior al nuevo régimen. Pero la medida

trajo consigo una espiral de sanciones económicas estadounidenses, asistencia soviética para llenar ese vacío, posteriores represalias cubanas contra los intereses norteamericanos, medidas adicionales de Estados Unidos, etc. [...]. Estas condiciones, combinadas con la proximidad geográfica de ambos países, la presencia de una vasta comunidad de exiliados cubanos en el sur de Florida y el nivel relativamente alto de desarrollo y la amplia penetración de la radio en Cuba propiciaron la más intensa actividad radiofónica clandestina en la historia del hemisferio (Soley y Nichols, 1987: 177).

Washington también había aprendido —o creía haberlo hecho— algunas cosas de Guatemala. Pensaba tener la receta mágica para revertir cualquier situación peligrosa sin mancharse demasiado las manos. Así que, mientras se incrementaba la tensión en las relaciones bilaterales y en los ámbitos internacionales, la administración Eisenhower dio luz verde a la estrategia de desestabilización encubierta para Cuba. El 17 de marzo de 1960, el presidente aprobó un programa propuesto por la CIA, basado en cuatro puntos: la creación de una oposición política anticastrista unificada, el lanzamiento de una ofensiva propagandística para minar el respaldo popular de Castro, el apoyo a actividades clandestinas dentro de Cuba y la preparación de una fuerza paramilitar entre los exiliados que en el futuro realizaría acciones guerrilleras con el necesario apoyo aéreo. Se iniciaba la operación JMARC. «No era una copia de la Pbsuccess, sino

una estructura mejorada en torno a los elementos que se habían considerado efectivos en Guatemala: la radio, la fuerza aérea y un ejército insurreccional» (Cullather, 1999: 110).

Las siguientes decisiones caían por su propio peso: se situó al frente de la operación al mismo equipo que había derrocado a Árbenz. Entre los elegidos estaba de nuevo David Atlee Phillips como encargado de las emisiones radiofónicas. A su experiencia en Guatemala, Phillips unía el haber dirigido hasta hacía poco tiempo una empresa de relaciones públicas en La Habana. Eso sí, los planificadores creían que harían falta al menos seis meses, y no seis semanas como en Guatemala, para socavar la confianza de la población en Castro, ya que la audiencia radiofónica cubana era más sofisticada (Walsh, 2011). La base aérea de Opa-Locka fue otra vez el centro de mando. Y la United Fruit volvió a prestar su estrecha colaboración a la CIA. ¿Qué podía salir mal? En el cuartel general de la Agencia reinaba un ambiente triunfalista. Al parecer, Phillips llegó a decir una noche: «La única diferencia entre el manejo de esta situación y la de Guatemala es que esta vez nuestros chicos entrarán por mar y la última vez tuvieron que cruzar la frontera por tierra. Pero, por lo demás, será igual de fácil» (Blight y Kornbluh, 1999: 42).

La isla de Swan, frente a las costas de Honduras, fue durante mucho tiempo una estación repetidora en las radiocomunicaciones de la United Fruit. Si en 1954 se instaló allí un transmisor de reserva para Radio Liberación, ahora se la eligió como el punto principal para la guerra psicológica. La labor más urgente era localizar un transmisor con la suficiente potencia. Se halló uno adecuado en Alemania, propiedad del ejército norteamericano, que estaba a punto de cederlo a La Voz de América (la emisora oficial exterior de Estados Unidos). La CIA convenció a los militares para desviarlo a Swan. Personal de la Marina ayudó a trasladarlo e instalarlo. Todo estuvo dispuesto para que Radio Swan saliera al aire el 17 de mayo de 1960, según el calendario previsto.

Pero la ayuda abierta de los militares obligó a la CIA a alterar sus planes. La idea inicial era crear una estación clandestina, como en Guatemala, pero desde la Marina dijeron que sería difícil dar explicaciones si se conocía su intervención en una operación de esas características. Así que se decidió dar a Radio Swan la apariencia y la cobertura de una emisora comercial. De hecho, contrataron publicidad empresas como Coca-Cola, Colgate o Pan American, que habían perdido mucho dinero con las expropiaciones y nacionalizaciones de la revolución cubana (Walsh, 2011). Como propietaria legal aparecía la Gibraltar Steamship Corporation, una empresa tapadera de la CIA cuyo presidente era Thomas Dudley Cabot, antes director de la United Fruit y de la Oficina de Asuntos de Seguridad Internacional en el Departamento de Estado norteamericano (Soley y Nichols, 1987: 178). Al parecer, la CIA planeó instalar transmisores adicionales en Bahamas y en un barco anclado fuera de las aguas territoriales de Cuba, pero la idea no se puso en práctica (Schoultz, 2009: 117).

La programación —que podía captarse en onda media y corta— mezclaba música, seriales, religión, noticias y proclamas políticas. Los programas los grababan en Nueva York o en Miami agentes de la CIA o los grupos de exiliados financiados por ella, y luego se enviaban a Swan para su transmisión (como en Guatemala, al principio). Pero una radio comercial no parece la forma más deseable de respaldar una acción encubierta. La única forma de salvar el escollo y guardar las apariencias era que Radio Swan vendiese tiempo de emisión a grupos del exilio cubano: «organizaciones de trabajadores, estudiantes, mujeres, dos publicaciones del exilio, dos radios del exilio y varios grupos políticos»⁶⁴. En Radio Swan se oyó a conocidos periodistas y

locutores cubanos y a los líderes políticos más importantes que vivían exiliados en Estados Unidos. Esa pluralidad causó problemas bien pronto. Para conseguir la oposición unificada que se necesitaba se había creado, con la tutela de la CIA, el Frente Revolucionario Democrático, integrado en principio por cinco organizaciones. Pero no había una sola voz en la radio. Como reflejó un informe posterior de la CIA, las disputas entre los grupos de exiliados repercutieron de forma negativa en las emisiones.

Hacia finales de 1960, la efectividad de Radio Swan empezó a disminuir. Aunque aún gran número de cubanos oían la emisora, su credibilidad y su reputación empezaron a sufrir como resultado de declaraciones que representaban los intereses egoístas de los grupos de cubanos que producían los distintos programas. En primer lugar, esos grupos parloteaban mucho sobre sus actividades en Miami y la dura lucha que llevaban a cabo desde el Biscayne Boulevard⁶⁵. Naturalmente, los cubanos que sufrían bajo la dictadura de Castro dentro de Cuba estaban resentidos por esto. En segundo lugar, los programas se convirtieron en una plataforma donde las ambiciones políticas individuales de los exiliados cubanos en Miami se exponían a los otros cubanos en Miami, olvidando el fundamental objetivo de la audiencia dentro de Cuba. Finalmente, cada programa luchaba contra los otros por las exclusivas. A medida que pasaba el tiempo y que los cubanos se daban cuenta de que sus fuentes de información no eran mejores que las de sus demás compatriotas, los productores de los programas empezaron a exagerar para dar a sus transmisiones un toque de sensacionalismo. Hacían afirmaciones que eran mentiras evidentes para sus oyentes. Un ejemplo: uno de los locutores dijo que había tres mil rusos en un parque en Santiago de Cuba. Los residentes solo tenían que caminar hasta el parque para ver que no era verdad⁶⁶.

Según la CIA, Radio Swan no solo se oía en Cuba, sino en todo el Caribe. Para comprobarlo, en marzo de 1961 sus gestores realizaron un sencillo experimento: ofrecieron enviar un bolígrafo a cualquier oyente que escribiera a la emisora. Llegaron casi tres mil cartas de 26 países, y entre ellos —como se esperaba— de Cuba⁶⁷. Al tiempo que la interfería, el Gobierno de Cuba protestó contra las transmisiones, además de contra otros actos de «agresión» estadounidense. Lo hizo el propio Fidel Castro, ante la Asamblea General de la ONU, el 26 de septiembre de 1960. Dijo que Estados Unidos se había «apoderado *manu militari*» de la isla de Swan, que pertenecía a Honduras. «Violando los convenios internacionales de radio, ha establecido una potente emisora de radio, que ha puesto en manos de los criminales de guerra y de los grupos subversivos que mantiene en este país»⁶⁸. El Gobierno de Estados Unidos refutó esas acusaciones el 14 de octubre con una verdad a medias.

Hay una emisora privada en la isla, dirigida por la Gibraltar Steamship Company —se afirmaba, ocultando la paternidad de esa compañía—. El Gobierno de Estados Unidos comprende que esta emisora ofrece programas en español que se oyen en Cuba, y que se ha comprado algún tiempo de emisión por parte de refugiados políticos cubanos (Schoultz, 2009: 136).

Radio Swan fue la más importante, pero no la única emisora que intentó crear un clima favorable al derrocamiento de Castro. Uno de los grupos que integraron el FRD fue Rescate Democrático Revolucionario, que creó la emisora Radio Cuba Independiente. Transmitía tres horas al día desde un barco frente a las costas de Cuba, aunque los programas se grababan también en Miami. La Voz de Cuba Libre, probablemente instalada en Puerto Rico, transmitía contenidos más moderados. También se oyeron algunas emisoras clandestinas dentro de Cuba, aunque de forma muy irregular. Y luego había emisoras comerciales en Estados Unidos, Guatemala, República Dominicana y Venezuela, de algún modo vinculadas a la CIA o en las que la Agencia compró tiempo de emisión para difundir propaganda anticastrista (Schoultz, 2009: 117; Soley y Nichols, 1987: 180-181). Y otros transmisores en el Caribe esperaban a que la invasión se pusiera en marcha para empezar a emitir (Walsh, 2011).

En la primavera de 1961, la situación no era la más óptima, desde luego, aunque todo estaba aún por decidir. La fuerza paramilitar se entrenaba en campamentos instalados en Guatemala bajo supervisión directa de la CIA, que en octubre del año anterior había introducido una alteración fundamental en su plan de acción: en lugar de una infiltración guerrillera, los exiliados realizarían una invasión convencional a la isla. Entretanto, las tensiones en el FRD, el supuesto Gobierno en el exilio, habían acabado por dinamitarlo a comienzos de año. Fue sustituido por el Consejo Revolucionario de Cuba, que tendría igual falta de efectividad real. Dentro de la isla había habido guerrillas combatiendo sobre todo en el Escambray, pero a esas alturas comenzaban a desintegrarse por falta de coordinación y de suficiente apoyo exterior. Y, como hemos visto, la credibilidad de Radio Swan descendía a pasos agigantados. Un miembro de la clandestinidad cubana entrevistado por la CIA dos meses después de la invasión afirmó que, debido a sus mentiras y exageraciones, la mayoría de la gente en Cuba había dejado de escucharla desde hacía mucho tiempo (Quirk, 1995: 369). Por si fuera poco, en enero había asumido el poder en Washington un miembro joven del Partido Demócrata que tal vez querría dar a la lucha contra el comunismo un enfoque distinto al de su predecesor: John F. Kennedy. De hecho, el presidente hizo durante el mes de marzo nuevas modificaciones sustanciales al plan de invasión.

Pese a todas estas dificultades, sin embargo, los informes de la CIA seguían cargados de confianza en el éxito de la operación y —lo que resultaría aún más grave— pretendían infundir esa misma confianza a los departamentos del Gobierno que se mostraban más escépticos. La Agencia estimaba en marzo que menos del veinte por ciento de los cubanos apoyaban a Castro, entre otras cosas —así se lo transmitieron sus agentes al secretario de Estado, Dean Rusk— porque las emisiones de Radio Swan habían estimulado la desafección en la isla (Schultz, 2009: 151).

Pero, contradiciendo su propio diagnóstico, a finales de marzo, la CIA decidió controlar Radio Swan de forma directa. No podía permitir que continuara la descoordinación mientras la emisora intentaba proporcionar apoyo táctico a las fuerzas paramilitares cuando llegase la invasión. Así que se decidió clausurar todos los programas. El gerente de Radio Swan comunicó por carta esta decisión a sus responsables el 27 de marzo. De inmediato se puso en antena una nueva programación, con más horas de emisión, con noticias más controladas y con la función explícita de «ayudar a quienes luchaban contra Castro en Cuba»⁶⁹. David Atlee Phillips y los suyos empezaron a transmitir entonces una corriente continua de mensajes confusos y sin sentido, simulacros de comunicaciones en código cuyo único objetivo era poner nervioso al Gobierno de Castro y descomponer sus posibles planes de resistencia: «¡Alerta! ¡Alerta! ¡Miren bien el arco iris! ¡Miren bien el arco iris! ¡El pez se alzaré muy pronto! ¡El pez se alzaré muy pronto! Chico está en casa. ¡Visítenlo! ¡El cielo está azul! ¡Por favor, fíjense en el árbol! ¡El árbol es verde y marrón!». Un reportero del *Miami Herald*, tras hablar con cubanos anticastristas, escribió que aquellos mensajes significaban que la invasión estaba a punto de producirse (Quirk, 1995: 369).

Así se llegó al 17 de abril, cuando los mil quinientos hombres de la conocida como Brigada de Asalto 2506 desembarcaron en la Bahía de Cochinos, en el sur de Cuba. El plan era controlar la zona, declararla territorio liberado, hacer venir de Miami al Consejo Revolucionario y reclamar formalmente la ayuda militar de Estados Unidos, cuyo apoyo debería ocultarse a conciencia hasta entonces. Radio Swan comunicó la noticia en su primer boletín de guerra, a las

cinco y cuarto de la madrugada. En las horas siguientes informaría de que los «patriotas cubanos en las ciudades y en las montañas» habían empezado a luchar para liberar a su patria de la «cruel opresión del comunismo internacional». Según «fuentes fiables» —aseguraba la emisora—, los libertadores avanzaban en todos los frentes, las milicias castristas habían entrado en pánico, algunas unidades se habían amotinado y ejecutado a sus oficiales, otras se rendían en masa, y tanto Fidel Castro como sus consejeros cubanos y extranjeros más próximos intentaban abandonar el país. Radio Swan llamaba a los cubanos a luchar contra la «tiranía comunista del desequilibrado Fidel Castro y de sus miserables cómplices». Se aconsejaba a la gente ocupar posiciones estratégicas, «tomar prisioneros o disparar a los que se nieguen a obedecer vuestras órdenes» (Quirk, 1995: 370).

La realidad era que todo estaba saliendo mal, que el apoyo popular que esperaban no aparecía por ninguna parte (ni siquiera en los pueblos que se llegaron a controlar), que las milicias y el ejército regular de Cuba avanzaban para recuperar el escaso terreno perdido, y que al terminar ese mismo 17 de abril se preveía el inminente y estrepitoso fracaso de la operación. Para evitarlo, el 18 de abril la CIA pidió a Kennedy el apoyo de aviones estadounidenses, pero el presidente se negó. Radio Swan continuaba anunciando el fin de la dictadura comunista de los hermanos Castro y del Che Guevara. No solo el ejército —decía la emisora—, sino cada cubano debía cooperar con los «bravos soldados» de la liberación combatiendo al «comunismo ateo» y paralizando el funcionamiento del régimen. Por ejemplo, se pedía a los habitantes de La Habana que encendieran todas sus luces y sus aparatos eléctricos para colapsar los generadores de la ciudad. Pero pocos en la isla oían, y muchos menos aún creían ya a esas alturas, los «ineptos esfuerzos de la CIA para derrocar el régimen por medio de la maquinaria de propaganda», como afirmó un investigador norteamericano (Quirk, 1995: 372-373).

Al anochecer del 19 de abril, casi todos los miembros de la 2506 estaban muertos o capturados, Castro había reforzado su poder y su prestigio en la isla y ante el mundo había infligido a Estados Unidos una derrota indirecta, pero total, y ello pese a que una de las obsesiones de Kennedy fue siempre que la implicación de su país en la operación se notara lo menos posible. La receta no había sido tan mágica, a la postre. Radio Swan informó de que a los «luchadores por la libertad» los había detenido el armamento comunista, pero que muchos habían logrado unirse a los grupos de resistencia en las montañas. Luego, moderó su tono y durante un tiempo se evitaron los contenidos que incitaran a alzarse al pueblo de Cuba.

Un elemento del debate posterior sobre aquel fiasco fue el papel asignado a Radio Swan, que había sido la némesis de Radio Liberación. Algunos historiadores sostienen que «la CIA infravaloró escandalosamente el apoyo popular en Cuba hacia Castro y sobrevaloró su habilidad para “crear el clima psicológico adecuado” que causaría el desmoronamiento del régimen cuando la pequeña fuerza exiliada desembarcara en Bahía de Cochinos». En cambio, los responsables de aquella operación afirmaron siempre que «la CIA nunca contó con un levantamiento popular en Cuba y que las transmisiones clandestinas se destinaban tan solo a confundir a los partidarios de Castro y a crear ansiedad en la población en general» (algo que ni siquiera parece que se lograra). Desde este punto de vista, si fracasó la invasión no fue por errores en la operación psicológica o militar de la CIA sino, ante todo, por la falta del apoyo aéreo suplementario que se había pedido. Si tenemos en cuenta la importancia concedida a la radio tras el derrocamiento de Árbenz y que fue un elemento invariable en la estrategia contra la dictadura castrista, parece

lógico pensar que la CIA no le asignó un papel secundario. En cualquier caso, los documentos desclasificados muestran a las claras que tanto Eisenhower como Kennedy «otorgaron gran confianza a la capacidad de Radio Swan y de otras actividades de propaganda para minar el apoyo popular a Castro antes de la invasión» (Soley y Nichols, 1987: 181).

En respuesta a esa campaña radiofónica, el Gobierno de Castro intensificó también su propaganda exterior. Tras la invasión de Bahía de Cochinos surgió Radio Habana Cuba, el servicio oficial en onda corta. Además, distintas emisoras cubanas como Radio Mambí o Radio Progreso ofrecieron espacios a grupos de exiliados que residían en ese país. Su objetivo era sobre todo las otras naciones del Caribe, como la República Dominicana gobernada por el general Trujillo. Pero desde Cuba se emitió también un programa llamado Radio Free Dixie, que alentaba la rebelión violenta de los negros en Estados Unidos, en plena lucha por los derechos civiles (Soley y Nichols, 1987: 182).

Con Bahía de Cochinos no acabó la guerra encubierta de Estados Unidos contra Cuba. Solo se cambiaron los medios. La nueva operación, con el nombre en clave de MONGOOSE (Mangosta), se aprobó en noviembre de 1961 y fue la más amplia en la historia de la CIA. Desde ese año hasta 1968, aproximadamente 700 funcionarios de la Agencia dirigieron a miles de «soldados» cubanos exiliados que realizaron incursiones militares, sabotajes, intentos de asesinato (incluyendo varios contra Castro), desestabilización económica y, por supuesto, propaganda.

Radio Swan, desacreditada, se reconvirtió. Pasó a emitir con el nombre de Radio Americas y bajo una nueva propiedad, la de la Vanguard Service Corporation, otra empresa tapadera de la CIA en Miami. Sus programas, según un informe de la CIA, estaban «escritos y grabados por exiliados cubanos que trabajaban bajo la supervisión y el control de la Agencia». En ellos, y en las demás formas de propaganda dirigidas hacia Cuba, «se continuaría animando a realizar acciones de riesgo bajo, simples sabotajes, y otras formas de resistencia activa y pasiva». Estas emisiones se complementaban con las de distintas radios comerciales. A finales de 1961, la CIA apoyaba programas anticastristas en no menos de sesenta emisoras de toda América Latina y tres de Florida. Algunos de ellos simulaban ser «emisiones de guerrillas cubanas desde dentro de Cuba». A mediados de 1962 se empezó a financiar una potente emisora con sede en Boston, la WRUL, cuyo principal propósito era «animar a la resistencia contra Castro y advertir a otros países latinoamericanos sobre los peligros del comunismo» (Schoultz, 2009: 400).

Sin embargo, solo unos años después, el problema cubano pasó a un segundo plano. En 1968, la Casa Blanca ordenó suspender las acciones encubiertas. Radio Americas salió del aire el 15 de mayo de ese año. El programa de La Voz de América «Cita con Cuba» terminó en 1974. La atención de la política exterior norteamericana y sus recursos militares y económicos se concentraban en otro foco de preocupaciones: el sudeste asiático.

⁴⁷ Radio Nacional de Colombia, programa «Historias de onda larga: la radio de los destrozos», escuchado en www.senalmemoria.gov.co.

⁴⁸ Radio Nacional de Colombia, programa «Historias de onda larga: la radio de los destrozos», escuchado en www.senalmemoria.gov.co.

⁴⁹ Radio Nacional de Colombia, programa «Historias de onda larga: la horrible noche», escuchado en

www.senalmemoria.gov.co.

[50](#) Radio Nacional de Colombia, programa «Historias de onda larga: Bogotá, la Troya suramericana», escuchado en www.senalmemoria.gov.co.

[51](#) Radio Nacional de Colombia, programa «Historias de onda larga: Bogotá, la Troya suramericana», escuchado en www.senalmemoria.gov.co.

[52](#) Radio Nacional de Colombia, programa «Historias de onda larga: la horrible noche», escuchado en www.senalmemoria.gov.co.

[53](#) Radio Nacional de Colombia, programa «Historias de onda larga: la horrible noche», escuchado en www.senalmemoria.gov.co.

[54](#) Audio escuchado en el documental radiofónico *Los días rojos*.

[55](#) Audio escuchado en el programa de la serie «Historias de radio» dedicado a la clandestinidad guatemalteca.

[56](#) Audio escuchado en el archivo sonoro de Radio Nacional de España.

[57](#) Audios escuchados en el documental radiofónico *Los días rojos*.

[58](#) Testimonio de Fidel Castro en el triple disco *Aquí... Radio Rebelde*.

[59](#) Es el relato recogido por Ricardo Martínez Vítores (1978) y por Fidel Castro en el triple disco *Aquí... Radio Rebelde*.

[60](#) Testimonio de Luis Orlando Rodríguez en el triple disco *Aquí... Radio Rebelde*.

[61](#) Testimonio de Fidel Castro en el triple disco *Aquí... Radio Rebelde*.

[62](#) Disco *Aquí... Radio Rebelde*.

[63](#) Audio disponible en el triple disco *Aquí... Radio Rebelde*.

[64](#) El anexo 2 del llamado Informe Taylor (que encargó la administración Kennedy para analizar las causas del fracaso en Bahía de Cochinos) se llama «Brief history of Radio Swan». Puede consultarse, entre otros sitios, en <http://cuban-exile.com>.

[65](#) Allí estaban las oficinas del FDR.

[66](#) Anexo 2 del Informe Taylor.

[67](#) Anexo 2 del Informe Taylor.

[68](#) Discurso consultado en www.cuba.cu.

[69](#) Anexo 2 del Informe Taylor.

CAPÍTULO 8

Se incendian las junglas: guerras y radios en el sudeste asiático

CHINA: OBJETO Y SUJETO

La partida no era entre dos. El mundo bipolar de la Guerra Fría se hizo pronto más complejo, y no solo por el surgimiento de los «no alineados», ese ecléctico grupo de países que se proponían ser un contrapeso a las superpotencias, además de impulsar la independencia y el desarrollo del Tercer Mundo sometido al colonialismo. Hubo otro país que desde los años sesenta consiguió tratar de tú a tú a Estados Unidos y a la Unión Soviética: China.

El 1 de octubre de 1949, Mao Tse-Tung culminaba su «larga marcha» y en la plaza de Tiananmen proclamaba la República Popular China. Su antagonista durante más de veinte años, Chiang Kai-Shek, el líder del Koumintang, se refugiaba en la isla de Taiwán. En plena fase caliente de la Guerra Fría, cientos de millones de personas pasaban al bando comunista. El 4 de febrero de 1950, China y la URSS firmaron un tratado de amistad, alianza y asistencia mutua que hizo saltar todas las alarmas en Washington. Estados Unidos asumió unilateralmente la tarea de frenar al comunismo en la zona, ante unos viejos imperios como el francés en retirada. Estados Unidos no reconoció al Gobierno de Mao e impidió que ocupara su puesto en el Consejo General de la ONU, que siguió detentando la China nacionalista derrotada. En solo unos meses estalló la guerra de Corea, que terminó en tablas tres años después.

Pero las relaciones entre chinos y soviéticos se fueron cargando de desconfianzas y divergencias hasta llegar a la ruptura en 1960. En ella influyeron razones económicas e ideológicas. Los técnicos soviéticos se retiraron de China desconcertados ante la política del «gran salto adelante» en la que Mao había embarcado a su país: un desarrollo industrial acelerado con el que China se disponía a alcanzar el nivel de Inglaterra en quince años gracias al fervor revolucionario y a la energía sin límite de las masas, y que resultó un catastrófico fracaso. China, por su parte, criticó el «revisionismo» de Krushev —que veía como claudicación ante Occidente— y rehabilitó al denostado Stalin. Las tensiones desembocaron en conflictos militares fronterizos en la primavera de 1969. El comunismo nunca había sido en realidad un movimiento homogéneo, pero la ruptura de 1960 fue la más traumática. Mao no era un exiliado, como Trotski en los años treinta, sino un jefe de Estado dispuesto a utilizar todos sus recursos para exportar su propio modelo de revolución —el maoísmo, con su antiintelectualismo y su énfasis en las masas campesinas— y para crearse su propia área de influencia. Sin contar a Albania —el único país del bloque comunista en Europa que apoyó las tesis de Mao— y a las organizaciones autodenominadas «marxista-leninistas» que surgieron en todo el mundo, China volcó sus esfuerzos en sus países vecinos: India, Filipinas, Sri Lanka, Tailandia, Birmania, Vietnam, Camboya o Laos.

Esta ruptura la aprovechó Estados Unidos. Consciente de que no podía ganar la guerra a gran escala que estaba desarrollando en Vietnam, el Gobierno de Washington se planteó variar su

enfoque sobre los problemas del sudeste asiático. Para sorpresa de muchos, en 1971 se anunciaron negociaciones entre Estados Unidos y China. Al año siguiente, Richard Nixon —el presidente Nixon, el conservador Nixon, el anticomunista Nixon— visitó Pekín. Una ciudad que aún vivía —si bien ya amortiguada— en plena «Revolución Cultural», ese movimiento iconoclasta iniciado en 1966 contra todo lo que no fuera pensamiento maoísta, que significó «una campaña contra la cultura, la educación y la intelectualidad sin parangón en el siglo xx» (Hobsbawm, 1995: 500), y que durante una década dejó por el camino cientos de miles de víctimas.

La guerra ideológica que fue la Guerra Fría adquirió así un pragmatismo brutal. Estados Unidos permitió por fin que la China Popular ocupara su asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU. El reconocimiento diplomático no llegaría hasta 1978, dos años después de la muerte de Mao, y cuando el «nuevo rumbo» de Deng Xiaoping estaba rectificando buena parte de su legado. Pero desde 1972, ambos países formaron de hecho un bloque solo explicable por el deseo común de debilitar a la URSS. Países y partidos maoístas se enfrentaron a países y partidos de obediencia soviética con tanta saña como si fueran capitalistas. Estados Unidos apoyó a regímenes maoístas para evitar la expansión de la influencia soviética. Y, como China sentía que el «social imperialismo» soviético intentaba aislarla, buscó aproximarse al imperialismo capitalista estadounidense. Lo veremos en la práctica cuando hablemos de la rivalidad entre Vietnam y Camboya. Claro que esa alianza circunstancial tenía sus límites: Mao buscaba expandir la revolución según su doctrina y Estados Unidos contener el comunismo en cualquiera de sus formas.

Comprender este triángulo de intereses es esencial para entender la peculiar situación de China en el terreno de la radio clandestina, donde fue a la vez objeto y sujeto. Patrocinó emisiones de partidos comunistas de inspiración maoísta, bien desde sus instalaciones en Pekín, bien proporcionando equipos para realizar transmisiones en los mismos territorios. Ahí están, por ejemplo, La Voz del Pueblo de Birmania, La Voz del Pueblo de Tailandia, La Voz de la Revolución Malaya, o La Voz del Frente Nacional Unido de Kampuchea (para Camboya). Esta actividad se redujo dramáticamente en 1979. Cuatro años antes habían terminado las guerras en Vietnam, Laos y Camboya. Mientras que los comunistas de los dos primeros países eran prosoviéticos, los Jemeres Rojos de Camboya eran prochinos. Cuando Vietnam invadió Camboya (como explicaremos en su momento) se incrementó el miedo de China al cerco soviético. Así que intentó mejorar las relaciones con sus vecinos no comunistas del sudeste asiático para construir una coalición antivietnamita. El precio fue aparcar su intento de influir en esos países a través de los partidos maoístas y eliminar o reducir al mínimo sus órganos de propaganda (Soley y Nichols, 1987: 300).

Pero, al mismo tiempo, China ha sido el blanco de emisiones «clandestinas», y desde dos frentes: la CIA-Taiwán y la URSS. Un escenario complejo del que, no obstante, podemos apuntar algunas características comunes. La primera es que durante décadas no hubo emisiones propiamente clandestinas en China (de ahí las comillas que empleábamos). El Kuomintang — que como dijimos luchó contra los comunistas en la guerra civil— era partido de Gobierno en Taiwán, un país reconocido por la comunidad internacional y que hasta 1972 ocupó el asiento reservado a China en el Consejo de Seguridad de la ONU. Por lo tanto, las emisiones de la Broadcasting Corporation of China son emisiones estatales. El primer impacto de las emisiones

clandestinas en China se produjo durante la oleada democratizadora que culminó en los trágicos hechos de la plaza de Tiananmen el 4 de junio de 1989. La Voz del Cuatro de Junio fue el nombre elegido por una emisora que comenzó a transmitir en el otoño de 1989. Apenas hay datos sobre ella (no hemos conseguido averiguar hasta cuándo emitió). La puso en marcha la Unión Independiente de Estudiantes e Investigadores Chinos (IUCSS, en sus siglas inglesas), una organización de estudiantes democráticos exiliados en Chicago. Es el primer movimiento de la sociedad civil del que hay constancia como emisor clandestino para China⁷⁰. Hasta entonces, las emisoras que se presentaban como tales eran en realidad operaciones de propaganda negra.

Una segunda característica común es que todas las emisiones «clandestinas», tanto si procedían de la CIA-Taiwán como si lo hacían de la URSS, se presentaban como disidentes del partido comunista o del ejército. Era lógico que así fuera, primero porque los antiguos partidarios del Kuomintang no tenían que recurrir a emisiones clandestinas (les bastaba con escuchar la radio oficial de Taiwán), y segundo porque no había otras estructuras organizadas —o al menos con una mínima implantación— en una sociedad civil en la que el comunismo reemplazó de hecho al antiguo sistema imperial. Para saber cuál era la fuente real de esos supuestos grupos disidentes había que recurrir a los enfoques de los temas, al lenguaje utilizado..., a los matices.

La CIA inició su propaganda encubierta hacia China a finales de los años sesenta. Pese a la beligerancia de Estados Unidos contra Pekín, no pensó en hacerlo antes, a diferencia de lo que ocurrió con el bloque comunista en Europa. La razón pudo ser sobre todo técnica. En China estaba fuertemente implantado el sistema de altavoces para favorecer la escucha colectiva de los mensajes oficiales en las comunas. No tiene sentido transmitir hacia un país donde apenas hay receptores individuales. A mediados de los años sesenta, el panorama había empezado a cambiar algo, sobre todo en las zonas de la costa, más en contacto con el comercio exterior. Entre 1960 y 1970, los receptores en China pasaron de siete millones a doce, aunque muchos de ellos eran aparatos para la recepción por cable (Albert y Tudesq, 1982: 84 y 165). Pero en ese retraso también pudo haber una razón política. Los analistas de la CIA pudieron pensar que el entusiasmo del pueblo por el comunismo recién implantado haría ineficaz cualquier misión de propaganda. Quince años después, tras el fiasco del «gran salto adelante» y la locura de la «Revolución Cultural», se podía esperar más receptividad.

Primero se lanzaron globos con propaganda impresa, como los que se habían utilizado en Europa casi veinte años atrás. Nadie creía que con esos panfletos y periódicos se fuera a provocar la caída del comunismo, pero sí podrían conseguirse objetivos a corto plazo que a Estados Unidos le resultaban más interesantes: cuanto más ocupada estuviese China con sus problemas internos, menos posibilidades tendría de intervenir militarmente en la guerra de Vietnam como lo había hecho en Corea, menos esfuerzos dedicaría a ensayos como los de misiles de largo alcance que suponían una amenaza para la seguridad nacional estadounidense, y menos capacidad tendría para promover la revolución en otros países del sudeste asiático. Para eso, los textos que llevaban los globos sí podrían ser útiles, añadiendo aún más confusión a un panorama social ya bastante caótico, y rompiendo el equilibrio de poder entre los líderes de Pekín.

Los observadores de la CIA en China pronto vieron una creciente resistencia a los guardias rojos que promovían la «Revolución Cultural» en las provincias del sur, adonde se habían enviado los globos. Y Pekín mostró signos de preocupación, creyendo que el descontento era

mayor del que realmente era. Ante ese éxito inicial, la CIA pensó en añadir nuevos medios de propaganda. Se instalaron en Taiwán dos transmisores de radio para emitir propaganda —y desinformación— de la misma naturaleza que la impresa. Adoptarían la forma de transmisiones clandestinas que simularían provenir de la propia China continental. Si las personas aceptaban las emisiones radiofónicas como genuinas —razonaba la CIA—, entonces podrían convencerse de que los movimientos contrarios a la revolución cultural estaban ganando fuerza y tal vez pensar que había llegado la hora de resistir de forma más abierta.

Las primeras que se pusieron en marcha, en diciembre de 1966, fueron Jiefangjun zhi Sheng (Voz del Ejército Popular de Liberación) y Huohua Tai (Radio Chispas, en homenaje al periódico de Lenin *Iskra*). En 1968 se añadieron otras como Wuchanzhe Zhandoushi (Contingente de Luchadores Proletarios) o Zhongguo Gongchangdang Guangbo Diantai (Emisora del Partido Comunista Chino)⁷¹. Compartían frecuencias, alternaban horarios de emisión y utilizaban los mismos transmisores.

Al parecer, esas emisiones tuvieron un éxito bastante notable, incluso después de que el Gobierno chino descubriera su origen y alertara al pueblo de que eran falsas. Como escribió un exagente de la CIA,

ante una sociedad cerrada, el simple hecho de proporcionar información y noticias que el gobierno quiere ocultar puede tener un efecto significativo. Si además se puede insertar alguna desinformación inteligente, entonces mejor que mejor. Los oyentes, comprendiendo que la mayoría de lo que escuchan es cierto, tienden a creer que todo lo que se les dice es exacto.

Pero ese éxito tuvo un efecto más perverso, ya que también las tomó por verdaderas el servicio de escucha de emisoras extranjeras de Estados Unidos (FBIS). La CIA no alertó a sus colegas de su maniobra de propaganda encubierta, así que muchos análisis académicos, periodísticos y gubernamentales sobre China en esa época se basaron en parte en transcripciones de unas emisoras que no reflejaban la realidad del país, sino lo que la CIA quería que fuera la realidad del país (Marchetti y Marks, 1974: 167-169).

La normalización de relaciones con China no eliminó las supuestas emisiones clandestinas. La coexistencia pacífica con el maoísmo no significaba que la CIA no intentara debilitarlo. Estaba además Taiwán, su aliado histórico, que también realizaba sus propias transmisiones encubiertas con el apoyo estadounidense. Surgieron nuevas emisoras como Shiyue Fengbao Guangbo Diantai (Radio Tormenta de Octubre). Incluso hubo una emisora negra que imitaba a la Emisora Central del Pueblo (Zhongyang Renmin Guanbo Diantai), la radio estatal china. De todos modos, las fuentes difieren sobre la fecha de origen de estas emisoras, que transmitían de forma intermitente, e incluso sobre el origen real de alguna de ellas. Puede que la CIA se las transfiriera a Taiwán cuando en 1978 Estados Unidos reconoció oficialmente a la China Popular.

En los años ochenta, el conjunto de emisoras operadas por la CIA-Taiwán incidía en las deserciones que se producían desde China, presentándolas como un síntoma de la pérdida de confianza del pueblo en el Partido y en el comunismo. Animaban a los potenciales desertores, asegurándoles un buen trato por parte de Taiwán y describiendo las excelentes condiciones de vida que encontrarían en ese país y en Estados Unidos. Aunque decían representar a grupos comunistas disidentes, su contenido no era coherente: criticaban tanto el radicalismo izquierdista de Mao como las reformas liberalizadoras de Deng Xiaoping, y en sus comentarios se deslizaban de forma implícita sentimientos antisocialistas (Soley y Nichols, 1987: 291-292). La última en

aparecer fue Minzhu Guangbo Diantai (Emisora de la Democracia), activa entre julio de 1989 y 1991⁷².

La URSS no quería debilitar el comunismo chino, sino rectificar su rumbo. Por eso, sus emisiones supuestamente clandestinas tenían un discurso distinto a las de la CIA. No criticaban al sistema en su conjunto, sino a los elementos concretos que lo corrompían y lo deformaban. El blanco de los ataques solía ser Deng Xiaoping, a quien se reprochaba su «entusiasmo por aproximarse al imperialismo estadounidense» en vez de cultivar la «amistad chino-soviética». De hecho, las emisiones supuestamente clandestinas soviéticas comenzaron cuando se anunció el acercamiento entre China y Estados Unidos. Fue la Hognqi Guangbo Diantai (Emisora Bandera Roja), que apareció el 11 de septiembre de 1971, aunque otros estudios apuntan a que hubo emisiones anteriores, con la que la URSS pretendía aprovechar el caos de la «Revolución Cultural» para reducir la popularidad de Mao entre los líderes del Tercer Mundo y para propiciar un posible derrocamiento por parte de elementos comunistas prosoviéticos (Soley y Nichols, 1987: 287).

Pero la más famosa emisión soviética hacia China fue la Ba Yi Diantai (Radio Primero de Agosto). Se llamaba así porque el 1 de agosto de 1927 Mao fundó el Ejército Popular de Liberación. La emisora decía representar a los disidentes izquierdistas veteranos de ese ejército. Salió al aire desde Vladivostok en marzo de 1979, en un momento delicado. China había realizado un ataque —corto y fallido— contra Vietnam en respuesta a la invasión vietnamita de Camboya. Y en abril, Pekín anunció que no renovarían el tratado de amistad firmado con la URSS en 1950. Además, las cuatro modernizaciones que estaba impulsando Deng Xiaoping (agrícola, industrial, militar y científico-técnica) implicaban una renovación en los métodos y en las personas del Partido y del Ejército. Muchos veteranos podrían ver afectados su posición política y su estatus económico. Radio Ba Yi decía representar ese descontento (que en realidad intentaba provocar). Sus emisiones se quejaban de las degradaciones y retiros forzados de militares, de los recortes en el gasto de defensa, de la liberalización económica y, en general, de la cada vez menor influencia del ejército en la vida política china. También abogaba por mejorar las relaciones entre China y la Unión Soviética o Vietnam (USDS, 1982: 1). Pero los ataques más furibundos los reservaba para Estados Unidos. Cuando en 1984 Ronald Reagan viajó a Pekín, Radio Ba Yi lo comparó con Hitler y afirmó que aquella visita era como ver a «la comadreja yendo a presentar sus respetos a la gallina» (Soley y Nichols, 1987: 285). Las dos emisoras soviéticas desaparecieron a finales de 1986, cuando esas relaciones mejoraron en época de Gorbachov. Ese deshielo permitió empezar a resolver algunos conflictos que quedaban pendientes en el sudeste asiático.

VIETNAM: TREINTA AÑOS DE ARMAS Y PROPAGANDA

El país se convirtió en metáfora, se desprendió de su geografía para transformarse en un símbolo aun antes de que acabara la guerra con la caída de Saigón. En 1967, el Che Guevara animaba a que «dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo». Ya sabía —o adivinaba— entonces lo que resumía esa palabra: una guerra larga y costosa, en la que se embarca una gran potencia en teoría muy superior al adversario en medios y hombres, pero que

se enquista durante años hasta que la gran potencia comprende que no tiene posibilidades reales de ganar, o que la victoria sería tan pírrica que no compensaría los sacrificios humanos y materiales. El tópico se ha hecho recurrente desde entonces. Se ha dicho que Afganistán fue el Vietnam de la URSS (antes de que lo fuera también de Estados Unidos), que Yemen fue el Vietnam de Nasser, que Namibia fue el Vietnam de Sudáfrica, que Angola fue el Vietnam de Cuba o que Camboya fue... el Vietnam de Vietnam.

Ese «privilegio» de condensar en un topónimo una situación político-militar no lo tuvo Argelia, por ejemplo, pese a los ocho sangrientos años de guerra de liberación. Tal vez fue porque en aquel caso el enemigo era el imperio francés, que ya solo era un recuerdo a mediados de los años sesenta, mientras que en Vietnam el enemigo por entonces era Estados Unidos, que había pasado a representar el nuevo imperialismo. O tal vez fue porque Vietnam, más allá de las ideologías en conflicto, despertó la admiración de muchos en todo el mundo por su capacidad de resistir sucesivamente a tres potencias extranjeras. La lucha por la independencia y la unidad territorial se libró primero contra la ocupación japonesa durante la Segunda Guerra Mundial, después contra los intentos de restaurar el viejo colonialismo francés, y por último contra la intervención a gran escala de Estados Unidos. El líder de esa lucha fue, hasta su muerte en 1969, Nguyen Ai Quoc, al que la historia recuerda como Ho Chi Minh. Pertenecía a esas élites intelectuales educadas en las metrópolis que iniciaron en sus países los movimientos anticoloniales. A finales de los años veinte fundó el Viet Minh, una organización comunista que, como le ocurrió a muchos homólogos asiáticos, en realidad tenía más de nacionalismo que de leninismo, pero que en los momentos decisivos pudo contar con el apoyo de la URSS y también de China (aunque con limitaciones a partir de la ruptura entre Pekín y Moscú).

Fue el Viet Minh el principal foco de resistencia a la ocupación japonesa al hundirse la Administración colonial francesa en Indochina. Cuando la derrota nipona era inminente, Ho Chi Minh constituyó un comité de liberación del pueblo vietnamita, y el 2 de septiembre de 1945 proclamó la independencia, en un texto que se hacía eco de la declaración de independencia estadounidense y de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano promulgada durante la Revolución Francesa. Aun antes, el 31 de agosto, el servicio colonial de Radio Hanói se transformó en La Voz de Vietnam, como emisora oficial del nuevo Estado. El Gobierno despachó órdenes requiriendo a los propietarios de radios que subiesen el volumen para que todos pudieran oírla, ya que poca gente realmente poseía receptores, y se instalaron altavoces en las esquinas de las calles (Goscha, 2012: 803-804). Fue el primer uso de la radio en una guerra en la que a partir de entonces no dejaría de estar presente. Los nacionalistas comprendieron que un empleo eficaz de las modernas tecnologías, que habían servido a los franceses para consolidar su poder, podría ayudarles también a ellos. Según el investigador Christopher Goscha, en las guerras de descolonización, nadie como el Viet Minh utilizó «las comunicaciones tan intensamente, tanto para construir el Estado como para llevar el combate contra el colonizador al campo de batalla moderno» (Goscha, 2012: 829). Además de comunicar en vietnamita noticias e instrucciones del nuevo Gobierno, la emisora transmitía en francés e inglés para contrarrestar la propaganda colonial.

Francia quería restablecer su dominio sobre Indochina. La guerra con el Viet Minh parecía inevitable, y estalló a finales de 1946. La Voz de Vietnam aseguró que, a diferencia de la conquista colonial del siglo XIX, cuando no había radios o centros de difusión para diseminar el

caso vietnamita, esta segunda conquista sería cubierta y desafiada en las ondas, en los medios impresos y en la opinión mundial (Goscha, 2012: 811). En los meses anteriores, el Viet Minh se había preparado para pasar a la clandestinidad, sobre todo en el sur, donde su dominio del territorio era menos claro. La Voz del Sur empezó a transmitir de forma clandestina desde una llanura pantanosa al oeste de Saigón. Los operadores de radio desmantelaban los equipos cada día y se movían para evitar ser capturados. Consiguieron transmitir un programa diario de una hora que consistía en informes de batallas, comentarios políticos, e incluso alguna música (Soley y Nichols, 1987: 258).

Entre 1947 y 1950, la radio permitió al Viet Minh «conectar y administrar por el aire lo que en la tierra era un Estado-archipiélago, disgregado» (Goscha, 2012: 799). Más que a una audiencia global, La Voz del Sur se dirigía en esta época a los funcionarios de los territorios que controlaba con el fin de transmitirles información esencial no secreta para garantizar las operaciones militares y la administración política. Los franceses intentaron localizar los transmisores mediante triangulación y empezaron a interferirla, pero no pudieron anularla por completo. Lo más que podían hacer era escuchar las emisiones, que publicaban internamente como *Le bulletin des écoutes Viet Minh* (Goscha, 2012: 820).

En 1950, Francia reconoció la independencia de Laos, Camboya y formalmente también la de Vietnam, donde instaló un Gobierno títere con capital en Saigón y dirigido por el emperador Bao Dai para oponerse al Viet Minh. Pero, ese mismo año, los comunistas iniciaron la fase decisiva del conflicto, que culminaría con la derrota francesa cuatro años más tarde. Gracias en buena medida a la ayuda de la URSS y de la recién nacida China maoísta, el Viet Minh pudo transformar la estructura guerrillera inicial en un ejército cada vez más convencional, que en 1954 llegaría a tener siete divisiones y un moderno centro de mando. Gran Bretaña y cada vez más Estados Unidos sostenían el esfuerzo de guerra francés en su financiación y armamento.

La derrota en Dien Bien Phu en 1954 señaló el fin de la presencia francesa en Indochina. Los acuerdos de Ginebra ratificaron la división provisional de Vietnam, por el paralelo 17, con un norte dirigido por el Viet Minh y un sur gobernado por Bao Dai. El Viet Minh aceptó retirar sus tropas de las zonas del sur que controlaba. En 1956 deberían celebrarse unas elecciones conjuntas y libres que decidirían la suerte del país (si se reunificaría y, en caso afirmativo, bajo qué régimen). El prestigio del Viet Minh hacía presagiar su victoria en el norte y el sur y, por lo tanto, la caída del país bajo la égida comunista. Vietnam del Sur no reconoció el acuerdo de Ginebra y mantuvo lo que cada vez más se convirtió en un régimen satélite de Estados Unidos. En 1962, Washington había enviado ya once mil consejeros que intentaban sin éxito construir un sistema política y militarmente fuerte para contener por sí mismo la amenaza comunista.

Fueron aquellos unos años confusos, en realidad una especie de interludio entre dos fases de la misma guerra. A Bao Dai lo depuso su primer ministro, Ngo Dinh Diem, que en 1955 convocó un referéndum para proclamar la república y lo ganó de forma fraudulenta. Era un católico en un país de mayoría budista, al frente de un Gobierno tan corrupto como represivo. En un ambiente de descomposición y de censura, surgieron multitud de radios clandestinas de las ideologías más diversas. Entre ellas destacó La Voz del Frente Nacional Unido, portavoz de una alianza a la vez anticomunista y anti Diem formada por antiguas fuerzas nativas auxiliares del dominio colonial francés. Emitió entre marzo y septiembre de 1955. Esta alianza, que abogaba por la creación de un Gobierno fuerte y eficiente, llegó a integrar a veinticinco mil hombres y a controlar la mitad

de Vietnam del Sur, pero fue neutralizada por el Gobierno de Diem en muy poco tiempo. En la misma época emitieron La Voz del Pueblo Vietnamita (que atacaba a Diem, pero también a algunas facciones del Frente Nacional Unido) o La Voz de la Causa Nacional Justa (favorable a Diem y probablemente operada por los primeros consejeros de Estados Unidos en Vietnam) (Soley y Nichols, 1987: 259-262).

En diciembre de 1960 se creó el Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, conocido popularmente como Viet Cong. Era una organización político-militar que agrupaba a buena parte de la oposición a Diem, aunque con un claro predominio comunista y el apoyo de Vietnam del Norte. Sus objetivos declarados eran moderados: reforma agraria, gobierno democrático, independencia, política exterior neutral y deseo de una eventual reunificación del país. Con el tiempo, el Viet Cong fue creando en torno a sí distintas organizaciones civiles, políticas, sociales y culturales, para dar la impresión de un respaldo a su línea de actuación aún mayor del que ya tenía entre la población vietnamita. Pero, sobre todo, lanzó una guerra de guerrillas que en poco tiempo le llevó a controlar amplias zonas del país.

En 1961 salió al aire La Voz de la Liberación, que el 1 de febrero de 1962 se transformó en Radio Liberación, una de las emisoras clandestinas más citadas por la prensa mundial en todo el siglo XX. La emisora primitiva se pensaba que transmitía desde una gabarra que se movía por el Delta del Mekong, porque la fuente de la señal cambiaba de forma frecuente. Esta táctica para evitar su captura tuvo en apariencia bastante éxito hasta finales de 1961, cuando las transmisiones desaparecieron. Los rumores especulaban con que la gabarra se había hundido durante un tifón (Soley y Nichols, 1987: 263).

Radio Liberación era el vehículo privilegiado para difundir los mensajes oficiales del Viet Cong no solo en vietnamita, sino en inglés, francés, chino y camboyano. A través de ella, proyectaba la imagen de un Gobierno alternativo estable y capaz, frente a los fracasos sociales y políticos de los «vendepatrias traidores» que habían «vendido su alma a cambio de los dólares americanos» (Flammer, 1973: 209). Difundía también noticias a velocidad de dictado y mensajes en código para los miembros de las guerrillas. Comenzó transmitiendo noventa minutos al día. A finales de 1964 había aumentado a cinco horas y media diarias, en 1966 difundía sesenta y siete horas por semana, y en 1970 ciento veinticinco. Su señal inicial era débil e irregular, y solo el diez por ciento de la programación era inteligible para los oyentes rurales que usaran radios de transistores. Pero con el tiempo el Viet Cong adquirió cinco transmisores de alta potencia fabricados en China que le permitieron incluso tener un servicio exterior que llegaba a Europa y Estados Unidos. Por otra parte, la programación se fue especializando: había espacios dirigidos a mujeres, estudiantes, habitantes rurales y urbanos, tropas de Vietnam del Sur o personal al servicio de Estados Unidos. Desde 1971 habría un programa especial sobre los prisioneros de guerra que al parecer atrajo una amplia audiencia, sobre todo entre los familiares ansiosos de noticias sobre sus seres queridos. Este incremento en cantidad y en calidad de las emisiones reflejaba la creciente potencia organizacional y militar del Viet Cong (Soley y Nichols, 1987: 263-265).

Consciente de que el hundimiento del sur parecía irreversible, Estados Unidos patrocinó un golpe de Estado que en noviembre de 1963 derrocó primero y asesinó después a Diem. Pero no era suficiente. En Washington había arraigado una de las vertientes teóricas de la Guerra Fría, la del «efecto dominó», según la cual, si Vietnam caía en manos comunistas, toda la región

acabaría haciéndolo. Para evitarlo llegaron las primeras tropas. En julio de 1965 había setenta y cinco mil soldados estadounidenses en Vietnam del Sur. En 1967 habían ascendido a más de medio millón. Se llegaron a lanzar en el territorio vietnamita más bombas que en toda la Segunda Guerra Mundial (Procacci, 2001: 445).

Pero los expertos en inteligencia de Estados Unidos sabían que la guerra no se podía ganar solo en el terreno militar frente a una población mayoritariamente hostil. En plena escalada, Radio Liberación animaba a una política sistemática de acoso contra los «agresores» estadounidenses.

Atacad noche y día —decía un mensaje transmitido en diciembre de 1965—. Atacad cuando llueva y cuando haya sol. Atacad al enemigo en la selva, en las montañas, en el delta y en las ciudades. Atacad al enemigo en batallas grandes y pequeñas. Marchad todos adelante y asestad golpes mortales en las cabezas de los agresores de Estados Unidos para exterminarlos (Brigham, 1998: 53).

La emisora solía describir con todo lujo de detalles la brutalidad de los soldados hacia la población civil indefensa.

Helicópteros en vuelo rasante lanzaron bombas lacrimógenas a los refugios antiaéreos y ametrallaron a todos los que escapaban —contó Radio Liberación en 1969—. En total mataron a más de cien personas, en su mayoría mujeres y niños, y las pérdidas materiales causadas a la población local alcanzaron los cien millones de piastras (Flammer, 1973: 210-211).

Esos hechos pudieron ser exagerados en muchos casos, y parte de esa población civil no asistía a la guerra de forma tan pasiva como aseguraba la propaganda del Viet Cong. Pero masacres como la de la aldea de My Lai en 1968, o bombardeos como el de Trang Bang en 1972 (en el que se obtuvo la famosa foto de «la niña del NAPALM») no contribuyeron a la buena imagen de Estados Unidos.

Al mismo tiempo, los mensajes de Radio Liberación tuvieron siempre como uno de sus propósitos básicos mantener alta la moral del Viet Cong y de la población civil que les apoyaba, con la inevitable dosis de triunfalismo que ello significaba; pero cuanto más tiempo pasaba, más exultantes eran los mensajes de la emisora y más extraordinarias las historias que contaba. En marzo de 1969, por ejemplo, Radio Liberación describió cómo siete miembros del Viet Cong (entre ellos dos mujeres jóvenes), «tras siete horas de continuo combate» mataron a más de ochenta soldados de Estados Unidos y del ejército de Vietnam del Sur e hirieron a muchos otros. Luego, a la caída de la noche, «los luchadores de la liberación, con ayuda de la población, volvieron en secreto a su unidad con todas sus armas y las que habían capturado al enemigo» (Flammer, 1973: 212).

Los informes muestran que la inteligencia militar y civil de Estados Unidos llegó a preocuparse mucho por el impacto de una emisora que mostraba una organización y una eficacia excepcionales en la historia de las radios clandestinas. En un estudio publicado en 1973, ya en la fase final de la guerra, el teniente coronel Philip M. Flammer afirmaba que los temas básicos de Radio Liberación, «puestos en conjunto, reforzados por incidentes reales o fabricados, reiterados una y otra vez», eran «fuertes golpes asestados con astucia y precisión en una terriblemente seria guerra de propaganda» (Flammer, 1973: 207).

Así que esos expertos en inteligencia se dispusieron a ganarse los «corazones y mentes» de los vietnamitas. Fue una ofensiva en distintos frentes, incluido la radio. La estrategia en este ámbito tenía dos caminos: desacreditar a Radio Liberación y crear otras emisoras que

«representasen» puntos de vista más moderados sobre el conflicto y sobre el futuro de Vietnam para hacer variar la opinión pública. Ambos caminos se intentaron seguir hasta el final mismo de la guerra, cuando todos los soldados de Estados Unidos se habían ido ya.

Lo primero que había que hacer, con respecto a Radio Liberación, era negar que emitiera desde el interior de Vietnam del Sur. El Viet Cong —decía Estados Unidos— no tenía capacidad para mantener una emisora en un terreno que era objeto de numerosos ataques sin que la radio apareciese nunca. Era obvio que en realidad emitía desde Hanói, la capital de Vietnam del Norte. Y era lógico que así fuera, porque el Viet Cong no era más que una marioneta de los comunistas. En realidad, los informes de inteligencia de Estados Unidos indicaron pronto que los transmisores principales de Radio Liberación entre 1962 y 1969 se localizaban en la provincia de Tay Ninh al oeste de Saigón y en la provincia de Bien Hoa al sur de Saigón. Varios transmisores móviles se utilizaban también. Según un informe del Departamento de Estado norteamericano, el cable de la antena se extendía bajo la tierra y el agua para evitar su detección por aire. El estudio móvil se situaba a 15 kilómetros. Que este sistema flexible tuvo éxito en evitar la detección y en proporcionar un servicio continuo en las circunstancias de la guerra lo demuestra el hecho de que el área de Tay Ninh, que desde hacía largo tiempo era el cuartel general comunista, y el área de Parrot's Beak, que se sospechaba que era un refugio comunista, fueron objeto de masivos bombardeos en 1966 y 1967, que no consiguieron interrumpir Radio Liberación (Soley y Nichols, 1987: 264).

Vietnam del Norte, por su parte, se esforzó en convencer al mundo de que el Viet Cong tenía su propia voz. No había más que contrastar, en ocasiones, las emisiones de Radio Hanói con las de Radio Liberación para encontrar algunas diferencias, si bien es verdad que de matiz. El Viet Cong, por ejemplo, se mostraba más intransigente al advertir de que ninguna negociación sería posible hasta que el último soldado estadounidense se hubiera retirado, y de que no se repetiría lo que ocurrió en 1954. «No cederemos en la mesa de negociaciones lo que hemos ganado justamente en el campo de batalla», decía la emisora en 1965 (Brigham, 1998: 40). Aun así, negar las conexiones entre el Viet Cong y el Gobierno de la República Democrática de Vietnam habría sido absurdo. En junio de 1970, Radio Liberación anunció que Radio Hanói empezaría a repetir su programación por una de sus frecuencias, lo que dio alas a los análisis más anticomunistas para reforzar su idea de que todos los transmisores del Viet Cong se localizaban en Vietnam del Norte. Al final, ni el Viet Cong era una organización tan independiente como afirmaba Hanói, ni se mantenía solo por la ayuda extranjera como aseguraba Estados Unidos para justificar su propia intervención.

Hubo otra táctica más oscura que la CIA empleó para desacreditar Radio Liberación: la creación de una emisora negra. Empezó a emitir el 12 de mayo de 1962, en una frecuencia adyacente a la de la Radio Liberación real. Generalmente sonaba como la original, incluso utilizaba sus músicas de apertura y algunos fragmentos de programación grabados en los días anteriores, aunque incluía segmentos falsos para sembrar calumnias sobre el Viet Cong (Roberts III, 2010: 65).

En paralelo, como señalábamos, la CIA puso en marcha distintas emisoras para operaciones de guerra psicológica. A comienzos de los años sesenta, Estados Unidos gastó millón y medio de dólares para una red de siete estaciones de radio en Saigón y Hue, que se utilizarían tanto para emisiones oficiales como de propaganda encubierta. Estas operaciones aumentaron a partir de

1965, justo cuando se incrementaba la escalada militar. Para entonces, el jefe de la CIA en Saigón, William Colby, constataba que la mayoría de sus agentes habían sido capturados o asesinados y urgía a centrarse en infiltrar ideas más que hombres y explosivos. Así que se concentraron los esfuerzos en la creación de panfletos y de radios negras (Roberts III, 2010: 73). La CIA colaboraba hasta entonces con distintas agencias civiles y militares estadounidenses que trabajaban en Vietnam. Pero en 1965 se consiguió la coordinación de las operaciones psicológicas con la creación de la Oficina Conjunta para los Asuntos Públicos de Estados Unidos (JUSPAO, en sus siglas inglesas). Sus objetivos eran, según sus propios funcionarios: «Conquistar los corazones y las mentes del pueblo vietnamita para sostener el esfuerzo de guerra norteamericano e intentar influir favorablemente en los periodistas, recoger informes sobre las tácticas de guerra psicológica del enemigo y socavar su moral» (Mattelart, 2003: 169).

El complejo de radio encubierta de la CIA tenía ciento cuarenta y cuatro empleados vietnamitas que trabajaban en distintas emisoras, cada una con su propia frecuencia. En 1965 comenzó sus emisiones Voice of Freedom, para contrarrestar la propaganda norvietnamita sobre la guerra y la vida en Vietnam del Sur. Entre los programas más populares estaban las entrevistas con prisioneros de guerra norvietnamitas, en las que les decían a sus familias que estaban sanos y bien tratados. Ese mismo año salió al aire La Voz de la Espada Sagrada, perteneciente en teoría al Mat Tran Guom Thieng Ai Quoc (Espada Sagrada de la Liga Patriótica). Su propósito era crear la percepción de una rebelión nativa en Vietnam del Norte, con la esperanza de que el Gobierno destinara fondos para combatir a este grupo y redujera su financiación al Viet Cong. Radio Bandera Roja salió al aire a mediados de 1967 como supuesta portavoz de un grupo de resistencia dentro del Viet Minh, para convencer al Gobierno de Hanói de que el partido se estaba fracturando en el norte. Por su parte, Radio Estrella Roja decía representar a una facción del Viet Cong anti-Hanói y de naturaleza nacionalista. Ya en 1971 se creó Mother Vietnam. Sus programas se emitían en onda media y corta y eran más moderados que otras operaciones de propaganda. Animaba a los soldados norvietnamitas a desertar al sur y buscaba quebrantar su moral recordándoles sus hogares lejanos y sus vidas pacíficas antes de la guerra⁷³.

Si alguna esperanza tenía Estados Unidos de conseguir un escenario favorable en la guerra, se desvaneció el 31 de enero de 1968. Coincidiendo con el fin de año vietnamita (el Thet), el Viet Cong lanzó una ofensiva a gran escala con la que tomó varias ciudades y asedió la embajada estadounidense en Saigón. Aunque desde el punto de vista militar la campaña acabó siendo un éxito para Estados Unidos, su efecto psicológico en la moral de la tropa y de la opinión pública del país fue devastador. Washington se dio cuenta de que no podría ganar la guerra en el campo de batalla o que, para hacerlo, harían falta un tiempo y unos sacrificios que ya no se tolerarían en casa. Por muchos soldados que mantuviera sobre el terreno, Estados Unidos solo tenía el control efectivo de las zonas en las que practicaba la política de tierra quemada o de traslados forzosos de población para «limpiarlas» de «charlies» (como llamaban a los miembros del Viet Cong). En los demás casos, la sensación —y la realidad— de que el enemigo estaba en cualquier parte llevaba a la paranoia. Solo las instalaciones creadas por y para Estados Unidos podían considerarse territorio seguro.

Mucho se ha escrito sobre el impacto que la «guerra televisada» tuvo en la población estadounidense para cambiar su opinión sobre aquel conflicto, aunque algunos estudios han relativizado su importancia. En cualquier caso, las crecientes protestas contra la guerra, el

aumento de la oposición activa al reclutamiento y la situación militar llevaron al entonces presidente, el demócrata Lyndon Johnson, a anunciar en marzo de 1968 un cambio de dirección que refrendaría unos meses después su sucesor, el republicano Richard Nixon. Se trataba de conseguir la «vietnamización», es decir, reducir progresivamente las tropas estadounidenses al tiempo que se capacitaba a Vietnam del Sur para que asumiera en solitario la carga de la guerra. Era en cierto modo un retorno a los orígenes, una vuelta a la estrategia de una década atrás, cuyo fracaso había llevado precisamente a Estados Unidos a su implicación directa. En paralelo se iniciarían conversaciones con Vietnam del Norte para conseguir una «paz con honor».

En los años siguientes se alternaron las conversaciones y los bombardeos. En 1972, los soldados estadounidenses se habían reducido a veinticinco mil. Pero su fuerza aérea permanecía activa, castigando no solo a Vietnam del Norte, sino tratando de destruir también los refugios del Viet Cong o la llamada «senda de Ho Chi Minh» (los caminos por los que se les abastecía desde Vietnam del Norte) en Camboya y Laos. Especialmente importante fue la campaña de la Navidad de 1972 (se lanzaron cuarenta mil toneladas de bombas sobre Vietnam del Norte) para forzar el acuerdo de paz definitivo, firmado en enero del año siguiente. Fue en realidad una derrota para Estados Unidos, que ese año completó su retirada de tropas y solo dejó sobre el terreno a sus consejeros militares. El fin de la guerra ya era solo cuestión de tiempo.

Cuando el Viet Cong inició su última ofensiva, el Gobierno de Saigón colapsó. Como suele ocurrir en estos casos, en muy pocos días se sucedieron varios presidentes, mientras el personal estadounidense evacuaba de forma precipitada el país. El 21 de abril de 1975 le tocó el turno a los equipos que habían participado en las distintas emisiones de la CIA (unas mil personas, incluyendo a las familias de los trabajadores). El 30 cayó Saigón, rebautizada al poco tiempo como Ciudad Ho Chi Minh. Radio Liberación proclamó la triunfante victoria sobre el «imperialismo estadounidense y sus lacayos».

Tras más de 20 años (unos 70.000 días y noches) sin descanso, tras incontables problemas y dificultades, tras incontables sacrificios y adversidades, hemos alcanzado exitosa y gloriosamente el objetivo fundamental del pueblo del sur: atacar, echar a los americanos y destruir a sus marionetas y eliminar permanentemente el yugo neocolonial (Soley y Nichols, 1987: 266).

Las fuentes difieren sobre si Radio Liberación dejó de emitir en mayo o en junio⁷⁴, pero desde el 30 de abril la clandestinidad había pasado a la historia.

En sus últimas transmisiones, Radio Liberación siguió insistiendo en la independencia del Viet Cong respecto de Hanói. Pero la reunificación del país se produjo, sin elecciones conjuntas, en solo unos meses. Hanói pasó a ser la capital del país unido, bajo un régimen comunista prosoviético que a mediados de los años ochenta iniciaría una apertura a la economía capitalista similar, curiosamente, a la que realizaba por esas mismas fechas su gran antagonista, China. Pero el fin de la guerra de Vietnam no trajo la estabilidad ni al país ni a la región. Los vencidos en 1975 mantuvieron una actividad política y guerrillera en la clandestinidad. Su ejemplo más destacado fue el Frente Nacional Unido para la Liberación de Vietnam (Mat Tran Quoc Gia Thong Nhat Giai Phong Viet Nam), un grupo formado por exiliados vietnamitas que a menudo se infiltró en Vietnam para realizar operaciones anticomunistas. En 1983, este grupo puso en marcha Radio Resistencia de Vietnam, que proclamaba a diario la necesidad de un sistema político democrático, el igualitarismo económico, la neutralidad internacional y, lo más importante, la liberación del país «de las cadenas tiránicas de los comunistas vietnamitas y de los

imperialistas soviéticos para edificar un Vietnam libre, independiente, abundante y feliz» (Soley y Nichols, 1987: 270). Pero, sobre todo, la estabilidad no llegó porque Vietnam se vio implicada casi de inmediato en un conflicto regional, con foco en Camboya, en el que se puso de manifiesto tal vez como nunca hasta entonces ese extraño triángulo de intereses entre China, la URSS y Estados Unidos.

LAOS Y CAMBOYA: LOS DAÑOS COLATERALES

Si la de Vietnam fue una guerra de independencia y unificación, Laos y Camboya vivieron guerras civiles alimentadas por la Guerra Fría. Estados Unidos fue más prudente en estos territorios: no envió tropas de intervención directa en apoyo de ningún Gobierno, pero suministró asesoramiento a una de las facciones que se disputaban el poder. El Viet Cong utilizó ambos países como refugio para sus guerrilleros y como camino para su aprovisionamiento material desde Vietnam del Norte. La URSS y China respaldaron a las organizaciones comunistas (o a las coaliciones de predominio comunista). Y así, los conflictos locales se prolongaron durante años y años debido a su implicación internacional. En ambos países, como en Vietnam, triunfaron los comunistas, pero eso no implicó la caída de otros territorios del sudeste asiático, como Birmania o Tailandia.

Laos accedió a la independencia bajo un régimen teórico de monarquía constitucional, pero la inestabilidad fue constante. Es difícil seguir sin perderse la evolución del país, donde una serie de golpes y contragolpes construían y derribaban coaliciones de Gobierno, y donde las radios oficiales pasaban a ser clandestinas y viceversa. En síntesis, y como ocurriría en Camboya, se podían establecer tres fuerzas: una facción derechista, dirigida a comienzos de los años sesenta por el general Phoumi Nousavan; un partido neutralista, dirigido por el capitán Kong Le y el príncipe Souvanna Phouma, que defendía la retirada de todas las tropas extranjeras que hubiera en suelo de Laos y el fin de la injerencia de otros países en la vida nacional; y el Neo Lao Hak Sat (Frente Patriótico de Laos), brazo político del movimiento guerrillero comunista Pathet Lao, liderado por el príncipe Souphanouvong. Las tres llegaron a formar parte de un Gobierno de unidad nacional tras un alto el fuego alcanzado a comienzos de 1962, pero se acusaron mutuamente de romperlo. Para complicar todavía más las cosas, el «neutralismo» no siempre significaba equidistancia: había quienes pensaban que Estados Unidos era el principal foco de inestabilidad en la zona y, por lo tanto, estaban dispuestos a aliarse con el Pathet Lao, si quiera fuera de forma circunstancial. Esta diferencia de criterio llevó a los neutralistas laosianos a dividirse.

Así las cosas, fueron varias las emisoras de radio clandestinas que funcionaron entre 1960 y la victoria comunista de 1975. Los derechistas transmitieron primero desde Radio del Ejército Nacional, con un transmisor situado en Savannaket, en el sur del país, y proporcionado de forma encubierta por Estados Unidos. Fue esta la facción que recibió el apoyo en armas y dinero por parte de la CIA. Desde Laos, la agencia estadounidense puso en marcha varias emisoras de guerra psicológica que imitaban a las radios comunistas de Laos, Camboya y Vietnam del Sur.

Los neutralistas, con la ayuda del Pathet Lao, establecieron en el norte una emisora llamada Radio del Reino de Laos. Cuando Kong Le rompió con ellos, acusándolos de ser «lacayos de los

extranjeros» por permitir la entrada de tropas norvietnamitas en Laos, los neutralistas se dividieron. La facción que apoyaba a Kong Le creó la Radio del Partido Neutralista en diciembre de 1963, pero en marzo del año siguiente sus transmisores fueron capturados por el Pathet Lao. Los neutralistas que continuaron siendo aliados de los comunistas mantuvieron el control de la Radio del Reino de Laos, que en 1966 cambió su nombre por el de radio de las Fuerzas Patrióticas Neutralistas. Continuó emitiendo hasta la victoria comunista de 1975 (Soley y Nichols, 1987: 272-275).

Pero la emisora mejor conocida y de más larga duración fue Radio Pathet Lao. Salió al aire en agosto de 1960. El Pathet Lao recibía ayuda de la URSS y de Vietnam del Norte. A cambio, este país utilizaba el este de Laos para la llamada «senda de Ho Chi Minh», la red de caminos por los que se proporcionaban armas, municiones y otros suministros básicos al Viet Cong en el sur. Eso fue lo que adujo Estados Unidos para extender sus bombardeos a zonas de Laos a comienzos de los años setenta. Radio Pathet Lao denunciaba diariamente estos bombardeos y, siguiendo la estrategia del Viet Cong, defendía que se debían detener esas incursiones aéreas «para crear las condiciones que permitan a los laosianos negociar entre ellos mismos sus asuntos internos, sin interferencias de Estados Unidos». El 12 de octubre de 1970, Radio Pathet Lao anunció que «las fuerzas patrióticas» habían derribado unos mil quinientos aviones desde que empezaron los bombardeos (los informes de prensa, según datos no oficiales, hablaban de que se habían perdido cuatrocientos en el mismo período) (Zasloff, 1973: 75).

La radio servía también para dar instrucciones a los soldados y a la población sobre cómo actuar ante los bombardeos.

Deben actuar de acuerdo con la disciplina de sus batallones o regimientos cuando cocinen o sequen sus uniformes al sol. Deberían hacer fuego sin humo. Los puentes y pistas de aterrizaje deben repararse para su uso en cualquier momento, para que los aviones estadounidenses nunca los destruyan por completo. Nuestros padres, niños y profesores deben formar grupos para mantenerlos en buenas condiciones y reparar cualquier daño debido a las incursiones aéreas estadounidenses. Además, debemos establecer unidades médicas locales para ayudar a las personas heridas por las bombas y balas estadounidenses (Zasloff, 1973: 164).

Radio Pathet Lao fue también una escuela para muchos combatientes, en su mayoría jóvenes campesinos sin ideas políticas formadas, sin habilidades militares y sin apenas instrucción. La radio contribuyó a paliar esos tres defectos, siempre desde la perspectiva ideológica del Pathet Lao.

Obedece las órdenes de tus superiores en todo momento —recordaba una de las emisiones—. Muestra respeto por los ancianos y mujeres, y afecto por los niños [...]. Devuelve lo que tomes prestado; reemplaza lo que pierdas. Haz propaganda, enseña a las personas y ayúdalas con tu trabajo. Muestra respeto por las tradiciones; tolera todas las religiones; respeta los templos y otros edificios sagrados [...]. Sacrifícalo todo a la revolución y lucha contra los imperialistas americanos y sus lacayos para restaurar la paz, la independencia, la soberanía, la unidad y la estabilidad en la nación. Pon toda tu confianza en los líderes del partido [...]. Rechaza las tentaciones del dinero, la belleza y el placer. No reveles secretos; mantente leal a la revolución si eres capturado y torturado (Zasloff, 1973: 165-166).

En los mensajes políticos, Radio Pathet Lao identificaba la revolución con la independencia y con el nacionalismo, pero raras veces se citaba el marxismo-leninismo.

La emisora se utilizaba también para animar al reclutamiento de voluntarios del Pathet Lao y para mostrar su fuerza creciente, a la que contribuía también el número cada vez mayor de desertores del ejército monárquico que se incorporaban a sus filas. Los datos podían ser exagerados, como hemos visto en el caso de los aviones derribados, pero tras ellos había una

realidad: a medida que la guerra de guerrillas se prolongaba, el ejército de la monarquía dependía cada vez más del apoyo estadounidense para mantenerse. Cuando comenzó a retirarse de Vietnam del Sur, Estados Unidos redujo también su intervención en Laos, mientras Vietnam del Norte no dejaba de ayudar al Pathet Lao. La balanza se inclinó definitivamente al lado comunista. El príncipe Souvanna Phouma, que desde su neutralismo había mantenido el Gobierno de Laos durante años, intentó llegar a un acuerdo con los comunistas para minimizar los daños, pero fue inútil. Tras la victoria comunista en Vietnam y Camboya, el Pathet Lao lanzó su propia ofensiva final. En diciembre de 1975 se abolió la monarquía, el país se rebautizó como República Democrática y Popular de Laos y pasó a estar gobernado por un régimen de partido único.

Más complicada y dramática fue la situación de Camboya. Aunque, como decíamos, aquí también había tres facciones en conflicto (comunista, anticomunista y neutralista), dos aspectos diferenciaban a este país de Laos. En primer lugar, el neutralismo lo encabezaba el propio rey, Norodom Sihanouk, una personalidad popular en el sudeste asiático. En segundo lugar, los comunistas camboyanos, los tristemente famosos Jemeres Rojos, dirigidos por Pol Pot, tenían lazos mucho más estrechos con Pekín que con Hanói. El neutralismo de Sihanouk no era ni mucho menos tan proclive a Estados Unidos como el del Gobierno de Laos en las mismas fechas. De hecho, realizó gestos cada vez más hostiles hacia ese país, hasta llegar primero a renunciar a toda la ayuda económica y militar estadounidense, y después a suspender relaciones diplomáticas en 1965. Esto le llevó a forjar una sólida alianza con los Jemeres Rojos, que al final se convirtió en dependencia absoluta.

La derecha camboyanas la representaba el Khmer Serei, organización fundada en 1958. Unos meses después, en la primavera de 1959, puso en marcha su radio clandestina, Radio Khmer Serei. Denunciaba el estilo de vida de Sihanouk, cuestionaba su capacidad para gobernar y criticaba su amistad con China y Vietnam del Norte. Sus transmisores se ubicaban en Tailandia y Vietnam del Sur. Para 1963, la frecuencia y estridencia de estas emisiones aumentó hasta tal punto, que se dice que Sihanouk llegó a estar obsesionado con ellas (Soley y Nichols, 1987: 275-277). Radio Khmer Serei salió del aire en 1966, cuando el entonces primer ministro de Camboya, Lon Nol, incorporó esta fuerza al ejército.

Estados Unidos no podía permitir que Camboya fuera un refugio para los guerrilleros del Viet Cong, y al mismo tiempo impidiera su persecución por las tropas de Vietnam del Sur so pretexto de su neutralidad. Con respaldo estadounidense, Lon Nol, dio un golpe de Estado en marzo de 1970. El rey Sihanouk se exilió en China. Los Jemeres Rojos, apoyados por tropas de Vietnam del Norte, iniciaron una acción guerrillera en gran escala. Lon Nol pidió ayuda a Estados Unidos, que entró en el país para eliminar los refugios comunistas.

En agosto de ese año comenzó a emitir desde el sur de China La Voz del Frente Nacional Unido de Kampuchea (el nombre de la coalición que habían formado los neutralistas de Sihanouk con los Jemeres Rojos). En esta época, sus programas se retransmitían también desde Hanói. En su primera emisión, Sihanouk convocó a los camboyanos a liberar a la patria y a unirse a la lucha revolucionaria en todo el mundo contra todos los dictadores, reaccionarios e imperialistas. Claramente, el golpe lo había empujado más hacia la izquierda.

Inmediatamente, la CIA comenzó a emitir una versión negra de la emisora. Tenía una peculiaridad respecto a otras que había puesto en marcha: al parecer, uno de los locutores

camboyanos que trabajaban en ella podía imitar bastante bien a Sihanouk, lo que hacía la labor de confusión mucho más interesante. Además, la CIA distribuyó cientos de transistores en el campo, bastión tradicional de Sihanouk, sintonizados en la emisora negra. El objetivo obvio era minar la reputación del rey entre los campesinos y aumentar su miedo al imperialismo chino y vietnamita. Al falso Sihanouk se le oía frecuentemente declarar sus estrechos lazos con «ochocientos millones de chinos» y su lealtad a los «pensamientos de Mao Tse-Tung». En una emisión dijo que las tropas vietnamitas habían maltratado a algunos campesinos camboyanos y monjes, y habían dañado el templo sagrado de Ango Wat, un acto por el que pedía perdón por la joven ignorancia de los soldados vietnamitas. Exhortaba a las chicas camboyanas a ayudar a la causa revolucionaria durmiendo con los soldados vietnamitas. Otra emisión presentó un detallado testimonio de cómo Sihanouk había perseguido a los comunistas en los años sesenta (con ella, la CIA trataba de sembrar la discordia entre el rey y los Jemeres Rojos). Cuando por Phnom Penh —la capital de Camboya— corrieron rumores de que Sihanouk estaba muerto o moribundo, el falso rey dijo por la radio negra que seguía vivo, pero enfermo (Soley y Nichols, 1987: 278-279).

Conforme fue pasando el tiempo, a Sihanouk se le oía menos que a los líderes de los Jemeres Rojos en las emisiones de Pekín y Hanói. La influencia comunista crecía cuanto más territorio liberaba la guerrilla. La caída de Phnom Penh se produjo días antes que la de Saigón. Fue el 17 de abril de 1975. Los Jemeres Rojos se hacían con el control de Camboya, que rebautizaban como Kampuchea Democrática. Durante unos meses mantuvieron la ficción de que Sihanouk estaba a la cabeza del Estado, pero a comienzos de 1976 lo confinaron en su palacio y la Constitución estableció una república. Fueron años de terror sin matices. Un ejemplo —menor, si se quiere, aunque significativo— de la política comunista en Camboya es esta declaración programática: «En el plan cuatrienal para 1977-1980 sobre cultura, literatura y arte, todos los vestigios de imperialismo, colonialismo, feudalismo y otras clases de regímenes anteriores deben erradicarse de la cultura y el arte» (VV.AA., 2000: 355). En definitiva, se quería romper con toda la historia anterior de Camboya. Era el maoísmo llevado a sus últimos extremos, con la «reeducación» de los intelectuales, la colectivización a ultranza de la agricultura, la represión despiadada con la sospecha como elemento motor de la vida diaria... Las estimaciones varían, porque los cálculos fueron muy difíciles, pero se cree que entre 1975 y 1978 pudo desaparecer un cuarto de la población de Camboya (es decir, unos dos millones de personas).

Para apuntalar su régimen con el mito del enemigo exterior, Camboya lanzó una serie de ataques contra Vietnam. La respuesta fue implacable. El 25 de diciembre de 1978, un ejército mixto de vietnamitas y camboyanos al frente de un antiguo jemer rojo, Heng Samrin, que había fundado el Frente Unido para la Salvación Nacional de Kampuchea, atravesó la frontera desde Vietnam y el 7 de enero de 1979 ocupó Phnom Penh. El nuevo régimen rebautizó de nuevo el país como República Popular de Kampuchea. Bajo el control de Vietnam, Camboya basculaba hacia la órbita soviética. Pol Pot y los suyos volvían a estar en la clandestinidad.

Inmediatamente se entrevistaron con los líderes chinos, que les prometieron la ayuda que necesitasen para continuar la resistencia, una promesa que incluía dinero, por supuesto, pero también un transmisor de radio. Según un documento capturado después a los Jemeres Rojos, el propio Deng Xiaoping les instruyó sobre las características que debería tener la nueva emisora.

Estamos preparados —les dijo—, pero debemos decirles que la opinión pública en el mundo no es favorable a las emisiones de nuestra radio, o a las de la radio del Partido Comunista de Tailandia o del Partido Comunista de Malasia. Vuestras emisiones se ridiculizarán diciendo que no reflejan la verdad. Por ahora no habléis mucho sobre el partido comunista. Hablad sobre patriotismo, nacionalismo y democracia. La bandera del patriotismo, del nacionalismo y de la democracia es más importante (VV.AA., 2000: 395).

La nueva emisora clandestina de los Jemeres Rojos, llamada Voz de Kampuchea Democrática, salió al aire a mediados de enero. Llamando expansionistas, anexionistas y genocidas a los vietnamitas, las emisiones prometían que los Jemeres Rojos continuarían luchando hasta que todos los «bandidos» vietnamitas fueran expulsados. A comienzos de 1983 se le añadió otra emisora llamada Voz del Ejército Nacional de la Kampuchea Democrática (Soley y Nichols, 1987: 281-282).

Al parecer, el régimen implantado por Vietnam en Camboya fue más humanitario que el de los Jemeres Rojos (siempre, claro está, dentro de lo que puede ser un sistema de partido único con sus cargas de represión política y censura informativa). Pero era el régimen de un país ocupado que tenía que enfrentarse a una guerra contra múltiples guerrillas. En los meses siguientes se unieron a los Jemeres Rojos dos grupos de oposición: un partido republicano anticomunista (el Frente Nacional de Liberación del Pueblo Khmer) y un partido monárquico fundado por Sihanouk (el Frente Unido Nacional para una Camboya Independiente, Pacífica y Cooperativa, o FUNCINPEC). Y se consiguió lo imposible: los antiguos enemigos que se habían combatido hasta la muerte se unieron en junio de 1982 en un Gobierno de Coalición para una Kampuchea Democrática, presidido por Sihanouk. El sentimiento nacional contra la invasión vietnamita se imponía a cualquier otra consideración (Bekaert, 1993: 130-131). Se produjo entonces una de esas paradojas tal vez explicables en el campo geopolítico, pero incomprensibles desde el punto de vista moral. Para oponerse a Vietnam (es decir, a la URSS), China y Estados Unidos se encontraron del mismo lado, apoyando a una coalición en la que el predominio de los Jemeres Rojos era notorio, tanto en armas como en soldados. Eso sí, cada guerrilla actuaba con relativa autonomía en lo político y en lo militar. A las emisoras de los Jemeres Rojos se unieron otras como La Voz del Khmer o la Radio de la Resistencia Conjunta, con señales más débiles.

A mediados de los años ochenta, los Jemeres Rojos adoptaron una nueva estrategia. Comprendiendo que no podían derrotar al ejército vietnamita, se dispusieron a hacer cada vez más impopulares a los ocupantes entre la población de Camboya. La guerra psicológica se imponía a la lucha convencional. En los pequeños pueblos, aislados de las ciudades, los soldados de la guerrilla incitaban a los campesinos y funcionarios a evitar cualquier colaboración con los «agresores». Era la táctica de los «tres noes», que La Voz del Ejército Nacional para una Kampuchea Democrática hizo pública en marzo de 1987: no vender arroz o cualquier cosa útil al enemigo, no participar en los trabajos de defensa y no colaborar con la Administración «títere». En este cambio de imagen, a los guerrilleros se les prohibía explícitamente hacer «cualquier cosa que pudiera dañar a la nación», perjudicar a las personas o a sus propiedades (al parecer, las quejas por el trato de los Jemeres Rojos a los civiles fueron en esta época menores que las de las facciones anticomunistas) (Bekaert, 1993: 132).

El desgaste de años de lucha y la distensión en la Guerra Fría que precedió al colapso de la URSS facilitaron el fin del conflicto. Vietnam retiró sus tropas de Camboya en septiembre de 1989. Las negociaciones entre todas las partes concluyeron en los acuerdos de París de octubre de 1991. Sihanouk volvía a reinar en la Kampuchea Democrática, convertida en monarquía

constitucional. Las emisoras de los Jemeres Rojos se transformaron en una sola llamada Voz del Frente de la Gran Unión Nacional de Camboya. Desde ella, la organización anunció la ruptura con el acuerdo de paz, con el argumento de que Vietnam en realidad seguía presente con sus asesores marcando la evolución política del país. En una de sus emisiones, su radio acusaba a «soldados vietnamitas disfrazados» de «atracar joyerías y bazares, robar coches y motos, y disparar bárbara y cruelmente a sus propietarios» (Bekaert, 1993: 137). Los Jemeres Rojos se sentían además hostigados por parte de la población, por las demás fuerzas políticas y por el organismo creado por la ONU para verificar la transición a la democracia. Todos —afirmaban— querían eliminarles de la escena, más que desarrollar los acuerdos de París.

Pero a la organización maoísta ya no le quedaba mucho tiempo de vida. Los últimos años fueron de decadencia y desintegración. Se les ilegalizó en 1994. Refundaron entonces nuevamente su emisora, que bautizaron como Radio del Gobierno Provisional de Unión Nacional y Salvación Nacional de Camboya. Emitía en la frontera con Tailandia. Parecía que, cuanto menor era la influencia de la guerrilla, más largo era el nombre de su radio. Carentes de apoyos externos, combatiendo por su propia supervivencia más que por cualquier causa ideológica, los Jemeres Rojos acabaron desangrándose en luchas intestinas mientras aumentaban las deserciones y el Gobierno de Camboya aplicaba una hábil política de amnistías para minar aún más sus filas. El golpe más duro lo sufrieron en 1996, cuando Ieng Sary, mano derecha de Pol Pot, negoció un acuerdo con el Gobierno para entregarse junto a miles de guerrilleros. El propio Pol Pot acabó condenado por los suyos a un arresto domiciliario hasta que murió en 1998. Fue el fin de un conflicto alimentado por la Guerra Fría, a la que sobrevivió diez años.

⁷⁰ www.clandestineradio.com y <http://taiwantoday.tw>, donde se recogen algunas noticias relativas a ella.

⁷¹ www.clandestineradio.com.

⁷² www.clandestineradio.com.

⁷³ www.clandestineradio.com.

⁷⁴ Por la primera hipótesis se inclinan Soley y Nichols (1987: 266), y la segunda aparece en el apartado dedicado a la emisora en www.clandestineradio.com.

CAPÍTULO 9

África y Oriente Medio: la eclosión de las radios clandestinas

NUEVOS ACTORES, VIEJAS ASPIRACIONES

Hasta mediada la década de los sesenta, apenas había habido radios clandestinas en el África subsahariana. Una emisora proaliada llamada Freedom Station emitió hacia Sudáfrica al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Durante la crisis del antiguo Congo belga, al comienzo de los sesenta, hubo radios contrarias al presidente Lumumba antes de que lo asesinaran (Soley y Nichols, 1987: 75). Esta situación de escasez cambió drásticamente en los años siguientes. Fue una expansión sin precedentes, que superó a otras regiones del Tercer Mundo y que involucró a distintos países a la vez como emisores y receptores. Este hecho solo puede entenderse si primero tenemos en cuenta el papel principal que los nuevos países independientes otorgaron a la radio, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

Los dirigentes de los nuevos Estados africanos veían la radio como el canal más adecuado para dirigirse a unas poblaciones en su mayoría pobres, analfabetas, dispersas y sin una conciencia de identidad nacional clara, ya que en las independencias se respetaron las fronteras artificiales fijadas por los colonizadores a finales del siglo XIX. La radio sería, pues, un vehículo de cohesión, de desarrollo, de información, de cultura y de entretenimiento. Podría llegar a los distintos grupos étnicos en sus propias lenguas vernáculas e insertarse con facilidad en las tradiciones de oralidad de esas comunidades. En 1977 había en África once veces más aparatos de radio que de televisión (Albert y Tudesq, 1982: 160). El primer punto de fricción fue la forma en la que ese vehículo se utilizó en la práctica.

En buena parte de los países, tras la independencia no llegó una democracia parlamentaria al estilo occidental, sino regímenes de partido único (de partido-Estado) con un fuerte protagonismo del ejército: los militares lideraron los partidos, en unos casos, o acabaron reemplazándolos, en otros. La fisonomía de esos regímenes cambió con los años: en los sesenta muchos adoptaron lo que se conoció como «socialismo africano» o «socialismo islámico», dos denominaciones que en realidad no tenían un corpus doctrinal muy coherente, que incluían caminos específicos, pero que tenían en común el deseo de progreso y transformación social independiente de las dos superpotencias; en los años setenta, en cambio, muchos países se adhirieron formalmente al marxismo-leninismo tras conquistar su independencia, o después de vivir revoluciones o golpes de Estado (lo hicieron en algún momento CongoBrazzaville, Benin, Somalia, Etiopía, Angola, Mozambique, Guinea-Bisáu, Madagascar, Zimbabue o Burkina Faso). Existían también, claro, naciones que se convirtieron en bastiones del anticomunismo, sin que por ello fueran entusiastas de la democracia. Para complicar aún más las cosas, en muchos países que acogían a distintas etnias o tribus no había un Gobierno pluralista, sino dominado por una de ellas.

En todos esos casos, la radio se utilizó de una forma unilateral y vertical, al servicio exclusivo

del partido único o del poder militar. Por razones ideológicas, lingüísticas, étnicas..., el principal medio de comunicación de África no reflejaba las opiniones y las acciones de parte de la población a la que pretendía llegar. Los grupos discriminados, marginados, cuando no perseguidos, no se resignaron al silencio.

En cuanto al papel de la radio en el terreno internacional, los regímenes africanos ideológicamente más activos la pusieron desde el primer momento al servicio de dos ideas: liberación y unidad. Dos focos principales de opresión quedaban en África al comenzar los años setenta. Por un lado, las colonias portuguesas: en Angola, Mozambique y Guinea-Bisáu había guerra de guerrillas contra la metrópoli y, en la primera de ellas, una incipiente guerra civil. Por otro, los países del África austral regidos por colonos blancos que discriminaban y segregaban a la mayoría negra: Sudáfrica, Rodesia y Namibia.

A medida que se constituían los nuevos países, aumentaban los polos de difusión de esas ideas de liberación y unidad. Desde Egipto y Argelia, las emisiones anticoloniales se extendían hacia el sur del continente. Ghana accedió a la independencia en 1957 y al año siguiente su presidente, el emblemático Kwame Nkrumah, compró tres transmisores de cien kilovatios para lanzar un servicio que asegurara «la liberación y la unidad de todo el continente africano» (Mosia *et al.*, 1994: 6). Lo mismo hicieron en 1964 Zambia (la antigua Rodesia del Norte, que ese año adquirió su independencia) y Tanzania (cuando se fundó tras la unión de las ya independientes Tanganica y Zanzíbar bajo la dirección del también carismático Julius Nyerere). Ambos países acabaron congregando la variedad más amplia de emisiones nacionalistas, debido a su proximidad a los territorios donde aún se luchaba, a su compromiso con la eliminación de la influencia colonialista, y también a la importante ayuda financiera y técnica que recibieron de la China Popular para la expansión de su potencia de emisión (Kushner, 1974: 307).

En el verano de 1973, diez movimientos de liberación tenían sus cuarteles generales o sus oficinas administrativas en Tanzania, y siete de ellos difundían programas desde el transmisor de onda corta de cien kilovatios de Dar Es Salaam. Eran espacios cortos, normalmente entre quince y cuarenta y cinco minutos, que se difundían de tres a siete días a la semana (Kushner, 1974: 301). En 1975, por ejemplo, Tanzania dedicaba a los movimientos de liberación un total de diez horas y media a la semana (el diecisiete por ciento del tiempo de su servicio exterior) (Mosia *et al.*, 1994: 7). A partir de ese año, Angola y Mozambique colaboraron con los movimientos que aún seguían luchando. Es verdad que muchas veces en los países emisores había la sensación de que las cosas no avanzaban al ritmo que a ellos les gustaría. Un comentario transmitido en el servicio nacional de Radio Zambia en 1972 decía:

Los zambianos están hartos de propaganda barata. La crisis de Rodesia ha llegado a un momento decisivo que demanda acciones, no palabras. Desafiamos a los llamados movimientos de liberación a que informen al público de Zambia sobre los pasos que están dando para liberar a sus patrias en esta fase (Kushner, 1974: 302).

Pero la liberación de todos los territorios formaba parte de un ideal más amplio, el que se plasmó en 1963 en Addis Abeba cuando se creó la Organización para la Unidad Africana (OUA). La Voz de África, desde El Cairo, emitía en 1970 en diecinueve lenguas. Pero a algunos no les parecía suficiente. Ese mismo año, la Unión de Radiodifusión de los Estados Árabes recomendaba que sus miembros publicitasen y apoyasen a los movimientos de liberación africanos. En 1972, el embajador de Liberia en Tanzania, al presentar sus credenciales ante el

presidente Nyerere, mencionó la necesidad de crear en África una emisora más potente que cualquiera de las que existiesen hasta ese momento para dar la réplica a Radio South Africa (el servicio exterior de la radio sudafricana, que intentaba limpiar la mala imagen del país en el mundo por el «apartheid») (Kushner, 1974: 304 y 306). Los líderes ideológicamente más activos eran conscientes de que solo podrían explicarse y aspirar a ser entendidos si sonaban con su propia voz.

Fue esta la época de la reacción del Tercer Mundo —y de algunos importantes académicos del Primer Mundo— contra el desequilibrio en los flujos de la información y del entretenimiento, en los que los países en desarrollo eran la mayoría, pero los países desarrollados tenían la hegemonía. Durante los años sesenta, solo la cuarta parte de las noticias que servían las cuatro agencias de noticias occidentales (AFP, AP, Reuters y UPI) emanaban de los países en desarrollo o tenían que ver con ellos, a pesar de que sus habitantes constituían cerca de los dos tercios de la humanidad. Y, de ellas, la mayor parte eran negativas: se ocupaban de desastres, intrigas políticas y militares o hambrunas (Briggs y Burke, 2002: 288-289). «La imagen que se da de los países en vías de desarrollo es, a menudo, falsa, deformada y, lo que es más grave, esta imagen es la que se presenta a los países en vías de desarrollo», decía un documento de la UNESCO ya en 1969 (Mattelart, 2003: 258).

Esta desigualdad llevaba aparejada otra: el Tercer Mundo, formalmente independiente, seguía recibiendo y redifundiendo las perspectivas y los sistemas de valores del Primer Mundo. Era lo que se conoció como «imperialismo cultural», según el cual los intereses comerciales de las grandes corporaciones transnacionales —actuando en colaboración con los intereses políticos y militares occidentales— se imponían a las culturas tradicionales de cada país hasta llegar a ahogarlas. Es cierto que el concepto de «cultura tradicional» puede ser engañoso, porque en su versión más reduccionista puede sugerir que las diferentes civilizaciones africanas o asiáticas permanecieron puras e inalteradas hasta la llegada de los colonizadores (como si entre ellas no hubieran existido conflictos o como si el mestizaje no hubiera sido siempre la vía de evolución de los pueblos). Es cierto también que el concepto de «imperialismo cultural» apenas explica cómo el comunismo y el nacionalismo —y no el modelo occidental— se convirtieron en sistemas dominantes en muchos países del Tercer Mundo (Thompson, 1998: 219-226). Pero también es cierto que desde distintos sectores se han impulsado medios de proximidad para reflejar los valores y las demandas de comunidades que estaban ausentes de las grandes emisoras de sus propios países.

El debate sobre la necesidad de un «nuevo orden mundial de la información y la comunicación» adquirió a finales de los años setenta dimensiones mundiales —llegó a estar años sobre la mesa de las reuniones de la UNESCO. Un debate que incluyó, entre otras cosas, peticiones para una redistribución de las ondas, de modo que no primara el «derecho de conquista» sobre las frecuencias (Mattelart, 2003: 245-246). Un orden más justo, en el que la dependencia económica y tecnológica del Tercer Mundo no se viera incrementada por su dependencia cultural. Claro que todos estos factores estaban interrelacionados. Como explicó en 1978 una de las revistas más comprometidas con estos análisis, «sin información —esto es, sin la oportunidad de seleccionar, distribuir y discutir la información— no se tiene poder. Los que carecen de información suelen ser los más conscientes de esta relación» (Briggs y Burke, 2002: 287).

Luego, con el paso de los años, el impulso de esos ideales perdió fuerza. El subdesarrollo, que debería ser provisional, se hizo crónico. Otra cosa es discutir si eso ocurrió por unas estructuras económicas de dependencia heredadas del colonialismo, o por la propia configuración de los Estados (con conflictos interétnicos dentro de los países y en relación con los territorios vecinos), o por la incapacidad de unos dirigentes corruptos más preocupados por engrosar sus cuentas corrientes gracias a las ayudas internacionales que por mejorar el nivel de vida de la población. Surgieron además constantes focos de inestabilidad política, tanto guerras civiles como conflictos entre países. Unos trataban de aumentar su peso regional; otros eran peones de las dos superpotencias, que intervenían de forma indirecta para establecer zonas de influencia.

La eclosión de las radios clandestinas en el África subsahariana se debió, pues, a la confluencia de esos factores internos y externos. Los grupos que buscaban la independencia de sus territorios, el fin de la discriminación racial o hacerse oír frente a unos regímenes que les negaban el acceso a los medios de comunicación buscaron el apoyo de otros países que simpatizaban con su causa. Varios de ellos se vieron así envueltos en distintas actividades armadas y de propaganda que a menudo se entrelazaban. Libia, Chad, Sudán, Etiopía, Eritrea, Somalia, Sudáfrica, Angola, Mozambique..., son algunos ejemplos. En las páginas siguientes estudiaremos varios.

Por otra parte, Oriente Medio siguió siendo la región convulsa que habíamos descrito en el capítulo 6. A partir de la segunda mitad de los años sesenta, los palestinos comenzaron a tener unas voces propias en la radio —aunque, como veremos, no siempre coherentes y bien coordinadas— para apoyar su lucha contra Israel. Pero, además, los países más importantes de la zona (Egipto, Arabia Saudí o Irán) entraron en conflicto en Estados más pequeños, como Yemen del Norte, donde una guerra civil de ocho años (1962-1970) enfrentó a los republicanos apoyados por Egipto con los monárquicos apoyados por Arabia Saudí. O Yemen del Sur, que tras liberarse con éxito de Inglaterra en 1967 proclamó un régimen marxista-leninista. Todos esos enfrentamientos también se reflejaron en las ondas, en multitud de radios que hablaban en nombre de grupos de oposición reales o ficticios. Emisoras de duración variable, pero de escasa importancia en el desarrollo de los acontecimientos.

Hay un último elemento, esta vez tecnológico, que afectó de forma notable a la actividad de las radios clandestinas desde mediados los años setenta: la generalización de la FM. El método de variar la frecuencia de una onda en vez de su amplitud para crear un sonido lo había patentado en 1933 Edwin Armstrong, uno de los grandes pioneros de la radio. Con esta forma de transmisión, se recibían unas señales mucho más claras y libres de parásitos atmosféricos. Parecía, pues, un sistema ideal para sustituir en poco tiempo a la AM. Pero llegó en un mal momento. En los años treinta, los de la Gran Depresión, la industria no estaba en condiciones de afrontar lo que tendría que ser una transformación radical tanto de los transmisores como de los receptores. En 1940, Armstrong consiguió el permiso para construir a su costa una emisora experimental de FM en Nueva Jersey (Bathgate, 2014). Pero la Segunda Guerra Mundial y las disputas comerciales retrasaron la extensión de la nueva tecnología primero en Estados Unidos y luego en el resto del mundo.

La FM colocó a las emisiones clandestinas ante una coyuntura difícil. Por un lado, contribuyó a renovar la audiencia del medio, a captar a un público ante todo joven y urbano que encontraba en la radio una programación cada vez más especializada (en buena medida musical) y con una

muy buena calidad de sonido. A los movimientos clandestinos les interesaba también llegar a ese público para extender su mensaje en las grandes ciudades y para reclutar nuevos activistas. Pero, a mediados de los años setenta, la inmensa mayoría de emisiones clandestinas se realizaban en onda corta (como llevaban haciéndolo desde que apareció el género). O las organizaciones clandestinas conseguían entrar de algún modo en la FM, o podían verse condenadas a emitir en bandas que cada vez se oían menos.

Se podía transmitir en frecuencia modulada con aparatos relativamente ligeros y baratos, pero había un problema importante: las ondas en FM se propagan en línea recta, no rebotan en la ionosfera como la onda corta, y por eso alcanzan distancias mucho menores. Para grupos ilegales y perseguidos, aumentar la cercanía a los oyentes era aumentar también los riesgos. Para emitir en FM, los movimientos clandestinos tenían en esencia dos opciones: una, adoptar tácticas de guerrilla radiofónica (interferir con transmisores móviles las emisiones oficiales); otra, transmitir desde una zona «liberada» (cuando había una guerrilla capaz de hacerlo) o desde la frontera de un país «amigo» con aparatos de alta potencia, pero siendo conscientes de que las señales solo alcanzarían a las zonas más cercanas. De lo contrario, las organizaciones clandestinas podían quedar cada vez más separadas de sus oyentes y seguidores potenciales. Fue lo que ocurrió, en buena medida, con los movimientos de liberación y contra la discriminación racial que se desarrollaron en el sur de África.

BLANCOS Y NEGROS EN EL ÁFRICA AUSTRAL

La lucha por la independencia en los dominios británicos del sur de África no respondió al clásico esquema colono/colonizado. En el resto del continente donde la población blanca era dominante, pero minoritaria, su poder se esfumó con la retirada de las metrópolis. En las colonias británicas de Sudáfrica y Rodesia, en cambio, los blancos de origen europeo habían constituido regímenes fuertes que no estaban supeditados a la presencia de la Administración colonial. Fueron regímenes que pervivieron durante décadas enquistados en sus posiciones racistas y anacrónicas, condenados por la comunidad internacional, pero al mismo tiempo útiles para contener la expansión comunista en África durante la Guerra Fría.

En Sudáfrica, en especial a partir de 1948, una minoría blanca de apenas cuatro millones de personas impuso un régimen de «apartheid» a una población negra de quince millones (Procacci, 2001: 397). La segregación racial, cada vez más radical, afectaba a todos los ámbitos de la vida cotidiana, siendo el más visible de ellos tal vez la concentración de los no blancos en territorios delimitados («townships»). Para garantizar el predominio total de este nacionalismo racista blanco sin interferencias, Sudáfrica se convirtió en república independiente en mayo de 1961 y abandonó por completo la Commonwealth. Las tensiones, en este ambiente, no solo resultaban inevitables, sino lógicas. El movimiento que lideraba el nacionalismo negro en Sudáfrica era el Congreso Nacional Africano (ANC, en sus siglas inglesas), fundado en 1912 y prohibido en 1958.

Parte de Rodesia (la actual Zimbabue) siguió un camino similar. El norte de la región se independizó en 1964 con el nombre de Zambia. En el sur, sin embargo, ante las diferencias surgidas con el Gobierno inglés, y para evitar una descolonización que implicaría la pérdida de

su posición de dominio, la minoría blanca proclamó unilateralmente la independencia en 1965, manteniendo el nombre de Rodesia. Gran Bretaña no reconoció la nueva república que, de este modo, quedó fuera de la Commonwealth. Sudáfrica, por supuesto, apoyó el mantenimiento del sistema de supremacía blanca, que así se convertía en aliado esencial en una zona rodeada de Estados hostiles. El nacionalismo negro tuvo en Rodesia dos representantes principales: la Unión Popular Africana de Zimbabue (ZAPU, en sus siglas inglesas), creada en 1961 y de tendencia prosoviética, y la Unión Nacional Africana de Zimbabue (ZANU), creada en 1963 como escisión maoísta de la ZAPU. En 1976, ambos formaron un Frente Patriótico para oponerse al Gobierno blanco.

Luego estaba la cuestión de Namibia, una colonia alemana que tras la Primera Guerra Mundial la Sociedad de Naciones puso bajo la administración de Sudáfrica. La medida, transitoria, se fue consolidando con el paso del tiempo. Sudáfrica se negó a descolonizar el territorio tras la Segunda Guerra Mundial, desobedeciendo incluso a la ONU, que en octubre de 1966 puso a Namibia bajo su autoridad directa. Sudáfrica exportó a Namibia muchos elementos del «apartheid». Así que, en esta zona del África austral, la lucha de la mayoría negra era al mismo tiempo contra el racismo blanco y por la independencia. Esa lucha la capitalizaría sobre todo la Organización Popular del África Suroccidental (SWAPO, en sus siglas inglesas).

Las cuatro organizaciones nacionalistas negras emplearon la radio para oponerse a los regímenes de las minorías blancas. Para las cuatro,

la radio fue un medio efectivo de comunicación militar. Fue también una de las distintas herramientas de educación política y concienciación del pueblo, permitiendo a los partidos difundir sus metas ideológicas y comunicar las condiciones cambiantes de la lucha a sus seguidores a menudo analfabetos (Mosia *et al.*, 1994: 3).

Las cuatro dependieron de otros países para difundir sus emisiones: primero el Egipto de Nasser, luego la Tanzania de Nyerere y más tarde Angola y Mozambique cuando se independizaron de Portugal. En consecuencia, poco podían hacer además de quejarse cuando por motivos internos o externos esos países «amigos» decidían suspender temporalmente las emisiones (Tanzania y Zambia lo hicieron con las del ANC en 1970 y 1975 respectivamente durante unos meses). Por último, los Gobiernos de Sudáfrica y Rodesia también adoptaron estrategias comunes para ahogar la voz de las mayorías en la radio: a la censura de los medios oficiales unieron la interferencia de las emisiones clandestinas, pero sobre todo desarrollaron una política hábil y hasta cierto punto exitosa de fomento de la FM en las comunidades negras, para apartar a los oyentes de la onda corta y desvincularles así de los líderes en el exilio. Además, como respuesta al apoyo que Angola y Mozambique brindaban a las cuatro organizaciones, los Gobiernos blancos intervinieron en ambos países tras su independencia, tanto en el terreno militar como en el radiofónico (en el apartado siguiente los encontraremos patrocinando emisiones clandestinas de grupos de oposición anticomunistas, financiados y armados también por ellos).

El Congreso Nacional Africano hizo oír su voz primero desde dentro de Sudáfrica. Con su organización prohibida, con las protestas sociales y económicas duramente reprimidas, e influido por otros movimientos de liberación, el ANC concluyó que la única forma de acabar con el «apartheid» era la vía militar. Junto al Partido Comunista de Sudáfrica creó un movimiento armado nominalmente independiente, el Umkhonto We Sizwe («la lanza de la nación»), que

realizó sus primeras acciones formales en diciembre de 1961. En los dos años siguientes colocó más de doscientas bombas y llevó a cabo otros actos de sabotaje en las principales ciudades de Sudáfrica (Davis, 2009: 350). Un número impresionante para un efecto insignificante. Los ataques no ayudaron a provocar una insurrección popular masiva; al contrario, sirvieron para aumentar la represión gubernamental. El líder del ANC, Nelson Mandela, se encontraba preso desde 1962, en el estadio inicial de esta nueva fase de la lucha. Este fracaso se debió, según algunos dirigentes del movimiento, a que no se crearon las condiciones políticas que acompañaran la lucha militar (no se explicó bien a las masas el giro estratégico). Además, el ANC y su brazo armado no eran la única organización «antiapartheid», así que debían convencer a la población negra de que sus planteamientos eran los correctos. Por eso se pensó en transmitir propaganda a través de una emisora clandestina.

En la noche del 26 de junio de 1963, tres activistas del ANC viajaron hasta un suburbio blanco de Johannesburgo. Montaron una antena de aluminio construida por ellos, que pintaron de negro con spray para evitar que la policía la detectara con sus reflectores. Mientras uno esperaba al volante de un coche y otro vigilaba, el tercero conectó el improvisado transmisor a un magnetófono. Así salió al aire la primera emisión de Freedom Radio. Contenía dos declaraciones de dirigentes del ANC que en total duraban menos de quince minutos. No se hizo ningún intento de publicitar las emisiones de antemano, ni se calculó el alcance de la recepción. Pese a estas precauciones, la policía claramente tenía conocimiento previo de esta transmisión, tal vez a través de informantes infiltrados en el ANC. Menos de dos semanas después, la policía inició una operación que llevó a la cárcel a casi toda la cúpula del Umkhonto We Sizwe. En junio de 1964, los siete principales líderes detenidos en aquellas redadas, entre ellos el creador de Freedom Radio, fueron condenados a cadena perpetua (Davis, 2009: 351).

El ANC no tuvo nunca más una emisora clandestina autónoma. Cuando reapareció en la radio, fue con tiempos cedidos por países «amigos». Cuándo ocurrió varía según las fuentes. Algunas sitúan las primeras emisiones en 1967 en Lusaka (Zambia) y otras en 1968 o 1969 en Dar Es Salaam (Tanzania) (Davis, 2009: 360). En esos años se reorganizaron las estructuras políticas y militares en el exilio, incluido su Departamento de Información y Publicidad, que coordinaría las emisiones. La presencia de la organización en las ondas creció a medida que otros países le prestaban sus instalaciones: a Tanzania y Zambia se unieron Angola (1977), Madagascar (1979), Etiopía y Zimbabue (1981) (Mosia *et al.*, 1994: 8). Los nombres de estos programas difirieron en un principio, pero acabaron unificados como Radio Freedom.

Las emisiones siempre empezaban con el sonido de un rifle de asalto AK47 y los llamamientos «Amandla» («poder») y «Mayibuye» («que vuelva», en referencia a África), seguidas de un verso de la canción revolucionaria «Hamba kahle Mkhonto We Sizwe». Después, una voz que decía «This is Radio Freedom, the voice of the African National Congress» («Esta es Radio Freedom, voz del Congreso Nacional Africano»). Generalmente consistían en una mezcla de noticias, comentarios políticos, entrevistas a los dirigentes del ANC y música compuesta y grabada por los exiliados en los campos de entrenamiento del Umkhonto We Sizwe. Difundían mensajes sobre la historia y las políticas de la organización, haciéndola así presente de forma constante en el país, en un tiempo en que su literatura no podía distribuirse fácilmente. Los formatos en la emisión de los distintos países dependían de la creatividad de los trabajadores de cada equipo, pero también del tiempo que se les concedía. La mayoría de los programas eran en

inglés, para unir a todas las etnias de Sudáfrica (que tenían distintas lenguas vernáculas) y para asegurar que los mensajes llegaban también a la población no negra y a la comunidad internacional. No obstante, también había espacios en lenguas como sotho, tsonga, zulú y xhosa, e incluso en afrikaans (el idioma de los opresores).

Los países de acogida proporcionaban de forma gratuita el acceso a las agencias de noticias y el material para la grabación y emisión. Así que el ANC no necesitaba apenas dinero para sostener su esfuerzo radiofónico, salvo para mantener a sus redactores y locutores. Pero a mediados de los años setenta empezaron a llegar donaciones occidentales específicamente dirigidas a la radio. Incluso se estableció un grupo en Holanda con el nombre de Omroep Voor Radio Freedom (transmisores para radio Freedom). Era una forma de solidarizarse con la causa sudafricana sin apoyar directamente a la guerrilla. El ANC era aliado de los comunistas y defendía la lucha armada, así que la ayuda occidental se justificaba como algo más moral que ideológico. Por eso se financiaba la radio, un contrapeso no violento a una sociedad censurada. Gracias a estas donaciones, el ANC creó una oficina en Londres encargada, entre otras cosas, de escribir material para las emisiones de radio. También se instaló un estudio propio de grabación para el equipo de Radio Freedom que trabajaba en Lusaka. Los programas seguían emitiéndose desde Radio Zambia, pero ahora los trabajadores tenían más autonomía para producirlos. Este estudio, además, se convirtió en una especie de cabecera para los equipos de los países vecinos. Un teletipo permitía recibir informaciones desde Londres y enviar material a cualquier parte del continente. Después se construyeron estudios similares en Tanzania, Etiopía, Angola y Madagascar, y estos países garantizaron al menos una hora diaria a las emisiones del ANC (Davis, 2009: 365-367).

El mayor problema con el que se encontraban los trabajadores de Radio Freedom era la escasez de informaciones directas de Sudáfrica y de retroalimentación con su audiencia. No había corresponsales formales dentro del país. La gente enviaba a la emisora recortes de periódicos, transcripciones de entrevistas y grabaciones de discursos o manifestaciones, pero en un mes podían recibirse de media «dos o tres cartas que no daban una clara idea de lo que estaba pasando exactamente en nuestra tierra», según afirmó Everest Siyeka, responsable de un espacio de correo del oyente en el programa de Radio Freedom en Lusaka (Mosia *et al.*, 1994: 8-9).

Pero podríamos ir más allá y preguntarnos si ese problema de la radio se extendía al conjunto del ANC, es decir, si había una conexión entre las líneas políticas marcadas desde el exilio y la actuación de la comunidad negra en Sudáfrica, o si el prestigio simbólico de los dirigentes exiliados era mayor que su influencia real. Las respuestas difieren sorprendentemente según los estudios. Algunos afirman que Radio Freedom «moldeó la educación política e [...] influyó las actividades políticas dentro del país» (Lekgoathi, 2010: 139). Otros, en cambio, son mucho más escépticos y señalan que «el ANC fracasó en incorporar a la radio en un plan coherente de movilización política dentro de Sudáfrica a finales de los sesenta y principios de los setenta» por los conflictos sobre táctica y estrategia entre las facciones nacionalistas y por la ausencia de éxitos militares y organizativos reales que transmitir (Davis, 2009: 361).

Según este último análisis, esa incapacidad de la emisora y del partido para marcar los tiempos y las formas de la movilización política en Sudáfrica se puso de manifiesto con los disturbios de Soweto, el barrio negro a las afueras de Johannesburgo. El 16 de junio de 1976, la policía mató a varios estudiantes al disolver una manifestación pacífica. La oleada de protestas se

extendió por toda la nación. Se calcula que en los días siguientes murieron unas mil personas. Mientras las guerrillas en el exilio estaban desilusionadas y envejecidas por la falta de nuevos reclutas y proseguían las tensiones y divisiones entre los líderes del movimiento, en el interior del país la rabia ante la discriminación continuada había estallado de forma espontánea, sin obedecer a ninguna consigna de insurrección y sin una estrategia que canalizara las protestas. Es lo que pasaría una década después en Palestina cuando se iniciara la «Intifada». Radio Freedom sirvió al ANC para presentarse como la vanguardia de un movimiento que no había sabido prever ni entender por completo. Dos días después de los disparos, Radio Freedom difundió una declaración desde Tanzania indicando que «la violencia de los opresores solo puede ser combatida y derrotada por la violencia revolucionaria de las masas». Un locutor dijo a los sudafricanos que estuvieran «preparados para el enfrentamiento final con los racistas», pero sin concretar cómo ni cuándo (Davis, 2009: 364). Ante la represión, miles de jóvenes abandonaron el país y se unieron a los movimientos de liberación en el exilio. Esta nueva generación traía su propio lenguaje de protesta y la realidad de un país diferente del que recordaban muchos viejos exiliados. Radio Freedom se benefició de esta renovación de mentalidades.

La segunda mitad de los años setenta vio también incrementarse la lucha en Namibia. La SWAPO había iniciado sus acciones armadas en 1966, pero solo con la independencia de Angola dispuso de unas bases estables fuera del país desde las que conducir la guerra de guerrillas. Esa lucha armada no obtuvo apenas triunfos. Se la ha llamado «posiblemente la más inepta en el Tercer Mundo». La SWAPO nunca estableció una presencia militar significativa en el país, y mucho menos zonas «liberadas». Pero su actividad diplomática internacional y su capacidad para movilizar a las masas fueron mucho más importantes (Sturges *et al.*, 2005: 748-749). En 1966 salió al aire desde Tanzania un programa llamado Namibian Hour (La Hora de Namibia). En 1973 empezó a emitirse también desde Zambia y un año más tarde se rebautizó como Voice of Namibia (La Voz de Namibia). Un boletín de la SWAPO definió el programa como «el principal canal a través del cual los patriotas de Namibia podían hablar libremente a los suyos y al mundo sobre la situación colonial en Namibia» (Mosia *et al.*, 1994: 9). Como Radio Freedom, también se difundió desde Angola, Etiopía, Zimbabue (tras su independencia en 1980) e incluso el Congo-Brazzaville. Y, como la emisora de Sudáfrica, nació para saltar las barreras de la censura, para dar una visión alternativa de la realidad, contrarrestar la propaganda gubernamental negativa sobre la SWAPO y educar políticamente a la gente para apoyar la lucha (por ejemplo, proporcionando comida, agua y refugio a los combatientes de la SWAPO). Aunque la gran mayoría de sus oyentes eran negros, a veces se dirigió a los blancos de Namibia para animarles a resistir también ellos la ocupación de Sudáfrica.

Para esa época, hacía años que el Gobierno sudafricano había iniciado la ofensiva contra Radio Freedom y Voice of Namibia. Primero estaban los castigos: escuchar la emisora del ANC era un crimen que podría acarrear una pena máxima de hasta ocho años de cárcel (Lekgoathi, 2010: 144). En el terreno radiofónico, por un lado, se modificó el servicio exterior al crear en 1965 Radio South Africa, para dar una imagen amable del país y contrarrestar el repudio internacional a la segregación. Por otro, el Gobierno creó en Sudáfrica y en Namibia unas redes de emisoras en FM de corto alcance para comunidades étnicamente diferenciadas. Aunque proporcionaban una calidad de sonido mucho mejor, el Gobierno reconoció sin ambages que se ponían en marcha por motivos sobre todo políticos.

El problema —dijo en el Parlamento el ministro de Telégrafos y Teléfonos— es que en el momento en que damos al nativo una radio y le animamos a escucharla, ponemos en sus manos un arma que tal vez pueda dañarle. Puede que no use su radio para escuchar lo que es bueno para él, sino para escuchar toda la propaganda que llega de fuera. El problema es proporcionar ese servicio de radio al nativo de tal forma que reciba lo que es bueno para él, pero que no esté expuesto a esos males. La cuestión es cómo [...]. Si usamos estas longitudes de ondas que se mueven en línea recta, y damos a los nativos aparatos ajustados para recibir estas longitudes de ondas, obviamente eliminaremos la posibilidad de que sean influidos desde el extranjero (Mosia *et al.*, 1994: 14-15).

La estrategia fue un éxito en Sudáfrica y menos en Namibia. Un estudio de la BBC en 1989 señaló que el cincuenta y tres por ciento de los negros urbanos de Sudáfrica tenían radios con banda de onda corta, pero solo el once por ciento había oído una emisora extranjera el año anterior. Simplemente, la escucha había dejado de ser una costumbre, incluso cuando existía la posibilidad técnica. Radio Freedom tenía una audiencia regular que apenas superaba el cero por ciento (Mosia *et al.*, 1994: 15). El ANC no pudo sustituir sus emisiones de onda corta por otras de FM. No tuvo condiciones tecnológicas y territoriales para ello, aunque sus líderes reconocían el impacto limitado de sus emisiones y la popularidad de las radios de música y entretenimiento impulsadas por el Gobierno. De todos modos, la mera presencia del ANC en las ondas era intolerable para el régimen del «apartheid». Debía de ser así cuando en 1983, por ejemplo, un comando sudafricano localizó y destruyó las instalaciones de Radio Freedom en Madagascar, forzándola a salir del aire durante un corto período de tiempo (Lekgoathi, 2010: 144).

De todos modos, estudios cuantitativos como el de la BBC permiten sacar conclusiones solo parciales. Primero, se hizo en una fecha muy concreta, en la fase final de una lucha que ya se desarrollaba sobre todo dentro del país. Por otro lado, no tenía en cuenta la audiencia en las comunidades rurales. Tampoco la escucha colectiva, que se producía con la oscuridad como cobertura. Y había otros medios, como la distribución de casetes, que Radio Freedom utilizaba para llegar a su audiencia, y que contribuyeron a los debates políticos entre los activistas más comprometidos. Estos pudieron a su vez llevar los mensajes de la emisora a los militantes de base del ANC en las estructuras que se iban reconstruyendo en el interior. Así, Radio Freedom pudo tener una repercusión más amplia, aunque fuera de forma indirecta (Lekgoathi, 2010: 145-146). Si los propios redactores reconocieron que no llegaron todo lo lejos que querían, también hay testimonios de militantes del ANC que se sumaron al combate gracias a Radio Freedom (Lekgoathi, 2010: 146).

En cuanto a Namibia, como decíamos, la estrategia de la FM funcionó peor, y la emisora de la SWAPO tuvo unos niveles de escucha mucho más altos que Radio Freedom. Por una parte, Namibia era un país bajo ocupación extranjera, con lo que era mayor y más generalizada la desconfianza hacia cualquier medio de comunicación oficial. La gente usaba las emisoras de FM como vehículo de comunicación entre las áreas rurales, o para entretenerse con la programación musical, pero cambiaba de emisora cuando llegaban las noticias. En el norte de Namibia había una frase hecha para describir a un mentiroso: «estás hablando en FM» (Sturges *et al.*, 2005: 745). Además, a diferencia de Radio Freedom, sí hubo un estrecho contacto entre Voice of Namibia y la situación dentro del país. Los simpatizantes de la SWAPO podían llamar con relativa facilidad directamente por teléfono a las oficinas de la Organización en Londres para contar cosas, sin que los sudafricanos consiguieran nunca impedirlo del todo. A finales de los años ochenta tendría una red de corresponsales voluntarios (profesores, líderes de las comunidades, enfermeras) por todo el país. Una información enviada por fax a Londres desde la

capital de Namibia se rebotaba de inmediato y sin alterar a Luanda (Angola), donde se le daba una clarificación política por parte de la agencia de prensa de la SWAPO. Desde allí se enviaban despachos por télex a todos los equipos de Voice of Namibia. Y todo eso en un tiempo sorprendentemente rápido. Así que los oyentes también tenían más alicientes para sintonizar la onda corta (Mosia *et al.*, 1994: 11).

En los años ochenta, los conflictos en Sudáfrica y Namibia pusieron al Gobierno de Sudáfrica ante una situación límite. En noviembre de 1984, los aumentos de las rentas provocaron un levantamiento de masas sin precedentes en los distritos segregados. Tras meses de agitación ininterrumpida, el Gobierno declaró el estado de emergencia, mientras los consejeros presidenciales concedían en privado que una «guerra civil había empezado ya en Sudáfrica», y que la tarea ahora era «contenerla» (Davis, 2009: 372). La campaña militar del Umkhonto We Sizwe, reanudada en 1980, nunca amenazó en serio al régimen de «apartheid», pero los levantamientos sociales ya no se detuvieron. La dirección del ANC en el exilio llamó a la guerra popular para hacer el país ingobernable, y Radio Freedom transmitió las nuevas consignas: manifestaciones, boicot al consumo, sabotajes, ataques al ejército y a la policía...

Ha llegado la hora de llevar la batalla a las áreas blancas. El ANC llama a todos los trabajadores en fábricas, minas, granjas y suburbios para formar unidades clandestinas y grupos de combate y realizar acciones como [...] interrumpir el petróleo, la energía, los transportes, las comunicaciones y otros sistemas vitales del enemigo (Lekgoathi, 2010: 148).

La situación cada vez más incendiaria de los distritos segregados, las crecientes presiones internacionales y el nuevo clima de distensión mundial previo al fin de la Guerra Fría obligaron a los gobernantes sudafricanos a negociar. El ANC, por su parte, tuvo que reconocer que una solución política pactada era no solo posible, sino más viable que la toma del poder con la que siempre había soñado.

Mientras, la SWAPO lanzó desde Angola una intensa campaña guerrillera en 1982 y 1983. Sudáfrica la reprimió con una masiva presencia militar y entró en Angola para dismantelar los campamentos de la SWAPO, al tiempo que apoyaba a la guerrilla anticomunista de ese país. Entre diciembre de 1987 y marzo de 1988 se produjo la batalla de Cuito Cuanavale, enmarcada en la guerra civil de Angola, pero en la que intervinieron también tropas de Sudáfrica y guerrilleros del ANC y de la SWAPO. Un ejército cubano-angoleño logró la retirada de las tropas sudafricanas. La SWAPO tenía ahora más fácil enviar a combatientes y propagandistas por la larga e indefendible frontera. El ejército de Sudáfrica había quedado exhausto, aunque el de Angola no había salido mucho mejor parado. Las negociaciones para la independencia de Namibia se convertían en una cuestión de supervivencia para el régimen del «apartheid».

Tras décadas de enquistamiento, los dos conflictos se resolvieron en menos de un lustro. En 1989, en Namibia, la SWAPO obtuvo una victoria aplastante en unas elecciones celebradas con supervisión internacional. En octubre de ese año, el ANC fue legalizado en Sudáfrica. En febrero de 1990, Nelson Mandela —a quien alguien llamó el preso más famoso y menos conocido del mundo— salió de la cárcel con un mensaje de reconciliación y no de venganza. El 21 de marzo se reconoció la independencia de Namibia. Muchos locutores de la emisora de la SWAPO comenzaron a trabajar en la nueva radio estatal. En cuanto a Radio Freedom, dejó discretamente de emitir en agosto de 1991, mientras sus locutores se unían también a las colas de exiliados que volvían a casa para iniciar una nueva época (Mosia *et al.*, 1994: 3). Eran los primeros pasos hacia

la abolición del «apartheid», sancionado oficialmente en 1993. Al año siguiente, las primeras elecciones multirraciales libres de la historia de Sudáfrica llevaron a Mandela a la presidencia del país. El ANC había mantenido el liderazgo de la comunidad negra, pese a la clandestinidad, al exilio, a las posibles desconexiones con el interior y a los giros y divisiones respecto a las estrategias. Hasta qué punto había ayudado a ello su presencia a través de Radio Freedom es, como en tantos otros casos, una cuestión en la que solo puede haber hipótesis.

Debemos ocuparnos, para terminar este apartado, de Zimbabue, cuya inestabilidad radiofónica sigue aún hoy. Los nacionalistas negros de Rodesia habían emitido desde Egipto ya en 1958. Eran los precedentes de la ZAPU y la ZANU. Cuando se formaron estas dos organizaciones, la radio de Tanzania les cedió tiempos de emisión. El programa de la ZAPU se llamó Voice of Revolution, y el de la ZANU Voice of Zimbabwe. La ZANU transmitió también desde Ghana hasta que el régimen de Nkrumah cayó en 1966. Para 1967, ambos grupos emitían también desde Zambia. Pero fue la independencia de las colonias portuguesas, en este caso sobre todo la de Mozambique, la que supuso un salto adelante en su campaña radiofónica, diplomática y militar. Por eso, el Gobierno de Rodesia se implicó en apoyar a la guerrilla anticomunista de ese país.

Desde marzo de 1976, Maputo (capital de Mozambique) fue el principal centro de emisiones de la ZANU. Voice of Zimbabwe emitía media hora diaria en seis bandas de onda corta y media, y el tiempo aumentó a una hora a medida que progresaba la lucha. El material era similar al que hemos visto en otras organizaciones político-militares: noticias de las acciones de la ZANU, petición de solidaridad internacional, ataques al Gobierno racista de Rodesia e historias de otros movimientos de liberación africanos presentes y pasados para inculcar en los oyentes la idea de que su combate formaba parte de un esfuerzo mucho más amplio. Según un redactor, Voice of Zimbabwe se orientaba más hacia los combatientes del brazo armado de la ZANU que hacia la población general. «A menudo se usaba para transmitir objetivos de batalla y órdenes militares de una forma comprendida solo por los oficiales. A cada unidad de guerrillas se le requería que tuviera una radio» (Mosia *et al.*, 1994: 11-12). A la ZANU, además, se le dio tiempo en las radios de Etiopía y Madagascar desde 1978.

Además de desde Lusaka (su principal centro de emisiones), la ZAPU transmitió de forma intermitente desde Radio Moscú a partir de 1968, y desde Luanda a partir de 1977. Cuando se creó el Frente Patriótico como alianza ZANU-ZAPU, hubo intentos para coordinar las emisiones de ambos grupos, pero fracasaron excepto en Tanzania, donde a partir de 1978 trabajaron dos locutores de cada organización. La ZAPU acusaba a la ZANU de querer proyectarse a sí misma más que al combate común del Frente Patriótico. En esta actitud influía el carácter del líder de la ZANU, Robert Mugabe. De todos modos, la ZAPU tuvo menos éxito en su esfuerzo radiofónico, entre otras cosas porque emitía desde más lejos. La ZANU, como hemos visto, transmitía también por onda media desde Maputo, lo que le daba un poder de penetración mucho mayor.

Rodesia fue menos eficaz en impedir la escucha de las emisiones clandestinas. Prohibió todos los receptores salvo los de FM en las áreas rurales, reguló la venta de pilas, y prohibió escuchar emisoras distintas de la oficial en los reasentamientos rurales a los que se desplazó a unos setecientos cincuenta mil africanos. Pero al mismo tiempo interfirió las señales de onda corta, una medida que parece contradictoria con todas las anteriores y que demuestra tanto su fracaso como el miedo del Gobierno. Por otra parte, la radio oficial transmitió a menudo noticias sobre

rivalidades tribales, disputas entre los líderes de los movimientos de liberación y enfrentamientos entre sus guerrillas. Tales informaciones, obviamente, pretendían presentar a los grupos nacionalistas negros como desorganizados, divididos y ambiciosos, para restarles apoyo entre la población. Pero su esfuerzo fue infructuoso. Por el contrario, la lucha armada era cada vez más intensa y, de hecho, las autoridades de Rodesia debieron negociar con los rebeldes mucho antes que las de Sudáfrica. A medida que se vislumbraba un acuerdo, más y más gente, incluidos muchos blancos de las ciudades, escuchaba uno o más de los servicios nacionalistas en un intento de averiguar lo que realmente estaba pasando. Los blancos que oyeron solo la radio oficial se encontraron con un final amargo para el que no estaban preparados (Mosia *et al.*, 1994: 16-17).

El Gobierno blanco acordó con los dirigentes negros moderados una constitución multirracial en junio de 1979. Pero la comunidad internacional no aceptó este nuevo régimen, considerándolo como continuador del anterior, y el Frente Patriótico prosiguió su guerra de guerrillas. Gran Bretaña tomó cartas en el asunto y sentó a la mesa de negociaciones al Gobierno blanco y al Frente Patriótico. Finalmente se llegó en noviembre a un acuerdo por el que Rodesia volvería provisionalmente al régimen colonial británico, para preparar la independencia definitiva, pacífica, oficial y reconocida. En febrero de 1980 se celebraron elecciones, que ganó la ZANU de Mugabe, y en abril el país accedió a su independencia con el nombre de Zimbabue y con un Gobierno de coalición del Frente Patriótico. Pero la paz duró poco.

La mayoría de los que trabajaban en la radio oficial de Rodesia durante el gobierno blanco dimitieron tras la creación de Zimbabue (a diferencia de lo que ocurriría en Namibia diez años después). Sus plazas las ocuparon sobre todo militantes de la ZANU. De hecho, aun antes de la independencia formal del país, los responsables del equipo de Maputo accedieron a puestos clave. Los pocos miembros de la ZAPU que fueron contratados en la radio se quejaron de un continuo hostigamiento. La ZAPU siguió transmitiendo desde Moscú algunos meses después de abril de 1980, hasta que Robert Mugabe protestó formalmente ante la URSS (Mosia *et al.*, 1994: 13 y 18-19). La situación en la radio reflejaba un conflicto latente entre los antiguos —y precarios— aliados, que estalló de forma abierta en 1983. Desde ese año hasta 1987 se desató una campaña de terror estatal contra los oponentes de Mugabe. En esta época, Sudáfrica creó una emisora llamada Voice of Truth (la voz de la verdad) para desestabilizar al Gobierno, pero nunca estuvo claro a quién apoyaba y la experiencia duró poco.

En 1987 se firmó un acuerdo de unidad entre la ZANU y la ZAPU, que pasaron a ser un solo partido único con el nombre de ZANU-PF. En paralelo, Mugabe cambió la Constitución del país, transformándolo en una república presidencialista con él mismo a la cabeza del Estado. La democracia pluralista y multirracial de 1980 ya solo era la fachada de un Gobierno autocrático. Desde entonces se han celebrado distintas elecciones, pero la comunidad internacional ha denunciado repetidamente los fraudes, la represión de las libertades, la intimidación de los disconformes y las violaciones a los derechos humanos.

Por eso, a comienzos de este siglo se produjo una nueva oleada de emisiones clandestinas, tras varios años de silencio y en medio de una múltiple crisis política y social. Cuando un nuevo partido político (el Movimiento para un Cambio Democrático, o MDC en sus siglas inglesas) amenazó por primera vez el Gobierno de Mugabe, y cuando se rechazó en referéndum una controvertida reforma agraria que permitía la confiscación de las tierras de los blancos, la ZANU aumentó aún más sus controles sobre los medios de comunicación acabando con la tímida

liberalización iniciada en los años noventa. De los nuevos canales alternativos, el más importante ha sido —porque ya no existe— ShortWave Radio Africa.

Su precedente fue una emisora que intentó operar de forma legal en Zimbabwe con el nombre de Capital Radio. La emisora presentó una demanda contra el monopolio estatal en materia de radio y los tribunales le dieron la razón. De inmediato, la radio aprovechó el vacío legal creado por la anulación del monopolio y salió al aire el 28 de septiembre de 2000. De forma igualmente rápida, el Gobierno de Mugabe la declaró emisora pirata, la cerró el 4 de octubre y confiscó sus transmisores, que se hallaban ocultos en el tejado de un hotel de Harare (Moyo, 2010: 24-25). Uno de los fundadores de Capital Radio, Gerry Jackson, se exilió en Londres y allí creó SW Radio Africa para dar voz a los que no tienen voz. Su primera emisión se produjo el 19 de diciembre de 2001. Transmitió todos los días por onda corta y por streaming en Internet. Se dijo que su señal de onda corta provenía de Sudáfrica, de Lesotho o de algún repetidor de la BBC. Sus programas estaban también disponibles a la carta en su página web. En diciembre de 2006 inició un servicio de SMS para enviar titulares de noticias a los teléfonos móviles de Zimbabwe que se suscribieran. La idea surgió ante los informes de que la policía estaba confiscando los aparatos de onda corta para evitar que la gente escuchara las radios alternativas. El servicio, gratuito, llegó a tener treinta mil suscriptores y la emisora tuvo que restringir las nuevas incorporaciones por el coste de mantenerlo (Moyo, 2010: 29). Por una ironía de la historia, el Gobierno de Mugabe, que treinta años atrás tanto había luchado contra las interferencias del régimen blanco, interfería ahora la señal de las radios clandestinas. «No podemos permitir que los extranjeros invadan nuestras ondas sin nuestra autoridad», dijo en el Parlamento en 2007 el viceministro de Información. Según la versión gubernamental, esas radios las habían creado los países occidentales para provocar divisiones tribales y odios étnicos que hicieran Zimbabwe ingobernable (Moyo, 2010: 32-33).

SW Radio Africa quería ofrecer «una cobertura equilibrada y en profundidad de las noticias; una amplia mirada a las cuestiones actuales y especialmente a los temas sociales [...]; discusiones y debates interactivos; entretenimiento, música, arte y cultura» (Moyo, 2010: 28). Pero no pudo sostenerse económicamente en el tiempo. Primero cesaron las transmisiones de onda corta, aunque continuaron los programas en su sitio web. Pero también estos desaparecieron. El último lleva fecha del 10 de agosto de 2014. Gerry Jackson, en la nota de despedida de la emisora, afirmaba: «Esperamos que un día Zimbabwe tendrá un Gobierno que comprenda que su única responsabilidad es garantizar una vida segura, saludable y próspera para todos los hombres, mujeres y niños del país»⁷⁵.

GUERRAS E INDEPENDENCIAS EN LAS COLONIAS PORTUGUESAS

La dictadura portuguesa, ya lo vimos en el capítulo 4, era un vestigio del autoritarismo, del corporativismo, del filofascismo anterior a la Segunda Guerra Mundial que se mantuvo hasta casi treinta años después de que callaran las armas en Europa. Igualmente anacrónica resultaba la política del régimen salazarista en relación con el proceso de descolonización, que consistió, simplemente, en negar el problema. Pese a las resoluciones y condenas cada vez más claras de la ONU, pese al rechazo internacional, el salazarismo sostuvo hasta el final que Portugal no tenía

colonias, sino «provincias ultramarinas», integrantes de un país «pluricontinental y multirracial». El precio que tuvo que pagar por mantener esta postura fueron unas guerras de desgaste, en las que ninguno de los contendientes parecía capaz de desequilibrar la balanza. Se calcula que murieron casi nueve mil soldados portugueses. Dos de los líderes más emblemáticos y populares de los movimientos descolonizadores (Eduardo Mondlane, de Mozambique, y Amílcar Cabral, de Guinea-Bisáu) fueron asesinados, pero la lucha no se detuvo. Fue necesaria la «revolución de los claveles» —un factor externo al desarrollo bélico aunque íntimamente derivado de él— para acabar con unas luchas que llevaban enquistadas trece años.

Angola fue la colonia donde se inició la lucha y la última que logró la estabilidad. Entre un hecho y otro pasaron más de cuarenta años de guerra de liberación primero y de guerra civil después. Las hostilidades las desató el Movimiento Popular de Libertação de Angola (MPLA) en 1961. Dos años más tarde tomó las armas el Partido Africano para a Independência da Guiné e Cabo Verde (PAIGC), y en 1964 el Frente de Libertação de Moçambique (FRELIMO). El PAIGC solo llevó a cabo combates en Guinea-Bisáu, ya que el territorio de Cabo Verde era mucho menos apto para las guerrillas. Los movimientos de liberación recibieron un pronto apoyo por parte de los países vecinos que ya habían accedido a la independencia y que impulsaban la descolonización y el panafricanismo. Un apoyo que se concretó en fondos, en armas, en campos de entrenamiento y en equipos o tiempos de radio.

Los proporcionó Argelia tras su independencia en 1962. La voz de los líderes del anticolonialismo portugués se oía en la radio oficial argelina, sobre todo, a través de la Rádio Voz da Liberdade, del FPLN (hablamos de esta organización en el capítulo 4). Rádio Portugal Livre, del Partido Comunista Portugués, dedicaba también espacios a las reivindicaciones y los combates de las tres colonias.

El PAIGC fue el movimiento que desarrolló una lucha más exitosa. Logró controlar varias regiones «liberadas» y no tuvo que enfrentarse a unas guerrillas de signo político contrario al tiempo que a las tropas portuguesas. Eso le permitió declarar unilateralmente la independencia en septiembre de 1973, aunque no fue reconocida por la metrópoli hasta el 10 de septiembre de 1974. Cabo Verde fue independiente el 5 de julio de 1975. El PAIGC gobernó en ambos países, aunque los proyectos de unidad (que llegaron a estar muy avanzados) acabaron abandonándose por la distinta evolución interna de ambos territorios.

En julio de 1967 comenzó a emitir Rádio Libertação, gracias a la ayuda de la vecina Guinea-Conakry, la Guinea independizada de Francia en 1958 bajo la dirección de Sekou Touré. Rádio Libertação fue un vehículo de movilización y de concienciación ideológica. Con este fin, la guerrilla distribuyó entre los campesinos cientos de transistores.

Tu hijo ya es libre, madre —decía un poema transmitido con frecuencia por Rádio Libertação, y leído por un niño—. Tu hijo tiene una escopeta de hierro. Mi escopeta va a romper todas las cadenas, va a abrir todas las prisiones, va a matar a todos los tiranos y va a restituir la tierra a nuestro pueblo. Madre, es bello luchar por la libertad. Hay un mensaje de justicia en cada bala que disparo [...]. En las horas de combate, en el frente de batalla, tu imagen se aproxima y desciende sobre mí. Es por ti también por quien yo lucho, madre, para que no haya lágrimas en tus ojos⁷⁶.

La emisora sirvió además al PAIGC para publicitar hacia el exterior su labor en los territorios que dominaba. Tras la independencia, Rádio Libertação se convertiría en la radiodifusión nacional de Guinea-Bisáu.

En 1968, informes de la prensa de Lisboa afirmaron que las emisiones de Rádio Libertação

eran técnicamente mucho más potentes que las de Radio Bisáu (la emisora colonial portuguesa), con emisiones más frecuentes en una gran variedad de dialectos. El PAIGC decía emitir desde dentro de Guinea-Bisáu, en uno de sus territorios «liberados». Los portugueses creían que lo hacía desde Conakry, precisamente por la potencia de la señal. Por eso quisieron devolverle la pelota al régimen de Touré. En 1972 pusieron en marcha una radio clandestina dirigida a Guinea-Conakry, que decía representar al llamado Frente Nacional de Liberación de la República de Guinea. Emitía dos horas al día (una por la mañana y otra por la noche) en francés y en lenguas vernáculas. Fue un intento de desestabilización que no duró mucho (Kushner, 1974: 304-305).

Si Guinea-Conakry ayudó sobre todo al PAIGC, Tanzania y Zambia hicieron lo propio con los movimientos de liberación de Angola y Mozambique. Con algunos, habría que decir, porque en estas dos colonias sí hubo guerrillas de ideologías contrapuestas. Tanzania y Zambia ayudaron al MPLA y al FRELIMO, con los que compartían la orientación socialista. A finales de los años sesenta comenzaron a transmitirse espacios cedidos a ambos, llamados *Voz da Angola Combatente* y *Voz da Frelimo* respectivamente.

En Mozambique no hubo una oposición real al FRELIMO hasta después de la independencia, que se consiguió formalmente el 25 de junio de 1975. Este predominio en la lucha guerrillera no se consiguió, sin embargo, por un éxito de la propaganda. El FRELIMO reconoció sus debilidades en este terreno poco después de la independencia.

En aquellas regiones donde fue posible realizar un intenso trabajo de información y propaganda antes de que empezara la lucha armada, se consiguieron victorias inmediatas en la propia lucha —se explicó en noviembre de 1975—. Por otra parte, donde esto no fue posible, nuestros combatientes tuvieron que afrontar la indiferencia, e incluso la hostilidad de la población local, que durante siglos había estado sometida a la intensiva propaganda colonialista. Lo mismo ocurrió en el frente internacional. Se perdió una considerable cantidad de apoyo internacional porque no fuimos capaces de asegurar que las potenciales fuentes de apoyo recibieran noticias de nuestra lucha.

El FRELIMO sabía que ante una población «en la que la alta tasa de analfabetismo hacía ineficaz el uso a gran escala de textos escritos», la radio «podía abrir cualquier puerta y ser oída incluso dentro de la base enemiga mejor defendida» (Mattelart y Siegelau [eds.], 1983: 310). En 1965, Radio Tanzania comenzó a difundir el programa *Voz da FRELIMO*. Para enero de 1967, transmitía dos veces a la semana cursos sobre formación política revolucionaria, además de noticias en portugués y en lenguas vernáculas de Mozambique, informes de batallas, espacios educativos sobre higiene y salud pública o canciones revolucionarias. Luego, el programa pasó a ser diario y se difundió también desde Radio Zambia. Eduardo Mondlane afirmó que también el FRELIMO había distribuido receptores en las áreas liberadas para facilitar la escucha (Kushner, 1974: 301). Pero los mensajes políticos se dirigían ante todo a los cuadros de la organización dentro de Mozambique. El FRELIMO seguía la teoría de la comunicación en dos pasos: la radio enseñaría a los guerrilleros, que a su vez trasvasarían a la masa de la población lo que habían aprendido. Así que, en la concepción del FRELIMO, la radio era un medio suplementario de la comunicación boca a boca para la propaganda (Soley y Nichols, 1987: 16).

Aun así, según admitió en noviembre de 1975 Jorge Rebelo, el responsable del Departamento de Información y Propaganda del Frente, el medio no fue tan efectivo como podría haber sido.

Puesto que las comunidades habitualmente no poseían receptores de radio; se practicó la escucha en grupos, pero incluso esta requiere al menos un receptor. Esta situación no cambió mucho con la llegada de la independencia. Es verdad que los recursos materiales, técnicos y humanos disponibles son enormemente superiores desde que llegamos al poder. Pero el analfabetismo no puede eliminarse de un día para otro; no tenemos más receptores de los que teníamos.

Más curiosa es la queja que Rebelo expresó en el mismo discurso: «Hoy no hay ningún programa de radio del FRELIMO con instrucciones o comentarios. Esto representa un paso atrás respecto a los días de la lucha armada, cuando había dos programas al día del FRELIMO». Curiosa queja para una organización que había instaurado un régimen de partido único y que por lo tanto disponía de todos los recursos del nuevo Estado para llevar adelante su concepto de revolución (Mattelart y Siegelau [eds.], 1983: 310-311).

La fuerza anticomunista en Mozambique no empezó a actuar hasta 1976. Fue la Resistência Nacional Moçambicana (RENAMO). Tenía el apoyo primero de Rodesia y, a partir de 1980 — cuando este país se transformó en Zimbabue y dejó de estar regido por la minoría blanca— pasó a estar respaldada por Sudáfrica. Como vimos en el apartado anterior, en el apoyo de Rodesia había una razón política (hacer caer a un régimen comunista) y una militar (el FRELIMO proporcionaba apoyo y refugio a la ZANU). Así que podía decirse que había un estado de guerra real, aunque nunca declarada y mayoritariamente encubierta, entre ambos países.

La emisora que difundió los postulados de la RENAMO fue *Voz da África Livre*, que apareció en abril de 1976. Imitaba a *La Voz de Zimbabue*, la emisión clandestina de la ZANU que se transmitía desde Mozambique. Al principio decía ser una emisora anti-FRELIMO independiente. Al parecer, las primeras emisiones estaban bajo el control directo de las autoridades de Rodesia, y destilaba un sesgo racial y una nostalgia por la era colonial que no gustaba a algunos miembros de la RENAMO. Así que varios exiliados maniobraron para gestionar directamente las emisiones, lo que consiguieron en agosto de ese mismo año. Cambiaron entonces su enfoque para oponerse a las políticas interiores y exteriores del FRELIMO, denunciar sus violaciones de los derechos humanos, atacar su control de los poderes legislativo y judicial, y criticar la colectivización de la agricultura (Robinson, 2006: 100). *Voz da África Livre*, como órgano de propaganda, difundía los postulados políticos —bien es cierto que bastante genéricos— de la RENAMO y los éxitos de sus operaciones militares, aunque, a diferencia de otras similares, también reconocía retiradas y derrotas (Robinson, 2006: 154).

En octubre de 1979, cuando se preparaba para su transformación en Zimbabue, el Gobierno de Rodesia ofreció a Sudáfrica transferirle el control de las emisoras clandestinas que tenía en marcha, dirigidas a Zambia, Botswana y Mozambique. En ese documento se explica que *Voz da África Livre* atravesaba por entonces problemas internos. La emisora de la RENAMO empezó a transmitir desde una nueva base en Sudáfrica, en la zona del Transvaal, en abril de 1980. Pero en 1983, las luchas faccionales y las disputas por el liderazgo de la RENAMO llevaron a que *Voz da África Livre* dejara de oírse durante unos meses. De nuevo desapareció cuando en marzo de 1984 se firmó un acuerdo entre Mozambique y Sudáfrica por el cual ambos países se comprometían a no apoyar a las guerrillas de la oposición contraria (Mozambique al ANC y Sudáfrica a la RENAMO) (Robinson, 2006: 116, 121 y 161). Pero el acuerdo nunca se cumplió del todo. En total fueron dieciséis años de guerra civil, hasta octubre de 1992, cuando se firmó en Roma un acuerdo de paz que transformaba Mozambique en una democracia pluripartidista, aunque desde entonces la RENAMO ha amenazado en varias ocasiones con un retorno a la lucha armada. *Voz da RENAMO* obtuvo una licencia comercial de FM en 1994 con el nombre de Rádio Terra Verde.

Mucho más complicada fue desde el principio la situación en Angola. El liderazgo del MPLA nunca estuvo tan claro como el de los movimientos de liberación que triunfaron en las otras

colonias. El predominio se lo disputaba, en primer lugar, el Frente Nacional de Libertação de Angola (FNLA), que inició la actividad armada solo unos días después que el MPLA, pero cuyos antecedentes lo sitúan como el primer movimiento organizado anticolonial en Angola. Mientras el MPLA era multirracial y con un programa marxista, el FNLA excluía a blancos y mestizos y atrajo el apoyo de los Estados africanos de ideología conservadora. En el ex Congo belga, el líder del FNLA, Holden Roberto, creó un Governo Revolucionário Angolano no Exílio, pero el MPLA no quiso participar. En 1966, de una escisión del FNLA surgió la União Nacional para a Independência Total de Angola (UNITA), dirigida por Jonas Savimbi, que hasta 1975 fue la organización más pequeña. Las tres guerrillas trataban de imponerse a las demás al tiempo que luchaban contra los portugueses. Esta situación hizo que en Angola la propaganda fuera más activa y más temprana que en las otras colonias, con la implicación de los países vecinos.

Un primer enfrentamiento se produjo entre los dos Congos. Como hemos visto, el antiguo Congo belga (durante un tiempo llamado Zaire y hoy República Democrática del Congo) fue la base de apoyo para el FNLA de Holden Roberto. Pero el antiguo Congo francés (con capital en Brazzaville) respaldó al MPLA. Esta rivalidad se reflejó en las primeras emisiones radiofónicas que actuaron como portavoces de los dos movimientos. Mientras la Radio de Léopold-ville (la actual Kinshasa) emitía el programa *Voz da Angola Livre* dos veces a la semana en portugués, francés y varias lenguas vernáculas de la colonia, Radio Brazzaville transmitía *Voz da Angola Combatente*, los mismos días a la misma hora. El FNLA atacaba tanto a los portugueses como al MPLA y al Gobierno de Brazzaville. Y el MPLA hacía lo mismo con el FNLA y el Gobierno de Zaire (Soley y Nichols, 1987: 94-95).

El MPLA tuvo más presencia en las ondas porque tuvo más apoyos de sus vecinos. *Voz da Angola Combatente* empezó a transmitirse desde Tanzania en enero de 1968. Era un programa de veinticinco minutos que se difundía los días 10 y 25 de cada mes. En 1970 se añadió un programa diario desde Zambia. De todos modos, cabe pensar si el público objetivo de todas estas emisiones era la población angoleña en general, los cuadros militantes y los líderes locales de las dos organizaciones, o más bien el resto del mundo. En 1971 había en el país solo noventa y cinco mil receptores, y un tercio de ellos se concentraba en la zona de Luanda y estaba en manos de europeos (Kushner, 1974: 301-303). En cualquier caso, el MPLA transmitió no solo material propagandístico, sino táctico: dio consejos sobre cómo los angoleños podían contribuir a la guerra de guerrillas (sabotajes, incendios provocados o huelgas, por ejemplo) (Soley y Nichols, 1987: 96).

Los portugueses fijaron una fecha para su salida de Angola: 11 de noviembre de 1975. El problema era a quién transferirían el poder. Las negociaciones entre las tres guerrillas fracasaron. El FNLA y la UNITA hicieron un frente común contra el MPLA, y todos se aprestaron a controlar la mayor cantidad posible del país. Ganó la guerrilla marxista, que en la fecha prevista proclamó la independencia en Luanda, capital de Angola. Portugal reconoció el Gobierno del MPLA, pero las otras dos guerrillas proclamaron uno alternativo en la ciudad de Huambo. Comenzaba la guerra civil.

El MPLA consiguió mantener el control, en buena parte gracias al contingente de soldados que envió Cuba. Unos cincuenta mil hombres de este país sirvieron en Angola hasta 1991. A ellos se dirigía una extraña emisora llamada *Radio Cubanos en África*. El grupo anticastrista Abdala asumió su autoría, pero informes procedentes de Sudáfrica afirmaban que los locutores

no tenían acento cubano —ni siquiera hispano— y que tampoco lo era la música que se programaba. Por eso se especuló con que la operasen expatriados angoleños desde la misma base de las emisoras de UNITA en Sudáfrica (que veremos ahora) (Dexter, 1986: 85).

Hacia 1976, la primera fase de la guerra civil había concluido con la victoria del Gobierno comunista. Al FNLA le siguió apoyando Zaire, pero sorprendentemente su capacidad operativa se deshizo en muy poco tiempo, pasando a una práctica irrelevancia. El peso de la oposición al régimen de partido único angoleño lo llevó desde entonces UNITA, que continuó desarrollando una lucha guerrillera. Si el MPLA tenía el apoyo directo de Cuba y encubierto de la URSS, la UNITA tenía los de Sudáfrica y Estados Unidos. Al igual que pasaba con Mozambique, la implicación del régimen del «apartheid» en Angola no solo tenía un sentido ideológico de lucha contra la expansión comunista. Se trataba también de frenar la penetración de los independentistas de Namibia, a los que el MPLA respaldaba.

UNITA apoyó sus acciones con dos emisoras clandestinas: Voz da Verdade y sobre todo Voz da Resistência do Galho Negro (también conocida como Radio VORGAN). Esta última se llamaba así porque ese animal figuraba en la bandera de UNITA. Las emisiones comenzaban con el canto de un gallo como parte de su señal identificativa. El antecedente más antiguo de VORGAN se oyó por primera vez el 4 de enero de 1979, aunque no adoptó su nombre definitivo hasta 1983. Fue el principal medio de que dispuso la guerrilla para reclutar seguidores y para sostener la rebelión. Desempeñó un papel vital para mantener unido un movimiento cuyo único medio de comunicación más allá del nivel local era a menudo un receptor de onda corta que compartía la comunidad. También contribuyó a crear una imagen de Savimbi como un líder infalible. Por último, con la retórica propia de la Guerra Fría tal como estaba desde finales de los años setenta, VORGAN exhibía un discurso maoísta en muchas de sus transmisiones (hablando de «camaradas y compatriotas»), al tiempo que llamaba a los Gobiernos conservadores y a las organizaciones privadas de todo el mundo a proporcionar la ayuda necesaria para derrotar «el imperialismo ruso en África».

En su primera emisión, Savimbi urgió a sus seguidores a redoblar sus acciones clandestinas, a evitar la infiltración de las fuerzas enemigas en sus filas y «aprovechar cualquier oportunidad para eliminar a un cubano, a un ruso, a un alemán del este, a un agente de la policía secreta». Prometía además que la emisora recién inaugurada proporcionaría a sus oyentes «orientaciones» y les advertiría contra las maniobras y la falsa propaganda del enemigo (Windrich, 2000: 207-208).

El discurso de UNITA tenía también un componente étnico. Se decía que Angola no estaba gobernada por «verdaderos angoleños». Esto quería decir que los líderes del país eran mestizos, lo que a su vez solía significar también que eran de procedencia urbana, de alto nivel educativo y de lengua portuguesa. Con estas declaraciones, UNITA pretendía captar el apoyo de etnias como la ovimbundu, del centro y el sur de Angola, que según VORGAN habían aguantado «la humillación y el sufrimiento» como consecuencia de haber sido excluidas del poder (Windrich, 2000: 208).

El tema principal de VORGAN eran las operaciones militares. Se calificaba de traidores a los miembros del ejército de Angola, pero al mismo tiempo se les invitaba a pasarse a las filas de la UNITA. Se anunciaba que la victoria estaba «muy próxima» (un clásico en cualquier radio de este tipo), se presumía de que el Gobierno perdía al menos diez hombres por cada uno de

UNITA, se daban listas de material de guerra capturado al enemigo, y se advertía contra el «criminal y asesino MPLA» que, derrotado en el campo de batalla, planeaba matar al pueblo de Angola «envenenando el pan, la comida, las medicinas y el agua». Se atribuían al Gobierno actos realizados de hecho por UNITA (como determinadas masacres de civiles, tráfico de diamantes o caza furtiva de especies en peligro de extinción) y de hechos que en realidad no habían ocurrido (como el uso de guerra química) (Windrich, 2000: 210).

Como se puede observar, se trata de un discurso nada sofisticado. A un lado estaba el Gobierno, con sus prejuicios raciales, su corrupción, su incompetencia y su sumisión a la dominación extranjera; al otro, UNITA, con su compromiso con la democracia y la reconciliación nacional, y su aplastante apoyo entre el pueblo angoleño y en la comunidad internacional. En Luanda se llegó a hablar de «laboratorio del odio» en referencia a VORGAN, y la ONU condenó varias veces sus efectos perniciosos.

Sudáfrica proporcionaba a UNITA una base segura desde la que lanzar su propaganda, además de medios militares para reconstruir primero y sostener después su esfuerzo de guerra. Pero VORGAN empleó también cuatro transmisores móviles proporcionados de forma encubierta por Estados Unidos a comienzos de los años ochenta, como parte de la ayuda financiera, política y militar incrementada de forma notable durante la presidencia de Ronald Reagan⁷⁷. Este material permitió a UNITA establecer emisiones más regulares y transmitir desde su cuartel general en el sureste de Angola, conocido como Jamba, que VORGAN llamaba la «capital de la Angola libre». La administración Reagan también proporcionó a UNITA aparatos de radiocomunicaciones para que las unidades militares en las diferentes zonas pudieran transmitir sus informes a Jamba, y misiles antiaéreos para impedir que el Gobierno de Angola destruyese las instalaciones (Windrich, 2000: 212-213). Porque, como era de esperar, el MPLA trató de localizar los transmisores y los estudios, además de interferir la señal.

Las exageraciones y falsedades en las informaciones nunca son justificables, pero pasan más desapercibidas cuando en efecto se consiguen victorias militares o una posición dominante en las negociaciones políticas. La retirada de Sudáfrica tras el desgaste de la batalla de Cuito Cuanavale (a la que nos referimos en el apartado anterior) y la reducción por las mismas fechas del apoyo soviético al MPLA parecieron favorecer los acuerdos de paz. Angola se convirtió en un sistema pluripartidista y en 1992 se celebraron elecciones que ganó con mayoría relativa el candidato presidencial del MPLA. Pero Jonas Savimbi no reconoció los resultados y reanudó las hostilidades. La lucha angoleña entró así en una nueva fase.

Sin apoyos internacionales tras el fin de la Guerra Fría (Estados Unidos también se lo retiró), cada vez más menguada en tropas, la UNITA debió recurrir a fuentes de financiación sobre el terreno para subsistir. Si el Gobierno de Angola utilizó los fondos de la venta de petróleo, UNITA comerció con los diamantes de los territorios que controlaba. Los años siguientes fueron una sucesión de acuerdos de alto el fuego rotos por Savimbi. En esta época, varios antiguos trabajadores de VORGAN que desertaron de las filas de UNITA comparecieron en la Rádio Nacional de Angola para denunciar «las mentiras» y los «falsos informes de corresponsales» que se transmitían desde Jamba (Windrich, 2000: 213). Para entonces, la animosidad de VORGAN se extendía al organismo de la ONU encargado de garantizar la paz en Angola, a las ONG y a los medios internacionales. La representante especial de la ONU fue denunciada en una de las emisiones como una «prostituta política» pagada con perfumes y diamantes para que declarase

que las elecciones de 1992 habían sido «libres y limpias». Savimbi lamentó en público esos «ataques desleales, sin base y nada diplomáticos a una dama», pero asombró a todos cuando negó cualquier responsabilidad en ellos. «Yo no controlo la radio, no escribo los editoriales, ni siquiera escucho la radio», dijo (Windrich, 2000: 214).

En 1998 parecía que una vez más se había llegado a una solución definitiva. El secretario de Información de UNITA anunció «de forma solemne e inequívoca» que, en cumplimiento de uno de los puntos del acuerdo de paz firmado en Lusaka (Zambia) en 1994 con el Gobierno de Angola, VORGAN dejaría de emitir a las cero horas del 2 de abril y se transformaría en una emisora legal de FM en Luanda llamada Radio Despertar. «UNITA prometió, y ha cumplido su promesa», dijo la radio. Dada la importancia que la guerrilla siempre otorgó a VORGAN, silenciarla parecía un paso decisivo hacia la consolidación de la paz (sacrificaba el alcance de sus transmisores de onda corta, audibles en todo el país y en el exterior, a cambio de la limitada potencia de una frecuencia de FM en la legalidad que solo se escucharía en la capital y en sus alrededores). Al mismo tiempo se esperaba que el Gobierno de Angola también garantizara una efectiva libertad de prensa y llevara a cabo una democratización real de los medios de comunicación del país acabando con los monopolios estatales⁷⁸. Sin embargo, de nuevo todo quedó en nada. La guerrilla se desdijo, el conflicto se reanudó en diciembre y VORGAN volvió a emitir desde sus antiguas instalaciones el 6 de enero de 1999. Desde entonces transmitió de forma esporádica hasta que el Gobierno confiscó sus equipos en noviembre de ese mismo año, cuando el ejército consiguió capturar Jamba, acabando así con dos décadas de radiodifusión clandestina.

En su estudio sobre VORGAN, la investigadora Elaine Windrich concluía que la Rádio Nacional de Angola también diseminaba «propaganda hostil» sobre UNITA, pero había una diferencia fundamental:

cuando señalaba que Savimbi había cometido graves violaciones de los derechos humanos contra civiles en los treinta años de guerra, o que luchaba al lado de la Sudáfrica del apartheid para destruir las vidas y las propiedades angoleñas, o que volvió a la guerra para no reconocer su derrota en unas elecciones libres y limpias, o que rechazó desmovilizar a sus fuerzas según los términos del acuerdo de paz, al menos esas acusaciones se basaban en la realidad y coincidían con la evidencia histórica [...]. En contraste con la RNA, la radio de UNITA se basaba esencialmente en fantasías.

Eso sí, Windrich destaca que la radio oficial angoleña se abstenía de cualquier crítica a las faltas y delitos del Gobierno del MPLA —como la corrupción extendida, la intolerancia y la intimidación—, provocando que se le hicieran acusaciones de censura oficial y de hostigamiento a los periodistas independientes (Windrich, 2000: 215).

Muchos dentro y fuera de Angola habían llegado a pensar que solo la muerte de Savimbi pondría fin a un estancamiento que el Gobierno tampoco era capaz de resolver definitivamente por la vía militar. Y así ocurrió. El 22 de febrero de 2002, Savimbi fue abatido durante un tiroteo con las tropas gubernamentales. Poco después se firmó la paz definitiva de la guerra civil más larga del África subsahariana. Con este hecho, las excolonias portuguesas en África habían alcanzado la estabilidad, bien es cierto que aún precaria, tanto en el terreno político como en el de la libertad de expresión.

MIENTRAS, EN CANARIAS...

La radio ha sido, además de un medio de información y propaganda para las organizaciones clandestinas, una herramienta diplomática para los países que les han dado apoyo. Pocos ejemplos ilustran esta faceta de forma tan clara como el programa La Voz de Canarias Libre, emitido por la organización independentista MPAIAC desde la radio oficial argelina entre diciembre de 1975 y enero de 1978. La importancia del MPAIAC en la transición democrática española fue paralela a la suerte que en esos años corrió el Sahara Occidental. Un conflicto en una zona geoestratégica de primera magnitud, como era el África atlántica, en la que chocaban los intereses de Argelia con los de Marruecos (también los de Mauritania, durante un tiempo) y en última instancia los de la URSS y Estados Unidos. En esta coyuntura histórica, el posible apoyo a la independencia de Canarias se convirtió en un elemento de presión por parte de Argelia sobre España para conseguir que nuestro país modificara su actitud abandonista respecto al Sahara. Y la potenciación del independentista MPAIAC a través de la radio fue un instrumento más de esa presión.

En 1975, el Sahara Occidental era la última colonia española en África. Eso al menos decía la lista que hizo la ONU con los territorios que deberían adquirir su independencia. Tras desprenderse de Ifni y de Guinea Ecuatorial, el Gobierno franquista parecía inclinado a cumplir sus compromisos con los saharauis, pero el proceso de descolonización se dilataba de forma innecesaria pese a la presión internacional. A Franco, y a muchos de los que con él hicieron su carrera militar en África, les podía resultar duro pasar a la historia como los liquidadores de la «España imperial» de la que tanto habían hablado.

Pero había una organización que pedía añadir otro territorio a la lista de la ONU. Era el Movimiento por la Autodeterminación y la Independencia del Archipiélago Canario (MPAIAC). Se fundó en Argel el 22 de octubre de 1964, y lo presidía Antonio Cubillo, un abogado laboralista de las Islas que había tenido que exiliarse. Cubillo dio una nueva dimensión al nacionalismo canario, al insertarlo en los movimientos de liberación que vivía África en esta época, y para los cuales el FLN argelino era un ejemplo. El MPAIAC entendía el caso canario como un problema «africano y típicamente colonial» entre el Estado español y el pueblo guanche conquistado⁷⁹, y aspiraba a crear en Canarias una república independiente africana y socialista. La causa del independentismo canario, sin embargo, no tuvo un protagonismo serio en los debates del Comité de Liberación de la OUA ni en el Comité de Descolonización de la ONU. Había un problema, entre otros, que impedía una toma de postura explícita de estos organismos: en Canarias no había un grupo más o menos importante de colonos blancos que sometiera a la población local. Los aborígenes —los guanches— simplemente no existían desde hacía siglos. Más atención captó el nacionalismo saharauí cuando se organizó en 1973 el Frente POLISARIO (acrónimo de Frente Popular de Liberación de Saguía el Hamra y Río de Oro).

Ante la inminencia —esta vez sí— de la autodeterminación del Sahara Occidental, Marruecos organizó en octubre de 1975 la Marcha Verde, una manifestación pacífica de cientos de miles de civiles hacia las posiciones españolas para reivindicar sus derechos sobre el territorio. El rey marroquí supo aprovechar el momento oportuno. La agonía de Franco, la incertidumbre sobre el futuro de España y la amenaza de una expansión comunista en el Magreb (una amenaza que agitaba Marruecos) llevaron a los miembros más influyentes y acomodaticios del Gobierno a optar por el camino más fácil e incumplir sus compromisos. En noviembre de 1975 se firmó en Madrid un pacto tripartito en el que España cedía la administración —no la soberanía— del

Sahara Occidental a Marruecos y Mauritania. Argelia había apoyado al Frente POLISARIO y aspiraba a ejercer una influencia ideológica y económica sobre el Sahara independiente. Burladas sus esperanzas por el pacto de Madrid, aumentó su ayuda en armas y dinero al POLISARIO para que continuara la lucha contra los nuevos colonizadores, instaló campamentos de refugiados para acoger a quienes huyeron del territorio, y no escatimó esfuerzos para activar el tema saharauí en los foros internacionales.

Como parte de esta última tarea, Argelia cedió al POLISARIO un tiempo diario de emisión en su radio exterior. El 2 de diciembre de 1975 comenzó a transmitir La Voz del Sahara Libre. Algunas fuentes, como el portal clandestineradio.com, señalan que unos días después, el 28 de diciembre, nació la Radio Nacional de la República Árabe Saharaui Democrática, que empezó a emitir a bordo de un estudio móvil instalado en un camión. Según estas fuentes, se trató de emisiones distintas: La Voz del Sahara Libre siguió emitiéndose por la radio argelina tal vez hasta 1998. La RNRASD, en cambio, construyó sus primeros estudios fijos en 1977 en los campamentos de refugiados de Tinduf, y al año siguiente instaló el primer transmisor que le permitió llegar a todo el Sahara Occidental⁸⁰. No disponemos de datos para corroborar esta cronología. En cualquier caso, la República Árabe Saharaui Democrática no se proclamó hasta el 27 de febrero de 1976, tras la retirada del último soldado español, así que parece extraño que dos meses antes hubiera empezado a transmitir una radio con ese nombre. Del mismo modo, sí parece lógico que, una vez creada la RASD, el POLISARIO se dotase de una radio propia, presumiblemente con la colaboración de Argelia.

Las primeras emisiones saharauíes denunciaban el «genocidio» que estaba cometiendo Marruecos y se dirigían de forma especial a los soldados españoles buscando su complicidad con el pueblo saharauí. Después, los programas pasaron a informar de la evolución de la guerra desatada por el POLISARIO (hasta el alto el fuego firmado primero con Mauritania, en 1979, y después con Marruecos, en 1991), de las acciones diplomáticas llevadas a cabo por la RASD, de la situación de los saharauíes refugiados en Argelia y de los residentes en los territorios ocupados (Marruecos se anexionó la zona mauritana después de 1979), etc. Hoy, la Radio Nacional Saharaui tiene su sede oficial en Bir Lehlu, en los territorios controlados por el POLISARIO, establecida como capital provisional de la República a la espera de un retorno que se aplaza *sine die*, en el último gran proceso descolonizador de África aún no resuelto.

Pero volvamos a 1975. El mismo día 2 de diciembre, justo después de acabar la emisión saharauí, salió al aire por primera vez La Voz de Canarias Libre, como portavoz de un movimiento del que muchos oyeron hablar por primera vez, pero que se haría muy conocido en los años siguientes. La Voz de Canarias Libre se emitía cada día, primero treinta minutos y después una hora, por onda corta, larga y media. Esta última facilitaba que cualquiera pudiese escucharla en buenas condiciones con un aparato de radio común, lo que sin duda incrementó su popularidad. Fue una ventaja respecto a Radio España Independiente, que como vimos transmitió siempre por onda corta, una banda que cada vez tenían menos receptores en España.

Su director siempre fue Antonio Cubillo, que aplicó un liderazgo personalista al MPAIAC en su conjunto. De hecho, su actitud de líder mediático que había encontrado una plataforma desde la que darse a conocer, y que comenzaba a despertar el interés de la prensa nacional e internacional, avivó los recelos de muchos que compartían sus tesis independentistas, pero que no estaban de acuerdo con su temperamento.

El MPAIAC basaba su ideario en la existencia de una nación guanche, heredera de los pueblos que habitaban Canarias antes del siglo xv, distinta y separada de los conquistadores españoles. «El pueblo guanche vencerá», «Patria guanche o muerte», eran lemas repetidos en las emisiones, adaptados de otros procesos revolucionarios. A partir de este principio, una de las misiones que se propuso La Voz de Canarias Libre fue resucitar las señas de identidad de esa nación, su lengua, sus tradiciones, sus valores..., «para oponerlos a los del conquistador». En sus «semimemorias», *Los años verdes*, Cubillo explicó lo mucho que le habían influido en este aspecto las emisiones clandestinas para Angola y Guinea-Bisáu. Según recordó, Amílcar Cabral (el líder del PAIGC) repetía que «toda lucha de liberación es ante todo un hecho cultural» (Antonio Cubillo, cit. en Zaragoza Fernández, 2010: 648).

Pero el programa tenía una vertiente más inmediata, más práctica: la lucha contra el colonialismo. Como en otras emisiones clandestinas, se daban mensajes en clave para los distintos grupos del MPAIAC y consejos para que los siguiese toda la población.

¡Hermano guanche! No compres en los almacenes españoles. No bebas en los bares españoles. No participes en actos organizados por los españoles o por sus partidos. Grita en todo momento que no eres español, que eres guanche y no español. Exige en los comercios, bares y hoteles que se te atienda primero porque eres del país. Enseña a tus hijos a cantar nuestras canciones y a odiar a los colonialistas⁸¹.

Esta estrategia de boicót tenía un objetivo más amplio: «hundir la economía goda en Canarias y después, si preciso fuere, en la propia España, hasta que esta se decida a largarse de nuestra patria guanche». Para conseguirlo se incitó a los sabotajes generalizados desde los primeros programas.

Jamás un poder colonial ha guardado una colonia que le cueste dinero, ¡jamás! [...]. La Administración colonial es como una gran máquina que nos aplasta. Debemos, pues, ponerle arena en todos sus engranajes y así, poco a poco, se irá parando hasta que no pueda caminar más [...]. Nadie debe olvidar que un patriota solo, actuando inteligentemente, puede paralizar todo un servicio, todo un sector de la economía, o del transporte o comunicaciones godas [...]. Los hijos de los volcanes sabrán hacer comprender a los colonialistas españoles que la hora de la verdad ha llegado ya y que estamos hartos de cinco siglos de colonización⁸².

La emisión fue pronto muy seguida en Canarias, pero también en la península. Desde luego, la escuchaban los simpatizantes de la causa independentista, para los que Cubillo era un líder que despertaba la conciencia de su pueblo. Pero también la podían oír sin cansarse quienes solo buscaran algo distinto en el dial, aunque el dirigente del MPAIAC les pareciera un personaje estafalario con ideas exóticas. Y era así porque, frente al estilo tedioso de la mayoría de emisiones propagandísticas y de la propia radio oficial española, La Voz de Canarias Libre tenía un carácter desenfadado e irónico que atraía. Había ataques personales y colectivos a los «colonialistas españoles» y a los «esbirros del colonialismo y del caciquismo» en Canarias. Por supuesto, se dirigían al Gobierno, pero también a las principales fuerzas de la oposición española.

Que nadie se engañe con las declaraciones de traidores y esbirros que en Canarias hablan ahora de que nuestra nación es parte de España y otra serie de sandeces por el estilo. Todos esos chafalmejas y traidores no cuentan nada en la historia ni en la política de nuestra nación. Lo que cuenta es la lucha de los patriotas [...] para arrancar nuestros justos y legítimos derechos nacionales⁸³.

Las críticas podían adquirir un tono agresivo e insultante, incluso con amenazas veladas o explícitas contra toda persona o institución que en opinión del MPAIAC fuera en contra de los

intereses del pueblo guanche, pero predominaban el humor, los juegos de palabras y el sarcasmo antes que el estilo estridente y bronco de otras emisiones clandestinas. Así, el PCE era «el partido carrillista de España»; el PSOE, el «Partido Sociolista Obediente Español»; Adolfo Suárez, «el minicanciller Suárez»; Manuel Fraga, «el gánster de Fraga, el fragánster»; y el entonces ministro de la Gobernación, Rodolfo Martín Villa, era «Rodolfo Martin Bormann», en alusión al dirigente nazi (Zaragoza Fernández, 2010: 646).

A finales de 1976, el MPAIAC crecía en apoyo social e internacional. Pero Cubillo decidió dar un paso más. El 1 de noviembre, aniversario del comienzo de la lucha armada por parte del FLN argelino, se dieron a conocer las Fuerzas Armadas Guanches, como brazo militar del MPAIAC. Desde los micrófonos de La Voz de Canarias Libre, Cubillo reivindicó una serie de atentados cometidos ese día con explosivos de baja potencia, dirigidos contra sucursales de grandes almacenes en Canarias, agencias de viajes o proximidades de edificios oficiales. Desde ese día, La Voz de Canarias Libre instruyó también sobre la fabricación de bombas caseras e instó a las células del MPAIAC a convertirse en grupos de choque.

Hagan un entrenamiento bastante duro para fortalecer el físico —se recomendaba en una emisión a las mujeres que quisieran participar en la lucha—. Cuando ya se consideren capacitadas, tendrán que prepararse a la recuperación de armas para el grupo, así como municiones y dinero. Logrado esto, se puede dar algún asalto para recuperar explosivos y otro material de guerra. Tan solo una vez logrado esto, entrar en contacto con la Secretaría General y esperar órdenes y sugerencias para continuar el combate⁸⁴.

El MPAIAC no causó ninguna muerte directa. Pero el 27 de marzo de 1977, una bomba colocada en el aeropuerto de Gando, en Las Palmas, obligó a desviar varios vuelos al de Los Rodeos, en Tenerife. Un cúmulo de coincidencias y negligencias provocó que dos Jumbos chocaran y murieran quinientas ochenta y tres personas. El día 30, en La Voz de Canarias Libre, Cubillo dio a conocer dos telegramas que el MPAIAC había enviado al presidente estadounidense Carter y a la reina Juliana de Holanda:

Señalamos a los turistas de vuestro país que actualmente en las Islas Canarias existe una situación de «casus belli», ya que nuestro pueblo africano lucha con las armas en contra del Gobierno colonial español, que se empeña en no reconocer nuestros justos y legítimos derechos nacionales. Después de la independencia de nuestro país, la República Ganche recibirá en paz a todos los turistas del mundo entero (Zaragoza Fernández, 2010: 653).

Y cuatro meses después, advertía: «Si el Gobierno monárquico español sigue empeñado en su política colonial africana, la guerra colonial corre el riesgo de extenderse al territorio metropolitano, como le sucedió a Francia en su guerra con los patriotas argelinos»⁸⁵. El MPAIAC daba además respaldo a las acciones terroristas de los GRAPO, muy activos en esa época. De hecho, se atribuyeron algunos atentados a través de La Voz de Canarias Libre⁸⁶. La apuesta por la lucha armada fracturó a la organización y le restó apoyos en el archipiélago.

El Gobierno español interfirió la emisión casi desde el principio, e hizo de su supresión una constante reivindicación ante Argelia. Las relaciones entre los dos países eran tensas y se habían deteriorado tras el abandono del Sahara. Sobre todo cuando Argelia consiguió que la cumbre de Jefes de Estado de la OUA, reunida en Gabón, aprobara el envío de una comisión a Canarias para estudiar el origen africano de las islas, el arraigo popular del MPAIAC, la consistencia de la lucha armada y, en su caso, la conveniente descolonización del archipiélago. La siguiente cita donde se decidiría la suerte de Canarias sería la reunión del Comité Organizador de la cumbre de la OUA que se celebraría en Trípoli, en febrero de 1978. El Gobierno de la UCD estaba

dispuesto a utilizar todos los medios para que no se reconociese al MPAIAC como un movimiento de liberación. El ministro de Exteriores realizó una larga gira para mejorar las relaciones diplomáticas con los países africanos (lo que en buena parte se consiguió). Al mismo tiempo decidió implicar a la oposición de izquierda en la solución del conflicto.

Argelia empezó a comprender que había cometido un error de cálculo con respecto al MPAIAC. El PSOE y el PCE, que sí tenían buenas relaciones con el país magrebí y que apoyaban de forma incondicional la independencia del Sahara y al POLISARIO, se oponían frontalmente a que Canarias fuera considerada como un caso similar de colonización. Las principales fuerzas de la oposición al Gobierno no cuestionaban la españolidad del archipiélago, como no lo hacía la inmensa mayoría de sus habitantes. El líder del PSOE, Felipe González, iba a viajar a Argel el 27 de enero. El Gobierno le encomendó la misión de desactivar en lo posible el problema canario. Y González lo consiguió. Aun antes de que llegara a Argel, el 25 de enero de 1978, *La Voz de Canarias Libre* dejó de emitirse. Los policías argelinos que custodiaban Radio Argel no dejaron entrar a Cubillo en sus instalaciones. No había explicaciones oficiales: ellos se la dieron y ellos se la quitaban⁸⁷.

El problema, de todos modos, solo estaba resuelto en parte. Cubillo siguió siendo protegido de Argelia. *La Voz de Canarias Libre* enmudeció en vísperas de los meses más cruciales para la causa de la independencia en Canarias, la época en la que el MPAIAC estuvo más cerca que nunca de lograr sus objetivos. La cumbre de Trípoli lo reconoció como movimiento de liberación en febrero. Un Cubillo exultante manifestó que, tras ese apoyo casi unánime, le daba lo mismo que Argelia hubiera suspendido su emisión. «Si Argelia no nos devuelve el programa tampoco nos importa. Fernando Poo, Cabo Verde y Nigeria están dispuestas a facilitar una emisora propia al MPAIAC» (Zaragoza Fernández, 2010: 656).

El siguiente paso era defender la causa independentista ante el Comité de Descolonización de la ONU. Cubillo debería hacerlo en abril. Pero el día 5, en Argel, Cubillo sufrió un atentado con arma blanca que a punto estuvo de costarle la vida. En él estuvieron implicados los servicios secretos españoles, aunque el director de cine Eduardo Cubillo, en su documental *Cubillo: historia de un crimen de Estado*, apunta a otros sectores políticos y económicos internacionales a los que también interesaba que el líder independentista canario dejase de ser una molestia. Ese verano, en un clima de división interna, la OUA no ratificó el reconocimiento del MPAIAC como movimiento de liberación. En los meses siguientes, Argelia modificó su política exterior para aproximarse a Francia y a España. En la reunión del Consejo de Ministros de la OUA que se celebró en 1981 en Nairobi, su secretario general presentó un informe en el que se pronunciaba por la españolidad de Canarias, y los ministros lo aprobaron. El «problema canario» quedaba desactivado en este organismo. El 19 de agosto de 1985, Antonio Cubillo retornó a España tras veintitrés años de exilio, para participar en la vida política de Canarias.

LA CAUSA PALESTINA

El caso palestino muestra, quizá como ningún otro, las limitaciones, las desventajas, los peligros que para cualquier organización clandestina supone no tener una emisora propia con la que tratar de legitimarse ante la opinión pública internacional y mantener el contacto entre los

líderes y el resto de la población. Nos referíamos a ello en el capítulo 1, al hablar de los tipos de emisiones clandestinas. Un grupo puede beneficiarse de la solidaridad de un Gobierno «amigo» que le ceda tiempos en su radio oficial. Cuando la afinidad ideológica es completa, o cuando esa solidaridad da buena imagen al país de acogida, las emisiones clandestinas pueden prolongarse mientras sean necesarias. Pero cuando se produce alguna disonancia, porque cambie la política del país de acogida, o porque la línea ideológica del grupo clandestino se desvíe más allá de los límites «tolerables», las emisiones clandestinas pueden interrumpirse en el acto.

El Estado propio que los judíos consiguieron en 1948 sigue siendo una aspiración para los palestinos casi setenta años después. Tras la primera guerra árabe-israelí, Gaza y Cisjordania (los dos territorios asignados a los árabes en la partición de Palestina auspiciada por la ONU) quedaron administrados por Egipto y Jordania respectivamente. Sometidos a la ocupación israelí tras la llamada «Guerra de los Seis Días» de 1967, o concentrados en campos de refugiados en otros países desde 1948 (sobre todo en Jordania, Líbano y Siria), los palestinos han sido durante décadas moneda de cambio o ariete de unos Estados árabes frente a otros. La Organización para la Liberación de Palestina, fundada en 1964, no ha sido una entidad monolítica, sino un conglomerado de fuerzas con diferentes ideologías y apoyadas por distintos Estados, lo que ha dado lugar a conflictos internos por la hegemonía en la Organización. Todos estos factores explican los vaivenes que se han producido en la propaganda radiofónica palestina, en realidad un conjunto de voces muchas veces intermitentes y no siempre coordinadas.

Los inicios de la radio palestina están ligados, como los de tantos movimientos clandestinos, a Egipto, a Nasser y a Sawt al-Arab (La Voz de los Árabes). La causa palestina fue un elemento clave en la política nasserista de «resurgimiento árabe». Desde 1954, Sawt al-Arab puso en el aire una emisión propalestina, pero realizada por personal egipcio. El programa empezó siendo de quince minutos al día por onda corta, pero para 1962 se transmitía durante dos horas por la mañana y treinta minutos por la tarde desde distintas frecuencias de onda corta y media. Ese mismo año, Irak puso en el aire un «programa palestino», y dos años después lo hizo Siria. Pero seguían el ejemplo de Egipto: eran emisiones de apoyo a los palestinos, pero no controladas por ellos (Browne, 1975: 135).

La OLP, fundada en 1964 y reconocida por la Liga Árabe, ofreció por primera vez una voz autónoma y unida que podía presentarse ante el mundo como representante de las aspiraciones nacionales del pueblo palestino. En consecuencia, debería tener un papel activo, una responsabilidad cada vez mayor en la lucha por la liberación de ese pueblo. Por eso, Nasser decidió que la OLP tuviera sus propias emisiones. Al parecer, en 1964 hubo negociaciones para establecer una radio en Jerusalén (aún no ocupada por Israel), que sería «la emisora más fuerte en Oriente Medio, para contrarrestar la guerra de la propaganda sionista y para explicar los puntos de vista de los Estados árabes sobre la cuestión palestina a nivel internacional» (Browne, 1975: 136). La propuesta finalmente quedó en nada, pero desde el 1 de marzo de 1965 la OLP empezó a realizar su propio programa a través de La Voz de los Árabes. Se llamaba Sawt al-Filastin (La Voz de Palestina). En la actitud «altruista» de Nasser había un interés oculto: la promoción de los palestinos en todos los terrenos era un instrumento más de su campaña para debilitar al rey Hussein de Jordania, que como hemos dicho administraba Cisjordania en esa época.

Los impulsores de La Voz de Palestina la concibieron como una emisión de combate, sin el menor resquicio para las digresiones ni para las distracciones. El programa tenía, pues, un estilo

rudo. Las noticias, los comentarios, los mensajes, la música..., cualquier contenido debía estar al servicio de los mismos propósitos: fomentar la resistencia palestina, difundir las actuaciones árabes y no árabes que apoyaran esa resistencia, y desacreditar a Israel y a quienes lo respaldaban.

Los poemas nos cantarán las maravillas de Palestina, las historias tendrán que ver con el heroísmo del pueblo palestino, [...] las canciones expresarán los gritos de los luchadores y la admiración por su lucha —señaló en la emisión inaugural Ahmad al-Shuqayri, jefe del Comité Ejecutivo de la OLP—. Este programa no se preocupará por la diversión y el entretenimiento mientras estemos fuera de Palestina (Browne, 1975: 136).

Para septiembre de 1965, La Voz de Palestina había pasado de tres horas de emisión diarias a seis. Tras recibir el apoyo del miembro más poderoso del bloque árabe, no pasó mucho tiempo antes de que la OLP recibiera la cooperación de otros Estados de la zona. El 1 de mayo de 1966 empezó a emitir desde Amán una hora al día, y el 1 de julio quince minutos diarios desde Bagdad, aunque las autoridades iraquíes cambiaron con frecuencia el horario del programa, lo suspendieron durante una época, lo retomaron bajo control iraquí, y finalmente se lo cedieron de nuevo a la OLP (Browne, 1975: 137-138).

La Guerra de los Seis Días alteró radicalmente la situación de los palestinos. Planteada con el objetivo de acabar con Israel, terminó con una derrota de los ejércitos árabes. El conflicto dañó, de paso, de forma irreversible el prestigio de Sawt al-Arab. La emisora egipcia dijo a todo el que pudiera oírlo a través de sus potentes señales de onda media y corta que los ejércitos árabes estaban ganando. Así que, cuando se conoció la realidad —y no tuvo que pasar mucho tiempo para ello— la desilusión fue más completa de lo que lo habría sido con unos informes verdaderos sobre las batallas (Boyd, 1975: 653).

En contraste con esa derrota, resaltó la capacidad de los palestinos para obtener pequeñas victorias —pero victorias al fin y al cabo— de sus recién formadas guerrillas contra Israel. Mítica llegó a ser la conocida como «batalla de Karameh» en marzo de 1968. En esa ciudad del valle del Jordán tenía su cuartel general un grupo integrante de la OLP con una orientación más militar que política, y con un apoyo hasta entonces minoritario entre los palestinos. Se llamaba Fatah, y su líder era Yasser Arafat. En represalia por las acciones que Fatah llevaba a cabo contra Israel, los judíos cruzaron el río para destruir los campamentos de Karameh. Junto a las fuerzas de Fatah luchó el ejército jordano. La victoria militar fue de Israel, que destruyó la mayor parte de los campamentos y se llevó a cientos de prisioneros. Pero la victoria propagandística fue jordana y sobre todo palestina: habían resistido, los judíos no habían logrado todos sus objetivos y además habían mostrado como nunca antes una conciencia nacional.

Los árabes recibieron con júbilo las noticias de Karameh: necesitaban un símbolo de esperanza al que aferrarse tras la debacle del año anterior. Por otra parte, Karameh imprimió un nuevo rumbo a la lucha palestina. El apoyo popular a Fatah creció mucho en muy poco tiempo. Si hasta entonces la imagen palestina en el mundo era la del refugiado, desde ese momento se le unió la del fedayín (el combatiente, o el terrorista, según quien lo juzgara). Y Arafat empezó a ser visto como la encarnación de la lucha de su pueblo. Nasser lo invitó a El Cairo, le apoyó públicamente y desde el 10 de mayo le dio su propia frecuencia para transmitir a diario.

Esta sería Sawt al-‘Asifah (La Voz de la Tormenta), aunque se la conoce simplemente como Radio Fatah. Así que tras 1968 continuaban las emisiones de la OLP, pero uno de sus miembros tenía las suyas propias. Unas emisiones al parecer muy oídas en pleno proceso de expansión y de

reclutamiento entusiasta de nuevos guerrilleros. Radio Fatah diseminó el discurso de la lucha armada, nociones de nacionalismo revolucionario y una imagen mística del martirio en aras de la liberación. «Nací, vivo y muero como un fedayín, hasta que vuelva, tierra de mis antepasados, pueblo inmortal», decían las canciones popularizadas por la emisora. «Toma mi sangre, oh, revolución, y dame victorias» (Sayigh, 1999: 180 y 195). Estaba en el aire una hora al día y, al parecer por primera vez entre las radios palestinas, empleaba no solo el árabe, sino también el hebreo. Hasta 1970 se añadieron programas de Radio Fatah desde las radios de Irak, Sudán, Arabia Saudí y Libia, pero sin una centralización y coordinación de sus contenidos, como ocurría con La Voz de Palestina. Cada rama del movimiento en cada país actuaba por su cuenta (Browne, 1975: 138-139).

Dos hechos en 1970 probaron la descoordinación y la provisionalidad en la que se movían las emisiones palestinas. Cuando Egipto se mostró favorable a estudiar un plan de paz propuesto por Estados Unidos para Oriente Medio, algunos grupos de la OLP se manifestaron de acuerdo, pero otros empezaron a criticar a Nasser por considerar que traicionaba su causa. Y El Cairo decidió que no podía permitir que desde sus propias instalaciones, desde sus transmisores oficiales, les insultasen. Así que decidió clausurar las emisiones de La Voz de Palestina y de Radio Fatah. «La RAU⁸⁸ puso sus radios al servicio de determinadas organizaciones palestinas para facilitar la propaganda de la resistencia. Sin embargo, es equivocado dejar tales medios a merced de cualquier maniobra local en la lucha por el poder entre las organizaciones palestinas», señaló un comunicado leído por la radio egipcia el 28 de julio de 1970. Mientras Libia apoyó a Egipto y también suspendió los programas de los palestinos, Irak, Siria y Sudán les proporcionaron tiempo adicional de emisión. Al parecer, de esta época data la compra a la China de Mao de un transmisor por parte de Fatah, que emplazó en el sureste de Siria y empezó a emitir en agosto de 1970 (Browne, 1975: 139-140).

Enseguida llegó lo que los palestinos conocieron como el «septiembre negro», en Jordania. Las guerrillas palestinas, cada vez más numerosas, llegaron a constituir un contrapoder en ese país, un auténtico Estado dentro del Estado. La intervención cada vez más abierta en los asuntos internos jordanos desembocó en crisis en el verano de 1970, cuando algunos grupos armados de la OLP se movilizaron en las calles, mientras Radio Fatah clamaba por el derrocamiento del rey Hussein, a quien veían como demasiado débil frente a los judíos, además de como un obstáculo para crear la gran Palestina. El rey quiso recuperar su autoridad y acabar con una situación que le llevaba a enfrentarse a la vez con un enemigo fuera de su territorio (Israel) y otro dentro. En la práctica, los palestinos podían provocar, tratar de desestabilizar el régimen jordano, pero no podían ir más allá. Sus guerrillas no podían competir con el ejército jordano ni en número de soldados, ni en armamento, ni en entrenamiento militar. Con la mediación de un tribunal compuesto por distintos dirigentes y presidido por Nasser en El Cairo se llegó a un acuerdo de compromiso que de hecho suponía la derrota de Arafat y los suyos. Las milicias palestinas serían expulsadas de Jordania y establecerían su centro de mando en el Líbano.

Cuando se conoció el acuerdo, una vez más hubo opiniones distintas en la OLP, que se hicieron públicas en la radio. Todo dependía de qué facción controlara cada emisión. La Voz de Palestina de Damasco era favorable, mientras la de Bagdad se oponía. Desde Damasco se dijo que la emisión de Bagdad ya no representaba a la revolución palestina. Cuando el 28 de septiembre murió Nasser, la emisión de Bagdad no dedicó ni un minuto a su necrológica,

mientras la de Damasco se llenó de elogios y mensajes de condolencia (Browne, 1975: 141).

En junio de 1972, el Comité Central de la OLP anunció la unificación de todos sus servicios de información, incluida la radio. Radio Fatah, que de nuevo emitía desde El Cairo, empezó a identificarse como la «voz de Palestina, voz de la revolución palestina». Lo mismo hicieron las emisiones de Fatah que se transmitían desde Bagdad, desde la emisora clandestina instalada en Siria y desde Argel (esta última había empezado en septiembre de 1970). Todas además adoptaron la misma sintonía. Pero los programas de Arabia Saudí, Libia, Sudán, Siria y Líbano retuvieron sus viejos títulos. Y, sobre todo, siguió sin haber una unidad en los contenidos. Las luchas por la hegemonía en la OLP y los cambiantes compromisos y actitudes de los Gobiernos árabes continuaron en los años siguientes y repercutieron en la estabilidad, en la duración, en la potencia y en los lugares de emisión de La Voz de Palestina y de Radio Fatah. Por ejemplo, la radio clandestina instalada en Siria transmitió con la complicidad del Gobierno de Damasco hasta 1973. Como la controlaba Fatah, realizaba violentos ataques contra el rey Hussein de Jordania. Pero en septiembre de 1973, Egipto, Siria y Jordania mantuvieron una conferencia de alto nivel en la que resolvieron algunas de sus diferencias. Desde ese momento, las críticas a Hussein ya no eran convenientes. Así que el Gobierno sirio confiscó el transmisor y otros equipos de la radio clandestina palestina, y encarceló a su director y a otros cinco trabajadores (Browne, 1975: 143-144).

La serie de secuestros aéreos llevados a cabo por palestinos sobre todo en 1972, la guerra del Yom Kipur en 1973, la guerra de todos contra todos en el Líbano a partir de 1975... son hechos de la historia reciente de Oriente Medio cuya descripción nos llevaría a añadir fechas y nombres a un panorama que en realidad no varió durante años. Pero, pese a tantos vaivenes, las investigaciones apuntan a que un gran número de palestinos, en los campos de refugiados y en los territorios ocupados, sintonizaban esas emisiones. Al parecer, eran menos seguidas entre los intelectuales. Pero en el resto de la población, aunque a veces fueran poco comprensibles o poco atractivas por la jerga revolucionaria que empleaban, el mero acto de sintonizarlas era una proclamación simbólica de apoyo a la revolución (Browne, 1975: 148).

Los acuerdos de paz de Camp David firmados entre Egipto e Israel en 1978 y 1979 fueron vistos como una traición por las demás naciones árabes, que iniciaron transmisiones hostiles. Irak puso en marcha La Voz del Egipto del Arabismo, mientras que Libia empezó a emitir La Voz del Pueblo Egipcio. Ambas salieron al aire en 1979. Denunciaban la supresión de las libertades civiles en el país —dirigido por Sadat desde la muerte de Nasser—, la represión gubernamental, la cooperación de Egipto con Estados Unidos, la normalización de relaciones con Israel y su abandono de la causa palestina. Pero estas emisiones pretendían interferir en los asuntos egipcios sin representar en realidad a ningún grupo real o supuesto de la oposición (Soley y Nichols, 1987: 134).

Un hecho supuso un punto de inflexión en la resistencia palestina: la «Intifada», la rebelión en Gaza y Cisjordania que se inició en diciembre de 1987. La que en Occidente se vio sobre todo como la guerra de las piedras contra las balas fue un levantamiento popular en contra de la ocupación israelí que afectó a todos los niveles de la vida cotidiana, ya que incluyó una desobediencia civil generalizada a las directrices de los ocupantes y la creación de estructuras palestinas autónomas para la organización de la población. Ese levantamiento conllevó dos cambios de perspectiva fundamentales: primero, frente al predominio hasta entonces del exilio en

la dirección de la resistencia, surgía un movimiento espontáneo desde el interior de los territorios ocupados, que cogió por sorpresa a la OLP; segundo, frente al componente nacionalista y laico de ese movimiento, emergía una organización islamista, Hamás, que iría teniendo un protagonismo cada vez mayor, sobre todo en la Franja de Gaza. Por primera vez apareció una radio de resistencia no controlada por la OLP. Fue al-Quds Radio, portavoz del Frente Popular para la Liberación de Palestina-Comando General, un grupo escindido de uno de los miembros de la OLP, refractario a cualquier entendimiento con Israel y apoyado por Siria. Al parecer, la emisora gozó de una apreciable audiencia en los territorios ocupados (Sayigh, 1999: 644).

Los acuerdos de Oslo de 1993 abrieron una nueva etapa en el conflicto entre árabes y judíos. Por primera vez existió en Gaza y Cisjordania un órgano de autogobierno, la Autoridad Nacional Palestina, reconocido por Israel, aunque bajo su jurisdicción. En 1994 se creó la Palestine Broadcasting Corporation como empresa pública de radio y televisión. La radio oficial, casi podríamos decir que por lógica, lleva el nombre de La Voz de Palestina. Pero la política de comunicación de la ANP es paradójica. Por un lado, está sometida a la presión constante de Israel, que en varias ocasiones ha hecho a los medios públicos objeto de represalias. Por ejemplo, el 18 de enero de 2002, durante la segunda «Intifada», los militares israelíes destruyeron la sede de La Voz de Palestina en Ramala. Para hacerlo, volaron un edificio de cinco plantas. La ANP reanudó entonces las emisiones de su radio oficial desde una ubicación secreta. Por otro lado, de puertas adentro, no existe un pluralismo real de opiniones. Hay emisoras de radio y de televisión privadas, pero sus periodistas han sido detenidos y las propias instalaciones clausuradas por informaciones o comentarios críticos con la ANP. En el año 2000 se llegó incluso a arrestar al director de informativos de La Voz de Palestina por «provocar y vilipendiar a los líderes palestinos» después de que criticara las conversaciones que la ANP e Israel llevaban a cabo en Estocolmo (Rugh, 2004: 207-208).

El Estado palestino ha alcanzado hasta ahora su más alto grado de reconocimiento cuando fue admitido como miembro observador de la ONU en 2012. Pero la solución de dos países propuesta en 1947 sigue sin ser aceptada por los judíos y los árabes más radicales. La lucha por la soberanía continúa. También el anhelo de una convivencia pacífica.

⁷⁵ www.swradioafrica.com.

⁷⁶ Grabación incluida en la casete *Fala Rádio Portugal Livre*.

⁷⁷ www.clandestineradio.com.

⁷⁸ Noticia «The Black Cockerel crows its last», del 2 de abril de 1998, consultada en www.monitor.bbc.co.uk.

⁷⁹ Emisión de La Voz de Canarias Libre facilitada por Eduardo Cubillo.

⁸⁰ www.clandestineradio.com.

⁸¹ Emisión de La Voz de Canarias Libre facilitada por Eduardo Cubillo.

⁸² Emisión de La Voz de Canarias Libre facilitada por Eduardo Cubillo.

⁸³ Emisión de La Voz de Canarias Libre facilitada por Eduardo Cubillo.

⁸⁴ Emisión de La Voz de Canarias Libre facilitada por Eduardo Cubillo.

[85](#) Emisión de La Voz de Canarias Libre facilitada por Eduardo Cubillo.

[86](#) Así lo publicó *El País*, por ejemplo, el 29 de enero de 1977 respecto a dos atentados cometidos por los GRAPO el día anterior.

[87](#) *El País*, 28 de enero de 1978.

[88](#) República Árabe Unida fue el nombre adoptado en 1958 por la unión de Egipto y Siria. Aunque dicha unión se disolvió en 1961, Egipto continuó usándolo durante diez años más.

CAPÍTULO 10

Los volcanes de América: nuevas (y renovadas) erupciones

Evitar una segunda Cuba. Esa fue la obsesión del Gobierno de Estados Unidos con respecto a América desde 1959. Se intentó de varias formas. La más novedosa fue la Alianza para el Progreso que impulsó el presidente Kennedy. Fue el más importante proyecto reformista propiciado por Washington para Iberoamérica, lo más parecido a un Plan Marshall que hubo en el continente. Fue un intento de frenar el comunismo a la europea, por decirlo de una manera muy simple: en vez de apoyarse en regímenes represivos que se limitaran a dejar las cosas como estaban, la Casa Blanca impulsaba ahora en lo económico el desarrollo de las clases medias (lo que significaba llevar a cabo políticas redistributivas y modernizadoras) y en lo político la alternancia entre partidos socialdemócratas y democristianos. De este modo se esperaba que, con la mejora de las condiciones de vida de la población y la existencia de unos partidos fuertes que pudieran disputarse el poder por vía pacífica, los pueblos de América dejarían de necesitar y de buscar soluciones radicales.

La experiencia salió bien en algunos países. Pero no todos los Gobiernos ni todas las oligarquías estaban dispuestas a colaborar de la misma forma con Washington. Además, el ejemplo de Cuba —en lo ideológico y en lo romántico— resultaba demasiado atractivo para parte de la población más joven. El Che Guevara, en especial, difundía la necesidad de extender la revolución. Y estaban Argelia y Vietnam. El guevarismo, así como el maoísmo —que compartía las tácticas insurreccionales—, provocaron escisiones en la mayoría de partidos comunistas latinoamericanos, que apostaban por la vía clásica de los frentes populares y rechazaban la lucha armada. Los años sesenta fueron años de guerrillas renovadas. Primero surgieron en las montañas, imitando el esquema foquista que ya vimos en el capítulo 7. Algunas consiguieron resistir de algún modo, como las FARC o el ELN en Colombia, pero casi todas fueron desarticuladas. Luego, a finales de la década, la guerrilla bajó de las montañas al llano, se desplazó del campo a las ciudades.

En estas condiciones, evitar una segunda Cuba tenía otro significado: la lucha contra la subversión. Transformaciones, sí; desestabilizaciones, no. Por eso el demócrata Lyndon Johnson envió a los marines a la República Dominicana en 1965, ante el temor de una expansión comunista. Por eso, cuando en Chile —país que hasta entonces había sido el ejemplo del buen funcionamiento de la Alianza para el Progreso— fue elegido presidente el marxista Salvador Allende, el republicano Richard Nixon ordenó a la CIA realizar acciones encubiertas para ayudar a su caída. Por eso se instruyó a los ejércitos del continente en tácticas de contrainsurgencia y en la doctrina de la seguridad nacional, según la cual el enemigo no estaba solo fuera de las propias fronteras, sino allí donde hubiera un agente dispuesto a entregar a la patria a una potencia extranjera (eufemismo para referirse a la URSS). Esa doctrina de lucha contra la subversión comunista llevó en los años setenta al quiebre constitucional de distintos países sometidos a dictaduras militares que se caracterizaron por una saña represiva muy superior a la de las

dictaduras anteriores. El MIR en Chile y Montoneros en Argentina fueron dos ejemplos de guerrilla urbana que resistieron a las juntas militares de sus países y que realizaron curiosas experiencias de radios clandestinas.

Y, pese a todo ello, en 1979 la pesadilla se volvió realidad. La historia se repetía, esta vez en Nicaragua. Se implantaba la segunda Cuba, con ayuda de Cuba. El Frente Sandinista de Liberación Nacional derrocaba a Anastasio Somoza, un histórico aliado de Estados Unidos. Y esto ocurría solo cuatro años después de la derrota en Vietnam, y unos meses después de que Jomeini expulsara al Sha en Irán, y en medio de una oleada revolucionaria que, como vimos en el capítulo anterior, puso a distintos países del Tercer Mundo bajo la advocación del marxismo-leninismo. Muchos dentro y fuera de Estados Unidos podían ver al país como debilitado frente a un comunismo en ascenso. Esto explica el rebrote de la Guerra Fría tras la larga etapa de distensión. Esto explica también, al menos en parte, la victoria de Ronald Reagan en las elecciones de 1980. Un presidente que pensaba que Estados Unidos había sido demasiado blando en política exterior, y que había que oponerse al comunismo en todas sus formas con contundencia. Por supuesto, este nuevo enfoque valía no solo, pero sí de forma especial, para América.

Por eso se dio máxima repercusión y un tratamiento heroico a la invasión de la pequeña isla de Granada en 1983, cuyo Gobierno fue acusado de servir de base para la expansión soviético-cubana en el Caribe. Por eso se desarrolló un conflicto de baja intensidad en Centroamérica, en el que se vieron envueltos directamente Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Costa Rica y Honduras e, indirectamente, Estados Unidos, Cuba y la URSS. Un conflicto regional en el que la radio desempeñó un papel importante, sobre todo con destino a Nicaragua y El Salvador, y en el que destacó una emisora clandestina revolucionaria: Radio Venceremos (tal vez la más conocida y citada del continente en los años ochenta). Y por eso se reanudó la presión contra Cuba, relajada desde hacía más de una década. La nueva ofensiva se desarrolló también en el terreno radiofónico, primero con el surgimiento de gran cantidad de emisoras clandestinas, y después con la implicación oficial y abierta de Estados Unidos en emisiones hacia la isla a través de Radio Martí.

CHILE: LA GUERRILLA RADIOFÓNICA

En 2001, la caída de las Torres Gemelas le arrebató el protagonismo. Pero, hasta entonces, la fecha del 11 de septiembre estaba unida en la memoria del mundo ante todo a 1973 y a Chile. Ese día llegó a un final abrupto, violento, sin retorno, el proceso inédito de transformación social que se vivía en el país sudamericano desde hacía tres años: el intento de llegar a una sociedad socialista por la vía parlamentaria, respetando las reglas del juego de la sociedad burguesa. Un proceso lleno de entusiasmo y de contradicciones. Un ejemplo que, si salía bien, a muchos ilusionaba y a muchos aterrorizaba que pudiera emularse en otros países. Salvador Allende, ese socialista que tuvo sobre todo el apoyo de los comunistas (ya que su propio partido exhibía planteamientos de ruptura mucho más radicales), señaló el fin de la experiencia suicidándose en el Palacio de la Moneda, cuando ya todo estaba terminado. La vía pacífica había fracasado (ante los boicots económicos, la obstrucción parlamentaria de la oposición política, las propias

divisiones conceptuales en el seno de la Unidad Popular, las acciones encubiertas desde el exterior y finalmente el recurso a la solución golpista); pero los que predicaban con fervor la vía popular armada para llegar al socialismo se mostraron igualmente ineficaces e impotentes en el momento decisivo. Llegaba el tiempo de la clandestinidad y del exilio para quienes quisieran seguir luchando (en algunos casos, para quienes quisieran seguir viviendo).

Una combinación de confiscaciones, censura, restricciones legales y represión física se utilizó para evitar que emergiera la oposición en los medios. Durante la dictadura, cuarenta periodistas o trabajadores de la comunicación fueron asesinados o desaparecieron, a trescientos se les forzó al exilio y otros mil fueron incapaces de encontrar trabajo (Bresnahan, 2002: 164).

En la memoria de la oposición, la actividad radiofónica durante la dictadura militar queda unida especialmente al nombre de un programa, «Escucha, Chile», transmitido desde Radio Moscú.

Quando la gente está triste y vive sin sonreír, / cuando los diarios no hacen nada más que mentir, / cuando no queda emisora que diga la verdad / hay una solución, ya lo verás —cantaba el grupo Quilapayún—. Igual que tú, igual, / igual que tú, igual, / igual que tú, yo también / escucho Radio Moscú⁸⁹.

La historia oficial, tantas veces repetida, cuenta que el espacio arrancó el mismo 11 de septiembre. Pero se trata de un nacimiento simbólico, no real, para establecer la continuidad del compromiso, la resistencia sin pausa. Lo que hubo ese día fue una entrevista de Radio Moscú al senador Volodia Teitelboim, que estaba de viaje en Roma, y que era el único dirigente destacado del Partido Comunista Chileno que se encontraba en Europa.

Teitelboim contó después que la redacción soviética lo localizó y lo invitó a trasladarse cuanto antes a Moscú para hablar por el micrófono (Montalva [ed.], 2014: 25). El relato, de por sí, resulta sorprendente, teniendo en cuenta el desfase horario entre Chile y Moscú, la confusión inicial de informaciones sobre lo que ocurría en el país andino, la burocracia soviética, y los transportes entre Occidente y el bloque comunista (era más fácil haber realizado la entrevista por teléfono). Aún es más difícil pensar que en un tiempo récord los responsables de Radio Moscú se reunieran y acordaran un espacio para Chile. Es cierto que la perspectiva de un golpe militar, e incluso de una guerra civil, rondaba las cabezas de muchos de diferentes partidos ante el deterioro creciente del clima político y social. Es cierto también que Radio Moscú había tenido contactos estrechos con Chile durante la Unidad Popular: se habían grabado programas especiales, de diez a quince minutos de duración, para difundirlos en Radio Magallanes (propiedad del Partido Comunista de Chile) y Radio Luis Emilio Recabarren (de la central sindical CUT) (Montalva [ed.], 2014: 21). Pero no puede considerarse el 11 de septiembre como la fecha fundacional de un programa concebido como tal. Algunas fuentes hablan de que comenzó a emitir el 18 de septiembre, día de la independencia nacional. En esa semana sí es más aceptable que diera tiempo a dictar unas primeras reglas de organización y a crear un primer equipo.

En él estuvo desde el principio Katia Olévskaia, una veterana de las emisiones en español de Radio Moscú y que, al parecer, llegó a ser muy querida por los oyentes chilenos. También se fueron incorporando periodistas que conseguían salir de Chile, muchos de los cuales habían trabajado ya en los diarios o en las emisoras del Partido Comunista. Uno de los más importantes fue el escritor José Miguel Varas, que había sido corresponsal en Moscú del diario comunista *El*

Siglo.

¿Puede considerarse «Escucha, Chile» en rigor como una emisión clandestina? También se hablaba de Chile en otras emisoras exteriores de países comunistas, como Radio Habana Cuba o Radio Berlín Internacional. En esos programas había una afinidad ideológica evidente, pero, aunque trabajaran exiliados chilenos, eran emisiones de Estado. Cuba o Alemania del Este no cedieron tiempos de emisión al Partido Comunista de Chile para que los empleara como mejor quisiera. Sin embargo, parece que algo distinto ocurrió en Moscú, según los que trabajaron allí. De cada programa de cada lengua del servicio exterior soviético tenían que hacerse ocho copias, que debían revisar y autorizar otros tantos controles antes de emitirse. Sin embargo, al parecer por iniciativa del jefe de programas para Latinoamérica de la emisora, Babkén Serapioniánts, en el caso de Chile se soslayó esa mastodónica burocracia: las ocho copias se hacían, pero se autorizaban sin revisarse (Varas, 2012: 16). Al parecer, además, el espacio para Chile tuvo unos formatos más vivos que los encorsetados de los demás programas. Los periodistas de «Escucha, Chile» estaban de acuerdo en que debían hacer una radio como la que existía en su país antes del golpe. Y la radio chilena, incluso la más política y menos comercial, debía mucho a los formatos y los estilos procedentes de Estados Unidos, que eran los que se habían extendido por toda América.

El programa de Radio Moscú llegó a realizar proezas insólitas, como la de llamar al campo de prisioneros de Ritoque y pedir hablar con el líder comunista chileno, Luis Corvalán, que allí estaba detenido, para comunicarle que se le había concedido el Premio Lenin de la Paz. Se fue tejiendo una red de corresponsales que informaban desde las capitales europeas y latinoamericanas en las que había una comunidad más grande de exiliados chilenos. Un enlace especialmente importante se estableció en Ciudad de México. Allí, un periodista recibía los servicios latinoamericanos de las agencias internacionales de noticias, que incluían mucha más información sobre Chile que los servicios europeos recibidos en Moscú. Pero las cartas más esperadas eran las que llegaban del propio Chile. Cartas con informes sobre los excesos en las comisarías y en las cárceles, con denuncias de desapariciones, con grabaciones de acontecimientos (como la manifestación durante el entierro de Pablo Neruda, apenas unos días después del golpe). Según José Miguel Varas, estas informaciones podían tener un impacto directo en la suerte de las personas mencionadas. El anuncio público de que una persona concreta había sido detenida y se hallaba en un lugar específico le proporcionaba algún tipo de protección frente al destino de los prisioneros cuya ubicación se ignoraba (Bresnahan, 2002: 174).

En las emisiones había actualidad, noticias sobre lo que pasaba en Chile y sobre la solidaridad del mundo con los reprimidos. Había también cultura, con especial atención a la música de quienes habían tenido que exiliarse y del nuevo canto que brotaba con dificultades dentro del país. Y, por supuesto, había propaganda, una especie de línea editorial de orientación política, a través de un comentario semanal firmado por Pedro Correa. El nombre no es casual. Pedro Correa (PC) era, en realidad, la voz del Partido Comunista (PC). Pero «Escucha, Chile», según José Miguel Varas, dio también voz a dirigentes socialistas o democristianos, unidos por el compromiso común de restaurar la democracia (Varas, 2012: 18). La junta militar interfirió — casi como era preceptivo— esas emisiones, pero Radio Moscú llegó a lanzar el programa por quince frecuencias simultáneas, haciendo imposible en la práctica la anulación completa de su señal⁹⁰.

Hubo otros programas del exilio, como Radio Magallanes (emitido también desde Moscú, también con voces como la de Katia Olévkaya, y cuyo nombre quería establecer una continuidad con la emisora desde la que Allende había transmitido su último discurso) o La Voz de la Resistencia Chilena (que emitía desde Argelia y estaba a cargo del Partido Socialista de Chile). Pero la clandestinidad radiofónica, en sentido estricto, la representó en Chile otra operación de impacto tal vez más simbólico que efectivo.

Se llamó Radio Liberación. La puso en marcha el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), una organización de tipo guevarista que, por tanto, entendía las acciones armadas como parte de su estrategia para llegar a la sociedad socialista. En la época de la Unidad Popular, el MIR había dirigido Radio Nacional, una de las pocas emisoras que estaban en manos de la izquierda. En la clandestinidad durante la dictadura, la organización decidió aplicar las tácticas guerrilleras al terreno de la comunicación. Primero se secuestraron temporalmente algunas radios para transmitir proclamas desde ellas. Luego empezaron a realizarse transmisiones con equipos propios. Como afirmó un ingeniero de telecomunicaciones implicado en el proyecto, más allá del alcance de la señal y del número de gente que la recibiera, Radio Liberación era «una herramienta de propaganda y de combate a la dictadura, pues el solo lograr una transmisión significaba en sí misma una acción victoriosa: algo que el régimen no controlaba»⁹¹.

Radio Liberación no fue en realidad una emisora, sino un conjunto de transmisores creados para interferir otras radios y, sobre todo, el audio de los canales de televisión. Los equipos, de baja potencia, anulaban la señal en unas cuantas manzanas. Las emisiones duraban tres minutos de media para evitar que la policía detectase los transmisores. La labor se desarrollaba en grupos compartimentados y a menudo sin contacto entre sí.

Un equipo diseñaba el programa, mientras otro era responsable de grabarlo [...]. Un equipo técnico seleccionaba el lugar para la transmisión y la frecuencia que se usaría, mientras otro equipo se responsabilizaba de alquilar o requisar temporalmente un vehículo, instalar el equipo de transmisión y planificar una ruta de escape. Otro equipo proporcionaba seguridad armada (Bresnahan, 2002: 175).

El responsable del proyecto durante un tiempo fue Fernando Vergara, que retornó de su exilio en México en 1982 para llevar a cabo esta tarea, aunque las emisiones documentadas más antiguas de Radio Liberación son de mayo de 1981. En un artículo publicado en *El Rebelde* —órgano oficial del MIR—, en junio de 1984, Vergara definió el trabajo de Radio Liberación como

una «guerrilla radial» contra los medios de comunicación controlados y domesticados por la dictadura. Tiene además aspectos del trabajo miliciano, por cuanto sus integrantes defienden la zona en la cual se esté transmitiendo apoyándose en las masas y en las armas del pueblo⁹².

Desde agosto de 1976, el grupo peronista Montoneros realizaba una labor similar en Argentina, llamada Radio Liberación TV, aunque ya hay referencias a ella en el *Manual del miliciano* que la organización difundió entre sus cuadros cuando pasó a la clandestinidad en 1975 (Vinelli, 2002: 57). No está acreditado si las dos experiencias —con casi el mismo nombre, la misma intención y el mismo método— fueron autónomas o si la chilena se inició tras entrar en contacto miembros del MIR y de Montoneros exiliados en México.

Se conserva un interesante documento de Montoneros en esta materia: un manual donde se explica la finalidad de las emisiones de Radio Liberación TV y el procedimiento para hacer

funcionar los equipos en las mejores condiciones posibles. Según este texto, las transmisiones se realizaban con equipos producidos y montados de forma artesanal, integrados por un sistema de alimentación con baterías («de las utilizadas en las motos grandes»), un transmisor (que tras diez minutos se desconectaba automáticamente «debido a la temperatura alcanzada», de modo que se recomendaba hacerlo funcionar como máximo ocho minutos o darle aire con un ventilador), un casete a pilas para difundir los mensajes, una antena y un auricular (para verificar que la grabación estaba saliendo al aire de forma apropiada)⁹³.

El texto reconoce que en 1978 disminuyó «considerablemente la cantidad de transmisiones realizadas», aunque afirma que se mejoró «notablemente la fabricación de los equipos electrónicos, llegando a tener un alcance en las emisiones muy superior» (MPM, 1979?: 1). Fue ese el año en el que, con motivo del mundial de fútbol que se celebraba en su país, los montoneros difundieron la consigna «Argentina campeón, Videla al paredón»⁹⁴. Pero la dictadura no tardaría en desarticular y casi descabezar a la organización.

El sentido de las transmisiones montoneras se deja explícito en ese manual:

Además de lo espectacular de arrebatarle la televisión al enemigo, la Marcha Peronista con la cual iniciamos nuestras transmisiones y la voz del locutor que anuncia un mensaje de Radio Liberación, Voz del Peronismo Montonero, son en la actualidad de un enorme valor político que difícilmente otro medio pueda lograr (MPM, 1979?: 1-2).

Estaba claro: esas emisiones no pretendían fidelizar a la audiencia, sino sorprenderla; no querían que los oyentes las buscaran, sino que se las encontrasen. Era una versión radiofónica de los mítines-relámpago, un medio de «agitación y propaganda», de concienciación política y movilización. Porque se esperaba que «cada escucha del pueblo» no permaneciese pasivo ante los mensajes recibidos, sino que se convirtiera en «otra RLTV en funcionamiento con el motor al máximo», difundiendo lo que había oído entre sus amigos, sus compañeros de trabajo, sus familiares..., y actuando según las consignas, claro (Vinelli, 2002: 77). Cualquier noticia que se diera estaba al servicio del análisis de la organización que indefectiblemente invitaba a luchar para acabar con una dictadura a la vez cruel y débil.

Los gorilas se encuentran con que todos los fracasos, todas las atrocidades cometidas, todas las mentiras que dijeron se les vienen encima —decía una transmisión montonera en enero de 1978, casi seis años antes de que regresara la democracia—. Desde siempre caminaron a contrapelo de la historia, pero ahora se encuentran con que la historia está por pasarlos a contrapelo a ellos⁹⁵.

Como decíamos, la intención y el procedimiento explicados en el manual argentino pueden aplicarse también a las transmisiones del MIR en Chile: emisiones para levantar la moral de quienes se oponían a la dictadura y para conseguir apoyos para las actividades del movimiento.

Por la razón y la fuerza, el pueblo en el camino de la rebelión —clamaba una de las emisiones—. La razón, porque los argumentos históricos, democráticos y revolucionarios están de parte de los hijos de esta tierra. La fuerza, indispensable para enfrentar a los enemigos de Chile y garantizar que la democracia sea popular y revolucionaria [...]. Así se organiza la resistencia popular, de múltiples formas, combinando la lucha de masas, pública y callejera, con la lucha clandestina, miliciana y guerrillera. De ella depende el destino de nuestra patria. Chile espera y reclama que los patriotas revolucionarios expresen su amor a la patria de la única forma que es posible: luchando, luchando sin descanso hasta derrocar la dictadura militar patronal⁹⁶.

Los equipos de Radio Liberación realizaron veinticuatro transmisiones durante el mundial de fútbol de España en 1982. Más tarde, las interferencias al audio de la Televisión Nacional en Santiago alcanzaron un promedio de cuarenta al mes y se extendieron a otras ciudades como

Concepción, Temuco y Valdivia.

El 15 de diciembre de 1984, Fernando Vergara fue abatido por la policía en un supuesto enfrentamiento. Se le encontraron catorce impactos de bala. Iba andando por la calle, aunque la versión oficial habló de resistencia a un control de vehículos. En su domicilio se encontraron componentes electrónicos de los transmisores que Vergara fabricaba para Radio Liberación. Las emisiones de Radio Liberación continuaron realizándose, sin embargo (al parecer, en 1985 se establecieron en Santiago tres emisiones semanales en una frecuencia de FM), aunque la base popular del MIR —que había tenido su apogeo en 1973— se había reducido considerablemente (VV.AA., 1997).

Por la misma época estaba llevando a cabo acciones violentas una nueva organización: el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. La había constituido el Partido Comunista de Chile, que en 1980 había admitido como oficialmente legítima la vía armada para derrocar a la dictadura. El FPMPR se dio a conocer el 14 de diciembre de 1983 con un corte de energía eléctrica que afectó a la zona central de Chile. Su estrategia radiofónica era distinta: secuestrar temporalmente emisoras de radio para transmitir comunicados previamente grabados. Así ocurrió, por ejemplo, el 14 de diciembre de 1986 cuando poco antes de las ocho de la mañana se asaltó Radio Agricultura en Valparaíso⁹⁷.

El Frente empezó a descomponerse tras un fallido atentado contra Augusto Pinochet, en 1986. Al final, al dictador lo derrocó su propia prepotencia. De acuerdo con la Constitución redactada durante su mandato en 1980, convocó un plebiscito en 1988 para afianzarse en el poder con el respaldo de las urnas, seguro de que la combinación de miedo y gratitud —dependiendo de a quién se preguntase— junto al control efectivo de los resortes del poder actuarían en su beneficio. Y se equivocó. Y para sorpresa de muchos aceptó la derrota. Y se eligió democráticamente como nuevo presidente del país al democristiano Patricio Aikwin, que tomaría posesión el 11 de marzo de 1990. El 31 de enero de ese año, el último programa de «Escucha, Chile» se despidió con un «misión cumplida»⁹⁸.

NICARAGUA: DE LA REVOLUCIÓN A LA GUERRA CIVIL

Era una república en manos de una familia, los Somoza. El padre de la dinastía, jefe de la Guardia Nacional creada por Estados Unidos antes de sacar sus tropas del país, había tomado el poder en 1936. Desde entonces, directamente o por persona interpuesta, los Somoza gobernaron Nicaragua de forma ininterrumpida. Durante décadas pudieron hacerlo sin problemas gracias al control de la Guardia Nacional —a la que se utilizaba en tareas represivas cuando era necesario—, a la debilidad de la oposición —que no llegó a desafiar al sistema, entre otras cosas, por falta de unidad— y al apoyo estadounidense —a cambio de la seguridad de sus intereses económicos.

El primer intento serio —tan serio como fracasado— de derribar la dictadura ocurrió en 1959. Se planeó como una invasión convencional desde Costa Rica por parte de una coalición de grupos antisomocistas. Como apoyo propagandístico se utilizó una emisora de radio, La Voz de la Revolución Nicaragüense, que empezó a emitir en abril desde un campamento rebelde en Costa Rica. Cuando comenzó la invasión, el 31 de mayo, salieron al aire dos nuevas emisoras: Radio Sandino animaba a los nicaragüenses a hostigar al Gobierno utilizando al mismo tiempo

tanta agua y electricidad como fuera posible; Radio Insurgente informaba de que numerosas guerrillas se estaban uniendo a los rebeldes. En quince días, la invasión —pobremente planeada y pobremente ejecutada— fue aplastada y las radios clandestinas dejaron de emitir (Soley y Nichols, 1987: 229).

En aquel complot participaron dos personas que sacaron conclusiones muy distintas del fracaso. Una era Pedro Joaquín Chamorro. En los años siguientes orientó su labor de oposición hacia las movilizaciones políticas y sociales más o menos legales, tratando de forzar al sistema desde dentro a convertir lo que era una democracia simulada en una democracia auténtica. Su órgano de expresión fue el periódico familiar *La Prensa*. Carlos Fonseca, en cambio, entendió que las operaciones militares clásicas habían sido ineficaces, pero también lo era cualquier oposición política que en el régimen de Somoza solo podría ser una mascarada. Frente a la inoperancia de ambas alternativas, Fonseca vio la solución en la lucha guerrillera como la que había triunfado en Cuba. Así que, junto a un puñado de personas, sobre todo estudiantes radicales, en 1961 creó el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Se llamaba así en honor a Augusto César Sandino, el líder liberal constitucionalista que se opuso a la ocupación estadounidense de Nicaragua en el primer tercio del siglo xx, y que fue asesinado —al parecer con la complicidad del primer Somoza— en 1934. El FSLN fue un movimiento heterogéneo en su concepción, ya que al nacionalismo y al antiimperialismo de Sandino —incluida su bandera rojinegra— unió elementos procedentes del marxismo y, más tarde, de la teología de la liberación. Pero, sobre todo, durante años el FSLN fue un movimiento residual, sin apoyo popular.

Las cosas empezaron a cambiar tras el terremoto que asoló Managua en la Navidad de 1972. Se acusó a los Somoza de retener en su provecho las ayudas que llegaban del exterior para la reconstrucción. Se imputaron a la Guardia Nacional abusos y pillajes masivos. Luego vino la crisis económica general por la subida del petróleo, y el empresariado nicaragüense empezó a sufrir las consecuencias de la corrupción, el nepotismo y el afán de acaparamiento del círculo más cercano al poder ante unos recursos ahora más escasos. Las acciones de los aún pequeños comandos sandinistas y las protestas de los obreros y los campesinos por el descenso del nivel de vida fueron contestadas con una represión cada vez más amplia y brutal. Y, por el efecto acción-reacción, la represión llevó a cada vez más gente a buscar soluciones cada vez más radicales. Así que aumentaron las filas del FSLN.

Los sandinistas realizaron su primera gran acción en octubre de 1977, una ofensiva que por primera vez llevó la guerrilla a las ciudades. Fue uno de esos fracasos militares que —en algunas ocasiones— anticipan las victorias. Unos días después, el 22 de noviembre de 1977, comenzó a transmitir Radio Sandino, aunque el impacto inicial fue nulo y las emisiones duraron muy pocas semanas. De hecho, algunos estudios y declaraciones de los propios dirigentes sandinistas retrasan su creación hasta comienzos de 1978, sin precisar en qué fecha exacta, y afirman que al principio se llamó Voz de la Liberación de Nicaragua (Soley y Nichols, 1987: 234).

Se intentó hacer funcionar el viejo transmisor de 1959, pero no se pudo (Harnecker, 1984: 15). Por otra parte, el FSLN tenía un problema: ¿a quién representarían esas emisiones? Los sandinistas estaban divididos en tres tendencias, que tenían distintas concepciones sobre el carácter de la lucha contra Somoza y sobre las acciones que había que realizar. Tres tendencias, separadas por cuestiones tácticas y organizativas, cada una con su dirección y sus estructuras

propias, unidas por un nombre común, al que añadían subtítulos: FSLN-Guerra Popular Prolongada, FSLN-Proletario y FSLN-Insurreccional. Fue esta la que acabó teniendo el mayor protagonismo —tal vez no formal, pero sí en la práctica—, porque fue una suerte de mediadora entre las otras dos tendencias, porque era la más partidaria de buscar amplias alianzas contra Somoza, y porque, sobre todo, dio los golpes más espectaculares contra la dictadura.

Esta tendencia —los conocidos como «terceristas»— impulsó la revitalización de Radio Sandino. Su primer equipo lo integraron cinco personas. Emitía en onda corta, «desde algún lugar de Nicaragua», según su propia declaración, aunque en realidad lo hacía desde distintos lugares de Costa Rica. Se iba desplazando, según contó el locutor Óscar Mazier, porque «la guardia somocista ofrecía una recompensa para quien ayudara a ubicar y destruir la radio»⁹⁹. Los propios sandinistas confesaron que podía oírse de forma débil e intermitente en Nicaragua (Soley y Nichols, 1987: 234). Al principio transmitía tres veces durante media hora, a las seis de la mañana, a las seis de la tarde y a las diez de la noche, porque el transmisor no tenía capacidad para permanecer mucho tiempo encendido¹⁰⁰.

A Radio Sandino se le atribuye un papel principal en la fase final de la guerra, cuando de hecho las condiciones para la caída del último Somoza ya estaban muy avanzadas. El asesinato de Pedro Joaquín Chamorro en enero de 1978 llevó a buena parte de la oposición moderada a romper con el sistema y unirse con otras fuerzas para derrocar a la dictadura. A esas alturas, los sandinistas se habían convertido en el único grupo que tenía un apoyo realmente de masas en el campo y en las ciudades, además de una capacidad de acción armada. Así que el FSLN tuvo siempre un papel preponderante en cualquier alianza de la oposición. Además, en marzo de 1979 se llegó a un acuerdo para acabar con las divisiones en el sandinismo.

Fue solo entonces, una vez alcanzada la unidad dentro del FSLN, cuando se decidió impulsar definitivamente Radio Sandino, adquirir un transmisor más potente (cinco kilovatios, frente al anterior de doscientos cincuenta vatios), ampliar su equipo, añadir frecuencias de emisión y aumentar de tres a ocho sus horas de programación. En esta época, además, Nicaragua captaba la atención del mundo, y en especial de Latinoamérica. Las informaciones de Radio Sandino eran citadas por la prensa internacional y redifundidas por emisoras importantes, como Radio Habana Cuba o Radio Noticias del Continente (la emisora que los Montoneros acababan de crear legalmente en Costa Rica) (Soley y Nichols, 1987: 236).

El FSLN pudo dividir sus fuerzas en distintos frentes de combate y lanzar una «ofensiva final» contra la dictadura. Y esta lo fue, gracias entre otras cosas a las armas que llegaron de Cuba, Costa Rica, Panamá y Venezuela. Para recibir información de lo que ocurría en cada frente, Radio Sandino tenía acceso al sistema de radiocomunicaciones utilizado por los distintos comandantes sandinistas. La emisora llamaba a la «insurrección popular» para apoyar a las guerrillas. Sus programas instruían a los oyentes en la fabricación de explosivos caseros, o en el uso y mantenimiento de armas cortas. El disco *Guitarra armada*, editado ese año con canciones de Luis Enrique y Carlos Mejía Godoy, fue ampliamente utilizado como una especie de manual musical de la insurrección. La radio invitaba además a desertar a las tropas de la Guardia Nacional y difundía instrucciones tácticas para coordinar las operaciones militares del FSLN.

Los sandinistas llamaron a una huelga general para el día 4 de junio, que sería indefinida hasta el derrocamiento de Somoza, y que apoyó la mayoría de las demás fuerzas de la oposición. Algunos dirigentes del FSLN recalcaron la importante labor de la emisora en esos días. Las

operaciones militares avanzaban en los distintos frentes. En las ciudades conquistadas por el FSLN, se iban integrando las emisoras a la transmisión de Radio Sandino cuya potencia, por lo tanto, aumentaba de forma exponencial, al pasar de la onda corta a la onda media y a la FM (Soley y Nichols, 1987: 238).

Entretanto, el 17 de junio se creó una Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional con cinco miembros (tres de ellos sandinistas), como símbolo de unidad de toda la oposición y para evitar el vacío de poder cuando Somoza cayese. La presión internacional era cada vez mayor sobre el dictador. Estados Unidos acabó pidiéndole también que dejara el poder. La administración Carter, que tanto énfasis había puesto en la defensa de los derechos humanos, no tenía intención de intervenir militarmente en Nicaragua, pero sí buscaba seguir controlando de algún modo la situación. Se repetía la misma táctica ensayada en Cuba veinte años atrás, con el mismo resultado: sacrificar al dictador para salvar el régimen. El último Somoza abandonó Nicaragua el 17 de julio de 1979. «Que se lleve lo que pueda —dijo entonces Radio Sandino—, que en la Nicaragua libre lo que nos robó regresará a manos de nuestro pueblo»¹⁰¹.

El somocismo sin Somoza duró día y medio. El 19 de julio, los sandinistas entraban en Managua señalando así el triunfo de la revolución. Ese día, Radio Sandino emitía por última vez en la clandestinidad.

Hermanos del mundo: hoy gritamos con legítimo orgullo que hemos vencido, que somos un pueblo victorioso, un pueblo triunfante. La libertad y la soberanía en Nicaragua la hemos arrancado con inmenso sacrificio y valor a una de las dictaduras más sanguinarias y largas que haya conocido pueblo alguno en su historia. Hermanos del mundo: con la misma entrega y heroísmo con que derrotamos a la dictadura somocista defenderemos nuestra victoria¹⁰².

Por la noche, el equipo se trasladó a Managua, y el 20 de julio ocupó las instalaciones de ABC Radio, una emisora comercial propiedad de la familia Somoza, y desde allí llamó a la población de Managua a concentrarse en la Plaza de la República, rebautizada Plaza de la Revolución¹⁰³. La locutora Maritza Cordero iniciaba las consignas, a las que respondía la gente ante el micrófono: «¿Quién guió nuestro camino? ¡Sandino! Patria libre... ¡O morir! La marcha hacia la victoria... ¡No se detiene!». Entonces, un espontáneo gritó: «¿Quién es el aborto de la burra que pateó a Jesucristo? ¡Somoza!»¹⁰⁴.

En 1984, uno de los comandantes sandinistas, Humberto Ortega, hizo un balance del camino hacia la victoria que es interesante, porque indica la importancia que otorgó el FSLN a Radio Sandino.

Sin la unidad monolítica del sandinismo, sin una estrategia insurreccional apoyada en las masas, sin una debida coordinación entre los frentes guerrilleros y los frentes militares de las ciudades, sin una comunicación inalámbrica eficaz para coordinar todos los frentes, sin una radio para orientar al movimiento de masas, sin recursos técnico-militares de contendencia, sin una retaguardia sólida para introducir estos recursos, para preparar a los hombres, para entrenarlos, sin actividad de preparación previa, de triunfos y reveses, como se dio en Nicaragua a partir de octubre, [...] sin una política de alianzas hábil, inteligente y madura, tanto a nivel nacional como internacional, no habría habido triunfo revolucionario (Harnegger, 1984: 24).

Es decir, la radio fue un factor más, estuvo ahí entre otros muchos, sin exaltaciones, pero sin minusvaloraciones.

La alegría del triunfo duró poco, y también la unidad. En abril de 1980 abandonaron el Gobierno los dos miembros no sandinistas. Una de ellas era Violeta Barrios, viuda de Pedro Joaquín Chamorro. En teoría, el FSLN fijaba el socialismo solo como un objetivo a largo plazo.

Frente a las transformaciones rápidas y radicales de la revolución cubana, los sandinistas hablaban de democracia pluralista, economía mixta (aunque con un fuerte sector estatal) y no alineamiento en política exterior. Ahora bien, el predominio del FSLN en la lucha contra Somoza —apoyado en una movilización popular activa y en la creación de estructuras armadas y de poder paralelas— seguía notándose, de modo que los no sandinistas —e incluso algunos sandinistas— podían sentir que se caminaba día a día hacia el autoritarismo, hacia la imposición del partido único, y que el verdadero Gobierno residía en la Dirección Nacional del FSLN.

Luego estaba el tema de las relaciones con Estados Unidos. «Luchamos contra el yanqui, enemigo de la humanidad», decía el himno de la unidad sandinista. Había una notable cuenta de agravios pendientes con Washington. Pero también había un país en ruinas que reconstruir, y eso invitaba al pragmatismo. Además, en la Casa Blanca estaba Carter y había expectativas razonables de entendimiento. El problema era el miedo al contagio. Nicaragua se convirtió en un nuevo exportador de revoluciones que podría desestabilizar toda Centroamérica, y no solo porque otros quisieran imitar su ejemplo, sino por el apoyo efectivo, tanto material como humano, que se dio a otras guerrillas de la región. Especialmente importantes y continuos fueron los contactos con El Salvador. La mediación de Nicaragua y Cuba fue vital para que en 1980 se coordinaran las organizaciones paramilitares que existían en aquel país, como veremos en el apartado siguiente. Y en diciembre de ese año empezó a transmitir desde las afueras de Managua Radio Liberación, emisora clandestina de una de las guerrillas salvadoreñas.

La llegada de Reagan en enero de 1981 cambió la perspectiva. Algunos estadounidenses, como el embajador en Nicaragua, Lawrence Pezzullo, pensaban que se podrían mantener buenas relaciones con los sandinistas si se les ponían ciertas condiciones de actuación a cambio de recibir ayuda económica. Sus argumentos parecieron convencer al equipo del nuevo presidente. Y los sandinistas, al menos en apariencia, cumplieron las primeras exigencias que se les hicieron: suspendieron el tráfico aéreo de armas a El Salvador y clausuraron Radio Liberación. Pese a ello, en abril de 1981, Washington suspendió toda ayuda económica a Nicaragua. Triunfaba la política de mano dura contra cualquier forma de comunismo en acto o en potencia. Así que el FSLN siguió siendo la fuente y la escala para el apoyo a la guerrilla salvadoreña en armas, refugio, entrenamiento y dinero —aunque por canales más secretos y complicados—, y los fondos de Estados Unidos se emplearon para armar y financiar a la oposición sandinista. Pronto, la Unión Soviética, Libia o Cuba anunciaron préstamos económicos o aportaciones en especie para compensar la cancelación de la ayuda estadounidense (Leogrande, 1998: 105-108). Al final, toda la región se vio envuelta en una llamada «guerra de baja intensidad», un conflicto formalmente no declarado entre países que mantenían sus relaciones diplomáticas. Una lucha que, por lo tanto, se desarrollaba de forma encubierta. De ahí el protagonismo de la CIA.

En marzo de 1982, el Gobierno de Nicaragua decretó por primera vez el estado de emergencia. El país vivía «de facto» una guerra civil y, en la nueva coyuntura, el control sandinista se acentuaba cada vez más. También el de la comunicación. Radio Sandino, propiedad del FSLN, era solo una de las emisoras que existían dentro de una teórica pluralidad de medios. Ni siquiera era la radio oficial de Nicaragua. Con diecinueve emisoras que habían sido abandonadas por sus propietarios somocistas, el Gobierno creó en 1981 la Corporación de Radiodifusión del Pueblo (CORADEP) para asegurar que la radio desempeñaba un papel en la democracia popular participativa que el FSLN decía querer construir. Pero, en la práctica, las

emisoras que no eran ni del Frente ni del Gobierno vieron reducida su capacidad de acción de forma drástica. Las críticas al sandinismo se silenciaron bajo acusaciones de actitudes contrarrevolucionarias o de complicidades con el enemigo. Menudearon las suspensiones de programas, la censura de noticias y el cierre temporal de periódicos o de emisoras, como Radio Católica (de la archidiócesis de Managua).

La oposición, una vez más, tuvo que recurrir a la radio clandestina. Fueron genéricamente conocidos como la Contra (de contrarrevolución). Pero hay que distinguir dos grupos, cada cual con sus emisoras. Uno era el organizado en torno a los antiguos miembros de la Guardia Nacional de Somoza, el de quienes querían volver a la situación previa a 1979. Fue el que recibió un apoyo más temprano y amplio de la CIA. Se denominaron Fuerza Democrática de Nicaragua y tenían su base en Honduras. Pronto se les unieron grupos antisomocistas, pero de ideología conservadora. Su altavoz fue Radio Quince de Septiembre (fecha de la independencia de Nicaragua). La emisora salió al aire en onda corta en abril de 1981.

Como Radio Sandino en su momento, Radio Quince de Septiembre también decía transmitir «desde algún lugar de la patria nicaragüense», pero lo hacía desde un campamento de la Contra en Honduras, a diez kilómetros de la frontera. Luego se trasladó cerca de la capital, Tegucigalpa. El Gobierno hondureño no solo hacía la vista gorda ante la existencia de esa emisora ilegal, sino que le prestaba apoyo logístico. Pero la principal fuente de apoyo venía de Estados Unidos. Edgar Chamorro, durante un tiempo jefe de propaganda de la Contra, reveló años después que la CIA le dio dinero para contratar a escritores y técnicos para Radio Quince de Septiembre. Además, un agente enviado desde Washington, al que Chamorro conocía como «George», tenía la autoridad final sobre los pronunciamientos importantes de las emisiones. Si Cuba ayudaba a la Nicaragua sandinista, los grupos anticastristas estuvieron implicados en las actividades de la Contra, también en las de la radio clandestina. De hecho, algunos programas de Radio Quince de Septiembre se grababan en Miami (Soley y Nichols, 1987: 240-244).

El otro grupo de oposición lo formaron los desengañados por el rumbo de la revolución. Habían luchado contra Somoza, muchos dentro del FSLN, pero no estaban de acuerdo con la evolución del país. Esta oposición tenía como líder más conocido a Edén Pastora, el mítico «comandante cero» durante la lucha contra la dictadura. Su base de operaciones estaba en Costa Rica —donde se había exiliado Pastora— y su organización era la Acción Revolucionaria Democrática (ARDE). Su emisora, La Voz de Sandino, salió al aire a mediados de 1982. Con el nombre se quería establecer la idea de que Pastora era el verdadero defensor de los ideales antiimperialistas y revolucionarios de Sandino. A Pastora se unieron temporalmente algunos no sandinistas que habían participado en el Gobierno o que habían colaborado con el FSLN. Lo mismo ocurrió con los periodistas: varios que habían trabajado en emisoras de Nicaragua antes del estado de emergencia de 1982 se unieron después a La Voz de Sandino. La emisora de Pastora empezó a tener problemas con el Gobierno de Costa Rica a finales de 1984 (Soley y Nichols, 1987: 246).

Y, por si los sandinistas no tuvieran bastantes frentes abiertos, estaban los indios misquitos, los de la costa atlántica del país. Habían vivido durante siglos en sus comunidades sin mucha interferencia del Gobierno central. Ahora sospechaban cada vez más de las campañas de educación y sanidad promovidas desde Managua con la ayuda de Cuba. Radio Quince de Septiembre agitó sus miedos afirmando, por ejemplo, que las vacunas dispensadas por los

trabajadores sanitarios extranjeros estaban envenenadas y podían convertir a los vacunados en comunistas. El reasentamiento forzado de misquitos para impedir que la Contra pudiera esconderse en determinadas áreas del país terminó de empujar a algunos indios a la rebelión. Reunidos en la organización MISURA, pusieron en marcha su propia emisora, Radio Miskut, en enero de 1983. Transmitía desde Honduras en español y en las lenguas de los misquitos, con apoyo estadounidense y con un contenido violentamente anticomunista (Soley y Nichols, 1987: 240-241).

En 1984 apareció una nueva emisora clandestina llamada Radio Monimbó. Era antisandinista, pero no se identificaba con ningún grupo en concreto. Su potente señal, su programación regular y su elaboración refinada (que incluía grandes dosis de música popular junto a los comentarios políticos) hacían pensar en una ayuda exterior. Según los radioaficionados de la época, sus locutores tenían acento misquito. También decía emitir «Desde Nicaragua, la tierra de Rubén Darío». Algunas fuentes señalaron que su transmisor pudo localizarse en realidad en el sur de Florida¹⁰⁵. Se trata de una emisora muy similar a Radio Caimán, que apareció en 1985 con destino a Cuba, y que era una operación de propaganda negra de la CIA.

Para completar este panorama, hay que tener en cuenta que algunas emisoras comerciales de la región, que por su gran potencia podían oírse bien en Nicaragua, difundían propaganda antisandinista. La más representativa fue Radio Impacto, que emitía desde Costa Rica. Su propietario era Manuel Girón, que había sido director de La Voz de Sandino y antes había poseído dos emisoras en Nicaragua (Soley y Nichols, 1987: 244 y 246).

Los sandinistas intentaron legitimarse mediante unas elecciones en 1984. Fue elegido presidente su candidato, Daniel Ortega. Las restricciones del estado de emergencia se levantaron para, entre otras cosas, dar acceso a la oposición en los medios de comunicación. Pero las garantías, dada la situación nacional e internacional, no fueron suficientes. La mayoría de partidos no sandinistas no participaron. Aunque las elecciones fueron formalmente libres, la legitimidad buscada no se consiguió más que a medias.

La CIA quiso reunir bajo un mismo paraguas a toda la oposición. La tarea no era fácil. ¿Cómo iban a convivir los antiguos represores con los antiguos reprimidos? Pero de un modo u otro se acabó consiguiendo. Para 1987, casi todas las ramas de la Contra estaban reunidas en la llamada Resistencia Nicaragüense. El órgano político que se creó para defender sus posiciones fue la Unión Nacional Opositora (UNO), encabezada por Violeta Barrios de Chamorro. Los esfuerzos de las distintas emisoras de radio clandestinas acabaron concentrados también en una sola iniciativa.

Radio Quince de Septiembre, la que recibió el mayor apoyo de la CIA, estaba totalmente desacreditada. En 1986, un oficial estadounidense informó de que sus fuentes en Nicaragua consideraban que las emisiones eran una «broma» (Meyer, 1991: 20). Por eso se decidió sustituirla por un proyecto más profesional y ambicioso: Radio Liberación. Empezó a emitir en enero de 1987 con un transmisor de cincuenta kilovatios, lo que impedía cualquier interferencia efectiva desde Nicaragua. Pretendía presentar «el mensaje político de la resistencia democrática», pero también ofrecer noticias precisas. Ya no se oírían los mensajes de confrontación, los comentarios incendiarios y las noticias exageradas de Radio Quince de Septiembre. A la censura se opondría la información veraz. De hecho, el lema de la emisora era «Contamos lo que el Gobierno sandinista oculta». Quería además llegar a una amplia audiencia,

no solo a los ya convencidos. Los deportes y la salsa se alternaban con informaciones sobre las actividades del Gobierno y de la UNO. La propaganda se diseminaba de manera más sutil. Por ejemplo, los narradores deportivos se despedían con el mensaje «Los deportes son mejor en libertad». ¿Quién podía oponerse a esa afirmación? El nuevo enfoque resultó eficaz. Radio Liberación tuvo una importante escucha en Nicaragua (Meyer, 1991: 21).

Al final se impusieron las negociaciones para acabar con la guerra. La Contra no tenía capacidad para vencer al Ejército Popular Sandinista (armado con material soviético y cubano), pero tampoco parecía posible que fuera derrotada debido a la ayuda estadounidense. Los sandinistas podían exhibir sus campañas altamente exitosas en materias como la educación y la sanidad. Pero el país tenía su economía casi destruida, su sociedad dividida y en estado de alerta permanente, su pluralismo político muy limitado. La solución tuvo que ser regional, porque el conflicto lo era. Tras años de fracasos, en agosto de 1987 se firmó en la localidad guatemalteca de Esquipulas un acuerdo entre los presidentes de Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica. El texto reconocía la legitimidad del Gobierno sandinista. Por eso, Estados Unidos no lo aceptó. El apoyo a la Contra se había convertido en una pieza básica de la estrategia de seguridad nacional del presidente Reagan, que no alteró su tono beligerante. El 22 de agosto grabó un discurso para que se emitiera por Radio Liberación. Esquipulas exigía de forma simultánea el alto el fuego y la restauración de las libertades civiles, pero Reagan dudaba de que los sandinistas respetaran su parte del trato. «Los sandinistas nos han dicho esto antes, y nadie se cree ya más a los sandinistas. La simultaneidad debe significar primero la libertad, o no habrá trato» (Leogrande, 1998: 517).

Pero el acuerdo, pese a todo, no descarriló. Se llegó a un alto el fuego y en octubre de 1987 se levantó la censura previa a los medios de comunicación. Se abrieron así fisuras en la hegemonía del mensaje sandinista. Pero Radio Liberación continuó emitiendo. Eran demasiadas suspicacias acumuladas como para fiarse solo de las fisuras abiertas. Al final se convocaron elecciones para 1990. El Gobierno estadounidense prometió al Congreso que la CIA no interferiría en la campaña. Semanas después se destinaron seis millones de dólares para la UNO: entrenar activistas, establecer contactos favorables con la prensa internacional y financiar Radio Liberación. Los oficiales de la CIA justificaron este nuevo programa argumentando que habían prometido al Congreso no realizar operaciones encubiertas para influir en la campaña en Nicaragua, pero estas operaciones se realizaban fuera de Nicaragua (Leogrande, 1998: 560).

El 25 de febrero de 1990 se celebraron unas elecciones con supervisión internacional. Los sandinistas perdieron frente a la UNO. Terminaba una etapa convulsa y comenzaba la normalización institucional. La que sería nueva presidenta del país, Violeta Chamorro, habló por Radio Liberación para poner fin a las hostilidades y pedir «una rápida e inmediata desmovilización» de la Contra. «Las causas que originaron la guerra civil en Nicaragua han desaparecido —dijo—. Por eso, los que se alzaron en armas deben ya dejar los fusiles y regresar pacíficamente a Nicaragua con sus familiares a trabajar por la reconstrucción de nuestra patria»¹⁰⁶.

Revolución, religión y radio. Estas tres erres resumen la estrategia del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) durante la guerra civil que vivió El Salvador entre 1981 y 1992. Cada una estuvo al servicio de las otras y las tres fueron indisociables en su lucha¹⁰⁷.

Al FMLN pertenecieron Radio Farabundo Martí y Radio Venceremos. Esta fue, sin duda, la más importante de las dos, y también la emisora clandestina de América Latina más citada en los años ochenta por las agencias de noticias y por la prensa internacional (la agencia Associated Press, por ejemplo, lo hizo más de quinientas veces solo en tres años) (Soley y Nichols, 1987: 23). Esto implica que, aunque era una radio de uno de los combatientes en la guerra civil, sus informaciones eran para muchos corresponsales extranjeros «a menudo las más rápidas y completas disponibles en los medios salvadoreños» (Soley y Nichols, 1987: 250).

«La Venceremos», como también se la conocía popularmente, tuvo algunos aspectos poco frecuentes en una emisora clandestina que aumentaron su repercusión dentro y fuera de El Salvador. El primero es que fue muy visible. Frente al deseo compartido por la mayoría de emisoras de ocultar su ubicación mientras transmiten (sobre todo cuando lo hacen desde un territorio en conflicto, como era esta), Radio Venceremos dio la cara. Ya en 1982 invitó a periodistas internacionales a visitar sus estudios para desmentir al Gobierno salvadoreño, que afirmaba que emitía desde Nicaragua (Henríquez Consalvi, 1992: 119). La radio estaba en uno de los territorios controlados por el FMLN. El Gobierno, de hecho, lo sabía, y en varias ocasiones trató de cercar a los equipos y destruir los transmisores. Pero, ante la opinión pública nacional e internacional, admitir la presencia diaria y año tras año de la emisora en las ondas desde dentro del país era una confesión de debilidad que no se podía permitir. Además, Radio Venceremos no fue solo una emisora de radio, sino todo un sistema de comunicación que incluía, entre otras cosas, equipos de documentales cinematográficos. Y la emisora fue protagonista de varios de ellos¹⁰⁸.

Otra peculiaridad de la emisora fue el uso de los recursos y formatos radiofónicos más variados. Pese a las difíciles condiciones en las que transmitían, los redactores de Radio Venceremos no se limitaron a difundir arengas y comentarios políticos (que también existieron, por supuesto). Era una emisora creativa que desde el principio quiso aprovechar las posibilidades del medio. Se emitieron crónicas y testimonios recogidos en el terreno de las operaciones militares o en la retaguardia controlada por la guerrilla. Se empleó con frecuencia la ironía para ridiculizar y desprestigiar a los personajes más importantes de la oligarquía, del Gobierno y de Estados Unidos. En el aspecto musical, acabaron conviviendo —aunque con tensiones iniciales entre los redactores— la música revolucionaria y tradicional con los éxitos pop, ya que se impuso el criterio de que esa era la única forma de conseguir captar a una audiencia joven y urbana. Incluso se utilizó la técnica de las campañas de intriga para retener la atención de la audiencia ante los anuncios importantes (López Vigil, 1994: 252-253). Así, la emisora no solo era un órgano de información y de propaganda para los salvadoreños, sino que resultaba entretenida (aun hoy lo siguen siendo muchos programas que se conservan).

Hay una última curiosidad que merece destacarse de Radio Venceremos antes de desarrollar su historia: el propio nombre, que es un verbo. Lo habitual es encontrar en las emisoras clandestinas, junto a la palabra «radio», sustantivos como «liberación», «verdad», «resistencia»..., o adjetivos como «libre», «independiente», «rebelde», «combatiente»... Pero la emisora salvadoreña eligió un verbo que era a la vez una esperanza y una declaración de

intenciones.

Frente a esta propuesta, la de Radio Farabundo Martí fue menor en recursos y en contenidos. Su señal fue siempre más débil y errática, sus emisiones menos regulares, su audiencia menos numerosa, su programación menos variada. Transmitía propaganda de línea dura, en marcado contraste con el estilo más libre de Radio Venceremos (Soley y Nichols, 1987: 253). «La Farabundo» desarrolló también un sistema de comunicaciones como apoyo y complemento para la radio, centrado sobre todo en la producción de despachos informativos para otros medios de comunicación en el extranjero (Escalona, 2003: 10-11). Ambas emisoras tuvieron una importante base de apoyo en Nicaragua.

Ahora bien, ¿por qué varias emisoras distintas y dispares para un mismo movimiento? Porque el FMLN no era una guerrilla, sino el comando conjunto que coordinaba a cinco organizaciones político-militares surgidas en los años setenta. Cinco grupos, con su ideología, con sus estrategias, con sus objetivos, pero que surgieron a partir de dos circunstancias comunes: por un lado, la atracción guerrillera que como vimos se produjo en toda Latinoamérica tras la revolución cubana; por otro, el cierre de cualquier vía pacífica de reforma social en El Salvador.

Conocido como «el Pulgarcito de América» por su poca extensión, a El Salvador se le llamaba también «el país de las catorce familias», que eran las que acaparaban el grueso del poder político y de la propiedad económica (incluidas tres cuartas partes de la tierra cultivable). La situación llevaba inalterada desde hacía décadas, y en 1979 la tensión social había llegado a límites inéditos en todos los órdenes. Las reformas básicas en terrenos como el agrario o el de las condiciones laborales estaban en buena medida aún pendientes. Se celebraban elecciones periódicas, pero eran amañadas o anuladas cuando la oligarquía dominante detectaba algún peligro para sus intereses (especialmente determinante para el futuro fue el fraude electoral de 1972). Las organizaciones populares de masas trataban de desbordar al sistema mediante ocupaciones de fábricas y tierras, y a través de manifestaciones en las calles que eran reprimidas de manera cada vez más brutal por la Guardia Nacional y el Ejército. La escalada represiva ante el creciente movimiento revolucionario incluyó la creación de una organización paramilitar de derechas, llamada simbólicamente ORDEN (Organización Democrática Nacionalista), para desarticular a los movimientos revolucionarios, incluyendo los asesinatos. Las organizaciones guerrilleras de izquierdas crecían en afiliación y en estructuración ante un clima polarizado. La situación de violencia creciente preocupaba a la Organización de Estados Americanos, y también al Gobierno de Washington presidido por Carter.

El 15 de octubre de 1979 triunfó un golpe de Estado dirigido por militares reformistas jóvenes, apoyado por las principales organizaciones populares y visto con buenos ojos por Estados Unidos. La situación en Nicaragua se le había escapado de las manos a la Casa Blanca, pero en El Salvador se podría intentar evitar la revolución por un camino distinto. Se formó una junta con miembros militares y civiles, que propuso un programa reformista para avanzar hacia un verdadero sistema democrático y adoptar algunas de las medidas sociales imprescindibles. Fue la última tentativa reformista pacífica, y duró poco tiempo. La violencia política no se detuvo, sino que aumentó. Parte de las organizaciones de izquierda rechazaron todo diálogo con la Junta e incrementaron sus huelgas, manifestaciones y acciones armadas. La reciente victoria del sandinismo les hacía albergar esperanzas de que algo parecido se podría producir en su país si se ejercía la presión suficiente. Por otra parte, la represión policial y de los llamados

«escuadrones de la muerte» continuó con la connivencia del sector tradicional del ejército y de parte de la empresa privada. El símbolo que marcó un punto de no retorno fue el asesinato el 24 de marzo de 1980 del arzobispo de San Salvador, monseñor Romero, que en sus homilias había denunciado la violencia política de ambas partes, pero que para la ultraderecha era un comunista, al igual que muchos sacerdotes y catequistas de las comunidades cristianas de base implicados en los movimientos populares. Los diques de la violencia se rompieron definitivamente. La Junta se descompuso, el Partido Demócrata Cristiano —el más grande de la oposición— se dividió entre quienes querían seguir intentando la vía reformista y quienes la daban por amortizada, los grupos de ultraderecha continuaron actuando sin control, y en octubre de 1980 las organizaciones paramilitares se coordinaron en el FMLN dispuestas al asalto final al poder.

La coordinadora tomó su nombre del dirigente comunista Agustín Farabundo Martí, fusilado tras un levantamiento campesino en 1932. Cada una de las organizaciones que lo integraban tenía su propia concepción de la lucha. Las principales eran el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL) y la Resistencia Nacional (RN). El ERP creía en una insurrección como la de la etapa final de la lucha sandinista, con grandes ofensivas combinadas con acciones de masas. Las FPL, en cambio, seguían la línea de la guerra popular prolongada, lo que implicaba acciones de ataque y retirada de pequeños comandos guerrilleros para desgastar al ejército salvadoreño. La RN entendía las acciones militares como complementarias de la lucha en las fábricas y en las calles. La peculiaridad del FMLN, lo que le permitió sostener una guerra civil durante doce años pese al gigantesco esfuerzo en entrenamiento, armas y dinero de Estados Unidos en el país, fue su capacidad para hacer una lectura adecuada de la evolución de la guerra y adaptar su estrategia a cada período, adoptando la línea de una u otra organización.

El ERP y las FPL habían secuestrado temporalmente emisoras de radio durante los años setenta para difundir sus postulados. Llegaron a tomar diecinueve a la vez en noviembre de 1975 (López Vigil, 1994: 20). Pero sabían que no era suficiente, así que trataban de tener sus propios transmisores. El ERP lo consiguió a finales de 1979, un equipo traído de contrabando con el que pusieron en marcha la Radio Revolucionaria del Pueblo. Emitía los martes y viernes programas de diez a quince minutos que se publicitaban mediante octavillas y pintadas. El 22 de enero de 1980, más de cien mil manifestantes de distintas organizaciones de la oposición tomaron las calles de San Salvador. El Gobierno respondió a esta demostración de fuerza civil disparando desde las ventanas del Palacio Nacional y desde los edificios cercanos. Docenas de personas fueron asesinadas y cientos heridas. La radio del ERP transmitió durante la protesta, pero no desde el centro de la multitud, como señalan algunas fuentes, sino desde un escondite en la Universidad Nacional. Fueron sobre todo mensajes de ánimo y de saludo a los manifestantes. Después, el transmisor dejó de usarse, se le aumentó la potencia, se adaptó para emitir en onda corta y meses después se envió por piezas a Morazán, la zona de la montaña en el nordeste del país donde el ERP estaba creando sus campamentos guerrilleros (López Vigil, 1994: 24-27).

Las FPL —la guerrilla más potente en ese momento— realizaron pruebas de su propia emisora por las mismas fechas, aunque desde fuera del país. Primero lo hicieron en Costa Rica y después en Nicaragua. El 15 de diciembre de 1980 comenzó a emitir Radio Liberación, desde las afueras de Managua. En el apartado anterior señalamos que el cierre de la emisora fue una de las exigencias de Estados Unidos a los sandinistas para mantener su ayuda económica. Así que dejó

de emitir en febrero de 1981, justo cuando El Salvador vivía un momento crucial de su historia.

El 10 de enero se había lanzado lo que el FMLN llamó «ofensiva final» que, paradójicamente, fue el inicio de la guerra civil. Querían repetir el éxito de la ofensiva sandinista de 1979 y, de hecho, contaban para ello con el apoyo de Nicaragua y Cuba, que habían influido mucho para la unificación de las guerrillas. Y tenían prisa por hacerlo, antes de que Ronald Reagan asumiera la presidencia de Estados Unidos y aplicara una política de línea dura hacia Centroamérica. La ofensiva del FMLN fracasó en sus objetivos, porque no se produjo la esperada insurrección popular, aunque permitió construir un primer ejército revolucionario y consolidar unas zonas de retaguardia «liberada».

Coincidiendo con el inicio de la ofensiva, el 10 de enero de 1981, empezó a transmitir por onda corta Radio Venceremos, «para acompañar paso a paso al pueblo salvadoreño en su camino hacia la victoria final sobre siglos de opresión». El primer discurso lo dio un comandante del FMLN, perteneciente al ERP.

Los cincuenta años de lucha que lleva nuestro pueblo y el fruto de la semilla que han sembrado nuestros hermanos caídos nos ha tocado a nosotros cosecharlo [...]. La nuestra no es una lucha de venganza ni de represalia. Es la lucha por la conquista de la verdadera paz, la justicia y la libertad. Nuestras fuerzas combaten para construir y no para destruir. ¡Todo el pueblo a cerrar filas y a combatir hasta vencer o morir!

El segundo lo pronunció un sacerdote, el belga Rogelio Ponsele, que semanas antes había llegado a las montañas para escapar a la represión. «La violencia es legítima cuando se hace uso de ella en defensa propia y mucho más aún cuando se hace uso de ella en defensa de un pueblo entero. Hermanos: la razón la tiene el pueblo» (López Vigil, 1994: 56-57).

Desde entonces hasta la llegada de la paz, Radio Venceremos «colaboró con elementos de la Iglesia católica que compartían el deseo de un cambio fundamental en el país». Esa relación fue posible por «la convergencia de la situación política internacional, presiones nacionales que existían desde al menos medio siglo atrás, una cultura mediática basada en la radio y la emergencia del movimiento de la teología de la liberación» (Darling, 2008: 132 y 134). Esa visión del catolicismo la rechazaban el papa polaco Juan Pablo II y los sectores conservadores estadounidenses. En este sentido ocurrió algo paradójico: Estados Unidos apoyaba en Polonia al sindicato clandestino Solidaridad, muy influido por la Iglesia católica, al tiempo que combatía en El Salvador al FMLN, muy influido por la teología de la liberación.

Radio Venceremos emitió desde el 28 de abril de 1981 como la «voz oficial del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional» (Henríquez Consalvi, 1992: 58). En ese momento, en realidad, no habían ninguna otra, pero siguió conservando el título hasta el final de la guerra. La voz masculina principal era la de un locutor venezolano que estaba trabajando en Nicaragua cuando se preparaba la «ofensiva final». Se llamaba Carlos Henríquez Consalvi y tenía el seudónimo de «Santiago». Unos meses después se incorporó la voz femenina principal, Marina Manzanares («Mariposa»).

A la señal de Radio Venceremos se unió, el 22 de enero de 1982, Radio Farabundo Martí. Emitía desde otra zona controlada por la guerrilla, en el departamento de Chalatenango, en el frente central del país. Las FPL volvían a tener voz propia. Las dos radios emitieron en cadena en algunas ocasiones, pero fueron las menos. Los trabajadores de Radio Venceremos explicaron después que esto se debió a las dificultades logísticas de la conexión (López Vigil, 1994: 511), lo que resulta curioso cuando al mismo tiempo relatan las hazañas propias en este terreno. Los

responsables de Radio Farabundo Martí reconocen que no se logró coordinar «un criterio editorial unificado» (Escalona, 2003: 21) por esa diferente concepción de la lucha y de la comunicación entre las dos guerrillas, aun dentro de la estrategia común del FMLN.

«La Venceremos» y «La Farabundo» empezaron siendo ante todo herramientas de agitación y propaganda guerrillera para mantener la moral de los simpatizantes del FMLN en El Salvador, para cohesionar los diferentes frentes de guerra y extender en el mundo la solidaridad hacia su causa. Alguno de sus redactores reconoció que cuando se afirmaba desde sus micrófonos «la victoria se acerca» no se describía una realidad, sino que se quería inyectar la dosis de triunfalismo necesaria para sobrellevar las dificultades de la guerra (López Vigil, 1994: 168). Las emisoras difundieron cómo se construía el incipiente «poder popular» en los territorios bajo control de las guerrillas. Se emitían reportajes sobre las «escuelas militares revolucionarias» y sobre las primeras instalaciones dedicadas al autoabastecimiento: lecherías, productoras de azúcar, talleres de explosivos... Se transmitían misas cada domingo y en ocasiones especiales, como en Navidad o en los aniversarios del asesinato de monseñor Romero, dándose una justificación religiosa a la rebelión, y se impartían cursos de formación a distancia sobre cómo preparar y usar las «armas populares», dirigidos sobre todo a los comandos urbanos (Darling, 2008: 141; Escalona, 2003: 13).

Como parte de ese trabajo de concienciación, el FMLN dio al responsable de cada unidad guerrillera un transistor, que sería su «cordón umbilical [...] con la orientación política de la organización». Las guerrillas estimularon en las zonas controladas los «círculos de escucha» para paliar la escasez de aparatos y también para fomentar los debates. La escucha en grupo se impulsó también por los micrófonos, para que se practicara entre los compañeros de una fábrica o entre los vecinos de un barrio (López Vigil, 1994: 346-348). Su efectividad en el aspecto ideológico la reconoció el propio Gobierno salvadoreño. «En términos psicológicos, sociales y políticos, el FMLN usó la radio muy bien», dijo el ministro de Defensa, Emilio Ponce, tras acabar la guerra (Darling, 2008: 139).

La radio asumió también una labor de extensión cultural: espacios educativos y programas especiales sobre temas históricos, políticos, económicos y sociales. Incluso hubo un grupo musical vinculado a Radio Venceremos, los Torogoces de Morazán, un conjunto campesino que cumplió una misión similar a la del Quinteto Rebelde durante la revolución cubana. «Una potente emisora / todos escuchan aquí. / Es la radio guerrillera / de Farabundo Martí —cantaban—. Todos nuestros combatientes / se encuentran muy animados, / porque Radio Venceremos / los tiene bien informados» (Henríquez Consalvi, 1992: 53).

La información, precisamente, era un aspecto en el que ambas emisoras hacían hincapié continuamente. Decían que servían para romper «el cerco desinformativo» del Gobierno, que solo dejaba pasar la versión oficial de los hechos. Desde el bando contrario se destacaba que, como emisoras de propaganda, las radios guerrilleras solo informaban de los aspectos humanitarios y heroicos del FMLN frente a la barbarie de las tropas gubernamentales, y de que solo contaban las bajas del ejército mientras ocultaban o disminuían las propias (Meyer, 1991: 15). Pero, aun con esas evidentes cautelas, es cierto que la importancia, el impacto y el reconocimiento de ambas emisoras, y en especial de Radio Venceremos, se obtuvieron por sus denuncias detalladas de las violaciones a los derechos humanos que realizaba el ejército salvadoreño, y en concreto sus batallones de élite entrenados por Estados Unidos en tácticas de

contrainsurgencia.

En un país «pequeño, entretejido de carreteras y caminos, erizado de cuarteles y posiciones del ejército, y sin grandes cadenas montañosas»¹⁰⁹, salvaguardar durante un período prolongado de tiempo las instalaciones de ambas emisoras se antojaba una tarea casi imposible. Pero lo consiguieron. Es una de las grandes proezas de ambas radios. Los estudios se ocultaron en cuevas para escapar a los bombardeos del ejército. Y se establecieron dispositivos de seguridad en torno a unos redactores, locutores, técnicos y escuchas que tenían también para la guerrilla una importancia estratégica de primer orden. El mero hecho de que las emisiones salieran cada día a la misma hora era un primer triunfo psicológico sobre el Gobierno, aunque fuera con un fondo de explosiones cuando el ejército se encontraba cerca y aunque los equipos tuvieran que desplazarse durante varias horas por las noches en «trenes de mulas» a lugares más seguros (Escalona, 2003: 10; López Vigil, 1992: 83 y 85). Y cada día que no se emitía por falta de combustible o por la presión militar era una baza a favor del Gobierno.

El primer operativo militar para destruir Radio Venceremos y capturar a la Comandancia General del FMLN se produjo en marzo de 1981. Tras veintidós días de resistencia, la guerrilla logró burlar el cerco y trasladar sus estructuras a otra posición en Morazán (Henríquez Consalvi, 1992: 49-53). En diciembre hubo otro aún más descomunal en despliegue de fuerzas: la operación «yunque y martillo». Los trabajadores de la emisora consiguieron esquivar la trampa caminando durante varios días de marcha hacia el frente suroriental. Cuando volvieron a su posición, encontraron noticias horribles: durante el operativo, el batallón de élite Atlacatl había masacrado a mil campesinos en la población de El Mozote, en un intento de aniquilar la base social de la guerrilla («quitarle el agua al pez», como decía el ejército). De inmediato airearon los testimonios de los supervivientes e hicieron recuento de los asesinados en programas especiales. El Gobierno de El Salvador acusó a la emisora de intoxicar a la opinión pública con mentiras. «No pudieron hallarse evidencias de que las fuerzas del Gobierno masacraran sistemáticamente civiles en el área de operaciones», dijo en el Senado estadounidense el subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Thomas O. Enders (Darling, 2008: 142). Pero, a comienzos de 1982, dos corresponsales del *New York Times* y el *Washington Post* viajaron a la zona y corroboraron en sus noticias las informaciones de Radio Venceremos (un informe de la ONU ratificaría esta versión tras la guerra). Fue así como la emisora superó su primera prueba de credibilidad (Henríquez Consalvi, 1992: 111-112).

La captura de «La Venceremos» llegó a obsesionar al jefe del Atlacatl, Domingo Monterrosa. Al parecer, dijo que, mientras no lo consiguieran, tendrían «un cangrejo en el culo» (Henríquez Consalvi, 1992: 92). Y el FMLN decidió aprovechar esta circunstancia para tenderle una trampa. Se utilizó como cebo un viejo transmisor, ya inútil. Se colocaron dentro cartuchos de dinamita y dos dispositivos para hacerlos detonar: uno se activaría de forma manual, mediante un mando a distancia y una antena para dirigir la señal de radiofrecuencia; el otro lo haría de forma automática, gracias a un altímetro, si el aparato se elevaba más de trescientos metros sobre el suelo. Cuando el ejército lanzó uno de sus operativos, los guerrilleros simularon un enfrentamiento con las tropas y se encargaron de dejar claro a través de su sistema de comunicaciones internas que habían debido abandonar el transmisor al huir. Por supuesto, Radio Venceremos no emitió en los días siguientes. Se esperaba que Monterrosa acudiría personalmente a recuperar el transmisor cuando le informaran de su hallazgo y lo llevaría

consigo a su cuartel general para exhibirlo como trofeo ante la prensa nacional e internacional. Y así fue. No se sabe cuál de los dispositivos se activó. Pero el 23 de octubre de 1984, pocos minutos después de despegar con su preciada carga, el helicóptero en el que viajaba Monterrosa explotó. Se supo después que no había ido solo, sino que se había hecho acompañar de los principales comandantes de su batallón. Esa tarde, mientras la prensa esperaba a los militares y el ejército trataba de averiguar qué había pasado, Radio Venceremos reanudó sus transmisiones para dar cuenta de su acción (López Vigil, 1994: 317-337).

Durante unos meses, el FMLN consiguió mantener oculto su sistema interno de comunicaciones, y también el enlace de FM que llevaba la emisión desde el estudio al transmisor de Radio Venceremos (escondido en un lugar fijo desde 1984). El objetivo era evitar la detección del ejército por el sistema de triangulación, que les permitía bombardear los puntos estratégicos fundamentales. El truco fue sustituir el aire por cables. El estudio y el transmisor se conectaban utilizando los kilómetros de alambres de púas que existían en las montañas de El Salvador para delimitar las propiedades rústicas. Como los estudios se desplazaban en función de la coyuntura militar, en cada nueva ubicación había que tender kilómetros de alambre de púas hasta el punto intermedio donde estaba la conexión estable con el transmisor. El sistema se empleó también para las comunicaciones militares de la guerrilla. Este procedimiento, al parecer, se utilizó de 1986 a finales de 1988 (López Vigil, 1994: 418-422).

Mientras intentaba destruir los transmisores e interfería la señal de ambas emisoras, el Gobierno ponía en marcha su propia respuesta radiofónica, que fue doble. Por un lado, la versión oficial, Radio Cuscatlán, a cargo del Estado Mayor de la Fuerza Armada, que apareció en 1985 con veinticuatro horas diarias de emisión en onda media y FM (López Vigil, 1994: 427-428). Por otro, una serie de radios negras que empezaron a funcionar en 1982. La primera de ellas, Radio Orientación, transmitió en las frecuencias de Radio Venceremos e intentó crear discordias internas, por ejemplo, hablando de una facción del FMLN en contra de otra o informando falsamente de la muerte de un líder guerrillero. Los corresponsales extranjeros sospechaban que era una emisora de desinformación financiada por la CIA. En agosto de 1983, por la época en que se oyó por última vez a Radio Orientación, apareció Radio Soberanía Nacional. Se identificaba como «la voz de un pueblo libre que se resiste a la esclavitud del marxismo internacional, un pueblo que ama y respeta los derechos humanos, que ofrece su sangre para evitar una violación dirigida desde Moscú». En 1985 transmitía ocasionalmente una falsa Radio Venceremos, en las horas y frecuencias de la emisora real o en otras muy próximas. Su programación, aunque similar en estilo a la de Radio Venceremos, difundía propaganda gubernamental disfrazada (Soley y Nichols, 1987: 254-255).

El ejército utilizaba las informaciones de las radios guerrilleras para su contrapropaganda. Aprovechaba cualquier error o exageración para desacreditarlas. Otras veces se daba la vuelta a los éxitos pregonados por el FMLN, para presentar a los guerrilleros como sanguinarios terroristas. «Por ejemplo, si las guerrillas afirmaban que en un mes determinado habían derribado 500 postes eléctricos, cuando en realidad habían tirado 139, ese número exageradamente alto podía usarse para mostrar cómo el FMLN estaba dañando a la población» (Moroni y Spencer, 1995: 52). Pero los militares también empleaban esas informaciones para sus tareas de inteligencia. Esto llevó al FMLN a establecer limitaciones en sus noticias. Un informe interno del ERP de julio de 1984 reconoció que los informes detallados sobre las operaciones de las

guerrillas les habían granjeado apoyo y admiración, pero también habían dado al enemigo datos útiles para su defensa.

Omitiremos cualquier información, cualquier descripción que pueda ayudar al enemigo a sacar conclusiones sobre futuros planes o sobre el estado de nuestras fuerzas —establecía la nueva estrategia comunicacional—. Nos guiaremos por el principio de «dejar que los hechos de nuestro avance hablen por sí mismos» (Meyer, 1991: 14-15).

«La Venceremos» y «La Farabundo» nacieron, como dijimos, en onda corta. Eso estaba muy bien para poder emitir desde zonas seguras a grandes distancias y con equipos ligeros. Estaba muy bien para llevar al mundo la voz de las luchas, las denuncias, las informaciones, las músicas revolucionarias... Pero en El Salvador la audiencia estaba cada vez más en otra banda. Los oyentes jóvenes y urbanos escuchaban ya la radio preferentemente en frecuencia modulada. Y a ellos debía llegar el FMLN de forma prioritaria para ampliar el trabajo ideológico, para reclutar nuevos guerrilleros, para solicitar su colaboración activa... Fue el mismo problema con el que se encontró el ANC en Sudáfrica, como vimos en el capítulo anterior. Pero las guerrillas salvadoreñas tenían dos ventajas para intentar emitir en FM: primero, sus radios ya transmitían desde dentro del país, no desde el extranjero; segundo —y más importante—, dada la pequeña extensión de El Salvador, las grandes ciudades estaban a poca distancia de los picos más altos de las montañas «liberadas», de modo que se las podía alcanzar en línea recta sin obstáculos con transmisores de FM de potencia media. Lo intentaron, y también lo consiguieron. Tanto Radio Venceremos como Radio Farabundo Martí transmitieron en FM. «La Venceremos» lo hizo ya en 1982. «La Farabundo» lo intentó en 1985, pero la primera experiencia duró seis meses (Henríquez Consalvi, 1992: 142; Escalona, 2003: 12).

Los acuerdos firmados en Esquipulas en 1987 tenían, como vimos en el apartado anterior, un componente regional de impulso a las negociaciones para la paz y para una democratización real en los países donde había conflictos armados. Sin embargo, el FMLN creía que el Gobierno no daba pasos decididos en ese ámbito. Se celebraron conversaciones, pero —opinaban las guerrillas— solo para ganar tiempo. Estados Unidos había hecho de El Salvador la pieza clave en el tablero de Centroamérica, el territorio donde se detendría el efecto dominó desencadenado por los sandinistas. La ayuda a su ejército desde 1981 había sido múltiple, constante y desproporcionada para las dimensiones del país, y no había razón para creer que fuera a cesar. A ese ejército no se le podía vencer con operaciones de guerra convencional como las que el FMLN había desarrollado en los primeros años. Así que en 1984, la Comandancia General decidió desarticular todas sus estructuras militares y pasar a un combate de desgaste y hostigamiento con pequeños grupos guerrilleros. Luego se empezaron a reconstruir las organizaciones de masas para ocupar de nuevo las calles y presionar al Gobierno salvadoreño en terrenos distintos al militar. En todo este tiempo, las guerrillas cultivaron la imagen de que su armamento provenía del material «recuperado» al ejército o del que podían comprar en el mercado negro, pero después se ha reconocido un flujo de material desde Nicaragua tan constante como secreto (una ayuda que provenía de Cuba, la URSS y otros países del Este) (Moroni y Spencer, 1995: 7 y 175).

A los ocho años de empezar la guerra civil, el FMLN no se había agotado, ni había disminuido su capacidad de acciones armadas ni de penetración social, pero tampoco avanzaba. A José Napoleón Duarte —el líder democristiano conservador, colaboracionista, que dirigió la

vida política del país durante gran parte de la década— le podía presentar el FMLN como un lacayo de Estados Unidos y de la oligarquía, pero no era el dictador Somoza y en teoría nunca renunció a un programa reformista. Y en esta situación de bloqueo, el Gobierno pensaba que el tiempo jugaba a su favor.

Para obligar al Gobierno a negociar en serio, el FMLN decidió desatar la mayor ofensiva de su historia el 11 de noviembre de 1989. Fue la conocida como «hasta el tope» y su novedad estuvo no solo en el número de comandos movilizados, sino en que por primera vez la lucha se llevó hasta las cinco ciudades principales, incluida la capital. Algo así como lo que hizo el Viet Cong con su ofensiva del Tet en 1968. Era una forma de decir al Gobierno y al mundo que el FMLN tenía capacidad de golpear en el mismo centro del poder, que la lucha no era algo circunscrito a las áreas rurales. Radio Venceremos y Radio Farabundo Martí transmitieron de forma conjunta —en programaciones que a veces se extendían durante dieciocho horas seguidas— las novedades de los distintos frentes, recogidas en los partes que transmitían los comandantes guerrilleros por el sistema de comunicaciones internas.

En medio del caos, el Gobierno, presidido entonces por la derecha nacionalista, estableció una cadena nacional que obligaba a todas las radios y televisiones a conectar con Radio Cuscatlán. Las emisoras del FMLN fueron entonces el único vehículo contrainformativo del país. Mientras, el ejército intensificó la represión contra los guerrilleros o sus simpatizantes (los helicópteros llegaron a ametrallar las barriadas populares). En este ambiente, los militares más fanáticos decidieron dar un escarmiento ejemplar, que a la postre se convirtió en un bumerán contra el Gobierno. El 16 de noviembre, miembros del batallón Atlacatl asesinaron en la residencia de la Universidad Centroamericana de San Salvador a seis jesuitas, a la cocinera que allí trabajaba y a su hija. Entre los muertos estaba el rector, Ignacio Ellacuría. Como teólogo de la liberación, se había puesto al lado de las mayorías populares y había denunciado los abusos a los derechos humanos, pero había criticado muchas veces los métodos del FMLN y siempre había defendido una salida negociada al conflicto. El día de su entierro, 19 de noviembre, Radio Venceremos emitió un conmovedor comentario de homenaje.

Los valores morales que estos sacerdotes transmitieron son hoy millares de semillas [...]. Y sabemos que el día de esta victoria que se nos acerca vertiginosamente, vendrá a las plazas, por los cuatro costados de la patria, un pueblo que irá levantando en sus manos esa flor de izote que es Ignacio Ellacuría, que son los setenta mil muertos salvadoreños. El pueblo irá a esas plazas de la patria tumultuoso, como un río en invierno, para rendir homenaje a estos hermanos caídos por la paz, a estos hermanos que nacieron en España, pero que fueron más salvadoreños que sus asesinos, criminales de mente desnacionalizada (López Vigil, 1994: 535).

Tras catorce días de ofensiva, el FMLN se retiró de las ciudades. Se había conseguido el impacto buscado, más psicológico que militar. Las negociaciones para la paz se prolongaron aún más de dos años, hasta que los acuerdos se firmaron en el Castillo de Chapultepec, en México, el 16 de enero de 1992. Entre sus términos figuraban el futuro estatus político del FMLN como partido y la concesión de frecuencias legales a sus dos emisoras. Esa mañana del 16 de enero, el equipo de Radio Venceremos realizó su último viaje clandestino, esta vez hacia San Salvador. Allí se realizó un programa especial, desde la catedral donde monseñor Romero había predicado durante tres años. Después, en la fiesta organizada por el FMLN, se dio la palabra a representantes de «La Venceremos» y «La Farabundo», en reconocimiento de su contribución a la paz recién conquistada (Escalona, 2003: 19; Henríquez Consalvi, 1992: 272-273).

Luego, en abril, ambas emisoras se trasladaron oficialmente a San Salvador, aunque al principio debieron seguir manteniendo sus dispositivos de seguridad. La asignación definitiva de las frecuencias legales aún tardó varios meses más (Escalona, 2003: 20-21). Comenzaba entonces una etapa distinta, la de la redefinición de objetivos, públicos y formatos en la nueva coyuntura: o ser radios de partido, o emisoras comunitarias para dar voz a los colectivos sociales, o radios comerciales para buscar una mayor audiencia. Eran, en todo caso, las nuevas luchas de dos emisoras que ya no eran clandestinas en un país donde no había triunfado la revolución, pero sí la democracia.

CUBA: SE REANUDA LA BATALLA

Hasta la llegada de Barack Obama, Jimmy Carter fue el presidente de Estados Unidos que más esfuerzos hizo para normalizar las relaciones entre su país y Cuba. Pero en los últimos meses de su mandato tuvo que sufrir las consecuencias del conocido como «éxodo del Mariel». Desde ese puerto, al oeste de La Habana, entre abril y octubre de 1980 salieron hacia Estados Unidos unas ciento veinticinco mil personas. Fue Fidel Castro quien invitó a abandonar la isla a todo el que quisiera. Luego, cuando la ola migratoria superó todas sus previsiones, en vez de admitir la evidencia del descontento popular, la propaganda en Cuba calificó a los disidentes de indeseables, escoria, peligros sociales... (o sea, que esa salida masiva le venía bien a la revolución, porque se purgaba de impurezas). El éxodo erosionó la imagen de Carter, ya en horas bajas tras los acontecimientos de Irán. Se le acusó de gestionar mal la crisis, de practicar una política de puertas abiertas.

Luego, en 1981, la llegada de Ronald Reagan a la presidencia tensó todavía más la situación. Lo hemos visto antes: Reagan puso en primer término de su actuación la lucha contra el comunismo (o contra todo lo que de alguna forma pudiera tener cualquier concomitancia siquiera sutil con el comunismo). Si hacia Centroamérica se practicó una política de línea dura, ¿cómo no iba a hacerse contra Cuba, la amenaza más directa, la más cercana, de la influencia soviética, refugio de terroristas, exportadora de revoluciones, campo de entrenamiento de guerrilleros?

La combinación de ambos factores, la constatación clara del deterioro social en la isla y el anticomunismo de la administración Reagan, llevaron a un resurgimiento de la actividad de radiodifusión clandestina hacia Cuba, que apenas había existido desde finales de los años sesenta (como vimos en el capítulo 7). Algunas emisoras fueron la iniciativa espontánea de los exiliados cubanos en Florida. Otras recibieron financiación encubierta del Gobierno estadounidense, sobre todo de la CIA. Finalmente, la administración Reagan decidió implicarse directamente en la propaganda anticastrista, con la creación de Radio Martí.

Uno de los casos más tempranos y más curiosos de la nueva profusión de emisoras clandestinas fue Radio Libertad Cubana, conocida como «la emisora del comandante David». Emitía desde 1979. Salía al aire cuatro días a la semana con un programa de diez a quince minutos de duración. Aunque emitía desde Florida, se presentaba como la «única estación de Radio Rebelde que transmite desde el único pedacito de tierra libre que existe aquí, en las montañas orientales, desde la República de Cuba»¹¹⁰. Comenzaba, de hecho, con el Himno Invasor, como lo había hecho Radio Rebelde. Era una emisora de un solo locutor, José González,

que se identificaba como «el comandante David». Según la prensa de la época, muchos refugiados del Mariel afirmaron que era muy escuchada en Cuba.

Las emisiones de Radio Libertad Cubana provocaron un conflicto de intereses dentro de la Administración estadounidense. Un conflicto que se daría en más ocasiones, pero que en esta llegó a ser de dominio público. A la Comisión Federal de Comunicaciones (FCC, en sus siglas inglesas) le empezaron a llegar quejas por los transmisores clandestinos que emitían desde el sur de Florida: ciudadanos que protestaban por las perturbaciones de la señal en sus receptores de radio y de televisión, emisoras comerciales legales que exigían la limpieza de las ondas, y el Gobierno cubano que atestaba la Administración estadounidense con reclamaciones oficiales y amenazaba implícitamente con interferencias a gran escala si no se tomaban medidas. Así que los agentes de la FCC comenzaron a perseguir a las emisoras anticastristas que operaban sin licencia. Pero, al mismo tiempo, la CIA y el Departamento de Estado las protegían de forma encubierta, cuando no las financiaban de forma indirecta. Esto fue lo que pasó con Radio Libertad Cubana.

El 7 de febrero de 1980, los agentes federales entraron en la casa de González en Miami y confiscaron su transmisor de onda corta. Ese verano, tras innumerables horas de investigación de la FCC, González fue acusado y procesado por operar ilegalmente Radio Libertad Cubana. El asunto comenzó a embrollarse cuando su abogado defensor afirmó que González transmitía con la aprobación o al menos la aquiescencia del Gobierno. El abogado pidió además que el juez del caso pudiera acceder a un documento clasificado de la CIA sobre González, a fin de determinar si contenía material determinante para su defensa. Después de maniobras y negociaciones entre los distintos departamentos de la Administración estadounidense, un ayudante del fiscal viajó de Miami al cuartel general de la CIA en Washington para examinar personalmente el documento. El 14 de abril de 1981, el ayudante del fiscal y otros implicados en el caso celebraron un encuentro de ocho horas a puerta cerrada. Cuando acabaron, y solo unos minutos antes de que se señalara el comienzo del juicio contra González, el ayudante del fiscal pidió al juez que se sobreeseraran todos los cargos. Una petición que, según se supo después, venía de un funcionario intermedio del Departamento de Justicia. El juez aceptó, con la condición de que González no realizase nuevas emisiones sin licencia. Así se lo prometió, aunque pronto estuvo otra vez en el aire. El proceso hizo del «comandante David» una celebridad en la comunidad cubana de Miami. Por su parte, unos enfadados agentes de la FCC, cuya investigación no había servido de nada, presentaron una protesta ante el Departamento de Justicia y públicamente señalaron que el sobreesimiento había sido un movimiento político para evitar enfrentarse a la comunidad cubana (Soley y Nichols, 1987: 184-186).

Varias organizaciones prohibidas en Cuba tras la revolución, o formadas en el exilio, buscaron la forma de transmitir hacia la isla. Las había de todo tipo. Alpha 66 era una de las más viejas organizaciones paramilitares anticastristas. Su origen más remoto estaba en las guerrillas que competían en la sierra del Escambray con el Movimiento 26 de Julio durante la lucha contra Batista y que rechazaron el rumbo impuesto por Fidel Castro a la revolución después de 1959. Aunque surgida en los años más duros de la guerra secreta de la CIA contra el régimen de Castro, esta organización no tuvo emisiones propias hasta que estalló el caso del «comandante David». Su programa, La Voz de Alpha 66, «para el pueblo de Cuba que sufre», fomentaba la oposición violenta. «La consigna en Cuba: ausentismos, sabotajes, atentados. ¡Alpha 66! ¡Cuba, despierta!»¹¹¹. La FCC clausuró por primera vez sus transmisores clandestinos en marzo de

1982, e impuso multas a quienes los hacían funcionar. Pero La Voz volvió al aire en 1983 con incluso mejores equipos. La FCC localizó de nuevo el transmisor, lo confiscó e impuso nuevas multas, que los fiscales no ponían mucho empeño en cobrar (Soley y Nichols, 1987: 187).

Radio Mambí (portavoz de la Junta Patriótica Cubana, fundada en 1980 por el viejo anticastrista Tony Varona), Radio Girón (operada por la asociación de veteranos de Bahía de Cochinos en Miami), La Voz de la Juventud Progresista Cubana, Radio Antorcha Martiana (del Movimiento Insurreccional Martiano), Radio Cuba Libre (del Partido Demócrata Cristiano), La Voz de la Esperanza (portavoz de los municipios de Cuba en el exilio), Radio Caimán (operada por la CIA desde Centroamérica bajo la fachada de un Comité Pro Libertad de Cuba, y que mezclaba los mensajes anticastristas con grandes dosis de música popular dirigida a la nueva generación de Cuba)... Todas aparecieron de forma breve y fueron perseguidas por la FCC en esta época. Su sola enumeración muestra ese resurgimiento de la actividad de radio clandestina del que hablábamos, pero también las divisiones del exilio que hacían muy difíciles los proyectos unitarios. Para evitar problemas con la FCC, quienes pudieron permitírsele empezaron a comprar tiempos de emisión en radios como la WHRI, de Indiana, la WRNO, de Luisiana, o la WRMI, de Miami. Esta fue, desde mediados de los años ochenta, la fórmula más empleada por la oposición anticastrista para hacerse oír.

Una de las emisiones más potentes fue La Voz del CID (siglas de Cuba Independiente y Democrática). Esta organización tenía como secretario general a Huber Matos, comandante del Ejército Rebelde que muy poco después del triunfo revolucionario había roto con Fidel Castro por el giro comunista de su Gobierno, había sido detenido, juzgado, condenado por sedición y encarcelado durante veinte años. Fundado en octubre de 1980 en Venezuela, el CID se propuso desde el principio realizar «un esfuerzo de persuasión política dirigido a la población, a las Fuerzas Armadas y a los miembros del régimen castrista con el fin de crear entre todos los cubanos un clima de reconciliación nacional y de fe en el futuro de Cuba»¹¹². La Voz del CID empezó a transmitir desde Miami en 1981. Cuando la FCC clausuró sus transmisiones por emitir sin licencia en septiembre de 1982, Matos dijo que esa acción solo beneficiaba «al tirano Fidel Castro, a sus amos rusos y al comunismo internacional». Apeló la multa con el argumento de que el CID llevaba a cabo la misma política exterior de Estados Unidos, y como prueba adjuntó una carta de Ronald Reagan, fechada unos días después de la clausura de los transmisores, en la que le decía a Matos: «Usted tiene mis mejores deseos y ánimo para el progreso en su trabajo» (Soley y Nichols, 1987: 187-188).

Después de la clausura, el CID trasladó los transmisores a Centroamérica, probablemente a Costa Rica. Compró también tiempo de emisión en La Voz del Táchira, de Venezuela, y Radio Clarín, de República Dominicana. Lo sofisticado de la operación, que permitía transmitir veinticuatro horas al día siete días a la semana con un sonido profesional y desde varias frecuencias, hizo pensar a algunos investigadores que Estados Unidos podía financiarla de alguna forma (Street y Matelski, 1997: 106-107). La Voz del CID se presentaba de hecho como una cadena con diferentes emisoras, como Radio Camilo Cienfuegos, Radio Antonio Maceo o Radio Máximo Gómez. Cuba comenzó a interferirlas con ayuda de técnicos soviéticos. Después de diez años en el aire, la emisora calló, según el hijo de Huber Matos, por presiones del Gobierno de Estados Unidos, influido a su vez por otra organización del exilio: la Fundación Nacional Cubano-Americana (FNCA)¹¹³.

La Fundación, creada poco después de que Reagan llegara al poder, dirigida por Jorge Mas Canosa y a la que pertenecían algunos de los exiliados cubanos más ricos, fue un poderoso lobby en el sistema político estadounidense en su conjunto durante los años ochenta y noventa. Puede decirse incluso que su ideario y sus propuestas dictaron la política de línea dura de Estados Unidos hacia Cuba en ese tiempo. La FNCA puso en marcha también una emisión clandestina, La Voz de la Fundación, desde finales de los años ochenta. Para difundirla compró tiempos en las emisoras WRMI de Miami y WHRI de Indiana. Transmitió hasta 2001, cuando dejó de emitirse por razones presupuestarias.

Pero el objetivo principal de la Fundación fue influir en el Gobierno estadounidense para que pusiera en marcha su propia emisora hacia Cuba. El proyecto databa de comienzos de los años ochenta. La administración Reagan se implicó de lleno en sacarlo adelante. El 22 de septiembre de 1981, con solo ocho meses en la Casa Blanca, Reagan firmó una orden ejecutiva solicitando la creación de la Comisión Presidencial sobre las Transmisiones hacia Cuba, compuesta por once personas, entre ellas Mas Canosa. Algunos congresistas y senadores se opusieron a la idea de crear una radio dirigida específicamente a la isla, que veían como una injerencia directa en los asuntos de otro país. Pero prevaleció la postura de quienes sostenían que era necesario contrarrestar la desinformación en la que vivía el pueblo cubano con una información objetiva y equilibrada. ¿No hacían lo mismo desde hacía ya décadas Radio Free Europe y Radio Liberty con financiación y control del Congreso? ¿Por qué no se podía crear una radio igual hacia Cuba?

Y así se hizo. Se la concibió como una emisora subrogada semejante a RFE/RL, es decir, una emisora del exterior, pero que trataría los temas como si emitiera en Cuba. La emisora que los cubanos tendrían cuando hubiera libertad en su país. La emisora que contaría a los cubanos lo que le interesaba a los cubanos, no la opinión del Gobierno estadounidense o de algún grupo concreto del exilio. Tras resistencias parlamentarias que bloquearon el proyecto durante dos años, la creación de Radio Martí (que así se llamaría la emisora en homenaje al padre espiritual de la independencia cubana) se aprobó el 4 de octubre de 1983. Empezó a funcionar el 20 de mayo de 1985. Pero, a diferencia de RFE y RL en sus orígenes, aquí no hubo nunca siquiera una clandestinidad ficticia. Desde el principio se la identificó como una emisora dependiente de la Agencia Estadounidense de Información (USIA, en sus siglas inglesas), de la que dependía también The Voice of America.

La actividad de las radios clandestinas hacia Cuba se mantuvo alta hasta mediados de los años noventa. La caída del bloque comunista en Europa aumentó el optimismo de quienes esperaban una suerte similar para el régimen castrista (que se había vuelto vulnerable sin sus valedores tradicionales) y deseaban situarse en condiciones de influir algo en el futuro de su país. En 1993, las organizaciones de la oposición emitían hacia Cuba al menos cien horas más a la semana que hacia otros objetivos importantes en el mundo como Irán o Irak (Street y Matelski, 1997: 103). Pero, dos años después, la presencia del exilio en las ondas había descendido considerablemente.

Pese al recrudecimiento del embargo norteamericano, pese al llamado «período especial» (la brutal crisis económica tras el fin del comercio con el bloque socialista), los posibles signos de insatisfacción no eran bastantes como para amenazar la estabilidad del régimen. No todos los grupos del exilio tenían dinero suficiente para mantener emisiones durante mucho tiempo. Otros consideraban que de algún modo su voz ya estaba representada en Radio Martí. Por último, el tiempo modeló un nuevo tipo de exilio, más insertado en la sociedad estadounidense. Un exilio

en el que Cuba no condiciona ya el presente, y representa un anhelo de futuro más que la nostalgia por el paraíso perdido. Era el análisis del investigador John S. Nichols en 1997:

Manejar una emisora clandestina que se escuche en Cuba por un período sostenido es arriesgado y habitualmente significa que su patrocinador tiene experiencia técnica, apoyo financiero, una organización política sofisticada y, más importante, una apasionada convicción en su causa. En contraste, comprar tiempo para emitir propaganda en una emisora legal o presionar al Gobierno estadounidense para que realice la cruzada radiofónica desde sus propias emisoras no son muestras de unos grupos de exiliados dinámicos y vitales en estrecho contacto con los problemas del pueblo cubano (Street y Matelski, 1997: 113).

De todos modos, algunas emisiones han seguido hasta hoy. La última de ellas se incorporó a las ondas en 2005. Se trata de Radio República, una emisión del Directorio Democrático Cubano, un destacado grupo del exilio creado en 1990 como organización de derechos humanos, que en Cuba promueve acciones de resistencia cívica y desobediencia civil pacífica. Radio República emite por onda corta varias horas al día, en teoría desde Miami, aunque en mayo de 2014 el periódico comunista francés *L'Humanité* publicó que lo hacía desde el centro de ondas cortas de Issoudun, perteneciente a la red de telecomunicaciones pública francesa, que alquila tiempo de emisión a distintas radios¹¹⁴. Algunos informes le reconocen una amplia audiencia en la isla¹¹⁵. Un canal de la emisora en youtube incluye sobre todo las crónicas que mandan por teléfono sus corresponsales en Cuba.

La que también ha seguido hasta hoy es Radio Martí. En 1990 se añadió además una señal de televisión, TV Martí, que hoy continúa también pese a que fue un fracaso desde el principio, ya que su señal era débil y Cuba pudo interferirla con facilidad. Desde mediados de los años noventa, muchos pusieron en duda la necesidad de continuar con unas transmisiones que tanto costaban a las arcas estadounidenses y que tan pocos réditos parecían dar. Ninguna radio clandestina había conseguido erosionar a la Cuba de Castro, y Radio Martí tampoco. Derrumbada la Unión Soviética —dijeron algunos congresistas y periodistas—, Cuba ya no era una avanzadilla de ningún bloque, sino un régimen dictatorial, anacrónico, pero que ya no suponía ninguna amenaza para Estados Unidos. Resurgió el debate entre los que hablaban de injerencia para cerrarla y los que aducían la falta de libertad en la isla para mantenerla. Y se impusieron estos últimos. En 1996, el presidente Clinton se puso al lado de la Fundación Nacional Cubano-Americana y permitió que la Oficina de Transmisiones hacia Cuba (que controla Radio y TV Martí) se trasladara de Washington a Miami. A comienzos de este siglo, Radio Martí emitía por trece frecuencias de onda corta y una de onda media, todos los días a todas horas (Schoultz, 2009: 403). Pero, al final, a Fidel Castro lo jubiló la edad y no la CIA.

El 17 de diciembre de 2014, Raúl Castro y Barack Obama anunciaron el inicio del diálogo para restablecer las relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos. Tras más de medio siglo de hostilidades comenzaba una nueva etapa que culminó, al menos en lo simbólico, con el viaje de Obama a La Habana en marzo de 2016. Esa normalización de relaciones la entendió parte del exilio como una oportunidad para los reencuentros familiares y para la expansión comercial (en la esperanza de que la apertura económica acabara impulsando la política), pero otros exiliados la juzgaron como una rendición, como una sucesión de concesiones hechas a los Castro sin contrapartida alguna. Solo el tiempo dirá si el cambio de paradigma es más eficaz o no que la política del medio siglo anterior.

El papel de Radio Martí vuelve a cuestionarse en este nuevo período y con los mismos

argumentos: o debería cerrarse porque ahora más que nunca deja de tener sentido tras la normalización de relaciones, o debería mantenerse porque ahora más que nunca se espera que desempeñe una labor crucial en la futura transición hacia la democracia en Cuba. El 20 de mayo de 2015, coincidiendo con el trigésimo aniversario de la emisora, uno de sus editores afirmaba: «Si bien el contexto actual de la relación bilateral es radicalmente diferente al que existió hace 30 años [...], en materia de información sigue primando en la isla la censura y la voluntad (si no la capacidad) de controlar las noticias que sus ciudadanos reciben, de Cuba y del mundo».

Reconocía, eso sí, que «a los periodistas que trabajan en la emisora, que fueron contratados y han trabajado hasta ahora bajo las premisas de la Guerra Fría que regían la relación bilateral antes, les corresponde entender el momento actual y trabajar profesionalmente acorde a los tiempos que corren». Y concluía: «Radio Martí seguirá acompañando a los cubanos [...] en su camino hacia un futuro más libre, esperanzador y próspero»¹¹⁶. Veremos.

Es probable que las emisiones clandestinas como Radio República sí continúen mientras en Cuba siga habiendo presos políticos, mientras se persiga a los disidentes, mientras no haya una democracia real. Es probable que la necesidad de situarse en la opinión pública de la isla ante una hipotética futura transición política renazca, como a principios de los años noventa, llevando a nuevas organizaciones a hacer esfuerzos económicos para tener presencia en las ondas. Es probable... También veremos.

⁸⁹ La canción «Igual que tú» se encuentra en el disco colectivo *Desde Chile resistimos*, de 1976.

⁹⁰ El dato se da en el último programa de «Escucha, Chile», algunos extractos del cual están disponibles en www.youtube.com.

⁹¹ «A 30 años de las transmisiones de Radio Liberación», artículo publicado en www.elciudadano.cl.

⁹² «A 30 años de las transmisiones de Radio Liberación», artículo publicado en www.elciudadano.cl.

⁹³ La descripción de las partes del equipo se realiza de forma detallada en MPM (1979?: 5-13).

⁹⁴ Audio de Radio Liberación TV obtenido en <http://archive.org>.

⁹⁵ Audio de Radio Liberación TV obtenido en <http://archive.org>.

⁹⁶ Transmisiones de Radio Liberación disponibles en www.youtube.com.

⁹⁷ Grabación del asalto a Radio Agricultura de Valparaíso y emisión especial posterior obtenida de www.radiomaniacos.cl.

⁹⁸ Último programa de «Escucha, Chile» disponible en www.youtube.com en grabación de mala calidad realizada por un escucha.

⁹⁹ «Un grito que estremecía a Nicaragua», reportaje de *El Nuevo Diario*, disponible en www.elnuevodiario.com.ni.

¹⁰⁰ «Un grito que estremecía a Nicaragua», reportaje publicado en *El Nuevo Diario*, disponible en www.elnuevodiario.com.ni.

¹⁰¹ Fragmentos de Radio Sandino disponibles en www.youtube.com.

¹⁰² Fragmento de Radio Sandino disponible en www.youtube.com.

¹⁰³ «Un grito que estremecía a Nicaragua», reportaje de *El Nuevo Diario*, disponible en www.elnuevodiario.com.ni.

¹⁰⁴ Fragmento de una emisión de Radio Sandino incluido en un reportaje sobre la caída de Somoza emitido en 1979 por Radio Nacional de España, y escuchado en el archivo sonoro de la emisora.

[105](#) Programa de la serie «Historias de radio» dedicado a la clandestinidad nicaragüense.

[106](#) Audio escuchado en el archivo sonoro de Radio Nacional de España.

[107](#) El planteamiento de las tres erres en Darling (2008).

[108](#) Destacan *Radio Venceremos: la voz en combate por la paz* (1990) y *Radio Venceremos: diez años tomando el cielo por asalto* (1991).

[109](#) Documental *Radio Venceremos: diez años tomando el cielo por asalto*.

[110](#) Audio escuchado en el programa de «Historias de radio» dedicado a las emisoras anticastristas.

[111](#) Audio escuchado en el programa de «Historias de radio» dedicado a las emisoras anticastristas.

[112](#) Extraído de www.cubacid.org.

[113](#) Testimonio en <http://patriapuebloylibertad.blogspot.com.es>. Sin embargo, otras fuentes afirman que, con un solo transmisor y menos horas de programación, La Voz del CID se mantuvo en el aire hasta 1997.

[114](#) Información disponible en www.humanite.fr.

[115](#) Testimonios que se encuentran en la propia página del DDC, www.directorio.org, donde hay muy pocos datos sobre la emisora.

[116](#) «Radio Martí en el marco de la normalización», artículo de Alex Rivero consultado en www.martinoticias.com.

CAPÍTULO 11

Terremotos tras el telón de acero

UN MUNDO APARTE

Podrían existir en teoría otras clases distintas y mejores de socialismo, pero en la práctica solo una había funcionado. A esto se referían los ideólogos soviéticos cuando hablaban del «socialismo real» para referirse al sistema político, económico, social y cultural cuyo núcleo estaba en Moscú. Durante la mayor parte de su existencia, esa área formó, en palabras de Eric Hobsbawm, «un subuniverso autónomo y en gran medida autosuficiente política y económicamente». Era «el segundo mundo», un mundo aparte, basado

en un partido único fuertemente jerarquizado y autoritario que monopolizaba el poder estatal —en realidad, suplantaba en ocasiones al Estado— y que gestionaba una economía de planificación centralizada, e imponía (por lo menos teóricamente) un credo marxista-leninista único a los habitantes del país (Hobsbawm, 1995: 374).

La aceptación de ese «socialismo real» en Europa del Este difirió según las experiencias políticas y sociales previas, la situación económica, los efectos de la guerra y la implantación del partido comunista en cada país. Pero en todos hubo tanto represiones como resistencias. Las hubo, claro, entre los sectores políticos, económicos y sociales tachados de «contrarrevolucionarios», los que no aceptaron el nuevo estado de cosas, los que se opusieron a las nacionalizaciones o colectivizaciones agrícolas e industriales, los que rechazaron la desaparición o la absorción de sus organizaciones, los que condenaron la supresión de libertades básicas, y fueron eliminados en el terreno legal, cuando no en el físico. Pero las hubo también dentro de los propios partidos comunistas y entre los obreros y campesinos que deberían ser el soporte de las democracias populares.

Cualquier manifestación de descontento en la población se atribuía invariablemente al imperialismo exterior, que ayudaba a los reaccionarios del interior. No importaba dónde, cuándo o por qué se produjera. Las insuficiencias y errores propios no contaban, no existían. Desde la lógica marxista-leninista-stalinista no podía haber otra explicación posible: ¿cómo iba el pueblo a rebelarse contra quien representaba sus intereses, contra quien era su vanguardia? Y cualquier síntoma de desobediencia entre los dirigentes recibía el anatema inmediato de desviacionismo, oportunismo, podredumbre moral...

Lo recibió Tito, «el renegado», en Yugoslavia en 1948, pero resistió las presiones. Los demás intentos de un camino autónomo dentro del socialismo fueron sofocados entre muertes, cárceles y depuraciones en los años siguientes hasta constituirse un bloque en apariencia monolítico y fiel al Kremlin. Pero Stalin murió en marzo de 1953 y solo tres meses después se produjeron disturbios en Berlín. Las aguas apenas se agitaron unos días. La situación fue mucho más grave en 1956. El XX Congreso del PCUS, celebrado en febrero, abrió múltiples espitas que fue muy difícil cerrar. El informe secreto —que pronto no lo fue— de Krushev en el que denunciaba los crímenes de Stalin y el culto a la personalidad que había presidido la vida del movimiento

comunista internacional en las últimas décadas supuso una conmoción hoy inimaginable. La «desestalinización» —palabra de moda— fue una verdadera terapia de choque por la que tuvo que pasar no solo el PCUS, no solo cada Buró Político, sino cada militante de cada partido comunista. Si para unos Krushev fue un valiente, para otros fue un traidor, o un irresponsable, o un aprendiz de brujo, o la encarnación más perfecta del «quiero y no puedo».

Hubo quienes se negaron a condenar a Stalin, quienes afirmaron que los horrores a él atribuidos fueron falsos o en todo caso justificables primero por la consolidación de la revolución, después por la guerra y luego por la expansión del socialismo. A estos se les llamó dogmáticos. Hubo también quienes quisieron llevar el análisis del XX Congreso hasta sus últimas consecuencias, quienes comprendieron que no podía haber un solo culpable para tantos crímenes y mentiras, quienes señalaron que era hora de acabar con las verdades acrílicas y poner en cuestión las bases mismas del sistema (la degeneración del modelo socialista había engendrado no solo a Stalin, sino al pequeño Stalin con su gran culto a la personalidad que hubo en cada partido comunista). A estos se les llamó revisionistas. En medio, Krushev y los suyos, quisieron hacer creer a todos que la de Stalin fue una época tenebrosa que, por haber sido expuesta a la luz pública, ya no volvería a repetirse (el comunismo, limpio de impurezas, salía fortalecido). Pero navegar entre dos aguas, luchando ora contra el dogmatismo sectario, ora contra el revisionismo oportunista, intentando mantener recta la proa de una nave en la que ya se había detectado la carcoma, tuvo sus consecuencias.

En Polonia, ese verano, los comunistas consiguieron conjurar y hasta cierto punto capitalizar las protestas en su propio beneficio, en una cierta revitalización del partido. Pero en Hungría las aguas se desbordaron. En plena crisis, en una reunión del Partido Comunista de la Unión Soviética con los países satélites el 24 de octubre de 1956, el checo Jan Sbovoda quiso dar una lección —algo cínica, en verdad— a sus compañeros sobre la relación entre la eficacia de las emisiones radiofónicas de Occidente y la realidad social de cada país.

El trabajo ideológico en sí mismo no servirá de nada si no aseguramos que aumente el nivel de vida —dijo—. No es casualidad que las agitaciones ocurrieran en Hungría y en Polonia, y no en Checoslovaquia. Esto es porque el nivel de vida en Checoslovaquia es incomparablemente más alto [...]. En nuestro país también se escuchan la BBC y Radio Europa Libre. Pero, cuando se tienen los estómagos llenos, esa escucha no es tan mala (Békés, 2002: 226).

Quién iba a decirle a Sbovoda que doce años después se encontraría presidiendo Checoslovaquia cuando tropas de cinco Estados «hermanos» invadieran el país para acabar con sus intentos de reforma. El de 1956 fue solo el primero de los terremotos que sacudieron la vida aparentemente —propagandísticamente— plácida y conforme del socialismo real con una periodicidad matemática: 1956, 1968, 1980-1981. Hasta que el de 1989-1991 derrumbó las estructuras que en teoría iban a guiar al resto de la humanidad a la sociedad más justa de cuantas fueran posibles.

HUNGRÍA, 1956: REVOLUCIÓN Y SANGRE

La semilla de la insurrección germinaba desde hacía años. Tras la Segunda Guerra Mundial, Hungría era uno de los países donde el Partido Comunista tenía una menor aceptación, así que su conversión en satélite de la URSS fue traumática para muchos. Por otra parte, la radio era uno de

los artículos de consumo más extendidos (se estima que en 1956 el ochenta por ciento de los húngaros tenía uno en su casa), y la escucha de emisoras extranjeras era generalizada (el ochenta por ciento de la población la consideraba su fuente primaria de noticias) (Pulido, 2007: 60). Esas emisoras, sobre todo Radio Europa Libre y La Voz de América, alimentaron una disidencia latente, pero viva. Cuando en 1956 la mezcla de pobres condiciones de vida y fuerte conciencia nacional se hizo explosiva, esa radio tan familiar se convirtió en un elemento no solo de información, sino de organización para las acciones colectivas, transformando en pocas horas las protestas de Budapest en un levantamiento nacional. Julian Hale afirma que

las estaciones clandestinas, por breve que fuera su período de vida, y aunque finalmente fueran ineficaces frente a los tanques, tuvieron un profundo efecto sobre la moral de los «combatientes de la libertad» [...] en un momento de considerable confusión. Sin ellas, la resistencia no habría sido seguramente tan bravía ni sangrienta (Hale, 1979: 143-144).

El protagonista principal de esta historia es un veterano comunista de incontestable prestigio político, tal vez el miembro más popular de su partido en el país: Imre Nagy. Uno de tantos que sufrieron los vaivenes de la diplomacia soviética y que pagaron caro su intento de conciliar sus convicciones marxista-leninistas con la independencia nacional. A finales de los años cuarenta fue marginado del partido por sus ideas económicas, pero en 1953 se le nombró primer ministro con la aprobación del Kremlin. Su mandato fue un primer intento de liberalización económica y cultural. En marzo de 1955 la vieja guardia stalinista lo consiguió apartar del Gobierno. Pero sus medidas y su personalidad lo habían convertido en un referente y una esperanza de evolución incluso entre muchos que no eran comunistas.

En 1956, el descontento de la población por el deterioro de su nivel de vida y por la constricción de las libertades públicas saltó de las casas a la calle. Lo que algunos llamaron revolución y otros contrarrevolución húngara estalló definitivamente el 23 de octubre con una manifestación de carácter nacionalista y antistalinista encabezada por estudiantes. Los convocantes habían redactado dieciséis demandas, entre ellas la vuelta de Nagy al Gobierno. Varios cientos de personas se separaron de la manifestación principal y se dirigieron a Radio Budapest, para intentar leerlas por el micrófono. Tras horas de espera, asaltaron la emisora, pero fueron detenidos por un destacamento de la policía política, que disparó contra la multitud. Los manifestantes, sin embargo, continuaron su asalto, la policía política pidió refuerzos al ejército, pero algunos soldados apoyaron a los manifestantes. Las autoridades húngaras reclamaron la ayuda de las unidades soviéticas estacionadas en el país para aplacar la revuelta. Los primeros tanques entraron en Budapest en la madrugada del día 24. Poco después, cuando amanecía, los manifestantes consiguieron tomar el edificio de Radio Budapest, pero el Gobierno había cortado la comunicación del estudio con el transmisor, que se hallaba fuera de la capital, y se había establecido una nueva línea con el edificio del Parlamento. Desde allí, el partido confirmó el nombramiento de Nagy como primer ministro para tratar de calmar los ánimos. No se logró.

Al día siguiente, mientras nuevas tropas soviéticas entraban en el país, el Partido Comunista Húngaro destituyó a su secretario general y nombró a una persona que había sufrido cárcel durante las purgas de los años anteriores: János Kádár. Pero que hubiera dos comunistas moderados al frente del partido y del Gobierno era ya insuficiente. Las manifestaciones y luchas callejeras se extendían por el país, con el resultado de cientos de víctimas y miles de heridos. En Budapest y en otras ciudades surgían comités revolucionarios y consejos de trabajadores.

Algunos campesinos reocupaban sus tierras expropiadas años atrás. Y los revolucionarios empleaban la radio para coordinarse. El 25 de octubre, en Miskolc, al norte del país, se ocupó la emisora local, que pasó a llamarse Radio Miskolc Libre. Según algunas fuentes, fue la primera de las llamadas «emisoras de la libertad»: «Jóvenes estudiantes y trabajadores: conducíos de forma disciplinada. No cometáis ninguna provocación o sabotaje. Podemos afirmar nuestras demandas sin derramamiento de sangre» (Heller, 1957: 38-39). Lo mismo pasó en Pecs, al sur, al día siguiente. El 27 comenzó a transmitir Radio Győr Libre, que se convertiría en la fuente de información más importante para el público hasta el día 30 (Békés *et al.*, 2002: XXXIX). Otra emisora apareció como Radio Petofi Libre. Sus emisiones fueron interferidas desde un transmisor situado en el extranjero, tal vez en la propia Unión Soviética (Soley y Nichols, 1987: 64).

Pero no solo se ocuparon emisoras oficiales para ponerlas al servicio de las protestas. También surgieron algunas emisoras clandestinas autónomas. En la mañana del 24 de octubre, un estudiante de la Universidad Politécnica de Budapest construyó apresuradamente un transmisor de onda corta, desde el que empezó a difundir las demandas de sus compañeros. En los días siguientes, ese estudiante recorrió las calles de Budapest observando el estado de ánimo y las actividades de la gente. Luego volvía a su casa y transmitía «la verdad al mundo: que no éramos los contrarrevolucionarios que el Gobierno decía, sino más bien todo el pueblo húngaro luchando por nuestra libertad» (Pulido, 2007: 79). Pero la más importante de las emisoras clandestinas fue Radio Rajk, a cargo del ala antistalinista del Partido Comunista Húngaro. Su nombre hacía referencia a Laszlo Rajk, secretario general del Partido a finales de los años cuarenta, y una de las víctimas más notorias de las purgas promovidas por Stalin. Aunque se opuso a la intervención soviética, Radio Rajk criticó a Nagy por hacer demasiadas concesiones a la oposición anticomunista (Soley y Nichols, 1987: 65).

El fuego de la revolución húngara lo avivó aún más, como señalamos en su momento, Radio Europa Libre desde Múnich. Los acontecimientos de Budapest se interpretaron como el inicio del fin rápido del comunismo con el que se soñaba en aquel tiempo de retórica agresiva. La sección húngara de RFE se opuso —y así lo manifestó en las ondas— a cualquier arreglo pacífico de la situación. Nagy, desde su punto de vista, era una suerte de prestidigitador que solo quería engañar a las masas para que todo siguiera igual. «El Ministerio de Defensa y el Ministerio del Interior están aún en manos comunistas —se dijo en uno de los programas—. No dejéis que esto continúe, combatientes de la libertad. No colguéis vuestras armas en las paredes» (Soley y Nichols, 1987: 65). La propaganda comunista acusó a RFE de dar «instrucciones detalladas sobre cómo provocar motines y pogroms, y cómo transformar manifestaciones pacíficas en un baño de sangre» (Hale, 1979: 49).

El 20 de noviembre de 1956, cuando todo había pasado ya, el director de la CIA, Allen Dulles, envió un informe al presidente Eisenhower en el que rechazaba las acusaciones de que RFE había animado a los húngaros a una rebelión violenta y les había dado «de forma directa o implícita esperanzas de una próxima ayuda militar americana» (Békés *et al.*, 2002: 379). Pero esta opinión estaba lejos de ser universal y, sobre todo, exacta. Muchos húngaros que escucharon RFE desde su creación acabaron convencidos de que Occidente acudiría en su ayuda en el momento oportuno (Pulido, 2007: 46, 56 y 82). Los húngaros deberían haber tenido en cuenta el precedente del levantamiento en la Alemania del Este en junio de 1953. La revuelta, sofocada

solo con la intervención del Ejército Rojo, pudo tal vez poner de manifiesto la vulnerabilidad del sistema comunista, su continuidad por la coerción y no por la aceptación, la distancia creciente entre gobernantes y gobernados... Pero también dejó claros los límites de la actuación occidental en Europa, incluso de la administración republicana del general Eisenhower, tan cercana a los defensores de la confrontación con el Este: muchas frases de simpatía, pero ningún apoyo real.

Uno de los ejemplos más claros de la actuación de RFE en aquellos días fue este comentario leído el 28 de octubre, cuando todavía no estaba claro si la insurrección podía encauzarse aún por la vía institucional o derivar hacia una confrontación mayor:

Hace tres días dijimos que cada día, cada hora ganada por la resistencia hace digno el sacrificio, disminuye el riesgo. Esta declaración nuestra cobra fuerza por la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU convocada para esta noche. Es de una tremenda importancia que en estas próximas horas, tal vez en unos pocos días, hechos tangibles prueben el verdadero estado de ánimo y la voluntad de la nación.

Después, el comentario instruía a los soldados húngaros en las tácticas de guerra de guerrillas para contrarrestar a una fuerza superior en número.

Como se probó en muchas ocasiones en el pasado, la naturaleza de los húngaros no es la más apropiada para la aplicación de los métodos taimados y crueles que los partisanos aplican habitualmente. Pero no debemos olvidar que al enemigo se le debe derrotar con sus propias armas y métodos. El lema de los combatientes de la libertad hoy es: ¡libertad o muerte! (Békés *et al.*, 2002: 286 y 289).

En otros programas se aconsejó a las autoridades locales que tuvieran almacenes seguros de armas, o se explicó a la población cómo sabotear las líneas férreas y telefónicas.

Las demás emisiones pudieron no ser tan explícitas, pero estuvieron llenas de sobrentendidos e insinuaciones que pudieron dar falsas esperanzas a los húngaros. Así lo reconoció un memorándum interno realizado el 5 de diciembre por William Griffith, asesor político en RFE.

Aunque hubo pocas violaciones reales de nuestra política y de ellas ninguna ocurrió en los comentarios políticos generales, [...] el tono de las emisiones estuvo sobreexcitado. Hubo demasiada retórica, demasiado sentimentalismo, demasiada generalización. A la gran mayoría de los programas les faltó humildad y sutileza (Békés *et al.*, 2002: 465).

Algunos periodistas de la sección húngara, en cambio, afirman que se les utilizó como chivos expiatorios, porque ellos se limitaron a seguir las directrices políticas de Estados Unidos, sobre todo respecto a las críticas a Nagy y al apoyo a los sectores más anticomunistas (Békés *et al.*, 2002: XXI).

Para evitar el cada vez más acelerado desplome del partido comunista en Hungría, el nuevo Gobierno de Nagy prometió satisfacer algunas demandas de los revolucionarios, como la legalización de sus organizaciones. Se inició una discreta retirada de las tropas soviéticas. Pero el 30 de octubre, Nagy sobrepasó los límites aceptables para Moscú cuando anunció el fin del sistema de partido único, la formación de un Gobierno de coalición y la próxima celebración de elecciones libres. Por si fuera poco, el 1 de noviembre anunció que Hungría abandonaría el Pacto de Varsovia para convertirse en un país neutral.

En las calles, el nuevo rumbo se recibió con júbilo. El proceso parecía imparable. Las protestas cesaron y los más activos se aprestaron a construir el nuevo poder en tiempo récord. Los no comunistas —lo que no implica necesariamente fascistas, como diría la propaganda soviética— ocuparon puestos notables en la nueva administración del Estado. Se formaban comités revolucionarios en un creciente número de ciudades. Se oían nuevas emisoras de radio

«libres» que ahora ya no se oponían a las autoridades, sino que cooperaban con las emisoras oficiales y amplificaban sus mensajes. El 31 de octubre, la propia Radio Budapest fue rebautizada como Radio Kossuth Libre. «La lucha que trajo la libertad nacional también liberó nuestra radio —anunció uno de los locutores, según lo recordó después un testigo de los hechos—. Los que estamos ante el micrófono somos nuevos hombres. Diremos la verdad» (Heller, 1957: 87-88). El 30 de octubre en un alarmado memorándum dos representantes del Partido Comunista de la URSS desplazados a Budapest escribían: «La radio funciona, pero no refleja la opinión del Comité Central, puesto que de hecho está en manos extrañas» (Békés *et al.*, 2002: 292).

Mientras tanto, Kádár y otros comunistas prosoviéticos salieron de Hungría y, desde el exilio, formaron un autodenominado «Gobierno revolucionario obrero y campesino», y reclamaron una nueva intervención soviética para restablecer definitivamente el orden. Kádár lo anunció en un mensaje pregrabado, en la madrugada del 4 de noviembre, desde una emisora que no se había oído hasta entonces y cuyo transmisor al parecer se hallaba en la ciudad ucraniana de Uzhgorod, en la frontera con Hungría (Békés *et al.*, 2002: 216). Según algunas fuentes, ese transmisor empleó la frecuencia que usaba Radio Moscú para emitir hacia los Balcanes (Soley y Nichols, 1987: 66).

El ataque masivo, de hecho, había comenzado ya cuando el mensaje se difundió. Nagy lo anunció en una corta declaración a las 5:20 de la mañana que se repitió varias veces en inglés, francés, alemán, ruso, checo y polaco. A las ocho de la mañana, Radio Kossuth Libre transmitió un manifiesto de la Unión de Escritores Húngaros: «Os pedimos ayuda y apoyo. No hay apenas tiempo [...]. ¡Ayudad a Hungría! ¡Ayudad a los escritores húngaros, a los científicos, trabajadores, campesinos y a nuestra *intelligentsia!*!». Luego, la emisora salió del aire. Tras nueve horas de silencio reapareció, pero bajo control soviético (Heller, 1957: 165).

Mientras se combatía en Budapest, Radio Free Europe animaba a la resistencia militar —así al menos se entendió entonces—, con la promesa de una inmediata ayuda estadounidense. Citando fragmentos de la prensa occidental intercalados con comentarios ambiguos —que además se oyeron en Hungría de forma parcial por las constantes interferencias—, la emisora dio a entender una respuesta inminente del mundo libre a la agresión soviética.

El artículo [de *The Observer*] continúa: «Si los húngaros continúan luchando hasta el miércoles, estaremos más cerca de una guerra mundial que en cualquier momento desde 1939». Las noticias de Londres, París, Washington y otros informes de Occidente muestran que la reacción del mundo ante los acontecimientos húngaros supera todo lo imaginable. En las capitales occidentales se espera en cualquier momento una manifestación práctica de simpatía occidental (Békés *et al.*, 2002: 390).

La promesa —o lo que se entendió como una promesa— no se apoyaba en ningún dato objetivo y, por lo tanto, solo sirvió para precipitar aún más a los húngaros a una resistencia inútil.

La invasión soviética avanzaba y las peticiones de ayuda a Occidente y a las Naciones Unidas por parte de las emisoras libres eran más desesperadas conforme pasaban las horas. Entre el 4 y el 8 de noviembre, RFE recibió 59 de esos llamamientos (Pulido, 2007: 83). A las 13:34 del 4 de noviembre se escuchó un último mensaje desde la frecuencia de Radio Szolnok Libre:

Pueblos de Europa, a los que hemos ayudado durante siglos a resistir los ataques bárbaros de Asia. ¡Escuchad el redoble de las campanas húngaras que advierten del desastre! ¡Venid, salvad nuestras almas! ¡Gentes civilizadas del mundo! Os imploramos, en nombre de la justicia, la libertad y el principio moral de solidaridad activa que nos une, a que

nos ayudéis. Nuestro barco se está hundiendo. La luz se está apagando. Las sombras se extienden, más oscuras a cada hora, sobre la tierra húngara. Escuchad nuestro grito, pueblos civilizados del mundo, y actuad. Haced llegar hasta nosotros vuestra fraternal ayuda. ¡SOS! ¡SOS! ¡Que Dios esté con vosotros! (Hale, 1979: 143).

Entre los primeros objetivos de los soviéticos y sus colaboradores húngaros estuvieron las emisoras de radio, rebautizadas según se iban ocupando y puestas al servicio de la propaganda oficial, para transmitir al país y al mundo la imagen de una rápida vuelta a la normalidad que estaba muy lejos de ser cierta. De hecho, la invasión soviética provocó una huelga general y una resistencia en las calles que tuvo que ser aplastada a sangre y fuego. El 5 de noviembre, Radio Rákóczi Libre en Dunaújváros pedía que se lanzaran paracaidistas sobre la ciudad. Casi una hora más tarde, la misma emisora llamaba a las mujeres con entrenamiento en primeros auxilios para que se presentasen en los hospitales. Mientras, demandaba la ayuda urgente del mundo en francés, inglés y alemán: «Es posible que nuestra emisión corra pronto el mismo destino que las otras radios de Hungría» (Pulido, 2007: 83-84).

La crisis de Hungría coincidió, como vimos, con la del Canal de Suez. Esto dio argumentos a los soviéticos para rebatir las críticas occidentales sobre su actuación: nadie en Egipto había invitado a Israel, Inglaterra y Francia, mientras que a la URSS sí le habían pedido ayuda desde Hungría; además, las tropas soviéticas no intervinieron para beneficiar a una pandilla de accionistas despechados, como en Egipto, sino para restablecer el orden y terminar con el crimen, la violencia y el terror (Hale, 1979: 49).

El movimiento comunista internacional aceptó las explicaciones soviéticas de forma prácticamente unánime: los contrarrevolucionarios húngaros, con la ayuda del imperialismo, habían aprovechado la liberalización del verano para organizar la resistencia armada y tratar de llevar a Hungría al caos, lo que pudo evitarse gracias a las tropas de la URSS, que restablecieron el orden democrático popular. Entre los grandes partidos comunistas, tan solo discrepó el italiano, cuyo secretario general, Palmiro Togliatti, se había puesto a la cabeza de los revisionistas.

[Pravda] ha mentido, ha mentido y ha mentido desde la primera página hasta la última, haciendo todo tipo de esfuerzos para hacer creer al pueblo que todo ha sido realizado por una mano fascista —se pudo oír en «Oggi in Italia»—. No, no, no es a la camarilla reaccionaria, sino a la clase trabajadora y a la juventud de Hungría, a quienes están acribillando las tropas soviéticas (Soley y Nichols, 1987: 65).

El cambio en el control de las emisoras señalaba el progreso de la invasión. El 5 de noviembre por la noche cayó Radio Pecs Libre. Radio Győr Libre quedó en manos soviéticas el 7. El 8, Radio Rákóczi Libre hizo sus últimos llamamientos.

¿Amáis la libertad? Nosotros también. ¿Tenéis mujeres e hijos? Nosotros también. ¿y qué daremos a nuestros hijos que nos están pidiendo pan? El último trozo de pan ya se ha comido. La ONU puede detener el derramamiento de sangre. ¿O perderemos la fe en la conciencia y la decencia del mundo cuando luchamos por la libertad del mundo? (Heller, 1957: 168).

La lucha armada cesó a mediados de noviembre, pero la tranquilidad tardó en volver al país. Nagy se refugió en la embajada yugoslava, fue detenido por agentes del KGB cuando se disponía a cruzar la frontera, desterrado en secreto a Rumania y allí juzgado, condenado a muerte y ahorcado en 1958, en un proceso también secreto. A las víctimas de los combates (entre diez mil y veinte mil, según las fuentes) se sumaron las de la represión: trescientas condenas a muerte y unos cien mil exiliados, aunque como en tantos otros casos las cifras también aquí varían. Las

amargas reflexiones de quienes lograron cruzar las fronteras resumían la decepción por el crudo contraste entre la retórica y la práctica:

El error no estuvo en Radio Europa Libre. En parte fue nuestra culpa, por confiar en las palabras. En parte fue culpa de América, por pensar que las palabras pueden usarse a la ligera. Palabras como «libertad», «lucha por el honor nacional», «retirada» o «liberación» tienen significados. Están ahí para algo. Créanme cuando digo que no puede decirse a los húngaros, los búlgaros o los polacos cada día durante seis años que amen la libertad y luego sentarse filosóficamente y decir: «pero los húngaros y búlgaros y polacos no deben hacer nada respecto a la libertad. Deben recordar que solo estamos usando palabras». Esas palabras, para un hombre encadenado, no son solo palabras. Son armas con las que puede romper sus cadenas (Cummings, 2009).

CHECOSLOVAQUIA, 1968: EL FIN DE UNA PRIMAVERA

Lo de Checoslovaquia fue distinto. Lo percibieron así incluso muchos de los que habían aplaudido la entrada de los tanques soviéticos en Hungría doce años antes. La URSS intentó repetir el mismo esquema en ambos países. Pero desde entonces había pasado mucho agua bajo los puentes del movimiento comunista, y no solo por el «deshielo» —con matices y con pasos adelante y atrás— que había impulsado Krushev y del que él mismo fue una víctima.

La Unión Soviética parecía haber quedado en tierra de nadie. Para los depositarios de las esencias más incorruptibles, para los cazadores de desviacionismos y oportunismos, para los que no se consideraban blandos ni claudicantes, el refugio seguro se hallaba en Pekín (o en el maoísmo en versión albanesa, si se quería huir de cualquier revisionismo). Por otra parte, las luchas de emancipación mostraron a muchos en todo el mundo que se abrían otros caminos, con sus peculiaridades tácticas —en especial la lucha armada— y políticas: Cuba y Argelia como triunfos, Vietnam como esperanza. Aunque los más fieles a Moscú creían injustas las críticas, muchos en la izquierda menos acomodaticia podían ver el comunismo de la Europa del Este como un sistema que empezaba a vivir de las rentas pasadas. Por eso, la llamada «primavera de Praga», ese «socialismo con rostro humano» que impulsó Aleksander Dubcek cuando fue elegido secretario general del Partido Comunista de Checoslovaquia a comienzos de 1968, se percibió como una brisa fresca, una actualización necesaria a los nuevos tiempos. Eso no quiere decir, ni mucho menos, que la URSS hubiera perdido toda su fuerza en lo material y en lo moral (ahí están las escisiones «prosoviéticas» que sufrieron muchos partidos comunistas occidentales precisamente tras 1968).

Los dirigentes reformistas checoslovacos querían ampliar las libertades civiles y políticas, individuales y colectivas, sin renunciar a la planificación económica (aunque con criterios más técnicos) y a la justicia social. Buscaban lo que pensaban que era lo mejor de ambos mundos. Tal vez intentaban la cuadratura del círculo. Tal vez fueron demasiado ingenuos. A medida que aumentaba el entusiasmo de la población, a medida que el régimen adquiría un grado de adhesión espontánea nunca visto en los últimos veinte años, se encendían todas las alarmas en el Kremlin y en las demás capitales del bloque (a excepción de la díscola Rumania). Como se había visto ya en Hungría, al otro lado del telón de acero también se creía en la teoría del efecto dominó, el miedo al contagio.

La radio checoslovaca dio la voz de alarma a las dos menos cinco de la madrugada del 21 de agosto. Tropas de la Unión Soviética, Polonia, Alemania del Este, Bulgaria y Hungría —supuestos aliados— estaban invadiendo el país. El Gobierno checoslovaco informaba de que las

tropas habían entrado sin su consentimiento, y llamaba a los ciudadanos a conservar la calma y a no oponer resistencia. Los medios de comunicación fueron objetivo prioritario de los ocupantes. A las 7.35 de la mañana, los locutores de Radio Praga informaron de que seis tanques soviéticos rodeaban la emisora. Los disparos se colaban por los micrófonos. Antes de salir del aire, solo les quedaba un gesto simbólico por realizar: que sonara el himno nacional. Las distintas emisoras fueron ocupadas en las horas siguientes. «El último micrófono libre de Checoslovaquia», como lo identificaron sus locutores, fue el de Pilsen, en la región occidental del país, que enmudeció esa misma mañana (Tatu, 1969: 160).

El guión militar de la invasión se desarrollaba según lo previsto. Los puntos cruciales del país se controlaron en cuestión de horas. Los principales líderes checoslovacos estaban detenidos y se les había conducido a un lugar secreto. Pero el guión político empezó a fallar desde el principio. La agencia TASS difundió al mundo una versión de los hechos previamente fabricada: los países hermanos habían intervenido para salvar el socialismo en Checoslovaquia por petición de un Gobierno netamente obrero y campesino que se había constituido. Igual que en Hungría. Pero la ficción —que tal cosa fue, pues en Checoslovaquia ni siquiera encontraron a nadie para encabezar ese supuesto Gobierno alternativo— se vino pronto abajo. Pese a las tropas y a la neutralización de los principales dirigentes, la sociedad checoslovaca no aceptó sin más el nuevo estado de cosas, pero tampoco se sumió en el caos. Lo que emergió fue una resistencia en su mayor parte pacífica alentada en buena medida por la radio.

Las órdenes impartidas el 21 de agosto especificaban, entre otras cosas, que la difusión de noticias en prensa, radio y televisión debería llevarse a cabo «solo con permiso del mando del ejército soviético y con el consentimiento de las autoridades locales del Partido y del Estado». La violación de esta directiva se consideraría «una actividad subversiva en contra de las fuerzas socialistas» (Navrátil [ed.], 1998: 451). El problema —para los soviéticos— era que las autoridades locales no estaban con ellos. Por todo el país brotaron emisoras que los ocupantes no podían localizar. La propia Radio Praga empezó a emitir el 22 de agosto para el interior y para el mundo, pese a que sus estudios y sus transmisores estaban ocupados. Lo mismo hicieron otras, como Radio Kosice. Las emisoras oficiales se transformaban también en clandestinas. «Esta es Radio Praga, Checoslovaquia, transmitiendo continuamente en inglés, francés, alemán e italiano, así como en checo, y trayéndoles boletines de última hora e informes en cuanto los recibimos sobre la situación aquí, en la Checoslovaquia ocupada»¹¹⁷.

Gracias a esas transmisiones se supo en el extranjero que el pueblo checoslovaco se oponía a la invasión, reclamaba la liberación de los dirigentes detenidos y la continuidad de las reformas. Lo que estaba en peligro en Checoslovaquia no era el socialismo, sino la hegemonía de Moscú.

Camaradas, hermanos, amigos —decía otra de esas transmisiones clandestinas en inglés—. No desesperéis. Nuestros días aún no han acabado. El socialismo con rostro humano continúa siendo el objetivo de nuestro pueblo. Nuestro Gobierno legal no podría ser derrocado. Nuestro sistema político no podría ser cambiado. La ocupación de nuestro país no durará¹¹⁸.

Las radios clandestinas desempeñaron un papel esencial en la vida cotidiana de aquellos días. Se llamaban a sí mismas «libres» y también «legales», porque pretendían llenar el vacío de un Gobierno secuestrado tras una ocupación que ni se pidió ni se reconocía.

Gracias a este medio, la población ha podido y puede seguir informada acerca de la situación real —escribió el

corresponsal de *Le Monde* en Praga—, pero lo más importante es que las autoridades, o lo que de ellas ha quedado, han conseguido dejarse oír y tomar entre ellas los contactos indispensables (Tatu, 1969: 162-163).

Durante una semana se pudo hablar de un verdadero «gobierno desde el micrófono». «Las emisoras combinaban exhortaciones a mantener alta la moral, análisis detallados, coordinación de la resistencia masiva y organizada, y noticias sobre todos los movimientos de la ocupación soviética y medidas para contrarrestarlos» (Menges, 1968: 9). Pocas veces este género de emisoras estuvo tan unido al devenir de un país.

Esta es nuestra tercera mañana en la Checoslovaquia ocupada —afirmaba Radio Praga en inglés el 23 de agosto—. Y aunque apenas hemos dormido, aunque todos estamos muy cansados, aún resistimos. Hacemos todo lo necesario para defendernos. Esta es la tercera mañana de ocupación, y todavía las fuerzas de ocupación no han logrado instalar un Gobierno títere. Resistimos a toda costa, incluso pese a que los otros emplean los medios más modernos para silenciar nuestra emisora libre. Todavía no sabemos dónde está Aleksander Dubcek, pero todos estamos con él. El lema de nuestro Estado es: la verdad prevalecerá¹¹⁹.

El punto culminante de esa unión entre radio clandestina e historia en Checoslovaquia fue la celebración del XIV Congreso del Partido Comunista. Estaba previsto para septiembre, pero se convocó de forma urgente el 22 de agosto, al día siguiente de la invasión. «Sin la radio, tal vez el Partido no hubiera podido organizarse en absoluto para celebrar el congreso, y mucho menos tan rápido» (Menges, 1968: 4). Las indicaciones en clave de la radio informaron primero de que el congreso se había convocado y de dónde se celebraría. Luego, cuando los soviéticos lo conocieron, la radio alertó a los delegados de que no se dirigiesen a él, sino a una gran fábrica cercana. Así, más de novecientos delegados de los mil doscientos que estaban designados pudieron concentrarse, bajo la protección de las milicias que el Partido tenía en cada fábrica, en uno de esos enormes complejos industriales a las afueras de Praga, camuflados entre los cuarenta mil obreros que trabajaban allí. Se eligió un nuevo Presidium más progresista que el que los soviéticos temían que fuera nombrado en septiembre. Las resoluciones fueron también más avanzadas que las inicialmente previstas. Y la radio informó de todas las medidas adoptadas por el congreso extraordinario, que fueron así conocidas en Checoslovaquia, cerrando el círculo de la organización y la información.

El boca a boca, las pintadas en las paredes, los carteles y la prensa clandestina (que también funcionó a pleno rendimiento en esos días) fueron notables aliados de las emisiones radiofónicas. «En realidad, es toda la población la que ha asumido a la vez el papel de radioescucha y de informador», llegó a escribir el corresponsal de *Le Monde* (Tatu, 1969: 182). La gente cambiaba los nombres de las calles, los números de las casas y las señales de dirección para confundir a las tropas. Había manifestaciones espontáneas en las que se portaban banderas checoslovacas y fotografías de Dubcek y del presidente de la república, el general Svoboda. «Despierta, Lenin: Brezhnev se ha vuelto loco», se gritaba. Aprovechando el ruso aprendido en las escuelas, algunos ciudadanos se ponían frente a los tanques para convencer a los soldados de que sus jefes les habían engañado.

Desde la policía checa se facilitaron a la resistencia las matrículas de los coches que usaban los soviéticos para detener a la gente. Las radios clandestinas los difundieron.

En cuanto se localizaba a los coches —escribió un testigo norteamericano de los hechos— se les rodeaba, se ponía en libertad al prisionero si había alguno y se golpeaba a sus ocupantes mientras el coche era destruido. Pero tras tres días difíciles el KGB reaccionó consiguiendo números de licencia duplicados de los que tenían los checos y aumentando el número de coches, usando muchos como señuelo. Pero aun así se habían ganado tres importantes días para que la gente se

escondiese o huyese (Menges, 1968: 5).

Un relato *a priori* sorprendente, pero confirmado por el corresponsal de *Le Monde* y, sobre todo, por un informe del KGB redactado en octubre (Tatu, 1969: 177; Navrátil [ed.], 1998: 520).

Los ocupantes llegaron a inquietarse bastante por el rumbo de los acontecimientos. «No se puede esperar que las tropas se vayan sin más —le dijo Brezhnev a Svoboda en el Kremlin el 23 de agosto—. Si las radios clandestinas continúan incitando a la resistencia, obviamente no se irán e incluso puede que haya una guerra» (Navrátil [ed.], 1998: 470 y 474). A Checoslovaquia, los cinco ocupantes habían llevado tanques y aviones, pero no equipos de localización y de interferencia. Cuando quisieron hacerlo, les fue mucho más difícil. Uno de los incidentes más conocidos en este aspecto se refiere a un tren que se envió desde Alemania del Este el 23 de agosto. Una radio clandestina en Olomouc descubrió qué transportaba y adónde se dirigía. La emisora transmitió un anuncio que empezaba diciendo: «Tenemos una noticia que concierne principalmente a los ferroviarios [...]. No interesa que el tren tenga paso libre o preferente [...]. Ferroviarios que escucháis: parad ese tren» (Soley y Nichols, 1987: 198-199). Y los ferroviarios lo hicieron, por todos los medios a su alcance. Horas después, la red clandestina informaba al mundo con orgullo: «Los ferroviarios checoslovacos detuvieron anoche un tren que transportaba un equipo diseñado para interferir a la libre y legal radio checoslovaca que ustedes están sintonizando»¹²⁰. El 26 de agosto, los soviéticos sortearon a la resistencia checa enviando los equipos de detección e interferencia por helicóptero (Menges, 1968: 6). El ya citado informe del KGB redactado en octubre explicaba que para el 28 de agosto se habían localizado unos treinta y cinco transmisores «potentes e ilegales» (Navrátil [ed.], 1998: 518).

Lo que sí podían hacer con más facilidad los ocupantes era interferir, desde la URSS y desde Alemania del Este, las señales que podían captarse en el extranjero. Por eso, para sumar voces y potencias, desde las radios clandestinas se pedía a los radioaficionados, sobre todo de Europa del Este, que ayudaran también a difundir la verdad.

Lanzamos un llamamiento a todos los radioaficionados rumanos y yugoslavos —decía una emisión en francés—. Camaradas, os pedimos que informéis al mundo entero de los acontecimientos que pasan en Checoslovaquia. Emitid vuestras informaciones en inglés, polaco, alemán, húngaro, búlgaro y francés¹²¹.

Y, dentro de Checoslovaquia, algunas emisoras se dirigían en sus lenguas a los soldados pidiéndoles que abrieran los ojos y volvieran a sus casas.

¿Cómo pudo organizarse la resistencia en un tiempo récord? ¿Cómo pudo surgir en teoría de la nada una auténtica red de radios clandestinas en cuestión de horas? ¿Por qué parecía estar preparado el Partido Comunista de Checoslovaquia para una invasión que tuvo lugar sin previo aviso? La agencia TASS y Radio Moscú decían que la mayoría de esas «supuestas» radios clandestinas las controlaban en realidad agitadores en Alemania Occidental (Hale, 1979: 145). Una propaganda que los checos y eslovacos no creyeron, sencillamente porque las voces que oían les resultaban familiares, aunque no se identificaran en las emisiones (no en vano, esos locutores habían trabajado en las mismas radios cuando eran oficiales, antes de que los ocupantes intentaran silenciarlas).

Luego, la versión oficial comunista cambió. Según el informe del KGB de octubre, sí había «una gran cantidad de transmisores de radio activos» por toda Checoslovaquia, pero esa red clandestina la habían creado las fuerzas contrarrevolucionarias «mucho tiempo antes de que

entraran las tropas aliadas [...]. Emisoras extranjeras desde Austria, la RFA, Inglaterra, Estados Unidos y otros países vinieron a asistir a los contrarrevolucionarios». Las emisiones «provocadoras y antisoviéticas» que se difundieron «habían sido claramente preparadas con antelación». Una prueba evidente —decían— de la conspiración instigada por Occidente que las tropas ocupantes querían abortar (Navrátil [ed.], 1998: 518).

La explicación real es que ese florecimiento de radios clandestinas lo habían propiciado años atrás, paradójicamente, los propios soviéticos. A comienzos de los años sesenta, expertos de la URSS habían supervisado la instalación de una red secreta de transmisores móviles, que podrían ser útiles en caso de que Checoslovaquia fuera atacada por Occidente. Esa era la invasión, la procedente de la República Federal Alemana, para la que los checoslovacos estaban preparados, con todo listo para actuar en la clandestinidad si llegaba el caso (consignas en clave, direcciones alternativas, sistemas de radiocomunicaciones...).

El ejército checoslovaco se encargaba de mantener los transmisores. Tras el 21 de agosto, los militares y los miembros del Partido Comunista fieles a Dubcek y a los suyos utilizaron los sistemas de defensa civil y de emergencias militares para transmitir informaciones y consignas antisoviéticas. Cada transmisor estaba en el aire como máximo unos quince minutos. Tras ese tiempo, se desconectaba y otro se ponía en marcha en la misma frecuencia. Mientras, el que se acababa de apagar era trasladado a un lugar distinto. Una complicada red de enlaces aseguraba la continuidad de las emisiones y hacía casi imposible localizar los equipos. Los ingenieros encargados de mantener el sistema acabaron logrando que no hubiera tiempos muertos cuando se saltaba de un transmisor a otro (Soley y Nichols, 1987: 198).

Los programas se emitían grabados. Eso no significa que estuvieran muy elaborados. En ellos se respiraba la urgencia de los acontecimientos y la improvisación de las últimas noticias. Luego, las cintas las llevaban a los transmisores miembros del Ejército, del Partido Comunista o de otros grupos comprometidos con la operación. El estudio principal estaba en un suburbio de Praga y antes de la ocupación servía para grabar conciertos y obras de teatro. Los soviéticos no supieron de su existencia al principio. Desde el exterior parecía una vivienda particular más. Un día, un miembro de la policía checoslovaca advirtió a los locutores de que los ocupantes habían localizado el edificio. Cuando las tropas llegaron, lo encontraron vacío. El estudio se había movido provisionalmente a una cercana base del Ejército. Tras estar allí medio día, los equipos volvieron al antiguo estudio y continuaron grabando programas sin interrupción. Allí no se le ocurriría mirar de nuevo a los soviéticos tras el primer fiasco (Soley y Nichols, 1987: 198).

Los soviéticos instalaron su propia emisora, Radio Vltava (nombre del río que pasa por Praga), con locutores que hablaban checo y eslovaco con mala pronunciación y errores gramaticales. Una operación de propaganda negra mal planteada y de pobre calidad, porque tal vez contaba con estar en el aire solo durante unas horas. Se la oyó por primera vez el mismo 21 de agosto, apenas iniciada la invasión. En su primera emisión difundió la ficción de la amenaza contrarrevolucionaria, los elementos antisocialistas que se habían apoderado de Checoslovaquia, la intervención necesaria solicitada por el sector más sano del país y del partido... Decía transmitir desde dentro de Checoslovaquia, pero probablemente lo hacía desde Dresde, en Alemania del Este. Las radios clandestinas checoslovacas la ridiculizaron llamándola Radio Volga. Siguió en el aire, con su tono igual de invariable que de ineficaz, hasta el 12 de febrero de 1969, cuando Radio Berlín Internacional apareció en la misma frecuencia (Hale, 1979: 145).

Otras tres transmisiones se oyeron en los días siguientes controladas por los ocupantes: la Radio del Ejército Polaco en el Territorio de Checoslovaquia, La Voz de los Trabajadores de la República (dirigida por Alemania del Este), y el Transmisor del Alba. Esta última era la versión húngara de Radio Vltava, aunque al parecer recurría más a locutores checos que a extranjeros y quería dar una impresión de objetividad. Su propósito prioritario no era crear una opinión favorable a la ocupación, como Radio Vltava, sino más bien confundir y desmovilizar a los oyentes (Soley y Nichols, 1987: 195-196).

Aquella situación no podía sostenerse por mucho tiempo, así que los dirigentes soviéticos tuvieron que pactar. Los líderes checoslovacos se mantendrían en sus puestos, frente al plan previsto en un principio, pero estarían vigilados. Se les llevó a Moscú, en una reunión en teoría entre iguales, y el 26 de agosto se les obligó a firmar un protocolo secreto que de hecho significaba la supresión de las reformas. De nada había valido el XIV Congreso. De nada había valido la exhortación a la firmeza tan repetida en esos días por la gente: «Estamos con vosotros, estad con nosotros». Un abatido Dubcek explicó por radio que había firmado el compromiso de Moscú para evitar un derramamiento de sangre y para tratar de salvar algo de lo conseguido en los meses anteriores. Un esfuerzo que resultaría inútil, y la gente lo presentía. «El ambiente en las calles de la capital donde todo el mundo se agrupaba alrededor de los transistores, era el de un nuevo Múnich¹²² —señaló el corresponsal de *Le Monde*—. Las gentes estaban postradas como si se les anunciara una catástrofe» (Tatu, 1969: 188).

Las radios clandestinas, que no habían podido ser acalladas en los primeros días, se fueron silenciando unas tras otras. Al fin y al cabo, ya estaban de nuevo en casa, en sus cargos, los líderes naturales de aquella primavera que empezaba a marchitarse con el fin del verano. Habían mostrado al mundo la dignidad de un pueblo en defensa de su independencia y de las libertades que estaba conquistando. Las tropas se retiraron de las radios, que pudieron volver al aire de forma oficial.

Pero los soviéticos seguían sin tenerlas todas consigo. El 6 de septiembre, el Departamento de Propaganda del PCUS recomendaba actualizar y expandir sus esfuerzos de propaganda en Checoslovaquia.

Se necesita establecer un centro de emisiones en Polonia o en la RDA. Naturalmente, no puede excluirse la posibilidad de que la actividad de esta radio provoque fuertes protestas por parte del Partido Comunista Checoslovaco o del Gobierno de la República. Sin embargo, puesto que la propaganda antisocialista en Checoslovaquia aún se propaga en la prensa y la radio con mucha fuerza de forma tanto directa como encubierta, y la propaganda antisoviética continúa en checo y eslovaco en las emisoras occidentales sin ningún intento de resistencia por parte de los órganos de propaganda checoslovacos, la actividad de una radio del tipo que tenemos en mente (en la que no asumimos ninguna responsabilidad formal por lo que se transmite) no solo está justificada, sino que es esencial (Navrátil [ed.], 1998: 497).

La aparente tranquilidad que siguió solo era una tregua. «La actividad de las radios clandestinas no ha cesado —afirmaba el informe del KGB de octubre—. Las emisiones continúan difundiendo ataques contra la URSS y los ejércitos aliados» (Navrátil [ed.], 1998: 525). Con la amenaza siempre latente de una nueva intervención militar, Dubcek y los demás reformistas serían apartados, de forma más o menos discreta, primero de sus funciones y después del partido. La «normalización» pacífica, para la que sí se encontró un hombre, Gustav Husak, regiría la vida de Checoslovaquia hasta la llamada «revolución de terciopelo» en 1989. Pero la «primavera de Praga» y su violento final abrieron una brecha en la izquierda mundial que no

volvería a cerrarse.

POLONIA, 1981: LAS RADIOS DE SOLIDARIDAD

El Ejército Rojo intervino solo en Hungría en 1956. Doce años después se apoyó en otros cuatro países cuando entró en Checoslovaquia, quizá para evitar la acusación de imperialismo hacia la Unión Soviética (un intento vano, por otra parte). Y otros doce años pasaron para que las calles comenzaran a agitarse en Polonia. Esta vez no fue necesario que pusieran orden desde fuera. El propio ejército polaco se encargó de ello, imponiéndose al dominio formal de un Partido Comunista cada vez más desprestigiado mientras un sindicato clandestino de nombre evocador ascendía a la categoría de mito no solo en su país, sino en el resto del mundo: Solidaridad.

Ya había habido protestas en 1956, a las que el Partido respondió con relativo éxito. Volvió a haber disturbios importantes en 1970 y 1976. Pero, cuando en 1980 el descontento emergió de nuevo, lo hizo para no dejar de crecer. El detonante fue un decreto publicado en julio que doblaba el precio de algunos alimentos, para hacer frente a la creciente deuda externa. Las manifestaciones se extendieron rápidamente por todo el país. El 14 de agosto llamaron a la huelga los trabajadores de los astilleros Lenin de Gdansk, la joya de la corona en la industria polaca. Pedían la readmisión de obreros despedidos por su carácter reivindicativo, entre ellos uno cuyo nombre se haría pronto conocido: el electricista Lech Walesa. Demandaban también el alza de los salarios, la transmisión de la misa dominical por las emisoras estatales, el respeto a los derechos de los trabajadores (comenzando por el de huelga) y la posibilidad de crear sindicatos libres. La libertad sindical y la libertad religiosa fueron de la mano desde el primer momento en la católica Polonia. Lo que se conoció como «las 21 peticiones» fue la base para el acuerdo que se firmó en Gdansk el 31 de agosto.

En septiembre de 1980, los comités de huelga surgidos durante el verano se coordinaron en una estructura nacional. Nació Solidaridad (Solidarnosc), que —algo trascendental para el futuro de Polonia— se convirtió en el primer sindicato independiente en un país del bloque soviético. Con su reconocimiento oficial, el Gobierno polaco quiso tanto aplacar como encauzar las protestas. Acompañó la medida con algunas otras concesiones simbólicas: el 21 de septiembre de 1980 se retransmitió una misa por radio a todo el país por primera vez desde la instauración del comunismo. Pero en unos meses la situación pareció írsele de las manos. Solidaridad, imparable, se definió como un movimiento social que acogía a todos los que quisieran provocar cambios en el país de forma no violenta. En el otoño de 1981, su época de apogeo, tenía unos diez millones de afiliados al propio sindicato o a las organizaciones ligadas a él (un cuarto de la población de Polonia) y sometía a un pulso constante al régimen comunista para ampliar los derechos no solo laborales, sino políticos y sociales. Mientras algunos en el Partido, el Gobierno y el Ejército intentaban contemporizar, los más duros veían inadmisibles estas muestras de creciente desafección pública hacia el sistema. Sobre todo, había algo más peligroso: el nerviosismo en Moscú.

Brezhnev seguía en el Kremlin, y con él su doctrina exterior. La URSS se había embarcado hacía dos años en una guerra en Afganistán, que a la postre sería su particular Vietnam. Y

mientras, en Estados Unidos, ocupaba la Casa Blanca un hombre de discurso duro que amenazaba con volver a tensar la cuerda de las relaciones internacionales: Ronald Reagan. Moscú no podía permitirse la sensación de descontrol en sus países satélites. Surgió de nuevo el anatema de los «elementos antisocialistas». En estas circunstancias, ciertos políticos militares polacos pensaron que, si no actuaban de forma rápida y enérgica para estabilizar el régimen, otros lo harían desde fuera.

En octubre de 1981, el general Jaruzelski acumuló los cargos de primer ministro, ministro de Defensa y secretario general del Partido Comunista Polaco. El 13 de diciembre, tras meses de amenazas y tensiones, se rompió el diálogo y se impuso la represión. Jaruzelski decretó la ley marcial y constituyó un Consejo Militar de Salvación Nacional presidido por él mismo. Desde el primer momento hubo detenciones masivas de obreros e intelectuales vinculados a Solidaridad. El sindicato no fue ilegalizado oficialmente hasta el 8 de octubre de 1982, pero desde el 13 de diciembre del año anterior pasó en la práctica a la clandestinidad, una eventualidad para la que la organización no se había preparado. Solidaridad llamó a la resistencia activa no violenta al estado de excepción. Una resistencia descentralizada para que fuera más difícil aplastarla y pudiera permear con más facilidad toda la vida polaca. La radio fue en Polonia solo una forma más de esa resistencia.

Entre el 14 y el 16 de diciembre de 1981 se oyó en Cracovia una emisora denominada Radio Polonia Libre (la primera resistencia por radio a la ley marcial). Pero las transmisiones clandestinas se agruparían de inmediato bajo un mismo nombre: Radio Solidaridad (Radio Solidarnosc). La puso en marcha Zbigniew Romaszewski, miembro de un grupo de oposición ilegal denominado Comité para la Defensa de los Obreros (KOR, en sus siglas en polaco). Sus fundadores pensaban que los trabajadores deberían crear organizaciones fuera del Partido, que funcionarían como un contrapoder y conducirían a Polonia a mayores cotas de libertad y pluralismo. Durante el verano de 1980, miembros de esta organización habían logrado transmitir por teléfono noticias sobre las huelgas a los servicios polacos de la BBC o de Radio Free Europe, haciendo inútiles las medidas de censura establecidas por el Gobierno polaco, que llegó a cortar las comunicaciones telefónicas entre la costa y el resto del país (Soley y Nichols, 1987: 204). El KOR estuvo estrechamente vinculado a Solidaridad desde su creación, y Romaszewski formaba parte de la comisión regional del sindicato en Varsovia.

Radio Solidarnosc se oyó por primera vez en la capital polaca el 12 de abril de 1982, a las nueve de la noche. Ocho minutos y medio de emisión, desde la azotea de un edificio, a cargo de un hombre y una mujer. Su señal de identificación fueron las primeras notas, tocadas con una flauta, de la canción popular «Siekiera, motyka» («Hacha, azada»), que los polacos de Varsovia habían cantado durante la ocupación nazi. Desde varios días antes, la red clandestina de Solidaridad en Varsovia había anunciado con octavillas aquel primer programa. Los locutores realizaron una curiosa prueba para verificar la recepción de la señal (y, de paso, la audiencia): pidieron a la gente que apagara y encendiera brevemente sus luces una, dos o tres veces dependiendo de cómo oyeran la emisión. «Las luces se apagaban y encendían como bombillas de Navidad», escribió el periodista norteamericano John Darton desde la capital polaca. Luego se mencionó a los muertos en los últimos cuatro meses y a los miles de retenidos en campos de internamiento, frecuentemente maltratados. «Permitan que recordemos estos hechos cuando se nos dice que la vida vuelve a la normalidad. No puede haber ninguna normalización en el país

mientras se golpea a algunas gentes y se encarcela a inocentes, mientras los derechos humanos están siendo pisoteados»¹²³.

«La emisión no tuvo alcance», dijeron las autoridades polacas. «Sus autores se desacreditaron ellos mismos». Lo sorprendente es que lo dijeron en los periódicos del Ejército y del Partido Comunista, dando a la emisora clandestina una publicidad añadida¹²⁴. Pero las emisiones siguientes fueron más difíciles. Las autoridades de Varsovia prepararon potentes equipos de interferencia y de triangulación, de modo que en muchos casos la señal se volvía inaudible al cabo de unos segundos (se tardaba en localizar la onda de la radio clandestina). Por si fuera poco, Romaszewski y su mujer fueron detenidos por sus actividades radiofónicas ilegales, pero otros miembros del KOR y de Solidaridad ocuparon su lugar al frente de la radio. En Varsovia llegó a haber tres equipos distintos de grabación y emisión. La llamada Radio Solidarnosc II comenzaba con otra canción, que era un himno para el sindicato desde su creación: «Mury» («Muros»), interpretada por Jacek Kazmarsi. En realidad, era una versión de «L'Estaca», de Lluís Llach, que se convertía así en una de esas canciones universales de libertad más allá del contexto geográfico y político en el que surgieron.

Un mes después de la primera emisión, el 12 de mayo, salió al aire Radio Solidaridad en Poznan. El 8 de junio lo hizo en Gdansk y el 27 en Wroclaw. Más ciudades se sumaron en los meses siguientes, hasta llegar a veintitrés. Se distribuyeron transmisores ya montados y diagramas que explicaban cómo fabricarlos (Soley y Nichols, 1987: 210). Eran todas iniciativas independientes entre sí, tan descentralizadas como la propia estructura del movimiento en la clandestinidad. Pero todas las radios tenían elementos comunes: emitían en FM desde equipos móviles (en muchas ocasiones alimentados con baterías de coche), en diferentes días y horas, normalmente cintas previamente grabadas (a veces enviadas desde Varsovia, otras preparadas por miembros de Solidaridad en la ciudad donde se difundían) que duraban solo unos minutos para evitar que la policía política localizase los transmisores¹²⁵. En muchas ocasiones se utilizaban además temporizadores para retrasar el comienzo de las transmisiones. Los miembros de Radio Solidaridad dejaban instalado el equipo, por ejemplo en un bloque de apartamentos en construcción, se iban y la cinta con el programa se ponía en marcha minutos después. Así, en caso de que el Gobierno localizase los aparatos, no podría detener a nadie.

No obstante, varios grupos fueron arrestados, sobre todo entre 1982 y 1984. Unos éxitos que el Gobierno amplificaba desde sus medios de comunicación, como prueba de su fuerza y de la desarticulación de Solidaridad. Pero esa desarticulación nunca fue completa ni mucho menos definitiva. La crónica de esos años en Polonia alterna confiscación de equipos, detención de personas, nuevas transmisiones, interferencias gubernamentales, localización y confiscación de equipos... Por ejemplo, el 15 de abril de 1983, el Gobierno informó de que se había encontrado en Varsovia un potente transmisor de Radio Solidaridad y que se había arrestado a varias personas. La noticia era cierta. Pero, como respuesta, aparecieron pintadas en las paredes anunciando que la emisora clandestina volvería al aire esa misma noche. Y lo hizo, con un llamamiento a los sindicatos del mundo para que interviniesen a favor de los miembros de Solidaridad que estaban siendo juzgados en los tribunales polacos (Soley y Nichols, 1987: 210).

El Gobierno de Jaruzelski, pues, no incurrió en el error de afirmar que las emisiones de Radio Solidaridad se originaban en el extranjero. Sí señaló con frecuencia, sobre todo tras la

confiscación de material, que la oposición recibía ayuda y coordinación desde Occidente para realizar sus emisiones clandestinas. De hecho, ya en abril de 1982, el Gobierno señaló que cincuenta minutos después de que se oyera la primera emisión de Radio Solidaridad redifundió su mensaje Radio Europa Libre (algo que no habría sido posible para una transmisión de alcance local sin una coordinación previa)¹²⁶.

Y, en efecto, hay pruebas de que esa conexión con Múnich existía. Como ya dijimos, la crisis en Polonia coincidió con la llegada a la Casa Blanca de Ronald Reagan que, no lo olvidemos, había sido un entusiasta promotor de la cruzada por la libertad en los años cincuenta. Tras un perfil bajo durante los años setenta, el Gobierno republicano se propuso apostar de nuevo por las transmisiones hacia la Europa del Este como un medio más de la guerra psicológica contra «el imperio del mal». Una directiva aprobada en julio de 1982 establecía que la mejora en la programación y en la capacidad técnica de Radio Free Europe / Radio Liberty y The Voice of America eran tan prioritarias como «otros programas considerados vitales para la seguridad nacional» (Domber, 2014: 60).

En marzo de 1982 fue nombrado director del servicio polaco de Radio Free Europe / Radio Liberty un colaborador de Solidarnosc, Zdzislaw Najder. Al parecer, se usaron fondos de la emisora de la CIA para pagar materiales que después se enviaban a Polonia de forma clandestina. Entre ellos figuraban grabadoras, cintas, micrófonos, baterías o mesas de mezclas que servirían para elaborar y emitir los programas de Radio Solidaridad. También se pagó directamente a miembros de la red de apoyo a la organización. Además, desde Múnich se transmitieron los documentos del sindicato, se publicitaron sus acciones de protesta, se clamó por la libertad de los detenidos... Incluso se redifundieron fragmentos de los programas de Radio Solidarnosc transportados al exterior por la red de contactos clandestinos. En agosto de 1984, un portavoz del Gobierno polaco llegó a decir que, si RFE/RL cerrase, la oposición clandestina dejaría completamente de existir. Años después, Lech Walesa indicó que RFE/RL,

al presentar obras que estaban en la lista de la censura roja, fue nuestro Ministerio de Cultura. Al exponer las absurdas políticas económicas, fue nuestro Ministerio de Economía. Al reaccionar a los acontecimientos de forma pronta y pertinente, pero, sobre todo, veraz, fue nuestro Ministerio de Información (Domber, 2014: 111-113).

Para multiplicar su impacto psicológico, Radio Solidarnosc dispuso en ciudades como Varsovia, Torun o Poznan de aparatos capaces de interferir el audio de la televisión oficial. Lo hacían cuando se emitían informativos o películas soviéticas. Eran mensajes cortos que llamaban al boicot de las elecciones, pedían la liberación de los presos políticos o recordaban que el sindicato seguía vivo. La radio clandestina se colaba en los televisores de la gente sin previo aviso, pero los transmisores solo alcanzaban un radio de unos cientos de metros, en el mejor de los casos.

Desde su creación, los miembros de Radio Solidaridad anticiparon que el Gobierno tal vez pondría en marcha emisoras negras. «Podemos fácilmente imaginar que los dueños de nuestros medios de masas querrán fingir que son nuestra emisora para desinformar a la opinión pública», se dijo en la primera emisión. Los locutores sugirieron a los oyentes que grabaran el resto del programa para luego poder comparar sus voces con las de las emisoras negras. Los hechos les dieron la razón. El 30 de abril de 1983, por ejemplo, el Gobierno emitió un programa simulando ser Radio Solidaridad que anunciaba la cancelación de las manifestaciones reivindicativas

convocadas por el sindicato para el día siguiente, 1.º de mayo. A diferencia de los procedimientos habituales, aquella supuesta emisión de Radio Solidaridad no fue interferida por el Gobierno y pudo oírse de una forma más potente y clara que las habituales. Pero los esfuerzos para evitar las protestas fracasaron (Soley y Nichols, 1987: 206 y 211).

La pervivencia de Solidaridad —clandestino, pero con acciones visibles— fue un símbolo para los movimientos de oposición en otros países de la Europa del Este. Pero la relación entre esa resistencia y Radio Solidaridad fue escasa. Polonia es, en este aspecto, el contrapunto de Checoslovaquia y de Hungría. El carácter esporádico de las emisiones, su irregularidad, su escasa duración, la poca potencia de los transmisores, impedían la fidelización de una amplia audiencia. La radio fue más bien un elemento simbólico, una prueba más de la Polonia que desafiaba al régimen comunista y ponía nerviosas a las autoridades. Su impacto se limitaba a quienes captaran por casualidad los programas y luego los comentaran con sus amigos, familiares o compañeros de trabajo. Como escribió Lawrence C. Soley, «lo que demostró Radio Solidaridad durante sus primeros años de existencia fue que las emisoras clandestinas pueden ser manejadas con éxito en áreas urbanas en condiciones de represión». Pero este éxito se debió, en parte, a que

la represión gubernamental fue poco vigorosa. Polonia en 1982 no era como en 1950, ni como Chile en 1973 y 1974. Las personas detenidas por manejar emisoras clandestinas recibieron sentencias relativamente suaves; a algunas incluso se les ofreció el exilio o una amnistía con condiciones. No fueron objeto de trabajos forzados, torturas o ejecuciones. Puesto que los miembros de la clandestinidad comprendieron que los arrestos por manejar una emisora no tenían consecuencias serias, persistieron (Soley y Nichols, 1987: 214-215).

La ley marcial se levantó oficialmente el 22 de julio de 1983 y la siguió una amnistía parcial para los presos políticos. Pero las medidas de represión contra Solidaridad continuaron. Por ejemplo, no se permitió a Walesa acudir a Oslo para recoger el Premio Nobel de la Paz. Dos años de acciones clandestinas y de agitación no alteraron en lo fundamental la naturaleza del régimen comunista. Solidarnosc podía organizar disturbios en las calles, pero fracasaba en la convocatoria de huelgas generales masivas en las fábricas que suponían el despido inmediato de los obreros. Sin embargo, las medidas de represión también se mostraron ineficaces contra el movimiento, que multiplicaba sus canales de penetración en la sociedad vertebrando una alternativa de organización civil que emergería en el momento oportuno. Según algunos autores, desde 1984, con la amnistía decretada para varios líderes del KOR, entre ellos Romaszewski, se redujo la importancia de Radio Solidaridad y aumentó la de la organización y comunicación públicas. De todos modos, las emisiones continuaron con suerte y regularidad desigual según las ciudades. El Gobierno siguió usando la existencia de Radio Solidaridad como excusa para arrestar a disidentes, pero menos que antes (Soley y Nichols, 1987: 214).

La última emisión de Radio Solidarnosc en Varsovia se produjo el 22 de junio de 1989¹²⁷. Cuatro días antes, las urnas habían sancionado una realidad que el comunismo polaco nunca quiso admitir. La creciente y desafiante presión de Solidaridad en la calle obligó a Jaruzelski a sentarse a negociar con los dirigentes del sindicato. Se acordó su vuelta a la legalidad y la celebración de unas elecciones parcialmente libres, porque no estarían en juego todos los escaños del Parlamento. Los candidatos de Solidaridad ganaron de forma abrumadora, y en agosto, todavía con Jaruzelski como jefe de Estado, el periodista Tadeusz Mazowiecki se convertía en el primer jefe de Gobierno no comunista de la Europa del Este desde 1948.

Era solo un temblor, una réplica del último gran terremoto —el definitivo— que sacudió al socialismo real. Como en 1956, esta vez el epicentro estuvo en el Kremlin. Tras los años de estancamiento de Brezhnev, tras los intentos de reforma de Andrópov —frustrados con su muerte—, y el tiempo perdido de Chernenko —que apenas vivió un año como secretario general del PCUS—, Mijail Gorbachov parecía convencido de que había que realizar cambios drásticos para revitalizar un sistema que cada vez generaba menos consensos dentro y que desde hacía décadas ya no suscitaba esperanzas fuera. Pero se había dejado pasar demasiado tiempo, se habían desperdiciado demasiadas oportunidades, se habían obviado demasiadas cosas. Y el bloque se desmoronó en mucho menos tiempo del que tardó en construirse. De un país a otro, las masas expresaron en la calle su rechazo a un sistema en el que habían dejado de creer mucho tiempo atrás. Un rechazo y una disidencia que, de hecho, probaban entre otras cosas el fracaso de un sistema de comunicación dedicado al constante adoctrinamiento de la población, pero ajeno a su realidad cotidiana, que al final se reveló impotente para alcanzar «esa totalización de la vida individual y colectiva, que, sin embargo, era costumbre atribuirle» (Mattelart, 2003: 174). El Ejército Rojo, fundamental en la consolidación en algunos países, se mantuvo quieto mientras uno tras otro los partidos comunistas renunciaban al poder de forma pacífica —salvo en Rumania— ante las movilizaciones populares. Un intento de golpe de Estado en 1991 para restablecer a la vieja guardia inmovilista tuvo el tantas veces visto efecto bumerán, y la propia URSS acabó desapareciendo a finales de ese año.

Arch Puddington, trabajador de Radio Free Europe / Radio Liberty y autor de un estudio sobre ambas emisoras, afirmó que trataban de

inculcar en sus oyentes dos ideas clave: la primera, que existía un universo más próspero, interesante y honesto más allá de los límites impuestos por el imperio soviético; y la segunda, que los Estados Unidos y sus aliados todavía consideraban el comunismo como un sistema ilegítimo e inmoral (Puddington, 2000: XVIII).

Muchos residentes tras el telón de acero podían llevar décadas de acuerdo con la segunda idea. Ahora, estaba por ver cómo les irían las cosas en ese universo que se les abría, el del idealizado paraíso capitalista frente al fracasado paraíso socialista.

¹¹⁷ Radio Netherland, programa «Media network», 18 de agosto de 1988. Escuchado en jonathanmarks.libsyn.com.

¹¹⁸ Programa «Historias de radio», realizada por Daniel Camporini, dedicado a la Primavera de Praga. Disponible en www.ivoox.com.

¹¹⁹ Radio Netherland, programa «Media network», 18 de agosto de 1988. Escuchado en jonathanmarks.libsyn.com.

¹²⁰ Radio Netherland, programa «Media network», 18 de agosto de 1988. Escuchado en jonathanmarks.libsyn.com.

¹²¹ Audio recogido en el informativo «Inter actualités», de la emisora France Inter, el 23 de agosto de 1968. Disponible en www.ina.fr.

¹²² En referencia al acuerdo firmado en Múnich en 1938 entre Inglaterra, Francia, Italia y Alemania que permitió a esta anexionarse la región de los Sudetes, como paso previo a la definitiva desaparición de Checoslovaquia unos meses después.

¹²³ La crónica de John Darton puede leerse en *El País* del 14 de abril de 1982.

¹²⁴ *El País*, 15 de abril de 1982.

¹²⁵ Datos extraídos de <http://telemuzeum.uke.gov.pl>.

126 *El País*, 15 de abril de 1982.

127 www.telemuzeum.uke.gov.pl.

Un eterno epílogo. ¿El canto del cisne de un género?

LA REALIDAD APARENTE

«Además del incremento en el número de emisoras, parece poco probable que la radio cambie mucho». Esto escribía Ederyn Williams en 1980 (Williams [ed.], 1992: 227). Prueba de lo que puede sucederle a un historiador cuando se le ocurre meterse a futurólogo. Y, sin embargo, en vez de quedarnos en terreno firme, resulta difícil vencer la tentación de pisar arenas movedizas. A mí también.

La radio no es lo que era en 1980, en múltiples aspectos. La responsable de muchos de esos cambios es la digitalización, que ha provocado una auténtica revolución mediática y hasta cierto punto ha redefinido el papel social de la radio. En primer lugar, se ha multiplicado la oferta. Ha aumentado el número de emisoras, como predecía Williams, pero no tanto las que transmiten como las que podemos recibir. Quien quiera seguir al detalle un acontecimiento internacional, o el emigrante que quiera saber lo que ocurre en su país, no tiene por qué conformarse ya con los servicios de radiodifusión exterior. En cualquier parte del mundo pueden escucharse emisoras nacionales, regionales y locales, legales o piratas, musicales o informativas... Ello implica, entre otras cosas, que se ha diluido cualquier jerarquización. Los medios públicos y privados, los comerciales y los comunitarios, los más rigurosos y los más sensacionalistas, los más seguidos y los más desconocidos... Todos están a nuestra disposición a la misma distancia, para que nosotros elijamos. Y lo mismo ocurre con las ediciones digitales de los medios impresos y de las cadenas de televisión. La única separación parece ser ya la de los contenidos de pago frente a los gratuitos.

Por otra parte, en estos años se ha roto la tradicional identificación entre medios y soportes. Si hace tres décadas le hubiéramos preguntado a alguien «¿Usted qué utiliza para escuchar la radio?», probablemente habría pensado que le estábamos tomando el pelo o que, simplemente, éramos tontos. Los aparatos podían captar las señales mediante una antena o a través de un cable, pero eran solo eso, receptores de radio, y nada más. Hoy vivimos una «convergencia gradual de tecnologías de información y comunicación hacia un sistema digital de transmisión, procesado y almacenamiento común» (Thompson, 1998: 113-114).

El 7 de noviembre de 1994, la WXYC en Carolina del Norte se convirtió en la primera emisora tradicional que anunció su emisión por Internet. En marzo de 1996, Virgin Radio se convirtió en la primera emisora europea en transmitir su programación completa en vivo en la red (Bathgate, 2014). Hoy la radio puede escucharse en el televisor, en el teléfono, en el ordenador... Frente a las interferencias —provocadas por los hombres o por las condiciones de propagación— que tantos oídos han puesto a prueba, la radio digital ofrece una calidad mucho mejor. Las emisoras que nacen destinadas a Internet tienen aún una audiencia minoritaria en comparación con los demás sistemas de transmisión, pero crecen de forma exponencial y, además, no necesitan una licencia administrativa que las aparte de los cierres o de las sanciones,

porque en la red no hay un espectro limitado que repartir.

Esa multiplataforma repercute también en los contenidos. La radio ya no solo es sonora. En las páginas web y en las aplicaciones para móviles, las emisoras incorporan textos e imágenes complementarios, y en muchos casos ofrecen un streaming de vídeo con lo que ocurre en el estudio en tiempo real, del mismo modo que las ediciones digitales de los periódicos y revistas (que no son meras copias de las impresas) ofrecen audios y vídeos. Así las cosas, que los medios nacidos ya en Internet se definan a sí mismos como periódicos, emisoras de radio o canales de televisión depende no ya de la exclusividad, sino de la preponderancia de unos formatos u otros.

Por lo tanto, no solo se ha multiplicado la oferta de emisoras, sino las formas de acceder a ellas. Porque, además, la radio gracias a Internet se ha despojado de una de sus características fundacionales: la irreversibilidad. Ya no es ese medio «escrito en el aire», cuyos contenidos desaparecen nada más ser emitidos. Los manuales clásicos han recomendado siempre que los mensajes radiofónicos fueran sencillos y redundantes, porque el oyente no podía volver atrás para comprenderlos mejor. Esto ya no es necesariamente así. Los podcasts, las programaciones a la carta, permiten escuchar cuando, donde y cuanto se quiera los mismos contenidos, almacenarlos y redistribuirlos. Las parrillas de programación con horarios tasados y citas fijas ante el receptor van quedando atrás para muchos oyentes.

Pero hay un cambio aún más fundamental que se ha producido en estos años: la radio ha perdido el monopolio de la inmediatez, ya no es necesariamente el medio que antes cuenta lo que ocurre. A mediados de los años setenta se definía a la radio como «el único medio que llega instantáneamente a todo el planeta y que puede transmitir un mensaje desde un país a otro» (Hale, 1979: 11). La televisión vía satélite, primero, y sobre todo Internet como gran contenedor dejaron obsoleta esta afirmación. Las webs de los medios impresos y de las cadenas de televisión tradicionales actualizan sus contenidos de forma constante, como las de las radios. Los gestores de rss nos permiten mantenernos al día de las novedades que se produzcan en nuestras webs preferidas, y existen sistemas de alertas que podemos configurar para que nos informen de cualquier noticia que se publique sobre los temas de nuestro interés. Las empresas, los políticos, los deportistas, los cantantes..., recurren cada vez más a sus cuentas en las redes sociales para lanzar informaciones directamente a sus seguidores, sin necesidad de intermediarios.

Esas redes sociales han sido claves para el último gran cambio que ha sufrido no solo la radio, sino el mundo de la información: el relativo al papel de la audiencia. Las fronteras entre emisores y receptores se han desdibujado. El flujo ya no es en esencia unidireccional. Aumentan los canales para comunicar al instante con los conductores de los programas, para opinar sobre lo que se está emitiendo, en algunos casos de forma pública y sin posibilidad de moderaciones ni filtros. Conviven direcciones de correo electrónico, números de teléfono para los mensajes a través de whatsapp (¿quién recuerda ya los sms?), perfiles en Facebook, en Twitter, en Instagram...

Pero la transformación ha ido mucho más allá. Gracias a Internet, cualquier persona con unos mínimos conocimientos informáticos y con acceso a una tecnología cada vez más barata puede convertirse en emisor de sus propios contenidos. Internet parece hacer por fin posible lo que soñó Brecht para la radio: «constituir a los radioyentes en abastecedores» para crear «el más fabuloso aparato de comunicación imaginable de la vida pública» (Bassets [ed.], 1981: 57 y 56). Más que a transmisiones en directo, quienes quieren hacerse oír recurren a los podcasts, que gracias a los

grandes gestores y repositorios permiten al público crearse sus propias «radios» con contenidos de su interés siempre actualizados y disponibles a cualquier hora desde múltiples fuentes. Hay gurús de los temas más diversos con más seguidores que muchos medios convencionales. Por otra parte, cualquiera con un teléfono móvil puede convertirse en improvisado cronista de un hecho, obtener y difundir imágenes y sonidos de alta calidad que recogerán y amplificarán las grandes cadenas de radio y televisión. Los blogs de los testigos o protagonistas en situaciones de conflicto —los marines que sirvieron en Irak o Afganistán, o los estudiantes que participaron en las revueltas de Túnez o Egipto— ofrecen testimonios, a veces descarnados, que llegan a todo el mundo sin censura, pero también sin verificación. Es el periodismo ciudadano, con su aparente poder de democratizar la información y su capacidad para movilizar a la gente.

Vivimos, en definitiva, en lo que el sociólogo Manuel Castells definió como «autocomunicación de masas», que es de masas «porque procesa mensajes de muchos para muchos y potencialmente puede llegar a numerosos receptores y conectarse a incontables redes que transmiten información digitalizada», y es autocomunicación «porque el emisor decide el mensaje de forma autónoma, designa a los posibles receptores y selecciona los mensajes de las redes de comunicación que quiere recuperar» (Castells, 2012: 24).

La impresión que podríamos tener, mirando nuestro entorno, es que la información está por todas partes, incluso que nos abruma. Quien hoy quiera «estar al día de lo que pasa» puede caer en el vértigo de unos hechos que parecen ir cada vez más rápido (cuyas implicaciones, causas y posibles consecuencias nos resulta cada vez más difícil comprender y valorar en su justa medida), y en la ansiedad por la convicción de estar perdiéndose algo importante si tiene el móvil o el ordenador a más de un metro de distancia. La sensación de superabundancia, de sobrecarga informativa, de «ruido total» (Gleick, 2012), no es nueva. Por ejemplo, en 1901, cuando la revolución en los medios de comunicación apenas echaba a andar en comparación con su estadio actual, el sociólogo Charles Horton Cooley advertía de que el aumento en la «intensidad de la vida» por la circulación cada vez mayor de las ideas y de las imágenes exponía a los individuos a un peligro: la superficialidad y la tensión causada por la dificultad para comprender y asimilar todo lo que es nuevo (Mattelart, 2003: 63). Pero el acceso potencial que tenemos a los datos —tanto ciertos como erróneos, tanto esenciales como superfluos— nos parece hoy infinito y desde luego supera cualquier conocimiento enciclopédico del pasado.

Por eso, desde nuestras cómodas butacas de sociedades democráticas con libertad de prensa reconocida, nos resultan ya muy lejanos contextos en los que toda la información disponible estaba controlada o interferida, en los que la búsqueda de voces alternativas era difícil y peligrosa, en los que expresar en público una opinión disidente —aunque fuera a través de una carta anónima— requería voluntad y suponía riesgos. Desde esas cómodas butacas, a tenor de nuestro entorno y de la interpretación de ciertas estadísticas, parecen ya superadas las condiciones que hicieron posibles tantas radios clandestinas durante tantas décadas. En el prólogo de un estudio sobre el impacto de Radio Free Europe y Radio Liberty publicado en 2010 se podía leer:

Es difícil imaginar que un solo medio tenga alguna vez la importancia singular que tuvieron las emisiones de radio por onda corta en la Europa central y oriental durante la Guerra Fría. Entonces, el «ruido» con el que competían los emisores occidentales era principalmente el ruido de la interferencia deliberada por parte de un solo régimen totalitario. Ahora, aunque haya aún interferencias, bloqueos o filtros por parte de regímenes autoritarios, también hay el «ruido» de la competencia entre miles de canales de comunicación, medios de masas, y fuentes de entretenimiento y distracción

(Johnson y Parta [eds.], 2010: XVI).

Pues ya está. Dispongámonos a entonar, con los datos en la mano, el réquiem de un género radiofónico perteneciente a un pasado que no volverá a repetirse. Y, sin embargo...

BOTONES DE MUESTRA

— El año 1994 amaneció con una nueva guerrilla en Latinoamérica, El Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que se alzó en armas contra el Gobierno mexicano desde Chiapas. Lo que empezó como un levantamiento clásico (con la intención de derrocar al presidente Salinas de Gortari, acusándolo de fraude electoral) podría haber derivado en una resistencia siguiendo el esquema de la «guerra popular prolongada» de décadas anteriores. Pero el EZLN no fue el hermano menor del FSLN o el FMLN, sino que acabó construyendo una nueva forma de entender la política y la comunicación, enraizada en los movimientos sociales que emergieron tras el fin de la Guerra Fría. La reinención de la lucha tenía tres parámetros: la defensa de derechos individuales y colectivos negados históricamente a los pueblos indígenas mexicanos (frente al énfasis en la lucha de clases de los movimientos anteriores), la construcción de zonas de poder autónomo con proyectos alternativos desligados del «mal gobierno» de la capital (pero renunciando ya a derrocar al Gobierno central), y la construcción de una red mundial de luchas y resistencias contra la globalización en sentido neoliberal y a favor del principio de que «otro mundo es posible». Para dar visibilidad al movimiento surgió el subcomandante Marcos, un «holograma», un «personaje» que dejó de existir oficialmente el 25 de mayo de 2014¹²⁸.

Durante la ocupación de las primeras ciudades en enero de 1994, el EZLN tomó varias emisoras que transmitieron con el indicativo de Radio Zapata, para difundir la primera Declaración de la Selva Lacandona donde se especificaban los objetivos del movimiento. Pero el EZLN no tuvo su propio sistema de comunicación hasta el 14 de febrero de 2002, cuando se creó la estructura de Radio Insurgente, «la voz de los sin voz». Empezó a emitir en FM, en distintas emisoras situadas en las montañas del sudeste de México controladas por los zapatistas, tanto en castellano como en las lenguas indígenas de la zona. Luego, en agosto de 2003, salió al aire su transmisión en onda corta, de una hora a la semana, para difundir la historia y el presente del movimiento en la comunidad internacional. En diciembre de 2005, el EZLN anunció que transferiría la gestión de las emisoras de FM a los municipios autónomos rebeldes zapatistas. Una de las actividades del equipo de Radio Insurgente fue, precisamente, dar cursos de capacitación radiofónica a los técnicos y locutores de esas emisoras. Se creó también una página web, sobre todo para alojar los audios de las emisiones en onda corta y algunos otros programas especiales (como los cuentos escritos por el subcomandante Marcos). Así, no solo podrían escucharlos cuando quisieran los interesados en el zapatismo, sino que las radios comunitarias de todo el mundo podrían redifundirlos con una calidad óptima. Por último, dentro de este sistema de comunicaciones, se editaron CD con narraciones y música zapatista y tradicional indígena¹²⁹. www.radioinsurgente.org no actualiza sus audios desde 2009, y el último programa de onda corta disponible es de agosto de 2008. Sin embargo, otras webs, como www.radiozapatista.org, siguen colgando audios de emisoras ligadas a la autonomía zapatista.

— El 27 de junio de 2013 empezó a transmitir hacia Siria, desde París, Radio Rozana. Se

presentaba como un medio «independiente, sin afiliación política o religiosa». Transmite sus programas por Internet, satélite y onda corta¹³⁰. Su directora, Lina Chawaf, explicó a comienzos de 2015 que la emisora trabaja con «ciudadanos periodistas» sirios que informan de lo que ocurre sobre el terreno. «Ellos arriesgan a diario su vida —dijo—. No es posible darles protección. Los periodistas que han llegado a Siria desde fuera han sido detenidos o asesinados»¹³¹. La emisora cuenta con el apoyo de instituciones como Canal France International o Radio Netherlands.

Radio Rozana solo es una de las emisoras que han surgido en Siria desde que en 2011, siguiendo la onda expansiva de la «Primavera Árabe», grupos de oposición intentaron derrocar sin éxito a Bashar al-Assad. La revolución fallida, convertida en guerra civil, ofrece el desolador balance de miles de muertos, millones de refugiados y un país que de momento virtualmente ha dejado de existir. En las zonas controladas por las heterogéneas milicias de la oposición surgieron radios que emitían en FM y en streaming. Ahmad Kadour, fundador de Radio Alwan, contaba en 2013 que no podían instalar el transmisor de FM en un lugar fijo, porque el ejército de al-Assad lo bombardeaba inmediatamente. Así que, una vez grabados los programas, montaban una antena en una picap, se desplazaban a una colina y desde allí transmitían, siempre en movimiento, para no estar nunca a tiro de la artillería¹³². En febrero de 2014, el *New York Times* contabilizaba más de una docena de emisoras, puestas en marcha por

jóvenes activistas civiles que desempeñaron antes un importante papel en el levantamiento, pero que desde entonces han sido marcados como objetivos por las fuerzas del Gobierno, marginados por los rebeldes islamistas y atacados por grupos extremistas que los consideran infieles por emitir música y voces de mujeres.

Emisoras creadas dentro de Siria, para dirigirse ante todo a los sirios, denunciar las mentiras y los abusos del Gobierno, ayudarles en sus aspectos prácticos y promover los valores democráticos. «No todo tiene que ser sobre la revolución —explicó en 2014 Obai Sukar, director de Radio Al Kul—. Tú intentas que la gente recuerde el lado humano, cómo vivir la vida y no ser solo una máquina de matar». Emisoras que prefieren la FM porque «el oyente no necesita electricidad para escucharte», como dijo Sukar, y eso es básico en una zona de guerra, con continuos bombardeos y daños a las infraestructuras. Según este artículo, a medida que la oposición perdía terreno en el campo de batalla, atrapada entre el DAESH y al-Assad, más recurrían a las ondas para mantener su voz¹³³.

— Por medio de la International Broadcasting Act, aprobada en 1994, Estados Unidos creó Radio Free Asia, una «corporación privada, sin ánimo de lucro», supervisada por la Broadcasting Board of Governors (de la que dependen también Voice Of America, Radio Martí y Radio Free Europe / Radio Liberty). Empezó a emitir en septiembre de 1996. Adoptaba también el concepto de radio subrogada hacia los países sin libertad de expresión. En 1998, el entonces presidente Bill Clinton anunció la creación de una emisora similar, Radio Democracy for Africa, con el objetivo de «crear una operación de radio subrogada [...] para promover la democracia y los derechos humanos» (Hungbo, 2008: 16). Pero el proyecto acabó encallando en la inercia de la burocracia y no llegó a materializarse¹³⁴.

— A comienzos de 2015, en Colombia, se constataba que el ELN había incrementado en los últimos meses «la difusión de propaganda por radio a través del sistema Radio Nacional Patria Libre», que transmitía en Internet y por emisoras clandestinas en distintos puntos del país. Entre

ellas se citaba a Radio Frontera Rebelde, Occidente Rebelde, Serranía Radio, Antorchas Radio y La Voz de la Libertad¹³⁵. Estas noticias llegaban en medio de los rumores sobre la posibilidad de una nueva negociación de paz con el Gobierno.

— El 12 de junio de 1996 comenzó a emitir Radio Democrat International, con destino a Nigeria. Se oponía a la dictadura del general Sani Abacha. En agosto de ese año pasó a llamarse Radio Kudirat. Al parecer, el nuevo nombre se tomó de Kudirat Abiola, mujer de Mashood Abiola, que presumiblemente ganó unas elecciones anuladas en Nigeria en 1993. La dirigía un grupo llamado Frente Nacional Unido de Nigeria (UDFN, en sus siglas inglesas), con sede en Londres. Estaba bien financiada gracias a la ONG Wordview Rights. Contrataba tiempo de emisión en una potente radio de onda corta de Sudáfrica, lo que le permitía llegar a todo el país. Según sus organizadores, las emisiones se lanzaron para complementar las de otra emisora, Radio Freedom Frequency, que transmitía en FM desde el año anterior para el área de Lagos. El régimen de terror del general Abacha terminó cuando falleció repentinamente en 1998. En 1999, Nigeria celebró sus primeras elecciones totalmente libres en dieciséis años. En octubre, Radio Kudirat dejó de emitir¹³⁶.

— El 21 de noviembre de 2013, en Oslo, dejaba de emitir la emisora Democratic Voice of Burma. La había fundado un grupo de exiliados birmanos en julio de 1992, con el objetivo de ofrecer al pueblo de Birmania información exacta y no sesgada, promover la comprensión y la cooperación entre los distintos grupos étnicos y religiosos, y asentar los ideales de democracia y respeto a los derechos humanos. La dictadura militar que gobernaba Birmania había convocado elecciones libres en 1990, que había ganado la Liga Nacional para la Democracia, dirigida por la emblemática Aung San Suu Kyi (premio Nobel de la Paz en 1991), pero fueron anuladas. Al principio, Democratic Voice of Burma transmitía solo en onda corta, pero en mayo de 2005 lanzó un servicio de televisión vía satélite. A su financiación contribuyeron organizaciones de derechos humanos como Fritt Ord (Libertad de Palabra). En 2013, los exiliados opinaban que el cambio en las condiciones políticas de su país les permitía acabar con su exilio y abrir en Rangún una sede de su emisora. La Liga obtuvo un contundente triunfo en las elecciones legislativas celebradas en noviembre de 2015, y en marzo del año siguiente uno de sus miembros fue elegido presidente del país.

— El 28 de junio de 2009, en Honduras, un golpe de Estado depuso al presidente izquierdista Manuel Zelaya. El argumento de los militares fue que se trataba en realidad de un contragolpe, una acción para impedir que Zelaya se perpetuase en el poder en contra de la Constitución. Terminaban así meses de crisis institucional a cuenta, precisamente, de la posible convocatoria de una asamblea constituyente. Mientras se decretaba el estado de sitio y se suspendían garantías civiles, comenzó a emitir Radio Liberada «desde algún lugar de Honduras». Se podía escuchar en directo, solo en Internet. Las emisoras comunitarias que apoyaban a Zelaya fueron callando voluntariamente o por la fuerza. La propia Radio Liberada anunció que solo operaría de forma intermitente, para dar informes cada cierto tiempo. Pretendía así garantizar la seguridad de quienes transmitían las movilizaciones en contra del golpe y los actos de represión militar, y de este modo poder asegurar la continuidad de las informaciones¹³⁷. Webs de medios independientes animaban a escuchar y redifundir esas transmisiones, ofreciendo enlaces espejo para no saturar la conexión principal. En noviembre de 2009 se celebraron unas nuevas

elecciones en Honduras, que ganó el conservador Porfirio Lobo. El rechazo internacional al golpe había sido masivo, pero tras esas elecciones los países se dividieron: mientras para algunos Honduras entraba de nuevo en la vía democrática, para otros la única salida democrática sería la reposición de Zelaya. El blog que contenía las informaciones de Radio Liberada, radioeslodemenos.blogspot.com, se actualizó por última vez en marzo de 2012.

— El 8 de agosto de 2008, el *Financial Times* publicó que la ONG Reporteros Sin Fronteras había puesto en antena una emisión radiofónica clandestina en Pekín doce horas antes de que se inauguraran los Juegos Olímpicos de verano, en protesta por las restricciones a los medios en China. Los activistas de derechos humanos chinos pidieron al Gobierno de su país que respetara la libertad de expresión en un programa de veinte minutos que se emitió en inglés, francés y chino mandarín a través de pequeños transmisores de FM. «Pese a todo, somos gente que va a ser capaz de hablar sobre cosas que no queréis que oiga el público, en el mismo corazón de Pekín. Toméis las medidas que toméis, no podréis deshaceros de la libertad de expresión», dijo una voz al comienzo del programa.

Son solo botones de muestra, como indica el título de este apartado, seleccionados y expuestos alternando territorios y fechas. Ejemplos de emisiones clandestinas que han comenzado a emitir después de 1989 y que han adoptado diferentes canales y formatos para hacerlo. Se podrían añadir también los de Zimbabue y Cuba que vimos en los capítulos 9 y 10. ¿Podemos concluir algo a partir de ellos?

CONCLUSIONES (SIEMPRE PROVISIONALES)

A la pregunta de si tiene sentido y vigencia hablar de radios clandestinas en el siglo XXI, la respuesta sería claramente «no», atendiendo a la «realidad aparente» descrita al principio de este epílogo. Sin embargo, hemos visto varios ejemplos —y no son todos los posibles— que demuestran lo contrario. Las emisiones clandestinas se transforman, pero perviven, como la propia radio. Ahora bien, ¿son esos botones de muestra los estertores de un género condenado a desaparecer, o son la prueba de que aún está demasiado vivo? Llega el momento de las conjeturas.

La radio clandestina surgió como género cuando coincidieron un contexto político y un desarrollo radiofónico adecuados, es decir, cuando las organizaciones ilegalizadas o perseguidas en los diferentes países entendieron que había una perspectiva de impacto nacional e internacional suficiente como para difundir sus mensajes también a través del nuevo medio de comunicación. Cabe deducir, pues, que la radiodifusión clandestina persistirá mientras existan los factores políticos y técnicos que le dieron vida.

La necesidad política sigue siendo evidente. Se equivocó Fukuyama, se equivocaba. El hundimiento del comunismo como sistema de Gobierno en la mayor parte del mundo (y, sobre todo, en el país que lo inició, con la desaparición misma de ese país) no supuso por fortuna el fin de la historia. Algunos lo creyeron así, en un determinismo que —paradójicamente— recordaba mucho a las visiones del materialismo histórico que preveían el comunismo como el fin ineluctable de la evolución social humana. La tesis de Fukuyama se quedaba un paso antes: el fin de la Guerra Fría consagraba el triunfo definitivo de la democracia liberal-capitalista, la historia

entendida como lucha de ideologías podía darse por enterrada, el modelo liderado por Estados Unidos quedaba como el único a seguir, y el futuro lo determinarían el dinamismo económico y los descubrimientos científicos¹³⁸. Una interpretación que, ampliando el foco, era la última de las que desde el siglo XVIII venían defendiendo la historia como un proceso de progreso lineal de la humanidad.

El «nuevo orden mundial» que emergió de la Guerra Fría tuvo su símbolo en la primera Guerra del Golfo, en 1991. Una guerra «limpia», una guerra-espectáculo —el «árbol de Navidad» de Bagdad bajo las bombas transmitido en directo por la CNN—, con una información rígidamente controlada para evitar los «excesos» de Vietnam. Una guerra realizada, además, con la bendición de una URSS ya a punto del colapso. Diez años después, el desmoronamiento de las Torres Gemelas se convirtió en otro símbolo de lo que muchos llevaban tiempo denunciando: el sistema triunfante engendraba en sí mismo multitud de desigualdades, tanto entre países y regiones como dentro de cada territorio, y esas desigualdades a su vez suponían potenciales fuentes de conflictos, de inestabilidades, de tensiones. El año 2011 pareció acumular todos los descontentos, todas las demandas, en medio de una crisis financiera que algunos interpretaron como una crisis sistémica. Fue un año seminal, el '68 del siglo XXI, con sus mismas contradicciones y disparidades —porque la situación de los que protestaban en la plaza Tahrir de El Cairo poco tenía que ver con la de quienes acampaban en la Puerta del Sol de Madrid—, pero con características comunes según el sociólogo Manuel Castells:

En todos los casos los movimientos ignoraron a los partidos políticos, desconfiaron de los medios de comunicación, no reconocieron ningún liderazgo y rechazaron cualquier organización formal, dependiendo de Internet y de las asambleas locales para el debate colectivo y la toma de decisiones (Castells, 2012: 21)¹³⁹.

Es cierto que inmediatamente después de 1989 entraron en vías de solución muchos conflictos anteriores: Nicaragua, El Salvador, Mozambique, Sudáfrica, Namibia, Eritrea, casi Angola, casi Palestina... Es cierto también que distintos países, sobre todo africanos, han avanzado desde entonces en la conquista de las libertades individuales y colectivas. La última ola democratizadora, que despertó las esperanzas de muchos en todo el mundo, fue la «Primavera Árabe» desde finales de 2010. Pero también ha habido retrocesos. Quedan, por un lado, regímenes formalmente adscritos al comunismo, aunque algunos han amalgamado la política de partido único —y sus secuelas de censura y represión— con la economía de mercado. En Latinoamérica ha rebrotado el populismo, con su característica identificación de un líder carismático con unas masas movilizadas, y la paralela demonización —cuando no la represión física— de quienes discrepan de la ideología dominante. Hemos aprendido a convivir con el concepto de «Estado fallido», que tuvo en Somalia su prototipo moderno desde 1991, que se ha extendido a Irak, Libia o Siria, en muchos casos tras la intervención occidental para librar a esos países de las dictaduras. Y sobre la anarquía de algunos de esos territorios gobernados por los señores de la guerra se levanta el autodenominado «Estado Islámico», que resucita el concepto de califato y que, como hicieron los nazis un siglo atrás, pone con gran éxito las tecnologías más modernas al servicio de una ideología reaccionaria y agresora¹⁴⁰. El islamismo fue el pretexto para abortar la democracia egipcia, como había ocurrido en Argelia veinticinco años atrás. Las flores de la «Primavera Árabe» solo parecen haber arraigado en Túnez.

La dialéctica, pues, nunca se fue. Según el «Democracy index» del diario *The Economist* en

2015, sobre ciento sesenta y siete países analizados, solo veinte podían considerarse democracias plenas (apenas el nueve por ciento de la población mundial). En cambio había cincuenta y dos regímenes autoritarios, que contenían a un tercio de la población mundial. En medio quedan los conceptos más difusos de democracias defectuosas y regímenes híbridos¹⁴¹. Es solo uno de los estudios que podrían esgrimirse. La realidad de la vida cotidiana de millones de personas habla más que cualquier dato.

En 1993, el estudioso del género Lawrence C. Soley pronosticaba que el fin de la Guerra Fría no reduciría el número de emisoras clandestinas, sino todo lo contrario, debido a que diferentes conflictos étnicos y regionales reemplazarían al enfrentamiento global entre Estados Unidos y la URSS.

Todo lo que se requiere para poner en marcha una emisora clandestina que apoye o que se oponga a una u otra causa es un transmisor, un mensaje y la esperanza de que alguien escuche [...].

Y dado que la radio puede alcanzar a todos los sectores de la sociedad más allá de su educación o de su clase socioeconómica, seguirá siendo el medio preferido para los grupos que busquen expresar sus puntos de vista o fomentar la revolución, la liberación o la rebelión (Soley, 1993: 130 y 138).

En 2007, cuando se actualizó por última vez, el portal especializado www.clandestineradio.com contabilizaba trece países o entidades «de facto» con emisoras activas en África, seis en América, dieciséis en Asia, tres en Europa (todos territorios exsoviéticos) y ocho en Oriente Medio (que la web distinguía como región autónoma). De ellos, trece tenían más emisoras activas que inactivas (lo que implicaba nuevos conflictos o problemas aún no superados). Hacia la República Democrática del Congo, Etiopía, Somalia, Vietnam, Irán y el Kurdistán transmitían en ese momento al menos diez emisiones clandestinas.

¿Y el factor técnico, la situación actual de la radio? La sociedad de la información interconectada e hiperconectada, de la que hablaba al comienzo de este epílogo, tiene sus grietas, sus brechas y sus fallas. La Unión Internacional de Telecomunicaciones, en su *Informe sobre medición de la sociedad de la información* de 2014, aseguraba que a finales de ese año utilizarían Internet casi tres mil millones de personas, unos trescientos más que el año anterior. El crecimiento es exponencial, sin duda, pero el reverso de esa cifra son los cuatro mil trescientos millones de personas que aún no utilizan la red de redes ni siquiera en su forma más rudimentaria, de ellas el noventa por ciento en los países en desarrollo, en muchos de los cuales la inestabilidad política se alía con la pobreza económica (UIT, 2014: 6). En todos los países hay diferencias entre las zonas rurales y urbanas, más acusadas cuando menor es la penetración global de las nuevas tecnologías. Por no mencionar los precios prohibitivos que expulsan de las telecomunicaciones a las personas más pobres, incluso en los países con alto índice de desarrollo en este ámbito. La disparidad regional es evidente. Veintinueve de los treinta y ocho Estados africanos estaban a finales de 2014 entre los países menos conectados del mundo. Los diez últimos en la clasificación del Índice de Desarrollo Tecnológico de la UIT pertenecían a este continente (UIT, 2014: 25).

Para esos miles de millones de personas, la radio en su concepción tradicional sigue siendo hoy el principal medio de acceso a la información, al entretenimiento, a la cultura, a la educación y, también, a la movilización. Así se manifestó en una reunión del Consejo para el Desarrollo de la Investigación en Ciencias Sociales en África (CODESRIA, en sus siglas inglesas) celebrada en 2008, cuando ya Internet era más que una realidad. La radio seguía siendo fundamental a causa

del bajo nivel de alfabetización, de la limitada tecnología disponible, así como la escasez de infraestructuras básicas en la mayoría de países africanos. Junto a estos elementos está su penetración y su capacidad para llegar incluso a comunidades remotas o a asentamientos donde otros medios encuentran difícil tener un impacto.

La naturaleza móvil de los aparatos de radio, su recepción comunitaria, el empleo relativamente fácil de lenguas minoritarias, su vinculación a las tradiciones orales..., seguían mencionándose como factores importantes para la primacía del medio, al igual que en las décadas anteriores (Hungbo, 2008: 4-7).

Los índices de desarrollo tecnológico cambiarán en los años siguientes, pero en realidad eso poco importa. Hay algo mucho más crucial para plantearnos el futuro de las emisiones clandestinas. Lo señalábamos al comienzo de este epílogo: la radio tradicional es ya solo una de las formas del medio. Internet no compite con la radio, sino que la contiene. Y eso vale también para el género que aquí se estudia. Hay algunas emisiones, que se califican a sí mismas de clandestinas, que nacen solo en Internet (ahí está el ejemplo de Radio Liberada en Honduras). En los botones de muestra hemos encontrado también emisoras que transmiten en onda corta, en onda media o en frecuencia modulada, y al mismo tiempo disponen de un servicio en Internet en el que pueden escucharse sus programas y leerse sus noticias. De hecho, apenas hay emisora clandestina activa que no tenga su propia web.

Esta transformación obliga a redefinir algunas características de las emisiones clandestinas. Gracias a Internet, ya no hay emisora que no tenga un alcance mundial. Aunque su señal analógica apenas se oiga en unas manzanas alrededor del transmisor, sus informaciones en la web están disponibles no solo para las agencias informativas o los medios de comunicación, sino para cualquier ciudadano. Además, frente a la dificultad histórica de estudiar las radios clandestinas por falta de audios e incluso de transcripciones, Internet permitirá en el futuro realizar mejores análisis sobre los programas de los grupos que se oponen a las dictaduras, a partir de las webs propias o de otros repositorios. Una última transformación se refiere a la fuente de esas emisiones. Durante décadas, las radios clandestinas las pusieron en marcha grupos políticos, guerrillas o servicios de inteligencia que querían provocar cambios radicales; sin embargo, la oposición a los regímenes autoritarios la desarrollan de forma creciente organizaciones de la sociedad civil que no aspiran a tomar el poder, sino a que se abran los espacios de participación. Son esas organizaciones, y en concreto grupos de periodistas independientes, los que ponen en marcha esas nuevas emisiones clandestinas. Pueden comenzar un proyecto en Internet y después llegar a acuerdos para redifundir sus programas de forma que alcancen también por onda corta o FM a sus oyentes potenciales. Aunque ese camino puede recorrerse también en sentido contrario. Dependerá de las decisiones y de las posibilidades en cada situación.

La lección más relevante de los movimientos en pro de las libertades que se han desarrollado en los últimos años en todo el mundo es que ningún medio supera a otro. Nada se tira, todo sirve, se aprovecha en cada momento lo que se tiene. Cuando en 2011 el Gobierno de Egipto bloqueó Internet para impedir la extensión de las protestas, los manifestantes recurrieron a módems dial-up para sortear la censura, pero también al fax o a los mensajes de radioaficionados, que trabajaban en frecuencias recomendadas por grupos de activistas (Castells, 2012: 74-76). Un panfleto de veintiséis páginas con instrucciones para los manifestantes egipcios, que se distribuyó de persona a persona en papel o en formato pdf, llevaba la siguiente advertencia en su

portada: «¡por favor, distribúyelo solo por email, impreso o en fotocopias! Twitter y Facebook están siendo vigilados. Ten cuidado de no dejar que esto caiga en manos de la policía o de la seguridad del Estado» (Bos, 2013: 227). En sentido inverso, cuando el Gobierno de Zimbabwe comenzó a requisar los receptores de radio de onda corta para impedir que la gente escuchara radios «hostiles», la emisora SW Radio África creó en diciembre de 2006 un servicio de sms, que enviaba titulares de noticias a los teléfonos móviles que se suscribieran (Moyo, 2010: 29).

Esto es así porque cualquier tecnología..., en sí misma..., no es nada. Podemos cerrar el círculo. Llegamos al punto de partida de la introducción: las tecnologías como instrumentos que en cada época sirven al ser humano para satisfacer sus impulsos más básicos como ser social (en el caso de este ensayo, la lucha constante del hombre por conquistar la libertad de expresarse y de ser escuchado). Los viejos debates sobre el papel anestésico o liberador de los medios se reproducen desde hace años respecto a Internet: ¿es un gran supermercado o una gran ágora?, ¿acentúa la tribalización o la globalización?

En 2013, un informe del Comando Especial de Operaciones del Ejército de Estados Unidos enumeraba las «propiedades» que hacían de Internet un «lugar propicio» para que «los insurgentes» difundieran su ideología y sus métodos de acción. Entre ellas figuraban el ser barata, descentralizada, anónima y globalmente accesible (Bos, 2013: 220). Veinte años antes, una investigadora de la RAND Corporation había señalado las ventajas que tenía la radio como medio de propaganda para «los grupos insurgentes en general»: «El transmisor de radio es relativamente fácil de utilizar, requiere relativamente poco equipamiento [...], ofrece movilidad, no es caro de comprar y utilizar, y [...] puede alcanzar al mismo tiempo a una audiencia extensa y diversa» (Meyer, 1991: 10). Suena parecido, ¿no? El informe del ejército estadounidense de 2013 identificaba además «los usos actuales más importantes de Internet por parte de los grupos insurgentes o clandestinos»: publicidad y comunicaciones, aterrorizar o manipular a los enemigos, reclutamiento y radicalización, entrenamiento, captación de fondos, coordinación de actividades y movilización (Bos, 2013: 220-227). ¿No son los mismos objetivos por los que se han puesto en marcha las radios clandestinas a lo largo de la historia, los mismos que describíamos en el capítulo 1 y que hemos corroborado en los capítulos siguientes?

Si los audios colgados en Internet de grupos perseguidos que luchan por cambiar la situación en sus países pueden considerarse radio clandestina o no, queda al libre criterio de cada uno, porque en definitiva es lo de menos. Lo importante es que exista el compromiso activo a favor de ese cambio. Las emisiones clandestinas del futuro podrán transmitir su señal en directo por onda corta, o por FM, o a través de Internet, o ser fuentes rss a las que los oyentes se suscriban para recibir podcasts periódicos, o podrán combinar distintos medios de difusión, y se complementarán con otras formas de expresión a través de textos e imágenes. Pero seguirán ahí mientras alguien las crea necesarias, mientras haya personas que se arriesguen a ponerlas en marcha y personas que quieran encontrarlas, mientras el contexto político y el informativo las demanden.

Si se extinguen será porque el ser humano ha alcanzado por completo esa libertad deseada — hipótesis casi descartable, siendo optimistas—, o porque haya encontrado formas más útiles para esa lucha, o porque haya perdido toda esperanza de tener éxito. En cualquier otro caso, no solo será probable, sino deseable, que la radio clandestina exista. No en vano, como escribió Bertolt Brecht, «un hombre que tiene algo que decir y no encuentra oyentes está en una mala situación.

Pero todavía están peor los oyentes que no encuentran quien tenga algo que decirles» (Bassets [ed.], 1981: 50).

[128](#) «Entre la luz y la sombra», últimas palabras del subcomandante Marcos, en www.radiozapatista.org.

[129](#) Datos obtenidos en www.radioinsurgente.org.

[130](#) <http://rozana.fm/en>.

[131](#) Intervención en el seminario «Radio y Red» organizado por Aragón Radio en febrero de 2015. Noticia en www.aragonradio.es.

[132](#) Información publicada en el diario italiano *La Repubblica*, el 5 de septiembre de 2013.

[133](#) Información publicada en el *New York Times* el 11 de febrero de 2014.

[134](#) www.clandestineradio.com.

[135](#) «La guerra del ELN en sus emisoras clandestinas y por Internet», Caracol Radio, 9 de enero de 2015, consultado en www.caracol.com.co.

[136](#) <http://news.bbc.co.uk> y www.clandestineradio.com.

[137](#) Noticias recogidas por www.kaosenlared.net.

[138](#) Diez años después de que Fukuyama expusiera por primera vez su tesis en la revista *The National Interest*, en Washington, reflexionó sobre ella en un artículo publicado en *El País* el 17 de junio de 1999.

[139](#) Una explicación más detallada del modelo de los movimientos sociales en red en págs. 211-218.

[140](#) Ejemplos de sus técnicas en el artículo «Los guionistas del IS», publicado por *Crónica*, del diario *El Mundo*, el 12 de julio de 2015.

[141](#) Resultados disponibles en www.eiu.com.

Bibliografía

- AGUILERA, Miguel (1985), *Radios libres y radios piratas*, Madrid, Fragua.
- ALBERT, Pierre, y TUDESQ, André-Jean (1982), *Historia de la radio y la televisión*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ARASA, Daniel (2004), *La invasión de los maquis*, Barcelona, Belacqua.
- AZAÑA, Manuel (2000), *Diarios completos*, Barcelona, Crítica.
- BALSEBRE, Armand (2001), *Historia de la radio en España*, vol. I, Madrid, Cátedra.
- (2002), *Historia de la radio en España*, vol. II, Madrid, Cátedra.
- BALSEBRE, Armand, y FONTOVA, Rosario (2014), *Las cartas de La Pirenaica*, Madrid, Cátedra.
- BASSETS, Lluís (ed.) (1981), *De las ondas rojas a las radios libres*, Barcelona, Gustavo Gili.
- BATHGATE, Gordon (2014), *Voices from the ether: the history of radio*, Aberdeen (Escocia), Girdleness Publishing.
- BEKAERT, Jacques (1993), «The return of the Khmer Rouge», *Southeast Asian Affairs*, págs. 130-143.
- BÉKÉS, Csaba, *et al.* (2002), *The 1956 Hungarian revolution: a history in documents*, Budapest, Central European University Press.
- BIDDISCOMBE, Perry (2008), *Los últimos Nazis: el movimiento de resistencia alemán, 1944-1947*, Barcelona, Inédita Editores.
- BLIGHT, James G., y KORNBLUH, Peter (1999), *Politics of illusion: the Bay of Pigs invasion reexamined*, Boulder (Colorado), Lynne Rienner.
- BOS, Nathan (2013), *Human factors: considerations of undergrounds in insurgencies*, Washington, United States Army Special Operations Command.
- BOYD, Douglas A. (1975), «Development of Egypt's Radio: "Voice of the Arabs" under Nasser», *Journalism and Mass Communication Quarterly*, vol. 52, núm. 4, págs. 645-653.
- (1983), «Broadcasting between the two Germanies», *Journalism and Mass Communication Quarterly*, vol. 60, núm. 2, págs. 232-239.
- (1999), «Hebrew language clandestine radio broadcasting during the British Palestine mandate», *Journal of Radio Studies*, vol. 6, núm. 1, págs. 101-115.
- (2003), «Sharq Al-Adna / The Voice of Britain. The UK's "Secret" Arabic Radio Station and Suez War Propaganda Disaster», *Gazette*, vol. 65, núm. 6, págs. 443-455.
- BRESNAHAN, Rosalind (2002), «Radio and the democratic movement in Chile 1973-1990: independent and grass roots voices during the Pinochet dictatorship», *Journal of Radio Studies*, vol. 9, núm. 1, págs. 161-181.
- BRIGGS, Asa, y BURKE, Peter (2002), *De Gutenberg a internet: una historia social de los medios de comunicación*, Madrid, Taurus.
- BRIGHAM, Robert K. (1998), *Guerrilla diplomacy: the NLF's foreign relations and the Viet*

- Nam War*, Nueva York, Cornell University Press.
- BRONFMAN, Alejandra (2012), «Batista is dead: media, violence and politics in 1950s Cuba», *Caribbean Studies*, vol. 40, núm. 1, págs. 37-58.
- BROWDER, George (1996), *Hitler's enforcers: the Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution*, Nueva York, Oxford University Press.
- BROWNE, Donald R. (1975), «The voices of Palestine: a broadcasting house divided», *The Middle East Journal*, págs. 133-150.
- CANCELA, Diogo S. (2014), «Solidariedade internacional»: a revolução argelina e os movimentos anticoloniais (MPLA, FRELIMO e PAIGC) e antifascistas (FPLN), Coimbra, Universidade de Coimbra.
- CASTELLS, Manuel (2012), *Redes de indignación y esperanza*, Madrid, Alianza.
- CERVERA, Javier (1998), «La radio: un arma más de la Guerra Civil en Madrid», *Historia y Comunicación Social*, núm. 3, págs. 263-294.
- CIA (1997 [fecha de desclasificación del documento]), *The Sherwood tapes*, consultado en www.foia.cia.gov.
- CIPRIANI, Claudia, et al. (2014), *La guerra delle onde: storia di una radio che non c'era*, Produzioni dal Basso (crowdfunding).
- COLLIN, Claude (1983), *Radiopoder*, México?, Folios.
- CULLATHER, Nick (1999), *Secret history: the CIA's classified account of its operations in Guatemala, 1952-1954*, Stanford (California), Stanford University Press.
- CUMMINGS, Richard H. (2009), *Cold War radio: the dangerous history of American broadcasting in Europe, 1950-1989*, Jefferson (Carolina del Norte), McFarland.
- DARLING, Juanita (2008), «The 3R's of El Salvador's Civil War: revolution, religion and radio», *Journal of Media and Religion*, vol. 7, núm. 3, págs. 132-149.
- DAVIES, Norman (2005), *Varsovia 1944*, Barcelona, Planeta.
- DAVIS, Stephen R. (2009), «The African National Congress, its radio, its allies and exile», *Journal of Southern African Studies*, vol. 35, núm. 2, págs. 349-373.
- DE BUSSIERRE, Michèle, et al. (1999), *Radios et télévision au temps des «événements d'Algérie», 1954-1962*, París, L'Harmattan.
- DE LA PEÑA, José (2003), *Historias de las telecomunicaciones*, Barcelona, Ariel.
- DEXTER, Gerry L. (1986), «Africa's shadow voices», *Africa Report*, vol. 31, núm. 5, págs. 84-86.
- DIMITROV, Georgi (2003), *Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, New Haven (Connecticut), Yale University Press.
- DOMBER, Gregory F. (2014), *Empowering revolution: America, Poland and the end of the Cold War*, Chapel Hill (Carolina del Norte), University of North Carolina Press.
- DUBOIS, Jules (1959), *Fidel Castro: rebel, liberator, or dictator?*, Indianápolis (Indiana), Bobbs-Merrill.
- ESCALONA, María Teresa (2003), «La radio como instrumento de lucha política: experiencia de Radio Farabundo Martí 1982-1992», en Primer Encuentro de Historia de El Salvador.
- FAUS, Ángel (2007), *La radio en España 1896-1977*, Madrid, Taurus.

- FISCHER, Ernst (1976), *Recuerdos y reflexiones*, Madrid, Siglo XXI.
- FLAMMER, Philip M. (1973), «Communist propaganda in South Vietnam», *Brigham Young University Studies*, págs. 206-213.
- GARITAONANDÍA, Carmelo (1988), *La radio en España (1923-1939)*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- GIBSON, Ian (1986), *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*, Barcelona, Grijalbo.
- GIRARD, Bruce (ed.) (2002), *Radioapasionad@s*, edición digital en www.comunica.org (1.^a ed. impresa en castellano, CIESPAL, 1992).
- GLEICK, James (2012), *La información: historia y realidad*, Barcelona, Crítica.
- GÓMEZ FERNÁNDEZ, Pedro (2002), *La radio española para el exterior*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid.
- GORDON, Leonard A. (1990), *Brothers against the Raj: A Biography of Indian Nationalists Sarat and Subhas Chandra Bose*, Nueva York, Columbia University Press.
- GOSCHA, Christopher (2012), «Wiring decolonization: turning technology against the colonizer during the Indochina War, 1945-1954», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 54, núm. 4, págs. 798-831.
- GRZESINSKI, Albert C. (1939), *Inside Germany*, Nueva York, E. P. Dutton and Company.
- GUZMÁN, Daniela Andrea (2012), *La radio y el 9 de abril de 1948*, Chía (Colombia), Universidad de la Sabana.
- HALE, Julian (1979), *La radio como arma política*, Barcelona, Gustavo Gili.
- HARNECKER, Marta (1984), *Pueblos en armas*, México, Ediciones Era.
- HELLER, Andor D. (1957), *No more comrades*, Chicago, H. Regnery.
- HENRÍQUEZ CONSALVI, Carlos (1992), *La terquedad del izote*, México, Diana.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2005), «Entre la vieja y la nueva izquierda armada», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie V, vol. 17, págs. 311-324.
- HOBBSAWM, Eric (1995), *Historia del siglo XX: 1914-1991*, Barcelona, Crítica.
- HOMBOURGER, René (1987), «Une manœuvre d'intoxication de la propagande nazie en France. Les émissions de "Radio Humanité"», *Mémoires de l'Académie Nationale de Metz*, págs. 129-138.
- HUNGBO, Jendele (2008), *The wilderness of the public sphere: clandestine radio in Africa*, Yaoundé, CODESRIA 12th General Assembly.
- HURLEY, Nicholas J. (2013), *Terror unrealized: German blunders, American occupation strategy, and the failure of Nazi Werwolf Movement*, University of Connecticut (e-print).
- JOHNSON, A. Ross, y PARTA, R. Eugene (eds.) (2010), *Cold War broadcasting: impact on the Soviet Union and Eastern Europe*, Budapest, Central European University Press.
- KUSHNER, James M. (1974), «African liberation broadcasting», *Journal of Broadcasting and Electronic Media*, vol. 18, núm. 3, págs. 299-309.
- KUX, Dennis (1985), «Soviet active measures and disinformation: overview and assessment», *Parameters: Journal of the U.S. Army War College*, vol. 15, núm. 4, págs. 19-28.
- LEKGOATHI, Sekibakiba P. (2010), «The African National Congress's Radio Freedom and its audiences in apartheid South Africa, 1963-1991», *Journal of African Media Studies*, vol.

- 2, núm. 2, págs. 139-153.
- LENGYEL, Emil (1939), *The Danube*, Nueva York, Random House.
- LEOGRANDE, William M. (1998), *Our own backyard: the United States in Central America, 1977-1992*, Chapel Hill (Carolina del Norte), University of North Carolina Press.
- LÓPEZ VIGIL, José Ignacio (1994), *Las mil y una historias de Radio Venceremos*, San Salvador, UCA Editores.
- (2004), *Ciudadana radio*, edición digital en www.radialistas.net.
- MADEIRA, João Manuel M. (2011), *O Partido Comunista Português e a Guerra Fria*, Lisboa, Universidade Nova de Lisboa.
- MARCHETTI, Victor, y MARKS, John D. (1974), *The CIA and the cult of intelligence*, Nueva York, Dell.
- MARKS, David (1983), «Broadcasting across de wall: the free flow of information between East and West Germany», *Journal of Communication*, vol. 33, núm. 1, págs. 46-55.
- MARTÍNEZ VÍCTORES, Ricardo (1978), *7RR: la historia de Radio Rebelde*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- MATTELART, Armand (2003), *La comunicación-mundo: historia de las ideas y de las estrategias*, México, Siglo XXI.
- MATTELART, Armand, y SIEGELAUB, Seth (eds.) (1983), *Communication and class struggle. 2: Liberation, Socialism*, Nueva York, International General.
- MENDEZONA, Ramón (1995), *La Pirenaica y otros episodios*, Madrid, Libertarias/Prodhufi.
- MENGES, Constantine (1968), *Prague resistance, 1968: the ingenuity of conviction*, Santa Mónica (California), Rand Corporation.
- MEYER, Christina (1991), *Underground voices: insurgent propaganda in El Salvador, Nicaragua and Peru*, Santa Mónica (California), Rand Corporation.
- MONTALVA, Pía (ed.) (2014), *Escucha Chile: comunicación, política y solidaridad, 1973-1990*, Santiago de Chile, Ediciones Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.
- MONTES, Francisco José, y SIERRA, Javier (2009a), «Origen de la radiodifusión pirata comercial», *Ámbitos*, núm. 18, págs. 41-50.
- (2009b), «Represión de las radios piratas comerciales en Europa», *Vivat academia*, núm. 104, págs. 1-42.
- MORONI, José Ángel, y SPENCER, David (1995), *Strategy and tactics of the Salvadoran FMLN guerrillas: last battle of the Cold War, blueprint for future conflicts*, Westport (Connecticut), Praeger Publishers.
- MOSIA, Lebona, et al. (1994), «From revolutionary to regime radio. Three decades of nationalist broadcasting in Southern Africa», *Africa Media Review*, vol. 8, núm. 1, págs. 1-24.
- MOYO, Dumisani (2010), «Reincarnating clandestine radio in post-independent Zimbabwe», *The Radio Journal*, vol. 8, núm. 1, págs. 23-36.
- MPM (1979?), *Manual de Radio Liberación TV*, documento disponible en formato pdf en www.eltopoblindado.com.
- NAVRÁTIL, Jaromír (ed.) (1998), *The Prague Spring 1968: a National Security Archive*

- documents reader*, Budapest, Central European University.
- NDLELA, Nkosi M. (2010), «Alternative media and the public sphere in Zimbabwe», en Kevin Howley (ed.), *Understanding community media*, Los Ángeles (California), Sage, págs. 87-95.
- NEWCOURT-NOWODORSKI, Stanley (2006), *La propaganda negra en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Algaba.
- NÚÑEZ MAYO, Óscar (1980), *La radio sin fronteras*, Pamplona, Universidad de Navarra.
- PASETTI, Mateo (ed.) (2013), *Tra due crisi: urbanizzazione, mutamenti sociali e cultura di massa tra gli anni trenta e gli anni settanta*, Bolonia, Archetipo Libri.
- PERRIAULT, Jacques (1991), *Las máquinas de comunicar y su utilización lógica*, Barcelona, Gedisa.
- PIZARROSO, Alejandro (1993), *Historia de la propaganda*, 2.ª ed. amp., Madrid, Eudema.
- PROCACCI, Giuliano (2001), *Historia general del siglo xx*, Barcelona, Crítica.
- PRONAY, Nicholas, y TAYLOR, Philip M. (1984), «“An improper use of broadcasting...”: the British Government and clandestine radio propaganda operations against Germany during the Munich Crisis and after», *Journal of Contemporary History*, vol. 19, núm. 3, págs. 357-384.
- PUDDINGTON, Arch (2000), *Broadcasting freedom: the Cold War triumph of Radio Free Europe and Radio Liberty*, Lexington (Kentucky), University Press of Kentucky.
- PULIDO, Michael P. (2007), *Transmitting a revolution: mass communications and the 1956 Hungarian uprising*, University of North Carolina Wilmington.
- QUIRK, Robert E. (1995), *Fidel Castro*, Nueva York, W. W. Norton.
- REED, Douglas (1942), *Nemesis? The story of Otto Strasser*, Nueva York, Right Book Club.
- ROBERTS III, Mervyn (2010), *United States psychological operations in support of counterinsurgency: Vietnam, 1960 to 1965*, Denton (Texas), University of North Texas.
- ROBINSON, David Alexander (2006), *Curse on the land: a history of the Mozambican Civil War*, University of Western Australia.
- RODRÍGUEZ, José Antonio, y ARRIETA, Leyre (1998), *Radio Euskadi: la voz de la libertad*, Bilbao, EITB.
- ROMITELLI, Valerio (2012), «Radio Milano Libertà entre URSS et Italie, du debut des années 1940 à l'après-guerre», *Cahiers de la Méditerranée*, número 85, págs. 41-48.
- RUGH, William (2004), *Arab mass media: newspapers, radio and television in Arab politics*, Westport (Connecticut), Praeger Publishers.
- SAYIGH, Yezid (1999), *Armed struggle and the search for State: the Palestinian national movement, 1949-1993*, Oxford (Inglaterra), Oxford University Press.
- SCALES, Rebecca P. (2010), «Subversive sound: transnational radio, Arabic recordings, and the dangers of listening in French colonial Algeria, 1934-1939», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 52, núm. 2, páginas 384-417.
- SCHERER, André (1991), *Die Stimme der Freiheit in deutscher Nacht: Geschichte des Deutschen Freiheitssenders 29,8*, Gotinga, Kurzwellen-Pressedienst, disponible en www.andre-scheer.de.

- SCHOULTZ, Lars (2009), *That infernal little Cuban republic: the United States and the Cuban revolution*, Chapel Hill (Carolina del Norte), University of North Carolina Press.
- SEBASTIAN, Mihail (2004), *Diario (1935-1944)*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- SHIRER, William (2011), *The rise and fall of the Third Reich*, Nueva York, Simon and Schuster.
- SHRADER, Charles R. (1999), *The withered vine: logistics and the communist insurgency in Greece, 1945-1949*, Westport (Connecticut), Praeger Publishers.
- SOLEY, Lawrence C. (1993), «Clandestine radio and the end of the Cold War», *Media Studies Journal*, vol. 7, núm. 3, págs. 129-138.
- SOLEY, Lawrence C., y NICHOLS, John S. (1987), *Clandestine radio broadcasting: a study of revolutionary and counterrevolutionary electronic communication*, Westport (Connecticut), Praeger Publishers.
- SOLZHENITSYN, Alexandr (2005), *Archipiélago gulag*, vol. I, Barcelona, Tusquets.
- STAVRIANOS, Leften S. (1952), *Greece: American dilemma and opportunity*, Chicago, H. Regnery.
- STENTON, Michael (2000), *Radio London and resistance in occupied Europe*, Nueva York, Oxford University Press.
- STREET, Nancy L., y MATELSKI, Marilyn J. (1997), *Messages from the underground: transnational radio in resistance and in solidarity*, Westport (Connecticut), Praeger Publishers.
- STURGES, Paul, *et al.* (2005), «Information in the national liberation struggle: modelling the case of Namibia (1966-1990)», *Journal of Documentation*, vol. 61, núm. 6, págs. 735-750.
- TATU, Michel (1969), *La herejía imposible*, Barcelona, Nova Terra.
- THOMPSON, John B. (1998), *Los «media» y la modernidad*, Barcelona, Paidós.
- UIT (2014), *Informe sobre medición de la sociedad de la información. Resumen ejecutivo*, disponible en www.itu.int.
- USDS (1982), *Communist clandestine broadcasting*, Washington, Bureau of Public Affairs (Department of State).
- VARAS, José Miguel (2012), *Escucha Chile Radio Moscú*, Santiago de Chile, Lom.
- VARINSKI, Vladimir (2012), «Anti-communist activities of the exile: White Legion and its operations by the State Security in Slovakia», *European Researcher*.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel (1997), *Historia y comunicación social*, Barcelona, Crítica.
- VIDAL-BENEYTO, José (ed.) (1979), *Alternativas populares a las comunicaciones de masas*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- VINELLI, Natalia (2002), *ANCLA, una experiencia de comunicación clandestina orientada por Rodolfo Walsh*, Buenos Aires, La Rosa Blindada.
- VV.AA. (1997), *Morir es la noticia*, Santiago de Chile, Ernesto Carmona Editor.
- VV.AA. (2000), *Genocide in Cambodia: documents from the trial of Pol Pot and Ieng Sary*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- WALSH, Daniel C. (2011), *An air war with Cuba: the United States campaign against Castro*,

- Jefferson (Carolina del Norte), McFarland.
- WHITAKER, Arthur P. (1961), *Spain and defense of the West: ally and liability*, Nueva York, Harper and Brothers.
- WILLIAMS, Raimond (ed.) (1992), *Historia de la comunicación*, vol. 2, Barcelona, Bosch.
- WINDRICH, Elaine (2000), «The laboratory of hate: the role of clandestine radio in the Angolan war», *International Journal of Cultural Studies*, vol. 3, núm. 2, págs. 206-218.
- ZADKA, Saul (1996), «Propaganda and guerrilla: the case of the Jewish armed struggle against the British in Palestine», *Revue européenne des études hébraïques*, págs. 100-116.
- ZARAGOZA FERNÁNDEZ, Luis (2008), *Radio Pirenaica, la voz de la esperanza antifranquista*, Madrid, Marcial Pons.
- (2010), «La Voz de Canarias Libre: la radio como instrumento de presión diplomática», en Enrique Bordería Ortiz *et al.* (coords.), *Política y comunicación en la historia contemporánea*, Madrid, Fragua, págs. 637-658.
- ZASLOFF, Joseph J. (1973), *The Pathet Lao: leadership and organization*, Santa Mónica (California), Rand Corporation.

Material audiovisual

- Aquí... Radio Rebelde*, triple disco editado por Egrem en 1973 para celebrar el decimoquinto aniversario de la emisora.
- Crusade for freedom disc*, disco preparado por el National Committee for a Free Europe para la campaña de la Cruzada por la Libertad en 1951. Escuchado en <http://hoorferl.stanford.edu>.
- Cubillo: historia de un crimen de Estado*, documental estrenado en 2012 y dirigido por Eduardo Cubillo Blasco.
- Fala Rádio Portugal Livre*, cinta con extractos de la emisora publicada en 1977 por Edições Avante.
- «Historias de onda larga: memorias de la radio en Colombia», serie realizada por Carlos Páramo y Ana María Lara para la Radio Nacional de Colombia. Escuchada en <http://www.senalmemoria.gov.co>.
- «Historias de radio», serie realizada por Daniel Camporini. Audios disponibles en www.ivoox.com.
- Los días rojos*, documental radiofónico producido en 1982 por el guatemalteco Marco Antonio Puga. Consultado en el archivo sonoro de Radio Nacional de España.
- «Media network», programa realizado por Jonathan Marks para Radio Netherland. Escuchado en <http://jonathanmarks.libsyn.com>.
- Radio Freedom: Voice of the African National Congress and the People's Army Umkhonto We Sizwe*, disco producido en el estudio de Radio Freedom en Lusaka y comercializado en 1985 por Rounder Records.
- Radio Venceremos: la voz en combate por la paz* (1990) y *Radio Venceremos: diez años tomando el cielo por asalto* (1991), documentales producidos por el Sistema Venceremos.
- To Russia with love: the great radio war*, documental de Christian Bauer sobre Radio Free Europe y Radio Liberty estrenado en 2008.

Edición en formato digital: 2016

Diseño de cubierta: aderal

Ilustración de cubierta: Tomi Fernández

© Luis Zaragoza, 2016
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3615-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com